Cuba traicionada

DAGA EN EL CORAZON

por

MARIO LAZO



Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

A la memoria inmarcesible de los valientes
cruzados de Girón, caídos en las playas de Cuba
en aras de la libertad de su patria y de América.

El Autor.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Copyright © 1972
by
Dr. Mario Lazo

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Depósito Legal: B. 21.636 - 1972

Imprime: Manuel Pareja - Montaña, 16 - Barcelona-13

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El autor, Mario Lazo, es, en todo el alcance de la expresión, un hombre de Angloamérica y de Hispanoamérica. De ascendencia hispánica, nació y se crió en los Estados Unidos, recibiéndose de abogado en la Universidad de Cornell. Con el grado de capitán, formó parte del Ejército Expedicionario de los Estados Unidos en Francia durante la Primera Guerra Mundial y, al terminar el conflicto, marchó a Cuba, doctorándose de nuevo en Leyes por la Universidad de La Habana.

En la capital cubana, el Dr. Lazo, en unión del distinguido letrado Dr. Jorge E. de Cubas, fundó uno de los bufetes más prestigiosos de Hispanoamérica, dirigiéndolo por espacio de treinta y cinco años. El Bufete Lazo y Cubas representó a las más importantes empresas norteamericanas, al gobierno de los Estados Unidos y, naturalmente, a una distinguida clientela cubana.

En abril de 1961, durante los aciagos días de Playa Girón, fue arrestado por la cheka *comunista, amenazándosele con pasarle por las armas. Gracias a la intervención de su esposa, Carmen –quien también le ayudó a escapar a los Estados Unidos– logró salvar la vida. Al llegar a las playas de Norteamérica, hízose a sí mismo el siguiente juramento:* Aunque me vaya en ello el resto de mis días, averiguaré cómo y porqué fue entregada Cuba al imperio comunista. *En esta tarea, en la cual empleó siete años de esfuerzos laboriosos, puso en juego sus notables aptitudes jurídicas de indagación y, merced a su renombre internacional, le fue dable documentar su caso en las supremas esferas oficiales de Washington.*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Leer un libro traducido de una lengua a otra es como mirar un brocado o un tapiz por el revés; se ven los diseños, mas el lustre y la belleza desaparecen. Si esta obra desmintiese en algo este concepto, sería gracias a la extraordinaria colaboración de Julio Kourí, un verdadero patriota cubano.

El Autor

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Indice

	Preámbulo	9
I.	*Descienden las tinieblas*	19
II.	*Las páginas más brillantes*	34
III.	*El ascenso de Batista*	46
IV.	*Hacia la democracia*	63
V.	*Realidades y falacias*	84
VI.	*Los primeros días de Castro*	102
VII.	*Bombos y Platillos*	115
VIII.	*Cuba en la encrucijada*	130
IX.	*La intervención norteamericana*	150
X.	*El primer año de Castro*	180
XI.	*El segundo año de Castro*	212
XII.	*Los arcanos del comunismo de Castro*	237
XIII.	*El plan primigenio de Girón*	256
XIV.	*El fracaso de la Invasión*	280
XV.	*Los apologistas en acción*	306
XVI.	*Vidas en venta*	317
XVII.	*Cohetes en Cuba*	338
XVIII.	*El camino hacia la crisis*	350
XIX.	*Anticlímax*	373
XX.	*El costo*	399
XXI.	*Las raíces de la tragedia*	422
	Indice de Fotos	439
	Indice Clasificado	441

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

". . . El traducir de una lengua en otra . . . es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz . . ." Si esta obra desmintiese el aserto cervantesco, sería gracias a la extraordinaria colaboración de Julio Kouri, un verdadero patriota cubano.

El Autor.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Preámbulo

"El poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna".

Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, p. 2, Cap. III.

¿Cómo pudo el comunismo internacional establecer una avanzada a las puertas mismas de la nación capitalista más poderosa del orbe, amenazando así a todos los países del Nuevo Mundo?

En un intento por contestar a esta inquietante pregunta, numerosos autores, tanto cubanos como extranjeros, han aportado una copiosa bibliografía sobre la materia.

Algunas de estas obras, escritas por personas que vivieron una dolorosa experiencia bajo el gobierno de Castro, denotan el odio de sus autores hacia el dictador y todos aquellos que contribuyeron a elevarlo al poder. Otros, agasajados por Castro o prendados de su fascinante personalidad, lo describen con simpatía o benevolencia, no faltando quienes llegan incluso a representarlo con dimensiones heroicas.

Este libro será distinto. Y, en última instancia, habrá de serlo por el mero hecho de que, en todo el sentido de la expresión, yo he sido un hombre de dos países, es decir, norteamericano al igual que cubano, y porque a lo largo de toda mi vida he mantenido una estrecha relación con muchos de los principales protagonistas del drama que entregó a Cuba al imperio comunista.

De ascendencia hispanoamericana, nací, me crié y eduqué en los Estados Unidos y, durante los cuarenta años que residí en Cuba, visitaba constantemente la tierra de mi nacimiento, renovando viejas amistades y trabando conocimiento con nuevas gentes.

Con motivo de mi labor profesional, me resultaba imprescindible entender las tradiciones, usos y fueros de ambos países, y enfocar los distintos problemas que se me presentaran, no sólo desde el punto de vista cubano, sino también desde la perspectiva estadounidense. Con miras a resguardar a mis clientes y amigos,

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

permanecí en Cuba durante los primeros años del régimen castrista. Después del desastre de Playa Girón, fui arrestado y corrí el riesgo de ser pasado por las armas.

Por lo tanto, escribo este libro con la ventaja de haberme hallado muy próximo a los dos polos del conflicto y de haber podido apreciar los acontecimientos desde los puntos de vista cubano y norteamericano.

Mi socio de bufete por varias décadas, el Dr. Jorge E. de Cubas, quien es uno de los más talentosos y respetados abogados de nuestra generación, contribuyó en gran medida a mi conocimiento y comprensión de la esencia, el carácter y la problemática de Hispanoamérica.

Conocí a Jorge de Cubas en 1927, poco después de haber terminado mis estudios jurídicos en la Universidad de La Habana. Tenía Jorge veintidós años y había pasado toda su vida en Cuba, en tanto que yo había vivido mis primeros treinta años en los Estados Unidos. Desde que le conocí llegué a la conclusión de que si ambos aunábamos el acervo derivado de nuestras respectivas experiencias y nuestros conocimientos de las tradiciones y la idiosincrasia de ambos países, nuestra asociación podría resultar eficaz. Jorge aceptó mi proposición, y no tardamos en alquilar un pequeño despacho, amueblándolo con algunos escritorios de segunda mano, una máquina de escribir y un archivador.

Desde entonces hasta el día en que, poco tiempo después del desastroso desembarque de Playa Girón, el gobierno de Castro dio al traste con el bufete de "Lazo y Cubas", nuestra sociedad prosperó. No había año en que no aumentase la clientela y, al producirse la clausura del bufete, contábamos con 22 abogados y 53 empleados, todos ellos cubanos.

La razón principal de semejante progreso en un período tan relativamente corto estribaba en el talento excepcional, el excelente discernimiento y la amplia cultura y capacidad intelectual de mi socio. Una segunda causa radicaba en el hecho de habernos apegado a las más altas tradiciones profesionales en cuanto a organización y responsabilidad, que yo había aprendido en el curso de una fugaz pero provechosa experiencia en uno de los mejores bufetes de Nueva York.

En incontables ocasiones Jorge y yo discutimos acerca de las costumbres predominantes en Cuba y en los demás países de Hispanoamérica, contraponiéndolas a las de los Estados Unidos. En

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

aquellas pláticas abordábamos tanto los aspectos jurídicos como las cuestiones sociales, políticas y económicas, tocantes a ambas Américas. Mi sòcio dilucidaba las actitudes hispanoamericanas, en tanto que yo exponía el punto de vista de los norteamericanos. Estas discusiones se han prolongado hasta nuestros días, sin dejar nunca por ello de constituir una amena fuente de complacencia e ilustración.

Muy pronto llegamos a la conclusión de que sin un conocimiento cabal de los antecedentes históricos de los pueblos ibéricos y británicos, era punto menos que imposible intentar comprender la idiosincrasia de los pueblos de la América hispana y anglosajona. Este empeño nos enseñaría el porqué las naciones americanas son como son y no pueden ser diferentes. Mi socio y yo convinimos en que la determinación de las disparidades inherentes a cada pueblo proporcionaría el único fundamento genuino capaz de cimentar la amistad de los países del Nuevo Mundo.

A través de los siglos, la Península Ibérica —integrada por España y Portugal— cayó bajo el dominio de sucesivos pueblos invasores, entre ellos los romanos, quienes le otorgaron el legado de sus diversas lenguas neolatinas.

Los musulmanes llegaron en el año 711 de nuestra era y dominaron las tierras de la Península por espacio de unos siete siglos. Durante aquel dilatado período, gran número de judíos habitaban aquellas regiones, produciéndose así una notable fusión de los elementos culturales cristianos, musulmanes y hebreos. En el mismo ámbito geográfico convivían las tres razas: los judíos adoraban a Elohim (Jehová), los musulmanes a Alá y los cristianos a Jesús.

Los judíos actuaban de intermediarios entre los cristianos y los musulmanes. Aunque su principal aportación a la cultura hispánica lo fue en el campo de la literatura, su notoria sagacidad intelectual, sus dotes lingüísticas y su dominio de la crematística los designaban como agentes ideales de esa mediación. Muchos escritores españoles famosos fueron judíos, o tenían sangre judía; también es importante el hecho de que los sefardíes se casaban con los cristianos en mayor medida que los musulmanes.

Los árabes realizaron trascendentales aportaciones en el campo de la ciencia, perfeccionando el álgebra y la farmacopea. Su influencia fue decisiva en la agricultura: crearon sistemas de riego e introdujeron nuevos cultivos, tales como el de la caña de azúcar, el algodón, la naranja y el limón; fundaron nuevas industrias, entre

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ellas la del cuero y la de la cerámica, y organizaron el sistema de pesas y medidas, así como los servicios del almojarifazgo (precursores de las aduanas). Innumerables vocablos castellanos poseen raíces arábigas, y del mismo modo las artes culinarias españolas denotan un marcado influjo de la cocina del Islam.

Sin embargo, la influencia más indeleble de la cultura árabe en la civilización española fue de índole política. Tanto en lo civil como en lo religioso, los califas ejercían una soberanía absoluta, y el pueblo llegó a considerarlos como individuos omniscientes y omnipotentes. Cuando finalmente los musulmanes fueron derrotados y expulsados del territorio peninsular por los cristianos, aquel generalizado concepto "mesiánico" del califato resultó aplicado a la persona de los reyes. Los súbditos de éstos, condicionados mentalmente por el ejercicio secular de la dominación de los califas, respetaban esa autoridad absoluta y confiaban en ella, con una profunda fe, para la solución de todos sus problemas.

Los judíos fueron expulsados en 1492 y, después de poco más de un siglo, igual suerte correrían los moriscos. Dado que, de hecho, el ejercicio de la mayor parte de los oficios y profesiones, así como el de las más diversas actividades gubernamentales, científicas, intelectuales y mercantiles, se hallaban dominados por estos individuos prácticos e inteligentes, el efecto de los edictos de expulsión en la vida económica y cultural de la Península resultó desastroso. El retroceso general que sufrió la nación hispana se agudizó aún más por la tendencia de los autóctonos —que se tenían más por cristianos que por españoles— a considerarse muy superiores a los judíos y a los moros, y a despreciar los oficios y ocupaciones de éstos. Como resultado de este proceso decayeron el comercio y la artesanía, arruinándose muchas de las espléndidas vegas moriscas del Levante y Andalucía.

Imbuidos de la importancia de la pureza racial ("limpieza de sangre"), los españoles se mostraban renuentes a acometer toda labor que antes hubieran realizado los miembros de las clases sociales desterradas. Con excepción de las faenas agrícolas necesarias para la subsistencia, los castellanos consideraban el trabajo manual como una actividad indigna de ellos y, por lo tanto, sus medios de asegurarse el pan resultaron limitados. Podían abrazar el sacerdocio, incorporarse al ejército y empuñar las armas en defensa del soberano, o bien trasponer la inmensidad del océano e ir en pos del vellocino de oro a las recién descubiertas tierras del Nuevo Mundo.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

En nombre de la pureza racial, el español se transformó en un fanático del cristianismo, más católico que los mismos papas semipaganos, hecho éste que, a su vez, explica los fenómenos de la Inquisición y la Contrarreforma.

Los españoles fueron el primer pueblo europeo que abrazó la doctrina de la pureza racial. Fueron, sin lugar a dudas, la raza señorial y dominadora que, durante los siglos XVI y XVII, período en que fundaron el primer gran imperio surgido desde los tiempos de Roma, implantó su hegemonía sobre la faz del planeta.

Los españoles denominaron "Reconquista" de su país a la caída de Granada y a la derrota final de los moros; más, sin embargo, conservaron la forma de gobierno elaborada por los muslimes, de conformidad con la cual los califas disponían de facultades omnímodas en todos los campos de la actividad humana. Persistieron en considerar a su soberano como una autoridad omnipotente que, en substancia, equivalía a la de un verdadero Mesías. Esta fe absoluta en el monarca resultó un elemento decisivo en el proceso de configuración de la estructura política de España y de las colonias españolas de América, incluso después de la emancipación de éstas, obstaculizando el desarrollo del sentido de responsabilidad del ciudadano ordinario con respecto a los negocios del Estado.

En 1559 Felipe II adoptó una medida que afectaría profundamente el devenir histórico de España e Hispanoamérica: en aquella fecha decidió cerrar las fronteras de la Península a las ideas de la Reforma. Los españoles se vieron impedidos de abandonar su país y estudiar en el extranjero, de modo que España resultó ajena a los progresos culturales y políticos que se llevaban a cabo en otros países europeos. No sólo desconoció España el movimiento de la Reforma, sino que además se mantuvo alejada del proceso de la Revolución Industrial y de las nuevas ideas políticas de los siglos XVIII y XIX, y su aislamiento se perpetuó virtualmente hasta ya entrado el siglo actual.

Tales, pues, eran las características más sobresalientes del español en los tiempos en que surgía de la ruda empresa de la Reconquista, y fue en esta misma era en que el conquistador se hizo a la mar para descubrir, conquistar y colonizar al Nuevo Mundo.

La legendaria trinidad del conquistador eran "la gloria, el oro y Nuestro Señor". Era el caballero de la fe depurada, pero no se sentía inclinado a llevar a cabo un esfuerzo metódico, asiduo y constante. Poseía escasas dotes políticas y limitada experiencia

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

administrativa, e irrumpió en el escenario americano animado de un espíritu de aventura *y carente de la compañía de sus mujeres.* Aquellos mozos viriles mezclaron su sangre a la de las indígenas, generando así a los mestizos. Posteriormente, al traerse los primeros esclavos negros de la Península y del continente africano, los españoles mezclaron su sangre a la de aquellos, generando así los primeros mulatos.

En contraposición a este hecho, los colonos de Norteamérica llegaron al Nuevo Mundo desde el país de la Reforma, *acompañados de sus familias.* No se mezclaron con los aborígenes, a quienes engañaron, envilecieron y estuvieron a punto de exterminar. Posteriormente, cuando los colonos importaron esclavos africanos, tampoco se mezclaron manifiestamente con éstos. Esta es una de las razones que explican el porqué los Estados Unidos se enfrentan hoy día a problemas raciales de tan grave envergadura, en tanto que Hispanoamérica se halla virtualmente exenta de la intolerancia y las tensiones raciales. (Muchos consideran que el Brasil, por ejemplo, posee la sociedad mejor ajustada del universo, y apuntan el hecho de que en ese país jamás se ha producido un tumulto de índole racial).

Si bien es cierto que en las escuelas, institutos y universidades norteamericanos se enseña que la colonización de Hispanoamérica por los españoles y portugueses fue una empresa brutal, cruel y despiadada, es justo señalar el hecho de que muchos historiadores imparciales convienen en que, por el contrario, el colonizador inglés, que envileció, engañó y virtualmente exterminó al aborigen, se mostró mucho más incivilizado que los conquistadores hispanos y lusitanos. La misma Inquisición española, fue, de hecho, menos cruel que las cortes inquisitoriales inglesas de los siglos XVI y XVII, y, sin embargo, no hay ciudadano "consciente" e "informado" de nuestros días que no tenga al Santo Oficio español por la más cruel e inicua de cuantas instituciones inquisitoriales surgieron en la Europa de aquellos siglos. Muchos historiadores españoles han visto en los intentos de denigración de la empresa de Indias elementos constitutivos de la campaña general de difamación contra España y sus instituciones llevada a cabo por los enemigos del antiguo poderío español. "El valor moral de la conquista de América, la evangelización y la implantación en aquellas latitudes de una cultura cristiana —afirma uno de estos historiadores— rebaten por sí mismas cualquier tentativa de mermar grandiosidad a la empresa de Indias".

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Entre la colonización de Norteamérica y la de la América española existían otras diferencias notables. En tanto que Norteamérica continuaba siendo una inmensa extensión mostrenca habitada por salvajes, la civilización y la cultura de Hispanoamérica habían logrado diversos adelantos. En consecuencia, los ingleses y los holandeses disponían de la experiencia y el ejemplo de España y Portugal —ya para emularlos, ya para evitarlos—. Holanda constituía un pequeño país dotado de una burguesía interesada en ensanchar su comercio. Los colonos ingleses apenas si se veían obligados a aceptar las contadas restricciones impuestas por la madre patria. No vinieron a las nuevas tierras animados de un espíritu de aventura, sino para fundar nuevos hogares permanentes. Algunos vinieron al Nuevo Mundo en busca de la libertad religiosa. Otros llegaron con el fin de evadir las estipulaciones relativas al mayorazgo vigentes en la legislación inglesa.

No se hallaban inducidos por la tentación del oro o de la plata, pues hasta entonces no se había señalado la existencia de importantes criaderos de esos metales en Norteamérica. No se hallaban interesados en convertir a su fe a los aborígenes, pues concebían su propia religión como una guía de su fuero interno. Estaban dispuestos a acometer toda clase de labores, por humildes que estas fuesen. Eran frugales y previsores. Sus vínculos con la metrópoli eran vagos, y sus actividades mercantiles prácticamente ilimitadas. Poseían un marcado sentido de responsabilidad con respecto a la colectividad en que vivían, y se esforzaban por desarrollar una forma de gobierno relativamente democrática.

La civilización de Hispanoamérica se desarrolló de conformidad con lineamientos enteramente diferentes. Los nuevos territorios se gobernaban y regulaban atendiendo estrictamente a las necesidades de la metrópoli, con la cual las colonias carecían del derecho de competir en los mercados extranjeros. Por consiguiente, las nuevas colonias constituían primordialmente un venero de metales preciosos y materias primas para España y Portugal. Además, con el fin de proteger a sus navíos contra los ataques de los piratas, España regulaba de tal modo su tráfico con las colonias que sólo dos de sus propios puertos, los de Cádiz y Sevilla, se hallaban autorizados a traficar con las tierras españolas de América; siguiendo la misma lógica, los productos de los territorios de Ultramar sólo podían exportarse a España desde ciertos puntos. Durante muchos años, los únicos puertos autorizados para desarrollar este

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tráfico fueron los de La Habana, Veracruz, Portobelo y Cartagena. De esta manera, vastas regiones alejadas de los puertos habilitados (que en muchos casos carecían de medios de comunicación con los mismos) permanecieron sin desarrollarse. No fue sino hasta el siglo XVIII en que pudo Inglaterra iniciar un escaso comercio marítimo con algunas de las colonias españolas de América. La actitud de Portugal con respecto al Brasil era análoga a la de España con relación a sus colonias.

El cristianismo que los españoles aportaron al Nuevo Mundo poseía una índole intensamente apostólica. Puesto que los colonizadores consideraban un deber la conversión de los indios, la exploración y la evangelización corrieron parejas. Este hecho explica la construcción de las magníficas catedrales de Hispanoamérica y sus numerosas iglesias y conventos, sus escuelas religiosas y universidades. Por el contrario, existen muy pocas catedrales y misiones notables en Norteamérica. Los colonos ingleses edificaron iglesias en todos y cada uno de sus pueblos y aldeas, si bien las mismas eran pequeñas y modestas.

El conquistador y el colonizador de Hispanoamérica llegaron al Nuevo Mundo animados de la ambición de enriquecerse rápidamente. La previsión no era una de las características del español de aquellos tiempos. El colonizador castellano utilizó a los indios, y luego a los negros, para ejecutar las faenas que él tenía por indignas de su condición. Como resultado de ello, hasta fechas recientes la mayoría de los jóvenes hispanoamericanos elegían cursar estudios universitarios que les permitieran doctorarse en los campos de las letras y las humanidades. Existe en Hispanoamérica cierto déficit de ingenieros y técnicos, más, sin embargo, hay legiones de abogados, muchos de los cuales permanecen ociosos. Fidel Castro era uno de estos picapleitos carentes de clientela, uno de los muchos agitadores políticos provistos de instrucción jurídica.

Fieles a la tradición milenaria de sus antepasados, que recurrían a los califas y a los reyes en busca de jefatura, los hispanoamericanos admiran y aspiran a ser dirigidos por personajes políticos enérgicos y decididos. Fruto de esta situación ha sido el *caudillo*, que genera la adhesión de sus partidarios, no tanto por la índole de sus ideas como por el irresistible influjo de su personalidad. Ni que decir tiene que este estado de cosas ha constituido un impedimento en el desarrollo del espíritu cívico, pero hay que tener en cuenta que el concepto del caudillismo se halla profundamente enraizado

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

en la historia. Habrá de desaparecer, aunque el proceso será lento, sumamente lento.

Los conceptos democráticos han venido plasmándose en la realidad hispanoamericana, pero esta evolución ha resultado igualmente demasiado lenta. Y no podía ser de otro modo. Durante muchos siglos, España y Portugal aislaron deliberadamente a sus colonias del influjo de las nuevas ideas políticas, sociales y filosóficas que germinaban en los países más civilizados del orbe. Es cierto que en los albores del siglo XIX los ideales de las revoluciones americana y francesa afectaron a Hispanoamérica por intermedio de los adalides de los movimientos independentistas iberoamericanos, pero las grandes masas populares se hallaban totalmente inmaduras para el disfrute de las libertades políticas. Por espacio de más de un siglo y medio los países sudamericanos han poseído constituciones políticas, pero el gobierno constitucional y la democracia no representan en modo alguno una identidad. Recordemos que durante muchos años la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica amparó la institución de la esclavitud y que gran parte de la economía estadounidense se hallaba fundada en ese sistema.

Ninguna institución política libre y estable puede implantarse artificialmente en terreno extraño. La creación de una sociedad democrática sólo podrá lograrse mediante un largo y lento proceso, durante el cual los ciudadanos inferirán de su propia experiencia personal que "el gobierno de todos y para el bien de todos" constituye el orden político más adecuado a los intereses y aspiraciones de todos y cada uno de ellos. La democracia deberá germinar en el propio lar, abonada por las tradiciones y la idiosincrasia de las mayorías nacionales. Por ineludibles razones históricas, la mayor parte de los países hispanoamericanos carecen aún de este espíritu y de esta tradición. En realidad, muchos hispanoamericanos cultos e inteligentes se hallan muy lejos de admitir que en la presente etapa del desarrollo político y económico de sus países, la democracia constituye la mejor forma de gobierno para los mismos. Algunos de ellos consideran que, aparte de no conceder fórmulas infalibles para alcanzar el progreso, la democracia no es más que una forma de gobierno ineficaz y onerosa. Aun cuando los hispanoamericanos y los españoles poseen un espíritu intensamente individualista y se sienten agraviados si se les despoja de sus derechos fundamentales, la mayoría de ellos opina que el constitu-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

cionalismo y la democracia, así como el desarrollo económico, sólo pueden afirmarse y prosperar *sobre los pilares del orden y la estabilidad.*

Yerran por igual los norteamericanos y los hispanoamericanos que comparan a sus respectivos países en detrimento de la cultura hispánica o anglosajona. Por ejemplo, cometen un error aquellos hispanoamericanos que sostienen el criterio de que, en un plano personal, sus países son más democráticos que los Estados Unidos, en razón del espíritu de tolerancia racial que conforma a sus naciones o apuntando al hecho de que sus estilos personales de vida denotan un mayor progreso. Los problemas raciales que afectan a los Estados Unidos se derivan de la historia, del mismo modo que los problemas políticos hispanoamericanos poseen raíces históricas.

Insistiré una vez más en que debemos tratar de comprender por qué somos lo que somos. Debemos aprender a vivir ateniéndonos a la realidad, porque no nos será dable cambiarla de un día para otro. El error de los gobernantes de Washington consistió en no reconocer y admitir estas verdades primarias. Con el andar de los años, esta equivocación entregaría a Cuba al comunismo internacional. El coste de este yerro ha sido elevadísimo. Tan elevado, que aún es imposible calcularlo.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

I

Descienden las tinieblas

Al amanecer del cuarto día consecutivo a la invasión de Playa Girón, en abril de 1961, me comunicaron que iba a ser ejecutado.

Durante los cuarenta y tantos minutos siguientes, sentado solo en un banco, di un repaso a mi vida de abogado cubano, pródiga en acontecimientos. No había ninguna razón para la más remota esperanza de que viviera para contar mi experiencia, y, en consecuencia, no la tenía. El pelotón de fusilamiento, pensé amargamente, se encargaría de eliminar toda posibilidad de que se pudieran contar las experiencias personales que contribuyeran a explicar cómo y por qué los felices cubanos de hace tan sólo unos años habían sido lanzados a las tinieblas.

Me habían arrestado en nuestra casa de la playa de Varadero, a 130 kilómetros al este de La Habana, en la costa norte de Matanzas, en la mañana de la invasión. Tres agentes del G-2, con metralletas checas colgadas del hombro, me condujeron en una perseguidora a la cárcel del pueblo, donde mi celda no tardó en llenarse con otros prisioneros. Varadero era por aquel entonces un balneario de moda, pero muchos de sus habitantes se dedicaban al duro oficio de la pesca, y algunos de ellos me saludaban a medida que entraban en la celda. Carmen, mi esposa, había seguido a la perseguidora hasta la jefatura del G-2 de Varadero, donde a sus preguntas le respondieron con una sarta de mentiras. Sólo querían hacerme unas preguntas, le dijeron, y pronto me pondrían en libertad.

Durante los tres días siguientes nos trasladaron tres veces, a pie, en camiones y en autobuses, pasando dos días con sus noches en el estadio de pelota de Matanzas, a unos 30 kilómetros al oeste de Varadero, que habían transformado en campo de concentración provisional. En plataformas situadas en el muro que lo rodea se

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

emplazaron ametralladoras para rociar de proyectiles el campo si era preciso. Gradualmente, el recinto se fue llenando de prisioneros procedentes de los alrededores de Matanzas, hasta que estuvimos allí arracimados unos tres mil quinientos hombres. La pequeña tribuna a lo largo de la primera base, la única parte cubierta, había sido acordonada y los guardias armados impedían el acceso a la misma, donde habían hacinado a cuatrocientas mujeres.

Casi todos los hombres eran jornaleros y obreros agrícolas, entre ellos muchos cortadores de caña, además de algunos sacerdotes. Cuando los soldados condujeron al campo al primero de éstos, un risueño mulato cubierto con una sotana crema atada con una faja escarlata, los prisioneros prorrumpieron en aplausos y vítores. Las ametralladoras emplazadas sobre los muros abrieron fuego y todos nos arrojamos al suelo, sin saber si alguno había resultado herido o muerto. No nos dieron comida alguna, y los disparos se repitieron varias veces cuando pequeños grupos de prisioneros comenzaron a gritar "¡Hambre, hambre!". Había sólo una manguera para el agua, con una hilera de hombres del largo de una cuadra, esperando su turno para beber. No teníamos protección contra la lluvia, ni contra el sol abrasador del mediodía. La mayoría de los prisioneros estaban, como yo, en mangas de camisa, y durante la noche nos apiñábamos para darnos algo de calor.

A veces veíamos pasar lentamente las torretas de los tanques, transportados en camiones, por la carretera La Habana-Cárdenas. En cada torreta iban dos o tres hombres cuyos negros cascos, abrochados bajo la barbilla, les daban un aspecto siniestro en la penumbra de la calle, especialmente cuando eran de color. Algunos de ellos, no dándose cuenta aparentemente de que éramos prisioneros y esperando una respuesta amistosa, levantaban el brazo con el puño cerrado, saludando a la manera comunista. Los prisioneros guardábamos un silencio total, más elocuente que cualquier palabra.

La mayoría de mis compañeros estaban habituados al trabajo físico, pero al segundo día comenzaron a desfallecer. Llevamos a más de un centenar de ellos a la entrada principal, donde los depositamos en el suelo bajo un escaso sombrajo y de donde se los llevaron en camillas. Es curioso que muchos de los que se desmayaron eran hombres jóvenes; éstos, sin duda, se recuperarían pronto, pero no estábamos tan seguros en lo que a los de más edad se refería.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Castro nos calificaba de "gusanos", término despectivo utilizado por vez primera por Lenín. Semanas más tarde supe que cien mil personas, aproximadamente, habían sido encarceladas en toda la isla el día de la invasión. Las listas las habían confeccionado los "Comités de Defensa de la Revolución", formados por castristas fanáticos, como preparativo para la esperada invasión. Nuestra inmovilización resultó un éxito completo desde el punto de vista de Castro. En las prisiones y campos de concentración fueron muchos los que perecieron. A algunos hombres se les amontonaba durante más de una semana en fosos subterráneos, sin alimento, agua ni servicios sanitarios. Entre las mujeres abundaron los abortos y algunas se volvieron locas. Mi primo, el Dr. Enrique Guiral, un culto y amable abogado de La Habana, murió en una húmeda galera de la fortaleza de La Cabaña. Uno de sus compañeros, nieto de un ex-presidente cubano, me comunicó más tarde la triste nueva. Según me dijo, Enrique contrajo una pulmonía y durante cinco días sus amigos de la prisión suplicaron a los guardias que trajeran un médico. Cuando falleció, los carceleros se llevaron el cadáver, y el gobierno atribuyó su muerte a una insuficiencia cardíaca. Pedro Menocal me dijo: "Su primo era una persona maravillosa. Al ver que tiritábamos de frío, no nos permitió envolverle en nuestras ropas mientras tuvo fuerzas para oponerse".

Se que durante aquellos días de abril se estableció un lazo imperecedero entre los prisioneros de Matanzas, cuando sólo bondades nos prodigábamos los unos a los otros. Desde el primer momento dominó el espíritu de camaradería. El término "clase baja" no se utilizaba nunca en Cuba; había pocas distinciones de clase. Al principio, como es natural, sólo hablábamos sin reservas con quienes conocíamos bien, pero antes de transcurrido mucho tiempo todos nos sentíamos como amigos.

Aunque no teníamos modo de saber lo que estaba sucediendo en Playa Girón, no nos quedaba duda de que la invasión sería un éxito. Todo el mundo sabía que las fuerzas de liberación habían sido adiestradas y equipadas por el gobierno de los Estados Unidos, y la idea del fracaso no pasó por nuestras mentes ni un solo momento. La posibilidad de la derrota no se mencionó jamás; parecía fuera de los límites de la razón. En una semana, como máximo, todo habría concluido.

Al segundo día habíamos entablado relaciones cordiales con los servidores de las ametralladoras. Se corrió la voz de que cuando

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

aparecieran los primeros aviones se pasarían a nuestro lado, y pronto se hicieron planes para adueñarnos de la ciudad de Matanzas.

Casi inmediatamente surgieron algunos líderes que organizaron en grupos a los prisioneros, a los que se dio instrucciones para ocupar los puestos militares y estaciones de policía, donde se hallaban las armas, y las emisoras de radio. Todos nos hallábamos alborozados con la idea de contribuir a la derrota de Castro capturando Matanzas, donde entroncan las dos únicas carreteras en buen estado que comunican a La Habana con las cuatro provincias orientales. En vista de la actitud del pueblo en aquel momento, estábamos convencidos de que podría hacerse con poco derramamiento de sangre.

Algunos norteamericanos afirmarían más tarde que la oposición popular a Castro era escasa, y que la invasión habría fracasado de todos modos. Esto es grotescamente falso. Muchos cubanos que conocen bien a su pueblo y percibieron su estado de ánimo en aquel momento, creen que la invasión estuvo a punto de triunfar *a pesar* de los increíbles errores de Washington. En todo caso, yo estoy absolutamente convencido de que si hubieran aparecido sobre nuestro campo de concentración los aviones que esperábamos, habríamos capturado la estratégica ciudad.

También teníamos nuestros momentos de humor, por supuesto. El cubano tiene fama de humorista, aún en las situaciones mas graves.

Uno de los prisioneros, hombre que apenas había rebasado la treintena, tenía la piel más negra y los dientes más blancos que he visto en mi vida, y debió haber nacido con una sonrisa en su rostro enjuto y feliz, pues nunca le abandonaba. Me acerqué a él y le pregunté si hablaba inglés. "No, señor gusano", me respondió con una ancha sonrisa. "¿Ha estado alguna vez en los Estados Unidos? ". "No" fue su respuesta, "pero me gustaría estar allí ahora". "¿Sonríe cuando está enfadado, mientras maldice a alguien, por ejemplo? ". "Sí, amigo gusano", me contestó, "ese es mi problema. Como sonrío, nadie cree que estoy enfadado".

Durante la segunda noche anunciaron por los altavoces que nos iban a trasladar y comenzaron a formarse las colas. Yo observaba la escena. A mi lado se hallaba un colono azucarero, alto, delgado, un tanto cargado de hombros, al que le pregunté adónde creía que nos llevarían. Frisaba en los setenta, aproximadamente como yo. Mi nuevo amigo había llevado una vida dura y sencilla; me agrada-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ba su parquedad en el hablar, la manera en que sopesaba sus respuestas y su serenidad. En esta ocasión respondió volviendo hacia mí su rostro macilento, con los ojos inyectados en sangre, al tiempo que se pasaba lentamente el dedo índice por el gaznate.

A lo largo de la columna se extendió rápidamente el rumor de que, una vez en la carretera, cerrarían los camiones repletos de prisioneros y les prenderían fuego; los que intentaran salir serían ametrallados. Según otro rumor, la señal para nuestra ejecución en masa serían los vítores que seguirían a un anuncio de que el gobierno de Castro había caído.

No nos llegó ninguna noticia de que la invasión, que se desarrollaba a corta distancia en la costa sur, había comenzado a desplomarse. Estoy seguro de que ni siquiera los guardias hubieran creído una información semejante. Nuestra fe en la fuerza, eficacia y determinación de los Estados Unidos era, sencillamente, demasiado profunda para permitir la idea del fracaso, a pesar de los dos años de la histérica campaña "antiimperialista" de Castro por medio de la prensa y la radio a su servicio.

Es preciso recordar que no se permitía la distribución en Cuba de ninguna publicación norteamericana. La Voz de América hablaba en tono casi imperceptible a una parte insignificante de la población. Por otro lado, Fidel Castro posee unas dotes oratorias que influyen poderosamente en el ánimo de las masas inconscientes. Les aseguraba una y otra vez que, en 1898, ganada ya la guerra contra España, los Estados Unidos habían "intervenido" con el propósito de explotar al pueblo y los recursos del país por medio del sistema imperialista del capitalismo.

El adoctrinamiento de la juventud en este sentido se hallaba bastante avanzado. Pero la mayoría de los prisioneros de Matanzas de abril de 1961 pertenecíamos a la generación anterior, insensible al alud de mentiras antiyanquis.

Alineados en columnas de a dos nos trasladaron en autobuses a unos edificios escolares desocupados en las afueras de Matanzas. Me encontré apiñado con otros treinta prisioneros en un dormitorio para dos estudiantes. Habían condenado la ventana y carecíamos de ventilación. Nos sentamos o nos tendimos en el suelo, hambrientos y exhaustos. Las condiciones sanitarias eran espantosas, el hedor sofocante. Era de noche. Mi amigo el colono se hallaba sentado, con la espalda apoyada contra la pared, en el extremo más alejado de la puerta del recinto, y yo dormitaba, apoyado en

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

su hombro, cuando alguien me despertó con un ligero codazo.

Desde el pasillo pude oir: "Que se presente el prisionero Mario Lazo", y los hombres comenzaron a agitarse y a moverse para abrirme paso. El colono buscó mi mano y la apretó fuertemente entre las suyas, sin decir palabra. Miré a un viejo amigo de Varadero, sentado cerca de mí; levantaba lentamente el puño, como si fuera a golpear el embaldosado, pero no levantó la vista. Cuando me acercaba a la puerta, alguien dijo: "Lazo, espera". Me detuve y giré en redondo; era el negro que se había dirigido a mí como "amigo gusano". Comenzó a avanzar hacia mi, pasando por encima de hombros y cabezas. La mayoría de los hombres ya se habían despertado; había una luz en el pasillo, al otro lado de la puerta, y la escena era borrosamente visible. Por una vez, el negro no sonreía. Permanecía inmóvil y cuando llegó a mí me besó en la mejilla y se dio vuelta sin decir una palabra. A medida que caminaba hacia el pasillo otros prisioneros me tocaron, y varios me besaron la mano.

El soldado que me había llamado era un joven sargento. Debía tener ascendencia negra y china, y le identificaría inmediatamente si volviera a verle. Mientras caminábamos, habló sólo una vez: "Malas noticias", me dijo, "un tribunal revolucionario ha decidido enviarte al *paredón*". Antes del advenimiento de Castro la mayoría de los cubanos desconocían esta palabra. Pero para entonces todo hijo del país sabía que la palabra "*paredón*" designaba el muro de fusilamiento. Habían oído gritar a las masas: "¡pa-re-dón!" cuando Castro denunció a los que tuvieron el valor de mostrarse en desacuerdo con él. Varios millares de cubanos, y algunos norteamericanos, habían caído ya ante el paredón como resultado de sentencias inicuas o, como en mi caso, sin la celebración de juicio alguno.

Así me comunicaron mi sentencia de muerte, casualmente, tranquilamente, sin una insinuación de drama, ni el más ligero temblor en la voz. Sin embargo, las palabras del sargento no me conmovieron. Hacía tan sólo unos días que los prisioneros pensábamos en la muerte, pero dichos pensamientos constituían ya algo habitual.

"¿Puedo hablar con alguien de autoridad durante tres o cuatro minutos?", pregunté.

No recibí respuesta y seguimos caminando hacia la entrada de un edificio anexo al que ocupábamos. Me preguntaba por qué me habían elegido a mí entre todos los prisioneros de Matanzas. ¿Era quizás porque mi bufete había prestado numerosos servicios

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

a distintas secretarías y organismos del gobierno de los Estados Unidos? Algunos amigos me habían advertido de que se me tenía por espía norteamericano. En realidad, había utilizado la valija diplomática de un país europeo para enviar informes al FBI, y entonces pensé que tal vez habían violado la valija. ¿Era quizás porque el embajador británico y su familia habían sido nuestros invitados en Varadero durante el fin de semana anterior a la invasión? Una noche había recorrido la playa, con el embajador, alumbrando nuestro paso con una linterna. En vista de la invasión que siguió dos días más tarde, ¿podía haber despertado con este inocente acto las sospechas de los agentes del G-2 que me vigilaban?

Se me ordenó que me sentara en un banco, donde comencé a observar lo que me rodeaba. Los terrenos se hallaban iluminados. El edificio principal, frente al cual estaba sentado, era una construcción de dos pisos, mientras que las demás edificaciones tenían sólo uno. Toda el área, de una extensión aproximada a una manzana de casas, estaba rodeada por una verja. El banco en que me hallaba sentado, temblando de frío y de miedo, era uno más de otros varios situados a ambos lados de la vereda que conducía a la puerta principal del edificio central. Una ametralladora montada a mi derecha apuntaba a la entrada a mi izquierda, y sus servidores estaban sentados en un banco próximo. Varios guardias armados vigilaban las veredas y el muro exterior. Estaba en el mismo centro del recinto, y era la única persona vestida de paisano.

No se me ocurrió intentar huir, pues me hubieran abatido a los primeros pasos. Permanecí sentado durante casi una hora, dispuesto a terminar mi vida con dignidad, aun cuando fuera entre extraños y sin que nadie presenciara la escena.

Descansando un brazo en el respaldo del banco, apoyé la cabeza en la palma de la mano y cerré los ojos. Pensé en Carmen, que estaría trabajando sin descanso para obtener mi libertad. Aunque ella sabía que la compasión no tenía cabida en la policía secreta del G-2, controlada por los comunistas, no cejaría en sus gestiones. Pensé en mis hijos, Sandy, Chips y Don, en mi hermana Blanca y en mi hermano Carlos.

Sabían que dos meses antes había estado en los Estados Unidos en viaje relacionado con mi profesión y que el convencimiento de que el puesto de un abogado está allí donde haya peligro y muerte para sus amigos me había impulsado a regresar. Encomiaron mi

Rescatado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

decisión de volver, y esto era una fuente de profunda satisfacción en aquella noche en que permanecía sentado, solo y abatido, en el banco de la prisión.

Pasé nuevamente revista a las circunstancias que habían llevado a Castro al poder y que eran responsables del aprieto en que me hallaba. Pensaba para mis adentros: ¡cómo se sorprendería el pueblo estadounidense si conociera y comprendiera la relación de todos los hechos! En aquella hora, que creía que era la última de mi vida, lamenté más que nunca la conducta de algunos norteamericanos —de dos en particular, un periodista y un diplomático— a quienes consideraba los principales factores de la tragedia cubana, que lo era también para su propio país. ¡Qué catastrófico sería que un pelotón de fusilamiento pusiera punto final a mi intención de narrar los hechos tal y como yo los conocía!

Mientras me ocupaba en estos pensamientos, alguien me sacudió el hombro. Se trataba de un capitán del ejército que me ordenó seguirle. Anduvimos hacia el edificio del que me habían sacado no hacía mucho y llegamos a un lugar donde estaba estacionada una perseguidora. Al aproximarnos bajaron del automóvil tres soldados armados con metralletas. El capitán me indicó que me sentara en el asiento delantero; él ocupó el lugar del conductor y los tres soldados se situaron en el asiento trasero.

Cuando comenzamos a rodar hacia la puerta principal me imaginé que me conducirían a algún lugar solitario donde me dirían que descendiese y corriera, para aplicarme la "ley de fuga". Vi de soslayo cómo llevaban los soldados sus metralletas: atravesadas sobre los muslos.

Los guardias abrieron las pesadas puertas, salió el auto, se detuvo y me ordenaron bajar. Era una noche sin luna y tenebrosa. En aquel momento, de la sombra del muro surgió mi esposa, Carmen, y dos de mis mejores amigos, Eugenio Desvernine y Ernesto de Zaldo, socios de mi bufete. Sonreían. Yo permanecí allí, inmóvil, sin dar crédito a mis ojos. Entonces el capitán me dijo que había sido puesto en libertad y que podía irme.

No intentaré describir la escena, los abrazos, las lágrimas, la sensación de alivio casi paralizadora. Nuestro automóvil estaba estacionado entre las sombras, al final de la calle. Subimos a él rápidamente y partimos hacia Varadero.

¿La razón de mi liberación? Diversas circunstancias habían contribuido a ella. El día anterior, Carmen había ido a La Habana

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

y regresado con un certificado médico atestiguando que estaba bajo tratamiento de insulina y que si se me privaba de la misma, aunque sólo fuera por corto tiempo, entraría en coma y fallecería. Los oficiales del G-2 prestaban poca atención a tales certificados, pero Carmen estaba dispuesta a intentarlo todo. En realidad, el certificado era falso: el médico que lo había expedido era un viejo amigo mío. Una gran lealtad a la familia y a los amigos es uno de los rasgos del carácter del cubano. Aquella noche, Eugenio y Ernesto habían hecho un viaje de cuatro horas a La Habana, procedentes de un juicio en un tribunal revolucionario de Pinar del Río, y continuaron con Carmen hasta Matanzas. Allí estuvieron sentados los tres en la acera durante seis horas, tratando de hablar con el oficial al mando del puesto.

La oportunidad se presentó cuando Carmen pudo entrar en el despacho del jefe del G-2, que en aquel momento acababa de recibir la noticia de que la invasión de Playa Girón había sido aplastada. El G-2 había decidido trasladar nuevamente a los prisioneros, esta vez a una granja avícola abandonada, ya que los edificios de la escuela se necesitaban para atender a los heridos de la batalla. El oficial leyó el certificado y oyó la súplica de Carmen mientras esperaba que le comunicaran con la escuela-prisión.

En esta atmósfera de júbilo, confusión y actividad febril hizo su llamada y, al terminar, con la mano de Carmen agarrada a su brazo, añadió como por casualidad: "Ustedes tienen un prisionero entrado en años, que está enfermo. Se llama Mario Lazo y Guiral. Si puede caminar, pónganlo en libertad".

Asunto solucionado. Excepto que quienes estaban al otro lado de la línea pensaron que sería divertido fingir una amenaza de ejecución. Estoy seguro de que el joven sargento que me comunicó la noticia del paredón no dudaba de su veracidad. El régimen de Castro afirmó en cierta ocasión que en Cuba no se recurría a la tortura física (lo cual hace tiempo que ha sido refutado), pero en cualquier caso yo puedo atestiguar de la práctica de tormentos mentales.

Durante nuestro regreso a Varadero mis salvadores me informaron del fracaso de la invasión. La noticia me dejó momentáneamente sin habla. ¿Podía ser posible?, pregunté al fin. ¿Estaban absolutamente seguros? Sí, la información había sido confirmada por la radio de Miami. Hubo un largo silencio. Yo trataba de poner en orden mis pensamientos, en tanto miraba por la ventani-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

lla, sin ver el paisaje, mientras rodábamos por la carretera costera.

Entonces alguien dijo: "Supongo que somos los cuatro últimos cubanos que todavía admiran a los Estados Unidos".

Nos aproximábamos a Varadero, que estaba sumido en la oscuridad. Cuando llegamos a nuestra casa, en el otro extremo de la playa, no encendimos ninguna luz. Carmen nos sirvió whisky en la terraza del norte, desde la que se divisaba el Canal de la Florida, y nos sentamos en torno a una mesita. Fue muy confortante tener a Eugenio y Ernesto con nosotros. Habíamos trabajado juntos en completa armonía durante muchos años. Su dedicación, valor y capacidad intelectual crearon un vínculo entre nosotros que me había enseñado a medir mi edad, más que por años, por amistades como la suya. Ambos se habían graduado en universidades estadounidenses, así como en la Universidad de La Habana.

En aquel tramo de playa no había otras casas; los criados se hallaban en La Habana. Estábamos aislados y solitarios. Debían ser las tres de la madrugada. La mar se hallaba tranquila y las olas apenas se rizaban al llegar a la orilla. Hacia el este, en la noche sin luna, el faro de Cayo Piedra centelleaba intermitentemente, señalando la entrada a la bahía de Cárdenas. Estábamos todos demasiado excitados para pensar en dormir, así que hablamos hasta que las luces del alba iluminaron el cielo.

No acertábamos a comprender por qué no se había oído nada de la clandestinidad cubana. Habíamos supuesto que, llegada la hora de la invasión, dicho movimiento sabotearía las plantas eléctricas e inutilizaría las estaciones de radio, los servicios de agua y los puentes, carreteras y ferrocarriles en la zona de la invasión. Nada de esto había sucedido. Durante los tres días anteriores, la propaganda radiofónica del régimen había dominado las ondas y los tanques del ejército habían circulado libremente por autopistas y carreteras.

Todos nosotros conocíamos a muchachos que militaban en las fuerzas clandestinas. Algunos eran para nosotros como hijos o hermanos. Hablar con ellos, especialmente con el grupo de Acción Católica, había sido una experiencia conmovedora. Su coraje, celo, dedicación mutua y su odio hacia Castro, eran estupendos. Una y otra vez habían arriesgado sus vidas por ayudar a un amigo. No había nada que no estuvieran dispuestos a hacer por un compañero o por la causa; sin embargo, al relatar sus experiencias, fascinantes siempre y a menudo heroicas, hacían gala de una modestia increíble. Muchos de ellos habían muerto en el paredón.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

La Acción Católica es una organización eclesiástica integrada por voluntarios que desean ayudar a sus correligionarios a ser mejores cristianos a la manera católica. Como medio de identificación, los activistas de Cuba utilizaban el emblema de un pez, copiado de los frescos de las catacumbas romanas, que datan de las persecuciones de tiempos de Nerón. El pez fue el símbolo elegido por los cristianos primitivos, porque la palabra griega que lo designa, Ixove, formaba las iniciales de la expresión: "Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador". Carmen y yo habíamos visto con frecuencia este símbolo, dibujado en fachadas de las casas o en las arenas de la playa de Varadero.

Surgió una discusión en torno a la Doctrina de Monroe. No es extraño que el hispanoamericano culto estuviera mejor informado de la historia y significado de la Doctrina de Monroe que los propios estadounidenses. Durante 138 años había sido el valladar que protegiera la independencia de las antiguas colonias españolas. Y resultó eficaz desde un principio porque en 1823, cuando el presidente Monroe advirtió a Rusia, Prusia y Austria de que no se inmiscuyeran en los asuntos del continente americano, aunque los Estados Unidos eran todavía una débil república, Inglaterra había prestado su cooperación y apoyo a aquella declaración. La Gran Bretaña tenía buenos motivos para hacerlo así, ya que veía en la Doctrina una solución para las restricciones impuestas por España durante casi 300 años a su comercio con las colonias españolas. Sin el consentimiento de Inglaterra, las naciones que formaban la Santa Alianza no podrían trasponer los límites del Atlántico. En 1895, los Estados Unidos habían adquirido fuerza y pujanza. Cuando en dicha fecha fue invocada nuevamente la Doctrina —esta vez contra los ingleses mismos a causa de un litigio de límites entre la Guayana Británica y Venezuela— Inglaterra aceptó el arbitraje. Fue entonces cuando el presidente Grover Cleveland escribió: "Mientras exista nuestra República, la Doctrina no podrá caer en desuso".

En un punto estábamos todos de acuerdo durante nuestra conversación de aquella noche: los hispanoamericanos han conocido el ejercicio de la fuerza y la respetan. De lo que se burlan es de la vacilación, la debilidad y el fracaso.

¿A qué se debía, pues, el increíble fracaso de la invasión? ¿Por qué habían sido incapaces los Estados Unidos de actuar como una potencia de primer orden en el Caribe, que todo el mundo conside-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

raba como un lago estadounidense? Alguien observó que los jerarcas comunistas soviéticos debían hallarse sorprendidos con esta revelación. Me juré que, *aunque me llevara el resto de mi vida, encontraría la respuesta a estas preguntas.*

Ya había entrado la mañana. Era tiempo de emprender el viaje a La Habana. Cuando llegamos a las afueras de la ciudad, Eugenio y Ernesto se adelantaron para informarse de los acontecimientos acaecidos durante la noche. Las noticias que nos trajeron eran buenas y malas. El G-2 había descubierto el ardid de Carmen y me estaban buscando nuevamente. Uno de sus jeeps había dejado nuestra casa minutos antes, después de practicarse un registro de todas las habitaciones. La buena noticia era que nos esperaban en la embajada de Italia, donde ya nos habían preparado una habitación. Partimos hacia allí inmediatamente.

La Cuba del mañana tiene una deuda de gratitud con el marqués y la marquesa de Teódoli, el embajador italiano y su excelente esposa, una noble dama de origen húngaro. Valerosos, aptos, versados en las artes diplomáticas y consagrados al bien de sus amigos, otorgaron asilo a los miembros de la clandestinidad que pudieron penetrar en su embajada. A diferencia de los países hispanoamericanos, Italia no es signataria de la Convención sobre el asilo a los perseguidos políticos; pero después de la fracasada invasión, cuando las embajadas hispanoamericanas se hallaban sometidas a estrecha vigilancia, la puerta de acceso a su embajada se abrió y cerró innumerables veces para asilar bajo su techo a hombres y muchachos que habrían sido pasados por las armas en caso de ser capturados. Todo se llevó a cabo eficazmente, con un admirable espíritu de serena hospitalidad. La experiencia no era nueva para la marquesa, que había salvado más de cincuenta vidas en Budapest, cuando los soviéticos aplastaron la insurrección de 1956.

Entre los refugiados políticos nos encontramos con un joven que había mandado el grupo de la clandestinidad en la zona donde tuvo lugar la invasión. Era un muchacho de voz apagada, de poco más de veinte años y de muy bella estampa. Tenía una sonrisa que aparecía y se borraba muy lentamente, mientras que la expresión de sus ojos permanecía inmutable. Con gran lujo de detalles explicó cómo había sido preparado su grupo para destruir las plantas eléctricas y los puentes de toda la provincia de Matanzas, "en menos de dos horas y para sembrar el peor pánico imaginable". El

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

y su grupo habían sido adiestrados y dotados de explosivos por la CIA, y se habían infiltrado en Cuba en una embarcación procedente de Centroamérica. Sus hombres estaban en constante contacto entre sí y listos en todo momento para la acción, pero, increíblemente, no habían recibido la señal acordada de antemano con los Estados Unidos. De aquí que, al llegar la coyuntura decisiva, permanecieran inmóviles, creyendo que todo era un ardid del régimen de Castro.

Castro tenía motivos más que sobrados para temer a estos combatientes anticomunistas. Día tras día habían resonado en las ciudades cubanas las explosiones de los sabotajes perpretados contra los edificios y fábricas del gobierno. Las actividades guerrilleras habían superado, con mucho, a las del movimiento antibatistiano en 1958. La noche se iluminaba a menudo con las llamaradas de los cañaverales, elocuente testimonio de la creciente oposición a Castro y al comunismo.

Mientras Carmen y yo escuchábamos, absortos y asombrados, el relato del joven, habló otro de los saboteadores, señalando con la cabeza hacia una habitación aledaña donde se había instalado un altar improvisado. Alrededor de dieciséis muchachos estaban arrodillados allí. Mi esposa se acercó al altar y los acompañó en sus oraciones. Como no soy católico practicante, me retiré a un rincón para observar la escena. Allí vi a un joven que pocos días antes había provocado el incendio de la tienda "El Encanto" y que ahora rezaba arrodillado. Mientras se hallaban inmersos en sus oraciones, cruzó por mi mente la idea de que estaba presenciando uno de los momentos gloriosos de la historia de la Iglesia.

Terminada la oración, los muchachos se levantaron lentamente, uno por uno, y comenzaron a gastar bromas entre ellos. Uno de ellos se aproximó a mí, diciéndome: "Señor, no esté tan serio; acabaremos con Castro". Se dió vuelta para marcharse, pero regresó y repitió: "No lo dude ni un momento, Dr. Lazo. Puede estar segurísimo de que lo vamos a tumbar".

Aquella noche, dos de nuestros más íntimos amigos norteamericanos, Louise y Gilbert Smith, se refugiaron también en la embajada italiana. Louise, querida en toda Cuba por su incansable labor de asistencia social, había dedicado recientemente sus energías a actividades más peligrosas, uniéndosenos para ayudar a los combatientes de la clandestinidad. Ahora trataba de levantarnos la moral dándonos cuenta de un discurso pronunciado por el presidente

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Kennedy aquel día 20 de abril, ante un grupo de directores de diarios y que había sido radiado desde Miami.

Los combatientes cubanos anticomunistas se agruparon en torno a Louise cuando ésta comenzó a hablar. Kennedy había afirmado, dijo, que los Estados Unidos no vacilarían en cumplir con sus obligaciones para evitar la entromisión extranjera si el compromiso interamericano resultaba ineficaz. "El presidente Kennedy afirmó claramente", añadió con orgullo, "que los Estados Unidos no abandonarían a Cuba en manos del comunismo".

El pequeño grupo escuchó atenta y sombríamente, permaneciendo en silencio. Luego, alguien me preguntó qué opinaba del discurso del presidente. "¿Meras palabras? ". Yo no pensaba así, pero era muy pronto para juzgar —los hechos nos lo dirían. Más tarde, mientras me hallaba a solas con los Smith, Louise recordó que el Presidente había dicho también que una intervención unilateral por parte de los Estados Unidos habría sido contraria a la tradición norteamericana. Pero, razonamos, si el no intervencionismo es una doctrina moral, este principio debería también obligar a la URSS. "Mientras así no sea", dijo Carmen, "volveremos a encontrarnos con otros desastres tan lamentables como el de hoy". ¿Estaba diciendo Kennedy que el enemigo puede ayudar al enemigo, pero que el amigo no debe ayudar al amigo? ¿y qué decir de la ingente intervención soviética que ya estaba teniendo lugar en Cuba? ¿y no habían intervenido los Estados Unidos al patrocinar la invasión?

Era muy prematuro para formular un juicio, repetí. No sabíamos qué había sucedido, ni por qué. Pero yo lo descubriría, *aunque ello me llevara el resto de mi vida.*

Fue en la embajada italiana donde vimos a Castro explicar por la televisión. con un puntero y grandes mapas, cómo se había ganado la batalla de Playa Girón. Alabó a su fuerza aérea y vituperó a las unidades de la milicia que se habían incorporado a los invasores. Necesitaban disciplina, dijo. Admitió que la elección del lugar del desembarco le había tomado por sorpresa y dijo que la invasión era un plan "magistral". También admitió que si los invasores hubieran podido consolidar su cabeza de playa no habrían sido derrotados. Para todos nosotros era evidente, mientras veíamos y escuchábamos en un silencio pesaroso, que el yerro de Norteamérica había exaltado a Castro a la cima de su poder y prestigio.

Transcurrida una semana, la embajada estaba tan repleta que

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Carmen y yo decidimos ceder nuestra habitación a otras personas que se hallaban en mayor peligro. Así, bajo nombres supuestos, nos trasladamos a una clínica propiedad de un amigo.

Huimos de Cuba, donde había pasado treinta y seis años de mi vida, varias semanas más tarde, a finales de mayo de 1961. Nuestro último cliente había sido asesinado; las propiedades de las empresas y organismos tanto cubanos como extranjeros, que utilizaban nuestros servicios, se hallaban confiscadas. Nuestro bufete, que ocupaba el último piso de uno de los más modernos edificios de La Habana, había sido clausurado. El Gobierno nos notificó que necesitaba el espacio para su propio uso. El artesonado de las paredes había sido arrancado y derribados los tabiques y puertas. La amena casa de Varadero, con su tesoro de recuerdos familiares y objetos de arte traídos con tanto cariño de América Central y del Sur, había sido confiscada al día siguiente de nuestra partida para La Habana, sin darse ninguna explicación ni recibo por la requisa. La casa de La Habana fue respetada por el momento, con la esperanza de atraparme en ella.

Nuestra huida de Cuba a bordo de un buque de carga fue dramática, pero esa historia la dejaré para otro momento.

Ya, al fin, me ha sido dable relatar la forma en que la primera nación del hemisferio occidental fue entregada al imperio comunista. Hoy puedo decir con Virgilio: "Estas cosas vi y parte de ellas fui".

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

2

Las páginas más brillantes

Cuando aún no había trascendido la época de mis mocedades, comprendí que los historiadores suelen escribir la historia según el punto de vista de su propio país. En general, su intención no es la de deformar los hechos, sino simplemente la de resaltar aquéllos que puedan tener más interés para sus lectores. Por ejemplo, muy pocos norteamericanos saben que en la decisiva batalla de Yorktown, durante la Guerra de Independencia, combatieron más franceses que norteamericanos y que hubo el doble de bajas entre los soldados de aquella nacionalidad. Sin embargo, los niños franceses lo aprenden en sus escuelas; saben más que los niños norteamericanos sobre las brillantes hazañas del joven marqués de Lafayette y sobre el importante papel desempeñado por la flota del almirante francés De Grasse en la victoria de Yorktown.

Del mismo modo, los norteamericanos y los cubanos tienen una idea diferente acerca de la guerra hispano-americana y sobre la guerra cubana de independencia. Para los norteamericanos, aquella guerra consistió fundamentalmente en la voladura del acorazado *Maine*, la carga de Theodore Roosevelt en la loma de San Juan, el hundimiento de la escuadra española cuando intentaba romper el bloqueo del puerto de Santiago de Cuba, y la victoria del almirante Dewey en Manila. Por el contrario, los cubanos consideran simplemente la guerra hispano-americana, que duró menos de cuatro meses y causó 385 muertes en las filas norteamericanas y un total de 4.108 bajas, como el capítulo final de su propia lucha, que duró tres años y medio y en la que murieron unas doscientas mil personas. Las dos versiones son correctas. La diferencia estriba más en los matices que en una deformación sistemática de la realidad.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Con la llegada de Castro al poder se ha introducido en la historia un elemento de distorsión premeditada. A partir de 1959 todos los libros cubanos de historia han sido corregidos y enmendados. Ahora los niños cubanos aprenden que en 1898, cuando su país estaba al borde de la victoria, los imperialistas norteamericanos "intervinieron" para dominarlo y explotarlo. Castro ha expuesto esta tesis repetidas veces en alocuciones televisadas.

De cualquier forma, es imposible juzgar la mal llamada "revolución Castrista" de 1956-1958 sin tener en cuenta la historia cubana. Habiendo vivido tanto en los Estados Unidos como en Cuba, creo que puedo exponer objetivamente sus hechos más sobresalientes.

La Guerra de Independencia cubana, que comenzó el 24 de febrero de 1895, fue un conflicto sangriento que en ciertos aspectos recuerda la Guerra de Independencia norteamericana. Aunque hubo muchos combates violentos, en ninguna de las dos guerras hubo batallas decisivas en las que los rebeldes se jugaran el todo por el todo. En ambos casos los insurrectos se enfrentaban a tropas regulares, numéricamente superiores y bien equipadas. En aquel tiempo la población de Cuba era aproximadamente de un millón y medio de habitantes. Para someter al país, España despachó a la Isla a un ejército de más de doscientos mil soldados.

Lo que más desconcertaba a los españoles era que, a pesar de su aplastante superioridad numérica, tenían que luchar a la defensiva, fortificando las ciudades y construyendo largas y costosas trochas en distintas partes de la isla. Pero todo ello no servía para contener a los insurgentes mandados por el generalísimo Máximo Gómez



El generalísimo Máximo Gómez

R de la Cova
ht ooks.htm



El lugarteniente general Antonio Maceo

y por el lugarteniente general Antonio Maceo. Este último descendía de blanco y africano y tal vez haya sido el mayor genio militar de color surgido a través de la historia. Sus acciones guerreras, en las que derrotaba a las tropas españolas casi a su antojo, le convirtieron en una figura legendaria. En la academia militar de West Point, durante la época en que la caballería constituía aún un importante factor bélico, se enseñaban en clase sus campañas. (La madre del "general Antonio" dio a su primer marido cuatro hijos. Al enviudar, casó de nuevo con Marcos Maceo, del que tuvo siete hijos. Nueve de los once hijos, junto con el padre, murieron en la lucha de Cuba contra España).

Mientras Gómez y Maceo seguían cosechando victorias, fue conferido el mando de las fuerzas españolas a Valeriaho Weyler, quien



El general Valeriano Weyler

Ro[illegible]chivo [illegible] A[illegible]la Cova
http://www.latinamerica[illegible]ks.htm

inmediatamente implantó el reinado del terror. Su plan consistía en reducir por hambre a los insurgentes, extremando al mismo tiempo las acciones bélicas contra ellos. Weyler dictó un bando por medio del cual ordenó la reconcentración de los campesinos en las poblaciones, a fin de que no proporcionasen alimentos ni informaciones a los insurrectos. Las ejecuciones se convirtieron en un hecho cotidiano, anticipándose a la era de Castro. Se calcula que unos 150,000 "reconcentrados", principalmente ancianos, mujeres y niños, murieron de hambre y enfermedades.

Cuando la prensa norteamericana dio cuenta de estas atrocidades, la simpatía del pueblo estadounidense se puso del lado de los cubanos. El Congreso aprobó por abrumadora mayoría una resolución que reclamaba el reconocimiento de la beligerancia de los insurgentes cubanos, pero el Presidente logró contener este intento, influido por poderosos grupos de presión que se manifestaban partidarios del aplastamiento de la insurrección cubana.

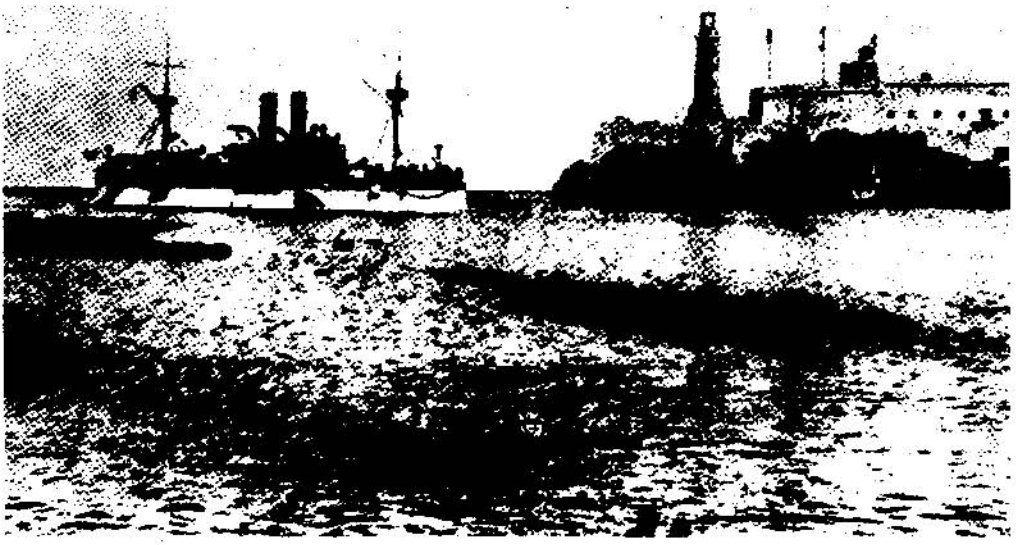
La Guerra de Independencia alcanzó su punto culminante el 15 de febrero de 1898, cuando el acorazado *Maine*, de la Armada de los Estados Unidos, explotó misteriosamente en el puerto de La Habana, muriendo doscientos sesenta y seis tripulantes. La hora había llegado: el pueblo norteamericano se hallaba resuelto a poner fin a la dominación española en Cuba.

El 27 de marzo el presidente McKinley envió un ultimátum a España, que aceptó gran parte de las condiciones, pero no todas. El 11 de abril, McKinley solicitó una declaración de guerra por parte del Congreso y éste le autorizó a despachar tropas norteamericanas a Cuba. La resolución del Congreso especificaba que, después de la pacificación de Cuba, los Estados Unidos "dejarían el gobierno y dominio de la Isla a sus habitantes".

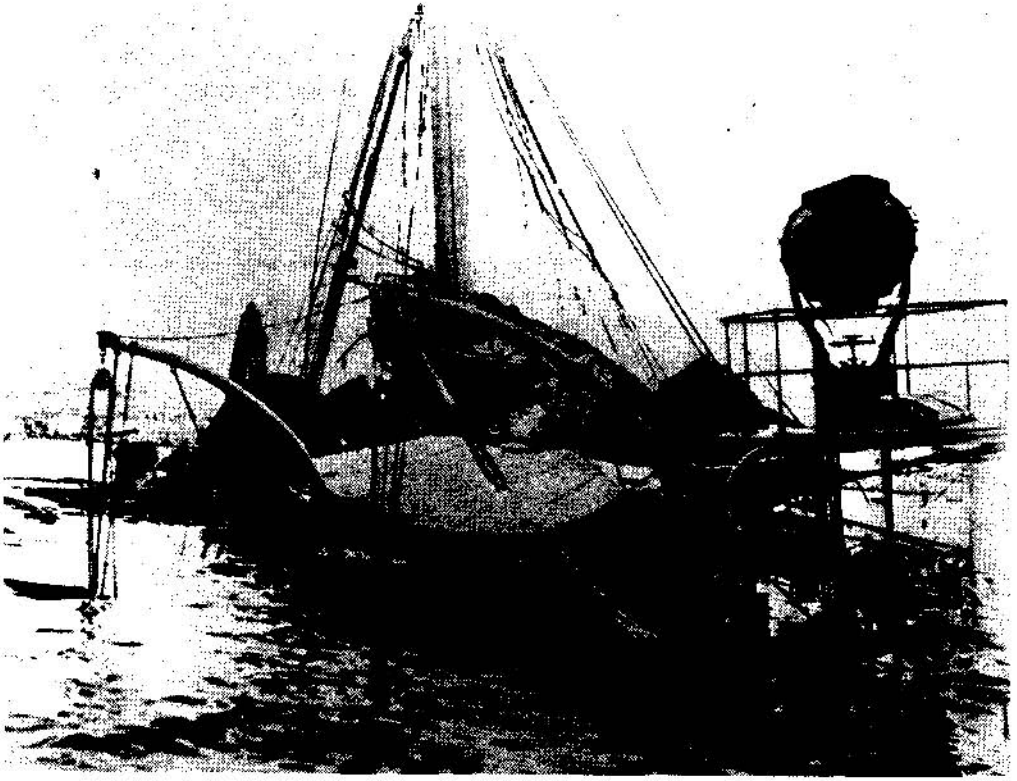
Los cubanos se regocijaron ante el anuncio de la intervención de los Estados Unidos, pero no todos acogieron con beneplácito la idea de una invasión. Por ejemplo, el generalísimo Máximo Gómez afirmó sin ambages que preferiría que ningún soldado norteamericano pisase el suelo de Cuba. Sólo pidió armas, municiones, y un bloqueo contra España. Quería que los cubanos alcanzasen por sí solos la honra y el orgullo de conseguir la independencia de su patria, y temía que la invasión y la ocupación trajesen consigo la anexión. Muchos norteamericanos no tomaron en serio la promesa de que los Estados Unidos se retirarían de Cuba después de la capitulación de España[1]

[1] Willis Fletcher Johnson, *The History of Cuba* (Nueva York: B. F. Buck & Company, Inc., 1920), Vol. 4, p. 109.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El acorazado Maine, *de la marina de guerra norteamericana.*
Foto oficial de la Armada de los EE. UU.



Los restos del acorazado Maine. *Foto oficial de la Armada de los EE. UU.*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

A partir de este momento, los acontecimientos se sucedieron con rapidez.

Gran parte de la flota española fue bloqueada en la bahía de Santiago de Cuba, y hacia finales de junio acampó cerca de la ciudad un ejército norteamericano.

La escuadra española resultó totalmente destruida cuando intentó romper el bloqueo a principios de julio. Puerto Rico fue ocupado y la victoria naval del almirante Dewey en la bahía de Manila trajo consigo la ocupación norteamericana de las Filipinas. El ejército español de Cuba se rindió dos semanas después de la destrucción de la escuadra y tras cuatro meses escasos de guerra con los Estados Unidos, España se mostró dispuesta a firmar la paz. Los delegados de ambos países se reunieron en París para firmar el tratado por el que se entregaban a los Estados Unidos las islas de Puerto Rico, Guam y Filipinas.

Lo que no suele recordarse —y Castro nunca lo menciona— es que uno de los primeros pasos dados por el jefe de la misión española de paz fue solicitar que los Estados Unidos se anexionaran Cuba[2]. La "Perla de las Antillas", la más preciada joya del imperio colonial español, había dado incontables riquezas a la madre patria. En Cuba residían más españoles y se habían invertido más caudales que en ninguna otra tierra hispánica de Ultramar. En París los vencidos pedían a sus vencedores que protegiesen a los súbditos y las inversiones españolas en Cuba, por medio de la anexión de la isla a los Estados Unidos.

El gobierno de Washington se negó a acceder a los deseos de la corona española. Pocas páginas de la historia norteamericana son más brillantes que las que contienen la política desinteresada y constructiva que su gobierno siguió en esta época y en los difíciles años posteriores a la firma del Tratado de París. Política que contrasta con lo que sucedió en otros tiempos y otros lugares, especialmente en México.

El Tratado de París establecía que los Estados Unidos debían asumir la tutela de la isla, responsabilizándose de la protección de las vidas y haciendas de sus habitantes, y que al término de la ocupación norteamericana el nuevo gobierno debería tomar a su cargo las mismas obligaciones.

Los historiadores se refocilan con el dramatismo de las batallas y las campañas militares. Generalmente tienen poco que decir

[2]Ibid, p. 119.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

sobre los años tediosos de ajuste político y organización económica que siempre sobrevienen al final de las hostilidades. Sin embargo, no ha habido nación que en sus comienzos no haya pasado por semejante prueba. La guerra terminó el 16 de julio de 1898, pero sólo hasta el 20 de mayo de 1902, casi cuatro años después, dejó de arriarse la bandera norteamericana en el Castillo del Morro para en su lugar izarse el nuevo pabellón de la estrella solitaria.

Los patriotas cubanos, inopes y harapientos, regresaron a sus hogares para percatarse de que en la mayoría de los casos, aquéllos habían sido destruidos. Millares de familias cubanas, carentes de todo bien como resultado de varios años de guerra, se dieron valerosamente a la tarea de ganarse el pan por su propio esfuerzo, cultivando la tierra con rudimentarios arados de madera que muchas veces tenían que arrastrarse con parejas de hombres uncidos. ¿Cuáles iban a ser las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos? Esta cuestión era motivo de ansiedad para los cubanos y no menos para los norteamericanos. La atmósfera era explosiva. Lo que podía suceder ya se había visto en las Filipinas, donde, en condiciones similares, un incidente casual entre unos centinelas había desencadenado dos años de lucha sangrienta y cruel.

Afortunadamente, en Cuba no sucedió nada parecido, y la ocupación militar norteamericana señaló el comienzo de medio siglo de prosperidad política y económica que quizá no encuentre paralelo en la historia. La forma en que se definió la relación entre los dos países influyó decisivamente en el desarrollo político de Cuba en la primera mitad del siglo XX hasta el 1° de enero de 1959, fecha en que Castro tomó el poder.

Las primeras medidas para la constitución de un gobierno cubano se adoptaron bajo la administración militar del general Leonard Wood. En noviembre de 1900 se reunió una Asamblea Constituyente con la finalidad de redactar una constitución análoga a la de Estados Unidos, previéndose la creación de un ejecutivo, un poder judicial independiente y dos cámaras legislativas. La Constitución de 1901 reflejaba, por lo tanto, la influencia norteamericana no sólo en su contenido, sino incluso en la formulación de su articulado.

En las relaciones cubano-norteamericanas, la llamada Enmienda Platt constituyó el elemento de mayor índole polémica. El Congreso se hallaba a punto de finalizar sus sesiones en 1901 cuando el senador Orville H. Platt presentó una enmienda al proyecto de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ley sobre asignaciones al ejército, que consistía en siete breves artículos que sentaban las bases de las futuras relaciones entre los dos países. La enmienda formaba parte de un proyecto de ley relacionado con los gastos castrenses, porque entonces la administración de Cuba dependía de la Secretaría de la Guerra, de Washington.

Sólo dos de los siete artículos suscitaron una reacción adversa por parte de algunos políticos cubanos. Por medio del artículo tercero el gobierno de Cuba consentía que los Estados Unidos pudiesen ejercitar el derecho de intervención para preservar la independencia cubana y sostener un gobierno adecuado "a la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual . . ." El artículo séptimo afirmaba que "Cuba venderá o arrendará a los Estados Unidos las tierras necesarias para carboneras o estaciones navales en ciertos puntos determinados . . ." Se dijo a los delegados de la Asamblea Constituyente que la inclusión de estos dos artículos como anexo de la Constitución, y después en un tratado permanente entre los dos países, representaba el precio de la independencia de su patria.

El 12 de junio de 1901 la convención aceptó la Enmienda Platt y, por consiguiente, fue incluida como "apéndice" de la Constitución. Más tarde, en 1903, fue incorporada a un tratado entre ambos países.

Las consideraciones que inspiraron la Enmienda Platt eran de carácter práctico y se hallaban en consonancia con los principios de la Doctrina de Monroe. La privilegiada posición geográfica de Cuba la convertía en un punto clave del golfo de México, y los Estados Unidos no querían que en la isla se produjese una situación que diese lugar a la intervención de alguna potencia extracontinental. Ya en 1562 el rey Felipe II de España había subrayado la importancia de la isla: "El que posea la isla de Cuba" —había afirmado— "tendrá la llave del Nuevo Mundo".

En el transcurso del tiempo la Enmienda Platt demostró ser de incalculable valor para la nueva república. Estimuló la afluencia de capital norteamericano en la isla, lo cual contribuyó enormemente al desarrollo económico del país. Fue la única razón por la que los bonos cubanos se vendían a mejor precio que los de Francia, Brasil, Argentina, Chile y otros países. Después de que la Enmienda fue aceptada, la representación diplomática de los Estados Unidos en Cuba ejerció en ciertas ocasiones una poderosa

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

influencia en la vida política del país, más fuerte incluso que la del propio presidente cubano. Hubo momentos en que los enemigos políticos del gobierno establecido acudieron a los diplomáticos norteamericanos para que mediasen como árbitros en los conflictos internos del país.

De este modo, los dirigentes políticos cubanos se acostumbraron a depender de la tutela política norteamericana. Incluso después de que la Enmienda Platt fuese derogada en 1934 durante el primer gobierno de Franklin D. Roosevelt, siguieron consultando al embajador norteamericano, pidiéndole soluciones para los problemas más graves. Aquellos norteamericanos que carecen de un conocimiento cabal de la historia cubana no pueden captar la significación que tiene ello, como lo sugiere la afirmación que Arthur M. Schlesinger Jr. atribuye a John F. Kennedy. Refiriéndose al penúltimo embajador en Cuba, el presidente comentó: "En cierta ocasión Earl Smith me aseguró que, después del presidente, la persona más importante de Cuba era el embajador norteamericano. ¡Qué situación más absurda!"[3].

Desde luego, Smith tenía razón. Debía haber añadido que, en algunas circunstancias, el embajador de los Estados Unidos era el hombre *más* importante de la isla. Por esto es por lo que en 1958, sólo veinticuatro años después de que Cuba obtuviese el disfrute pleno de su soberanía, muchos cubanos creían que Washington sabía lo que hacía al provocar el derrocamiento de Batista y el ascenso de Castro al poder.

Después de la proclamación de la Constitución de 1901, con el apéndice de la Enmienda Platt, Cuba se dió a la tarea de elegir un Congreso y un presidente. Se ofreció la presidencia al generalísimo Maximo Gómez, jefe de la revolución triunfante, pero éste la rechazó afirmando que: "los hombres de guerra son para la guerra; los de paz, para la paz". Gómez propuso a don Tomás Estrada Palma, que fue elegido sin oposición.

Mientras tanto, el general Wood había realizado una excelente tarea como gobernador militar. Con integridad inflexible y gran prontitud creó nuevas instituciones basadas en las existentes en los Estados Unidos. Se implantó un sistema de escuelas públicas, se construyeron carreteras, hospitales, y se organizaron un servicio

[3] Arthur M. Schlesinger Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 224.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

postal y aduanas portuarias. Se reorganizó el sistema judicial. Muchos de los ex-combatientes del Ejército Libertador pasaron a formar parte de un cuerpo de guardias rurales. Los resultados más halagüeños se obtuvieron en el campo de la medicina. La fiebre amarilla, que era una azote endémico de Cuba, desapareció por completo un año después de que el general Wood hubo encargado al doctor Walter Reed la dirección de los experimentos, que finalmente confirmaron la validez de la teoría del doctor Carlos Finlay, quien ya antes había demostrado que el terrible mal se transmitía por la picadura del mosquito *Aedes Aegypti.*

El primer presidente de Cuba era un hombre digno y honrado. Los cubanos consideran los años iniciales de su primer mandato, de 1902 a 1906, como los mejores de la República. Don Tomás Estrada Palma llevó a cabo el programa del general Wood de obras públicas, educación y sanidad, y en 1905 el tesoro nacional poseía reservas valoradas en unos veinticinco millones de dólares. Sin embargo, hay quienes afirman que el halagüeño estado de la hacienda excitó las ambiciones políticas de la oposición, y aquel mismo año se formularon acusaciones de fraude en la reelección del presidente. En agosto de 1906, para hacer frente a la rebelión ya declarada, don Tomás requirió la intervención norteamericana de conformidad con los términos de la Enmienda Platt, hecho que tuvo lugar en septiembre de 1906, cuando William Howard Taft, que iba al frente de una comisión mediadora enviada por el gobierno de Washington, fue nombrado gobernador provisional de la isla. Pronto fue sustituido por Charles E. Magoon. Aunque el gobierno de Magoon ha sido criticado por diversos historiadores, hay que señalar el hecho de que, adelantándose así a todos los países hispanoamericanos, promulgó una ley del Servicio Civil destinada a prevenir la injusta cesantía de los funcionarios públicos y evitar el padrinazgo. Pero más tarde, los gobernadores cubanos clasificaron millares de cargos como "puestos de confianza" con el fin de sustraerlos al amparo de la ley del Servicio Civil y burlar así esta sana medida.

Estos y otros hechos demuestran que no se puede implantar en un país un proceso democrático cambiando simplemente la forma de las instituciones. *La democracia debe evolucionar lenta y dolorosamente a través de ensayos y errores, de acuerdo con las exigencias de una opinión pública cada vez más consciente de la naturaleza de los problemas nacionales.*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El gobierno se convirtió en el mejor "negocio" después del azúcar. Millares de cargos públicos se clasificaron en las categorías de "confidenciales" o "políticos" para sustraerlos al amparo de la ley del Servicio Civil. Hasta la llegada de Batista hubo seis elecciones nacionales. En todas ellas el ganador fue el candidato que tenía el apoyo del gobierno saliente. La corrupción fue aumentando progresivamente.

En 1923 fui por primera vez a Cuba y tuve la oportunidad de conocer al general Crowder, estableciendo así mi primera relación con un representante diplomático norteamericano en el país. Hasta el entronizamiento de Castro, tuve la suerte de tratar con todos los embajadores norteamericanos, aunque variaba el grado de intimidad con los mismos, según la personalidad de cada uno de ellos.

El gobierno del general Gerardo Machado merece una atención especial al considerar las circunstancias que llevaron primeramente a Batista y más tarde a Castro, al poder. Machado ganó las elecciones de 1924 prometiendo honradez electoral y un solo mandato presidencial. Sin embargo, entre 1927 y 1928 Machado consiguió implantar una reforma constitucional que ampliaba su mandato hasta seis años. En 1928 fue reelegido sin oposición.

El segundo mandato de Machado coincidió con la crisis económica mundial y la caída del precio del azúcar, agravado por una elevación de los adeudos arancelarios en los Estados Unidos. El caos económico originó un grave estado de inquietud política que obligó a Machado a disponer la adopción de medidas represivas. El terrorismo se extendía, la violencia engendraba la violencia, y en 1933 Cuba se hallaba una vez más al borde de la guerra civil. Los enérgicos métodos de Machado transformaron su gobierno en una dictadura, y después de la elección de Franklin D. Roosevelt, los Estados Unidos enviaron como embajador en La Habana a Sumner Welles, con la encomienda de que actuase como mediador.

Durante este período en que en el campo proliferaban las insurrecciones armadas y el terrorismo aumentaba en las ciudades, estuve en contacto casi diario con Welles. Hubo ocasiones en que acudí a una cita con él en un reparto de La Habana iluminado sólo por los faros de mi auto y entre explosiones de bombas y tiroteos que rompían la quietud de la noche. Entre la seguridad de la población civil y la anarquía total sólo mediaba la policía e incluso en esta institución armada, también reinaba cierto grado de desorden. El jefe de policía de La Habana había sido sustituido varias veces y

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

llegó un momento en que la tercera parte del cuerpo de policía se hallaba compuesta de individuos que poseían antecedentes penales. Nos llegaron rumores de que, con el fin de provocar la intervención, se planeaba el asesinato de Welles, y así se lo comuniqué al embajador. A pesar de ello, sin protección de escolta alguna, siguió conduciendo su automóvil por las calles de La Habana, y todos quedamos admirados de su valor.

Jefferson Caffery, que circulaba por La Habana precedido y seguido por perseguidoras de escolta tripuladas por individuos armados, tratando así de protegerse, al igual que Castro en nuestros días.

El intento de mediación de Welles se tradujo en un fracaso, y, al estallar la huelga general, se llegó a la conclusión de que Machado debía abandonar el poder. Pero en los primeros días de agosto se produjeron manifestaciones públicas antimachadistas en el centro de la capital y el ejército cubano se hizo cargo de la situación, obligando a Machado a salir del país el 12 de agosto de 1933. El gobierno que le sucedió resultó vacilante y falto de decisiones y energía, por lo que las intrigas políticas continuaron creando una situación que se aproximaba al caos.

En estas circunstancias fue como Batista subió al poder, no con la ayuda de la Secretaría de Estado de Washington, sino por sus propios medios. Parecía la única posibilidad de lograr cierto grado de estabilidad para el país. Gran parte de la historia de Cuba comprendida entre los años de 1934 y 1958, año en que los Estados Unidos intervinieron una vez más, obligando a Batista a exilarse, gira alrededor de su persona.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

3

El ascenso de Batista

Los amigos íntimos de Fulgencio Batista y Zaldívar, algunos de los cuales son hombres de gran entereza moral, aseguran que el depuesto presidente se consagró sinceramente a la realización de sus ideales democráticos. Algunos de ellos consideran que su principal flaqueza consistió en no mostrarse lo suficientemente inexorable en situaciones graves, debilidad ésta explicable, a más de su sentido humano, por su deseo de conservar popularidad entre las masas.

Destacan que, aunque fue el hombre más poderoso de Cuba durante el septenio consecutivo a la "sublevación de los sargentos" ocurrida el 4 de septiembre de 1933, no alcanzó la presidencia hasta que fue elegido constitucionalmente en julio de 1940. También señalan el hecho de que en los diecisiete años que conservó el poder se abolió la pena de muerte; que en mayo de 1955 decretó una amplia amnistía en favor de todos los presos políticos (incluidos los hermanos Castro, que sólo habían cumplido año y medio de la condena de quince que les había sido impuesta por dirigir el asalto al cuartel militar).

Por el contrario, los más acerbos enemigos y críticos de Batista le definen como un dictador monstruoso. Repitiendo una y otra vez sus imputaciones a la manera de Hitler, Castro ha acusado a Batista del asesinato de veinte mil cubanos. Herbert L. Matthews, aprovechándose de la enorme influencia que ejerce *The New York Times*, suele apoyar estas acusaciones describiendo a Batista como una bestia selvática, feroz como un tigre, "más cruel y rapaz que ningún otro dictador de la América Latina"[1]

[1] Herbert L. Matthews, *The Cuban Story* (Nueva York: George Braziller, 1962), p. 58.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Entre los dos extremos se encuentran las personas que, como yo, intentan juzgar objetivamente los aciertos y los errores de Batista. Confieso que me desilusionó profundamente cuando el 10 de marzo de 1952 interrumpió el proceso democrático del país y ocupó el poder por medio de un golpe de estado. Al producirse aquella coyuntura, me asaltó un negro presentimiento. En aquellas circunstancias tuve la impresión de que el reloj de la historia había dado marcha atrás y que se había inferido un golpe mortal a los lentos progresos que, a través de los años, Cuba había realizado en el camino de la democracia. Aunque mi bufete se ocupaba de supervisar una serie de importantes proyectos de construcción industrial, incluso los dos más importantes de toda la historia de Cuba, y que los mismos requerían un trato constante con las autoridades de La Habana, no volví a hablar con Batista durante los años que ocupó la presidencia, y hasta ahora no he tenido contactos con él, ni directos ni indirectos.

Debido a su formación y a las lecciones de la experiencia, un abogado aprende a diferenciar entre la realidad y la fantasía, y por eso creo que ahora, con cierto sentido de la perspectiva, puedo relatar los hechos que en última instancia determinarán el lugar de Batista en la historia de Cuba.

Desde 1934 hasta 1940 Batista desempeñó la jefatura del ejército, disponiendo durante aquel período de más poder que el propio presidente. De 1940 a 1944 ejerció las funciones presidenciales, elegido constitucionalmente. Después de un intervalo de ocho años regresó ilegalmente al poder y lo conservó ilícitamente hasta las elecciones constitucionales de 1954. A partir de esa fecha fue presidente del país hasta que Castro subió al poder el 1º de enero de 1959.

El embajador norteamericano Sumner Welles llegó a La Habana el 7 de mayo de 1933, y tres meses después se proclamaba una huelga general contra el presidente Machado. Las calles de la capital se hallaban desiertas. En el interior del país las actividades comerciales e industriales quedaron paralizadas; las tiendas cerraron sus puertas y la gente permanecía en sus casas. En las carreteras se disparaba contra todo vehículo que circulara. En esta crítica situación, en agosto de 1933 Machado fue depuesto y salió del país, sucediéndole Carlos Manuel de Céspedes.

La guarnición militar más importante de La Habana se halla alojada en el Campamento de Columbia, trazado originalmente por

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

los norteamericanos durante su primera ocupación del país siguiendo el típico estilo americano, con el polígono de maniobras en el centro. Los oficiales cubanos no vivían en el campamento, hecho que facilitaba una posible sublevación de los suboficiales y clases que quedaban al frente de él. En los últimos días de agosto empeoró la situación. Llegaron a la capital rumores de conspiraciones; uno de estos bulos aseguraba que los comunistas se hallaban preparando la constitución de un gobierno de obreros, marinos y soldados. Los primeros en lanzarse a la acción fueron unos sargentos y cabos dirigidos por Batista.

En la madrugada del 4 de septiembre, Batista telefoneó a todos los puestos militares de la isla y dió el mando de éstos a los sargentos, quienes a su vez notificaron a los oficiales que no debían reincorporarse a sus puestos. Percatándose de que el pueblo cubano no apoyaría a un gobierno militar presidido por sargentos, Batista convocó en el Campamento de Columbia a los dirigentes del Directorio Estudiantil Universitario de la Universidad de La Habana y a algunos de los profesores. Después los sargentos se apoderaron de las estaciones de radio. Las funciones ejecutivas quedaron encomendadas a cinco comisionados (gobierno de la Pentarquía), provistos todos ellos de igualdad de facultades.

Batista, que por entonces tenía treinta y dos años, había nacido en 1901 en la provincia más oriental de Cuba. Sus padres eran gentes de muy humilde condición. Cursó las primeras letras en la escuela pública de Banes y se incorporó al ejército en 1921, después de trabajar en los oficios más dispares. Aprendió mecanografía y taquigrafía, y en 1928 fue ascendido a la plaza de sargento-taquígrafo, dedicándose, además, a la teneduría de libros y a la administración de bienes. Tenía el don de la oratoria y una personalidad atractiva. Aunque su instrucción y su cultura eran deficientes, poseía una mente sumamente ágil y pensaba y actuaba con mucha lógica.

El 4 de septiembre, fecha de la revuelta, el presidente Céspedes se hallaba ausente de la capital, regresando a ella al mediodía. Sus consejeros le instaron a que declarase en rebeldía al ejército y solicitase de los Estados Unidos el desembarco de fusileros-marinos. Céspedes vaciló, absteniéndose de adoptar toda medida.

El 8 de septiembre varios centenares de oficiales del ejército se trasladaron al Hotel Nacional, en el que entonces residía el embajador Sumner Welles, aunque éste no tardó en trasladarse a un nuevo

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

domicilio. Batista estableció el cerco del hotel, abandonado por todos sus empleados; los oficiales se vieron precisados a cocinar, fregar los platos y limpiar los pisos. Los aviadores se encargaron del manejo de los ascensores, después de que el oficial de guardia les dijese jocosamente: "Ustedes están acostumbrados a subir y bajar".

El 10 de septiembre el doctor Ramón Grau San Martín, un médico alto, delgado, de aspecto anémico, se instaló en el palacio presidencial como presidente provisional de la República en medio de escenas de increíble confusión. Ante la dominación política de los estudiantes, los demás grupos revolucionarios optaron por la abstención. Grau nombró ministro de Gobernación a un joven de ideas extremistas, el doctor Antonio Guiteras Holmes, confiriéndole así el puesto más importante del gabinete, ya que ese ministerio tenía jurisdicción sobre la policía del país.



El sargento Batista, el Dr. Ramón Grau San Martín y el general Blas Hernández. Fotografía tomada en septiembre de 1933.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Guiteras, que no tenía aspecto de cubano, se hallaba animado de intensos sentimientos antiyanquis a pesar de ser hijo de una norteamericana. Alto, de cabellos castaño rojizo, enteco y ligeramente encorvado, era taciturno y presto en adoptar decisiones. Dominaba el gabinete y a él se debe la promulgación de una legislación laboral bastante radical. Poco después de ocupar su cargo ordenó la expropiación de dos de los más importantes centrales azucareros del país, pertenecientes a intereses norteamericanos. Suplantando a Grau como inspirador del grupo estudiantil, se convirtió en el enemigo acérrimo de Batista. Cuando éste decidió poner término a la hegemonía de los estudiantes, Guiteras intentó huir de Cuba, pero el ejército lo sorprendió en las inmediaciones de un fortín español cercano a Matanzas y allí fue muerto en medio de un espectacular tiroteo. Doce de sus adeptos, entre ellos dos mujeres, fueron hechos prisioneros.

Durante la presidencia del doctor Grau pude observar la aparición de los primeros sentimientos antiamericanos que me fueran dables comprobar durante mis largos años de residencia en el país. Al mismo tiempo comenzaron a circular rumores de que, en el interior del país, los agitadores comunistas incitaban a los obreros a apoderarse de los centrales azucareros y saquear las tiendas. En las calles de La Habana estallaban violentos disturbios. Cuando se producían, los asustados comerciantes se apresuraban a bajar las cortinas metálicas de sus almacenes. Todo el mundo en Cuba, incluso Batista y los dirigentes estudiantiles, estaban convencidos de que la intervención norteamericana sería inmediata. Se sabía que los buques de guerra norteamericanos se hallaban próximos a las costas del país para proteger las vidas y las propiedades de los ciudadanos estadounidenses.

A las seis de la mañana del 2 de octubre de 1933, varias unidades del ejército cubano atacaron el Hotel Nacional. Los oficiales constituían la flor y nata del ejército; muchos de ellos habían recibido su instrucción profesional en academias militares norteamericanas. Doscientos cubanos murieron en el curso de la acción, y centenares de ellos resultaron heridos. Al agotárseles el parque, los oficiales izaron bandera blanca. Se les agrupó fuera del hotel, desarmados, y allí mismo unos civiles los tiroteó, matando 11 e hiriendo 22 de ellos.

Dos días después, el 4 de octubre, Batista visitó al embajador Welles para expresarle su pesar por la muerte de un norteamericano

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

alcanzado por una bala perdida. Se trataba del sub-gerente de la compañía Swift, uno de nuestros clientes. Batista y Welles conversaron largo rato y, al elevar un informe a Washington, Welles afirmó que él le había manifestado a Batista que a su juicio, el coronel-jefe del ejército era la única persona que en Cuba disponía realmente de autoridad. Welles se quejó a Batista de las medidas del gobierno de Grau, inculpando por las mismas a un pequeño grupo de estudiantes y a unos cuantos individuos que habían hecho causa común con ellos por motivos de interés personal.

Los terroristas seguían en acción. Continuamente explotaban bombas en La Habana. Fue volado el expreso Santiago-Habana. El 8 de noviembre estalló un movimiento encaminado a derrocar al gobierno de Grau y Batista. La población habanera se vió obligada a ponerse a salvo de un ataque aéreo llevado a cabo con aviones sustraidos de la base aérea de Columbia, que rociaron las calles de balas. Los revolucionarios recorrían la ciudad, sembrando el terror con los disparos de sus fusiles y ametralladoras. De toda la isla llegaban noticias semejantes. Batista aplastó la revuelta, pero ya habían muerto más de quinientas personas en los dos bandos: la máxima cifra de bajas registrada en una revuelta desde la independencia de Cuba.

Batista comprendió que, dado que los Estados Unidos no reconocerían el gobierno de Grau, tendrían que producirse cambios importantes.

A finales de noviembre de 1933 Welles fue llamado a Washington, y el 18 de diciembre llegaba a La Habana Jefferson Caffery en calidad de representante especial del presidente Roosevelt.

El antiyanquismo de Grau aumentó en intensidad a medida que la situación empeoraba y que su apoyo popular disminuía. Todo esto fortalecía la posición de Batista; Caffery le ofreció su ayuda incondicional.

Conocí a Batista en enero de 1934 en una comida ofrecida por H. Freeman Matthews, primer secretario de la embajada norteamericana, en su residencia del Country Club de La Habana. Los comensales constituían un reducido grupo. Además de nuestros anfitriones, mi mujer y yo, se hallaban presentes el sargento Batista y su esposa, y dos de sus más íntimos colaboradores en el ejército acompañados de sus respectivas esposas; en total, unas diez o doce personas. Uno de los asistentes era José Pedraza, que más tarde

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

llegaría a ser jefe del Estado Mayor General del Ejército y que en febrero de 1941 sería arrestado, acusado de planear el derrocamiento del presidente Batista. Después se le acusó de organizar un complot para asesinar al presidente Grau, y fue condenado a varios años de prisión. Por último, volvió a luchar junto a Batista frente a los rebeldes castristas. Un grupo de secuaces de Castro apresaron a su hijo y le mataron a sangre fría una vez que descubrieron su identidad. Jaime Mariné, otro de los sargentos reunidos aquel día en casa de Matthews, llegó a teniente coronel y fue el representante de Batista en las ilícitas transacciones de su primer gobierno.

Como es lógico, nos sentíamos muy interesados ante el hombre que por vez primera en la historia moderna había destituido a los oficiales de un ejército nacional, convirtiéndose casi de la noche a la mañana en el hombre más poderoso de Cuba. Batista era bien parecido, de mediana estatura y fuerte complexión, y enormemente simpático. Pesaba unos ochenta y cinco kilos y parecía muy seguro de sí mismo. Hablaba con suma lentitud, con voz bien modulada. Dedicaba toda su atención a quien se dirigía a él, captando las ideas con tal rapidez que a veces contestaba antes de que le hubiesen formulado cabalmente la pregunta. Posteriormente, mi cuñada nos refirió que, antes de la sublevación de los sargentos, en sus ratos libres Batista daba lecciones de mecanografía a un vecino, y que las muchachas del barrio lo hallaban sumamente bien parecido. Siempre le estaban acechando. "Miren", decían, "ahí viene el *profesor*".

La decisión de Batista de tratar de obtener el reconocimiento de los Estados Unidos provocó un conflicto con el Directorio Estudiantil. Después de la dimisión forzosa de Grau, le sucedió en el poder Carlos Hevia (que ocupó la presidencia por espacio de dos días) y a continuación fue nombrado presidente provisional el coronel Carlos Mendieta, que desde un principio había sido el candidato de Batista para desempeñar la presidencia. Su toma de posesión, que tuvo lugar el 18 de enero de 1934, reflejó el verdadero temperamento del pueblo cubano. El palacio estaba rodeado por una gran multitud que gritaba entusiasmada aclamando al presidente Roosevelt, al embajador Caffery y a Sumner Welles, que por entonces era subsecretario de Estado. Los Estados Unidos reconocieron al gobierno de Mendieta seis días después de su entrada en funciones. Washington había acogido con gran entusiasmo la desaparición del gobierno estudiantil de Grau, por consiguiente, Batista

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

y el gobierno norteamericano se hallaban ahora de acuerdo.

En marzo de 1935 la oposición intentó una huelga general con el apoyo de los comunistas. La pugna política se entabló directamente entre los radicales y Batista, quien utilizó al ejército para terminar con la huelga, encarcelando a centenares de activistas. A pesar de que las comunicaciones eran muy deficientes, se supo en La Habana que en el interior del país, los trabajadores, dirigidos por los comunistas, se estaban apoderando de los centrales azucareros y de las plantas industriales, sustituyendo la dirección de éstas por consejos locales y soviets de obreros.

Uno de nuestros clientes, la United Fruit Company, poseía su propia planta de radio, y un día su director general, Walter W. Schuyler, se enteró de que había sido cortada la principal tubería de agua que abastecía al gran Central Preston, en la provincia de Oriente (cerca de la base naval de Guantánamo), y que un grupo de trabajadores estaban a punto de apoderarse del ingenio.

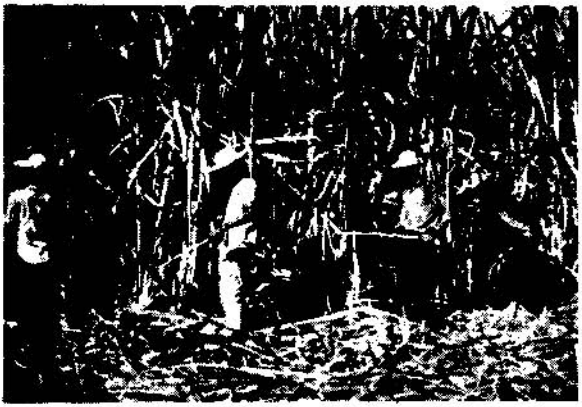
En Cuba había dos tipos de núcleos urbanos, la ciudad o pueblo, y los *bateyes* industriales de los ingenios, habitados por obreros industriales sindicalizados y gerentes empleados permanentemente en el central y hospedados cerca del mismo. Los jornaleros agrícolas vivían cerca de las plantaciones de caña, en las *colonias*, unidas por ferrocarril al ingenio. Supimos que un pequeño grupo de individuos que jamás habían trabajado en el central, dominaban ya el *batey* del Preston.

La United Fruit tenía sus oficinas principales en Boston. En Cuba poseía una línea marítima de carga y de pasajeros que comunicaba a Nueva York y Nueva Orleáns con La Habana, y así como dos de los mejores centrales de Cuba, ubicados ambos en la zona de la bahía de Nipe, provincia de Oriente. En días claros se podía ver desde el Central Preston el humo del otro ingenio más pequeño, situado en Banes, a través de innumerables caballerías de cañaverales verdes y argentados. Cuando la United Fruit compró las tierras, eran casi una selva deshabitada, sin más núcleo de población que el pueblo de Banes. Se encauzaron arroyos de las montañas cercanas para abastecer de agua los ingenios y los *bateyes*. Varios centenares de caballerías se convirtieron en cañaverales y en pastizales. En 1935 las posesiones de la United Fruit en Cuba se valoraban en unos cuarenta millones de dólares. Su nómina anual conllevaba el pago de diez millones de dólares aproximadamente, y cuarenta mil personas dependían de los dos centrales para subsistir.

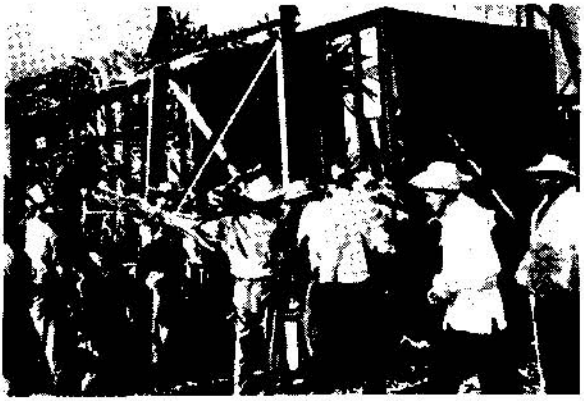
Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El Central Preston, que en 1929 superó las marcas mundiales de producción de azúcar crudo.



El corte de la caña de azúcar siempre ha constituido una tarea manual.



Carga de la caña de azúcar en vagones ferroviarios.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Los vagones se voltean mecánicamente y la caña cae sobre transportadores que la conducen a los molinos.

Las relaciones de la compañía con sus obreros habían sido siempre cordiales. Sus hospitales en Preston y Banes eran de los mejores de Cuba; el personal médico y las enfermeras se hallaban a un nivel profesional y técnico tan elevado como el de los Estados Unidos. Miles de obreros cubanos habían acudido a ambos centrales atraídos por sus facilidades de vivienda, escuela, alimentación y comercio. Disponían de agua y electricidad gratis, y para que tuviesen huertos propios, la compañía les proporcionaba, también a título gratuito, semillas, tractores y supervisión técnica. Los trabajadores podían comprar leche pasteurizada a muy bajo precio.

Las anchas calles de los *bateyes* estaban bordeadas por frondosos árboles y céspedes bien cuidados, y había cines, clubs e instalaciones deportivas. La compañía contribuía a los gastos de instrucción de los hijos de los obreros que quisieran asistir a una universidad norteamericana. A diferencia de otras empresas azucareras, la United Fruit daba trabajo a sus empleados durante todo el año en las faenas agrícolas, en la experimentación de nuevos cultivos y en otras actividades. En 1929 el Central Preston fue el que más azúcar produjo en todo el mundo; debe apuntarse el hecho de que en 1935 sólo tenía treinta o cuarenta empleados norteamericanos.

Como resultado de aquella coyuntura los propietarios habían perdido el dominio de sus legítimos bienes, por lo cual solicitamos una entrevista con Batista para exponerle el problema. Walter Schuyler, ingeniero muy competente y antiguo "as" del fútbol, es el mejor ejecutivo que he conocido. Tanto los cubanos como los norteamericanos le consideraban una de las figuras más sobresalientes de la industria azucarera cubana. Serio y enérgico, aunque siempre justo con los escasos empleados norteamericanos de la

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

United Fruit, trataba a los empleados y obreros cubanos con gran cordialidad; éstos le llamaban *criollo*, queriendo significar con ello su identificación con todo lo cubano. Ahora bien, Schuyler quería recobrar el dominio de sus propiedades azucareras, que habían sido su sueño y a las que había consagrado lo mejor de su vida.

Acudí con él al Campamento de Columbia a la hora fijada, las nueve de la noche. En una gran antesala se apiñaban más de cien personas que esperaban audiencia. Junto a mí estaba sentado Pincho Gutiérrez, el apoderado del famoso boxeador Kid Chocolate, que quería que éste ofreciese una pelea en La Habana. Tal era el problema que *él* iba a exponer a Batista.

Batista nos recibió seis horas después. La conversación fue breve y directa. Como era nativo de Banes, conocía bien el extraordinario desarrollo de la zona, así que no perdimos el tiempo con preliminares. ¿Cuántos soldados creía Schuyler que harían falta? "Cincuenta o sesenta", repuso éste. Batista comentó sonriendo que en Cuba debería haber un ejército de una magnitud igual a la mitad de la población: "Un soldado por cada ciudadano", dijo. Nos aseguró que ese mismo día enviaría un destacamento al mando de un sargento de confianza desde Santiago a Preston.

En setenta y dos horas se restableció el orden en Preston y en Banes sin derramamiento de sangre ni violencias. El mismo fenómeno se repitió en todo el país en las semanas siguientes. La consecuencia fue que el mundo de los negocios y de la industria, y los elementos conservadores de la sociedad cubana apoyaron a Batista, que estaba a punto de convertirse en *jefe supremo*, y de quien se esperaba que fuese el árbitro final en todas las cuestiones. Sin embargo, Batista no fue en ningún momento el dictador absoluto que muchos tienen por cierto, ya que tenía que apoyarse en el ejército y contar con los sindicatos, los partidos políticos, los estudiantes universitarios, las asociaciones profesionales, los intereses de los grandes negocios, la Iglesia católica y, sobre todo, con la embajada norteamericana.

La figura robusta del presidente Mendieta, que siempre vestía trajes de dril, era también un símbolo del retorno a la normalidad. Era honrado y conservador, aunque algo indeciso.

Uno de los primeros éxitos de Batista fue la negociación entablada por el gobierno Mendieta con vista a la derogación de la Enmienda Platt, culminada satisfactoriamente el 29 de mayo de 1934. Las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba mejoraron

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

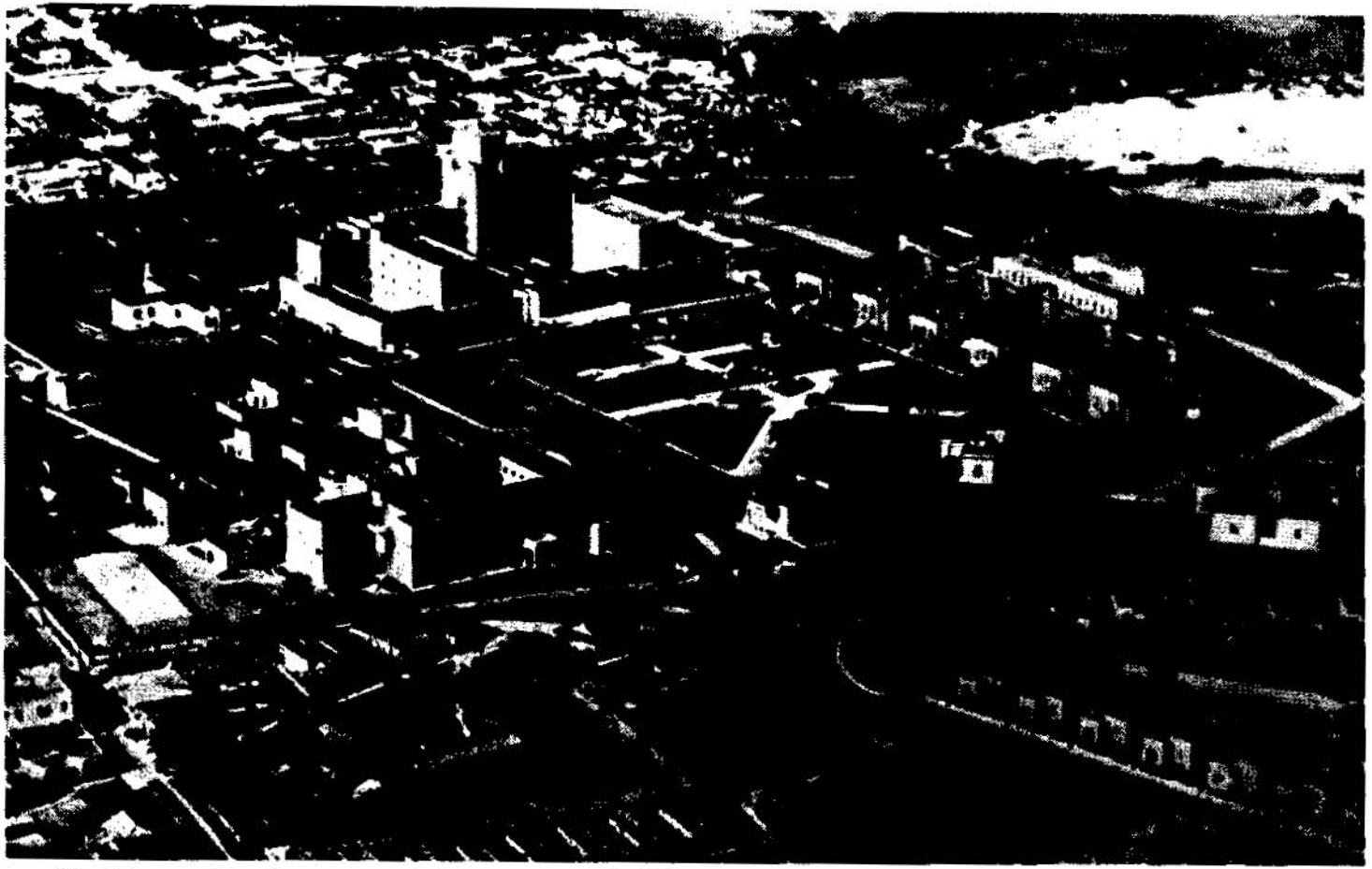
todavía más en agosto del mismo año con la firma de un nuevo Convenio de Reciprocidad que preveía la concesión de reducciones aduaneras por ambas partes. La economía empezaba a prosperar.

Mendieta se esforzó en tratar de conciliar a los partidos políticos en discordia antes de las elecciones fijadas para el 10 de enero de 1936, y dimitió al fracasar en su empeño, desanimado y entristecido. El secretario de Estado, José A. Barnet, pasó a ser el nuevo presidente provisional de la República, el quinto desde la caída de Machado. Batista, que ya era coronel, reiteró su promesa de que el ejército permanecería neutral y que actuaría imparcialmente en las elecciones, las primeras en las que las mujeres ejercerían el derecho del sufragio. Resultó vencedor Miguel Mariano Gómez, hijo de un ex-presidente y figura política que gozaba de gran popularidad, quien tomó posesión de su cargo en mayo de 1936, con Laredo Brú como vicepresidente.

En el Campamento de Columbia, Batista construyó un moderno hospital y cuarteles de mampostería para los oficiales, clases y soldados en sustitución de los de madera construidos por los norteamericanos. Poco después lanzó una campaña publicitaria condenando al radicalismo y elogiando a los militares. Reclamaba la elaboración de planes de obras públicas para crear fuentes de trabajo, la implantación de una serie de mejoras sociales, tales como pensiones de retiro para los ancianos. Su proyecto favorito era la creación de escuelas cívico-militares en los lugares alejados, donde no había posibilidades de instrucción. A estos parajes sólo llegaban los guardias rurales, distribuidos por todo el país, y, por tanto, nadie mejor que ellos para asumir las funciones de maestros. Batista inauguró setecientas escuelas de este tipo y pensaba crear dos mil trescientas más. Los fondos para realizar el programa se obtendrían de un impuesto de nueve centavos sobre cada saco de azúcar producido en Cuba. En todo el país los obreros y campesinos organizaron manifestaciones a favor del proyecto, que llegó a contar incluso con el apoyo de los hacendados. La Cámara de Representantes aprobó el nuevo impuesto por 106 votos contra 43.

Poco después de tomar posesión de su cargo, el presidente Gómez entró en pugna con Batista con motivo de haber decretado la cesantía de varios miles de reservistas militares. En un nuevo intento de restablecer la supremacía civil, Gómez vetó la ley del impuesto de nueve centavos sobre el azúcar, alegando que el mismo favorecía "la militarización de los niños del país". Carente del

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Hospital y cuarteles de mampostería del campamento de Columbia, que reemplazaron las barracas de madera construidas en un principio por el ejército de los EE.UU.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

apoyo del pueblo, de la prensa y del Congreso, fue sometido a juicio por el Senado, que el 24 de diciembre de 1936 lo declaró culpable de delito contra el libre funcionamiento del poder legislativo. Le sustituyó el vicepresidente Federico Laredo Brú. A finales de la década de 1930 Batista había consolidado su dominio sobre la isla, a la vez que aumentando rápidamente su popularidad.

Poco después del juicio tuve ocasión de visitar a Batista en su despacho de Columbia. No recuerdo el fin de la entrevista, pero sí que suscité la cuestión del juicio. Le dije que muchos de nosotros nos habíamos sorprendido ante este hecho, aunque ya antes habíamos captado la tensión existente entre él y Gómez. No creíamos que un presidente elegido pudiese ser depuesto con tal rapidez y de esa forma. Batista replicó que como él tenía poco o ningún ascendiente en los sectores políticos del país, el juicio legislativo constituía un fenómeno verdaderamente democrático que reflejaba los deseos de la población.

Sostenía que el pueblo cubano, especialmente los niños, necesitaban instrucción y disciplina. Me habló de su hijo Papito, que tenía la costumbre de interrumpirle durante el trabajo, revolviéndole los papeles de la mesa y tirándole del pelo. En una ocasión su hijito había cogido un tintero y lo había estrellado contra la pared. "¿Cuál puede ser el futuro de un país cuyo jefe del ejército no puede controlar a su propio hijo?", me preguntó. Sin embargo, me aseguró que pensaba organizar unas elecciones para integrar una asamblea constituyente que redactase una constitucion a la altura de los tiempos y a la que seguirían unas elecciones generales libres y honestas.

La conversación me dejó inquieto. Yo sabía con certeza que él había urdido la sustitución de Gómez. Desde luego, su plan de mandar sargentos-profesores a las zonas rurales disponía del apoyo popular, pero ¿por qué no había llegado a todo esto a través del proceso constitucional por el que el Congreso podía prescindir del veto del presidente?

Sin embargo, casi todos mis amigos cubanos defendían un esquema de valores distinto. Para ellos, lo fundamental era que Batista había introducido orden en el caos y aportado al país la estabilidad que tanto necesitaba; la cuestión del poder civil frente al militar era secundaria. Se sentían instintivamente atraídos por el joven líder triunfante, ya considerado por muchos como un verdadero *caudillo*.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Mi socio, Jorge de Cubas, era de espíritu más crítico. El también lamentaba el juicio, pero señalaba al mismo tiempo que no había sido más que el incidente culminante entre dos fuerzas totalmente incompatibles. Jorge afirmaba que al pueblo cubano todavía le quedaba un largo trecho por recorrer en el camino de la democracia. Esta forma de gobierno no puede importarse de los Estados Unidos ni de ningún otro país, y vastas regiones del orbe no son aptas para ella —partes de Asia, Africa y Oriente Medio, donde gobierna la deidad soberana o el cacique de tribu—. Añadía que la estabilidad era lo más importante de todo y que en muchos países ésta resulta de la existencia de un monarca. Sin un rey, estos países se verían desgarrados por las ambiciones personales y las nuevas fuerzas sociales. Se refería a los diversos monarcas europeos que presiden sobre los destinos de sus países sin ser sus jefes ejecutivos. Jorge opinaba que, después de Franco, era probable que España restaurara su monarquía con el fin de garantizar la estabilidad política del país.

En opinión de Jorge, las cualidades que los hispanoamericanos exigen de un líder se hallan a veces en contradicción con las limitaciones democráticas que se le han impuesto. Se supone que ha de responder a los apremios populares, pero también, como *jefe supremo*, se espera de él que emplee la energía necesaria para zanjar las disputas políticas. Su deber, tal como la gente lo ve, es hacer que las cosas se hagan a pesar de la burocracia. Los hispanoamericanos admiran la firmeza, la fuerza y el éxito. Como ejemplo del culto al líder, mi socio mencionaba el hecho de que en Cuba es corriente referirse a los grupos políticos como batistianos, machadistas o fidelistas, en lugar de llamar a los partidos por su nombre; esto sucede en todos los países hispanoamericanos. En cualquier caso, concluía, "somos lo que somos, así que ten paciencia, Mario".

Jefferson Caffery abandonó La Habana en enero de 1937, y en junio llegó su sustituto, el embajador J. Butler Wright. Yo no había tenido mucha amistad con Caffery y sus principales colaboradores, excepto con Walter J. Donnelly, agregado comercial, que después fue embajador en Venezuela y Alto Comisario en Austria y Alemania Occidental. En La Habana mostró cualidades que le revelaban como un agente diplomático excepcionalmente apto.

Yo tenía la impresión de que Caffery le era desleal a Welles, su superior como subsecretario de Estado. Caffery empleaba como intermediario entre él y el presidente Mendieta a un cubano bas-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tante bribón, astuto, ocurrente y totalmente inescrupuloso. El embajador y él utilizaban nombres en clave para referirse a las figuras destacadas de Cuba. En una ocasión les oí aludir a Welles como "El caído". A veces se produjeron incidentes molestos motivados por recompensas y propinas que las grandes compañías industriales, incluso algunos clientes nuestros norteamericanos, daban al intermediario de Caffery.

Muchos cubanos me preguntaron si el embajador conocía la mala fama de su intermediario. Al final estos hechos adquirieron proporciones escandalosas, y Caffery tuvo que enviar a Europa a aquel individuo. Poco antes de marcharse, me amenazó por teléfono: "Estoy sentado en el despacho del embajador", me dijo, "y dentro de unos minutos voy a salir de aquí para entrarle a tiros". Creía equivocadamente que yo era el responsable de su exilio. Esa tarde, mientras jugaba al golf, me vigiló mi chofer y gran amigo Casiano Coello, y también esa misma tarde recibí una nota de excusa de la embajada, no muy satisfactoria.

Caffery actuó en La Habana durante un período de tensión y crisis. Contribuyó más que ningún otro norteamericano a restablecer el orden en Cuba, prestando su apoyo a Batista e incluso acompañándole a veces en sus visitas a los puestos de la Guardia Rural. Todo esto compensa sus posibles errores.

Cuando el embajador J. Butler Wright llegó a La Habana, me dijo que la Secretaría de Estado le había ordenado que tratase con el presidente cubano por los conductos usuales, es decir, por intermedio de la Secretaría de Estado de la nación. Poco después se me encargó que negociase la compra por parte de la Secretaría de Estado de unos terrenos para construir una residencia para el embajador norteamericano. La actitud irreprochable del embajador Wright, popular y respetado por cubanos y norteamericanos, devolvió su prestigio a la diplomacia estadounidense.

A finales de 1938 Batista fue invitado a presenciar en Washington las ceremonias del Día del Armisticio. Allí vio nevar por primera vez y pasó revista, con Roosevelt, a los cadetes de West Point. Cuando regresó a La Habana a bordo del crucero *Cuba*, recibió una calurosa bienvenida popular. Los bancos y los almacenes cerraron en su honor, y unas cien mil personas se congregaron a lo largo de la Avenida del Puerto, mientras los cañones de la fortaleza de La Cabaña disparaban las salvas de ordenanza. Desembarcó en el muelle de Caballería y recorrió a pie el trayecto que le separaba

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

del palacio presidencial entre los vítores de la multitud, contenida por la policía, soldados y marinos.

El presidente Laredo Brú, el gabinete y otros funcionarios de alta jerarquía le esperaban. Desde la terraza norte de palacio prometió a la entusiasta muchedumbre que mientras él tuviese ascendiente sobre el gobierno cubano, las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba serían cordiales. Los Estados Unidos podrían contar siempre con todo aquello que Cuba pudiese ofrecerle, ya fuese en el terreno militar o en el económico.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

10

El primer año de Castro

El 1º de enero de 1959 el pueblo norteamericano no podía siquiera barruntar —y la inmensa mayoría permanece aún en esa situación— las circunstancias que rodearon el ascenso de Castro al poder. Incluso hoy día se cuentan muy pocos cubanos conscientes de la causa fundamental de la desgracia por la que atraviesa su país. Este manto de ignorancia se debe en parte al hecho de que las maniobras diplomáticas se realizan normalmente en un ambiente de sigilo. Poco de lo que he contado en los capítulos anteriores trascendió al dominio público mientras estaba ocurriendo. Tanto el pueblo norteamericano como el cubano contemplaron el drama en el escenario de los acontecimientos, pero no tuvieron ni la más remota idea de las confabulaciones y presiones que se desarrollaban entre bastidores.

Más de dos años habrían de pasar antes de que, como resultado de una investigación de la Subcomisión de Seguridad Interna del Senado de los EE. UU., empezaron a aflorar las verdades fundamentales. Sin embargo, incluso cuando se descorrieron las cortinas del secreto, la identidad de algunas de las figuras determinantes del triunfo de Castro aparecía difuminada entre celajes de dolo y superchería. Efectivamente, los propios senadores recibieron informes erróneos por parte de los mismos funcionarios de la Secretaría de Estado que, por nobles que fueran sus motivos, se habían confabulado para provocar la catástrofe.

Al presentarse en 1961 ante la Subcomisión Senatorial, William Wieland, que había desempeñado el importante cargo de director de la Oficina de Asuntos Mexicanos y del Caribe, testificó que, ya en 1957, opinaba que, "de triunfar Castro, sería mucho peor que Batista para Cuba y un peligro para los Estados Unidos"[1]. *Pero se*

[1] Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *Testimony of William Wieland*, (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1962), Parte 5, p. 553.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

actuación de Wieland— la Secretaría de Estado reveló que le había exonerado de toda culpa, reitegrándosele al servicio activo. Se le concedió el importante cargo de cónsul general inspector en Australia[26].

Por sí misma, la intervención en los asuntos internos de otra nación no constituye un acto perjudicial. A veces la no intervención constituye una actitud aún más perniciosa. Hoy en día la no intervención en Cuba significa aceptar la intervención unilateral de la Unión Soviética. Es indiscutible que los Estados Unidos no pueden evitar verse envueltos en los asuntos internos de otros países. El gran poder que detentan en virtud de su prestigio, riqueza y fuerza hace necesaria la intervención. Al conceder ayuda económica, está realizando un acto de intervención. Cuando retira su ayuda, como en el caso del embargo de armas al gobierno de Batista, también interviene. La Alianza para el Progreso es una forma de intervencion. La cuestión, por consiguiente, no es si debe o no intervenir, *sino si una intervención determinada es deseable.*

En 1958 los Estados Unidos aun cuando no abrigaban malas intenciones, intervinieron en Cuba con consecuencias absolutamente desastrosas. Negativa e indirectamente al principio, directa y desembozadamente después, intervinieron para llevar al poder a Fidel Castro, un cabecilla antiyanqui a quienes algunos funcionarios del gobierno de Washington tenían por un terrorista influido por los comunistas.

Fue la primera, y desgraciadamente no la última, de las decisiones norteamericanas que provocaron el desastre de Cuba.

[26] *The New York Times,* 19 de julio de 1965.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

negó a los senadores acceso a los documentos que habrían revelado la verdadera actitud oficial del testigo con respecto a Castro y las recomendaciones que formuló a sus superiores de la Secretaría de Estado[2]. Asimismo, Wieland juró que no había tenido la menor idea de que Castro dominaba el gobierno formado el 1° de enero de 1959. No se percató de este hecho, dijo, hasta seis meses después, cuando Castro "se deshizo" de Manuel Urrutia, el presidente-títere[3]. Tal ingenuidad por parte de un presunto experto que desempeñó un importante papel en la preparación del ascenso de Castro al poder era, por decirlo así, un hecho de todo punto singular.

A medida que los insólitos hechos comenzaban a aflorar a la superficie, ciertos periodistas se dieron ansiosamente a la tarea de aumentar aún más la confusión. A finales de 1961, por ejemplo, el tremebundo Herbert L. Matthews escribió que Rubottom y Wieland no podían haber impedido el triunfo de Castro y que "los cursos de acción que adoptaron en 1957 y 1958 *favorecieron a Batista y entorpecieron a Castro*" (las cursivas son mías). Aún insistió en que, "decir lo contrario, sería una asombrosa distorsión de la Historia"[4]

Castro no comenzó inmediatamente a confiscar propiedades norteamericanas. Al principio, el nuevo régimen actuó cautelosamente, avanzando con precauciones y aguardando la reacción norteamericana. Ningún jefe de Estado cubano se había hecho nunca la ilusión de lograr mantenerse en el poder ofendiendo gravemente a los Estados Unidos, y Castro era demasiado inteligente para albergar tales ideas. Tras tomar el poder, pronunció un discurso conciliador, resaltando que las reformas revolucionarias se realizarían "poco a poco", con un espíritu evolucionista. Esta afirmación fue bien acogida por las clases vivas y aceptada de buen grado por sus defensores en la embajada norteamericana. No obstante, el primer aspecto de su ideología que salió a la luz no fueron sus proclividades comunistas, sino su antiyanquismo.

El 15 de enero, sólo siete días después de su entrada triunfal en La Habana, un periodista mencionó las críticas que las ejecuciones

[2] La misma Subcomisión, *The Case of William Wieland*, p. 150.

[3] *Ibid*, p. 158.

[4] Herbert L. Matthews, *The Cuban Story*, (Nueva York: George Braziller, 1962), p. 72 y 73.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

estaban provocando en los Estados Unidos. Castro montó en cólera: "Si a los norteamericanos no les gusta lo que está ocurriendo en Cuba, pueden desembarcar a su Infantería de Marina y habrá doscientos mil gringos muertos"[5]. El vocablo despectivo "gringo", usado mayormente por los mexicanos, hasta entonces nunca se había empleado en Cuba.

Para suceder a Earl Smith fue nombrado embajador Philip W. Bonsal. Naturalmente, el nuevo enviado sabía muy bien la forma en que Castro había llegado al poder. Era un culto diplomático de carrera, alto y esbelto, delicado en su lenguaje e inteligente, que llegó a La Habana el 21 de enero. Cinco años antes de su nacimiento, su padre, Stephen Bonsal, había sido corresponsal del *New York Tribune* en los campos de Cuba Libre. Philip Bonsal tenía un buen historial, según la Secretaría de Estado, en Bolivia y Colombia, donde se le atribuyó participación en el derrocamiento del general Gustavo Rojas Pinilla. Hablaba español correctamente. Inició su carrera diplomática en La Habana, con el cargo de vicecónsul, anudándose entre nosotros una buena amistad. Siempre fue un genuino liberal.

Enviado a Cuba para aplicar una política de flexibilidad, acorde con los compromisos de Washington con la "izquierda democratica", Bonsal poseía las condiciones ideales para llevar a cabo ese empeño. Si Castro hubiera poseído la madera que la Secretaria de Estado le había atribuido, sin duda la misión habría tenido éxito. Sin embargo, el dictador resultó ser de muy distinta ralea. El fracaso de Bonsal no se debió en modo alguno a su falta de celo en la aplicación de la política de flexibilidad. Durante los meses siguientes a su llegada estableció una marca internacional de docilidad y paciencia, mientras Castro amontonaba sobre los Estados Unidos las más graves afrentas y oprobios que ninguna gran potencia haya sufrido en los tiempos modernos.

Castro ni siquiera concedió una entrevista al nuevo embajador en los primeros tres meses de su llegada a Cuba y sólo le recibió dos veces durante los veintiún meses de su estancia. Finalmente, Bonsal fue reducido a la humillación de tener que tratar con un funcionario de protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores (ex Ministerio de Estado). Su extraordinaria paciencia en condicio-

[5] R. Hart Phillips, *The Cuban Dilemma* (Nueva York: Ivan Obolensky, Inc., 1962), p. 28.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

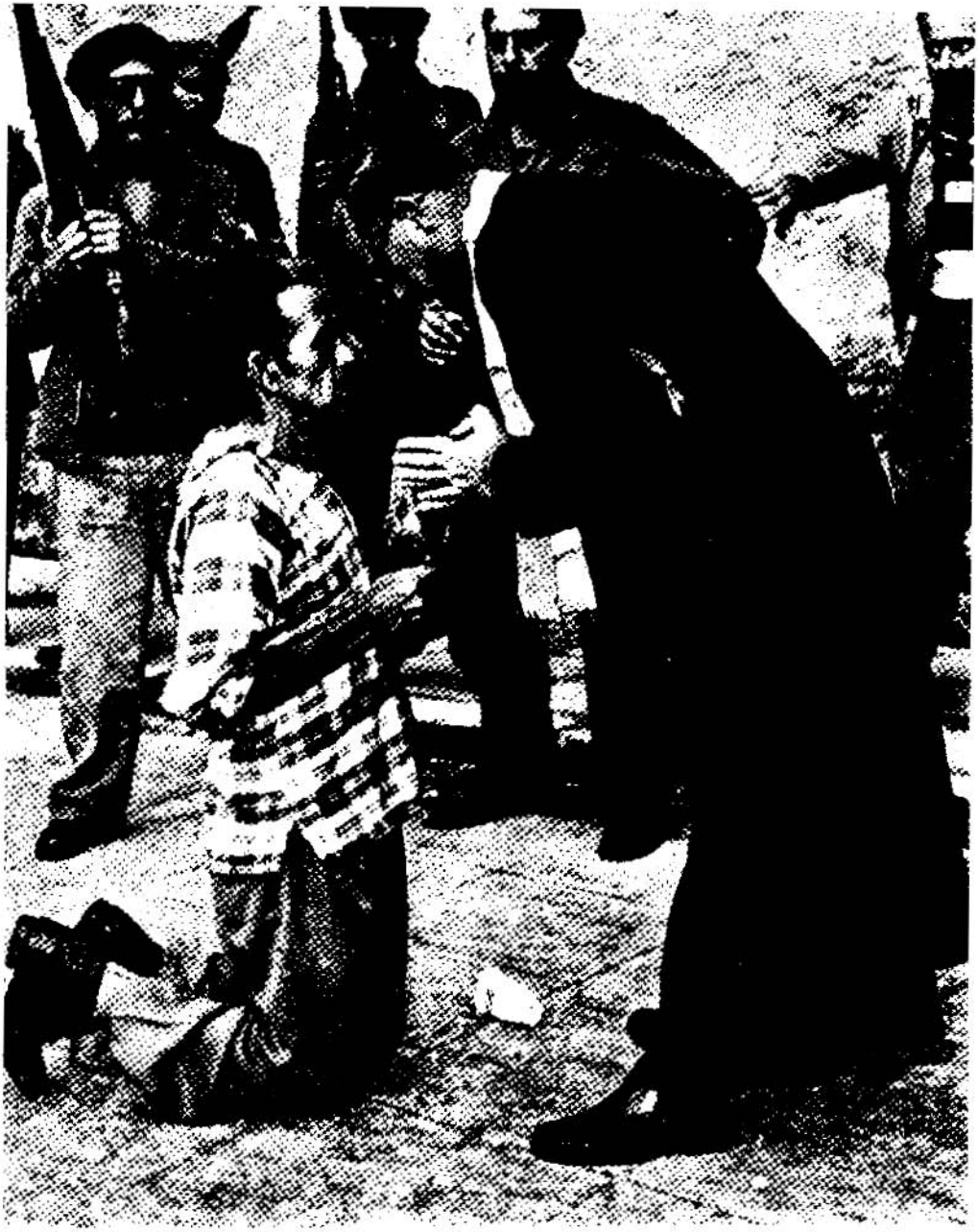
nes de extrema provocación debería disipar para siempre la fábula de que Castro se vio "forzado" a inclinarse del lado del comunismo por la actitud hostil de los Estados Unidos. Por el contrario, no cabe duda de que la tolerancia de Bonsal le incitó a apartarse paso a paso hacia la izquierda hasta cerrar filas abiertamente con los soviéticos. A principios de 1959 nuestro bufete se mantenía en estrecho contacto con Castro. Los abogados que le habíamos facilitado para ayudarle a "depurar" los ministerios del gobierno, como él decía, me informaron de que al principio expresó sorpresa, luego asombro, respecto a la indulgencia de la embajada. Al cabo del tiempo ello le convenció de que podía desconocer por completo la presencia norteamericana.

Durante los primeros meses de 1959 una ola de violencia barrió la isla, afectando principalmente a todo individuo sospechoso de simpatizar con el depuesto régimen. Como Batista había detentado el poder durante diecisiete de los venticinco años anteriores, muchos cubanos importantes se hallaban vinculados a él en mayor o menor grado. Alguien nos aseguró que Raúl Castro había ordenado la ejecución de setenta y cinco prisioneros en Oriente. Ni siquiera esperó a que su hermano estableciera los rudimentarios procedimientos para la celebración de los juicios revolucionarios. Hizo situar a los hombres al borde de una fosa común, cavada con un bulldozer, y los ametralló a mansalva.

Está aceptado que Raúl, que por entonces era un mozalbete de ventiocho años, delgado, de aspecto repulsivo, rostro orniforme y cabellos recogidos a la manera de una muchacha, ejecutó a doscientas cincuenta personas en Santiago de Cuba durante los primeros días consecutivos al triunfo de la insurrección. Sigue siendo en nuestros días una de las figuras más odiadas y siniestras de la revolución.

Asistí a varios juicios en La Habana y Matanzas. El espectáculo me llenó de horror. Una vez observé que se había redactado la sentencia de muerte antes de concluirse el juicio. Los escasos testigos de la defensa fueron interrogados entre una tempestad de insultos y amenazas. Supusimos que el propósito de estas ejecuciones era aterrorizar a la población para que aceptara el nuevo orden. Nunca imaginé que los cubanos pudieran albergar tanta crueldad. Las detenciones continuaron día a día, sin que nadie supiese cuándo le llegaría la hora de ser acusado de algún "delito".

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Un sacerdote administra los auxilios de la religión a un anticastrista a punto de ser ejecutado, mientras sus verdugos contemplan la escena.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Algunos de los que presenciaban las ejecuciones parecían deleitarse con el derramamiento de sangre; a veces, en el momento de las descargas, se oían vivas y aplausos. Los mozalbetes que presidían estos juicios, muchos de los cuales mostraban barbas incipientes, parecían convencidos de la justeza de sus actos, pero yo no abrigaba dudas de que el miedo y el odio que estaban engendrando algún día se volverían contra Castro.

Uno de mis amigos íntimos era Edward Scott, representante en La Habana de la National Broadcasting Company (NBC), y redactor del *Havana Post.* Al igual que yo, Scott presenció algunos de los juicios celebrados por los tribunales revolucionarios y de vez en cuando almorzábamos juntos y comparábamos nuestros apuntes. El, como yo, pudo comprobar que la mayoría de los prisioneros morían valientemente; incluso algunos de ellos murieron dando las voces de mando al pelotón de fusilamiento.

Ted Scott me habló una vez del caso de un muchacho que estaba a punto de ser ejecutado. Al apartarse el sacerdote y disponerse el pelotón a abrir fuego contra él, el prisionero les dijo que iban a matar a un inocente y que pagarían caro ese crimen. Habló elocuentemente, diciendo que cuando llegaran a sus casas podían encontrarse con que alguno de sus familiares había muerto en un accidente. Cuando se dio la orden de fuego, el prisionero sólo recibió una bala. El capitán Herman Marks, un norteamericano con una extensa hoja de antecedentes penales, y a quien el Che Guevara había confiado la dirección de las ejecuciones en La Cabaña, se adelantó y le disparó dos balas de calibre 45 a la cabeza. Marks, llamado "el Carnicero", ordenó entonces el arresto de todos los miembros del pelotón. Ted me dijo que uno de ellos apenas tendría quince años.

Supimos que un grupo de castristas había difundido el insidioso rumor de que algunos barcos saldrían de un punto cercano a nuestra casa de la playa de Varadero con destino a las costas de Florida. Cuando los hombres y mujeres llegaron al supuesto punto de reunión, cargados de unos pocos objetos de valor y algunos que otros recuerdos personales, se encontraron con unos individuos que les exigieron el pago de una fuerte suma para subir a bordo: momentos después las mujeres fueron detenidas y los hombres pasados por las armas.

Estas matanzas conmovieron al mundo, pero no lo suficiente para desvanecer las ilusiones de la "izquierda democrática" en

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Washington. Si Batista hubiera tratado a Fidel y Raúl Castro del mismo modo que éstos a sus enemigos, Cuba se habría ahorrado su actual agonía. Recuérdese que ambos habían sido reos del delito de atentar contra los poderes del Estado. Recibí varias cartas de altos funcionarios norteamericanos en las que, valiéndose de mi amistad, me preguntaban si podía hacer algo por impedir la matanza. Nada podía hacer. El primer ministro apenas se mostraba asequible y toda insinuación procedente de personas ajenas a su gobierno tenía la extraña virtud de irritarlo.

Durante este período mi socio y yo fuimos objeto de algunos intentos de extorsión. Se nos acusaba de no haber pagado impuestos o adeudos arancelarios, pero en todo momento opusimos la presentación de recibos oficiales y cheques cancelados, así que decidimos ignorar las amenazas de los extorsionistas.

El primer incidente que sin duda volvió contra Castro a una gran parte de la población fue el proceso de los cuarenta y tres aviadores de la F. A. E. (Fuerza Aérea del Ejército), ante un tribunal revolucionario de Santiago de Cuba. Se les acusaba de haber bombardeado pueblos y caseríos de la provincia de Oriente durante la revolución. El grupo de oficiales y clases procesados se hallaba compuesto de pilotos de transporte y mecánicos que no habían hecho el menor intento por huir del país. Como el fiscal no pudo presentar pruebas contra ninguno de los acusados, el tribunal dictó sentencia absolutoria.

Castro pronunció inmediatamente un inflamado discurso en el que denunciaba la absolución. Nos reunimos ante el televisor, en el despacho de mi socio, para verle y oírle. Calificó a los tres jueces de "traidores", llamó a los aviadores "los peores criminales del régimen de Batista" y los acusó de "genocidio", comparando sus supuestos delitos con los asesinatos en masa del régimen de Hitler. Invocando los procesos de Nuremberg como precedente, declaró que, en los casos en que no se pudiese encontrar fundamento legal, resultaba de todo punto pertinente condenar a los "criminales de guerra" tomando como base una "convicción moral". Anunció el nombramiento de su ministro de Defensa, Augusto Martínez Sánchez, como nuevo fiscal y le ordenó que formara un tribunal de "revisión". (Martínez Sánchez acabó descerrajándose un disparo; no sé si sobrevive).

El Colegio de Abogados de La Habana y el Colegio Nacional de Abogados protestaron contra la ilegal "revisión". Uno de los siete

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

abogados defensores afirmó que "el servilismo de todo un pueblo está convirtiendo al comandante Fidel Castro en un nuevo y terrible Napoleón del Caribe". El imprudente letrado fue a dar de inmediato con sus huesos en la cárcel.

En el segundo juicio, ventinueve de los aviadores fueron condenados a penas que fluctuaban entre veinte y treinta años de trabajos forzados, doce de ellos recibieron condenas de dos a seis años y dos mecánicos fueron absueltos. Uno de los abogados defensores, que formuló un alegato especialmente apasionado en favor de su cliente, fue encarcelado. Poco después de este segundo juicio, el presidente del primer tribunal, el comandante Félix Pena, que había luchado con Castro en las montañas, fue encontrado muerto. Las autoridades pretendieron que era un caso de suicidio.

Tales eran las condiciones imperantes en el escenario político cubano cuando, al cuarto mes de haber llegado al poder, inició el barbado caudillo su memorable gira por la tierra de los "gringos", donde fue recibido como un héroe. La capacidad de los norteamericanos de dejarse engatusar estaba más que a la altura de sus excepcionales dotes de actor. Mirando hacia atrás, es de todo punto evidente que, con algunas honrosas excepciones, la prensa, la radio y la televisión estadounidenses, el profesorado y el estudiantado universitarios, así como los círculos oficiales, quedaron prendados del insidioso tirano. Se hicieron eco de sus promesas de elecciones libres y gobierno democrático; eludieron formularle preguntas comprometedoras acerca del creciente terror imperante en su país y, especialmente, pasaron por alto sus perversas expresiones de odio contra los Estados Unidos.

Cuando el 15 de abril de 1959 habló en Washington ante la Sociedad Americana de Directores de Diarios, que lo vieron y en quien creyeron ingenuamente los norteamericanos, era un Castro diferente del que conocían los cubanos inteligentes. No era el monstrum horrendum que despachaba a sus adversarios al paredón o a cumplir largas condenas de presidio, sino un personaje encantador, aunque excéntrico, cuya amistad valía la pena cultivar. Los directores de periódicos quedaron favorablemente impresionados y muchos de sus diarios entonaron loas en honor del nuevo caudillo. El gobierno le patentizó su estima con un almuerzo ofrecido por el secretario de Estado, Christian A. Herter. En las universidades de Harvard y Princeton fue recibido con atronadoras ovaciones y en

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Castro se despide del entonces vicepresidente Richard M. Nixon, al término de la visita que le llevó a Washington en 1959.

todas partes abrumado con muestras de buena voluntad que rayaban en la adulación.

Trató de convencer a sus auditorios de que ni él ni su gobierno eran comunistas, que sólo querían convivir en paz y amistad con su buen vecino del Norte. Antes de salir para los Estados Unidos había declarado a su pueblo que hacía el viaje a fin de obtener créditos del Banco Mundial y del Export-Import Bank de Washington. Pero lo curioso es que no pidió nada. Los organismos competentes del gobierno estadounidense ya habían hecho planes para otorgarle ayuda financiera, pero de repente Castro cambió de idea. Dio instrucciones a sus consejeros de que no iniciaran negociaciones para concertar ningún empréstito. Los círculos oficiales y privados de los Estados Unidos quedaron sorprendidos y desconcertados. No podían o no querían imaginar que el glorificado peregrino abrigaba la intención de recurrir a otros medios para obtener bienes y propiedades norteamericanas en mucha mayor cuantía que la que le hubieran reportado los procedimientos bilaterales.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Poco antes del viaje de Castro a los Estados Unidos, el mundo entero contempló una representación preliminar de los episodios de violencia que habrían de producirse en el hemisferio bajo la égida del nuevo régimen cubano. Un grupo de ochenta y siete hombres, dotados de armas y a bordo de una embarcación de 55 pies de eslora, salieron de Cuba para desencadenar una revolución en Panamá. Castro negó haber autorizado la empresa y en este caso es posible que dijera la verdad. Habían llegado a Cuba multitud de exiliados políticos de otros países y el "Che" Guevara había mostrado un vivo interés por los procomunistas existentes entre ellos. No cabe duda de que la fallida expedición panameña se realizó bajo sus auspicios.

Pocas semanas después el propio Castro lanzó un proyecto mucho más ambicioso, con la República Dominicana como objetivo. El *Movimiento del 14 de Junio*, organización comunista que apoyó a Juan Bosch y ha mantenido una actitud militante en la política dominicana, deriva su nombre de la fecha en que se produjo el intento. Por mar y aire llegaron doscientos veinticinco rebeldes a la zona noroccidental del país. Antes de que pudieran ganar las montañas, las tropas de Trujillo habían dado buena cuenta de ellos, matándolos o capturándolos. La República Dominicana protestó ante las Naciones Unidas, pero el máximo cónclave mundial prestó escasa atención al dictador quisqueyano. Castro no se le quedó a la zaga, acusando a Trujillo de una "indescriptible violación de los derechos humanos".

Entretanto se había producido un importante enlace diplomático que no trascendió al público hasta casi dos años después. En abril de aquel año, los embajadores de los Estados Unidos en los países de la zona del Caribe y la América Central celebraron una conferencia en El Salvador para valorar el problema castrista. Uno de los participantes era Robert C. Hill, un diplomático que a una gran energía personal unía su no poca influencia en los círculos oficiales de Washington.[6] Desde julio de 1957 desempeñaba el cargo de embajador en México, y anteriormente había sido jefe de misión en Costa Rica y El Salvador (más tarde representó a su país ante el gobierno español). Hill había estado al corriente de la detención de Castro en México en marzo de 1956 y de sus planes

[6] El ex-embajador Robert C. Hill ha dado fe de que todas las referencias que de él se hacen en este capítulo son exactas.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El embajador Robert C. Hill.

de "invadir" a Cuba partiendo del territorio mexicano. También sabía que en 1958 había distribuido literatura comunista en Bogota y que estaba íntimamente vinculado con Guevara, a quien se le tenía por comunista. Por consiguiente, desde los primeros momentos había mantenido el criterio de que Castro se hallaba orientado hacia el comunismo. Sus opiniones estaban muy influidas por los partes confidenciales recibidos en la embajada de los Estados Unidos en México.

Debido a la proximidad a Cuba, Hill temía que el problema cubano pudiera afectar las relaciones entre los Estados Unidos y México. Los agentes de Moscú y Pekín iban y venían incesantemente entre las embajadas soviéticas en México y Cuba y el país se hallaba inundado de propaganda procedente de la Isla. El embajador Hill había informado continuamente a Washington sobre estos asuntos y llamado también la atención de todos los senadores, dipu-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tados, periodistas y otras personalidades que visitaban México acerca de la gravedad de la amenaza castro-comunista.

Hill se hallaba conturbado por la lectura de diversos partes de los servicios de contraespionaje norteamericanos que aludían al asombro que manifestaban los soviéticos ante la facilidad con que se les había permitido introducirse en Cuba. Consideraba absolutamente necesario presentar las múltiples pruebas de la existencia de un peligro comunista en Cuba a la Organización de los Estados Americanos, la cual podría entonces acordar la adopción de medidas en virtud de los tratados de Caracas, Bogotá y Río. Si la OEA no lo hacía, consideraba que los Estados Unidos debían actuar unilateralmente, imponiendo un bloqueo aéreo y marítimo contra la Isla.

La conferencia celebrada en abril de 1959 en El Salvador enfrentó abiertamente al liberal Bonsal con el conservador Hill. A los cinco minutos de haberse inaugurado, se presentó un proyecto de comunicado, recabándose la aprobación del mismo por parte de los participantes. Era un documento pletórico de trivialidades, en el que se recomendaba recurrir a la paciencia como pauta normativa en las relaciones con Castro. El embajador Hill se opuso enérgicamente al mismo, insistiendo en que, según el procedimiento normal y correcto, el comunicado no debía discutirse al principio, sino al final de la conferencia. Mantuvo su criterio de que una actitud de expectativa y lenidad en las relaciones con Castro sólo podía conducir al desastre, señalando que el caudillo revolucionario ya había destruido los institutos armados y la burocracia de su país. Tras un acalorado debate, el proyecto de comunicado fue retirado. Redactado en términos más firmes, fue presentado nuevamente al final de la conferencia, aprobándosele con la objeción de Bonsal.

Hill sostuvo en la conferencia que había llegado el momento de actuar con firmeza contra el régimen de Castro. Bonsal mantuvo la postura de que, a pesar de los continuos ataques de aquél, los Estados Unidos debían actuar morigeradamente, pues, con el andar del tiempo, Castro hallaría el buen camino y volvería a la familia de naciones hispanoamericanas, afirmando, por otra parte, que *Cuba necesitaba una revolución.* Hill respondió que el comunismo nunca halla "el buen camino" y que sería un error expedir un comunicado cohonestando a Castro. Bonsal, alegando que cualquier frase del comunicado que proyectara una sombra sobre Castro haría su labor en Cuba aún más difícil, quería una fórmula que

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

expresara buena voluntad y evadiera la cuestión del comunismo. Había doce personas presentes en la conferencia, incluyendo a Rubottom y Wieland. Sólo una, el embajador Willauer, representante de los EE. UU. en Costa Rica, apoyó a Hill.

Hill ha testificado que, al concluir la conferencia de El Salvador, Bonsal fue a ver al embajador Thomas E. Whelan a su hotel y expresó la esperanza de que utilizara su influencia con la Comisión Nacional Republicana para librarse de Hill. También testificó que Bonsal le había aconsejado: "Si no puede acomodarse al consenso mayoritario, ¿por qué no dimite?" Hill replicó que su dimisión incumbía al presidente y al secretario de Estado[7]. Bonsal me ha negado que hubiera tratado de que cesantearan a Hill, explicando que su observación "podía" haber significado simplemente que un embajador de los Estados Unidos que discrepa de la política de su gobierno, hasta el punto de expresar públicamente su desacuerdo, debe dimitir.

Con la aprobación de dos de los funcionarios de mayor jerarquía que participaron en la reunión de El Salvador (los subsecretarios Loy Henderson y Rubottom), la conferencia recomendó que todas las pruebas acerca de los progresos del comunismo en Cuba se presentaran al secretario de Estado y luego a la OEA para tomar las medidas oportunas. No hay ningún indicio de que estas medidas llegaran a tomarse. El embajador Hill me ha escrito para afirmar que cree que sus esfuerzos, los cuales podían haber salvado a Cuba, fueron torpedeados por la Secretaría de Estado. El único resultado concreto de la conferencia de El Salvador fue una reafirmación de la voluntad norteamericana de llegar a una avenencia con Castro.

Desde hacía años Castro venía refiriéndose a la cuestión del agro: el 17 de mayo de 1959 se promulgó en La Plata, Sierra Maestra, la Ley de Reforma Agraria. Esta ley era mucho más radical de lo que se esperaba y contenía disposiciones evidentemente concebidas para despojar a los centrales azucareros cubanos y norteamericanos de sus tierras, que eran inmensamente valiosas. Disponía que ninguna colonia cañera podía pertenecer a una sociedad anónima, a menos que todos los accionistas fueran cubanos. Ningún extranjero podía adquirir o heredar tierras cultivables; nadie podía

[7] Audiencias ante la Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, Parte 12, p. 818.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

poseer más de 30 caballerías de tierra (404.60 hectáreas), pero este límite podía elevarse a un máximo de 100 caballerías (1,342 hectáreas) en tierras dedicadas a la siembra de caña o arroz cuyo rendimiento fuese superior en un 50 por ciento al promedio nacional, y en las utilizadas para la ganadería o explotaciones agropecuarias cuando su rendimiento alcanzase los niveles fijados por el Instituto Nacional de Reforma Agraria (estas disposiciones, draconianas de por sí, jamás se cumplieron).

El exceso de tierras quedaría sujeto a "expropiación". Se efectuaría el pago mediante Bonos (en pesos) de la República, redimibles en veinte años, los cuales devengarían el 4 por ciento de interés anual. Tales bonos jamás llegaron a imprimirse. Cualquier finca por pequeña que fuese, podía ser expropiada si el gobierno consideraba que no estaba plenamente explotada. Los agricultores sólo podían cultivar lo que les ordenaba el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), que Castro presidía, y debían entregar las cosechas a los precios fijados por el Instituto. Los valores que Castro anunció que se asignarían a las colonias cañeras que fueran expropiadas eran de aproximadamente una quinta parte de su valor real. No obstante, un editorial de *The New York Times* comentó la medida de confiscación sin criticarla, declarando que "ya era hora de que se realizara una reforma agraria en Cuba"[8].

El 11 de junio, los Estados Unidos presentaron una nota al gobierno de Cuba expresando su "preocupación" por la forma en que se estaba compensando a los propietarios norteamericanos. Cuatro días después de haber recibido el innocuo documento, Castro lo rechazó brusca y burlonamente, expresando que Cuba no iba a permitir ningún atentado contra su "soberanía y dignidad nacionales"[9]. A manera de desafiante contestación, la nota estadounidense, inmediatamente se dio comienzo a una confiscación en masa de las tierras ganaderas.

Durante más de dos décadas Cuba se había autoabastecido de carne, leche, productos lácteos, aves y huevos, y exportaba carne de res porque poseía ventajas naturales para la cría de ganado, incluyendo excelentes pastizales de variedades perennes. En 1958 se habían importado nuevas razas de bovinos para cruzarlas con las criollas; la calidad de la carne de res era estupenda y se expendía a un precio módico que oscilaba entre veinte y cuarenta y cin-

[8] Phillips, p. 81.

[9] *Ibid*, p. 85.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

co centavos la libra. En aquella coyuntura esta excelente industria —la ganadería era la segunda fuente de ingresos agrícolas del país— iba a ser arrebatada a sus legítimos propietarios y en gran parte destruida. Aunque sólo una parte insignificante de la industria ganadera era de propiedad norteamericana, lo sucedido a las escasas haciendas estadounidenses ilustra la suerte que corrió este sector de la economía bajo la égida del castrocomunismo. Las 100 caballerías a que habían quedado limitadas estas propiedades en virtud de la Ley de Reforma Agraria, era aproximadamente la séptima parte de la extensión del "Pingree Ranch", de propiedad norteamericana, en la provincia de Oriente, y la novena parte de la que el "King Ranch" de Texas operaba en copropiedad en la provincia de Camagüey. Estas dos haciendas, valoradas en cerca de diez millones de dólares, comprendían 22,000 cabezas de ganado.

El "Pingree Ranch" tenía a su servicio un gran número de hateros cubanos que percibían ochenta y cinco dólares al mes, además de comida, casa, conuco y arreos. Los delegados del INRA les hicieron saber a estos hombres que la hacienda se iba a transformar en una "cooperativa" y que ellos serían miembros de la misma, compartiendo los beneficios de su explotación. En lugar de esto, el fundo pasó a ser una granja estatal; se redujeron todos los salarios, eliminándose los beneficios marginales. Uno de mis amigos cubanos me dijo que había llorado cuando los soldados, al adueñarse de su propiedad, sacrificaron un semental valorado en veinte mil dólares para celebrar un almuerzo campestre.

Durante el verano de 1959 se expropiaron haciendas que comprendían un área de más de 75,000 caballerías (1 millón de Ha., aproximadamente). Aquellos propietarios que se resistían a entregar sus tierras eran detenidos como "contrarrevolucionarios". Raras veces se hicieron inventarios o se entregaron recibos a las víctimas de la expoliación.

Pronto el campesinado comenzó a luchar con la mejor arma de que disponía: limitando su esfuerzo a una agricultura de subsistencia. La afluencia de carne, aves y otros productos del agro a las ciudades se reducía de mes en mes. Ante las puertas de las *bodegas* (abacerías) se formaban largas colas de ciudadanos esperanzados en conseguir comida. Finalmente ello obligó al gobierno a tomar medidas más enérgicas contra los campesinos.

Al mismo tiempo Castro avanzaba con sus "reformas" revolucio-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

narias en otros frentes. En virtud de leyes laborales dictadas hacía más de veinte años, el presidente estaba facultado para "intervenir" una empresa (sustituir "temporalmente" a sus gerentes) a fin de imponer la aplicación de las normas del Ministerio del Trabajo. Muchas de estas intervenciones se ordenaron durante el período inflacionista de la Segunda Guerra Mundial, cuando los patronos se negaban a conceder los aumentos de salarios dictados por el gobierno. Sin embargo, la práctica había caído en desuso durante los últimos años del gobierno de Batista. A principios de 1959 Castro la restableció con mayor intensidad y con la diferencia de que *los conflictos laborales eran provocados intencionadamente por el régimen* y que, una vez ordenada una intervención, *los propietarios nunca recobraban el dominio de sus empresas.*

Este procedimiento se empleó también para confiscar los periódicos y otros medios de información, a fin de amordazar a la oposición. La más notoria aplicación del procedimiento de intervención ocurrió en el caso del *Diario de la Marina*, periódico fundado hacía más de un siglo y a quien muchos consideraban como el portavoz oficioso de la Iglesia católica. Su valiente director, José Ignacio Rivero, censuraba paladinamente los desafueros del nuevo orden. Ello exasperó a Castro, un torticero incapaz de soportar la menor crítica. Para empeorar las cosas, el público reaccionaba favorablemente ante la postura asumida por el *Diario.* Llegaban a la redacción multitud de mensajes de felicitación y se solicitaban millares de nuevas suscripciones.

Al principio Castro no se atrevía a clausurar el influyente periódico, pero cuando supo que Rivero se proponía exigir la celebración de elecciones libres decidió tomar una acción decisiva. Un grupo de representantes del gobierno irrumpió en las oficinas para exigir que no se publicara la petición de elecciones. Cuando los redactores se negaron a obedecer la "sugerencia conminatoria", el periódico fue "intervenido" por el régimen. Esto señaló el comienzo del fin de la libertad de prensa en Cuba. Pocos días después otro periódico, *Prensa Libre*, que había osado criticar a los nuevos amos, fue tomado por un grupo de milicianos armados. A partir de entonces la prensa cubana se transformó en un instrumento de propaganda y catequización políticas al servicio de la nueva oligarquía colectivista.

Varios de nuestros clientes que siempre habían disfrutado de excelentes relaciones laborales en sus empresas, entre ellos algunos

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

que poco antes habían negociado convenios a largo plazo con sus sindicatos, inopinadamente tuvieron que vérselas con exigencias laborales totalmente absurdas, inspiradas por los fanáticos agitadores castristas empeñados en provocar la intervención.

Nuestro bufete realizó ingentes esfuerzos por tratar de recuperar las propiedades intervenidas, pero todo intento resultó inútil. Las decisiones arbitrarias se habían superpuesto a toda ley, incluso a la legislación revolucionaria del propio régimen. Al principio, cuando alguna empresa estadounidense se veía afectada por las medidas del gobierno, los funcionarios de la embajada cooperaban con sus directivos en tratar de obtener una solución, pero sin lograr jamás los menores resultados. Con el transcurso del tiempo, nuestros clientes norteamericanos empezaron a considerar contraproducente la ayuda de la embajada y decidieron prescindir de ella. Por primera vez un gobierno cubano empezaba a tratar a los funcionarios de la embajada norteamericana con desprecio manifiesto de su investidura.

Del modo que hemos indicado, varias industrias y comercios importantes quedaron bajo el dominio del gobierno. Una de las primeras víctimas fue la Cuban Telephone Company, intervenida el 3 de mayo de 1959. Sin embargo, el régimen pronto se despojó de la traslúcida máscara de legalidad y empezó a confiscar propiedades sin orden ni concierto.

Durante estos primeros meses de gobierno, el caudillo revolucionario, hipersensible a cualquier forma de crítica, parecía ofendido cada vez que se formulaban acusaciones acerca de la acción de los comunistas en el nuevo régimen. Incluso se enfrentó con la Iglesia católica porque ésta se había atrevido a afirmar que su gobierno estaba orientándose hacia el comunismo. La mayor parte de las crisis del régimen durante el año 1959 fueron provocadas por esta cuestión.

El 30 de junio tuvo lugar otro caso de este jaez cuando el jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria (FAR), comandante Pedro Luis Díaz Lanz, escribió una carta al presidente Urrutia protestando de que algunos elementos comunistas se hallaban llevando a cabo un programa de instrucción política marxista en las academias militares, cosa que en realidad estaba ocurriendo. Luego presentó su renuncia, hizo defección y en compañía de su esposa huyó hacia Miami a bordo de una pequeña embarcación. La defección de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Díaz Lanz representó un rudo golpe para Castro. El ex jefe de la FAR había luchado con los rebeldes y transportado armas para el caudillo, de quien había sido su piloto personal. Para empeorar aún más la situación de Castro, el 14 de julio Díaz Lanz prestó público testimonio ante la Subcomisión Senatorial de Seguridad Interna, afirmando —con pruebas en la mano— que Castro era un instrumento consciente del comunismo internacional.

La reacción del gran torticero cubano ante esta noticia proporciona un interesante estudio acerca de su personalidad. Castro, como era de esperar, afirmó que Díaz Lanz era un traidor, y vituperó a la Subcomisión Senatorial por inmiscuirse en los asuntos internos cubanos. El presidente Eisenhower adoptó una postura equívoca cuando, en una conferencia de prensa celebrada al día siguiente de la audiencia, se le pidió que comentara la acusación formulada por Díaz Lanz. "Se han formulado acusaciones" —dijo el presidente— "no siempre fáciles de demostrar y los Estados Unidos no han hecho ninguna imputación"[10].

Lo más interesante, y quizás igualmente predecible, es la forma en que el episodio fue recogido por la prensa liberal de los Estados Unidos. El hecho proporciona un ejemplo clásico de cómo su liberalismo a menudo socava la responsabilidad que debe acompañar a la libertad de que disfruta.

Matthews entró al ruedo con un despacho fechado el 16 de julio en La Habana y publicado en lugar preferente por *The New York Times*. "En ningún sentido de la palabra puede afirmarse que esta sea una revolución comunista, y no hay comunistas en los puestos de mando" —escribió. "Las acusaciones del comandante Pedro Luis Díaz Lanz son rechazadas virtualmente por todos los cubanos. Se afirma que antes de su dimisión, el comandante Díaz Lanz había sido depuesto de su alto cargo por motivos de incompetencia, derroche y nepotismo . . . Castro no sólo no es un comunista, sino que es *decididamente anticomunista*" (las cursivas son mías). Su periódico insistió en el tema al día siguiente publicando un editorial en el que felicitaba al presidente Eisenhower por declarar que los Estados Unidos no habían formulado cargo alguno contra Castro, hecho también señalado en una nota de la redacción al artículo de Matthews. Otros periódicos presentaban editoriales análogos alabando al presidente.

Walter Lippmann, el célebre periodista de tendencias radicales

[10]Conferencia de prensa, 15 de julio de 1959.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

cuya columna aparece en docenas de diarios y revistas de los EE. UU., se unió al coro de ataques contra Díaz Lanz. Subrayó la importancia de tener en Cuba a un embajador que mostraba una total simpatía con la revolución, pero advirtió que Bonsal no tendría la menor posibilidad de éxito "si el Congreso perturba nuestras relaciones con Cuba proporcionando una tribuna y un altavoz a un aventurero cubano descontento para que denuncie a los revolucionarios cubanos como comunistas"[11]. Otro pontífice liberal, Ralph McGill, que por aquellos días se encontraba en Cuba, calumnió a Díaz Lanz, describiéndole como un aventurero descontento, quien, después de acarrear armas con destino a los rebeldes castristas en los primeros días de la insurrección, se vio luego involucrado en "actividades lucrativas de carácter clandestino"[12]. Otros periódicos, entre ellos el *Washington Post*[13], se unieron a la campaña desencadenada contra el hombre que había arriesgado su vida para advertir al pueblo norteamericano —con absoluta exactitud, como se vería después— sobre la amenaza que se incubaba en la Isla. Como resultado de esta campaña, las revelaciones de Díaz Lanz tuvieron poco o ningún impacto en la opinión pública.

Nadie ignora que los adalides de la prensa liberal norteamericana son el *Washington Post* y *The New York Times.* Incluso en el sur se hallan el *Atlanta Constitution* y el *Miami Herald.* Pocos fueron los periódicos norteamericanos que aportaron a sus lectores los datos e informaciones necesarias para evaluar correctamente la amenaza comunista que se gestaba en Cuba.

Aquel mismo 16 de julio en que se publicó el despacho en que Matthews atacaba a Díaz Lanz, Castro inició el ajuste de cuentas con Urrutia, el hombre a quien había nombrado presidente provisional de la República. Su maniobra tenía todas las características de la demagogia y el engaño. Primero dimitió como primer ministro y luego se dirigió a la televisión a denunciar la traición del presidente.

Urrutia era un magistrado provincial, mediocre y honrado al mismo tiempo, y de ideas más bien conservadoras. No había mostrado ningún entusiasmo por las nuevas leyes que imponían la

[11] Walter Lippmann en el *New York Herald Tribune,* 23 de julio de 1959.

[12] Ralph McGill, editor del *Atlanta Constitution,* en su columna de 7 de julio de 1959.

[13] Editorial del *Washington Post* de 16 de julio de 1959.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

pena de muerte o por la recientemente promulgada Ley de Reforma Agraria, incurriendo así en la ira de Castro. Mientras éste proseguía su interminable perorata ante la televisión, las multitudes se congregaron ante el palacio gritando "¡Abajo Urrutia!" El presidente dimitió antes de que Castro finalizara su discurso y el "Líder Máximo" rescindió benignamente su falsa renuncia. A continuación Urrutia se asiló en la embajada argentina y finalmente engrosó las filas de la emigración en los Estados Unidos. En su lugar se nombró presidente a Osvaldo Dorticós Torrado, un antiguo militante del movimiento comunista.

Matthews, en el *Times*, ofreció la consabida explicación acerca del extraño comportamiento de Castro. Al día siguiente de la tragicomedia de la "dimisión" aseguró que lejos de haber sido provocada por las dificultades internas del país, era producto de las *críticas norteamericanas*. "Los ataques contra él (Castro) en los Estados Unidos le han herido y afectado" —escribió. Aún no se había secado la tinta del artículo cuando Castro arruinó su trastrológica declarando que había tratado de renunciar a su cargo debido a su disputa con el presidente y a que Urrutia había hablado duramente de los comunistas. El *Times* retiró el análisis de Matthews en su última edición.

Una vez posesionado Dorticós, la campaña de odio contra los Estados Unidos adquirió dimensiones aún mayores. El 26 de julio Castro calificó a los Estados Unidos de "enemigo jurado de todos los países latinoamericanos y del progreso de todos los pueblos del mundo"[14]. Un mes después vociferó por televisión que "Cuba se enfrenta hoy al imperialismo, el sangriento y voraz imperialismo, que ha perdido aquí algunas de sus garras"[15]. Por muy rabiosas que fueran sus invectivas antiyanquis, no faltaban norteamericanos "comprensivos" en los Estados Unidos para explicarlas y justificarlas.

En julio de 1959 ante el creciente marasmo de la economía, se aumentaron exorbitantemente los impuestos sobre utilidades y sobre el consumo, gravándose con el 20 por ciento la venta de productos tales como refrigeradores y radios, y con el 30 por ciento la de automóviles de un precio superior a los tres mil dólares. En septiembre se elevaron los derechos de aduanas del 30 al 100 por

[14] Phillips, p. 239.

[15] *Ibid*, p. 246.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ciento, eliminando la importación de automóviles, aparatos de uso doméstico y otros artículos procedentes de los Estados Unidos.

El ministro de Hacienda, Rufo López Fresquet, había colaborado activamente con Castro desde 1956. En el otoño de 1958 fue el principal responsable de la extorsión de un millón de dólares en "impuestos de guerra" para Castro en las provincias orientales a los productores de azúcar, café y otros productos, como garantía contra la ingerencia de los rebeldes en sus negocios. Asumiendo el papel de un "economista" el ministro López Fresquet trabó amistad con Matthews, Bonsal y los miembros de la que no tardaría en conocerse con el nombre de "célula castrista" de la embajada norteamericana. Cuando trece meses después presentó la renuncia de su cargo por motivos de enfermedad, relató un episodio que me afectaba y que era casi totalmente erróneo, al que me referiré más adelante en el contexto adecuado.

En agosto de 1959, cuando las desenfrenadas tendencias antiyanquis y procomunistas de Castro resaltaban a la vista de todos, tuvo lugar un incidente en el que estuvo involucrado el Dr. Milton Eisenhower y que a la luz de los acontecimientos posteriores parece casi increíble.

El hermano del presidente acababa de volver de un viaje a la Rusia Soviética con el vicepresidente Nixon. Cansado y deseoso de disfrutar de varios días de descanso, realizó uno más de sus diversos viajes a México como huésped del gobierno de ese país. En la ciudad de México permaneció alojado en casa del embajador Hill[16]. Wieland se reunió con el Dr. Eisenhower, que no hablaba español, en calidad de consejero. Poco después de su llegada, Hill preguntó si el Dr. Eisenhower deseaba que los altos funcionarios de la embajada le proporcionaran la información de que disponían respecto a la amenaza castrocomunista en Cuba y su invitado aceptó inmediatamente. Hill veía la ocasión como una rara oportunidad de hacer llegar su mensaje al presidente de los Estados Unidos, pues Milton Eisenhower seguía actuando como consejero presidencial para asuntos hispanoamericanos.

La sesión informativa tuvo lugar en un avión C-47 del agregado de aeronáutica de la embajada, mientras volaban con rumbo a Mazatlán. Entre los presentes se hallaba Raymond F. Leddy,

[16] Audiencias ante la Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, Parte 12, p. 797.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

consejero político de la embajada, generalmente considerado como uno de los funcionarios diplomáticos mejor informados acerca de los problemas de Hispanoamérica. Leddy había prestado servicios en la embajada de los EE. UU. en La Habana, donde había adquirido un profundo conocimiento de la situación por la que atravesaba el país. El embajador le pidió que preparara cuidadosamente la documentación que presentaría en la sesión informativa. Entre sus papeles, Leddy hacía referencia al informe N° 666, de fecha 22 de mayo de 1959, de la embajada norteamericana en Moscú a la Secretaría de Estado, en el cual se identificaba a Raúl Castro como miembro del movimiento comunista. Un funcionario de la embajada en Moscú se las había agenciado para asistir a una conferencia y oyó al orador soviético afirmar que Raúl Castro era "uno de los nuestros" — un comunista.

El avión estaba dotado de un diván, con butacas a ambos lados. Leddy se sentó en el diván con el Dr. Eisenhower a un lado y Wieland al otro. Durante la información, cada vez que Leddy afirmaba "esta organización cubana está dominada por los comunistas" o "este funcionario cubano es comunista", Wieland le interrumpía diciendo: "¡No es cierto!"[17].

El embajador Hill había sido advertido por funcionarios del Servicio Exterior de que Wieland no era digno de confianza con respecto a la cuestión cubana y de que debía actuar con cuidado en sus relaciones con él. Molesto por las interrupciones, finalmente se volvió con impaciencia hacia Wieland: "No recuerdo haberle pedido que tome parte en esta conversación" —le dijo—. "El Dr. Eisenhower ha aceptado escuchar a un hombre de integridad y experiencia en Hispanoamérica. Lo que el Sr. Leddy está comentando en este momento procede de un parte conjunto preparado por los servicios de contraespionaje en junio de 1959 respecto a la infiltración comunista en Cuba".

El informe confirmaba muchas de las tesis de Leddy. Para todos era obvio que Wieland no lo había leído; no obstante, insistió en que leía todos los informes de ese tipo y que sólo parte de ellos llegaban a México. Conocía a Castro personalmente, declaró, y afirmaba que era un idealista. "No hay ninguna prueba de la infiltración comunista en Cuba" —repitió.

Al cabo de un rato el coronel Benoid Glawe, agregado de aeronáutica, salió de la cabina y se unió a la discusión, apoyando el

[17] *Ibid*, p. 798.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

punto de vista de Leddy y el embajador. Mientras Leddy extraía un informe de su cartera, Glawe, irritado por la continua oposición de Wieland, le dijo: "Es usted un imbécil o un comunista". Los ánimos se caldearon y el Dr. Eisenhower puso fin a la discusión expresando que no quería oír ni una palabra más sobre el asunto. Lo interesante es que se trataba de un enfrentamiento entre conservadores por una parte y el izquierdista Wieland por otra. El Dr. Eisenhower, que es un liberal, no le había amonestado por sus interrupciones.

De todos los circunstantes, Wieland fue el único que defendió a Castro. Mostró su desacuerdo, sin que nadie se lo pidiera, con todas las tesis importantes formuladas por Leddy. Posteriormente, ante la Subcomisión Senatorial, cuatro testigos evocaron gráficamente los pormenores de la confrontación en los cielos de México. No parecía lógico que sus participantes pudieran olvidar una escena tan apasionada como ésta. Y, sin embargo, Wieland juró al principio que no recordaba en absoluto el asunto[18].

Los acontecimientos posteriores proporcionaron una apostilla a su falta de memoria. A principios de 1962 Wieland y otro funcionario de la Secretaría de Estado fueron defendidos por el presidente Kennedy al ser señalados como posibles amenazas para la seguridad de ese ramo administrativo. El funcionario calificador que tuvo a su cargo el informe de seguridad sobre Wieland y que llegó a una conclusión desfavorable, era el subdirector de la Oficina de Seguridad de la Secretaría de Estado, Otto F. Otepka. Preguntado bajo juramento por la Subcomisión de Seguridad del Senado si estimaba veraz la afirmación de Wieland de que no recordaba la discusión llevada a cabo a bordo del avión, respondió: "Creo que Wieland mintió"[19]. Pero el subsecretario de Estado, Roger W. Jones, testificó que había ponderado la "aparente discrepancia" entre el testimonio de Wieland y el de los cuatro testigos y que había decidido en favor de aquél[20].

Ahora que el "caso Otepka" ha pasado a ser una *cause célèbre*, es del dominio público que los rígidos criterios aplicados por este funcionario al evaluar los problemas de seguridad no fueron apreciados por algunos de sus superiores y colegas. Wieland no era más

[18] Informe de la Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *The Case of William Wieland*, 1962, p. 124.

[19] *Ibid*, p. 19.

[20] *Ibid*, p. 128.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Otto F. Otepka.

que uno de los muchos individuos que no obtuvieron el visto bueno de Otepka. La insistencia de éste en llevar a cabo su misión de conformidad con los preceptos de las normas oficiales, aun cuando se tratara de amigos o recomendados de los altos jerarcas gubernamentales, le granjearon la enemistad de muchos personajes influyentes, desencadenando contra él una enconada persecución. El teléfono de Otepka fue intervenido y su despacho registrado. Para desacreditarle, se colocaron en su papelera "pruebas" prefabricadas. Varios de los que participaron en los intentos por difamarle perjuraron ante la Subcomisión[21]. A pesar de haber prestado servicios durante nueve años y recibido siempre calificaciones favorables, se le relevó de sus funciones y se le mantuvo en situación de disponibilidad, mientras año tras año proseguía la presunta investigación de los cargos formulados contra él. Al final, la mayor parte de las acusaciones fueron retiradas sin dársele ninguna explicación, pero, en cambio, fue objeto de una amonestación, rebajándosele de categoría y sueldo[22].

[21] *National Review Bulletin*, 20 de febrero de 1968, p. B30.

[22] *The New York Times*, 13 de diciembre de 1967.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

En cuanto a Wieland, se nombró un comité de tres miembros para revisar su caso. Resultado: Lo ascendieron a un puesto en Australia. Su último sueldo fue de $25,890. Ahora está retirado con todos los beneficios reglamentarios.

El veredicto de la Secretaría de Estado contra Otepka, firmado por el secretario Dean Rusk, fue notificado al acusado el 11 de diciembre de 1967. Ordenaba que fuera objeto de una "grave amonestación", que se redujera su sueldo en más de cinco mil dólares (aproximadamente un veinticinco por ciento) y que se le asignaran obligaciones que no supusieran funciones de seguridad. Otepka tardó dieciocho meses en obtener su reivindicación, en tiempos ya del presidente Nixon. Por recomendación del senador Everett Dirkson, el presidente le nombro miembro de la Junta de Control de Actividades Subversivas (SACB) y, a pesar de la firme oposición del senador Edward Kennedy y de *The New York Times*, el Senado confirmó el nombramiento por 71 votos contra 28 el 24 de junio de 1969.

Una última palabra antes de despedirnos de Wieland. En el otoño de 1969 se publicó una excelente obra titulada *The Ordeal of Otto Otepka*, escrita por el respetado autor y periodista William J. Gill. Confirma las referencias al caso que aparecieron en las cuatro primeras ediciones inglesas de este libro y añade la siguiente anécdota con respecto a Wieland. Según Gill, Wieland afirmó a Otepka bajo juramento que sólo una vez en su vida había conversado con Castro. Fue un encuentro casual, agregó, en un almuerzo ofrecido por el ex-secretario de Estado, Herter, a Castro durante su visita a Washington en abril de 1959, en presencia de otros treinta invitados. Pero pocas semanas después de la defensa pública de Wieland por parte del presidente Kennedy, Otepka encontró por casualidad una fotografía de periódico en la que aparecía Wieland conversando con Castro y puso a sus hombres tras la pista. Rápidamente comprobaron que la instantánea había sido tomada en el Club Nacional de Prensa cuatro días *después* del almuerzo del secretario Herter. Antes de que los funcionarios de seguridad terminaran su investigación, comprobaron que Wieland había estado con Castro no menos de seis veces durante la breve estancia de éste en Washington. En una de aquellas ocasiones, el 17 de abril de 1959, en la embajada de Cuba, alguien observó que Castro se deslizaba a una habitación privada abrazando afectuosamente por los hom-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Washington, 1959: William A. Wieland prestándole compañía a Castro.

bros a Wieland. Durante más de una hora ambos permanecieron solos entre las cuatro paredes de la habitación.

Fundándose en esta información, Otepka recomendó a sus superiores de la Secretaría de Estado que volviera a abrirse el caso Wieland, pero sus sugerencias cayeron en saco roto, nombrándosele por el contrario, cónsul general en Australia.

Mas volvamos a La Habana. Durante el primer año del gobierno de Castro a aquellos miembros del personal de la embajada norteamericana que mantenían sus simpatías hacia el dirigente cubano se les calificó en conjunto, como ya se ha dicho, de "célula castrista" de la embajada, aunque nunca oí a nadie dar a entender que entre ellos hubiera algún comunista. Al principio les consoló el hecho de que la mayoría de los que estaban siendo desposeídos de sus propiedades eran cubanos, es decir, de que las expropiaciones no iban dirigidas *exclusivamente* contra los norteamericanos. Los funcionarios de Washington y de la embajada que habían apoyado la revolución estaban ahora psicológicamente interesados en justificar su error. El calificativo de "reformista agrario" resul-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

taba demasiado ridículo para ser aceptado, pero nuestros procastristas siguieron considerando obstinadamente al nuevo dictador como un simple "nacionalista". A pesar de todo lo que había ocurrido, incluso la horrenda orgía de sangre, siguieron creyendo que el curso de acción que produciría mejores resultados, tanto en Cuba como en el resto de Hispanoamérica, era el de una tolerante "comprensión". El cabecilla de este grupo de la embajada no era otro que el propio Bonsal. El punto de vista contrario estaba representado por un número cada vez mayor de funcionarios, encabezados por el ministro-consejero, Daniel D. Braddock, que ocupaba el segundo lugar en la jerarquía de la misión.

Tanto los "liberales" procastristas como los conservadores anticastristas de la embajada eran personas animadas de sentimientos patrióticos y dotadas de indudable inteligencia. Unos y otros estaban teniendo las mismas experiencias, presenciando los mismos acontecimientos, leyendo los mismos informes, hablando con las mismas personas y, sin embargo, a menudo extraían impresiones diametralmente opuestas a lo que estaba teniendo lugar. En el caso de los "liberales" más empedernidos, el contraste no se limitaba a interpretaciones diferentes de los mismos hechos materiales. En muchos casos los propios hechos desaparecían de su campo visual; sus mentes seleccionaban sólo las impresiones que armonizaban con sus opiniones doctrinarias. Viendo en peligro la validez de sus ideologías, parecían huir de la realidad y buscar refugio en racionalizaciones ilusorias. En vista de que la penetración comunista era cada vez más evidente, algunos de ellos empezaron a abrigar dudas acerca de la justeza de la línea política adoptada por su país, pero Bonsal no figuraba entre ellos. La mayoría aún calificaba a Castro de "nacionalista" bien intencionado y merecedor de que se le tratara con cierta indulgencia. Uno de ellos se refirió a Castro como "un patriota inspirado".

Una ideología supone un compromiso tan firme con una doctrina que, si la realidad pugna con ésta, es aquélla la que cede su puesto. El comunismo supone un compromiso total, mientras que el "liberalismo" es menos rígido. Sin embargo, durante el año 1959 empecé a percatarme del hecho de que discutir con un "liberal" convicto y confeso era tan fútil como hacerlo con los muchos comunistas con los que tenía que habérmelas. Cuanto más sincero era mi interlocutor, menos accesible se mostraba a los hechos y a la razón. A veces parecía que estos norteamericanos

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

admitían a ciegas y sin el menor sentido crítico la fantástica propaganda castrista —incluyendo sus brutales ataques contra su propio país—. Pero la actitud de la embajada fue cambiando lentamente. Antes de terminar el año 1959 todos los altos funcionarios habían hecho causa común con Braddock. Cada vez era menor el número de aquellos que apoyaban a Bonsal, quien, no obstante, se aferró a sus convicciones.

El 3 de octubre de 1959 varios agentes del gobierno se presentaron en las oficinas de las principales compañías petrolíferas y sustrajeron sus archivos de investigaciones geológicas. Durante un período de catorce años las mayores de ellas —Esso, Standard Oil de California y Atlantic Refining, todas clientes de nuestro bufete— habían invertido muchos millones de dólares en la prospección petrolífera y perforado varios pozos de gran profundidad. Aunque todavía no se había descubierto petróleo en cantidades comerciales, las compañías habían presupuestado extensos programas de futuras prospecciones.

El régimen de Castro afirmó falsamente que las compañías norteamericanas habían descubierto grandes depósitos, cubriéndolos después y privando así a Cuba de una industria importantísima. Simultáneamente, las empresas de electricidad y teléfonos se vieron afectadas por la imposición de nuevas tarifas que imposibilitaban su rentabilidad. Finalmente, a pesar del creciente menoscabo de la economía, una ordenanza laboral prohibió a los patronos despedir a sus trabajadores en ninguna circunstancia. Estas medidas destruyeron importantes sectores de la economía cubana.

La actitud de la Secretaría de Estado ante todas estas medidas radicales y alarmantes fue explicada por *The New York Times* el 24 de octubre de 1959. "No existe la menor inclinación a ejercer presión alguna sobre el Dr. Castro" —dijo. "La Secretaría quiere mantener una actitud decorosa, una postura de gran potencia, sin ejercer presión".

Al día siguiente Castro devolvió el cumplido con otro virulento ataque contra los Estados Unidos. Ante una gran muchedumbre congregada frente a la terraza norte de Palacio los acusó de permitir la salida de aviones "de su territorio para bombardear a la indefensa población de La Habana". Estaban tratando, dijo, de aterrorizar al pueblo cubano "con inhumana e inconcebible furia". Dos días después el embajador Bonsal visitó al presidente títere de Castro

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

para expresarle su "profunda preocupación" por la creciente hostilidad que su régimen manifestaba hacia los Estados Unidos. El presidente rechazó la protesta, expresando que la afirmación del embajador carecía de todo fundamento[23].

El 21 de octubre otro exabrupto de Castro llenó las primeras páginas de los periódicos y, una vez más, como en el caso del comandante Díaz Lanz, la causa del mismo era la cuestión del comunismo. Uno de los jefes más populares de las fuerzas rebeldes era el comandante Húber Matos. Antes de unirse al movimiento castrista había sido maestro de escuela y capellán de la Logia Masónica de Santiago de Cuba. Cuando Castro tomó el poder, fue nombrado jefe militar de la provincia de Camagüey. Profundamente preocupado por la infiltración comunista en el gobierno, especialmente en las fuerzas armadas, Matos fue a ver a Castro para imponerle de antecedentes, suponiendo que su jefe ignoraba la situación. Más tarde le escribió en el mismo sentido y con la carta presentó su dimisión.

La respuesta de Castro fue acusarle de traidor, afirmando que se había dado a la tarea de urdir una conspiración. Le vinculó falsamente con Urrutia y Díaz Lanz en una supuesta conjura. No hubo ninguna conspiración: la verdad, monda y lironda, es que a Matos no le gustaba lo que estaba ocurriendo. Treinta y cuatro de los oficiales bajo su mando se solidarizaron con su actitud, pero Matos les instó a que no dimitieran. Todos fueron detenidos junto con él, y finalmente juzgados como traidores contrarrevolucionarios.

Castro fue el principal testigo de cargos. Pronunció un discurso de siete horas, ordenando que se difundiese por radio y televisión a todos los puntos del país. Volviendo la espalda a los "jueces", arengó a los prisioneros, a los testigos y al auditorio en la sala cinematográfica donde se estaba celebrando el juicio. Llamando a Matos conspirador y cobarde, reconoció que hubo comunistas en el ejército rebelde, pero añadió que habían luchado con abnegación y valentía y que no veía razón para expulsarles del ejército después de lograda la victoria. El comandante Matos proclamó su inocencia y declaró que el testimonio formulado por Castro y otras personas contra él era falso. Fue condenado a veinte años de prisión; la

[23] Phillips, p. 120.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Castro arengando a los miembros del "tribunal" durante una de las vistas de la causa celebrada contra el comandante Húber Matos.

mayor parte de los demás oficiales cumplieron condenas de dos a siete años.

Nuevamente el pueblo cubano quedó horrorizado por este acto. Durante el proceso, cuando se solicitaban llamadas de larga distancia, la operadora de La Habana solía decir: "Matos no es un traidor". Que yo sepa, la única persona que trató de racionalizar la inhumana actitud de Castro con respecto a su antiguo compañero de armas, fue Herbert Matthews. Escribió: "Según la lógica de la revolución, Húber Matos era un traidor. Los que condenen la . . . forma en que fue tratado tienen que condenar a la revolución". Admitió que Matos había sido condenado porque "observó con alarma la creciente influencia del comunismo en el ejército", pero explicó que esto era conforme a "la lógica de la revolución"[24].

[24]Matthews, p. 155.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

No mucho después Castro destituyó a dos ministros del gabinete que se habían negado a aceptar la detención de Matos. En noviembre, mediante otros dos actos, demostró que los temores de Matos estaban justificados. Intervino personalmente para salvar a los comunistas de la derrota en un congreso sindical y nombró al "Che" Guevara, comunista declarado, presidente del Banco Nacional.

Al finalizar Castro su primer año en el poder, el temor y la desesperación se extendían por toda la isla. Los patriotas que se atuvieron a sus ideales democráticos eran llevados —sentenciados de antemano— ante los Tribunales Revolucionarios, una institución que siempre actuaba por venganza. Los pelotones de fusilamiento volvieron a entrar en acción. En un solo año se dio muerte a más del doble de personas que durante los diecisiete que Batista estuvo en el poder, y millares de gentes fueron encarceladas. Las instituciones de enseñanza, desde el kindergarten hasta las universidades, se estaban transformando en centros de instrucción comunista.

Las grandes esperanzas engendradas en los primeros días de la revolución se habían evaporado. En los primeros meses Castro había formulado algunas declaraciones tan desfavorables al comunismo que muchas gentes comenzaron a dudar de que fuese realmente un criptocomunista. Pero en los últimos meses de 1959 todo indicaba que se desviaba hacia el comunismo. El grupo de abogados de nuestro bufete que al principio habían colaborado con el nuevo gobierno se sintieron decepcionados con el rumbo que tomaba la revolución y en abril se reintegraron a sus actividades profesionales. Desde agosto habían cesado nuestros contactos con Castro. Abrigábamos el temor de que, obrando subrepticiamente, los nuevos dirigentes ya hubieran adoptado una serie de decisiones desastrosas para el país, cuyo impacto se haría sentir en el curso de 1960.

El embajador Bonsal, con quien antaño me vinculara una buena amistad, había pasado a ser poco menos que un desconocido. Cuando me lo encontraba por casualidad, le trataba como a tal.

En todo momento la reacción pública de Bonsal ante los insolentes ataques de Castro contra los Estados Unidos había sido comedida. Toda señal inequívoca acerca de la intromisión comunista en el régimen era ignorada o desestimada. Se afanaba por encontrar elementos esperanzadores en las diatribas orales y escritas

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

formuladas por Castro y los suyos. Cuando sus íntimos colaboradores redactaban un borrador respondiendo a las malévolas acusaciones lanzadas contra los Estados Unidos o su embajada, invariablemente los encontraba demasiado enérgicos. Tenían que ser escritos de nuevo en un lenguaje más inocuo, para que nadie pudiera darse por ofendido[25]. En todo momento mantuvo una actitud de manifiesta conciliación.

La postura de Bonsal disuadió a los dirigentes de la oposición, quienes tradicionalmente tomaban en cuenta las indicaciones de la embajada norteamericana. No obstante, a finales de 1959 se empezaban a formar grupos clandestinos dedicados al sabotaje, al terrorismo y a otras actividades antigubernamentales que sobrepasaron en amplitud a las que el país había experimentado bajo cualquier régimen anterior.

Tuvimos la premonición de que 1960 sería un año funesto, pero muy lejos estábamos de barruntar los catastróficos acontecimientos que nos abrumarían durante los próximos dieciséis meses.

[25] Paul D. Bethel, agregado de prensa de la Embajada de los EE. UU. en Cuba, ha autorizado estas afirmaciones.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

II

El segundo año de Castro

La escisión que estaba produciéndose entre los Estados Unidos y Cuba era causa de constante y creciente preocupación tanto para el Dr. Cubas como para mí. Nos vino a la mente la idea de que quizás la señora Eleanor Roosevelt podría servir de instrumento para contribuir a remediar la situación. La había conocido unos años antes por conducto de su hijo Elliott, que vivió en Cuba a principios de los años cincuenta. Si la convenciéramos de que visitara la isla y quizás de que hablara ante el American Club, podría residir en mi casa y yo me las arreglaría para que Castro le hiciera una visita.

Por entonces Castro afirmaba que él y su régimen no abrigaban la menor animosidad contra el pueblo norteamericano, sino contra su gobierno. Agregaba que, desde el momento y hora en que un norteamericano asumía un cargo público, se transformaba en un lacayo de los "monopolios" y de "Wall Street". Seguramente, pensábamos, la viuda de Roosevelt podría esclarecerle sobre las falacias de este pueril concepto. La posibilidad, después de discutida, nos pareció lo bastante esperanzadora para justificar mi viaje a Nueva York con esa misión.

Por intercesión de Elliott me entrevisté allí con su madre, quien se mostró tan afable como siempre. ¿Por qué —me preguntó— pensaba que ella, mejor que nadie más, podía lograr el fin que tenía en mente? Le expliqué que Castro era un egomaníaco, un individuo carente de humildad muy dado a transformar todo diálogo normal en verdaderos soliloquios. En el caso de ella, por ser una gran dama, un adalid de la justicia social y la viuda de un presidente de los Estados Unidos, estaba seguro de que la escucharía.

Por desgracia, en el transcurso de nuestra conversación no tardé en percatarme de que la viuda de Roosevelt abrigaba el concepto característico, alimentado por la propaganda y distorsionado, por

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

II

El segundo año de Castro

La escisión que estaba produciéndose entre los Estados Unidos y Cuba era causa de constante y creciente preocupación tanto para el Dr. Cubas como para mí. Nos vino a la mente la idea de que quizás la señora Eleanor Roosevelt podría servir de instrumento para contribuir a remediar la situación. La había conocido unos años antes por conducto de su hijo Elliott, que vivió en Cuba a principios de los años cincuenta. Si la convenciéramos de que visitara la isla y quizás de que hablara ante el American Club, podría residir en mi casa y yo me las arreglaría para que Castro le hiciera una visita.

Por entonces Castro afirmaba que él y su régimen no abrigaban la menor animosidad contra el pueblo norteamericano, sino contra su gobierno. Agregaba que, desde el momento y hora en que un norteamericano asumía un cargo público, se transformaba en un lacayo de los "monopolios" y de "Wall Street". Seguramente, pensábamos, la viuda de Roosevelt podría esclarecerle sobre las falacias de este pueril concepto. La posibilidad, después de discutida, nos pareció lo bastante esperanzadora para justificar mi viaje a Nueva York con esa misión.

Por intercesión de Elliott me entrevisté allí con su madre, quien se mostró tan afable como siempre. ¿Por qué —me preguntó— pensaba que ella, mejor que nadie más, podía lograr el fin que tenía en mente? Le expliqué que Castro era un egomaníaco, un individuo carente de humildad muy dado a transformar todo diálogo normal en verdaderos soliloquios. En el caso de ella, por ser una gran dama, un adalid de la justicia social y la viuda de un presidente de los Estados Unidos, estaba seguro de que la escucharía.

Por desgracia, en el transcurso de nuestra conversación no tardé en percatarme de que la viuda de Roosevelt abrigaba el concepto característico, alimentado por la propaganda y distorsionado, por

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

formuladas por Castro y los suyos. Cuando sus íntimos colaboradores redactaban un borrador respondiendo a las malévolas acusaciones lanzadas contra los Estados Unidos o su embajada, invariablemente los encontraba demasiado enérgicos. Tenían que ser escritos de nuevo en un lenguaje más inocuo, para que nadie pudiera darse por ofendido[25]. En todo momento mantuvo una actitud de manifiesta conciliación.

La postura de Bonsal disuadió a los dirigentes de la oposición, quienes tradicionalmente tomaban en cuenta las indicaciones de la embajada norteamericana. No obstante, a finales de 1959 se empezaban a formar grupos clandestinos dedicados al sabotaje, al terrorismo y a otras actividades antigubernamentales que sobrepasaron en amplitud a las que el país había experimentado bajo cualquier régimen anterior.

Tuvimos la premonición de que 1960 sería un año funesto, pero muy lejos estábamos de barruntar los catastróficos acontecimientos que nos abrumarían durante los próximos dieciséis meses.

[25] Paul D. Bethel, agregado de prensa de la Embajada de los EE. UU. en Cuba, ha autorizado estas afirmaciones.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

el enfoque ideológico, acerca de las condiciones de existencia de la población cubana. Creía que los cubanos habían estado viviendo en la pobreza, el hambre y la miseria desde tiempos inmemoriales y que a tales factores había que achacar la amenaza comunista.

Su punto de vista me pareció tan rudimentario que intenté sacarla de su error. Le expliqué que, contrariamente a lo que ella suponía, la isla había disfrutado de uno de los niveles de vida más altos del hemisferio. Los propios dirigentes comunistas cubanos reconocían que la pobreza no era el factor decisivo en la ecuación revolucionaria. De ser así, el movimiento habría alcanzado mayor magnitud en no menos de diecisiete países de Hispanoamérica. Sería más poderoso en Turquía que en Italia, en la Arabia Saudí que en Grecia. Habría pujantes movimientos comunistas en España e Irlanda, dos naciones extraordinariamente pobres. Francia, señalé, tenía uno de los partidos comunistas más numerosos del mundo a pesar de la prosperidad económica del país. En resumen, sostuve que el comunismo constituía una conspiración, no un producto de la miseria, y que sus dirigentes *prefieren* tomar el poder en un país relativamente rico y próspero como Cuba.

La viuda de Roosevelt no se dejó convencer. Acaso lo que Cuba necesitaba en realidad, dijo en el curso de la conversación, era un régimen "socialista" y Castro podía dárselo. Naturalmente, no empleaba la palabra "socialista" en el mismo sentido que los comunistas, para quienes el término significa la "colectivización" de la propiedad privada y los medios de producción, y el dominio totalitario de la economía, la prensa, la educación, el pensamiento y las demás actividades humanas. Para ella probablemente significaba lo mismo que para los partidos socialdemócratas y laboristas moderados del mundo libre: propiedad estatal de los principales medios de producción, si el pueblo así lo decidía en unas elecciones libres.

Las falsas y obstinadas suposiciones de la viuda de Roosevelt acerca de las condiciones imperantes en Cuba y su opinión de que el país necesitaba la implantación de un sistema socialista, me sobrecogieron el ánimo. Antes de que tomara una decisión, que afortunadamente fue negativa, me di cuenta de que su entrevista con Castro frustraría el propósito de moderar su posición con los Estados Unidos. Era fácil darse cuenta de que el "Líder Máximo" podría explotar sus ingenuas ideas políticas, distorsionándolas con fines propagandísticos y divulgándolas a los cuatro vientos por

Rebado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

medio de la prensa y la televisión gubernamentales.

La experiencia merece relatarse por el mero hecho de que, aunque la viuda de Roosevelt sólo hablaba a título personal, sus palabras reflejaban los sentimientos de la influyente comunidad "liberal" de su país. Ayuda a explicar la temeraria arrogancia de Castro con respecto a los derechos e intereses norteamericanos en Cuba. Sabía el dictador que podía contar con la satisfacción serena de quienes racionalizan sus esperanzas, e incluso con la ignorancia supina de poderosos sectores de la prensa y la sociedad estadounidenses.

El 10 de enero de 1960, poco después del comienzo del segundo año de Castro, el embajador Bonsal envió una nota al gobierno cubano protestando por la confiscación de propiedades norteamericanas. La prensa de los Estados Unidos la describió como una nota firme. En realidad era débil y Castro optó por ignorarla olímpicamente. ¡Diez días después, ante la televisión nacional, acusó a la embajada norteamericana de apoyar actividades contrarrevolucionarias! [1]. Tal fue su indirecta respuesta.

Por entonces, la propaganda antiyanqui de Castro no sólo inundaba los cuatro rumbos de la isla, sino los más remotos confines de Hispanoamérica. Para llevar a cabo esta actividad en constante proceso de expansión, Castro decidió fundar una agencia de noticias cablegráficas denominada Prensa Latina (PL), la cual, además de suministrar informaciones a los periódicos cubanos, poseía contratos de servicios en toda Hispanoamérica. Prensa Latina estableció oficinas en Washington y Nueva York. Su servicio de noticias emanaba en gran parte de los órganos propagandísticos de la Internacional Comunista. Tass (la agencia de informaciones soviética) y otras agencias de noticias de la U.R.S.S. y los países satélites de ésta, recogían material de Prensa Latina, y ésta a su vez difundía propaganda elaborada en los países comunistas.

Poco después Castro creó otro aparato de propaganda llamado Imprenta Nacional, que producía cantidades inmensas de libros, folletos, carteles, revistas, etc. Demostrando que sus motivaciones no eran simplemente "nacionalistas", empleó sus canales para hacer circular libros y folletos impresos en la Unión Soviética, la China roja y otros países comunistas. Una de sus ofertas fue el famoso

[1] R. Hart Phillips, *The Cuban Dilemma* (Nueva York: Ivan Obolensky, Inc., 1962), p. 145-147.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

folleto de "pensamientos" de Mao Tse-tung; otra, el tratado sobre la guerra de guerrillas del "Che" Guevara.

No obstante, a principios de 1960 Castro hubiera podido ser derribado fácilmente si los diplomáticos y forjadores de la opinión pública norteamericanos no hubieran persistido en considerarle como un nacionalista descarriado —algo así como un pícaro rapaz entregado a hacer travesuras— y perdonando sus excesos. Aun existían fuerzas poderosas —laborales, empresariales, religiosas, profesionales— que hubieran podido unirse para derrocarle si la Secretaría de Estado les hubiera prestado cierto aliento. Pero no recibieron ni un ápice de estímulo y el 4 de febrero irrumpió una nueva era cuando Anastas Mikoyán, que por aquel entonces desempeñaba el cargo de ministro de Comercio Exterior e Interior de la Unión Soviética, llegó a La Habana.

Hacía más de un año que Mikoyán había visitado Washington; el secretario de Estado, John Foster Dulles, le ofreció una cena en el F Street Club. Hubo catorce invitados, entre los cuales figuraban el hijo de Mikoyán, miembros de la embajada soviética y funcionarios de la Secretaría de Estado. Durante la velada, el joven Mikoyán le comentó al subsecretario Robert Murphy que le parecía "increíble" que Dulles rindiera tan excelente homenaje en honor de su padre.[2] Mikoyán aprovechó la oportunidad para manifestarles a los norteamericanos presentes que proyectaba llevar a cabo una misión de buena voluntad a La Habana con la esperanza de establecer relaciones comerciales con el régimen de Castro. Al día siguiente Robert Murphy señaló a sus colegas de la Secretaría de Estado la posibilidad de que la "misión comercial" fuera un disfraz para encubrir la realización de operaciones subversivas en Hispanoamérica.

La visita de Mikoyán a Cuba a principios de 1960 fue precedida por el arribo de casi un centenar de técnicos rusos, quienes se habían dado a la tarea de organizar una exposición industrial en el impresionante Palacio de Bellas Artes, situado en el corazón de La Habana y construido durante el gobierno de Batista. Los productos expuestos se llevaron a Cuba desde México a bordo de barcos soviéticos. Castro, los miembros de su gabinete y los principales

[2] Robert Murphy, *Diplomat Among Warriors* (Nueva York: Doubleday & Co., Inc., 1964), p. 442. El autor dice erróneamente que Mikoyán visitó La Habana por primera vez en 1958. Los registros del F Street Club muestran que la cena se celebró a principios de 1959.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

dirigentes comunistas cubanos se trasladaron al aeropuerto para recibir a sus huéspedes. Una banda del ejército tocó "la Internacional" mientras Mikoyán descendía del avión soviético.

La exposición fue inaugurada al día siguiente con la asistencia de todos cuantos habían recibido a Mikoyán en el aeropuerto. Mientras celebraban las ceremonias oficiales, estalló un intenso tiroteo en el cercano Parque Central. La policía disolvió a un grupo de manifestantes y Mikoyán comenzó a hablar. Atacó a los Estados Unidos, afirmando que el capitalismo norteamericano era un sistema "anticuado", incapaz de competir con la "producción planificada" de la U.R.S.S. El día anterior Guevara había anunciado que Cuba no tenía interés en atraer inversionistas extranjeros y que el gobierno insistía en poseer el cincuenta y uno por ciento de las acciones de todas las industrias básicas[3].

Carmen y yo asistimos a la exposición. Yo había visto algunas ferias análogas en el extranjero, pero pocos cubanos habían tenido oportunidad de presenciar nada parecido y, como es natural, quedaron impresionados. Había excelentes modelos de satélites "Sputnik", con explicaciones fonográficas. Los receptores de televisión mostraban idílicas escenas de la vida rusa a todo color. Un modelo de avión de pasajeros TU-114, con doscientas veinticinco plazas y una velocidad de setecientos cincuenta kilómetros por hora, según la descripción, atrajo mucho la atención.

Entre la multitud circulaban jóvenes propagandistas, suscitando discusiones acerca del progreso industrial y la cultura soviéticos, así como de la grandeza de su civilización. No nos costó trabajo identificarlos como agentes soviéticos, pero era evidente que la mayoría de los que se detenían a escuchar no se percataban del hecho. En las casillas se vendían recuerdos de Rusia por unas pocas monedas: alfileres con la hoz y el martillo y pequeñas banderas rojas. Los quioscos contenían una gran abundancia de literatura comunista, sin excluir las consabidas biografías de Lenin y Marx. Se podía aprender a hablar ruso por diez centavos.

El único producto en venta que despertó nuestra curiosidad fue el caviar. Momentos después perdí a Carmen en el remolino de gente y la encontré junto a la casilla del caviar —instando a los cubanos a abstenerse de adquirirlo—. A Carmen siempre le resultó difícil disimular su repugnancia ante todo lo que oliera a comunismo, a pesar de mis advertencias en el sentido de que reprimir sus

[3] Phillips, p. 153.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Anastas Mikoyán.

emociones era cuestión de supervivencia. La exposición se clausuró el 26 de febrero y, sin duda alguna, constituyó un resonante éxito.

A excepción de tres o cuatro apariciones en público, las andanzas y actividades de Mikoyán permanecieron envueltas en una atmósfera de sigilo durante los nueve días que permaneció en Cuba. El 7 de febrero habló por la televisión nacional y por la radio. El progreso científico soviético —proclamó— había superado al de los Estados Unidos, como lo demostraba la prueba espacial rusa Lunik, que el año anterior había tomado las primeras fotos de la otra faz de la luna.

Seis días después de la llegada de Mikoyán el régimen de Castro y los personeros del gobierno soviético firmaron un acuerdo comercial por el que la U.R.S.S. concedía a Cuba un crédito de cien millones de dólares para adquirir maquinaria industrial soviética.

Cuando el 13 de febrero Mikoyán partió de La Habana, después de habérsele dispensado una entusiasta despedida por parte de Castro y sus acólitos, la policía comenzó una gigantesca redada de anticomunistas. Por aquellos días mi amiga Ruby Phillips, corresponsal residente del *The New York Times* (al que ya los emigrados cubanos solían llamar *New York Tass)*, me dijo que se sentía

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

esperanzada porque James Reston, que acababa de visitar La Habana, se mostraba acorde con ella en que Castro dirigía sus pasos hacia el campo comunista. Vio en Reston una esperanza de neutralizar a Matthews, que seguía apoyando firmemente el régimen.

Esta fue la primera vez que la sombra del malvado Mikoyán se cernió sobre la Perla de las Antillas. Los acontecimientos que estaban ocurriendo a las mismas puertas de los Estados Unidos nos parecían ilusorios, casi increíbles. A menudo me recordaban una leyenda china: Un filósofo soñó que era una mariposa; el sueño fue tan vívido que cuando se despertó no sabía si era un hombre que había soñado ser una mariposa que revoloteaba entre las flores o una mariposa que soñaba ser un hombre.

Muchos acontecimientos posteriores nos harían rememorar este sentimiento de irrealidad. Me viene a la mente, por ejemplo, la ocasión, a finales de 1962, en que el gobierno de Kennedy llegó a aceptar a Mikoyán como mediador a fin de obtener la autorización de Castro para realizar inspecciones *in situ*[4] —única garantía definitiva de que los proyectiles ofensivos soviéticos habían sido retirados de Cuba. ¡Los Estados Unidos estaban dispuestos a confiar en el principal responsable de la intrusión comunista en Cuba! El resultado, como era de esperar, fue nulo.

El 4 de marzo de 1960 el mercante francés *La Coubre* estalló en el puerto de La Habana mientras descargaba municiones en un muelle próximo a comercios y viviendas. La tremenda explosión mató a un centenar de personas y ocasionó cuantiosos daños materiales.

Castro acusó inmediatamente a los Estados Unidos de haber preparado la voladura del barco. En una frenética oración fúnebre en el cementerio de Colón, describió a los Estados Unidos como "un buitre que se alimenta de la humanidad". "¡No tenemos pruebas —vociferó Castro— pero tenemos derecho a creer que ellos (los norteamericanos) son los culpables!" Todos los cubanos con quienes comenté el caso estaban convencidos de que el accidente había sido provocado por una negligencia en la manipulación de los explosivos y, de hecho, el gobierno cubano jamás presentó la menor prueba que respaldara su acusación. El único apoyo a la tesis del sabotaje provino de Matthews, quien afirmó que las auto-

[4] Murphy, p. 443.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ridades le habían mostrado una especie de artefacto detonador hallado en las cercanías del muelle.[5]

Por aquellas fechas fueron confiscadas las numerosas y preciadas propiedades de Amadeo Barletta, uno de nuestros clientes, que representaba a la General Motors en Cuba. Entre ellas figuraba el periódico *El Mundo*, que se había negado a aceptar subsidios de Batista, y también la segunda emisora de radio y televisión de Cuba. Las acusaciones contra Barletta, un valeroso ciudadano italiano, eran totalmente espurias, y no cejamos un instante en asegurar su defensa. Castro recurría a los más diversos pretextos en su afán por destruir el sistema de la libertad de empresa en el país. El hijo de Barletta, Amadeo Barletta, Jr., que gozaba de gran estimación en los círculos sociales de la capital, era un ciudadano norteamericano que había prestado servicio en el ejército de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Ambos eran muy conocidos y apreciados. Padre e hijo se asilaron en la embajada italiana y, al cabo de varias semanas, como no se les dispensaba el salvoconducto para abandonar el país, ofrecí llevarles a los Estados Unidos a bordo de mi lancha, partiendo de Varadero y cruzando el Estrecho de la Florida. Afortunadamente, el embajador italiano arregló su salida de un modo menos arriesgado que el que yo les proponía.

En abril de 1960 realicé un último intento por tratar de mantener a Castro dentro del ámbito del Occidente. A través de Rufo López Fresquet, ministro de Hacienda, me ofrecí para ir a Washington por mi propia cuenta para negociar la adquisición de armas. Sabíamos que Castro se proponía fortalecer su aparato militar y mi socio y yo consideramos que, si los Estados Unidos no le proporcionaban el armamento necesario, volvería sus ojos hacia la Unión Soviética. El ministro abrigaba simpatías por los Estados Unidos y estaba casado con una muchacha norteamericana que había conocido en sus tiempos de estudiante en la Universidad de Columbia. No perdió un minuto antes de hablar con Castro, quien rechazó burlonamente la sugerencia. Este lance determinó la renuncia del ministro López Fresquet.

Más tarde este incidente dio lugar a algunos comentarios en la prensa de los Estados Unidos por parte de observadores experimentados del escenario cubano. Supusieron, y el propio ministro

[5] Phillips, p. 173.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de Hacienda así lo informó erróneamente, que yo había actuado secretamente en nombre del gobierno norteamericano. El hecho es que la iniciativa era mía, tal como oportunamente y de modo categórico traté de hacérselo ver al ministro. Ni siquiera había discutido mis planes con Bonsal, aunque pensaba informarle de ellos antes de ir a Washington. Su importancia estriba en que se confirmó inequívocamente que antes de abril de 1960 ya Castro había llegado a un acuerdo con los soviéticos.

Por entonces la economía del país se hundía visible y peligrosamente en un marasmo. El programa de construcción de viviendas inaugurado a bombos y platillos por el gobierno, entró en una fase de inercia. Cesaron las importaciones de los Estados Unidos, abandonándose los proyectos de obras públicas gubernamentales. La dislocación de la economía era un hecho evidente para todos. La organización de las "cooperativas" estatales relegó a las calendas griegas los repartos de tierras prometidos a los pequeños campesinos, dando lugar a una elevación del coste de las subsistencias y a la gestación de un estado de descontento en las campiñas. Pero lo más trascendental de todo era el hecho de que los cubanos empezaban a sentirse desilusionados ante la creciente influencia comunista en el gobierno. Surgía, a la vista de todos, un claro e inconfundible sentimiento anticastrista.

El 21 de abril de 1960 *The New York Times* publicó un artículo en el que tres periodistas norteamericanos expresaban sus opiniones sobre las nuevas tendencias que se registraban en la política cubana. El coronel Jules Dubois, del *Chicago Tribune*, afirmó que los comunistas se habían adueñado de Cuba y aconsejó que se diera a Castro "cuerda suficiente para que se ahorcara". Joseph Alsop, célebre comentarista, pidió "paciencia". Matthews manifestó que el régimen de Castro se caracterizaba por su "riguroso nacionalismo", pero que no veía ninguna señal de que los comunistas lo dominaran. Exhortó a que se mostrara una comprensión más benévola de la revolución, la cual, según él, constituía un fenómeno irreversible.

Al comienzo de la revolución los obreros y campesinos habían acogido favorablemente las medidas de expoliación dictadas contra las clases burguesa y pequeñoburguesa, pero en el curso de este segundo año el régimen comenzaba a exigirles sacrificios. Se reclamó de los trabajadores que contribuyeran "voluntariamente" con

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

un 4 por ciento de sus jornales para financiar un programa de "industrialización", y todo el que osara protestar se exponía a ser víctima de represalias. Una tras otra fueron anuladas las mejoras laborales y sociales que, tras cuarenta años de lucha, había logrado alcanzar el proletariado cubano. Todos los presidentes de la nación, sin excluir al propio Batista, habían temido y respetado a la poderosa Confederación de Trabajadores de Cuba; sin embargo, de un solo plumazo el gobierno de Castro le arrebató al obrero el derecho a la huelga. A partir de entonces, la solución de los conflictos laborales dependían de la voluntad soberana del ministro del Trabajo y los patronos se vieron obligados a contratar a sus operarios a través del Ministerio.

El 7 de mayo de 1960 Cuba restableció sus relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, rotas desde abril de 1952, a poco de producirse el golpe militar de Batista. Dos días después el presidente Sukarno de Indonesia llegó a La Habana para pasar cinco días en el país y fue calurosamente recibido por Castro. Había hecho un alto en su camino en los Estados Unidos, donde la prensa "liberal" informó que se hallaba animado de los ideales de Washington, Jefferson y Lincoln —repitiendo su propia aseveración—. Poco después de su regreso a Indonesia, el prócer tercermundista dio aplicación práctica a su filosofía política despojando de sus bienes —valorados en más de dos mil millones de dólares— a los holandeses radicados en el país.

Cuando, en virtud del acuerdo comercial de febrero de 1960 Cuba empezó a recibir productos soviéticos a cambio de azúcar, la primera partida que llegó fue un cargamento de petróleo bruto. Previamente el consumo de gasolina del país dependía de la producción de las refinerías de la Esso y la Shell en La Habana y de la Texaco en Santiago de Cuba, que obtenían el petróleo bruto de los yacimientos norteamericanos y británicos existentes en Venezuela. Por aquellas fechas el gobierno cubano debía a estas compañías unos 60 millones de dólares. Al producirse aquella coyuntura, en junio de 1960 el "Che" Guevara, presidente del Banco Nacional, notificó a las tres empresas que debían refinar el petróleo bruto ruso. Al impugnar la arbitraria orden, el régimen de Castro las confiscó (estaban valoradas en unos 140 millones de dólares), rescindiendo su deuda de 60 millones a las compañías. En otro violento discurso Castro declaró que despojaría de sus bienes a

Cedido del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

todos los norteamericanos "hasta el último clavo de sus zapatos"[6].

El 30 de junio el régimen "intervino" los dos principales hoteles de La Habana, el Habana Hilton y el Nacional, acusándolos de no haber fomentado la afluencia de turistas de los Estados Unidos. Previamente se había adueñado de varios cabarets y hoteles pequeños. Nuestro bufete representaba los intereses del Hilton y por nuestro conducto se había organizado el financiamiento, con fondos cubanos, de la construcción del hotel, que costó 24 millones de dólares. Se hizo todo lo posible por estimular el tráfico turístico, aunque sólo fuera por propio interés, pero Castro afirmó a los trabajadores del hotel que, debido a las "agresiones" de los Estados Unidos, a Cuba no llegaban turistas norteamericanos. "Y estas agresiones tienen un solo propósito —vociferó—, estrangularnos económicamente, crear el desempleo y el hambre en nuestro país"[7]. Poco después de la nacionalización el gobierno realizó lo que hasta entonces le había vedado a los propietarios del hotel: reducir los salarios y despedir al personal excedente.

Durante muchos años los Estados Unidos habían sido el mejor cliente y el principal proveedor de Cuba. En 1957, por ejemplo, adquirieron el 58 por ciento de las exportaciones de Cuba, principalmente azúcar, y vendieron a Cuba el 71 por ciento de sus importaciones. El Convenio de Reciprocidad Comercial entre los dos países beneficiaba tanto a una parte como a la otra. El precio del azúcar cubano en el mercado norteamericano era considerablemente superior al mundial, pues la legislación azucarera de los Estados Unidos, basada en un sistema de cuotas de importación para ciertos productores de las áreas extracontinentales de los EE. UU., regulaba la competencia y manipulaba los precios para proteger a los cultivadores norteamericanos.

Se habían otorgado cuotas fijas de azúcar a Puerto Rico, Filipinas, Hawai y las Islas Vírgenes, asignándose a Cuba un porcentaje del consumo norteamericano no satisfecho por dichas cuotas. En julio de 1960 Cuba había sido autorizada para embarcar a los Estados Unidos 700,000 toneladas de azúcar durante el resto del año, con la posibilidad de que esta cifra se aumentara en otras 175 mil. Pero el 6 de julio de 1960, un año y medio después de que Castro tomara el poder, los Estados Unidos tomaron la prime-

[6] *Ibid*, p. 223.
[7] *Ibid*, p. 220.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ra represalia contra Cuba. Con la autorización del Congreso, aunque en contra de la recomendación del embajador Bonsal[8], el presidente Eisenhower cerró la puerta a estos embarques. La medida representaba una pérdida en ventas de azúcar cubano a los Estados Unidos del orden de unos 113 millones de dólares.

Hacía meses que Castro aguardaba esta medida y Guevara, por su parte, había desafiado a los Estados Unidos a que se atreviera a adoptarla: "Cuanto antes mejor", había dicho. Hasta entonces, todas las medidas dirigidas contra los intereses norteamericanos habían tratado de justificarse por razones defensivas, definiéndolas como una reacción frente a la "agresión" norteamericana. En julio de 1960, pese a que al principio Castro había calificado a la represalia como una "bendición" que convertiría a Cuba en "el amo incontestable del mercado azucarero mundial"[9], sus invectivas subieron de punto, hasta alcanzar un tono de histeria.

Tres días después de suprimirse la cuota azucarera cubana, Nikita Jruschov ofreció su ayuda a Castro para neutralizar los efectos de la sanción, añadiendo, para completar la cuenta, que los soviéticos le proporcionarían "apoyo balístico" en caso de que los Estados Unidos tratasen de intervenir en el país. El presidente Eisenhower reaccionó firmemente, advirtiendo a Jruschov que los Estados Unidos no tolerarían el establecimiento de un régimen dominado por el comunismo internacional en el hemisferio occidental. A pesar de la advertencia, comenzaron a llegar a los puertos de la isla ingentes cantidades de armas procedentes del bloque comunista. Se estima que entre el 1º de agosto y los últimos días de octubre, cuando Castro se jactó de que disponía de 250 mil milicianos equipados con armas del bloque soviético, llegaron a Cuba unas 22 mil toneladas de armamento.

A finales de 1959 y principios de 1960 el régimen de Castro, acicateado por la política apaciguadora de la Secretaría de Estado, había adoptado decisiones fundamentales y sus consecuencias se verían a finales de 1960. Entre el 5 de agosto y el 14 de octubre se promulgaron cinco decretos por los que se confiscaban todas las propiedades privadas importantes que quedaban, tanto cubanas como norteamericanas. Las medidas, que sonaban a actos de acu-

[8] Phillip W. Bonsal, "Cuba, Castro and the United States", *Foreign Affairs*, enero de 1967, p. 273.

[9] Phillips, p. 225.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

sación, afectaban a centenares de entidades, desde empresas de servicio público, bancos, centrales azucareros, ferrocarriles y plantas industriales de toda clase, hasta pequeñas salas cinematográficas.

Como esta ingente transformación comprendía muchas más propiedades cubanas que norteamericanas, no era fácil cargarla en la cuenta de la "agresión" estadounidense. Durante estas nueve semanas se terminó de destruir el sistema de libertad de empresa en Cuba. Los cinco decretos constituían el finiquito. Nuestro portentoso mercado libre, que generaba el orden derivado de millones de decisiones tomadas independientemente unas de otras en el ámbito financiero y mercantil, había sido sustituido por una sociedad monopolista de carácter no competitivo en la que el ejercicio de la libertad resultaba de todo punto imposible.

El dinámico espíritu de competencia, que había asegurado la marcha y el progreso de la economía, y que también había constituido un valioso elemento economizador, fue suprimido de un plumazo. Se iniciaba la era del colectivismo oligárquico. Las decisiones económicas serían adoptadas e impuestas por un puñado de burócratas arrogantes e ineptos, dominados por un picapleitos de treinta y cuatro años que jamás tuvo clientes y por un matasanos que nunca tuvo pacientes. Ninguno de nosotros abrigaba la menor duda de que en poco tiempo la urdimbre económica del país sería hecha jirones.

El 26 de septiembre Castro fue a Nueva York para pronunciar un discurso ante las Naciones Unidas. Los delegados de la organización mundial fueron invitados a escuchar una de sus interminables peroratas (en este caso duró cuatro horas), en el que ventiló su odio contra los Estados Unidos y afirmó su profundo respeto por la Unión Soviética y la ideología marxista-leninista. Se refirió al senador John F. Kennedy, que a la sazón era el candidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos, calificándolo de "millonario analfabeto ignorante"[10]. Nikita Jruschov se hallaba en Nueva York para participar en las sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas y fue a visitar al caudillo barbado, confundiéndose ambos en un estrecho abrazo, mientras los fotógrafos registraban testimonios de la idílica escena. Hasta la propia Secretaría de Estado se dio cuenta entonces de que Castro era, al menos, procomunista.

[10] *Ibid*, p. 254.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El proceso de destrucción del servicio exterior cubano y la gradual substitución de sus funcionarios de carrera por elementos ultrarradicales, espías y agitadores, arroja una esclarecedora luz sobre los métodos y tácticas de los castro-comunistas. En primer término, bajo el pretexto de depurar las responsabilidades de aquellos funcionarios "culpables de colaborar con la depuesta tiranía", se procedió a una expulsión en masa de los cuadros de las carreras diplomática, consular, comercial, cultural e informativa. Al mismo tiempo, a la par que se nombraban a algunos nacionalistas e izquierdistas, se dio ingreso a numerosos elementos marxistas y criptocomunistas. Ya a finales de 1959, el aparato secreto del Partido había emplazado un dispositivo de agitación, espionaje y subversión en la mayoría de los países de Europa occidental, bajo el mando inmediato de un agente adiestrado en Praga durante los años 50. Los dos objetivos principales de este grupo consistían en espiar las actividades de los elementos batistianos refugiados en España y Portugal, y coadyuvar en la organización de movimientos subversivos contra los gobiernos de Franco y Salazar.

El viraje total de la política exterior cubana, unido a la irrespirable atmósfera de suspicacia, odio y delación que invadía las embajadas, consulados y centros comerciales, determinó una ola de renuncias y deserciones a todo lo largo de los años 1960 y 1961: Teresa Casuso, en las Naciones Unidas; Leví Marrero, en la OEA; Julio Kourí, en Bruselas; Luis Baralt, en Ottawa; Andrés Vargas Gómez, en Ginebra; Eugenio Soler, en Nueva Delhi. Raúl Castro Ruz, hijo de un latifundista, atribuiría esta actitud al origen "burgués" de los dimitentes y, a fin de impedir que aquella situación volviese a repetirse en el futuro, abogó por la creación de un servicio exterior integrado por individuos "de extracción proletaria o campesina", es decir, por agentes formados en las estrictas disciplinas de la KGB.

En la práctica, los comunistas disponían de un campo libre para transformar al servicio exterior en un aparato mundial de espionaje y subversión. En un testimonio prestado por J. Edgar Hoover ante el Senado de Washington en 24 de junio de 1971, el jefe del FBI afirmó que *más de la mitad* del personal diplomático asignado a la Misión de Cuba ante las NN. UU. se compone de funcionarios del servicio de espionaje del gobierno de Castro, íntimamente comprometidos en las actividades de los movimientos estudiantiles disidentes de los EE. UU., y en los movimientos racis-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tas afroamericanos y de la Nueva Izquierda norteamericana".

Una de las mayores humillaciones sufridas por los Estados Unidos fue la confiscación de la gran planta de níquel de la Nicaro, en la región oriental de Cuba.

El níquel es el metal que presta al acero su dureza y resistencia al calor. Constituye el componente decisivo en la manufactura de planchas de blindaje, la forja de los cañones y la construcción de motores de aviación. Cuando el ataque a Pearl Harbor la producción de níquel tanto en los Estados Unidos como en la U.R.S.S. era insignificante. Durante la Segunda Guerra Mundial dicho metal escaseaba en ambos países; las reservas estratégicas de los Estados Unidos jamás abarcaron las necesidades de un período superior a dos meses. En 1960 el níquel era el producto cubano más codiciado tanto por los norteamericanos como por los soviéticos.

El proyecto de la Nicaro fue concebido dos meses después del ataque contra Pearl Harbor, cuando nuestra cliente, la Freeport Sulphur Company, elaboró un nuevo proceso químico para extraer níquel del mineral cubano de baja graduación, y las autoridades de Washington aprobaron el financiamiento. La construcción empezó en 1942, durante el primer gobierno de Batista, y la planta, con su maquinaria y equipo importados de los Estados Unidos, fue erigida en una apartada península, en los montes de la provincia de Oriente, mientras que los mortíferos submarinos nazis circundaban nuestra Isla.

Las instalaciones de la Nicaro costaron a los contribuyentes norteamericanos más de 100 millones de dólares. La planta llegó a elaborar poco más del 10 por ciento del níquel producido por el mundo libre. El éxito del proyecto representó uno de los grandes logros de la industria privada norteamericana en los años del último conflicto mundial. Nuestro bufete se hallaba vinculado al mismo desde los días anteriores a la etapa de planeamiento, cuando el gobierno de Washington nos consultó sobre el procedimiento más apropiado para adquirir los inmensos terrenos en que se alzaría la planta. Posteriormente dedicamos casi 40 mil horas de servicio al proyecto de la Nicaro.

El 24 de octubre de 1960 el régimen de Castro confiscó esta industria bélica de incalculable valor, propiedad del gobierno de los Estados Unidos, y la puso a disposición de la Unión Soviética. Hasta el día de hoy parece increíble que los Estados Unidos consin-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tieran este acto. No es necesario estar dotado de mucha imaginación para saber lo que habría ocurrido si la situación hubiera sido a la inversa, es decir, si, por ejemplo, una industria bélica de vital importancia construida por la Unión Soviética en una isleta del Mar Negro, a 90 millas de Odesa, hubiera sido expropiada y explotada en provecho de los Estados Unidos.

La Ley Constitucional de Reforma Urbana de 14 de octubre de 1960 poseía un carácter no menos confiscatorio que su equivalente agrario de mayo de 1959. Esta medida entrañó un terrible descalabro para la numerosa clase media del país. En Cuba la forma preferida y casi universal de inversión había estado siempre constituida por los bienes raíces, ya por medio de la construcción de edificios de apartamentos, en los que muchas veces los propietarios se reservaban para sí mismos una unidad de habitación, ya a través del préstamo de fondos para la construcción de casas con garantía hipotecaria.

La "Reforma" anuló *ipso facto* todos los arriendos e hipotecas, quedando los antiguos propietarios con el único derecho a percibir una modesta pensión del Estado. Los arrendatarios pasaron a ser "propietarios potenciales" de las casas ocupadas. En adelante, tanto ellos como los deudores hipotecarios se veían obligados a abonar el alquiler o interés al Estado. Si pagaban puntualmente, incluyendo el impuesto sobre la propiedad territorial (que era ahora responsabilidad de los usufructuarios), se convertirían en propietarios de sus viviendas tras un período de cinco a veinte años, de acuerdo con el año de construcción de la morada. Los costos de las reparaciones también habrían de ser abonados por el propietario "potencial". La ley no permitía la menor flexibilidad; cualquier morosidad en los pagos del alquiler entrañaba la pérdida de todos los derechos adquiridos.

En los primeros meses del régimen de Castro, centenares de miles de arrendatarios se habían mostrado morosos en el pago del alquiler, ya porque el casero no insistiera en el cobro, o bien porque los tribunales se negaran a desahuciarlos. La nueva ley exigía el pago de todos los atrasos: el Estado se había transformado en un casero insensible y despiadado. Miles de inquilinos se negaron a firmar las planillas oficiales que les habilitaban como propietarios potenciales, por estimar que el procedimiento entrañaba el despojo de un bien ajeno.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Comprensiblemente, la Ley de Reforma Urbana resultó una medida de todo punto impopular. Sumió en la más completa desesperación a millares de gentes que habían invertido los ahorros de su vida en una casa o en una hipoteca. Conocemos de incontables casos de gentes humildes, entre ellas nuestros criados y oficinistas, que habían invertido así cada centavo que pudieron ahorrar, y que, al proclamarse la ley, se vieron reducidos a cobrar una insignificante pensión del Estado.

El año 1960 no fue menos funesto para la abogacía cubana. Además del horror de los procesos ante los Tribunales Revolucionarios, se hizo necesario entablar muchas acciones legales contra el gobierno ante los tribunales ordinarios. Había que impugnar las bárbaras confiscaciones bajo la amenaza de ser acusado de actividades contrarrevolucionarias, lo cual constituía un delito sancionado con la pena de muerte.

Es principio de derecho que, para entablar en el campo internacional una demanda de restitución o compensación por pérdidas, hay que agotar primeramente los recursos jurídicos que ofrece la legislación del país. Como norma, la Secretaría de Estado no defiende la demanda de un ciudadano norteamericano a menos que pueda demostrar que carece de recursos nacionales a su disposición. Así, excepto en los casos en que la propia medida confiscatoria especificaba que no podía apelarse contra ella, las acciones contra el gobierno debían formularse mediante los procedimientos legales comunes hasta obtener una sentencia denegatoria firme del Tribunal Supremo de Justicia. Podía inferirse sin riesgo de equivocación que estas decisiones serían adversas, pues el poder judicial había sido "depurado", ¡no obstante, resultaban indispensables para establecer las bases de toda reclamación futura de carácter internacional en el período subsiguiente a la caída del régimen de Castro!

Imagino que pocos abogados habrán tenido la singular experiencia de tener que contrariar los deseos de sus clientes en retribuirles en demasía por sus servicios profesionales, pero ésto es lo que nos ocurrió en 1960. Deseosos de evitar que sus fondos fueran a parar a manos de Castro, en muchas ocasiones los clientes nos pedían que les pasáramos una cuenta cinco o diez veces más alta que lo normal. En una oportunidad se me pidió que cobrara 100 mil dólares por un servicio que sólo justificaba un cobro de 5 mil.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Señalamos que recibir honorarios que no pudieran justificarse diáfanamente se consideraría como un acto "contrarrevolucionario" cuando los agentes del gobierno examinaran las cuentas. Sin embargo, estas sugerencias caracterizaban la actitud de nuestros clientes, de quienes sólo habíamos recibido pruebas de consideración y respeto durante este difícil período.

El 20 de octubre de 1960 la Secretaría de Estado llamó al embajador Bonsal a Washington para una consulta y la colonia norteamericana en La Habana abrigó la esperanza de que sería un viaje sin regreso. Su política de componenda a todo trance con el régimen comunista, componenda que equivalía a apaciguamiento, era del dominio público. Y, sin embargo, durante su estancia en Cuba dispuso del sostén de los periodistas y comentaristas izquierdistas norteamericanos, con una estrafalaria excepción: ¡Herbert Matthews protestó en una oportunidad de que Bonsal sólo tenía en cuenta el punto de vista norteamericano, que la posición cubana le resultaba totalmente ajena! [11]

Con la partida de Bonsal, el ministro consejero Daniel M. Braddock quedó a cargo de la embajada. Braddock, cuya modesta traza y modales encubrían su firmeza de carácter, contaba con el respeto de todo el personal de la misión. No había ocultado su discrepancia con la política oficial de condescendencia que su embajador llevaba a cabo.

Ya en diciembre de 1959, durante un período de varios meses en que había asumido la jefatura interina de la misión, había informado a la Secretaría de que tanto él como los demás altos funcionarios de la embajada, mantenían unánimemente la opinión de que los Estados Unidos no podrían entenderse con Castro. Había indicado las razones que le llevaron a esta conclusión, añadiendo, por supuesto, que sus opiniones debían confrontarse con las del embajador, quien tal vez sostuviera un punto de vista diferente, como así era en efecto. Braddock era partidario de una política de firmeza, que obligara a Castro a cargar con la responsabilidad de la ruptura de relaciones, en caso de que ésta se produjera.

Los acontecimientos posteriores, por supuesto, confirmaron ese juicio. Dado que todos los esfuerzos de Washington por encontrar un terreno común de comprensión con el nuevo régimen habían

[11] Herbert L. Matthews, *The Cuban Story* (Nueva York: George Braziller, 1962), p. 72, 73.

Rescatado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

fracasado, Braddock consideraba que la continuación de una política de indulgencia por su parte debilitaría la confianza y voluntad de todas las fuerzas anticastristas cubanas y minaría el respeto de los demás países hispanoamericanos hacia los Estados Unidos. Nunca se había apartado de esta línea.

Nuestros amigos y clientes norteamericanos esperaban y deseaban que la retirada de Bonsal señalaría una modificación de la postura norteamericana con respecto a Castro. Nos estimulaba su fe en que su poderoso país no permitiría por mucho más tiempo que los usurpadores comunistas arruinaran a Cuba y a los inmigrantes estadounidenses que habían compartido su fortuna y su vida con nosotros. Esa esperanza nunca nos abandonó hasta después de la crisis de los cohetes de octubre de 1962, al cabo de casi tres años de despotismo marxista.

Como la campaña presidencial de 1960 era tan importante para el destino de Cuba, Carmen y yo hicimos un viaje a los Estados Unidos para observarla directamente. Algunas de las frases de John F. Kennedy durante 1960 nos habían causado verdadera preocupación. Sus viajes a La Habana en 1957 y 1958 habían sido visitas de "placer", inspiradas por motivos puramente sociales. Comparó la revolución de Castro con la norteamericana y a principios de 1960 el autor de *Profiles in Courage* había escrito en *The Strategy of Peace* que Castro era "parte del legado de Bolívar"[12]. Expresó la creencia de que, al no dar los Estados Unidos ayuda suficiente a Cuba, habían preparado el camino a la subversión comunista.

"Utilizamos la influencia de nuestro gobierno para defender los intereses y aumentar las ganancias de las compañías privadas norteamericanas, que dominaban la economía de la isla", dijo Kennedy en Cincinnati, durante su campaña presidencial, a principios de octubre[13]. Esto, por supuesto, eran puras pamplinas. Mis asociados y yo no conocemos de ningún caso en que recabara la influencia del gobierno de los Estados Unidos, o se utilizara aquella incorrectamente, para beneficiar los intereses de las compañías norteamericanas o aumentar sus ganancias. El hecho es que Cuba había disfrutado durante un largo período de un coqueto subsidio

[12] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 224.

[13] *Ibid*, p. 225.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

sobre sus ventas de azúcar en el mercado estadounidense y que el capital norteamericano había contribuido enormemente a elevar el nivel de vida del pueblo cubano. Estas afirmaciones de Kennedy nos asombraron. Nos rememoraban, curiosamente, los argumentos que Castro formulara para confiscar las propiedades norteamericanas.

No obstante, cuando el 19 de octubre Richard M. Nixon formuló una enérgica declaración anticastrista, afirmando que se habían elaborado varias medidas para "estirpar el cáncer de nuestro hemisferio", el senador Kennedy replicó violentamente al día siguiente. Calificó a la nueva política de Nixon "demasiado parca y demasiado tardía". Los republicanos, dijo, habían desconocido las reiteradas advertencias y habían presenciado impotentemente cómo los rusos establecían un nuevo satélite a sólo 90 millas de las costas norteamericanas. Describió la actuación republicana como "una increíble retahila de errores, inercia, retrocesos y fracasos", añadiendo: "Debemos esforzarnos por afianzar a las fuerzas democráticas antibatistianas y anticastristas en el exilio y en la propia Cuba, que ofrecen la eventual posibilidad de derribar a Castro. Hasta ahora, estos combatientes libertarios no han tenido virtualmente ningún apoyo de nuestro gobierno"[14].

Era un discurso firme y no teníamos ninguna razón para dudar de su veracidad. Observando los debates por televisión y analizando los distintos discursos, tanto Carmen como yo consideramos que, de los dos, Kennedy era más inflexible contra el comunismo y contra Castro que el vicepresidente. Por lo tanto, nos alegramos de que venciera.

No podíamos saber, y el electorado mucho menos, que ya se habían adoptado medidas enérgicas. Tal como lo expresaría Nixon en el *Reader's Digest* de noviembre de 1964[15], el gobierno de Eisenhower "había estado haciendo exactamente lo que Kennedy parecía propugnar: apoyar y adiestrar a los exilados cubanos para que pudieran liberar a Cuba del dominio comunista". Desgraciadamente para él, aunque desde hacía meses estaba al corriente de los proyectos del gobierno, el candidato republicano hubo de guardar silencio, porque "se trataba de un plan ultrasecreto de la CIA" del que sólo estaban enterados el presidente, él y otros dos miem-

[14] Theodore C. Sorensen, *Kennedy* (Nueva York: Harper & Row, 1965), p. 205.

[15] Richard M. Nixon, "Cuba, Castro and John F. Kennedy", *Reader's Digest*, noviembre de 1964, p. 288.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

bros del gabinete. Para "amparar la seguridad del proyecto" tuvo que permanecer mudo, lleno de frustración, y permitir que su adversario se presentara paladinamente como el adalid indiscutido de la ayuda norteamericana a las fuerzas de liberación cubanas.

Un año antes, las primeras navidades transcurridas bajo el régimen de Castro, se habían denominado "Navidades Revolucionarias". Santa Claus, que siempre había formado parte de la vida de los niños cubanos casi tanto como de la de los párvulos norteamericanos, había sido proscrito por "imperialista", pero, con excepción de los habitantes de la provincia de Oriente, el pueblo estaba alegre y festejó y bailó en las calles como en el pasado. Las organizaciones revolucionarias habían recogido donativos y se distribuyeron los acostumbrados paquetes de Navidad entre los pobres. En 1960 la situación había cambiado.

El adorno navideño más característico de Cuba era el Nacimiento, pero ahora raras veces se veía. No se bailaba en las calles, que estaban patrulladas por milicianos y soldados con metralletas checas. Había pocos alimentos en los mercados, sólo algunos pollos y pavos y unos cuantos cerdos. Se produjeron desórdenes porque la gente se disputaba las escasas existencias. No se veían las tradicionales peras, nueces, higos, dátiles y otros lujos navideños. Ante el hotel Habana Libre (ex Habana Hilton), ahora explotado por el gobierno, se erigió una enorme valla que representaban el nacimiento del Redentor en un bohío cubano. Los tres Reyes Magos se parecían a Castro, Guevara y Juan Almeida, un moreno, simplón e ignorante que había sido exaltado a la jefatura del Ejército[16]. Los regalos que llevaban eran la Reforma Agraria, la Reforma Urbana y el Año de la Educación.

Durante las festividades no faltó noche en que no estallaron bombas en La Habana y se produjeron varios actos de sabotaje. Hubo rumores de que los detenidos eran torturados mediante dispositivos eléctricos y otros métodos igualmente sádicos. Sin duda había en ello algo de exageración, pero daba una imagen de la

[16] El 6 de noviembre de 1948 el "comandante" Juan Almeida Bosque, alias "Caballo Blanco", en la esquina de Desamparados y Damas, en La Habana, en unión de su compinche Andrés Salgado, conocido por "Pito", asaltó a la norteamericana Helen Hayes, vecina de Fort Lauderdale, Fla., que se hallaba de visita en Cuba, a la que le arrebataron un bolso que contenía 166 dólares y otros objetos de valor. En el Juzgado de Instrucción de la Sección Segunda de La Habana, en causa radicada por asalto y robo, fue procesado con 10,000 pesos de fianza para gozar de libertad provisional.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

incertidumbre y el temor imperantes. Ni que decir tiene que las torturas y matanzas bajo el régimen de Castro superaron con mucho los horrores de toda época pretérita. Uno de mis amigos me refirió el caso de un muchacho al que había visto tumbado en un catre en el cuartel del G-2 de Miramar, con el rostro tan horriblemente desfigurado por los golpes que no se le podía reconocer. Un método ordinario de tortura mental consistía en notificar al detenido que iba a ser ejecutado sumariamente (como en mi propio caso), pero haciendo que el pelotón de fusilamiento utilizara cartuchos de salvas.

El día de Nochebuena, trescientos norteamericanos llegaron a Cuba bajo los auspicios del Comité pro Justo Trato en Favor de Cuba, encabezado por Carleton Beals. El Comité había recibido fondos del régimen de Castro para sus actividades organizativas. En el grupo había alrededor de un centenar de estudiantes universitarios llenos de entusiasmo y admiración. Dos días después llegó a Cuba el primer contingente de turistas soviéticos.

Mientras tanto, a medida que 1960 tocaba a su fin, se produjo una fuerte corriente de esperanza y expectación en La Habana, en gran parte debido al resultado de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos. La campaña oratoria de Kennedy contra Castro había sido un bálsamo para nuestros quebrantados espíritus. Cuando a fines de diciembre supe por una fuente totalmente fidedigna que los Estados Unidos estaban adiestrando clandestinamente a un contingente de emigrados cubanos, ésta fue la mejor noticia de todas.

El día de Año Nuevo de 1961 el régimen de Castro había preparado una inmensa concentración popular para celebrar el segundo aniversario de la revolución. Durante varios días habían estado llegando a La Habana delegados de Hispanoamérica y de todos los países comunistas a expensas del gobierno. Pero en Nochevieja, uno de los mayores almacenes de La Habana, La Epoca, fue saboteado y quemado hasta los cimientos. Simultáneamente se produjeron incendios en varios puntos de la ciudad, y mientras los bomberos luchaban en vano por dominarlos, estallaron bombas en otros sectores de la urbe. Los movimientos clandestinos anticastristas estaban obrando con suprema eficacia sin poner en peligro a la población. Algunos de sus miembros recorrieron en auto las avenidas céntricas de la capital a toda velocidad, distribuyendo propaganda anticastrista.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

New York Times.

NEW YORK, TUESDAY, JANUARY 10, 1961.

10 cents beyond 50-mile zone from New York City except on Long Island. Higher in air delivery cities.

KENNEDY TO MEET WITH EISENHOWER AGAIN ON JAN. 19

Second Session Will Include Leading Officials of the Two Administrations

By FELIX BELAIR Jr.
Special to The New York Times.

WASHINGTON, Jan. 9 — President Eisenhower arranged today for a second meeting with President-elect John F. Kennedy. It will take place Jan. 19, the day before the inauguration.

A private meeting between the President and his successor will be followed by an expanded conference with their ranking advisers on foreign, fiscal and military affairs.

The President met with Mr. Kennedy on Dec. 6. At that time the two conferred privately for more than two hours before going into a Cabinet room meeting with the outgoing Secretaries of State, Treasury and Defense.

This time, Mr. Kennedy will be accompanied by his nominee for Secretary of State, Dean Rusk, as well as the incoming Secretary of Defense, Robert S. McNamara, and Secretary of the Treasury, Douglas Dillon. Clark Clifford, who has represented Mr. Kennedy in transition arrangements, also will attend the session.

Aides to Be Present

Assisting President Eisenhower after his private talk with Mr. Kennedy will be Secretary of State Christian A. Herter, Secretary of Defense Thomas S. Gates Jr. and Secretary of the Treasury Robert B. Anderson.

With less than two weeks of his term remaining, President Eisenhower maintained a heavier schedule than usual today, most of it dealing with farewells and acceptance of resignations from top aides.

After a breakfast meeting

U. S. Helps Train an Anti-Castro Force At Secret Guatemalan Air-Ground Base

Clash With Cuba Feared — Installations Built With American Aid

By PAUL P. KENNEDY
Special to The New York Times.

RETALHULEU, Guatemala, Jan. 9—This area is the focal point of Guatemala's military preparations for what Guatemalans consider will be an almost inevitable clash with Cuba.

There is intensive daily air training here from a partly hidden airfield. In the Cordillera foothills a few miles back from the Pacific, commando-like forces are being drilled in guerrilla warfare tactics by foreign personnel, mostly from the United States.

The United States is assisting this effort not only in personnel but in matériel and the construction of ground and air facilities.

Guatemalan authorities from President Miguel Ydigoras Fuentes down insist that the military effort is designed to meet an assault, expected almost any day, from Cuba.

Opponents of the Ydigoras Administration have insisted that the preparations are for an offensive against the Cuban regime of Premier Fidel Castro and that they are being planned and directed, and to a great extent being paid for, by the United States.

The United States Embassy is maintaining complete silence on the subject. Guatemalan authorities will speak only guardedly about it.

One authority who has negotiated with the United States for assistance in the Retalhuleu land and air operations said that application for certain amounts of war materials over the amount already received had been turned down by the United States.

The reason, he said, was that Washington considered that the amount and type of materials applied for went beyond the needs of defensive operations.

This source showed concern

Continued on Page 11, Column 1



The New York Times Jan. 10, 1961

Guatemala is building her military strength at a U. S.-equipped base at Retalhuleu (1) in anticipation of an eventual clash with the Castro Government of Cuba (2).

KENNEDY PLEDGES RULE OF INTEGRITY

Offers a Strict Moral Code for Presidency in Talk to Legislature in Boston

The text of Kennedy's speech will be found on Page 20.

By W. H. LAWRENCE
Special to The New York Times.

BOSTON, Jan. 9—President-

4 Cuban Diplomats Ask Asylum in U. S. After Break in Ties

By E. W. KENWORTHY
Special to The New York Times.

WASHINGTON, Jan. 9—Four officers of Cuban consulates in this country have asked for asylum in the United States.

When the United States severed diplomatic relations with the Government of Premier Fidel Castro Jan. 3, Secretary of State Christian A. Herter requested that Cuba withdraw as soon as possible all personnel

LUMUMBA FORCES INVADE KATANGA

1,500 Troops Are Welcomed by Baluba—Leopoldville in Protest to U. N.

By PAUL HOFMANN
Special to The New York Times.

LEOPOLDVILLE, the Congo, Jan. 9—Troops of the Congolese National Army supporting Patrice Lumumba, the imprisoned former Premier, have penetrated

Facsímil de la primera plana de The New York Times *(10 de enero de 1961), en que se revelan algunos secretos de la proyectada invasión.*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

En medio de estas circunstancias Castro mostró por primera vez su fuerza militar en un desfile celebrado el 2 de enero de 1961, que duró desde las once de la mañana hasta el anochecer. Había tanques soviéticos pesados y medios, artillería de campaña propulsada por camiones, lanzacohetes y cañones antiaéreos y antitanques. Los soldados portaban ametralladoras, lanzacohetes y arrastraban morteros de fabricación soviética. Al anochecer Castro comenzó uno de sus más virulentos discursos. Exigió a la embajada norteamericana que en un plazo de 48 horas, redujera su personal a la cifra de ocho miembros. La acusó de tener trescientos funcionarios, de los cuales un 80 por ciento eran espías del FBI y de la CIA. En realidad, la embajada tenía por entonces unos 75 funcionarios norteamericanos y 200 empleados cubanos. Castro aseguró que la misión estadounidense era el centro de todas las actividades contrarrevolucionarias encaminadas a derrocar a su régimen.

"Vamos a eliminar a todos estos criminales", vociferó. Al hacer una pausa para respirar, los alabarderos incitaron a las "brigadas de indignaciones espontáneas" a vocear sus consignas, y el vulgacho obedeció las insensatas órdenes.

Así fue como los Estados Unidos se vieron obligados a romper sus relaciones diplomáticas con Cuba. La decisión fue anunciada en Washington a las 8 de la mañana del 3 de enero de 1961.

Durante enero *The New York Times* prestó otro servicio a la causa castrocomunista. Publicó un reportaje fechado en Guatemala en el cual se afirmaba que un contingente anticastrista estaba siendo adiestrado en un "campo de aviación parcialmente oculto al pie de la cordillera y a pocos kilómetros del Pacífico"[17]. Difícilmente en aquellos momentos habrían podido prestar a Castro un servicio mayor. Hacía varias semanas que el "Líder Máximo" había estado prediciendo una invasión y había montado cañones antiaéreos a lo largo del Malecón habanero, instalado cañones en las lomas cercanas a la ciudad y estacionado unidades militares en las playas y ensenadas. Pero, como nada ocurría, la fiebre de la invasión empezó a decaer. Ahora el *Times* le había dado precisamente lo que necesitaba.

Poco después el gobierno del Perú pidió a los Estados Unidos que asumiera la dirección de la lucha contra el comunismo. El primer

[17] Phillips, p. 295.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ministro peruano formuló la siguiente declaración: "Si los Estados Unidos no dan ahora un paso al frente, asumiendo una dirección dinámica para extirpar la incesante conspiración de la Unión Soviética y la China Roja en nuestras costas, Latinoamérica está perdida . . . al igual que los Estados Unidos"[18].

A medida que se acercaba el momento de la invasión de Playa Girón, el sabotaje subió de punto. Los almacenes del central Hershey y dos tiendas de la cadena Woolworth que habían sido confiscadas, fueron incendiadas. El 14 de abril, la mayor tienda por departamentos de Cuba, El Encanto, fue quemada hasta los cimientos. Por toda la isla, los pueblos y ciudades retumbaban con el eco de las explosiones al ser dinamitados los edificios y fábricas del gobierno. Nuevamente los cielos nocturnos reflejaron las llamas de los cañaverales incendiados, como símbolos de la creciente oposición a Castro y al comunismo.

¡Y la invasión se acercaba! No sabíamos exactamente cuándo o dónde se produciría, pero sería pronto y Cuba volvería a ser libre.

[18] *Ibid*, p. 312.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

12

Los arcanos del comunismo de Castro

A fines de 1960 el régimen de Castro había confiscado más de 25,000 millones de dólares en bienes privados cubanos y casi 1,000 millones de dólares en propiedades norteamericanas. En un período de dos años —menos de una tercera parte del lapso que necesitaron los bolcheviques para socializar a Rusia— había colectivizado la economía cubana.

La cuestión de las circunstancias y razones que condujeron a Castro a abrazar el comunismo sigue siendo un tema de interminables debates y contiendas entre los cubanos. Quizás el propio Castro sea incapaz de responder a la pregunta. Los diversos asertos del "Líder Máximo", que jamás se distinguió por la firmeza de sus convicciones, pueden utilizarse en abono de cualquiera de las dos tesis: 1) que ya era criptocomunista en los días anteriores al desembarco del *Granma*, o, 2) que se convirtió al comunismo meses después de su toma del poder en 1959.

En apoyo de ambas tesis pueden exponerse argumentos muy convincentes. Los que sostienen el criterio del "criptocomunismo" señalan la participación de Castro en el *bogotazo* desencadenado por los comunistas en 1948; el hecho de que a su hermano Raúl se le tuviera por marxista-leninista, y la circunstancia de que, entre 1955 y 1956, el jefe del "26 de Julio" se mancomunara con comunistas radicados en México, cuando el "Che" Guevara, otro marxista-leninista convicto y confeso, se uniera a la banda de conspiradores. Pero principalmente se atienen a la propia afirmación de Castro del 2 de diciembre de 1961, en que proclamó a los cuatro vientos que, durante sus días en la Sierra Maestra, había disimulado ante el hecho de que era marxista-leninista.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

En aquel discurso afirmó que en sus días universitarios había tenido sus primeros contactos con el Manifiesto Comunista y con las obras de Marx, Engels y Lenin; que siempre había estado convencido de que entre el capitalismo y el comunismo no puede existir la menor componenda, y que siempre había sido marxista-leninista y seguiría siéndolo hasta el último día de su vida[1].

La segunda tesis —aquella que sostiene que al tomarse el poder, el 1º de enero de 1959, Castro no era aún un comunista convicto y confeso— es la posición adoptada por la CIA[2]. En apoyo de la misma pueden abonarse sólidos argumentos. Sus compañeros de universidad en 1948 no le consideraban comunista. Durante su prisión en la Isla de Pinos, en 1953 — 1955, tampoco se le tenía por tal. En este período corrigió el texto definitivo de su alegato "La Historia me absolverá", que había pronunciado en 1953, durante la celebración de la causa que se le celebró a consecuencia del asalto al Cuartel Moncada de Santiago de Cuba. En aquel folleto demandaba la observación de las normas de la Constitución de 1940 y el establecimiento de un gobierno "de elección popular". El escrito no contenía referencia alguna a la propiedad estatal de los medios de producción, salvo una leve alusión a la "nacionalización" de las compañías de teléfonos y electricidad, ambas de propiedad norteamericana.

Cuando por primera vez se le echó en cara su condición de comunista, Castro replicó con gran virulencia, afirmando que se trataba de una conjura urdida por Batista y la embajada americana. Destacó las vinculaciones de Batista con los comunistas criollos, agrupados bajo las banderas del Partido Socialista Popular, señalando el apoyo que éstos le habían prestado en las elecciones presidenciales de 1940. En efecto, el PSP había criticado el asalto de Castro contra el Cuartel Moncada en 1953, calificándolo de "putschismo" y, por consiguiente, de "burgués", agregando que, aunque heroico, el acto era equivocado e inútil desde el punto de vista doctrinal. Años después, comentando la abortada huelga general de abril de 1958, el PSP culpó de su fracaso al "llamamiento unilateral" formulado por Castro "sin contar con el resto de la oposición" contra Batista.

[1] Diario *Noticias de Hoy*, La Habana, 2 de diciembre de 1961.

[2] El 5 de noviembre de 1959, más de diez meses después de que Castro llegara al poder, el general C. P. Cabell, subdirector de la CIA, testificó ante la Subcomisión Senatorial de Seguridad Interna que la CIA no creía que Castro fuera miembro del partido comunista.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El "Manifiesto de la Sierra Maestra", emitido por Castro el 12 de julio de 1957, redactado y firmado por él y por dos miembros de los sectores moderados, declaraba que los rebeldes luchaban por el establecimiento de un régimen que garantizara la celebración de elecciones "verdaderamente libres, democráticas e imparciales", y que creara las condiciones propicias para "conducir al país por la vía de la legalidad democrática y constitucional". El gran ideal de los rebeldes —afirmaba— era el de "una Cuba libre, democrática y justa". La publicación de dicho programa no fue prohibida por Batista. Apareció en *Bohemia*, la revista más popular de Cuba. Es más, las declaraciones públicas formuladas por Castro entre 1956 y 1958 parecían cada vez más moderadas. Casi siempre citaba en su apoyo la Constitución de 1940. En una ocasión pidió el reconocimiento de los derechos de la "libre empresa y el capital invertido". Incluso la primera ley de reforma agraria (Ley número 3 de la Sierra Maestra, fechada el 10 de octubre de 1958), que Castro firmó con tres de sus compañeros, a uno de los cuales haría ejecutar en 1961, no mencionaba las "cooperativas" ni las "granjas del pueblo".

Los que afirman que Castro aún no había abrazado la causa del comunismo cuando se adueñó del poder, también señalan las declaraciones públicas anticomunistas que formuló durante los primeros meses de su régimen. Los norteamericanos escucharon muchas de estas declaraciones, cuando en 1959 visitó los Estados Unidos por invitación de la Sociedad de Directores de Periódicos de Norteamérica. El 15 de abril, antes de dirigirse a los directores de diarios, pasó la mañana con algunos miembros de las comisiones de Relaciones Exteriores del Senado y de la Cámara. Aunque fue una reunión de carácter privado, los legisladores presentes informaron que Castro había expresado su oposición al comunismo. La mayoría de los que le oyeron quedaron favorablemente impresionados. Una excepción fue el senador George Smathers, de la Florida, quien poco después predijo que en la zona del Caribe se estaban incubando graves perturbaciones.

Cuando Castro se presentó ante los mil quinientos directores, dio nuevamente la impresión de que era un "liberal" moderado que anhelaba dar al pueblo de Cuba un buen gobierno, ser un buen vecino y respetar los acuerdos internacionales. Al terminar su perorata, recibió una calurosa ovación. El domingo siguiente, en el programa de televisión *Meet the Press*, aseguró a los norteamerica-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

nos: "No estoy de acuerdo con el comunismo". Un día después se apersonó en el almuerzo del Círculo Nacional de Periodistas y nuevamente denunció el comunismo. Hablando de Jruschov, afirmo: "Cualquiera que sea la índole de la dictadura —ya sea clasista, militarista u oligárquica— nos oponemos a ella. Por eso estamos en contra del comunismo".

Por espacio de algunas semanas, continuó expresándose en ese sentido. "El comunismo mata al hombre al privarle de su libertad", dijo el 28 de abril; un mes después se refirió nuevamente al comunismo, aseverando que es un sistema que anula las libertades públicas y sacrifica al hombre. Incluso acusó a los comunistas cubanos de hallarse confabulados con los contrarrevolucionarios[3]. Es poco menos que imposible concebir la imagen de un auténtico comunista que formule afirmaciones públicas de ese jaez. En cambio, es lógico imaginar que un izquierdista no comunista hubiera procurado y aceptado el respaldo de los comunistas en la lucha contra el gobierno derechista de Batista. Sin embargo, el propio Castro ha contribuido a enturbiar aún más las aguas: en una entrevista que celebró con el periodista norteamericano Barnard L. Collier (ver el *Miami Herald* del 23 de agosto de 1964), el "Líder Máximo" afirmó que, en 1955, al abandonar la prisión de Isla de Pinos, estableció contactos con los comunistas, y que, antes de salir de Tuxpan con rumbo a Cuba, los comunistas "se habían comprometido" a colaborar con su movimiento, promesa que, según él, cumplieron después del desembarco . . .

La versión que ha dado el propio Castro[4] acerca de su "conversión", nos asegura que siempre se había mostrado "predispuesto" hacia el marxismo, pero que su conversión formal no se produjo sino a mediados de 1960, cuando ya llevaba un año y medio en el poder. Había ingresado en la Universidad de La Habana con concepciones influidas por el ambiente que se respiraba en el hogar de su padre, que era un terrateniente, y por sus años de formación en las aulas de los jesuitas. Comenzó entonces a familiarizarse con la literatura marxista, aunque, si bien desarrolló ideas radicales progresistas, no se afilió al movimiento comunista. Se tenía a sí mismo por un agitador, un revolucionario que podía lograr ciertas

[3] Theodore Draper, *Castroism: Theory and Practice* (Nueva York: Frederick Praeger, 1965), p. 17.

[4] Herbert Matthews, *Return to Cuba* (Universidad de Stanford: Instituto de Estudios Hispanoamericanos y Lusobrasileños, 1964).

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

reformas dentro del marco del sistema democrático, y mientras permaneció en la Sierra seguía enfocando la problemática nacional en términos "utópicos". El imperativo de los acontecimientos subsiguientes, insiste, le obligó a elegir el marxismo. Cuando llegó al poder, sus ideas radicales dividieron al país en dos vertientes: una derechista y otra izquierdista. Afirma que los comunistas le parecían individuos honrados, idóneos y leales y que, por otra parte, tenía necesidad de su apoyo. Por eso, según su propia versión, en 1960 se convirtió al marxismo-leninismo.

Lo que ya podemos afirmar sin lugar a dudas es lo siguiente: en 1953 el Partido Socialista Popular no aprobó la aventura de Castro en el Moncada. No aprobó la "invasión" de 1956, realizada a bordo de un yate comprado con fondos proporcionados por el ex-presidente Prío Socarrás. Tampoco aprobó su llamamiento unilateral a la huelga general del 9 de abril de 1958, pero en febrero de 1958 ordenó a varios jóvenes comunistas que se incorporaran a las fuerzas de Castro en la Sierra Maestra. En julio, cinco meses después, el dirigente comunista Carlos Rafael Rodríguez se trasladó a las montañas a ofrecer el apoyo del Partido. Probablemente en esta etapa se produjo una alianza, acaso una unión, de ambas agrupaciones subversivas.

Mantengo el criterio de que Castro, a quien desde sus años universitarios se le tenía por un elemento radical, un "caballero del gatillo alegre" animado de violentos sentimientos antiyanquis, mostraba una inconfundible "predisposición" hacia el comunismo mucho antes de que se apoderara del poder, hecho que él mismo admite. Creo que los "imperativos" que finalmente le condujeron a abrazar oficialmente la causa del comunismo, residían, ante todo, en su propio carácter, definido ya en 1948, cuando participó en la revuelta de Colombia. Un agente de la policía cubana, que examinó su equipaje cuando salió para Bogotá en esa ocasión, le aseguró a mi socio que la única prueba que faltaba de la afiliación de Castro al movimiento comunista era el carnet del Partido. Entre sus efectos había una considerable cantidad de literatura antiyanqui y procomunista.

Once años después, carente de un juicio equilibrado, desprovisto de experiencia administrativa y económica, dominado por una egolatría descomunal combinada con una extraordinaria capacidad torticial para influir sobre las masas, la pequeña Cuba debió parecerle un escenario demasiado modesto. Sus delirios megaloma-

Rescatado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

níacos lo llevaron a representarse como el caudillo mesiánico de una revolución que estremecería los cuatro rincones de la América Hispánica.

A fines de 1959 hacía casi un año que Batista había abandonado el país sin que se hubiese dejado de adoptar ninguna de las medidas concebibles contra él y sus partidarios. Para promover una revolución que abarcara a varias naciones, era menester poder contar con un enemigo cuya fuerza y prestigio lo hiciesen digno de este nombre, y el más lógico, en la mente de Castro, era el "Coloso del Norte". Para gran sorpresa de su parte, comprobó que los Estados Unidos estaban lejos de ser un adversario formidable, y el alba de cada nuevo día le aportaba una prueba suplementaria de que, políticamente al menos, el Goliat americano era un gigante pazguato, aturdido y vacilante.

Si tal fue su composición de lugar, el patético afán de la Secretaría de Estado de lograr una componenda a todo trance y la humilde morigeración del embajador Bonsal debieron fascinarle y estimularle. En estos primeros meses de gobierno, cuando Castro se hallaba tanteando el camino y avanzando cautelosamente, la diplomacia norteamericana aceptó confiadamente y de buen grado sus afirmaciones de que sus métodos eran evolutivos, no revolucionarios. Una vez consolidado su dominio y confirmada su aptitud de manipular a las masas, podía contemplarse a sí mismo en el papel de jefe supremo de una histórica revolución continental, unificada contra los Estados Unidos como el enemigo común de todos, y sólo había un lugar adonde recurrir en procura de apoyo: la Unión Soviética, el enemigo implacable del "imperialismo yanqui". En mi opinión, esta perspectiva y el proceso que le insufló vida hubieran podido ser previstos por los que conocían la índole de su personalidad y sus desmesuradas ambiciones.

La primera arremetida frontal de Castro contra los Estados Unidos se produjo el 26 de octubre de 1959, en un discurso que pronunció ante un inmenso público. El acontecimiento fue cuidadosamente escenificado para sacarle el mayor partido propagandístico. Estoy convencido de que, en alguna fecha anterior, Moscú le había autorizado a emprender esta ofensiva. No cabe duda de que no habría cortado el cordón umbilical de Cuba con su gran vecino sin antes haber realizado negociaciones y compromisos con la Unión Soviética.

Las críticas formuladas contra la CIA por no haber identificado

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

a Castro como agente comunista en los días anteriores a su toma del poder, proceden, por supuesto, de aquellos que se hallan convencidos de que ya por entonces era comunista. En este grupo figuran la mayoría de los exiliados cubanos y muchos norteamericanos eminentes.

La figura de Castro careció de mayor interés para los agentes de la CIA hasta que en diciembre de 1956 regresó a Cuba y se internó en las montañas; en realidad, la CIA no le tomó muy en cuenta hasta después de aparecer los artículos de Matthews en *The New York Times*. Sus agentes comenzaron entonces a investigar sus antecedentes por medio de entrevistas con las jerarquías eclesiásticas de Santiago y La Habana, e indagando datos de los padres jesuitas que habían sido maestros de Fidel en los colegios católicos de Dolores y Belén, así como con sus condiscípulos de la promoción universitaria de 1948. Naturalmente, la CIA infiltró sus agentes en las células del Movimiento 26 de Julio.

Desgraciadamente, según se desprende del análisis de los acontecimientos posteriores, los agentes de la CIA que tuvieron a su cargo el peso de la labor investigadora eran "liberales" dogmáticos. Casi de modo instintivo se sintieron apasionadamente antibatistianos y, por lo tanto, aunque resultara bastante ilógico, decididamente procastristas. Lamento muchísimo tener que decir esto, pues algunos de ellos eran amigos personales míos, mucho más próximos a Carmen y a mí que el embajador Earl E. T. Smith y su esposa. No pongo en duda las intenciones de estos hombres, pero su ideología trastornó seriamente los resultados de su labor. Comentando el fenómeno del "liberalismo" contemporáneo, el Dr. James Burnham, en su excelente libro *Suicide of the West*, tituló uno de los capítulos "*Pas d'Ennemi á Gauche*". Para los "liberales" de manga ancha el enemigo preferido, cuando se puede elegir, se sitúa obligadamente a la derecha.

Animados de las más patrióticas intenciones, los idóneos agentes de la CIA acopiaron ávidamente un gran cúmulo de informes que indicaban que, en sus años de adolescente, Castro había sido un buen católico, iba a la iglesia y se confesaba con regularidad. Incluso hubo una época en que fue monaguillo. Conocieron a algunos miembros de la jerarquía eclesiástica que ridiculizaban los tiquismiquis de los "gringos" ante la posibilidad de que Castro fuera comunista o, al menos un individuo simpatizante del comunismo. Afirmaban que Batista era el principal responsable de los

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

excesos policíacos en la lucha contra los terroristas y daban fe a las más graves acusaciones que se formulaban en su contra.

En Santiago de Cuba, los agentes norteamericanos hablaron largo y tendido con Vilma Espín, que acababa de bajar de la Sierra, donde había colaborado con los rebeldes. Vilma era una hermosa chica que había estudiado en el Instituto de Tecnología de Massachusetts y que, andando el tiempo, se casaría con Raúl Castro. Expresándose en un inglés impecable, abogó convincentemente por la simpatía de los norteamericanos. Por haber vivido en los Estados Unidos, dijo, sabía de la libertad de que disfrutaban los norteamericanos, y Fidel y Raúl Castro sólo anhelaban para los cubanos los mismos derechos que tenían los norteamericanos. Negó vehementemente que tanto Fidel como Raúl o el "Che" Guevara fueran comunistas. Los agentes de la CIA quedaron impresionados. ¡Y, sin embargo, un ex-director ejecutivo de la CIA ha escrito que Vilma Espín ya pertenecía al movimiento comunista en sus días de estudiante en los Estados Unidos![5].

Cuando el Dr. Manuel Urrutia, que más tarde llegaría a ser el presidente-títere de Castro, solicitó un visado de entrada en los Estados Unidos, aseguró al pequeño grupo procastrista de la embajada norteamericana que el movimiento de Castro era anticomunista, quedando los diplomáticos igualmente bien impresionados. Cuando los agentes de la CIA investigaron los antecedentes de Ernesto "Che" Guevara en Rosario, Argentina, de donde era oriundo, su padre se expresó de él afirmando que era un soñador, un idealista que había combatido a Perón y había participado en actividades anti-dictadura en Colombia y Guatemala, pero aseguró que no era comunista.

Earl Smith no compartía los puntos de vista de los agentes de la CIA radicados en Cuba durante los años de 1957 y 1958, y, por consiguiente, entró en abiertas pugnas, a veces violentas, tanto con ellos como con otros miembros procastristas de su séquito. Earl llegó a recomendar que se sustituyera a los agentes de la CIA. En una comunicación ultraconfidencial dirigida a Allen Dulles, director de la CIA, le instó a que infiltrara a un agente en las partidas castristas de la Sierra Maestra[6].

[5] Lyman B. Kirkpatrick, Jr., *The Real CIA* (Nueva York: The Macmillan Company, 1967), p. 169.

[6] Earl E. T. Smith, *The Fourth Floor* (Nueva York: Random House, 1962), p. 35.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

La formación y experiencia de un abogado le enseñan a reservar su juicio acerca de un individuo u organización hasta tanto no haya visto las dos caras de la moneda. La CIA jamás se defiende de las acusaciones que se formulan contra ella y, por consiguiente, nunca me he sentido inclinado a condenarla a este respecto. Pero no cabe duda de que debe censurársele por haber enviado a las montañas a un agente disfrazado de periodista. Este individuo permaneció con la banda de insurgentes durante dos o tres semanas y, al volver a Washington, informó que Castro era un egomaníaco, un sujeto afecto de inestabilidad emocional, pero que no era comunista. Después de haberse anotado tamaños éxitos con Matthews, era lógico que Castro tratara de causar la mejor impresión posible en presencia de otros periodistas norteamericanos. Después del triunfo afirmó que a veces se preguntaba si algunos de ellos no serían espías. Por aquellos días mi socio y yo manteníamos estrechos contactos con la CIA. Si me hubieran consultado, podría haberles sugerido los nombres de varios jóvenes cubanos que hubieran podido llevar a cabo esta importantísima misión, permaneciendo con los rebeldes el tiempo que hubiera sido necesario, tal como Smith lo reclamaba. Otras gentes en La Habana podían haber hecho lo mismo.

Hubo funcionarios de la CIA, entre ellos el jefe de la Oficina de Asuntos Centroamericanos, que compartían las aprensiones del embajador Smith[7]. La CIA estaba percatada de la presencia de agentes comunistas en el grupo de Castro. Conocía la participación de Castro en el bogotazo de 1948. Sabía que era un radical, un terrorista y un sujeto devorado por una aversión morbosa contra los Estados Unidos. Sin embargo, prefirió resaltar el hecho de que, en su opinión, no era un comunista convicto y confeso. El 5 de noviembre de 1959, trescientos nueve días después de que Castro llegara al poder, un subdirector de la CIA testificó: "Creemos que Castro no es miembro del partido comunista y que no se tiene por comunista"[8]. En cambio, desde 1948 el FBI había advertido repetidas veces a la Secretaría de Estado acerca de las vinculaciones de Castro con el movimiento comunista.

Mirando hacia atrás, los hechos históricos deben mostrar que los instintos conservadores del embajador Smith le orientaron correctamente al evaluar el peligro castrista. En sustancia, dejando aparte

[7] *Ibid*, p. 34.
[8] *Ibid*, p. 35.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

la semántica y las excusas, Smith tenía razón; los "liberales" que le rodeaban estaban errados.

En las postrimerías de 1958, el director de la CIA, Allen Dulles, le aseguró finalmente al presidente Eisenhower (como he señalado más arriba) que "comunistas y ultrarradicales" parecían haber infiltrado el movimiento castrista[9]. "Si Castro llega a ocupar el poder —dijo— es probable que participen en el gobierno". Al mismo tiempo, uno de los consejeros del presidente, posiblemente William D. Pawley, instó a Eisenhower a efectuar un viraje total de la política norteamericana, apoyando a Batista, quien, pese a sus defectos, representaba el mal menor. El presidente se enojó al recibir con tanto retraso el nuevo informe de la CIA, rechazando la recomendación[10].

Tuviera o no razón la CIA en su creencia de que Castro no era comunista cuando llegó al poder, la cuestión me parece totalmente fuera de lugar. La CIA y la Secretaría de Estado estaban enteradas del radicalismo de Castro, de su antiyanquismo y de sus tendencias comunistas desde el año 1948, fecha en que, a los veintiún años de edad, comenzó a agitar contra el "imperialismo yanqui" en Colombia. Sabían que durante sus años de estudiante había sido miembro de una organización terrorista y que había sido detenido en relación con uno o más asesinatos políticos. No hacía falta tener la perspicacia de un lince, como decía sarcásticamente Bonsal con respecto a los que tuvieron la presciencia de advertir el peligro castrista. *Era insensato desbrozar el camino de Castro, elevándolo así deliberadamente al poder.* Había otras alternativas, independientes incluso del apoyo a Batista. La doctrina "liberal" se aferra a la convicción de que "la izquierda democrática no comunista" ofrece la única solución para los "males políticos" de Hispanoamérica. Los gobernantes de Washington prefirieron correr el riesgo de cambalachear a Batista, el presidente conservador y proyanqui, e incluso a los políticos conservadores antibatistianos, por Fidel Castro Ruz, el cabecilla radical y antiyanqui.

Tuve el triste privilegio de ahondar en el pensamiento de uno de los más expertos estrategas del triunfo de los comunistas en Cuba

[9] Dwight D. Eisenhower, *The White House Years: Waging Peace – 1956-1961* (Nueva York: Doubleday & Co., Inc., 1965), p. 521.

[10] *Ibid*, p. 521.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

una madrugada de los comienzos de 1960. Creo que lo que me manifestó en aquella ocasión ofrece una explicación de la alianza de Castro con los comunistas.

Aquella madrugada tuve una entrevista con Ernesto "Che" Guevara. Después de Castro, era el hombre más poderoso de Cuba, y yo me había devanado la mente tratando de encontrar una excusa para verle. En la última etapa del régimen de Batista, Lewis Lapham, presidente de la Grace Line, me había pedido que indagara la posibilidad de que La Habana sirviera de puerto de parada para los nuevos buques de la compañía, que pronto entrarían en servicio. El problema consistía en que los estibadores de La Habana figuraban entre los trabajadores portuarios mejor pagados del mundo. Mediante su poderoso sindicato, habían conseguido elevar los salarios y ampliar los roles laborales hasta tal punto que los costes de mano de obra de aquel puerto resultaban prohibitivos.

Nuevas prácticas laborales —especialmente en relación con el embarque y la descarga a granel— eran esenciales para atraer a los barcos extranjeros. A Batista le gustó el proyecto, pero era reacio a presionar a los trabajadores portuarios a que hicieran las concesiones necesarias y, por lo tanto, no se aceptó. Por aquellos días me asaltó la idea de que podía presentar el mismo proyecto a Guevara, quien desde noviembre de 1959 ocupaba la presidencia del Banco Nacional de Cuba. Naturalmente, el propósito anunciado de mi entrevista era un subterfugio. Sabía que no aprobaría un proyecto semejante y, por consiguiente, ni siquiera me tomé el trabajo de consultar con los de la Grace para asegurarme de que aún estaban interesados en el mismo. Lo que en realidad quería era una oportunidad de sondear las opiniones políticas de Guevara.

Debido a su importantísimo papel en la problemática cubana, creo oportuno incluir unas palabras sobre el pasado de Guevara. Por entonces tenía treinta y dos años y había nacido el 14 de junio de 1928 en Rosario, la segunda ciudad argentina. Era el mayor de los cinco hijos de un ingeniero civil de posición acomodada. En 1953 se doctoró en Medicina por la Universidad de Buenos Aires. La CIA, al investigar su pasado, supo que había participado en luchas callejeras contra el régimen de Perón. Tras abandonar la Argentina, tomó parte en actividades anti-dictadura en Colombia y Guatemala; en este último país desempeñó un cargo de menor importancia en el instituto de reforma agraria del gobierno comunizante de Jacobo Arbenz Guzmán, posteriormente derrocado por

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

el levantamiento inspirado por la CIA en 1954.

Mientras residió en Guatemala vivió en concubinato con una linda peruana llamada Hilda Gadea, que se hallaba exiliada en ese país a causa de sus actividades izquierdistas. Volvió a reunirse con ella en México, donde se casaron en 1955. Hilda le presentó a los hermanos Castro, que hacía poco habían llegado a la capital mexicana. Raúl fue padrino de la boda. Pronto se les unieron otros sobrevivientes del Moncada, algunos exilados y Alberto Bayo, un ex oficial del Ejército español que había combatido del lado del Frente Popular, durante la Guerra Civil Española. Bayo, que había llegado a ser capitán de Aviación Militar republicana, había dirigido la frustrada expedición a Mallorca, cuyo fracaso se debió no sólo a la competencia de los jefes nacionalistas, sino a los errores que cometió en el desarrollo de las operaciones. Posteriormente, de vuelta en la Península, sus hombres realizaron una serie de acciones de guerrilla contra las fuerzas nacionalistas que se concentraban en la región del Tajo para marchár sobre Madrid.

Se le atribuye a Bayo, el haberles enseñado a Guevara y a los Castro los rudimentos de la guerra de guerrillas, un arte en el que el revolucionario argentinó llegó a ser un experto. El grupo alquiló una casa en la Ciudad de México y un rancho en el campo, donde Bayo dirigía un centro de adiestramiento para los reclutas encabezados por Castro. La policía mexicana, a instancias de la embajada de Cuba, tendió una redada de los miembros del grupo, los mantuvo detenidos durante un mes y luego los puso a todos en libertad. A finales de 1956 la policía se disponía a aprehenderlos de nuevo cuando salieron para "invadir" a Cuba en el viejo y resquebrajado *Granma*. Bayo, que murió en Cuba en 1967, consideraba a Guevara como el mejor de todos sus "educandos".

En Cuba, Guevara no tardó en instituirse como el principal estratega de las fuerzas rebeldes. Poseía la aptitud de formular planes pormenorizados, distintamente de Castro, que carecía de paciencia para elaborarlos. Cuando aquél divagaba en sus fatuas teorías, era Guevara quien razonaba enérgicamente en favor de su bien planeada estrategia. Durante este período escribió un análisis de las tácticas guerrilleras que fue publicado en 1959 y distribuido por todo el mundo.

Durante agosto y septiembre de 1958 Guevara marchó al frente de su columna, compuesta por unos trecientos hombres, roñosos, hambrientos y descalzos, a la provincia central de Las Villas. El 1º

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de enero de 1959, tras de conocerse la huida de Batista, Santa Clara, la capital de provincia provista de la mayor plaza fuerte de la región central de Cuba, se rindió a las fuerzas de Guevara. La caída de Santa Clara constituyó la única victoria militar de importancia obtenida por los castristas durante la insurrección. Catorce días antes, la Secretaría de Estado de Washington le había significado a Batista que abandonara Cuba, y su huida sorprendió a los rebeldes, que no habían tomado providencias para la toma del poder.

Hilda Gadea había seguido a Guevara a Cuba con su hija, pero perdió a su marido en aras de la revolución; el matrimonio se disolvió. A ella se le dio un trabajo en Prensa Latina, la nueva agencia de noticias de Castro, que empezó sus operaciones en mayo de 1959. La segunda esposa de Guevara, Aleida March, que había sido maestra de escuela, trabajaba como su secretaria. Hoy en día permanece en Cuba con sus hijos, viviendo de una pensión del gobierno.

Según el manual de Guevara sobre la guerra de guerrillas, la instrucción política es la parte más importante de la formación de los nuevos reclutas. No debe, pues, sorprendernos que la primera influencia comunista organizada que apareció en Cuba en 1959 fuera en el ejército rebelde y en las milicias creadas por Guevara. Se le nombró jefe del Departamento de Instrucción del Ministerio de las Fuerzas Armadas y pronto los comunistas empezaron a dar conferencias en los cuarteles del ejército. Fue este tipo de catequización marxista, en el que veían una señal indudable de la inminente dominación comunista, lo que los comandantes Díaz Lanz y Húber Matos se negaron a aceptar y trataron inútilmente de detener.

En 1960, las gentes bien informadas de Cuba conocían gran parte de lo que he relatado aquí. Todo el mundo tenía a Guevara por un comunista. De hecho, cuando fue nombrado presidente del Banco Nacional de Cuba, no tardó en circular una anécdota política según la cual, durante una sesión del Consejo de Ministros, Castro preguntó: "¿Quién de ustedes es economista?" Guevara alzó el brazo. "Muy bien —dijo Castro. Tú serás presidente del Banco Nacional". Después de la reunión Guevara preguntó a Castro por qué le había dado el cargo. "¿No has dicho que eres economista?", preguntó Castro. "¡Oh! —dijo Guevara. ¡Pensaba que habías dicho *comunista!*"

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Ernesto ("Che") Guevara y de la Serna

Guevara no era economista, pero Castro confiaba en él y así pasó a ser el principal hacendista del régimen. Todas sus medidas oficiales eran ultrarradicales. En junio de 1959 hizo un extenso viaje por Italia, Yugoslavia, el Cercano Oriente, la India, Indonesia y el Japón, y a su vuelta fue nombrado director del Departamento de Industrialización del Instituto Nacional de la Reforma Agraria. Con el tiempo, las decisiones económicas pasaron a ser de la incumbencia de la Junta Central de Planificación, de la cual era Guevara el miembro más influyente. También fue el principal artífice de los diversos acuerdos comerciales con la Unión Soviética y los países satélites de ésta.

Por consiguiente, con no poco interés recibí la noticia de que Guevara se había dignado concederme una entrevista. Poseía una inmensa capacidad de trabajo; su horario normal comenzaba a eso de las tres de la tarde y terminaba a las seis de la madrugada y, por lo tanto no me sorprendió que fijara mi cita a altas horas de la noche. Había hablado brevemente con él en otras ocasiones, pero nunca a solas. Sin embargo, me hallaba bien aprestado para celebrar la reunión por el hecho de que anteriormente había tenido tratos con algunos dirigentes comunistas cubanos, especialmente durante el período de 1946 — 1947, fechas en que ocupaban escaños congresionales y dominaban el movimiento laboral del país. Me habían parecido hombres de innegable entereza en los manejos financieros, sumamente inteligentes y fanáticamente adictos a sus creencias marxistas. Me daba perfecta cuenta de que sería inútil adoptar una postura condescendiente con un personaje de la talla intelectual de Guevara y que todo intento de fingir una actitud de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

simpatía hacia la revolución sólo provocaría ridículo y desprecio.

El aspecto de Guevara era fascinante. Sus ojos castaños, vivaces y alertos, y su largo bigote, rodeados por una barba ensortijada y unas melenas abundantes y rizadas, daban un aspecto asiático a sus facciones y le hacían parecer mucho mayor que sus treinta y dos años. En las montañas se había dejado crecer el cabello hasta los hombros, mas al terminar la campaña había decidido cortárselo. Vestía un uniforme de combate verde oliva y botas negras; colgada de una silla estaba su boina negra con la estrella de comandante. Tenía la pistola sobre la mesa, encima de un montón de papeles. Aunque carecía de la cordialidad de Castro, me recibió cortésmente.

Tal como esperaba, rechazó rápidamente el proyecto de la Grace Line. "No estamos interesados en servicios de vapores con los Estados Unidos", dijo. "Tendremos otros servicios de transporte marítimo, de modo que los vapores norteamericanos no tendrían nada que transportar". Le pregunté por qué. "Porque la dependencia del mercado norteamericano nos ha esclavizado económicamente", respondió. ¿Pero no se esclavizaría Cuba al depender de la Unión Soviética? ¿Y los precios preferencialmente altos que los norteamericanos pagaban por el azúcar cubano? Me dijo que los soviéticos liberan, no esclavizan. Los altos precios del azúcar en el mercado norteamericano, limitados por una cuota unilateralmente impuesta, eran una ficción. Cuando la cuota norteamericana sea eliminada, "y cuanto antes, mejor", Cuba sería dueña del mercado mundial y estaría en condiciones de imponer sus precios.

Un ayudante trajo café negro en pequeñas tazas llenas de azúcar hasta la mitad y Guevara me ofreció un excelente habano, encendiéndose uno para sí.

"Dígame", me preguntó. "Usted es el abogado de la embajada norteamericana. ¿No es así? " No. Nosotros no éramos abogados de la embajada, pero habíamos llevado a cabo diversas encomiendas por cuenta de secretarías y organismos del gobierno de los Estados Unidos. "Una distinción técnica", comentó. "Es lo mismo". Luego dijo: "¿Por qué no se da cuenta de las cosas, Lazo? *Somos* la ola del futuro. Sus clientes imperialistas prometen el cielo allá arriba", dijo señalando hacia el techo, "pero nosotros lo ofrecemos aquí abajo, en la tierra".

Le dije que no comprendía cómo podía aplicarse el vocablo "imperialismo" a los Estados Unidos, país que jamás había poseído colonias. Yo siempre había asociado la denominación con los

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

grandes imperios del pasado, el inglés, el francés, el belga, etc. No, dijo. Los Estados Unidos llevan a cabo la forma más despiadada de imperialismo, que es la explotación económica de los países subdesarrollados, como ha ocurrido en Cuba. Los Estados Unidos, un país industrializado, se empeñan en que los países en vías de desarrollo no produzcan nada más que las materias primas necesarias para enriquecerse a sus expensas. "Los capitalistas utilizan el trabajo de otros exclusivamente en su propio beneficio", dijo. "Esa es la esencia del capitalismo".

Guevara formuló entonces una observación que más adelante habría de reiterar en entrevistas con otras gentes: *"El gobierno de Castro y el imperialismo yanqui están empeñados en una lucha a muerte, y tanto usted como yo sabemos que uno de los dos debe perecer en la contienda"*.

Pero los Estados Unidos son el país más poderoso del mundo, sin la menor intención de sucumbir, observé.

"Sí, amigo mío", respondió. "Los norteamericanos tienen cañones, pero no van a usarlos, ni siquiera contra nosotros. Así que es como si no los tuvieran". Hizo una pausa y luego resumió: "El hecho es que los Estados Unidos se encuentran impotentes y desorientados".

El tenor de esta conversación, al igual que el de otras por el estilo, fue dado a conocer a la embajada. El informe no produjo ningún efecto perceptible, ni mucho menos una expresión de agradecimiento. El "Coloso Ciego" que son los Estados Unidos continuó obrando como un ser "impotente y desorientado", incluso cuando al fin llegó a percatarse de que las escaramuzas que libraba en Cuba constituían el preludio de una gran batalla con el comunismo internacional en pleno mediterráneo americano.

El fin de Guevara tuvo lugar ocho años después en Bolivia, mientras se esforzaba en realizar el proyecto que había urdido en unión de Castro con el fin de crear "dos . . . tres . . . muchos Vietnams". Es comprensible el hecho de que el plan fuera desencadenado con toda confianza, pues probablemente vivían bajo el engaño de haber derrotado militarmente a Batista e imaginaron que la aventura boliviana sería análoga. Pero hubo diferencias, algunas de ellas decisivas. Los labriegos indígenas de Bolivia, animados de una secular desconfianza hacia el hombre blanco, especialmente si lleva barba, resultaron aún más hostiles que los mon-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tunos cubanos. En Bolivia no había ningún Herbert Matthews y, hecho aún más importante, los Estados Unidos *ayudaron* al ejército regular, en lugar de minar su moral. En Bolivia se permitió a los militares norteamericanos prestar ayuda en el adiestramiento y el armamento del ejército nacional, insuflándole así la convicción de que podía vencer a los rebeldes. Por suerte, los vínculos existentes entre el Pentágono y la oficialidad de los ejércitos hispanoamericanos siempre han sido cordiales y de un genuino respeto mutuo. De hecho, era tan íntima que Arthur M. Schlesinger, Jr., que invariablemente se expresa con ironía acerca de los militares y elige cuidadosamente sus palabras, calificó la relación de "incestuosa"[11]. En el acoso y aniquilamiento de Guevara —uno de los enemigos más formidables de Norteamérica— esta íntima y tradicional relación rindió óptimos frutos.

El 8 de octubre de 1967, tras una escaramuza con las tropas del gobierno, Guevara fue herido en ambas piernas, cayendo en manos de sus adversarios. En el momento de su captura, se apresuró a identificarse: "Soy el Che Guevara", dijo. "No me maten. Les valgo más vivo que muerto". El capitán al mando del destacamento del ejército mandó un mensaje al cuartel general de La Paz. "Tenemos a papá", dijo. "¿Qué hacemos? ".

Hacia las diez de la mañana del día siguiente llegó la respuesta del presidente René Barrientos: "Liquídenlo". Antes de echar a suerte quién habría de ultimar a Guevara, la mayoría de los soldados se hicieron fotografías con él. Durante todo ese tiempo, Guevara no tenía la menor sospecha del fin que se le había reservado, pero a eso de las dos de la tarde, cuando en el aula en que se hallaba detenido vio entrar a un sargento que empuñaba un M-2, repentinamente se dio cuenta de la inminencia de su fin. Cuando el sargento le apuntó con el arma, se llevó las manos a la boca, aterrorizado, mordiéndose los dedos en un esfuerzo por ahogar un grito. Recibió una descarga, cayó contra la pared y luego resbaló hasta el suelo. Su cuerpo fue incinerado o enterrado en una fosa sin lápida ni identificación. De su grupo, sólo cinco hombres escaparon a Chile para volver luego a Cuba. Al menos diez guerrilleros comunistas cubanos, entre ellos cuatro miembros del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, habían muerto en la aventura.

[11] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 199.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Durante la mayor parte de su vida, Guevara se sintió motivado por un odio profundo contra los Estados Unidos. Era un monstruo de crueldad, absolutamente despiadado y desprovisto del más mínimo ápice de compasión. En todo momento rechazó con indiferencia nuestras súplicas y exhortaciones en favor de muchas víctimas inocentes de los infames "tribunales" revolucionarios. Durante sus días de la Sierra Maestra, se refocilaba presidiendo los "juicios" y ejecuciones de sencillos campesinos analfabetos acusados de insubordinación, o de gentes en quienes recaían sospechas de "derrotismo" o confidencia. Entre las deserciones, que eran continuas, figuró la de uno de los veteranos del *Granma*[12]. Estos actos se castigaban con la muerte en el momento de la captura[13]. Todo joven combatiente que no pudiese soportar los rigores de la vida guerrillera, pagaba con su vida esa debilidad, ya que los rebeldes carecían de cárceles. Al referirse a la gavilla de castristas que fueron arrestados y encarcelados por la policía mexicana poco antes de que salieran a "invadir" a Cuba a finales de 1956, Guevara expresó el siguiente comentario: "(Los policías) cometieron el error . . . de no matarle (a Castro) al hacerle prisionero"[14].

Cuando el escritor rumano Stefan Baciu visitó La Habana, el "Che" Guevara lo invitó a presenciar un fusilamiento. Baciu se ha referido algunas veces a ese macabro envite, la última vez en su poema "YO NO CANTO AL CHE":

"Yo no canto al "Che",
como tampoco he cantado a Stalin;
con el "Che" hablé bastante en México,
y en La Habana
me invitó, mordiendo el puro entre los labios,
como se invita a alguien a tomar un trago en la cantina,
a acompañarlo para ver cómo se fusila en el paredón de
La Cabaña.

Yo no canto al "Che",
como tampoco he cantado a Stalin;
que lo canten Neruda, Guillén y Cortázar;
ellos cantan al "Che" (los cantores de Stalin),
yo canto a los jóvenes de Checoslovaquia . . ."

[12] Ernesto "Che" Guevara, *Reminiscences of the Cuban Revolutionary War* (Nueva York: Monthly Review Press, Inc., 1968), p. 75, 126.

[13] *Ibid*, p. 108.

[14] *Ibid*, p. 38.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Sin embargo, con arreglo a los criterios comunistas, Ernesto Guevara de la Serna fue un tío estupendo. En su panegírico del 18 de octubre de 1969, Castro le calificó de "hombre de conducta intachable . . . un hombre moralmente superior . . . de una exquisita sensibilidad humana . . . sin mancha"[15]. Había sido vergonzosamente asesinado, dijo Castro, por "sicarios, oligarcas y mercenarios" que no parecían darse cuenta del "carácter repugnante de su conducta". Castro criticaba a Guevara por el "desdén" que siempre mostró ante el peligro. No había duda de su valentía. Raúl y Fidel Castro le habían rogado repetidas veces que imitando el ejemplo de ellos, no corriera riesgos innecesarios.

Castro había cifrado sus más caras esperanzas en la aventura boliviana, mas el esfuerzo no produjo ni una Cuba ni un Vietnam. La muerte de Guevara constituyó un rudo descalabro para el movimiento revolucionario en Hispanoamérica.

[15] *Ibid*, p. 23, 25.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

13

El plan primigenio de Girón

Ningún ejército del mundo puede igualarse al estadounidense en cuanto a la perfección de sus técnicas de desembarcos anfibios en un litoral enemigo. Docenas de miles de norteamericanos están convencidos de la veracidad de este aserto por haber tomado parte en los asaltos contra las playas de Omaha y Utah en Normandía, de Anzio en Italia y de Iwo-Jima, Saipán, Inchón y otras islas del Pacífico. Cuidadosamente planeados y espléndidamente ejecutados, tales desembarcos confirieron la victoria a las fuerzas norteamericanas en los escenarios bélicos de Africa, Europa y Asia.

Esta experiencia y pericia representaban una garantía de obtener un triunfo arrollador en la operación que se llevaría a cabo en las costas de Cuba —y cuyo planeamiento había sido no menos cuidadoso.

El escenario geográfico de la invasión de Bahía de Cochinos debe circunscribirse más exactamente a Playa Girón, pues el grueso de las tropas de asalto desembarcaron cerca de Girón, un pequeño caserío de unas doscientas viviendas, que disponía de la única buena pista de aterrizaje de la zona. Mas, llámese Bahía de Cochinos o Playa Girón, la invasión tuvo un desenlace catastrófico que bien pudiera señalar uno de los puntos decisivos de la historia contemporánea.

Si se hubiese permitido el éxito de la invasión, habría podido aniquilarse la primera cabeza de playa comunista en el hemisferio occidental, reduciéndose así en un 90 por ciento la presión ejercida por el comunismo internacional sobre las demás naciones de Centro y Sudamérica. El mundo se habría librado de la pesadilla nuclear provocada por los jerarcas del Kremlin dieciocho meses después. Como resultado de la derrota de Girón, la Unión Soviética terminó

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

13

El plan primigenio de Girón

Ningún ejército del mundo puede igualarse al estadounidense en cuanto a la perfección de sus técnicas de desembarcos anfibios en un litoral enemigo. Docenas de miles de norteamericanos están convencidos de la veracidad de este aserto por haber tomado parte en los asaltos contra las playas de Omaha y Utah en Normandía, de Anzio en Italia y de Iwo-Jima, Saipán, Inchón y otras islas del Pacífico. Cuidadosamente planeados y espléndidamente ejecutados, tales desembarcos confirieron la victoria a las fuerzas norteamericanas en los escenarios bélicos de Africa, Europa y Asia.

Esta experiencia y pericia representaban una garantía de obtener un triunfo arrollador en la operación que se llevaría a cabo en las costas de Cuba —y cuyo planeamiento había sido no menos cuidadoso.

El escenario geográfico de la invasión de Bahía de Cochinos debe circunscribirse más exactamente a Playa Girón, pues el grueso de las tropas de asalto desembarcaron cerca de Girón, un pequeño caserío de unas doscientas viviendas, que disponía de la única buena pista de aterrizaje de la zona. Mas, llámese Bahía de Cochinos o Playa Girón, la invasión tuvo un desenlace catastrófico que bien pudiera señalar uno de los puntos decisivos de la historia contemporánea.

Si se hubiese permitido el éxito de la invasión, habría podido aniquilarse la primera cabeza de playa comunista en el hemisferio occidental, reduciéndose así en un 90 por ciento la presión ejercida por el comunismo internacional sobre las demás naciones de Centro y Sudamérica. El mundo se habría librado de la pesadilla nuclear provocada por los jerarcas del Kremlin dieciocho meses después. Como resultado de la derrota de Girón, la Unión Soviética terminó

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Sin embargo, con arreglo a los criterios comunistas, Ernesto Guevara de la Serna fue un tío estupendo. En su panegírico del 18 de octubre de 1969, Castro le calificó de "hombre de conducta intachable . . . un hombre moralmente superior . . . de una exquisita sensibilidad humana . . . sin mancha"[15]. Había sido vergonzosamente asesinado, dijo Castro, por "sicarios, oligarcas y mercenarios" que no parecían darse cuenta del "carácter repugnante de su conducta". Castro criticaba a Guevara por el "desdén" que siempre mostró ante el peligro. No había duda de su valentía. Raúl y Fidel Castro le habían rogado repetidas veces que imitando el ejemplo de ellos, no corriera riesgos innecesarios.

Castro había cifrado sus más caras esperanzas en la aventura boliviana, mas el esfuerzo no produjo ni una Cuba ni un Vietnam. La muerte de Guevara constituyó un rudo descalabro para el movimiento revolucionario en Hispanoamérica.

[15] *Ibid*, p. 23, 25.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

disponiendo de un refugio sagrado en el Caribe, que desde entonces se ha transformado en un bastión inmenso y formidable, cribado de instalaciones militares subterráneas de una capacidad desconocida. En vista de las circunstancias, es posible que la misma estación naval norteamericana de Guantánamo resulte inútil o, al menos, neutralizada. El armamento soviético emplazado en la zona que rodea a Guantánamo podría muy bien obligar a los Estados Unidos a evacuar la base en caso de un enfrentamiento militar entre los dos gigantes nucleares.

Por lo tanto, las perniciosas consecuencias de la derrota difícilmente podrían exagerarse. La pasmosa arrogancia de los soviéticos al transformar a Cuba en una base para la subversión de Hispanoamérica, ya ha estimulado la guerra de guerrillas en varios países de la región. Ello a su vez ha debilitado económicamente a esas naciones, porque el capital extranjero se ha retraído o ha sido retirado, en tanto que la inversión local ha desaparecido de la zona, extendiéndose al mismo tiempo un clima de temor e incertidumbre por el resto del hemisferio. Las resonancias de la debacle de Girón revisten especial importancia por el hecho de que siempre se había considerado a Cuba como el mejor ejemplo de lo que le acontece a una nación próxima a los Estados Unidos, desde los puntos de vista geográfico, social y económico.

Finalmente, consideremos el aspecto moral de la catástrofe, que es fuente de preocupación para la gran mayoría de la población norteamericana. Como resultado del fracaso de Girón, ocho millones de ciudadanos de un país vecino, que tradicionalmente se habían contado entre los mejores amigos de los Estados Unidos, han sido esclavizados por el comunismo. Durante más de diez años sus hijos han sido catequizados por maestros marxistas. Fue Lenin quien una vez repitió este axioma histórico: "Dadme a los niños y las simientes que plante jamás podrán desarraigarse". No cabe duda de que el precio de Girón ha sido excesivamente caro.

Naturalmente, los apologistas del gobierno de Kennedy han tratado de restar importancia a los costes políticos y humanos del desastre. Han dado a entender —y en algunos casos se han atrevido a afirmar— que Girón fue un episodio de insignificante magnitud. Uno de estos panegiristas ha escrito que en los últimos meses de su gobierno, Kennedy se alegró de haber aprendido tanto "a un coste tan relativamente bajo y transitorio"[1]. El padre del presidente le

[1] Theodore C. Sorensen, *Kennedy* (Nueva York: Harper & Row, 1965), p. 308.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

expresó a su hijo que Playa Girón "no fue un percance, sino una gracia"[2]. Algunos apologistas de Kennedy han señalado el hecho de que la magnitud de las tropas que participaron y las bajas que éstas sufrieron fueron escasas. Este es, a todas luces, un razonamiento falaz. La importancia capital de una empresa militar no puede medirse por el número de individuos que hayan participado ni por las bajas que hubieran sufrido. En Yorktown, por ejemplo, sólo fueron muertos o heridos 262 —186 franceses y 76 norteamericanos— y, sin embargo, aquella batalla representó el acontecimiento militar decisivo en la historia de Norteamérica.

¿Por qué y cómo ocurrió esta trágica desgracia?

Las confusiones que aún prevalecen derivan en gran parte de las sendas versiones bibliográficas de dos individuos íntimamente vinculados con el gobierno de Kennedy: Theodore C. Sorensen y Arthur M. Schlesinger, Jr. El primero fue consejero especial del presidente en 1961 y el segundo ayudante especial suyo.

Ambos sostienen que en ningún momento tuvo la invasión la menor posibilidad práctica de alcanzar la victoria. Acusan del desastre a la Agencia Central de Inteligencia (CIA), que elaboró el plan inicial, y a los jefes del Estado Mayor Conjunto, que le dieron su aprobación. Insisten, entre otras cosas, en que la anulación del ataque aéreo previsto para la mañana de la invasión tuvo poco que ver con el fracaso.

¿Quiénes son estos individuos?

La pregunta es razonable, no sólo por sus escritos sobre Playa Girón, sino porque uno de ellos, Schlesinger, fue uno de los miembros más activos y facundos del grupo de consejeros civiles que mutiló los planes militares. Ni el uno ni el otro poseían conocimientos extraordinarios acerca del arte militar; ambos son vocingleramente "liberales"; sus versiones, presentadas más de tres años después del acaecimiento, son totalmente contrarias a los hechos en una serie de puntos trascendentales. Debido a la participación de Schlesinger en los dictámenes que produjeron la derrota, su interpretación del caso es subjetiva y autojustificativa, aunque sólo se derive de un impulso inconsciente.

El "liberalismo" de Sorensen podría llamarse hereditario y ambiental. Su padre había partido hacia Europa a bordo del "Barco

[2] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 297.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Arthur M. Schlesinger, Jr.

de la Paz" de Henry Ford y su madre fue acusada de pacifismo y radicalismo durante la Primera Guerra Mundial. El mozo Ted Sorensen hizo constar en la junta de reclutamiento de Nebraska su condición de recalcitrante por conciencia. En cierta ocasión se definió a sí mismo como un "liberal racionalmente comprometido", más aplicado y eficaz que los "liberales" impulsados por motivos emocionales.

Schlesinger, que en una época le había redactado los discursos políticos a Adlai Stevenson y seguía siendo uno de sus más fervorosos partidarios, durante el gobierno de Kennedy pasó a ser el historiador residente de la Casa Blanca, donde, por otra parte, tenía pocas obligaciones específicas. Había sido fundador y vicepresidente de la ultraliberal ADA (Americans for Democratic Action). Kennedy había decidido postergar el anuncio de su nombramiento hasta tanto Chester Bowles fuese confirmado como subsecretario de Estado. "No quiero que el Senado piense que me he traído a toda la ADA", afirmó[3].

En sus mocedades, Schlesinger no había hecho el menor esfuerzo por ocultar su obstinada arrogancia. Aquellos que no merecían su aprobación eran "idiotas", y así los calificaba públicamente. McGeorge Bundy, su compañero en la Casa Blanca, afirmó una vez

[3] Schlesinger, p. 162.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de él: "Es un hombre extremadamente parcial, hasta un punto que rara vez hallamos en la vida académica"[4]. El diario conservador neoyorquino *Daily News* aludió a los intrínsecos prejuicios de Schlesinger en un inglés menos elegante: "El segundo tomo del viejo Schlesinger se las dá de ser el *summum de la intelligentzia;* temblamos al pensar en los engendros que pueda introducir en los discursos de Kennedy . . ."

La versión schlesingeriana de la tragedia de Girón proporciona un interesante estudio de la dinámica mental de un espíritu "liberal". Las derrotas son racionalizadas hasta hacerlas aparecer como victorias. Los militares de carrera, cuyos minuciosos planes fueron echados de lado por recomendación de la camarilla de diletantes civiles que rodeaban al presidente, son tratados con ironía; el "historiador de la corte" se refiere sarcásticamente a sus uniformes, galones y bandas de servicio como si fueran algo deshonroso. En una ocasión llegó a afirmar que los Estados Unidos debían gratitud a Castro porque el barbudo dictador había alertado a los norteamericanos acerca de los peligros del comunismo en el hemisferio[5]. ¡Por medio de la magia de su dialéctica ideológica, la brutal realidad de que los comunistas mantienen una cabeza de playa dentro del perímetro defensivo de los Estados Unidos se convierte en un beneficio!

La relación de Schlesinger acerca del desastre de Girón carece de la objetividad intelectual que tenemos derecho a esperar de un historiador idóneo. La última frase del capítulo dedicado a Playa Girón dice así: "Pero nadie puede dudar de que el fracaso en Cuba en 1961 contribuyó al éxito en 1962". Aunque parezca increíble, no le viene a la mente la idea de que si se hubiese permitido que la invasión de 1961 fuera coronada por el éxito, en 1962 no se habría producido la crisis de los cohetes.

He hablado de estos individuos con cierta prolijidad por el hecho de que, a falta del informe oficial del gobierno de Washington sobre el desastre de Girón, que hasta la fecha no se ha dado a la publicidad, sus versiones de la derrota se han aceptado en todo el mundo como auténticas. Su influjo es evidente en los centenares de artículos que se han escrito sobre el tema.

[4] Victor Lasky, *J. F. K. The Man and the Myth* (Nueva York: Arlington House, Inc., 1966), p. 303.

[5] Lasky, p. 577.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

¿Cuáles son los hechos?

La contienda que desembocó en el fracaso no se llevó a cabo en Girón, sino en Washington. La acción militar en la costa cubana podría haberse abreviado o prolongado por motivos de circunstancias fortuitas, pero estaba condenada a la derrota en razón de las decisiones tomadas en Washington antes de que las primeras tropas de asalto hubieran desembarcado.

En el fondo, se trataba de un conflicto que oponía de una parte a los conservadores moderados —representados por la CIA y el Estado Mayor Conjunto— y a los consejeros civiles del presidente por otra, todos éstos "liberales". Aunque se iba a decidir el destino de Cuba, ningún cubano participó en esta decisiva contienda. Entre ambos polos del conflicto, teniendo a su cargo las decisiones, se hallaba el nuevo y joven presidente, John F. Kennedy.

Para comprender cómo una operación militar perfectamente realizable fue trastocada por una serie de decisiones políticas, es necesario, por supuesto, conocer el plan de invasión tal como fue concebido en un principio.

La decisión de ayudar a los cubanos anticastristas a liberar a su patria fue tomada por el presidente Dwight D. Eisenhower a principios de 1960. La misión fue asignada a la CIA. Cualquier plan que se elaborara debía ser aprobado por el presidente.

En los días inmediatos a las elecciones presidenciales de noviembre de 1960, la CIA estaba tomando en cuenta varios planes provisionales, pero los jefes del Estado Mayor Conjunto aún no tenían conocimiento de ninguno de ellos. En realidad, hasta enero de 1961 —es decir, al menos dos meses después de las elecciones— no se presentó plan alguno a los fes conjuntos. El presidente Einsehower afirmó en una ocasión que no se había llegado a discutir ningún plan táctico u operacional antes del día en que entregó la presidencia a Kennedy.

"En ningún momento presentamos nada que ni remotamente pudiera calificarse de plan", dijo el ex-presidente. "No hubo ningún madato, ningún compromiso por parte mía o de cualquier miembro de mi gobierno", de modo que Kennedy no podía sentirse "obligado a mantener una posición heredada de mí"[6]. Poco antes de la ceremonia de transmisión de poderes, Eisenhower cele-

[6] Earl Mazo, "Ike Speaks Out: Bay of Pigs Was All JFK's", *Newsday*, 10 de septiembre de 1965, p. 51.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

bró una entrevista con Kennedy, en la cual el presidente saliente le expresó categóricamente a su sucesor: "Ustedes tendrán que decidir qué hacer sobre Cuba". Ambos no volvieron a hablarse durante tres meses, es decir, hasta después de ocurrir el desastre. A pesar de ello, Schlesinger escribiría más tarde: "Los republicanos, por supuesto, se hallaban un poco inhibidos por el papel que habían desempeñado en la urdimbre de la operación . . ."[7]

Mucho antes de la transmisión de poderes, entre cuatrocientos y seiscientos patriotas cubanos se hallaban recibiendo instrucción militar en Guatemala, Panamá, la Florida, Louisiana y Fort Meade (un campamento situado a 32 km. al norte de Washington) aunque la Secretaría de Estado exigía que el adiestramiento se efectuara fuera de los Estados Unidos. Incluso se oponía a que se les adiestrara en la Jungle Warfare School, en Panamá. Los socorros aéreos para los combatientes anticastristas de las montañas del Escambray en la provincia de Las Villas, eran realizados por pilotos cubanos preparados por instructores norteamericanos en aviones proporcionados por el gobierno de los Estados Unidos.

La moral de los patriotas cubanos era extremadamente alta. Sus instructores norteamericanos rezumaban confianza, pues abrigaban la convicción de que cualquier empresa aprobada por el presidente Eisenhower y llevada a cabo de conformidad con el plan aprobado, no podía fracasar, aunque la victoria final requiriera el apoyo de tropas, barcos y aviones norteamericanos. La seguridad que manifestaban en aquellos días estaba enteramente justificada. Eisenhower afirmó en cierta ocasión que nunca debería comprometerse el prestigio y poderío de su país a menos que su presidente estuviera resuelto a triunfar. "No hay alternativa" —declaró. "En este mundo, la fuerza es algo patente y brutal. Si se va a emplear, hay que estar dispuestos a llegar hasta el final . . . Si se descubre nuestro juego, entonces es más importante que nunca ganar"[8].

Tal era la situación que tenía que afrontar el presidente John F. Kennedy cuando en enero de 1961 se instaló en la Casa Blanca.

En el primer plan de operaciones que le fue presentado (febrero de 1961), el lugar de la invasión no era Girón, sino Trinidad, una ciudad de 20,000 habitantes situada a unos 120 km. más al este, cerca de la costa meridional de la provincia de Las Villas, al pie de las montañas del Escambray. Se eligió a Trinidad porque ofrecía

[7] Schlesinger, p. 288.

[8] Mazo, p. 51.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

varias ventajas esenciales. Se hallaba más alejada aún de La Habana, donde, según las informaciones militares, Castro había concentrado la mayor parte de sus tropas y tanques. Se consideraba que la mayoría de la población trinitaria era decididamente anticastrista. La villa poseía un aeródromo adecuado. Y, lo que es más importante, el lugar proporcionaba una alternativa si las cosas iban mal: los invasores podrían escapar a las montañas cercanas y establecer un foco guerrillero. La selección de Trinidad como lugar de la invasión fue realizada por la CIA con la participación del mando militar conjunto. No se mencionaba ningún otro sitio.

Según la estructura tradicional del mando en los Estados Unidos, el Comandante en Jefe (el presidente de la República), establece los objetivos primordiales y deja la dirección de las operaciones en manos de los profesionales. En este caso, sin embargo, Kennedy mantuvo un estricto control estratégico sobre el plan de invasión. Empezó por desautorizar las recomendaciones del mando militar conjunto, de cuyos integrantes Eisenhower se había expresado en los siguientes términos: "Por espacio de varias décadas de buenos y leales servicios, estos hombres han demostrado su capacidad, su sentido de la lógica, su comprensión de los problemas que entraña este género de empresa. No hay ningún grupo más experto que ellos en su profesión . . ."[9] Pero los planes de estos hombres fueron diluidos, descartándose luego gradualmente sus distintos elementos. La primera de las diversas decisiones políticas que tuvieron ese efecto se tomó cuando Kennedy admitió la idea de que un desembarco anfibio en Trinidad sería "demasiado espectacular". Quería un "desembarco discreto" y preferiblemente nocturno[10].

La razón que impulsó al presidente a tomar esta decisión fue que la participación de los Estados Unidos en la operación era supuestamente secreta, subrepticia. Le persuadieron de que un desembarco, en una zona poblada, con todas las características de una invasión montada por los Estados Unidos daría al traste con todo el asunto. Estaba profundamente preocupado por la opinión mundial.

Para hablar en términos exactos, es bueno recordar que Trinidad no es una ciudad costera. Su puerto de salida al Caribe, Casilda, se encuentra a cuatro kilómetros al sur. Casilda es un balneario

[9] *Ibid*, p. 50.

[10] Schlesinger, p. 242.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

marítimo con una población de unos 1,500 habitantes. Posee una buena playa, mucho mejor que cualquiera de las existentes en las cercanías de Girón, y el río que desagua en la bahía es navegable en embarcaciones pequeñas hasta un punto próximo a Trinidad. Ofrecía un lugar de desembarco totalmente ideal para los invasores.

Los funcionarios "liberales" de la Secretaría de Estado abrigan un miedo patológico con respecto a la "opinión mundial". No se dan cuenta de que la actitud adversa del mundo cede rápidamente ante el hecho consumado; que la historia nunca regatea excesivamente las realidades del éxito, pero raras veces perdona un fracaso. Los soviéticos y los comunistas chinos se muestran enteramente indiferentes ante la opinión mundial. Jamás ceden ante la publicidad adversa ni permiten que les disuada de emprender cursos de acción que consideran necesarios en la consecución de sus propósitos. Los más leales aliados de los Estados Unidos se sienten invariablemente más abrumados por una muestra de debilidad que resulta en un fracaso que por un acto de fuerza que granjea una ventaja. En una ocasión Lyndon Johnson expresó esta idea con motivo de la presentación de un informe elaborado por la Secretaría de Estado con respecto a Vietnam, en el cual se le advertía que las enérgicas medidas militares que se estaban discutiendo podían perjudicar el buen nombre de los Estados Unidos. "Ustedes están tan ocupados tratando de salvarme la cara que me van a hacer perder los pantalones", afirmó[11]. El brillante William F. Buckley, Jr., ha adoptado la misma postura: "Considero que la opinión mundial no es más que un tigre de papel. Cuando Johnson hizo desembarcar a la infantería de marina en Santo Domingo, todo el mundo suponía que se iba a armar menuda algarabía y, en realidad, no pasó gran cosa"[12]. No está de más recordar que al vicepresidente Johnson, aunque tenía mayor experiencia y poseía mejor discernimiento que los asesores presidenciales "liberales" que invadieron Washington en 1961, raras veces se le consultaba o escuchaba.

La irónica expresión "tigre de papel" fue aplicada por los comunistas chinos a la derrota franco-norteamericana en la guerra de Indochina y al mate ahogado de Corea. A la luz de tales fracasos occidentales, Pekín no tuvo dificultad en convencer a los asiáticos de que los Estados Unidos eran un "tigre de papel", recio en las promesas e impotente en la acción. ¿Puede haber alguna duda de

[11] *Time*, "Essay on World Opinion", 28 de mayo de 1965, p. 31.

[12] *Life*, 17 de septiembre de 1965.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

que el desastre de Girón, en la medida en que corroboró la noción de la incapacidad norteamericana en utilizar su poderío sin inhibiciones paralizantes acerca de la opinión mundial, estimuló las agresiones comunistas en el Sudeste asiático?

Sin embargo, aun concediendo alguna importancia a la opinión mundial, el hecho es que en 1961 la participación norteamericana en el proyecto de invasión no era un secreto para nadie, y nunca podría haberlo sido en una sociedad libre. En octubre de 1960, seis meses antes de la invasión, el *Hispanic-American Report*, una revista publicada por la Universidad de Stanford, en California, dio cuenta de que los patriotas cubanos recibían adiestramiento militar en campamentos de Guatemala. Aparecieron artículos similares en *La Hora*, un periódico guatemalteco, y en noviembre de aquel mismo año en *The Nation*. El 22 de diciembre de 1960 el *Mirror* de Los Angeles informó a sus lectores sobre las actividades que tenían lugar en Guatemala. Un representante del *Post-Dispatch*, de San Luis, Missouri, visitó Guatemala y confirmó la existencia de los campamentos.

Finalmente, el 10 de enero de 1961, tres meses antes de la invasión, *The New York Times* publicó un artículo en primera plana y a tres columnas titulado LOS ESTADOS UNIDOS AYUDAN A INSTRUIR UNA FUERZA ANTICASTRISTA EN UNA BASE AERO-TERRESTRE SECRETA GUATEMALTECA. Estaba ilustrado con un mapa, también en primera plana, que mostraba la situación exacta del centro de instrucción. El largo artículo afirmaba que los Estados Unidos contribuían al esfuerzo de adiestramiento "no sólo con su personal, sino también con material y la construcción de instalaciones terrestres y aéreas". Inmediatamente a continuación figuraba la noticia de que el ministro cubano de Relaciones Exteriores, Raúl Roa, había acusado a los Estados Unidos de instruir "mercenarios" en Guatemala y de acondicionar apresuradamente un aeropuerto con intenciones agresivas contra Cuba. Cuatro días antes, el 6 de enero, la revista *Time* informó que la CIA estaba proporcionando ayuda financiera calculada en cerca de 500 mil dólares al mes a las organizaciones de la resistencia cubana.

Surgieron otros muchos informes procedentes de Miami, confirmando los preparativos de la invasión. En marzo de 1961 Lyman Kirkpatrick, director ejecutivo de la CIA, pronunció un discurso en el Commonwealth Club de San Francisco. El Dr. Ronald Hilton,

Prestado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de la Universidad de Stanford, le preguntó qué opinaba del descubrimiento de los campamentos de la CIA en Guatemala. Kirkpatrick respondió que, en su opinión, no era bueno que se descubriera una actividad secreta de la CIA y la prensa de la costa occidental dio mucho bombo a la admisión de que existían campamentos de la CIA.

Estas informaciones no eran nada nuevo para Castro. En realidad, constituían secretos a voces. El pretendido sigilo era un ejercicio inútil. Pierre Salinger, que por aquellos días era jefe de los servicios de prensa de la Casa Blanca, afirma que ocho días antes de la invasión, los únicos datos que le faltaban a Castro eran la hora y el lugar exactos del desembarco. El presidente Kennedy le expresó a Salinger: "¡No puedo creer lo que estoy leyendo! Castro puede dispensarse de espías en este país. Le basta con leer nuestros periódicos. En ellos se le expone todo"[13]. En las semanas anteriores a la invasión, prácticamente no pasó un solo día sin que apareciera una noticia en algún periódico, o se difundiera una información a través de alguna emisora de radio o televisión, confirmando los preparativos de invasión. Por consiguiente, podría concluirse que resultaba evidente, ya desde tres meses antes de la operación, que el temor a menoscabar la imagen de los Estados Unidos había dejado de constituir una consideración válida. No obstante, como veremos, continuó siendo el principal argumento que influyó sobre las decisiones que predeterminaron el fracaso de la invasión..

Cuando el presidente ordenó a la CIA encontrar un lugar para el desembarco más discreto que Trinidad (en realidad, Casilda), la CIA y el mando militar conjunto, tras considerar varias alternativas, eligieron Girón, cerca de la Bahía de Cochinos. Había excelentes razones para ello. Las últimas fotografías de los aviones de reconocimiento norteamericanos mostraban que no existía ninguna concentración de tropas castristas en las inmediaciones, como tampoco las había en Trinidad. La pista de aterrizaje de Girón era apropiada para operaciones con aviones B-26. Sin embargo, los militares dijeron que Girón tenía una gran desventaja, pues la zona no era apropiada para operaciones prolongadas de guerra de guerrillas: si las cosas iban mal, no podría recurrirse a la menor alternativa. No obstante, el hecho de que la CIA y el Estado Mayor Conjunto,

[13] Pierre Salinger, *With Kennedy* (Nueva York: Doubleday & Company, Inc., 1966), p. 146.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

aunque seguían prefiriendo a Casilda, estuvieron dispuestos a aceptar Girón, muestra que creían que la operación, *tal como estaba planeada*, tenía grandes probabilidades de éxito.

El elemento esencial del plan de invasión —llamado Operación Pluto— era el empleo del arma aérea. Hay que tener muy presente este factor fundamental. Las pequeñas fuerzas aéreas castristas, constituidas por menos de treinta aviones utilizables, debían ser destruidas en el suelo con un *mínimo de tres* ataques aéreos —no dos, como informaron Sorensen y Schlesinger— por la Escuadrilla Aérea Libertadora, con base en Puerto Cabezas, Nicaragua. Antes de la invasión, los dieciséis aparatos de la Escuadrilla realizarían dos bombardeos consecutivos, efectuándose un tercero en los momentos en que ocurrieran los desembarcos.

El número y momento de realización de los bombardeos aéreos en el plan original son de vital importancia para comprender cómo fue mutilado en la práctica. El funcionario de la CIA que estaba a cargo de la invasión, Richard M. Bissell, Jr., me ha confirmado que el plan preveía "tres ataques aéreos de la máxima intensidad". Si se hubiera realizado el segundo —resaltó— habría sorprendido a la Fuerza Aérea de Castro "concentrada en la base que conocíamos". El general Cabell, que por aquel entonces colaboraba con Bissell, me informó que, además de los tres grandes ataques aéreos previstos en el plan, debían haber tantas salidas separadas como fuera necesario para destruir todos los aviones de Castro en el suelo. Al hablar o escribir sobre la invasión, el ex-vicepresidente Richard Nixon, cuyas fuentes de información eran de todo punto excepcionales, se ha referido a tres bombardeos aéreos previstos[14]. Los que persisten en citar dos ataques están distorsionando la índole de los planes primitivos.

Por consiguiente, ha quedado sentado que debían haberse realizado al menos cuarenta y ocho vuelos desde Nicaragua y que, si ello no hubiera sido suficiente para destruir todos los aviones de Castro en el suelo antes de que las fuerzas invasoras llegaran a las playas, debían efectuarse ataques adicionales contra los aeropuertos. Los norteamericanos repondrían los aviones que se perdieran durante los bombardeos. Después de destruir todos los aparatos de Castro y de que las tropas de asalto hubieran tomado el aeródromo de Girón en la cabeza de playa, la Escuadrilla Aérea Libertadora lo

[14] Richard M. Nixon, "Cuba, Castro and John F. Kennedy", *Reader's Digest*, noviembre de 1962, p. 290.

Cedido del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



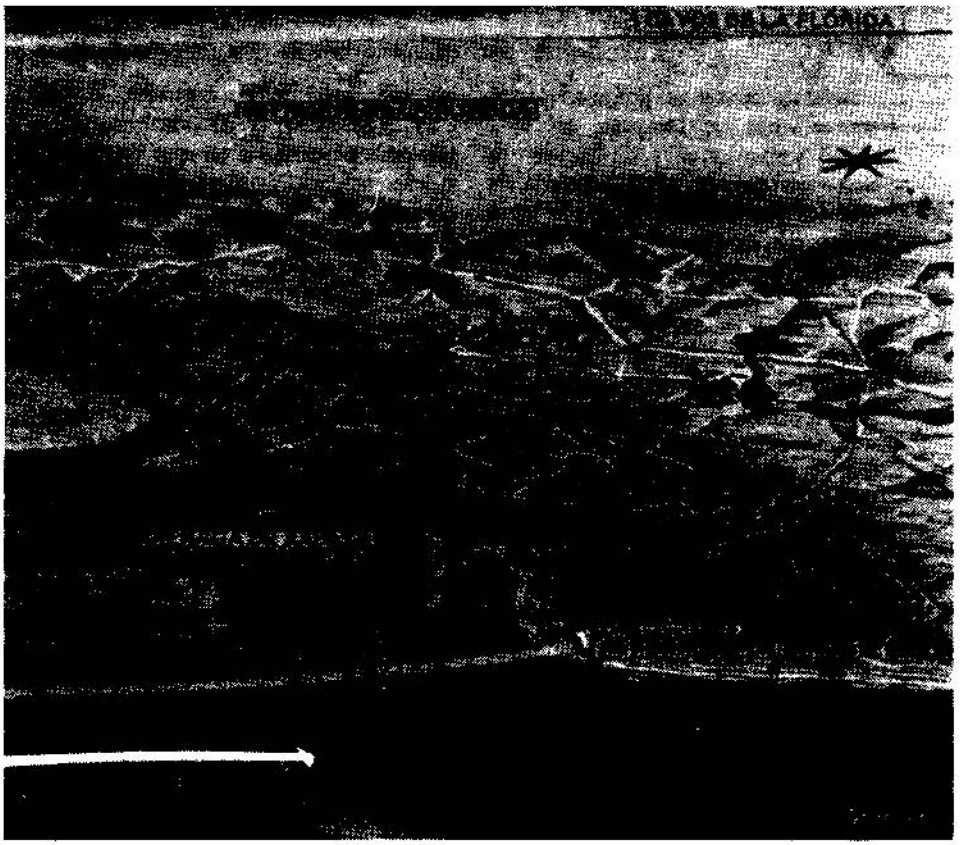


utilizaría como base de operaciones. Ello eliminaría los vuelos de ida y vuelta de Nicaragua a Cuba (que obligaban a trasponer una distancia total de 1,480 millas) cuya duración tomaba siete horas y dejaban a los bombarderos poco más de treinta minutos sobre su objetivo. A partir de entonces, obtenido ya el dominio absoluto del espacio aéreo de la isla, era lógico esperar que los planes de bombardeo de la aviación anticastrista, como se explicará, provocara la caída de Castro en muy pocos días.

El primer ataque aéreo, señalado para la mañana del sábado 15 de abril, tenía como único objetivo la destrucción en el suelo del mayor número posible de aviones de la Fuerza Aérea de Castro. El segundo, previsto para la mañana del domingo 16 de abril, debía destruir los aparatos restantes y bombardear las baterías antiaéreas y otros objetivos militares.

El tercer bombardeo aéreo, señalado para el lunes 17 de abril, debía proporcionar la certeza definitiva de que todos los aviones de Castro habían sido destruidos. Como ya se mencionó, se pre-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



veían ataques adicionales y repetidos para garantizar por completo que se había logrado el objetivo básico e indispensable. El tercer ataque tendría como otra finalidad la de bombardear las concentraciones de tanques, artillería propulsada y camiones, y de hundir un cañonero anclado en las inmediaciones de Cienfuegos. Según el plan, a partir de entonces los aviones realizarían misiones de apoyo sobre la cabeza de playa, coadyuvando así a preparar las condiciones necesarias para utilizar el aeródromo de Girón como base de operaciones de la Escuadrilla.

Por increíble que parezca, es absolutamente cierto que, por orden de la Casa Blanca, el *mínimo de cuarenta y ocho vuelos desde Nicaragua fue reducido a ocho.* Esta decisión daría el golpe de gracia a la Operación Pluto . . .

Durante el período de instrucción, una y otra vez los aviadores cubanos inquirieron de sus superiores norteamericanos si los B-26, carentes de "aguijones de cola", no serían presa fácil de los "chorros" de Castro. La respuesta del jefe militar norteamericano fue

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

clara y terminante: "No se preocupen por los cazas de Castro; no llegarán al aire". El confiado guerrero se hacía eco de los estrategas de Washington, que contaban con la destrucción completa de las fuerzas aéreas de los comunistas en el suelo. No es ocioso repetir cada vez que se pueda, que la Operación Pluto debía ser *esencialmente una operación aérea.*

La Escuadrilla Aérea Cubana Libre constaba de dieciséis bombarderos medios B-26, cuatro tetramotores C-54 y cinco bimotores C-46 (los aviones de los dos últimos tipos eran aparatos de transporte inermes, destinados a la conducción de paracaidistas y suministros). Todas aquellas unidades eran remanentes de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea; a los B-26 se les habían desmontado los cañones de cola para permitirles llevar el combustible necesario para el largo vuelo de ida y vuelta entre Nicaragua y Cuba. Los consejeros militares norteamericanos los consideraban totalmente adecuados para las exigencias aéreas de la Operación Pluto.

La fuerza invasora de que formaba parte la Escuadrilla Aérea, denominada Brigada de Asalto 2506, estaba constituida por 1,443 hombres. Habían sido adiestrados en dos localidades de la costa meridional de Guatemala por especialistas del ejército de los Estados Unidos, veteranos de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea. El nombre de "Brigada 2506" fue elegido porque era el número de serie del primer cubano que murió mientras la pequeña hueste se aprestaba para la invasión: un joven estudiante, afable e idealista, llamado Carlos Rafael Santana, que cayó en un barranco mientras realizaba un ejercicio físico. Su muerte, acaecida el 7 de septiembre de 1960, entristeció y unió a los hombres de la Brigada.

La Brigada 2506 constituía un auténtico muestrario de todos los estratos de la sociedad cubana. Estaba integrada por campesinos, pescadores, abogados, médicos y banqueros. Muchos de los reclutas eran hombres casados y tenían hijos; no era raro que en un mismo destacamento figurara un padre con su vástago. El grueso de la hueste estaba formado por estudiantes, pero había maestros, ingenieros, mecánicos, ganaderos y empleados. Aunque la gran mayoría eran católicos, había también protestantes y algunos hebreos. Además de cincuenta negros retintos, figuraban numerosos mulatos. Había unos 140 militares de carrera, pero la mayoría de los hombres carecían de previa formación marcial.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Así, pues, la Brigada estaba compuesta de hombres de diverso origen social, intelectual y político, y estas diferencias no habían dejado de crear cierta división entre ellos. Lo que les unía eran sus ideales democráticos y su sentido del deber, y su convicción unánime de que la invasión resultaría en una victoria.

Lo trágico de la Brigada —considerado a la luz de los acontecimientos ulteriores— era que sus miembros tenían una fe ciega en los Estados Unidos. Estaban absolutamente seguros de que sus amigos norteamericanos jamás les abandonarían. Sus instructores norteamericanos, a quienes los cubanos se sentían profundamente vinculados, se hallaban atónitos ante el ardor que mostraban durante el programa de adiestramiento, insistiendo en que se les explicara cada concepto que no entendieran bien y aprovechando ansiosamente todas las oportunidades de perfeccionar sus conocimientos militares.

En el trasfondo de todo se hallaba su certidumbre de que trataban con los representantes de la nación más grande y poderosa del mundo, que siempre había sido su amiga. Muchos hablaban inglés y habían estudiado en los Estados Unidos; conocían su historia y sus victorias militares. Ninguno de ellos concebía la posibilidad de una derrota. También conocían la historia de su país, en cuyas páginas encontraban ejemplos palpables de que una pequeña hueste podría vencer a un gran ejército. Con sólo 25 hombres Batista había tomado el poder en 1952; con sólo 12, Castro había iniciado su campaña guerrillera en 1956.

Por supuesto, no podían faltar algunos que otros perturbadores. Si bien tenían confianza en sus instructores norteamericanos, no dejaron de provocar rivalidades en la Brigada. Durante el período de instrucción estos cubanos levantiscos, doce en total, fueron expulsados de la Brigada y encarcelados por los norteamericanos.

La mejor valoración de la Brigada se halla contenida en un informe de un coronel veterano de la Infantería de Marina, que fue enviado a Guatemala como emisario especial del presidente con el fin de realizar una última inspección de la misma. Decía, en parte, lo siguiente:

> Mis observaciones han reforzado mi confianza en la capacidad de esta fuerza para llevar a cabo no sólo misiones iniciales de combate, sino también su último objetivo, el derrocamiento de Castro. Los jefes de la Brigada y de los distintos batallo-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

nes ya están al tanto de todos los pormenores del plan y se muestran entusiastas. Estos oficiales son jóvenes, vigorosos, inteligentes y están motivados por un fanático impulso de comenzar la batalla . . . Aseguran que conocen a su pueblo y opinan que, después de haber infligido una grave derrota a las fuerzas del adversario, éstas habrán de desvanecerse en las manos de Castro . . . Yo comparto su confianza.

En algunos aspectos, la Brigada está . . . mejor armada y equipada que las unidades de infantería del ejército norteamericano. A los hombres se les ha impartido . . . más conocimiento experimental de las condiciones de combate que el que normalmente reciben las tropas de los Estados Unidos. Quedé impresionado por la seria actitud de estos hombres . . . El embarque fue realizado con notable perfección. La Brigada suma ahora 1,400 hombres; una fuerza verdaderamente formidable.

También he observado cuidadosamente a la Fuerza Aérea Cubana (de la Brigada). Los aviones se mantienen con mucho amor propio y parte de la tripulación está tan ansiosa que ya los han armado. (nombre) . . . me informó hoy que, en su opinión, la Escuadrilla de B-26 es tan buena como la mejor de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. *Los oficiales de la Brigada . . . sólo recaban el envío continuo de suministros* (las cursivas son mías).

La Fuerza Aérea Cubana está bien adiestrada, armada hasta los dientes y lista para la acción[15].

Cuando el presidente Kennedy ordenó al Estado Mayor Conjunto que determinara un lugar de desembarco menos espectacular que Casilda, ni que decir tiene que se le obedeció, pero no sin que antes le hicieran constar por escrito su preferencia por Casilda-Trinidad, lo cual, por otra parte, le reiteraban verbalmente cada vez que se discutía el asunto. Sin embargo, a partir del momento en que Kennedy decidió en contra de la operación Casilda-Trinidad, la atención se concentró en Playa Girón. Era el principio de un proceso gradual de dilución y debilitamiento.

Al norte del punto elegido del desembarco se encuentra la gran

[15] Del artículo "We Who Tried", *Life*, 10 de mayo de 1963, p. 34.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Ciénaga de Zapata, que se extiende de este a oeste sobre una superficie de unos 100 km. y de norte a sur sobre un área de unos 30 km. Sin embargo, a lo largo de la costa el suelo es duro y rocoso y en los primeros 4.5 km. hacia el interior la tierra es suave y firme. Sólo hay tres carreteras, construidas a través de la ciénaga, que comunican la costa con el interior de la isla. La enorme extensión de tierras cenagosas y pedregosas está infestada de cocodrilos, mosquitos y enormes moscas prietas.

El plan de invasión preveía el lanzamiento de paracaidistas sobre cada una de las tres carreteras con el fin de impedir cualquier acceso prematuro a la cabeza de playa. Las tropas de asalto debían desembarcar en tres puntos a lo largo de los 65 km. de costa, el grueso en Playa Girón y otros destacamentos a 30 km. al noroeste y al este de la misma. (Tal como se produjeron los hechos, los invasores consiguieron ocupar por breve tiempo una zona de 65 km. de anchura y casi 30 km. hacia el interior). El primer desembarco despejaría la pista del aeropuerto de Girón, mientras los navíos mercantes de la flota de invasión descargarían la gasolina, las bombas, las municiones y los suministros, permitiendo el desembarco de un grupo de mecánicos de aviación muy bien adiestrados.

Con el dominio del aire y operando desde la zona de Girón, la Escuadrilla Aérea de la Brigada podía destruir fácilmente los puentes de ferrocarril y carretera, obstruir los escasos caminos que conducían a la cabeza de playa y hacer saltar cualquier tanque, camión, o pieza de artillería tirada por tractores que se acercara. En Matanzas, por ejemplo, donde pronto se me tendría prisionero con otros 3,500 hombres y mujeres, las dos únicas buenas carreteras que conducen de La Habana a la cabeza de playa se unen en una sola que discurre por un trecho considerable a lo largo de la bahía, con el mar a un lado y farallones al otro. Para alcanzar la cabeza de playa, los tanques y la artillería móvil de Castro, concentrados cerca de La Habana, elegirían indudablemente pasar por este camino unificado. En esta angostura se les podría convertir en un gigantesco montón de añicos. Constituirían un blanco perfecto para un ataque aéreo. La única otra carretera desde La Habana hasta la cabeza de playa era de una calidad muy inferior. Durante las primeras horas del martes 18 de abril, los prisioneros de Matanzas observamos la primera columna de tanques y carros de asalto que llegaba de La Habana y avanzaba lentamente, haciendo alto a cada paso, hacia el punto en que convergería con la segunda colum-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

na para atravesar el tramo vial unificado.

Pero lo que hemos descrito hasta ahora, sólo representaba la primera etapa de la invasión, concebida para proteger la cabeza de playa. La segunda consistía en interrumpir los servicios de energía eléctrica y las comunicaciones de toda la isla. Sin afectar la principal planta eléctrica de La Habana, con fuego de ametralladoras o explosiones de bombas podían destruirse seis transformadores situados en diversos puntos de la isla y carentes de toda protección. Esto paralizaría del 90 al 95 por ciento de los servicios de radio, televisión, teléfono y telégrafo, así como las plantas industriales del país cuyo funcionamiento depende del suministro de energía eléctrica.

El abastecimiento de agua en Cuba, incluso en los hogares más humildes, depende también de la energía eléctrica. La destrucción de los seis transformadores paralizaría el 95 por ciento de los servicios de agua del país. Incendios irrefrenables iluminarían entonces los cielos cubanos en cada pueblo y ciudad a través de las seis provincias.

En tales condiciones de pánico, con la industria paralizada por falta de energía eléctrica, con fuegos espectaculares ardiendo en instalaciones vitales de toda la isla por falta de agua, con Castro sin poder hablar al pueblo por la radio o la televisión y, lo más importante de todo, con el conocimiento por parte de la población de que los Estados Unidos estaban apoyando la invasión, *no hay cubano que no esté convencido de que el régimen de Castro habría caído en una semana.*

Y eso no era todo. El plan de invasión preveía también la inmovilización de los tanques, camiones y cañones tirados por tractores del ejército de Castro, privando a sus fuerzas de combustible. Cuba carece de yacimientos carboníferos y sólo posee insignificantes depósitos de petróleo. A excepción de la industria azucarera, que consume bagazo (el residuo que queda después de moler la caña de azúcar y extraerle el jugo), casi todas sus necesidades de combustible se cubren mediante la importación de petróleo crudo que es transformado en gasolina en tres principales refinerías, dos en La Habana y una en Santiago de Cuba.

Los consejeros norteamericanos dieron instrucciones a los pilotos cubanos de no bombardear las instalaciones de las refinerías. La parte más vulnerable de una refinería no es el equipo de transformación, como se cree vulgarmente, pues los ingenieros constru-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

yen los reactores, hornos y torres de forma que resistan las explosiones accidentales, los huracanes y los fuegos. La forma de paralizar una refinería, se dijo a los pilotos, es bombardear los transformadores maestros situados a corta distancia de las plantas eléctricas. Sin electricidad, una refinería no puede funcionar; los motores y bombas permanecen inertes, no hay agua ni luz.

Naturalmente, los tanques de almacenamiento de gasolina eran el objetivo preferido. Además de los situados junto a las tres refinerías, a través de la Isla había quince instalaciones principales de almacenamiento de combustible. También éstas eran blancos importantes. Además, los pilotos cubanos tenían su propio plan. Había 3,000 estaciones de servicio diseminadas por todo el país, pequeñas en sí, aunque importantes en su conjunto. Los pilotos conocían la ubicación de cada una de ellas, pero, a fin de evitar innecesarios derramamientos de sangre, sólo pensaban destruir las principales, es decir, las situadas a proximidad de las grandes guarniciones del ejército castrista.

Por consiguiente, existía la certeza de que, con un absoluto dominio del aire y operando desde su cercana base aérea, la escuadrilla de los invasores podría paralizar o destruir a su antojo todas las refinerías e instalaciones de almacenamiento. Todas carecían de defensas antiaéreas; todas eran enteramente vulnerables. Los camiones, tanques, cañones propulsados por tractores y vehículos de Castro, pronto habrían quedado inmovilizados. El único armamento móvil sería el de los invasores, suministrado desde las playas.

Las condiciones internas de Cuba en abril de 1961 presagiaban la caída del régimen. Las acciones clandestinas y terroristas aumentaban cada día. Estallaron bombas en edificios del gobierno e instalaciones industriales. No era raro ver cruzar a toda velocidad por las calles de La Habana automóviles cargados de rebeldes armados, contribuyendo a la convicción de que se estaba acercando el fin del régimen. Como ya he dicho, tres días antes de la invasión la famosa tienda El Encanto, la mayor de La Habana, había sido quemada hasta los cimientos por los saboteadores.

Finalmente, un selecto grupo de dirigentes políticos sería transportado por aire hasta Girón con el fin de establecer un gobierno provisional y solicitar reconocimiento diplomático y ayuda militar. Se sabía que la mayor parte de los países de la zona del Caribe estaban dispuestos a responder favorablemente a tal solicitud.

La CIA jamás tuvo en cuenta que los desembarcos provocaran

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

inmediatamente una insurrección general, cosa bastante improbable de suceder en un estado dictatorial[16]. Por el contrario, mantenía la opinión de que, 1) si se conseguía consolidar la cabeza de playa, 2) si las fuerzas de Castro eran derrotadas en ofensivas lanzadas desde los puntos de desembarco, y 3) si la Brigada, con el dominio del aire, podía abastecer puntos remotos, la insurrección podía producirse. Al menos habría deserciones masivas de la milicia de Castro. También se opinaba que, después de algunos días, a raíz del reconocimiento del nuevo gobierno por parte de varios países hispanoamericanos y por los Estados Unidos, Castro acogería favorablemente un llamamiento al cese de las hostilidades, que se concedería con la condición de que se celebrasen elecciones libres en un futuro inmediato.

Tal era el plan de invasión elaborado por la CIA, aprobado por el mando militar conjunto y perfeccionado por los invasores cubanos. Estaba magistralmente concebido, según le oí reconocer al propio Castro. En los días en que Carmen y yo nos hallábamos asilados en la embajada italiana, Castro afirmó por televisión que, si los invasores hubieran conseguido consolidar su cabeza de playa, el coste en vidas para reducirlos habría sido prohibitivo. En realidad, si el plan original se hubiese ejecutado a la letra, no hubiera tenido la menor posibilidad de realizarlo.

El 4 de abril, el plan concebido para producir estos resultados fue presentado para su revisión definitiva en el curso de una dramática reunión de la Secretaría de Estado presidida por el presidente Kennedy. Entre los presentes figuraban: el secretario de Estado, Dean Rusk; el secretario del Tesoro, Douglas Dillon; el senador J. William Fulbright, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado; el general Lyman Lemnitzer, jefe del Estado Mayor Conjunto; el almirante Arleigh Burke, jefe de Operaciones Navales; Allen W. Dulles, director de la CIA; el general Charles P. Cabell, subdirector de la CIA; Paul Nitze, subsecretario de Defensa; Thomas Mann, subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos; los ayudantes presidenciales McGeorge Bundy, Arthur M. Schlesinger, Jr., y Richard Goodwin; el consultor presidencial Adolf Berle, y Richard M. Bissell, de la CIA, encargado de la supervisión directa de la Operación Pluto.

[16] Charles C. V. Murphy, "Cuba, The Record Set Straight", *Fortune*, septiembre de 1961.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Richard M. Bissell, Jr.

Bissell es un hombre modesto, carente de toda presunción y dotado de la facultad de adoptar decisiones inteligentes. Es un caballero de aspecto apacible, que habla en un tono suave. Pero esa vez habló firme y lúcidamente, explicando que el elemento esencial de la operación propuesta era la destrucción de la pequeña fuerza aérea de Castro en los distintos aeropuertos, mediante tres ataques aéreos como mínimo, anteriores a la invasión. Esto, dijo, podían realizarlo fácilmente los bombarderos pilotados por cubanos, con arreglo a las indicaciones de las fotografías de reconocimiento norteamericanas.

Todos los presentes en la atestada sala de conferencias prestaron a Bissell una respetuosa atención. Era el principal responsable del éxito que le correspondía a la CIA en el brillantísimo programa de satélites de reconocimiento de los Estados Unidos, que abrieron las misteriosas inmensidades de la Unión Soviética a la inspección

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



J. William Fulbright.

directa del contraespionaje norteamericano. Previamente había tomado parte en la creación de la asombrosa Escuadrilla Aérea independiente de U-2, cuyo mando habría de asumir[17]. Estos dos logros científicos eran de incalculable importancia para los Estados Unidos. Cambiaron todo el aspecto estratégico del mundo antes de que Kennedy se hiciera cargo de la presidencia. En los días de Playa Girón habían confirmado otros partes secretos en el sentido de que los soviéticos no habían creado ni montado ningún proyectil balístico intercontinental (ICBM). El presidente Kennedy sabía perfectamente que cualquier amenaza soviética de apoyar a Castro con proyectiles balísticos intercontinentales sería una fanfarronada.

La única voz que se alzó contra la Operación Pluto en el curso de aquel cónclave fue la del senador Fulbright, que denunció el

[17] Joseph Alsop, "A Debt Is Owed" *The Hartford Courant*, 26 de diciembre de 1963.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

plan calificándolo de inmoral. Seis días antes había entregado un memorándum al presidente en el que proponía una política de contención frente a la amenaza castro-comunista. Aquel extraordinario documento terminaba con estas palabras: "tenga siempre presente que el régimen de Castro es una espina en la piel; mas no *una daga en el corazón*"[18]. En vista de lo que habría de ocurrir a los pocos días, es significativo que en aquella ocasión el secretario de Estado Dean Rusk no se opusiera al plan.

Al día siguiente, 5 de abril, el presidente Kennedy tomó la decisión de proseguir los planes de la Operación Pluto. El Día D sería el lunes, 17 de abril de 1961.

[18] Schlesinger, p. 251.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

14

El fracaso de la invasión

Hubo gran regocijo en "Happy Valley" cuando se supo que el presidente Kennedy había otorgado su visto bueno. "Happy Valley" era el nombre en clave de Puerto Cabezas, una población costera de Nicaragua adonde la Brigada 2506 había sido transportada por aire desde Guatemala. El traslado de la Brigada había durado varios días; las ventanillas de los aviones de transporte habían sido recubiertas de cinta adhesiva a fin de que los hombres, sometidos al más estricto control por parte del mando norteamericano, no supiesen cuál era su destino hasta que aterrizaran. A su llegada ya les esperaba la Escuadrilla Aérea de la Brigada, así como varios buques de carga.

La moral en "Happy Valley" seguía siendo muy alta. Sabiendo que la invasión había sido aprobada por el presidente, los hombres proseguían su adiestramiento con renovado celo, tanto de día como de noche. A menudo entonaban el himno nacional cubano cuando todos se congregaban para un breve descanso.

En la mañana del viernes 14 de abril de 1961, por vez primera se distribuyeron copias del plan de invasión a los oficiales cubanos:

> A partir de la Hora-H del Día-D, la Brigada efectuará desembarcos anfibios y de paracaidistas, tomará, ocupará y defenderá las cabezas de playa en la zona de la Bahía de Cochinos y Playa Girón, en la Ciénaga de Zapata, a fin de establecer una base desde la que puedan efectuarse operaciones terrestres y aéreas contra el gobierno de Castro en Cuba . . .

El plan, pormenorizado en un extenso mapa, parecía espléndido. Setenta y dos toneladas de armas, municiones y pertrechos, suficientes para apoyar a 4,000 hombres, se descargarían el Día D; en

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

los diez días siguientes otras 415; posteriormente 530 más y luego 607[1]: "los suministros a las cabezas de playas serían ininterrumpidos"[2]. Se dijo a los hombres que las fuerzas de Castro estaban desorganizadas y que no habría ningún contingente militar en las cercanías de la zona invadida. Castro dispondría de alguno que otro tanque y carecería de aviones.

Nada se dijo acerca del apoyo aéreo de los Estados Unidos, pero se aseguró a los cubanos que no habría ningún avión de Castro en el aire y que sus columnas no podrían llegar a las cabezas de playas porque serían destruidas desde el aire. Ningún camión o tropas conseguirían pasar, pues todas las carreteras habrían sido bombardeadas. Millares de litros de gasolina serían transportados en barcos mercantes a fin de que la Escuadrilla Aérea pudiera acometer inmediatamente sus misiones de empuje una vez tomado el aeródromo de Girón. Estas misiones destruirían los principales puentes de ferrocarril y carretera a fin de proteger las cabezas de playas. Habría una maniobra de diversión en la provincia de Oriente y un desembarco simulado en la de Pinar del Río, realizado con artefactos especiales de acústica, que dieran la impresión de que se estaba librando una gran batalla. Esta estratagema llegó a desconcertar a Castro, retrasando el envío de vehículos blindados a la zona de Girón. El "Líder Máximo" sabía que la invasión habría de producirse —no podía constituir una sorpresa estratégica— pero no cuándo ni dónde.

Los cubanos estaban tan impresionados que a nadie se le ocurrió formular preguntas. Al disolverse la reunión, los hombres se hallaban imbuidos de un elevado espíritu.

En cambio, en Washington, el entusiasmo era escaso. Algunas informaciones publicadas el 11 de abril indicaban que en el seno del gobierno habían surgido graves discrepancias acerca de la magnitud de la ayuda que los Estados Unidos debían prestar a los patriotas cubanos empeñados en derrocar a Castro. Los mismos informes señalaban que algunos de los participantes en la reunión del 4 de abril se habían apartado de su postura anterior.

Hoy día ha podido determinarse que uno de los principales

[1] Haynes Johnson, *The Bay of Pigs* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 1964), p. 84.

[2] Del artículo "We Who Tried", *Life*, 10 de mayo de 1963, p. 34.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

críticos fue Chester Bowles, un ex-directivo de una agencia de publicidad neoyorquina, que había pasado a ser el segundo jerarca de la Secretaría de Estado. Cuando a finales de marzo Rusk abandonó su cargo para concurrir a una conferencia de la SEATO, Bowles, posesionado interinamente de la cancillería, se enteró de los planes de invasión, sobrecogiéndose de pavor. Redactó un memorándum destinado a Rusk, en el cual se oponía enérgicamente a la empresa, y al regreso de éste solicitó autorización para llevar sus quejas al presidente. Rusk le comunicó a Bowles la impresión de que la magnitud del proyecto habría de ser mermada, reduciéndosele probablemente a una operación de guerrillas, calmando así las inquietudes de su subordinado[3].

Del mismo modo, el senador Fulbright entregó al presidente el memorándum de que hicimos mención en el capítulo anterior, que Schlesinger calificó de "brillante". Si la invasión triunfase —sostenía— sería denunciada en todos los países hispanoamericanos y causaría problemas en las Naciones Unidas. Si pareciera que iba a fracasar, "podríamos sentirnos tentados de utilizar nuestras fuerzas armadas . . ." El apoyo de cualquier plan equivaldría a "la hipocresía y el cinismo de que los Estados Unidos acusan constantemente a la Unión Soviética . . ." Fulbright abogó firmemente en favor de una política de contención[4].

Arthur M. Schlesinger, Jr., gozaba de cierto valimiento en el gobierno de Kennedy durante los meses iniciales del mismo. A principios de febrero, entregó al presidente un memorándum en el que le advertía que el plan de invasión "estamparía una imagen desfavorable del nuevo gobierno en millones de mentes"[5]. Después de la reunión del 4 de abril en la Secretaría de Estado, notificó a Kennedy de que se oponía a la operación. Considerando que no había insistido lo suficiente en su postura, a primera hora del día siguiente preparó un memorándum en el que preveía la posibilidad de que, si la invasión pareciera que estaba en vías de fracasar y los cubanos pedían ayuda armada a los Estados Unidos, las presiones del congreso y de otra índole podían hacer difícil resistirse a la demanda de despachar a Cuba a la Infantería de la Marina[6].

[3] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 250, 251.

[4] *Ibid*, p. 250.

[5] *Ibid*, p. 240.

[6] *Ibid*, p. 254.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

"Una política de intervención jaquetona daría al traste con la nueva imagen de los Estados Unidos", le advirtió Schlesinger al presidente. "Es esta renovada fe mundial en los Estados Unidos lo que está en juego en la operación cubana"[7]. Más tarde Schlesinger explicaría su postura: "Lo más deprimente de toda la serie de reuniones había sido observar a una colección de funcionarios, algunos de ellos heredados del gobierno anterior, aprestarse tranquilamente a sacrificar la creciente fe del mundo en el nuevo presidente norteamericano con el fin de defender *sus propios intereses* y perseguir objetivos *personales*"[8] (las cursivas son mías). Cinco días después de haber elevado este memorándum, Schlesinger le entregó al presidente un segundo documento concebido en análogos términos.

El 6 de abril Schlesinger desayunó con Richard Goodwin para ventilar nuevas gestiones destinadas a trastrocar el plan de la CIA. El bisoño Goodwin le había escrito varios discursos al presidente, quien no había vacilado en confiarle la asesoría de asuntos hispanoamericanos, pese al hecho de que desconocía los rudimentos de la parla castellana y de que en toda su vida había pasado menos de dos semanas en Hispanoamérica. Acre y arrogante, Goodwin no había tardado en malquistarse con los funcionarios de carrera de la Secretaría de Estado. En el curso de aquella mañana fue a ver a Rusk para expresarle su oposición al plan[9]. Instó a Schlesinger a que le enviara a Rusk sendas copias de sus memorándums a Kennedy y a coronar este esfuerzo con una visita personal al canciller, que aquél realizó a la mañana siguiente. Rusk le diría después a Schlesinger que había logrado mermar la intensidad del asalto anfibio[10].

La última aportación de Schlesinger a los sucesos anteriores a la invasión fue la preparación de un Libro Blanco sobre Cuba que incluía esta absurda afirmación: "Reconocemos nuestros anteriores errores y omisiones en nuestra relación con ellos (los cubanos)"[11]. Cuando este documento pasó por el proceso de aprobación a través de los distintos órganos gubernamentales, incluso a Edward R. Murrow, que entonces dirigía la USIA (Agencia de Información de los Estados Unidos), le pareció "demasiado chispeante y liberal"[12].

[7] *Ibid*, p. 255.
[8] *Ibid.*
[9] *Ibid*, p. 257.
[10] *Ibid.*
[11] *Ibid*, p. 245.
[12] *Ibid*, p. 246.

Rollo del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Murrow se opuso específicamente a la confesión de errores y omisiones. Pero Schlesinger, sacando el mayor partido de su ascendiente en la Casa Blanca, hizo frente a sus críticos, y el documento quedó virtualmente intacto.

Emplazado en medio de las facciones opuestas —la CIA y el Estado Mayor Conjunto por una parte y los políticos "liberales" por otra— el presidente Kennedy vaciló. Finalmente accedió a realizar nuevas componendas que desmembraron radicalmente el plan primitivo. Toda esta tramoya se efectuó a espaldas de la CIA y del Estado Mayor Conjunto, quienes, al enterarse, utilizaron todos los recursos a su alcance con el fin de obtener una contraorden.

Cuando el plan de Zapata se presentó por vez primera al presidente, éste sugirió algunos cambios encaminados a reducir el barullo publicitario, tales como que los barcos invasores descargaran antes del alba. En todo el magnífico historial norteamericano de operaciones anfibias en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, jamás se había intentado realizar un desembarco nocturno. También en este caso los consejeros militares de Kennedy se opusieron a un asalto en la obscuridad de la noche. Temían que los afilados arrecifes de coral sumergidos bajo las aguas de la costa cubana pudieran constituir una grave amenaza para el desembarco nocturno, poniendo en peligro la operación, pero el presidente se mantuvo firme. Después de todo, había que tener en cuenta la "opinión mundial".

La siguiente componenda decisiva se refería al primer ataque aéreo contra los aeropuertos de Castro, señalado para la madrugada del sábado 15 de abril. El plan preveía un ataque de primera magnitud, utilizando los dieciséis bombarderos de la escuadrilla. En esta coyuntura entró en escena la Secretaría de Estado, argumentando que la formación atacante parecería demasiado numerosa para ser congruente con la ficción de que el ataque aéreo había sido urdido exclusivamente por pilotos cubanos desertores. Por tanto, y por orden de la Casa Blanca, su fuerza fue reducida a ocho aviones. Esta orden redujo a cuarenta los cuarenta y ocho vuelos programados desde "Happy Valley".

Aproximadamente una semana antes de la invasión se canceló totalmente el segundo de los tres ataques planeados (señalado para el domingo 16 de abril). La razón aducida fue la necesidad de mantener el simulacro de que Washington no se hallaba involucra-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

do en la operación. Los consejeros políticos del presidente también determinaron que dos ataques aéreos (en realidad uno y medio) serían suficientes para destruir los aviones de Castro en las pistas y hangares. El número de vuelos desde "Happy Valley" quedó ahora reducido a veinticuatro.

Las enmiendas y mutilaciones del plan original alarmaron grandemente al mando militar conjunto y a los funcionarios de la CIA responsables de la operación. Tal era su preocupación, que pensaron recomendar que se anulara la orden de invasión. Sin embargo, tras de examinar nuevamente los planes, determinaron que el tercer ataque aéreo, señalado para el Día D (lunes 17 de abril), eliminaría los pocos aviones que le quedaran a Castro. La mayor parte de la Fuerza Aérea Revolucionaria se hallaba concentrada en una base próxima a La Habana, bajo la vigilancia constante de los aviones de reconocimiento norteamericanos.

El 12 de abril aumentó la intranquilidad en la CIA y el Pentágono cuando el presidente Kennedy sin haber consultado previamente con ningún asesor militar, afirmó en su conferencia de prensa que "en ningún caso habrá intervención en Cuba por parte de las fuerzas armadas de los Estados Unidos". El gobierno, dijo, se asegurará de que "no haya ningún norteamericano comprometido (en la operación)". Esta desafortunada frase ató con antelación las manos de los Estados Unidos. Un indicio de las razones que tuvo el presidente para formular semejante declaración, podría encontrarse en un testimonio de Schlesinger, según el cual, el 10 de abril le sugirió a Kennedy en otro memorándum que, "como primer resguardo contra una intervención gradual" debía advertirse a los jefes de la emigración cubana que "en ninguna circunstancia previsible despacharemos tropas norteamericanas . . ."[13]

"Kennedy comprendió esto cabalmente, así que no hubo necesidad de aguijonearle", añadió Schlesinger. También ejerció presión el embajador Adlai Stevenson, quien, según Schlesinger, expresó sus recelos en el curso de una conferencia que se celebró en la Casa Blanca, asegurándole el presidente que, "ocurriera lo que ocurriera, no se utilizarían las fuerzas armadas de los Estados Unidos . . ." El anuncio del presidente, reafirmado tres días después por Stevenson ante las Naciones Unidas y por el secretario Rusk en su conferencia de prensa el 17 de abril, constituyó uno de los factores que contribuyeron al desastre.

[13] *Ibid,* p. 262.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Los ocho aviones autorizados para tomar parte en el primer ataque aéreo llegaron a la costa meridional de Cuba en la madrugada del sábado 15 de abril, emprendiendo tres rumbos diferentes. Penetrando a baja altitud, atravesaron la isla sin ser detectados por las rudimentarias instalaciones de radar de Castro. El ataque tomó por sorpresa a los castristas. Tres aviones bombardearon las pistas de San Antonio de los Baños; otros dos atacaron el aeropuerto de Santiago de Cuba; los tres restantes arrojaron sus bombas sobre el Campamento de Columbia, en La Habana. La Escuadrilla Cubana Libre perdió tres aviones: un B-26 fue alcanzado por el fuego antiaéreo y estalló en el mar, pereciendo ambos pilotos; otro, en su viaje de regreso a Nicaragua, se estrelló al aterrizar en Gran Caimán, una pequeña isla inglesa al sur de Cuba; un tercero se hizo pedazos al llegar a una base norteamericana próxima a Cayo Hueso.

Los cubanos y sus supervisores norteamericanos consideraron que el restringido ataque había constituido un éxito. La fuerza aérea de Castro había sido reducida a la mitad —pero aún le quedaban al menos dos retropropulsores, tres "Sea Furies" y dos B-26. De no haber sido cancelado el segundo ataque habría dado buena cuenta de ellos, y, si éste no lo hubiese logrado por completo, el tercer ataque asestaría el descalabro final.

En un informe televisado a la nación, le oí reconocer a Castro que sus fuerzas aéreas habían sufrido graves daños a consecuencia del primer bombardeo. Sin embargo, afirmó que inmediatamente había ordenado la dispersión de los restantes. El hecho es que el servicio de reconocimiento aéreo norteamericano, el mejor del mundo, localizó a cada uno de los aviones que quedaban e informó de su ubicación exacta a "Happy Valley". Castro se hallaba absolutamente imposibilitado de ocultar sus aviones. No cabía la menor duda de que el tercer ataque (cuyo comienzo seguía señalado para la 1:40 de la madrugada del lunes) despedazaría a los aparatos en sus escondrijos. Sin embargo, en Washington habría de producirse un nuevo acaecimiento, totalmente inesperado, que cambiaría el panorama.

A las tres de la tarde del domingo 16 de abril, los pilotos de los B-26 estacionados en "Happy Valley" fueron convocados para celebrar una reunión al fondo de la barraca de operaciones. Durante las cuatro horas siguientes los oficiales del servicio de información militar de los Estados Unidos les explicaron pormenorizadamente los diversos aspectos de la misión del lunes por la mañana,

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

mostrándoles asombrosas fotografías aéreas tomadas por los aviones de reconocimiento norteamericanos. Las fotos mostraban claramente la ubicación de cada avión y batería antiaérea de Castro; las concentraciones de tanques, cañones y camiones, y un cañonero anclado a lo largo de Cienfuegos, en la costa meridional. Nuevamente se hizo hincapié en el objetivo primordialísimo: "*¡Destruir todos los aviones de Castro en el suelo!* "

A las siete y media de la tarde, una vez impartidas las instrucciones específicas a cada piloto, un consejero norteamericano llamado Gregory Bell entró en la habitación. Ojeando un papel que llevaba en la mano, manifestó a los cubanos que tal vez no tendrían que emprender la misión señalada para el lunes. (Aparentemente, otros aparatos se encargarían de la aviación de Castro). No obstante, se ordenó a los pilotos y a las dotaciones que se mantuviesen listos hasta que la base confirmara la orden de Washington. Poco después de la medianoche, Bell volvió con la confirmación de que el tercer ataque había sido oficialmente cancelado. Ello reducía los cuarenta y ocho vuelos previstos desde "Happy Valley" a ocho: *los ocho que ya se habían realizado.*

Los pilotos cubanos se percataron de que en Washington se había adoptado una decisión trascendental, pero, como es natural, supusieron que la misma sería favorable a su causa. Dado que no existía ninguna otra Escuadrilla Aérea Cubana Libre, opinaron que la contraorden sólo podía significar que se habían asignado aviones militares norteamericanos para destruir los restantes aparatos de Castro.

Aquella noche todos se hallaban más confiados que nunca en el buen éxito de la invasión.

Su confianza era injustificada. El día anterior —sábado 15 de abril— la noticia del primer ataque aéreo contra los aeródromos cubanos había tenido graves repercusiones en las Naciones Unidas. Raúl Roa, ministro de Relaciones Exteriores de Castro, se presentó ante la Comisión Política de la Asamblea General y afirmó que los bombardeos constituían el preludio de una invasión planeada, financiada y dirigida por los Estados Unidos.

Como parte de la Operación Pluto, dos bombarderos B-26, pintados con los colores y emblemas de los B-26 de la Fuerza Aérea Revolucionaria (FAR), habían volado directamente desde Nicaragua a Cayo Hueso y Miami, donde los pilotos cubanos libres decla-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Raúl Roa, canciller de Cuba Roja, denunciando ante las Naciones Unidas que los bombardeos de los aeródromos militares cubanos constituían el preludio de una invasión.

raron que el bombardeo de la mañana era obra de los propios pilotos de Castro, quienes, al igual que ellos, se estaban rebelando contra el régimen comunista. Según la información más verosímil que he podido recoger —si bien no me ha sido factible comprobarla— el origen de este ardid emana de la Secretaría de Estado, pero pudo haberse generado en la CIA. Fue una sugerencia formulada en el último instante y concebida con el fin de resguardar aún más la "imagen" de los Estados Unidos. La ilusión de que tal subterfugio podría mantenerse en secreto durante cuarenta y ocho horas, en plena sesión de las Naciones Unidas, y la incapacidad para medir las consecuencias de su descubrimiento, fueron uno de los numerosos errores políticos que se cometieron durante aquel doloroso proceso.

Cuando el piloto y el avión llegaron a Miami, se les tomaron diversas fotografías y las imágenes se distribuyeron inmediatamente por medio de las agencias de noticias. Al refutar las acusaciones de Roa, Stevenson afirmó rotundamente que los aviones de bombardeo pertenecían a la Fuerza Aérea Revolucionaria y que los pilotos eran desertores de la misma. Citó como prueba las fotografías de Miami. No sabía que se trataba de una tramoya; por razones de su propia conveniencia, la Secretaría de Estado había determinado mantenerlo ignorante de ello[14]. Por consiguiente, admitió el embuste acerca de los pilotos "desertores" al pie de la

[14] Johnson, p. 92.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Adlai Stevenson en los momentos en que exhibía la foto del presunto piloto desertor de la Fuerza Aérea Revolucionaria.

letra, rechazando al punto las acusaciones de Roa con brío y elocuencia —y cayendo en una apretada situación.

Al avisado Roa le fue fácil desbaratar la patraña. El B-26 que había sido llevado a Miami por el piloto "desertor" poseía ciertas características que lo distinguían claramente de los B-26 de Castro. El delegado cubano prosiguió su intervención afirmando que los "mercenarios" contratados por los Estados Unidos estaban a punto de bombardear nuevamente a Cuba. Stevenson respondió que "se habían tomado medidas para poner bajo custodia judicial a los aviones cubanos que aterrizaron en la Florida y que no se les permitiría despegar con rumbo a Cuba"[15]. De ello se infería claramente que no habrían de producirse nuevas incursiones aéreas.

En la confusión subsiguiente, una cosa es cierta: cuando Stevenson desentrañó la verdad en torno a la patraña del piloto "desertor", origen de su apurada situación ante las Naciones Unidas, montó en cólera[16]. Se ha dicho que amenazó con dimitir si se lanzaban nuevos ataques. Cuando presa de enojo, telefoneó a Rusk desde Nueva York, para hacer hincapié en su opinión de que la realización de nuevos ataques colocarían a los Estados Unidos en una situación internacional insostenible, Rusk capituló. Mc George Bundy asintió con el canciller, y ambos llamaron por

[15] *Ibid*, p. 93.

[16] Hanson W. Baldwin, "The Cuban Invasion", *The New York Times*, 31 de julio de 1961, p. 3. Véase también Stewart Alsop, "The Lessons of the Cuban Disaster", *The Saturday Evening Post*, 24 de junio de 1961, p. 70.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

teléfono al presidente que se encontraba en Middleburg, Virginia, a altas horas de la tarde del domingo. Kennedy convino en el mismo criterio, ordenando la anulación de los otros ataques aéreos. Castro acababa de ser entronizado como dueño y señor de los aires cubanos.

La decisión de Kennedy fue enteramente política. Su gobierno sólo llevaba tres meses en el poder. En dos ocasiones Stevenson había sido candidato a la presidencia y contaba con un nutrido grupo de prosélitos liberales. En 1960, el respaldo de los adeptos de Stevenson había contribuido a la victoria electoral de Kennedy en las grandes ciudades y a asegurarle el insignificante margen que consagró su triunfo. Stevenson no abrigaba dudas de que en él recaería la cartera de Estado del nuevo gobierno. Sin embargo, como Kennedy recelaba de su capacidad para tomar decisiones, prefirió ofrecerle el cargo de Delegado Permanente ante las Naciones Unidas, que Stevenson al principio rechazó[17]. Cuando Kennedy le preguntó a Schlesinger si sabía qué razones le habían impulsado a declinar la oferta, éste respondió que Stevenson quería contribuir a determinar las directrices de la política exterior en lugar de ser un instrumento de la Cancillería de Washington. Pero cuando Rusk fue nombrado secretario de Estado, Stevenson aceptó finalmente el cargo de embajador ante la ONU. Rusk le había apoyado en la campaña de 1960, laborando activamente en su favor.

Actualmente Rusk y Bundy son los únicos personajes que pueden ofrecer una versión fidedigna de la presión que el 15 y 16 de abril, y por conducto de ambos, Stevenson ejerció sobre el presidente, con el fin de obtener la anulación de los ataques aéreos. Sin embargo, las medidas que coronaron el agitado fin de semana son innegables. En la noche del domingo 16 de abril, la Casa Blanca dio orden de anular el último y decisivo ataque aéreo programado para la mañana siguiente, al amanecer del Día D. La orden fue transmitida al general C. P. Cabell, subdirector de la CIA, por el ayudante presidencial McGeorge Bundy, quien poco después realizó un apresurado viaje a Nueva York para aplacar el ánimo de Stevenson. Hanson Baldwin, comentarista militar de *The New York Times*, expresó más tarde la opinión de que "la anulación era aparentemente el resultado de las protestas del se-

[17] Schlesinger, p. 138 - 139.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

cretario de Estado Dean Rusk y, por conducto suyo, del Sr. Stevenson"[15].

El tercer ataque por cuenta de la Escuadrilla Aérea de la Brigada, que debía realizarse al mismo tiempo en que se produjera la invasión, no podía en modo alguno haber ocasionado nuevos perjuicios al prestigio norteamericano ante la opinión mundial. En aquellos críticos momentos, se vislumbraban claramente los designios de Washington y ya nada podía ocultarse. Tanto las tropas de asalto como los aviones atacantes eran realidades tangibles originadas en un físico mundo inmediato a Cuba. Cualquier argumento de "no-intervención" que pudiera aducirse para anular el segundo ataque aéreo no era aplicable al tercero señalado para el lunes. La decisión de anularlo se debió a razones políticas internas: apaciguar a un hombre, Adlai Stevenson.

Esa decisión selló el destino de la invasión, condenándola al desastre. Para los 1,500 embarcados con rumbo a Playa Girón, entrañó una sentencia de muerte —o, en el mejor de los casos, el cautiverio y la tortura— dictada por la nación que los había movilizado, adiestrado y despachado. La hipótesis de que este acto a todas luces inmoral hubiera podido realzar de algún modo la imagen mundial de la nación norteamericana, contraviene los más elementales principios de la lógica. La suspensión inmediata de la invasión hubiera podido parecer un acto razonable; su abandono a la destrucción carecía de toda lógica.

La orden de anulación constituyó un rudo golpe para la CIA. Cabell, un general de la Fuerza Aérea con un brillante historial de combate, y Bissell, encargado de supervisar la Operación Pluto, se dieron cuenta al instante de la catástrofe inminente. Sin pérdida de tiempo se dirigieron a la Secretaría de Estado.

El secretario Rusk escuchó sus argumentos y ruegos, pero insistió en que las desventajas *políticas* de las incursiones aéreas pesaban más que cualquier otra consideración. La fuerza invasora se hallaba en el mar y dentro de unas horas llegaría a su destino. Se le hizo presente a Rusk que los B-26 de los cubanos libres, por ser aviones lentos y anticuados no podían enfrentarse a los chorros de Castro, que aún se hallaban en estado de combate. Estos aparatos podrían dominar los cielos, hundir los barcos con sus cohetes y diezmar la fuerza de desembarco. El secretario no se dejó conmo-

[18] Baldwin, p. 3.

Recibido del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ver. Los factores políticos tenían prioridad, dijo, añadiendo que, en su opinión, la CIA estaba exagerando el peligro de los aviones enemigos[19].

A raíz de haber terminado sus estudios en el Davidson College de Carolina del Norte, Rusk había ingresado en la reserva militar de los EE. UU. con el rango de oficial. Había tomado parte en dos campañas bélicas realizadas en Birmania, ascendiendo a segundo jefe de Estado Mayor de ese teatro de operaciones con la graduación de coronel. En febrero de 1946 se le dio de baja del servicio activo al pasar a la Secretaría de Estado, y posteriormente se le nombró director de la Oficina de Asuntos Políticos Especiales, que más tarde pasaría a ser la Oficina de Asuntos de las Naciones Unidas. En 1949 fue designado subsecretario para Asuntos de las Naciones Unidas. En la trascendental coyuntura que nos ocupa, respaldó al embajador ante la ONU a pesar de la experiencia militar que había acumulado en el transcurso de los años.

Finalmente, sin embargo, Rusk telefoneó al presidente Kennedy, quien aún permanecía en Middleburg, Virginia[20]. Le informó de los razonamientos de los representantes de la CIA y expresó su inalterable oposición a los mismos. El presidente decidió mantener vigente la orden de anulación. Contritos y desconcertados, Bissell y Cabell volvieron a la sala de operaciones, donde, según el testimonio de un ex director ejecutivo de la CIA, fueron recibidos por un grupo de oficiales que, consternados e indignados, calificaron la alteración de los planes como un acto "de negligencia criminal y otras expresiones por el estilo"[21]. A Cabell no le quedó más remedio que cumplir la orden del presidente.

Aquella fue la orden que Gregory Bell confirmó a los pilotos de "Happy Valley" poco después de la medianoche del domingo. A los cubanos les resultaba imposible barruntarlo, pero en aquel instante se frustró el sueño de liberación de Cuba, proporcionándosele a Castro una aplastante victoria —unas seis horas antes de que en Girón comenzara a derramarse la sangre.

Dos días antes de que se adoptase esta funesta decisión, los 95 consejeros norteamericanos de la Brigada de Asalto 2506 se despidieron de sus amigos cubanos que tanto les admiraban. Eran

[19] Charles C. V. Murphy, "Cuba: The Record Set Straight", *Fortune*, septiembre de 1961, p. 230.

[20] *Ibid*, p. 230.

[21] Lyman B. Kirkpatrick, *The Real CIA* (Nueva York: The MacMillan Company, 1967), p. 198.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

veteranos de guerra, jóvenes, tenaces y expertos. Al partir, cubanos y norteamericanos se abrazaron afectuosamente. Todos los norteamericanos se lamentaron de no poder acompañarles. El presidente de Nicaragua acudió al muelle a despedir a las tropas. Los brigadistas le oyeron decir: "Tráiganme un par de pelos de la barba de Castro".

Cada batallón tenía asignado una chalina de un color diferente —amarillo, blanco, azul, rojo— y a medida que los barcos se hacían lentamente a la mar, los hombres agitaban sus corbatines, poniendo así una nota de color en la memorable escena.

Mientras la flota de invasión, compuesta de cinco buques de carga (del tipo *Liberty)* y dos LCI (barcazas de desembarco), partía lentamente, los cubanos contemplaron algo que les emocionó y estimuló: la Armada de los Estados Unidos se hallaba cerca. Los transportes habían sido cargados minuciosamente bajo supervisión norteamericana. Los suministros más necesarios en Girón, que serían descargados en primer lugar, fueron los últimos en ir a bordo. 'Mi barco, el *Atlántico* —me dijo el radiotelegrafista— parecía una inmensa ferretería. Llevaba 198 partidas de armamento, entre ellas 35 clases distintas de granadas". Los buques de carga llevaban tal cantidad de explosivos, minas, municiones, alimentos, medicinas y bidones de gasolina de aviación, que navegaban por encima de la línea de flotación; los hombres dormían donde podían, en salvavidas, en cubierta o en las bodegas. Estaba prohibido fumar.

Las LCI *Barbara J* y *Blagar* —estaban dotadas de radar y armadas con cañones antiaéreos de calibre 50. Aunque este tipo de barcazas habían sido capaces de cruzar el Atlántico y habían sido concebidas para encallar en las playas y bajar sus portalones de proa a fin de permitir el desembarque de la infantería, la Armada estaba consciente de que la aviación militar podía aniquilar cualquier fuerza de desembarco antes de que pudiese llegar a la cabeza de playa, El *Blagar* era el buque insignia de la flotilla.

A medida que los barcos se alejaban de "Happy Valley" y tomaban rumbos distintos con órdenes de reunirse en "Punto Zulú", a unos ochenta kilómetros al sur de Girón, eran escoltados por destructores de la Armada norteamericana. En una ocasión un submarino de los Estados Unidos salió a la superficie y dio una vuelta en torno a uno de los transportes. El mar se hallaba sereno, "como un lago".

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Durante los tres días de travesía hasta Punto Zulú se produjo un accidente en el *Atlántico*. Mientras algunos hombres realizaban prácticas de tiro con ametralladora de calibre 50, el arma se salió de su trípode, regando de balas la cubierta. Un recluta resultó muerto y dos heridos, uno de ellos con una herida de gravedad en el abdomen. Como no había médico a bordo, el maestre solicitó instrucciones del capitán del destructor de escolta. "Pare las máquinas", le dijeron, y momentos después el destructor se situó al costado del *Atlántico* "con tal rapidez y proximidad que pensamos que chocaría con nosotros". Los marineros norteamericanos subieron a bordo desde una lancha. Los cubanos, alineados junto a la borda, quedaron asombrados de su eficiencia. El expedicionario herido en el vientre fue llevado a un portaaviones, donde se le intervino y más tarde se recuperó por completo[22].

Los transportes llegaron a Punto Zulú conforme al horario previsto —entre las 4 y las 5 de la tarde del domingo 16 de abril— describiendo diversos círculos hasta integrar la formación. Se les ordenó que enrumbaran hacia la costa y continuaran navegando hasta que sólo hubiera cuatro brazas de agua. Se les unieron otros navíos procedentes de la isla de Vieques, una base norteamericana próxima a Puerto Rico.

A medida que la costa, envuelta en las tinieblas, empezaba a divisarse, la emoción crecía en el pecho de los expedicionarios. Cuba se les antojó tan oscura y misteriosa como otrora les pareciera a los antiguos piratas. A bordo de los transportes, en medio de la tensión y el silencio, sólo podía oírse el chasquido del agua y la vibración de los motores. Un gran navío se incorporó a la flotilla; sobre su cubierta se observaban numerosas embarcaciones de desembarco, cada una de ellas capaz de transportar cincuenta hombres. La flotilla conducía cuatro tanques medianos, unos veinte camiones, una rasadora, una grúa y un remolque con una emisora de radio.

A las 4 de la madrugada del lunes, después de haberse suspendido el tercer ataque, mientras los hombres-rana señalaban los canales para el recorrido de las lanchas de desembarco a través de los arrecifes de Girón, y con algunas tropas de asalto ya en tierra, Cabell volvió a entrevistarse con Rusk para recabar apoyo aéreo desde los portaaviones norteamericanos situados a lo largo de Gi-

[22] Esta historia fue relatada al autor por Enrique Rousseau, el radiotelegrafista del *Atlántico*.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

rón. Entre ellos se hallaba el portaaviones *Essex* y el portahelicópteros *Boxer*, con escolta de destructores. El *Boxer* tenía a bordo un batallón de mil fusileros marinos prestos para el combate y, por otra parte, había en la zona otros buques de transporte con tropas de infantería de marina. La Casa Blanca había dispuesto que los navíos norteamericanos se mantuvieran a ochenta kilómetros de la costa, pero el almirante Arleigh Burke desafió las órdenes recibidas y los buques se acercaron al litoral cubano. Finalmente Burke despachó al portaaviones *Shangri-La*, con una tercera fuerza, a la zona.

Mientras Rusk seguía oponiéndose firmemente a prestar el apoyo norteamericano, el propio Cabell telefoneó al presidente en su retiro de Virginia. Kennedy respaldó la posición de Rusk. La respuesta seguía siendo negativa.

Durante la noche y la madrugada de aquella ominosa coyuntura, luego de haberse anulado el último ataque aéreo y de haberse rehusado todo apoyo norteamericano, la flotilla invasora avanzó lentamente hacia la catástrofe.

A las diez de la noche del domingo, una de las LCI mostró la vía de acceso de Playa Girón a uno de los mercantes. A unos treinta kilómetros al oeste, otra LCI acompañó a un segundo mercante a entrar en la Bahía de Cochinos. En otro buque que surgió de las tinieblas de la noche; el batir y rechinar de las drizas indicó que estaban bajando las lanchas de desembarco. A medida que el ruido de los motores Diesel de las lanchas se sumaba al estrépito general, las luces de Girón comenzaron a apagarse. Fue la primera señal de alerta dentro de Cuba de que había comenzado la invasión. Un solo emplazamiento de ametralladoras abrió fuego desde la playa. La LCI lo silenció rápidamente con sus cañones calibre 50. Eran las 12:05 de la madrugada del lunes 17 de abril de 1961.

Pronto las primeras tropas de asalto, con sus uniformes camuflados y sus rostros embadurnados de negro, saltaron a la playa y se lanzaron a sus objetivos. Algunas embarcaciones resultaron desfondadas por los arrecifes de coral. Antes del amanecer, algunas unidades de la Brigada habían llegado al poblado de Girón, donde fueron de casa en casa tranquilizando a los vecinos: "Somos cubanos. ¡Hemos venido a liberar a Cuba!"

La primera etapa de la invasión logró resultados de todo punto espectaculares. Las tres carreteras que atraviesan la Ciénaga de Zapata se hallaban bajo el control de los paracaidistas. Los invaso-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El Rio Escondido *embarrancado y ardiendo en la Bahía de Cochinos*

res se habían apoderado de la pista de aterrizaje —su primer objetivo— y confiaban en que durante el curso de la mañana comenzaría a ser utilizado por sus bombarderos. Veintenas de milicianos y vecinos de la zona de Girón se incorporaron a las fuerzas de liberación, reclamando que se les diesen armas. Quinientos trabajadores azucareros se reunieron en un central cercano, aprestándose para unirse a los cubanos libres. El grueso de un regimiento de milicias castristas desertó. ¡A las pocas horas las fuerzas victoriosas dominaban una zona de unos 2,000 kilómetros cuadrados!

Entonces, ante el asombro y desesperación de todos, cuando ya la mayoría de los invasores se hallaba en tierra, en tanto que otros se aproximaban en pequeñas lanchas y el resto se esforzaba por descargar los buques, surgieron repentinamente los aviones de Castro, vomitando fuego de cañón y cohete. Increíblemente, la Brigada estaba indefensa.

A las ocho de la mañana, un buque de carga, alcanzado por un cohete, hubo de ser encallado en un bajío de la Bahía de Cochinos, a unos trescientos metros de la costa. Los hombres ganaron a nado la playa, carentes de parque y fusiles. Más tarde un "Sea Fury" de la FAR surgió de la dirección del sol y, abriendo fuego de cohetes, hizo blanco directo sobre un segundo mercante anclado frente a Playa Girón. El barco, con su preciosa carga de minas antitanques, municiones, alimentos, gasolina y el remolque de radiocomunicaciones, saltó en pedazos con una tremenda explosión, hundiéndose rápidamente. Se habían perdido los suministros para la primera semana de operaciones. Cerca del *Atlántico*, un avión de la FAR

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

fue alcanzado por el tiro antiaéreo y se desintegró en el aire, mientras caían sus fragmentos sobre la cubierta del barco.

Pero los dos o tres chorros que le quedaban a Castro, los tres "Sea Furies" y los dos B-26, dominaban los cielos. A las tres de la tarde el *Blagar* ordenó a los tres buques de carga que seguían a flote que se alejaran de la zona de invasión. Antes de que partieran los mercantes, se habían podido descargar los tanques medianos y algunos camiones, pero el retiro de los mismos dejó a las fuerzas de desembarco con menos del 10 por ciento de sus municiones y demás pertrechos y armamentos indispensablemente necesarios. A medida que las tropas de Castro estrechaban su cerco, los brigadistas lucharon con valor y tenacidad, infligiendo elevadas bajas al enemigo. Según un cálculo conservador, unos 1,200 soldados y milicianos castristas murieron en la batalla; otros 400 fallecieron posteriormente a consecuencia de sus heridas, ascendiendo el número de heridos a más de 2,000.

El jefe militar de la Brigada de Asalto solicitó repetidas veces apoyo aéreo. Por medio de la radio imploró la ayuda en estos términos: "¿Dónde está la protección aérea? ¿Nos respaldan o desisten? " El oficial norteamericano al mando del *Blagar* le aseguró una y otra vez que el apoyo aéreo se hallaba en camino, y en una ocasión llegó a afirmarle que en cuestión de minutos los aviones sobrevolarían las playas.

Efectivamente, en varias ocasiones algunos chorros de la Armada norteamericana sobrevolaron la zona de invasión, casi siempre en formaciones dobles. La primera vez que aparecieron, los chorros de Castro se esfumaron del aire. Los expedicionarios lanzaron vivas cuando los aviones norteamericanos les saludaron con un movimiento de sus alas, internándose en el interior. Estaban seguros de que se había producido un viraje decisivo. Pero los chorros de la Armada no tardaron en regresar al mar. Entonces reaparecieron los aviones de Castro, permaneciendo audazmente sobre la cabeza de playa durante los subsiguientes vuelos de la aviación naval norteamericana.

Lo que ocurrió según pude determinar posteriormente, es que, puesto que en sus respectivas declaraciones del sábado y el lunes Adlai Stevenson y Dean Rusk habían reiterado con énfasis la anterior afirmación del presidente Kennedy en el sentido de que las fuerzas norteamericanas no intervendrían en forma alguna, Castro aseguró a sus pilotos que los chorros de la Armada de los Estados

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Unidos no constituían la menor amenaza: sólo estaban "tomando fotografías". Así, tras su primera desaparición de la escena, los chorros de Castro reanudaron sus devastadores ataques, desconociendo la presencia ocasional de los poderosos jets de los Estados Unidos, que en ningun momento tomaron parte en la lucha.

La Escuadrilla Aérea Cubana Libre, aunque no podía competir con los chorros y "Sea Furies" de la FAR, se enzarzó en un desigual duelo, perdiendo la mitad de sus aparatos en la primera jornada. Los pesados B-26, cargados con 1,500 galones de gasolina y provistos de ocho cohetes de 1,200 mm., ocho ametralladoras con 3,000 tiros y diez bombas de 110 Kg. cada una, eran presa fácil para los jets de Castro. Un B-26 fue alcanzado por un chorro de la FAR a 80 kilómetros de la costa. No obstante, los pilotos continuaron realizando los largos viajes de siete horas entre Nicaragua y las cabezas de playa, aún cuando su empeño resultaba claramente inútil. Castigaban a los batallones de Castro con tiro de cohetes y ametralladoras, volando tanques y camiones cargados de milicianos. Echaron a pique al cañonero anclado a lo largo de Cienfuegos así como a un guardacostas que se aproximaba a Playa Girón.

De los dieciséis bombarderos que en un principio componían la Escuadrilla, ocho se perdieron y cinco sufrieron graves desperfectos. En las dos primeras jornadas murieron diez pilotos. Sólo tres de los bombarderos salieron indemnes del combate. Durante la noche del martes, un grupo de pilotos norteamericanos condujo nuevos bombarderos al aeródromo de Nicaragua con el fin de reemplazar a los aparatos perdidos o averiados. Mas en las postrimerías del desastre la Escuadrilla se había quedado sin personal.

Los primeros partes procedentes de Playa Girón, recibidos en Washington por medio de los circuitos de la Armada norteamericana, confirmaron todos los recelos de la CIA y el mando militar conjunto. Cuando el presidente se enteró de que la Escuadrilla Aérea había sido diezmada por los chorros de Castro y se habían perdido dos buques de carga, volvió a titubear, desviándose un tanto del criterio de sus consejeros políticos. El lunes por la tarde, cuando ya la suerte se hallaba echada, revocó su orden de la noche del domingo por la que había prohibido los ataques contra los aeropuertos de Castro. El resultado fue una misión de bombardeo contra la base de San Antonio de los Baños, próxima de La Habana, el lunes por la noche. Pero este pretendido "ataque aé-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Erneido Oliva, segundo jefe de la Brigada de Asalto 2506, cuya competencia, valor y carácter le ganaron el respeto de los hombres bajo su mando.

reo", como se supo más tarde, estuvo lejos de merecer este nombre.

El martes, los despachos que llegaban a Washington eran cada vez más sombríos. Aquella noche Bissell comprendió que ya era hora de que sus advertencias se tomasen en cuenta. Estaba convencido de que la inminencia del derrumbe le proveía de argumentos con vista a realizar el último esfuerzo por salvar la Operación Pluto. Le envió un recado al presidente, informándole de que debía verle con urgencia.

El presidente Kennedy se hallaba ofreciendo una recepción en la Casa Blanca en honor de los secretarios del Despacho, senadores y representantes, y las esposas de éstos. No obstante, abandonó el recibo, llevando a cabo una tensa entrevista con Bissell, a la que asistieron, además, los secretarios Rusk y McNamara, el general Lemnitzer, el almirante Burke, McGeorge Bundy, Lyndon Johnson, Schlesinger y Walt Rostow[23].

Con el decidido respaldo de Burke y Lemnitzer, en tono férvido y apasionado Bissell exhortó al presidente a que emplease el único recurso que podía librar del desastre a la Brigada: la utilización de los medios bélicos de que disponían las unidades de la Armada situadas a lo largo de Playa Girón. Rusk y los consejeros políticos se opusieron, y con ellos el secretario de Defensa, McNamara. El presidente decidió en favor de Rusk y sus partidarios.

Entonces Bissell y Burke solicitaron permiso para ordenar el desembarco de un destacamento de la Infantería de Marina. Tam-

[23] Schlesinger, p. 277.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Almirante Arleigh Burke.

bién se les negó, recordándoseles que todas estas propuestas entrañaban la "intervención" de los Estados Unidos y menguarían el prestigio norteamericano ante la "opinión mundial".

La última petición formulada por el almirante Burke fue el empleo de *un* destructor norteamericano para establecer un fuego de barrera ante las vanguardias de Castro. El presidente preguntó: "¿Qué sucederá si las fuerzas de Castro devuelven el fuego y alcanzan al destructor?" Burke respondió enfáticamente: "¡Entonces los haremos papilla!"

El presidente afirmó que, en tal caso, los Estados Unidos se *verían* comprometidos en el asunto. Mis informantes citan, con evidente admiración, la respuesta de Burke:

"*Estamos* comprometidos, señor. ¡Carajo, señor presidente, no podemos permitir una degollina de esos muchachos!"

El resultado de la reunión fue tal vez el acomodo más tímido de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

todos. El presidente accedió a que varios aviones de la Armada, con sus emblemas norteamericanos borrados, hicieran vuelos de "reconocimiento" sobre las playas. Pero no debían participar en el combate y sólo podrían volar una hora, de las 6:30 a las 7:30 de la mañana. Tal fue el grado de "apoyo" que llegó a autorizarse. Aunque Kennedy estaba consciente de que a los cubanos se les había prometido realizar un continuo suministro a las playas, la traición parecía un acto preferible a comprometer la "imagen" norteamericana ante el resto del mundo.

En algunas relaciones de los hechos se ha asegurado que el presidente Kennedy, en respuesta al alegato final de la CIA y el mando militar conjunto, autorizó que la aviación norteamericana ofreciese protección aérea sobre el perímetro de la invasión, a fin de permitir que la Escuadrilla Cubana Libre atacase con todos sus recursos. En realidad, en la mañana del miércoles 19 de abril, de los 34 pilotos cubanos de B-26 el número de ellos capaz de volar era lamentablemente insignificante. Y, sin embargo, en la base de Nicaragua se organizó una última misión. La misma se componía de un avión de transporte C-46 desarmado, pilotado por dos cubanos; dos B-26 cada uno pilotado por dos instructores norteamericanos; un C-54 pilotado por dos norteamericanos acompañados por un cubano, y un B-26 pilotado por Gonzalo Herrera, que sería uno de los numerosos héroes de la Brigada.

Los B-26 tenían órdenes de atacar los cañones y morteros pesados de Castro, que castigaban rudamente a la Brigada. Las bombas de los tres aviones cayeron sobre sus objetivos. Herrera permaneció por espacio de 50 minutos sobre las posiciones enemigas, hasta que los jets de Castro aparecieran y atacaran a los norteamericanos, que se enfrentaron a ellos con una abrumadora desventaja. El C-54 tenía un motor averiado y se vio obligado a regresar a su base. El C-46 aterrizó en Girón —fue el único avión invasor que utilizaría las pistas del aeropuerto— y descargó 370 Kg. de suministros. Recogió a Matías Farías, el único cubano herido que había en las inmediaciones, y volvió a la base nicaragüense. Farías fue otro de los numerosos héroes cubanos.

Por un increíble infortunio, los aviones de Nicaragua habían llegado a las playas una hora antes de lo esperado por los jets estacionados en los portaaviones. Los dos B-26 pilotados por norteamericanos fueron derribados. Gonzalo Herrera oyó a sus compañeros norteamericanos clamando en vano por el apoyo de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

los portaaviones. Sus señales de socorro " ¡Perro Rabioso Cuatro! ¡Primero de mayo! ¡Primero de mayo! " no obtuvieron respuesta ni suscitaron ayuda. Uno de los aparatos aterrizó, envuelto en llamas, en la pista de un central azucarero; el otro estalló en el mar. Castro, que en todo momento se había complacido en divulgar las "agresiones" norteamericanas, no dio la noticia de las muertes de los norteamericanos. Temía que la prueba de la participación norteamericana pudiera afectar la moral de sus fuerzas armadas.

Poco antes de las cinco de la tarde del viernes 19 de abril, el jefe de la hueste invasora de Playa Girón envió su último mensaje a los buques norteamericanos situados a la altura de la cabeza de playa: "Estoy destruyendo todo mi equipo" —dijo. "No me queda nada con qué luchar. Los tanques enemigos ya se encuentran en mi posición. Adiós, amigos"[24].

Al anochecer el combate había cesado. Durante tres días los expedicionarios habían combatido sin descanso y con muy escasos recursos de agua y alimentos. Los suministros prometidos jamás llegaron a su destino. Había llegado el momento en que se les habían agotado las municiones y los alimentos. Haciendo acopio de fuerzas, los hombres marcharon penosamente hacia la ciénaga. Algunos sobrevivieron durante dos semanas. Salvo muy contadas excepciones, todos murieron o fueron capturados. Algunos cuantos se hicieron a la mar en pequeños pesqueros que hallaron por las playas. Uno de ellos, con veintidós hombres a bordo, navegó a la deriva durante quince días, sin comida ni agua. Cuando fueron recogidos por un mercante norteamericano a 300 kilómetros del delta del Mississippi, sólo quedaban doce sobrevivientes.

He hablado con dos pilotos norteamericanos que volaron, llenos de rabia e impotencia, sobre las playas cubanas mientras los tanques y las tropas de Castro se aprestaban a asestar el golpe final. Uno me dijo que había exagerado sus órdenes; el otro, que había llorado.

Algunos invasores fueron recogidos en el mar por los navíos de la Armada norteamericana. "Los marineros e infantes parecían avergonzados" —me dijo uno de ellos. "Se extremaban en sus bondades. Si pedíamos un cigarrillo, nos daban el paquete entero, y cuando pedíamos fuego nos daban un encendedor y nos pedían que nos quedáramos con él".

[24] Johnson, p. 167 y 168.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Los aviones de Castro, que habían escapado de la destrucción al suspenderse los ataques aéreos, se habían mantenido en el aire constantemente. Operaban en parejas, mientras los restantes aparatos regresaban a sus bases cercanas para reaprovisionarse de gasolina, cohetes y municiones. Volando al doble de la velocidad de los pesados bombarderos de los cubanos libres, los aviones de la FAR decidieron la batalla, tal como lo habían pronosticado y advertido Burke, Bissell, Cabell y Lemnitzer. Mas Castro se había salvado por un pelo: sólo dos o tres de sus aviones salieron indemnes de la acción.

Tras la invasión le oí a Castro referirse a su milicia en términos singularmente despreciativos. "Les falta disciplina y necesitan más instrucción y adoctrinamiento", dijo. Pero habló con gran orgullo del puñado de aparatos a que había quedado reducida su fuerza aérea, afirmando que había decidido la batalla.

¿Por qué los movimientos clandestinos cubanos no estuvieron a la altura de lo que se esperaba de ellos?

Durante la primera etapa del adiestramiento de la Brigada en Guatemala se eligieron unos sesenta hombres para recibir instrucción especial en una escuela de sabotaje de la Zona del Canal. Más tarde fueron infiltrados en Cuba para ayudar a preparar el camino a los invasores. En marzo de 1961 existían seis grandes organizaciones clandestinas en el país, cada una de ellas coordinada como una unidad y ocasionando, en su conjunto, considerables perjuicios al régimen. Estallaban bombas en fábricas y otros edificios, se destruían locomotoras, vagones y coches ferroviarios, y se volaban puentes. El central "Hershey", uno de los más grandes ingenios azucareros, fue saboteado, y varias tiendas en el centro mismo de La Habana fueron incendiadas. Pero las organizaciones clandestinas actuaban independientemente unas de otras y existían rivalidades entre ellas, por cuyo motivo la CIA se impuso la tarea de intentar coordinar sus actividades bajo una dirección competente.

Uno de los jefes de la clandestinidad cubana que, por su valor, su discreción y su ingenio, se había ganado el respeto de todos era un joven activista llamado Rogelio González Corzo, que operaba bajo el nombre clave de "Francisco". En marzo de 1961 la CIA envió al Dr. Humberto Sorí Marín a Cuba en misión de "unificación". Antes de abandonar las filas del castrismo, Sorí Marín había sido ministro de Agricultura del gobierno revolucionario.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Su misión consistía en entrevistarse con Francisco y otros dirigentes para planificar la acción coordinada bajo una dirección idónea, organizando una distribución ordenada de armas, explosivos y material incendiario.

Observando las máximas precauciones se convocó a una reunión general de todos los jefes de la clandestinidad para las seis de la tarde del 18 de marzo de 1961 en un suburbio de La Habana. Varios estafetas de confianza, carentes todos ellos de contactos directos entre sí, escoltaron a los jefes de las distintas organizaciones a un lugar secreto, una mansión amarilla en una tranquila calle del reparto Miramar, que habitaban un ingeniero azucarero retirado y su esposa.

Traicionados por un agente castrista, la casa fue rodeada y de un solo golpe los servicios de seguridad de la dictadura le echaron el guante a las figuras claves del movimiento clandestino cubano. Su detención —todos ellos fueron posteriormente ejecutados— constituyó un golpe demoledor para la resistencia anticastrista, cuyas consecuencias aún se sufren hoy en día. También estos hombres se comportaron como héroes; sabemos quiénes eran, y la Patria agradecida habrá de recordarlos y rendirles el justo homenaje que se merecen. Jamás llegaron a Cuba los aprestos y armamentos destinados a las diversas organizaciones. A raíz de aquel revés, la CIA perdió todo contacto con ellas. La misión de Sorí Marín constituyó el último de varios esfuerzos frustrados de la CIA por ayudar a los anticastristas. Sin embargo, aun habiendo tenido éxito, la derrota de la Brigada en las playas habría de todos modos invalidado su utilidad.

La invasión había terminado. Resonaban por los cuatro rincones del planeta los alardes y baladronadas de Castro —repetidos en tono triunfante por Moscú y Pekín— que proclamaban ante el mundo la derrota del Goliat yanqui por el David Caribe. El prestigio de los Estados Unidos sufrió un nuevo menoscabo en Hispanoamerica, el Cercano Oriente y el Sudeste asiático, así como entre sus aliados europeos. Fidel Castro se elevó hasta la cumbre de su fama. La invasión, en lugar de derrocar a Castro, le había consolidado.

Por espacio de varios meses nadie había dudado de la participación norteamericana en los preparativos de la invasión, mas ahora todo el mundo comenzaba a percatarse de que la misma estaba

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

envuelta en la traición y el fracaso. La "opinión mundial", en aras de la cual los "liberales" de Washington estaban tan dispuestos a sacrificar el honor nacional, se volvía ahora airada y estridente contra los Estados Unidos. Para aquellos norteamericanos conocedores del *qué* y el *porqué* de lo ocurrido, a la tristeza se unieron la humillación y la vergüenza.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

15

Los apologistas en acción

La confusión pública acerca del desastre de Girón ha sido fomentada por afirmaciones engañosas, e incluso falsas, por parte de algunas figuras políticas allegadas al presidente Kennedy. Entre ellas se destaca su hermano Robert F. Kennedy, que fue secretario de Justicia de su gobierno. En una entrevista publicada en la edición de *U. S. News & World Report* correspondiente al 28 de enero de 1963, el joven Kennedy dijo: "Había una gran agitación en las Naciones Unidas y en otras partes . . . Presuponíase que el lunes por la mañana (17 de abril) se llevaría a cabo un nuevo ataque contra los aeropuertos. Se hicieron gestiones con el presidente para destacar la inconveniencia de esta acción. Dado que existía aquel revuelo en torno al asunto, impartió instrucciones de que no se realizase *en aquella oportunidad . . .* Y, *en efecto, el ataque contra los aeropuertos se llevó a cabo después del transcurso de la mañana de aquel día* (las cursivas son mías).

¿Cuál fue el "ataque contra los aeropuertos" que, según Bobby Kennedy, "se llevó a cabo después del transcurso de la mañana de aquel día"?

El lunes, el jefe militar norteamericano autorizó a dos bombarderos de la Escuadrilla Cubana Libre a atacar el aeropuerto de San Antonio de los Baños, donde estaban estacionados los aviones de la FAR. Sin embargo, se les advirtió que eludieran toda contingencia capaz de hacer peligrar las vidas o propiedades civiles. A eso de las 8 de la noche los aviones despegaron de Nicaragua. Cuatro horas después llegaron sobre su objetivo: era una noche sin luna, y tanto las luces de la base aérea como las de la población cercana se hallaban apagadas, dificultándose además la visibilidad por un techo de nubes bajas. Imposibilitados de distinguir el objetivo, los pilotos obedecieron sus órdenes y volvieron a Nicaragua *¡sin disparar un solo tiro ni arrojar una bomba!*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

15

Los apologistas en acción

La confusión pública acerca del desastre de Girón ha sido fomentada por afirmaciones engañosas, e incluso falsas, por parte de algunas figuras políticas allegadas al presidente Kennedy. Entre ellas se destaca su hermano Robert F. Kennedy, que fue secretario de Justicia de su gobierno. En una entrevista publicada en la edición de *U. S. News & World Report* correspondiente al 28 de enero de 1963, el joven Kennedy dijo: "Había una gran agitación en las Naciones Unidas y en otras partes . . . Presuponíase que el lunes por la mañana (17 de abril) se llevaría a cabo un nuevo ataque contra los aeropuertos. Se hicieron gestiones con el presidente para destacar la inconveniencia de esta acción. Dado que existía aquel revuelo en torno al asunto, impartió instrucciones de que no se realizase *en aquella oportunidad . . .* Y, *en efecto, el ataque contra los aeropuertos se llevó a cabo después del transcurso de la mañana de aquel día* (las cursivas son mías).

¿Cuál fue el "ataque contra los aeropuertos" que, según Bobby Kennedy, "se llevó a cabo después del transcurso de la mañana de aquel día"?

El lunes, el jefe militar norteamericano autorizó a dos bombarderos de la Escuadrilla Cubana Libre a atacar el aeropuerto de San Antonio de los Baños, donde estaban estacionados los aviones de la FAR. Sin embargo, se les advirtió que eludieran toda contingencia capaz de hacer peligrar las vidas o propiedades civiles. A eso de las 8 de la noche los aviones despegaron de Nicaragua. Cuatro horas después llegaron sobre su objetivo: era una noche sin luna, y tanto las luces de la base aérea como las de la población cercana se hallaban apagadas, dificultándose además la visibilidad por un techo de nubes bajas. Imposibilitados de distinguir el objetivo, los pilotos obedecieron sus órdenes y volvieron a Nicaragua *¡sin disparar un solo tiro ni arrojar una bomba!*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

envuelta en la traición y el fracaso. La "opinión mundial", en aras de la cual los "liberales" de Washington estaban tan dispuestos a sacrificar el honor nacional, se volvía ahora airada y estridente contra los Estados Unidos. Para aquellos norteamericanos conocedores del *qué* y el *porqué* de lo ocurrido, a la tristeza se unieron la humillación y la vergüenza.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Robert F. Kennedy

Calificar a esta acción como un "ataque contra los aeropuertos" y equipararla al plan de incursión aérea prevista para el amanecer del lunes (que habría de ser cancelada), en cuya realización deberían haber participado dieciséis bombarderos tripulados por pilotos descansados y perfectamente instruidos de los detalles de su misión, gracias a las indicaciones de las fotografías tomadas por los U-2, no es exactamente una muestra de sinceridad. Tal malabarismo verbal con los hechos es tanto más reprensible por cuanto no se refiere a una cuestión marginal, sino al elemento central del plan.

Robert Kennedy era miembro de la comisión nombrada por su hermano para investigar el fracaso, colaborando en la redacción del correspondiente informe, que aún se mantiene secreto. Sin duda alguna, tenía acceso a todas las piezas del sumario, entre ellas las relacionadas con los ataques aéreos que fueron planeados y luego suspendidos. Debía saber que "en efecto", el ataque planeado en un principio para ser llevado a cabo el lunes contra los

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

aeropuertos cubanos, *no* se efectuó "después del transcurso de la mañana de aquel día", ni en ningún otro momento.

La comisión investigadora sabía que en la acción de Girón habían muerto cuatro instructores norteamericanos. Sin embargo, el 21 de enero de 1963 el secretario de Justicia Kennedy afirmó en una entrevista con David Klaslow, de la cadena de diarios Knight, que en Playa Girón no había muerto ningún norteamericano. La verdad fue revelada al cabo de un mes. Los autores de *The Invisible Government*, los Sres. Wise y Ross, lo relatan así: " . . . La historia de los cuatro norteamericanos desaparecidos . . . reapareció dramáticamente el 25 de febrero de 1963. En esa fecha el senador Everett McKinley Dirksen reveló que cuatro aviadores norteamericanos habían muerto en Bahía de Cochinos. Afirmó que se había enterado de los hechos en el curso de una investigación personal sobre la invasión de Cuba. Las revelaciones de Dirksen resultaron extremadamente comprometedoras para el gobierno de Kennedy"[1]. Los autores cuentan cómo, a raíz de las declaraciones de Dirksen, los periodistas dieron con la madre de uno de los aviadores, que dijo: "Si no participó ningún norteamericano, ¿dónde está mi hijo? "

En la misma entrevista de enero en que Bobby Kennedy afirmó que ningún norteamericano había muerto en la invasión, repitió la patraña de que, si bien era cierto que el "segundo" ataque aéreo que figuraba en los planes había tenido que posponerse, al fin y al cabo se había efectuado posteriormente. El plan de la invasión, afirmó, fue "un plan precario. La victoria jamás se inclinó del lado de los invasores . . . No dimos suficiente importancia a la capacidad ofensiva de un T-33 armado de cohetes. No se le prestó suficiente atención".

¿Cuán próxima se había hallado la victoria?

Ofrecemos el testimonio de Roberto San Román, uno de los oficiales de la Brigada, sobre la forma en que Robert Kennedy y el general Maxwell D. Taylor condujeron los interrogatorios de la comisión investigadora:

> . . . era una pregunta formulada por el Sr. Kennedy: quería conocer cuál había sido la reacción de la gente. Que-

[1] David Wise y Thomas B. Ross, *The Invisible Government* (Nueva York: Random House, 1964), p. 86.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

rían saber si pensábamos que hubiéramos podido ganar la batalla. ¿Qué hubiéramos necesitado para haberla ganado? Les dije que sólo habríamos necesitado tres o cuatro aviones de propulsión que hubiesen podido destruir la minúscula fuerza aérea con que por aquellos días contaba Castro. Les dije que no entendía cómo era posible que (los norteamericanos) nos hubieran podido hacer ésto. Eran tan buenas nuestras tropas —ya que comprendían a gentes de todas las clases, ricos y pobres, rebeldes y soldados, todos ellos unidos contra el enemigo común— y ellos permanecieron mudos ante mis preguntas[2].

Los funcionarios públicos son tan humanos como el común de las gentes, y están expuestos a todas las flaquezas del hombre, una de las cuales es el deseo de ocultar sus errores. Es natural que los políticos se valgan de todo el poder de que disponen para evitar que sus yerros se descubran. Consideremos, por ejemplo, el caso de Adlai Stevenson.

A finales de 1962, interesado en obtener cierta documentación necesaria para componer este libro, le escribí al embajador Stevenson desde Europa, preguntándole cortésmente qué papel había desempeñado en la suspensión del último ataque aéreo previsto para el lunes 17 de abril. Me contestó Elinor Green, Funcionario de Asuntos Públicos de la Misión estadounidense ante las NN. UU. El Sr. Stevenson deseaba expresar su agradecimiento por la molestia que me había tomado al comunicarme con su oficina, decía, añadiendo, "en nombre del Sr. Stevenson":

> El Sr. Stevenson no había sido informado con antelación acerca del incidente de Bahía de Cochinos, como afirmó hace sólo una semana en una entrevista televisada, y no tuvo intervención alguna en las decisiones sobre las acciones o inacciones de los Estados Unidos. Tal como afirmó en respuesta a una pregunta formulada durante el programa *Today*, de 5 de diciembre . . . "No me informaron previamente acerca de los planes de Bahía de Cochinos; por consiguiente, no podía estar en desacuerdo con los mismos".

[2]Haynes Johnson, *The Bay of Pigs* (Nueva York: W. W. Norton & Company, Inc., 1964), p. 221-222.

Rescatado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El hecho es que, una semana antes de la invasión, el Sr. Stevenson conoció los planes por conducto directo de la CIA. Con el andar del tiempo Arthur Schlesinger, su íntimo amigo, referiría la historia:

> Kennedy . . . deseaba que Stevenson quedase plenamente impuesto del asunto y que las declaraciones que se formulasen ante la ONU se ajustaran a la verdad, aunque no la abrazasen a cabalidad . . . Como preparación para el debate (sobre la acusación cubana acerca de las intenciones agresivas de los EE. UU.), Tracy Barnes (de la CIA) y yo sostuvimos una extensa conversación con Stevenson el 8 de abril (9 días antes de la invasión) . . . Después, cuando Harlan Cleveland, subsecretario de Estado para Asuntos de la Organización Internacional, Clayton Fritchey, de la Misión de los Estados Unidos ante la ONU, y yo almorzamos con Stevenson en el Century, expresó claramente que desaprobaba por completo el plan . . . y que creía que causaría infinitas dificultades[3].

¿Y qué decir de las versiones del desastre de Playa Girón elaboradas por Sorensen y Schlesinger, las cuales han influido tanto en la opinión mundial?

Aunque ambos admiten que la CIA y el mando militar conjunto afirmaron categóricamente a todos los funcionarios comprometidos en el plan que la destrucción de la diminuta fuerza aérea de Castro en sus pistas y hangares en los días previos a la invasión constituía un factor *sine qua non* del plan, no pierden oportunidad de entonar sus cantos de alabanza a los políticos de pacotilla que lograron mutilar, alterar y desarticular el plan militar formulado por la flor y nata de los estrategas militares de la primera potencia del universo.

En efecto, Sorensen afirma que Kennedy debía haber confiado *más* en sus profundos instintos políticos y en la opinión desfavorable de hombres de gran experiencia política, tales como Fulbright y Schlesinger! La garantía dada al presidente por los militares norteamericanos de que la Brigada podía lograr sus objetivos sin que ello requiriese la participación de las fuerzas armadas de los EE. UU., constituía un "juicio descabelladamente errado". No

[3] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 271.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

habían motivos para creer que la fuerza aérea de Castro, "después de haber logrado salvar algunos aviones durante el primer ataque aéreo y de haberlos *dispersado y ocultado* (las cursivas son mías)", podía haber sido destruida por la segunda incursión. Por consiguiente, el "aplazamiento" del último ataque por parte del presidente "desempeñó sólo un papel secundario". Incluso con otros dos ataques de doble magnitud, la Brigada no hubiera podido forzar el frente al norte de la cabeza de playa ni sobrevivir por mucho tiempo más sin la ingente ayuda de las fuerzas norteamericanas o del pueblo cubano. Sorensen escribió: "Ninguna de las dos figuraba en el programa y, por lo tanto, jamás existió la menor posibilidad de que la Brigada saliese victoriosa de la acción de Girón".

¡Tales son los términos en que el ayudante presidencial Sorensen osó presentar el desastre de Girón!

El testimonio de Schlesinger rebosa de ejemplos que destacan el valor personal de Kennedy. Al igual que Sorensen, escribe: "Sin duda alguna, no existe la menor indicación de que (lo que en su opinión constituía el segundo ataque aéreo) pudiera haber provocado la caída del régimen". Y, al igual que Sorensen, afirma que Kennedy aprobó el plan en la inteligencia de que si los invasores no lograban consolidar su cabeza de playa, podrían desvanecerse en las montañas e iniciar operaciones de guerrillas. Según Schlesinger, Dulles y Bissell le aseguraron a Kennedy que, en caso de que sucediese lo peor y los invasores resultasen derrotados en las playas, no tendrían dificultad en huir a las montañas. "No creo que nos percatáramos plenamente del hecho" —comenta seráficamente el historiador— "de que las montañas del Escambray se encuentran a 120 kilómetros de la Bahía de Cochinos, allende una intrincada maraña de selvas y pantanos"[4].

Con respecto a este punto, concediendo a estos hombres el beneficio de la duda, es necesario apuntar que probablemente estaban confundiendo el plan de Trinidad con el de Playa Girón. Los estrategas de la invasión me han asegurado que el presidente tenía pleno conocimiento de todos los accidentes del terreno. De viva voz, apoyando sus aseveraciones con mapas y croquis de la más absoluta precisión, le explicaron que la preferencia por Trinidad se fundaba primordialmente en el hecho de que en Girón la

[4] *Ibid*, p. 250.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Brigada carecía de alternativa de escape: el trecho que la separaba de las montañas, constituido por una sola carretera obstruida por las tropas de Castro —y teniendo en cuenta que los invasores carecían de parque, agua y subsistencias— equivalía a la distancia existente entre La Habana y Cayo Hueso.

En cierta ocasión, y con el fin de vindicar su probidad intelectual, Schlesinger citó una frase del filósofo inglés Walter Bagehot: "Cuando un historiador escatima hechos importantes que pudieran influir sobre el juicio de sus lectores, comete un fraude"[5]. Sin embargo, al reproducir el texto del despacho definitivo elevado al presidente por su emisario especial, el coronel de Infantería de Marina que evaluó a la Brigada en Guatemala, Schlesinger omite la frase clave: "*Ellos* (los oficiales de la Brigada) *sólo piden el despacho constante de suministros* (a las playas)"[6].

Los suministros jamás fueron despachados.

Seis años después del fracaso de Girón, otro apologista de Kennedy, Roger Hilsman, publicó un libro de 582 páginas en el que dedicó no más de cuatro a la invasión de Bahía de Cochinos, calificando sus resultados como "un desastre relativamente insignificante"[7]. El "liberal" Hilsman, ex jefe del servicio de informaciones secretas de la Secretaría de Estado, observa las mismas directrices que Schlesinger y Sorensen. En su opinión, los verdaderos "peritos" militares no se hallaban en el Pentágono y la CIA. El propio Hilsman quería echar su cuarto a espadas, pues, no en balde, muchos subordinados suyos eran "peritos" en la materia. Solicitó de Rusk la autorización necesaria para encomendarles esta faena, mas su petición le fue denegada. Mirando al pasado, considera que debió haber emprendido esa tarea por su propia iniciativa; que no debió haber solicitado "que se le permitiera confeccionar un estudio . . ." La Secretaría de Estado no cumplió su misión "de obligar a que se destacase la máxima importancia de las consideraciones políticas". La operación "había sido preparada por el gobierno anterior" y, aunque "parece que Rusk se esforzó de algún modo en que se hiciera poco caso" de esos planes, toda oposición procedente de su parte "no fue ni enérgica ni diáfana". Según Hilsman, la "suspensión del 'segundo' ataque aéreo no predestinó

[5] *Time*, 17 de diciembre de 1965, p. 55.

[6] *Life*, 10 de mayo de 1963, p. 34.

[7] Roger Hilsman, *To Move a Nation* (Nueva York: Doubleday & Company, Inc., 1967), p. 30 - 34.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

al fracaso a la operación de Playa Girón" y "por encima de todo, ni el canciller (Rusk) ni la Secretaría (de Estado) *supieron demostrar la importancia de las consideraciones de índole política* (las cursivas son mías)[8]. Es algo digno de asombro el hecho de que, seis años después de los trágicos acontecimientos, Hilsman aún ignorara la escueta verdad de que las consideraciones políticas *sí* habían prevalecido y que, como resultado de ello, el plan militar quedó tan tergiversado que, en realidad, jamás se llevó a la práctica.

¿Y qué decir de la postura adoptada por el presidente John F. Kennedy a raíz del fracaso de la invasión?

El primer problema que abordó el presidente, según Schlesinger, "fue refrenar las consecuencias políticas del desastre. En esta coyuntura obró con certero instinto . . ."[9] Kennedy deseaba ponerse al abrigo de todo ataque de índole sectaria. También quería librarse de toda presión interna que le obligase a desencadenar una violenta represalia contra Castro[10]. Aunque los republicanos, según Schlesinger, se sentían inhibidos "por el papel que les había correspondido al idear la operación", Kennedy prefirió no confiar nada a la suerte[11]. Se entrevistó con Richard Nixon (cuyo consejo sobre Cuba fue "conseguir un pretexto legal adecuado y . . . meterle mano")[12] y en los días subsiguientes habló con Dwight Eisenhower, Nelson Rockefeller y Barry Goldwater. "Harry S. Truman, por ser un demócrata, sólo requirió la atención del vicepresidente".

Los más íntimos colaboradores del presidente se hallaban dominados por un poderoso instinto de propia conservación, que les inducía a algunos de ellos a hacer circular versiones del episodio en las que, como es natural, quedaban eximidos de toda responsabilidad por el fracaso. La prensa rebosaba de informes "confidenciales" de carácter extraoficial. En una reunión celebrada en las primeras horas de la mañana del viernes 21 de abril, en presencia de Rusk, Bundy, Sorensen, Schlesinger y otros, el presidente comentó acremente que, a todas luces, la prensa estaba dejando pasar

[8] *Ibid*, p. 34.

[9] Schlesinger, p. 287.

[10] *Ibid*, p. 287.

[11] *Ibid*, p. 288.

[12] Richard M. Nixon, "Cuba, Castro and John F. Kennedy", *Reader's Digest*, noviembre de 1964, p. 291.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

por alto los errores del mando militar conjunto[13]. No obstante, como expediente político para acallar las persistentes críticas, Kennedy decidió aceptar toda la responsabilidad y así lo hizo públicamente. Al cargar con toda la culpa, escribió Sorensen, Kennedy se ganó "tanto la admiración de los funcionarios de carrera como la del público, evitando investigaciones y ataques sectarios y haciendo desistir a los individuos comprometidos (en el plan de Girón), de realizar nuevos intentos de divulgar sus versiones y acusaciones"[14].

Mas en el plano privado el presidente estuvo lejos de admitir su responsabilidad. Por el contrario, inculpó a la CIA y al mando militar conjunto, no a sus consejeros políticos ni a sí mismo. Según Schlesinger, Kennedy llegó a proferir estas palabras: "Dios mío, qué atajo de consejeros hemos heredado . . . ¿Pueden imaginarse a un presidente que deje como rezago a gentes de este jaez? "[15] "El presidente dijo" —prosigue Schlesinger— "que no podía comprender que hombres como Dulles y Bissell, tan inteligentes y expertos, pudieran estar tan equivocados . . ."[16] Sorensen contribuye a la retahila de excusas con esta cita de Kennedy: "Toda mi vida he sabido que no se puede depender de los expertos. ¿Cómo pude ser tan estúpido que les dejara proseguir en sus planes? "[17]

Arthur Krock, uno de los periodistas más respetados de los EE. UU., proyecta cierta luz sobre la actitud del presidente. Krock se hallaba vinculado a la familia Kennedy por una vieja e íntima amistad. Mientras cursaba en Harvard el último año de su carrera, Kennedy le había consultado en relación con su tesis de grado, *Why England Slept*, que posteriormente habría de dar a la estampa. Cuando Kennedy fue a Washington como miembro de la Cámara de Representantes y más tarde como senador, ambos se veían con frecuencia. Tiempo después, al publicar *In the Nation: 1932 — 1966*, Krock afirmaría que la esbeltez de Kennedy, su fulgurante agudeza y su dominio de la frase oportuna constituyeron los principales factores de su elevación a la presidencia, pero que los

[13] Schlesinger, p. 289.

[14] Theodore C. Sorensen, *Kennedy* (Nueva York: Harper & Row, 1965), p. 309.

[15] Schlesinger, p. 295.

[16] *Ibid*, p. 290.

[17] Sorensen, p. 309.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

mismos "también explican por qué se le encomió por algunas aptitudes de caudillaje que no poseía".

Al comentar la actuación de Kennedy con respecto a Cuba, Krock escribió: "Y, después del desastre de la expedición a Playa Girón, predeterminado por su apoyo reticente y vacilante, atribuyó la culpa del mismo a los planes ineptos del mando supremo de las fuerzas armadas. Extraoficialmente, (la Casa Blanca) divulgó el rumor de que el proyecto se había iniciado durante el gobierno de Eisenhower . . . La atribución de la culpa que le correspondía a Kennedy por el desastre de Playa Girón al mando militar conjunto, fue *divulgada a la prensa* para que pudiese mantener su reputación de jefe resuelto y decidido que, con toda claridad, no había sabido demostrar en este caso"[18] (las cursivas son mías).

La valoración de las dotes de mando de Kennedy por parte de Arthur Krock resulta interesante a la luz de una sonora frase que aparece en *Why England Slept*, el libro que le ayudó a escribir: "No podemos decirle a nadie que se mantenga alejado de nuestro hemisferio a menos que nuestros armamentos y las dotaciones de los mismos estén listos para respaldar la orden, aunque en última instancia suponga ir a la guerra . . . Si discutimos, si dudamos, si vacilamos, será demasiado tarde".

La reacción de la familia Kennedy fue curiosa. Como ya he dicho, el padre del presidente consideraba que el lance había sido provechoso. Según tengo entendido, su hermano, el secretario de Justicia, le expresó en un arranque de emoción: "¡No pueden hacerte eso *a tí* —esos rojillos barbinegros no pueden hacerte eso *a tí!* "[19]

Pero se lo hicieron, y nada puede alterar el hecho de que, en lugar de derribar a Castro, el fracaso de la invasión consolidó su dominio del país; que en lugar de resguardar la imagen de los Estados Unidos ante la opinión mundial, había hecho víctima al país del escarnio y la burla de todo el mundo. Nadie creía en la estridente afirmación de Pekín de que los Estados Unidos eran un "tigre de papel", pero todos creyeron que se había comportado como tal.

Cuando las discusiones, dudas y vacilaciones finalizaron en el

[18] Arthur Krock, *In the Nation: 1932 - 1966* (Nueva York: McGraw-Hill Book Company, 1967), p. 321 - 325.

[19] *National Review*, 2 de mayo de 1967, p. 479.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

desastre de Girón, Herbert L. Matthews formuló un comentario cabalmente digno de su pluma: "Afortunadamente" —escribió "para los Estados Unidos y para Cuba, la invasión del 17 de abril de 1961 se tradujo en un fracaso"

La derrota de Playa Girón fue un hecho enteramente resultante de las erradas decisiones adoptadas en Washington. Kennedy se ajustó a la verdad al aceptar públicamente la responsabilidad por los hechos. Le había vuelto las espaldas a los viejos y conservadores peritos —la CIA y los militares— prestándoles oídos a los nuevos sobrestantes liberales que había introducido en el gobierno. Son ellos quienes desbarataron el plan de batalla. Kennedy había desconocido la opinión de los peritos, suponiéndoles incapaces de realizar una sencilla tarea para la que estaban calificados por la experiencia de toda una vida.

El heroísmo de los combatientes[20] sitiados de la Brigada de Asalto fue recompensado con la traición, la derrota, la muerte para muchos de ellos y un cautiverio largo y cruel para los demás. El pueblo cubano y los países hispanoamericanos, vinculados a Cuba por infinidad de sutiles lazos raciales y culturales, quedaron sumidos en el asombro, la desilusión y en muchos casos, la desesperación. Siempre habían admirado a los Estados Unidos por su fuerza, riqueza y generosidad, pero, ¿dónde estaba su sentido del honor y la capacidad de sus dirigentes?

El error de los patriotas cubanos consistió en alimentar vanas esperanzas con respecto a los Estados Unidos. Creyeron hasta el final que no les dejarían en la estacada. Pero así hicieron, y la amenaza comunista en el hemisferio americano puede actualmente fecharse "antes de Girón" y "después de Girón".

[20] Arthur M. Schlesinger, Jr., quien inculpó a todo el mundo menos a la Casa Blanca como responsable del desastre, unió su voz al encomio general loando la valentía de la Brigada de Asalto 2506: "Los hombres de la brigada", escribió "combatieron con gran valor contra fuerzas muy superiores y causaron más bajas de las que sufrieron".

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

16

Vidas en venta

En 1797, Napoleón exigió de los Estados Unidos la entrega de una fuerte suma bajo las apariencias de un préstamo. El ministro norteamericano en París, Charles Cotesworth Pinckney, rehusó plegarse a las pretensiones del *Petit Caporal*, haciendo una rotunda manifestación de principios que habría de convertirse en lema patriótico: " ¡Millones para la defensa, pero ni un centavo como tributo! "

Pocos años después, Thomas Jefferson envió una reducida fuerza naval "a las playas de Trípoli", tal como reza el himno de los fusileros marinos norteamericanos, al objeto de acabar con otro estilo de tributo. Los piratas de la costa berberisca exigían dinero a las naciones cuyos navíos surcaban las aguas vecinas. El presidente Jefferson opinaba que combatir a los piratas resultaba más honroso y menos caro que sobornarles.

En 1961—62, el presidente Kennedy decidió cohechar a Fidel Castro. Durante las prolongadas negociaciones, el pueblo norteamericano, al igual que algunos de los llamados a participar en los pagos, resultó engatusado. Las discusiones y el proceso de obtención de los necesarios fondos fueron, además, tan confusos, y a veces ineptos, que los sufrimientos de más de un millar de prisioneros cubanos se prolongaron por espacio de casi veinte meses.

Todo comenzó con un discurso pronunciado por Castro el 17 de mayo de 1961, exactamente un mes después de la invasión. Solicitaba tributo: "Una indemnización por los daños parciales causados al país por la invasión", en forma de quinientas rasadoras "del tipo Caterpillar, y no con neumáticos de goma, no". A cambio de ésto, prometía que los cautivos de Playa Girón serían puestos en libertad.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Esta oferta puso en movimiento fuerzas cuyas extrañas corrientes hicieron que los Estados Unidos pagasen más del doble de lo que en principio se solicitó. Castro había pedido tractores por un valor de 28 millones de dólares[1], y acabó consiguiendo mercancías con un valor definitivo de 55,9 millones, sin incluir los gastos de transporte[2], y casi 3 millones de dólares en metálico.

Dos días después de que Castro pidiese el rescate, el presidente Kennedy telefoneaba al doctor Milton Eisenhower. Le explicó que Castro iba a enviar a los Estados Unidos una delegación de 10 prisioneros, seleccionados entre los 1,199 miembros de la Brigada 2506 capturada en Playa Girón, y preguntó si el doctor Eisenhower estaría dispuesto a participar en un comité para tratar con ellos. Por una parte, los Estados Unidos —afirmó el presidente— sentían la obligación moral de obtener la liberación de los prisioneros, pero el gobierno no podía negociar directamente con los cubanos, ya que las relaciones diplomáticas habían sido interrumpidas. Para superar esta dificultad técnica, propuso la formación de un comité de ciudadanos privados que recaudarían los fondos para comprar los tractores. La viuda de Franklin D. Roosevelt y Walter Reuther habían accedido a colaborar, y el presidente esperaba que el doctor Eisenhower y otro republicano participarían también, a fin de que el comité estuviese integrado por miembros de ambos partidos. El cuarto integrante sería Joseph Dodge, ex-director de la Oficina del Presupuesto durante el gobierno de Eisenhower[3].

El presidente Kennedy le manifestó al doctor Eisenhower que al día siguiente explicaría públicamente que la decisión de negociar con Castro había sido adoptada por el gobierno, y que la única responsabilidad del comité era la recaudación de fondos. Esta promesa jamás llegó a cumplirse.

Inmediatamente después del anuncio de la formación del comite, se suscitó la crítica contra las negociaciones previstas. En 22 de mayo, el senador Homer Capehart afirmó que las negociaciones debían tenerse por ilegales, a no ser que fuesen "autorizadas directamente por el presidente". Y si las autorizaba, declaró el senador, ello constituiría un "error imperdonable", añadiendo que "nos

[1]Haynes Johnson, *The Bay of Pigs*, (Nueva York: W. W. Norton & Company, Inc., 1964), p. 242.

[2]Milton S. Eisenhower, *The Wine is Bitter*, (Nueva York: Doubleday & Company Inc., 1963), p. 296.

[3]*Ibid*, p. 274 - 277.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

convertiremos en el hazmerreír del mundo entero"[4]. El senador Styles Bridges formulaba esta pregunta: "¿Cuánta humillación y desprecio habrá que recibirse aún del dictador comunista?"[5] El senador Barry Goldwater afirmó que si los Estados Unidos enviaban tractores a Cuba, el prestigio norteamericano "disminuirá aún más"[6]. El senador George E. Smathers comparaba la oferta de Castro a "la fría oferta de un millón de judíos a cambio de 10,000 camiones hecha por Adolf Eichmann hace 16 años . . ."[7] Sin duda fueron todas estas críticas las que llevaron al presidente a no cumplir su promesa al doctor Eisenhower de decir al pueblo norteamericano que la decisión de negociar con Castro había sido adoptada por el gobierno.

Castro siguió aferrado a su postura original. En posteriores afirmaciones continuó solicitando quinientas rasadoras del tipo Caterpillar, y repitió que quería "indemnización" de los daños causados por los Estados Unidos. Cuando la Secretaría de Estado publicó un comunicado afirmando que "los Estados Unidos prestarían particular consideración a la expedición de los permisos correspondientes para la exportación de rasadoras a Cuba, para el rescate de prisioneros", Castro se enfureció. No deseaba que las negociaciones se interpretasen como un intercambio en vez de una indemnización.

El mismo comité se hallaba dividido. Los dos republicanos, el doctor Eisenhower y el Sr. Dodge, opinaban que los ciudadanos privados no debían inmiscuirse en asuntos extranjeros sin autorización explícita del gobierno[8]. Temían que ello constituyese infracción de la Ley Logan, que prohibe negociaciones privadas con gobiernos extranjeros. Por otro lado, Eleanor Roosevelt y Walter Reuther no tenían tales preocupaciones. Estaban dispuestos a continuar con la piadosa mentira de que todas las fases de las negociaciones eran privadas. En determinado momento la viuda de Roosevelt llegó a afirmar que el comité había estado funcionando con anterioridad a la intervención de Kennedy[9].

[4] Johnson, p. 232.
[5] *Ibid.*
[6] *Ibid, p. 233.*
[7] Eisenhower, p. 277.
[8] *Ibid,* p. 276.
[9] *Ibid,* p. 284.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El comité se reunió por vez primera el lunes 22 de mayo. La viuda de Roosevelt fue nombrada presidenta honoraria. Richard Goodwin, un mozuelo de 29 años que fungía de asesor mayor presidencial para asuntos hispanoamericanos, estuvo presente y aseguró al comité que la Secretaría del Tesoro dispondría exenciones tributarias para las donaciones[10], así como el transporte de los prisioneros una vez liberados. A la una de la tarde llegaron diez prisioneros al Statler Hilton de Washington para entrevistarse con los miembros del comité. Su portavoz afirmó claramente que Castro esperaba quinientas rasadoras del tipo Caterpillar, y que estaba irritado por el empleo de palabras como "trato" o "canje", porque lo que pedía era "indemnización". Se entregó una carta a los prisioneros en la que se aseguraba que el comité trataría de recaudar fondos para la adquisición de quinientos tractores agrícolas. También ofreció enviar un comité de expertos agrícolas a La Habana para elaborar los detalles, e informó de ello a Castro cablegráficamente.

El miércoles 24 de mayo, el presidente publicó finalmente un comunicado. En él afirmaba que el gobierno no era ni podía ser parte activa en las negociaciones, añadiendo, "pero cuando los ciudadanos privados tratan de aliviar el sufrimiento en otros países, este gobierno no debe interponerse en sus esfuerzos humanitarios". El gobierno, aseguraba, "no ponía obstáculos ni prestaba asistencia al esfuerzo netamente privado". Toda contribución sería totalmente deducible del impuesto sobre la renta, explicaba, tal como si se tratara de una donación a cualquiera organización caritativa.

Posteriormente el doctor Eisenhower afirmó por escrito: "Ahora advertí, con escalofriante claridad, que el presidente tenía la intención de mantener la farsa de que todos los aspectos del caso, desde la negociación a las decisiones críticas, de la recaudación a la liberación de los ciudadanos, eran privadas".

La "crítica despiadada e implacable" continuó, y el 2 de junio, en un esfuerzo por aplacar a sus críticos, el comité cablegrafió a Castro que estaba dispuesto a poner a su disposición 500 tractores agrícolas por un valor aproximado de 3 millones de dólares[11]. Indicaba un límite de tiempo —a mediodía del 7 de junio— "para que podamos saber si está dispuesto a llevar a cabo la propuesta

[10] *Ibid*, p. 277.

[11] *Ibid*, p. 290.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

formulada el 17 de mayo de 1961"[12]. Ofreció el envío de una delegación agrícola a La Habana.

Castro respondió el 6 de junio. Su postura fue congruente con su oferta original. Dijo que el comité sabía exactamente el importe y tipo de indemnización exigida, ya que había recibido información precisa de la delegación de prisioneros. Había sugerido la venida a Cuba de la viuda de Roosevelt y del doctor Eisenhower, pero, sin embargo, accedió a reunirse con los expertos agrícolas, quienes llegaron a La Habana el 13 de junio. Durante las conversaciones, Castro sugirió que si el comité no podía satisfacer su demanda de quinientas rasadoras ("tractores grandes"), aceptaría el equivalente en metálico y créditos. En caso de ser únicamente en efectivo, valoraba en 28.000,000 de dólares las quinientas rasadoras. Los expertos regresaron a los Estados Unidos el 15 de junio.

Entretanto, la oposición parlamentaria aumentaba. "Se nos ridiculizaba y se interpretaban falsamente nuestros motivos", escribiría el doctor Eisenhower. "Mi decepción . . . era casi insoportable". Mortimer M. Caplin, comisionado del Servicio de Rentas Internas, indicó que él no había dispuesto nada sobre exenciones tributarias y que probablemente debería consultar al Congreso antes de adoptar una decisión.

El doctor Eisenhower escribió entonces al presidente Kennedy lo que él mismo ha denominado "la carta más penosa que jamás haya escrito". El público debería haber sido informado desde el comienzo que "solamente la recaudación de fondos era privada", y que el resto de la transacción, que implicaba decisiones sobre política exterior, pertenecía al gobierno. Se oponía a la continuación de las negociaciones. Reuther quería proseguir.

La correspondencia dirigida a senadores y representantes por sus electores se inclinaba en proporción de al menos cuatro contra uno en oposición al trato. La oficina del doctor Eisenhower estimaba que solamente una carta de cada diez tenía algo bueno que decir sobre los esfuerzos del comité. Describió las tres primeras semanas de su labor como una "verdadera pesadilla". El y Dodge empezaban a dudar si el comité podría reunir siquiera 3 millones de dólares. El gobernador de Arizona, Paul Fannin, expresó la esperanza de que el pueblo de su estado "no contribuyese ni con un real".

En cuanto a la postura de Castro, el doctor Eisenhower la describía de esta forma: "Nos habíamos liado en una pugna verbal

[12] Johnson, p. 238.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

con un pillastre sin escrúpulos, conocedor de toda clase de artimañas y perradas. Castro respondió a nuestras genuinas expresiones de preocupación humanitaria únicamente con mentiras y propaganda . . . Pronto se hizo evidente, para mí al menos, que Castro no iba a negociar de buena fe".

El 23 de junio, Castro cablegrafió rechazando la oferta de tractores agrícolas: "Su comité miente cuando afirma que Cuba ha modificado su propuesta original . . ." En este aspecto pisaba terreno firme. En su discurso del 17 de mayo, y en todas sus declaraciones posteriores, había dejado bien sentado que su propuesta se basaba en la admisión de responsabilidad por parte de los Estados Unidos y que sólo aceptaría rasadoras del tipo Caterpillar. Cuando el comité se disolvió, a finales de junio, el presidente Kennedy atribuyó toda la culpa a Castro. En una conferencia de prensa afirmó: "El comité hizo todo lo imaginable a fin de mostrar su buena fe, pero el Sr. Castro no ha aceptado".

Los prisioneros podían haber sido liberados en junio de 1961 por 28 millones en tractores o bien en efectivo y créditos. Pero su destino sería otro año y medio de prisión, y al final el precio del rescate resultaría en más del doble.

¿Qué decir del calvario de los 1,199 supervivientes de la Brigada de Asalto 2506 que habían sido abandonados a su suerte por los Estados Unidos, al consentir que se quedaran sin municiones en las playas?

Inmediatamente después de fracasada la invasión, fueron llevados al Palacio de los Deportes, construído antes de la caída de Batista en el centro de La Habana. Allí permanecieron durante varias semanas, algunos de ellos heridos, todos cubiertos con la suciedad y el barro de la batalla. No se les permitía bañarse ni afeitarse. Durante veintiún horas al día se les obligó a estar sentados en pequeñas sillas; desde las 3 hasta las 6 de la mañana se les permitía acostarse en el suelo. Sus captores se mofaban de ellos y de su amargura al verse traicionados y abandonados. Todos los prisioneros no abrigaban la menor duda de que serían pasados por las armas.

Durante estas semanas Castro dispuso la presentación de un grupo de prisioneros cuidadosamente seleccionados ante la televisión en un programa nacional. Carmen y yo contemplamos la cruel exhibición mientras nos hallábamos en la Embajada italiana.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Oliva, Artime y San Román (de izquierda a derecha), durante el curso de una comparecencia conjunta ante un programa nacional de la televisión.

El espectáculo se prolongó durante cuatro noches. Algunos de los treinta y siete que aparecieron, en estado de agotamiento, dieron testimonio tal como Castro deseaba, pero no todos ellos. "Si hay tanta gente con ustedes, ¿por qué no convocan a elecciones?" preguntó un prisionero a un interrogador. Al preguntársele a otro las razones que había tenido para incorporarse a la Brigada, contestó: "Porque quiero para mi país la restauración de la Constitución de 1940, con un gobierno democrático, libertad de prensa y elecciones". Treinta activistas de la clandestinidad cubana se hallaban con nosotros en la embajada italiana; todos aplaudimos y algunos vitorearon la valentía de estos hombres.

La actuación más notable fue la de Felipe Rivero, un prisionero de 37 años, miembro de una opulenta y aristocrática familia. Durante el interrogatorio privado anterior había fingido cobardía a fin de poder aparecer en la televisión. Durante su largo interrogatorio transmitido por TV, cada uno de los diez miembros de la mesa de interrogadores intentó obligar a Rivero a admitir que la Brigada estaba compuesta de mercenarios, lacayos del imperialis-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

mo, terratenientes desposeídos y esbirros. "Si creen que voy a atacar a mis compañeros sólo porque estoy a punto de ser fusilado", dijo, "se equivocan". Rivero afirmó que en la Brigada había muchos obreros, y que todos habían sido motivados por ideales patrióticos. "Entenderán ustedes que en este preciso momento lo más que puedo sentir ante la idea de ser ejecutado es pesadumbre por mi familia, pero no es algo que me asuste o me aterre". ¡Y después de su liberación Rivero fue arrestado en los Estados Unidos por actividades anticastristas!

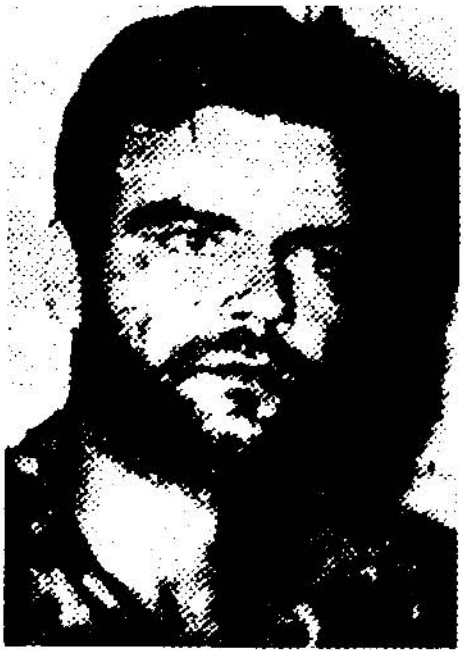
El gran espectáculo del Palacio de los Deportes tuvo lugar el 26 de abril cuando Castro, de pie en el centro del anfiteatro, se burló de la humillación de sus derrotados enemigos y puso de relieve la hipocresía de los Estados Unidos que, afirmó, les había estado adiestrando durante un año para después abandonarles en las playas.

Uno de los prisioneros preguntó: "Dr. Castro, ¿es usted comunista? ", a lo que Castro volvió la espalda sin responder. Hablando de las libertades que los negros disfrutaban bajo su régimen, dijo que se les permitía incluso bañarse en las piscinas privadas con los blancos. Señalando a uno de los prisioneros, le preguntó: "Tú, negro, ¿qué estás haciendo aquí? " El prisionero replicó tranquilamente que no tenía complejo alguno a causa de su raza. "Siempre he estado con gente blanca, y toda mi vida me he portado con ellos como un hermano. Y no he venido aquí para bañarme en la playa o en piscinas".

El tratamiento de los prisioneros varió de acuerdo con las vicisitudes de los negociadores del rescate. Cuatro días antes de la primera oferta de Castro de libertarles a cambio de rasadoras, los prisioneros fueron trasladados por la noche al Hospital Naval (que aún estaba por inaugurar), donde dormían 20 en una habitación y se les dio jabón, un lujo insospechado. Pero el 17 de julio, pocos días después de la disolución del "Comité de Tractores para la Libertad", fueron llevados, también de noche, al Castillo del Príncipe, una fortificación española terminada de construir en 1794. Aquí habían de pasar catorce meses.

Los jefes de la Brigada fueron llevados al principio a las peores celdas, en lo más profundo de la prisión, oscuras, húmedas e infestadas de ratas y cucarachas. Encima de ellos, en las galerías superiores, estaban confinados los prisioneros comunes y los enfermos mentales. El retrete consistía en un agujero sin tapa en el centro

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Manuel Artime, quien sobrevivió a una odisea de catorce días en los pantanos de la Ciénaga de Zapata.

del piso. Más tarde los jefes fueron transferidos a cuatro celdas más grandes, llamadas *leoneras*, donde 400 prisioneros de la Brigada habían sido amontonados. Sólo había un agujero en el suelo por cada cien hombres. La hepatitis y la disentería hicieron estragos. Cinco prisioneros fueron ejecutados, nueve enviados al horrendo reclusorio de Isla de Pinos con sentencias de 30 años. Algunos enloquecieron; uno trató de suicidarse. Pero de esta degradación concibieron aún más odio hacia Castro y el comunismo.

El tratamiento más cruel fue el reservado a Manuel Artime, el único miembro de la Brigada que había tenido tratos con los norteamericanos en la preparación de la invasión. Había sido capturado después de catorce días en los pantanos, con la boca tan hinchada que apenas podía hablar. "Tú eres el hijo de puta que más problemas nos ha causado", le dijeron. Podía elegir entre morir de dos maneras: lenta y horriblemente, o, si colaboraba con sus captores, de un balazo, "pero como un héroe".

Fue llevado a una habitación donde le sujetaron a una silla, con las manos atadas a la espalda. Le enfocaron reflectores a la cara a fin de que no pudiese ver a sus interrogadores. Las preguntas se sucedieron durante tres días sin un momento de reposo. Cuando perdía el conocimiento, le arrojaban agua helada a la cara. Recuerda dos voces, una suave y la otra áspera y fuerte. En dos ocasiones

Rollo del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

le dijeron que iban a fusilarle. El cañón de una pistola fue colocado en su sien, y otra vez en la boca. Artime no dejó de repetir que no sabía nada y que no firmaría nada.

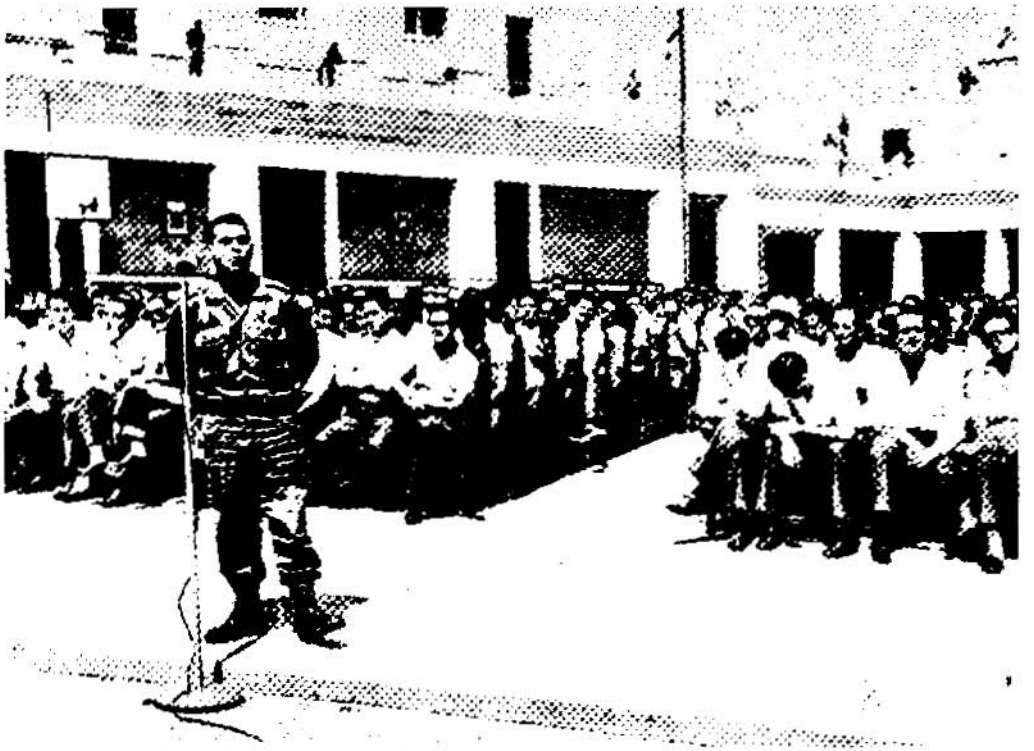
Por fin terminó todo. Cuando Artime recobró el conocimiento, estaba tendido en el suelo, sin maniatar. Alguien le dio un puntapié en el hombro. "Levántate, hijo de puta, vamos a llevarte al laguito". Este era un lagunato situado a unas cuatro cuadras de nuestra casa en el reparto Country Club, donde mi amigo Pelayo Cuervo había sido asesinado y arrojado junto a la calle. En el auto, se le ofreció a Artime "una última oportunidad". El cañón de un arma fue apoyado en su cabeza y se le dijo que dispararían al contar cuatro. Cuando repitió que no sabía nada, el arma fue retirada, y Artime fue llevado al Palacio de los Deportes y dejado solo en una celda.

El 22 de marzo de 1962, cuando ya llevaban casi un año en cautividad, el gobierno cubano anunció que los prisioneros serían juzgados como criminales de guerra. Ha sido el único juicio en masa de la historia de Cuba. Comenzó en la mañana del jueves 29 de marzo. Los hombres fueron sacados al patio de la prisión del Castillo del Príncipe y se les ordenó sentarse allí, frente a un tribunal de cinco jueces presidido por Augusto Martínez Sánchez, ministro del Trabajo, uno de los principales lugartenientes de Castro. (Más tarde, el 8 de diciembre de 1964, Martínez Sánchez se pegaría un tiro después de haber sido desposeído de su cargo).

El gobierno esperaba que el juicio proporcionaría una buena dosis de propaganda y que los prisioneros denunciarían a los Estados Unidos; las cámaras de televisión estaban preparadas para captar estos hechos. Los prisioneros, sin embargo, decidieron entre ellos que se negarían a responder a cualquier pregunta. Se les había ofendido en su honor, al llamárseles cobardes y mercenarios. Creían que, comoquiera que se viese, su situación era desesperada, y prefirieron morir como hombres de honor.

El juicio comenzó cuando un testigo se plantó ante el micrófono enfrente de los prisioneros y comenzó a difamar a la Brigada. Los "gusanos amarillos" se habían portado como cobardes durante el combate de abril, dijo, y ahora pretendían ser valientes. Señaló al jefe de la Brigada, José Pérez San Román, acusándole de ser tan cobarde que al ser capturado firmó varios papeles y documentos. El testigo leyó a continuación lentamente una declaración atacan-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El juicio conjunto a los combatientes de la Brigada. El capitán Luis Rodríguez vituperando a los heroicos cruzados. 30 de marzo de 1962.

do a los Estados Unidos; aseguró que San Román la había escrito a Castro. Cuando terminó, Martínez Sánchez indicó a San Román que se adelantase, y le preguntó qué tenía que decir.

"En nombre de la Brigada", declaró San Román, "me niego a aceptar el defensor que nos ha sido impuesto por el gobierno. No queremos que nadie nos defienda. No necesitamos defensa alguna". Se le preguntó qué tenía que alegar sobre su carta a Castro. "Yo no he escrito esa carta", dijo San Román. "Está bien falsificada, pero no es mía".

Al término del primer día, el gobierno anunció que los prisioneros habían "confesado sus crímenes". Al segundo día, otro de los jefes de la Brigada fue confrontado con una declaración mecanografiada supuestamente escrita por él en la que se denunciaba a los Estados Unidos. Afirmaba que actualmente estaba arrepentido, pero que en los días de la invasión habían sido marionetas de los Estados Unidos. Cuando el testigo hubo terminado de leer la declaración, el jefe exclamó: " ¡Todo eso es mentira! " En las filas

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de la Brigada se escucharon risas y silbidos dirigidos contra los jueces.

Otros prisioneros fueron igualmente enfrentados con declaraciones que se alegaba habían sido hechas por ellos, pero todos menos dos las rechazaron. Uno de ellos se refirió amargamente a las negociaciones del "Comité de Tractores para la Libertad". Admitió que los Estados Unidos habían entrenado a la Brigada en Guatemala y que la habían transportado a Cuba, pero añadió que nunca podría apoyar al comunismo y que era enemigo del régimen. El segundo, considerado dentro de la Brigada como un judas, atribuyó a los Estados Unidos la culpa de todo lo sucedido.

La conducta de los prisioneros a lo largo del juicio fue magnífica. No solamente habían luchado con arrojo en el combate sino que ahora, con dos únicas excepciones, se negaban a censurar a los Estados Unidos.

Cuando las noticias del juicio llegaron a Miami, un hermano de San Román —uno de los miembros de la Brigada que habían logrado escapar— reunió quinientos dólares entre los cubanos y fue a Washington con otros dos miembros de la Brigada para ver al secretario de Justicia, Robert Kennedy, quien les aseguró: "Vamos a hacer cuanto podamos". Durante la celebración del juicio, la Secretaría de Estado pidió a las embajadas hispanoamericanas que apelasen a Castro para salvar las vidas de los prisioneros. Varios países accedieron, entre ellos Brasil.

Entretanto, los exilados cubanos habían organizado un "Comité de Familias Cubanas", con la esperanza de reunir los 28 millones de dólares pedidos por Castro. El participante más activo era Alvaro Sánchez, hijo, quien más tarde sería el principal negociador cubano. El 7 de abril, junto con otros cuatro miembros del Comité, Sánchez cablegrafió a Castro para informarle que se hallaban en condiciones de negociar. Sánchez había sido informado por un representante de la Secretaría de Estado que podía contar con 28 millones de dólares en alimentos.

Durante la noche del domingo 8 de abril, Castro visitó a los prisioneros y estuvo hablando con los jefes. Había venido para anunciar el veredicto del tribunal, según el cual los prisioneros eran culpables, pero la Revolución les perdonaba la vida y les sentenciaba a treinta años de cárcel. Sin embargo, ya que eran tan valiosos para los yanquis, pediría un rescate de 500 mil dólares por cada

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

uno de los tres jefes. El resto de la Brigada quedaba dividido en tres grupos; en el primero, la libertad de cada hombre podría comprarse por 25,000 dólares; en el segundo, por 50,000, y en el tercero, por 100,000. El precio total del rescate era, por tanto, 62 millones de dólares, seis millones más del *doble* de la cifra solicitada primeramente. Ese mismo día, Castro anunciaba públicamente el veredicto y cablegrafiaba a Alvaro Sánchez, autorizándole a venir a Cuba e iniciar las negociaciones.

Sánchez y otros tres miembros del Comité llegaron a La Habana el 10 de abril de 1962, y poco después se entrevistaron con Castro, quien empezó pasando revista a las negociaciones desde el día de su propuesta original, el 17 de mayo de 1961, cuando había solicitado 500 rasadoras y posteriormente mercancías por el mismo valor. "Los norteamericanos me ofrecieron 500 ridículos tractores de juguete que valían poco más de 3 millones de dólares", se quejó. "Como resultado, han transcurrido once meses". Dijo que consentiría que los prisioneros con heridas más graves regresaran a los Estados Unidos cuando el Comité hubiera depositado su rescate, por un total de 2.925,000 dólares en el Royal Bank of Canada.

El 18 de abril de 1962, los miembros del Comité de Familias Cubanas se entrevistaban con Robert Kennedy, quien dijo que sería difícil recaudar el rescate, porque el gobierno no contribuiría con dinero que fuese a manos de Castro[13]. Recomendó a los cubanos que organizasen una activa campaña de recaudación de fondos, obteniendo los servicios de alguna organización profesional. Y sugirió que tratasen de hacer que Castro aceptase alimentos y medicinas en lugar de dinero. También indicó la conveniencia de formar un comité de ciudadanos eminentes. El Comité de Familias Cubanas abrió una oficina en el 527 de Madison Avenue, en Nueva York, y se puso en acción. Sus miembros escribieron innumerables cartas y solicitudes. El 21 de abril lograron una excelente publicidad cuando Ed Sullivan entrevistó a varios de los prisioneros en su espectáculo televisado. Pero durante los ocho meses que funcionó el Comité, ni siquiera se pudieron recaudar 500 mil dólares.

Sánchez volvió a ver a Robert Kennedy, quien le sugirió que se pusiera en contacto con James Donovan, un abogado que en 1957

[13] *Ibid*, p. 291.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

había adquirido gran notoriedad al defender a Rudolph Abel, un supuesto fotógrafo que había sido detenido bajo la acusación de ser uno de los principales espías soviéticos en los Estados Unidos. Más tarde, en 1962, Donovan fue designado por el gobierno de los Estados Unidos para negociar el canje en Berlín Occidental de Abel por el piloto del U-2 derribado sobre la U.R.S.S., Francis Gary Powers. Donovan aceptó representar al Comité a título gratuito.

El 26 de junio, el Comité de Familias anunció una relación de cincuenta y dos patrocinadores, hombres y mujeres relevantes en las artes, comercio, educación, trabajo y religión. Entre ellos figuraban la princesa Lee Radziwill, hermana de Jacqueline Kennedy; el Cardenal Richard Cushing, arzobispo de Boston; el Rev. James A. Pike, obispo episcopal de California; James A. Farley, y el general Lucius D. Clay. Uno o dos días después, un periodista preguntó al presidente Kennedy en una conferencia de prensa si aprobaba las suscripciones públicas para rescatar los prisioneros. Contestó el jefe del Estado: "Sin duda simpatizo con el propósito fundamental, que es el de sacar a varios centenares de jóvenes de la cárcel, a jóvenes cuyo único interés era la liberación de su país". Donovan, que se reunió por vez primera con Robert Kennedy el 2 de julio en la Secretaría de Justicia, recibió seguridades de que la misión era de interés nacional y que todas negociaciones que efectuara con Castro no constituirían una violación de la Ley Logan.

El 30 de agosto, Donovan, Sánchez y otro cubano distinguido, el doctor Ernesto Freyre, volaron a La Habana. Ese mismo día Donovan se reunió con el ministro de Justicia del gobierno cubano. Donovan concedió desde el principio que la acción que se emprendía era una "indemnización". Al día siguiente, acompañado por ambos cubanos, se entrevistó con Castro. El tribunal había impuesto un rescate de 62 millones de dólares en efectivo. Donovan hubo de convencer a Castro de que aceptase el rescate bajo alguna otra forma[14]. Después de cuatro horas, Castro estuvo de acuerdo en considerar tres propuestas principales: 1) Las negociaciones serían independientes de las llevadas a cabo anteriormente con el Comité de Familias Cubanas, en las que se había prometido una indemnización de 2.925,000 dólares por la liberación de 60 prisioneros heridos; 2) el pago por los restantes prisioneros se aceptaría en productos alimenticios y medicinas; 3) el valor de estos produc-

[14] *Ibid*, p. 312.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tos en el mercado mundial sería igual a la indemnización impuesta cuando los prisioneros fueron sentenciados[15].

Al día siguiente se celebró otra reunión con Castro, quien mostró su conformidad con las tres propuestas y dijo que su gobierno prepararía una relación de productos aceptables. Al día siguiente Donovan regresó a los Estados Unidos. Poco después, los cubanos, que habían quedado en La Habana, recibieron una lista de productos alimenticios y se les indicó que la relación de productos médicos les llegaría poco después. Se estimaba que por lo menos serían necesarios treinta barcos para transportar las mercancías a Cuba. Más tarde, en los Estados Unidos, el cálculo hecho ascendió a sesenta y ocho barcos. Donovan regresó a La Habana el 3 de octubre, y se entrevistó con Castro al día siguiente en Varadero.

Obrando cual guerrero victorioso que imponía sus condiciones a un país derrotado, Castro informó a Donovan que aceptaría medicinas y drogas en vez de alimentos, pero a precios al por mayor. Pidió garantías bancarias para asegurar el pago del rescate, dos cartas de crédito con el Royal Bank of Canada, una por un importe de 2.925,000 dólares como pago por los 60 prisioneros heridos y la otra por las medicinas. Donovan le expresó a Castro que recibiría medicinas, drogas y equipo quirúrgico con un 60 por ciento de descuento; que el seguro, embalaje y transporte serían por cuenta del Comité de Familias; que se incluiría alimentos para bebés en el envío; y que los arreglos con los bancos garantizarían el pago completo en un plazo de seis a nueve meses. En señal de buena fe, se realizaría inmediatamente por avión un envío del 20 por ciento del total de la mercancía, antes de que los prisioneros fuesen liberados[16].

Pero incluso estas concesiones no satisfacieron al dictador cubano. Se quejó de que los precios al por mayor publicados en los catálogos de las compañías farmacéuticas eran demasiado elevados e insistió en que se redujesen en un 35 por ciento. Para reforzar sus peticiones, presentó listas de precios del Japón, Polonia e Italia, que ofrecían cotizaciones más bajas en los mercados mundiales que los Estados Unidos.

En esta coyuntura tuvo lugar la crisis de los cohetes de octubre de 1962, y las negociaciones se mantuvieron en suspenso.

[15] *Ibid*, p. 313.
[16] *Ibid*, p. 316 - 317.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Hacia finales de noviembre, una reunión celebrada en el hotel Waldorf-Astoria de Nueva York, a la que asistieron Robert Kennedy y representantes del Comité de Familias Cubanas, puso en movimiento una serie de acciones interdepartamentales en Washington, cuya naturaleza y propósito no tienen precedente histórico. La Secretaría de Justicia se convirtió en el centro neurálgico y puesto de mando del "Proyecto X", que así se denominó a la operación de rescate. Robert Kennedy dio instrucciones al subsecretario de Justicia, Louis F. Oberdorfer, de que dedicase a ello todo su tiempo. Se instalaron en su despacho mesas y teléfonos adicionales. Se contrataron procuradores privados para ayudar a los abogados de la Secretaría de Justicia. Durante el mes de diciembre se realizaron más de 344 conferencias telefónicas de larga distancia; se hicieron 42 viajes entre Nueva York, Washington y la Florida; y se registraron casi 900 horas de labor extraordinaria.

En las oficinas del Servicio de Rentas Internas, se organizó un equipo de doce personas que habrían de estar constantemente disponibles para responder solicitudes y publicar directrices en relación con el Proyecto X.

El 30 de noviembre de 1962 tuvo lugar en la Secretaría de Justicia una reunión de altos jerarcas gubernamentales, a la que asistieron representantes de la Secretaría de Estado, de la CIA y del Servicio de Rentas Interiores, así como los principales ayudantes de Robert Kennedy. Se acordó la preparación de un estudio sobre los aspectos tributarios del caso y la redacción de un memorándum que sería sometido a Robert Kennedy el lunes 3 de diciembre.

Armado con el memorándum, Robert Kennedy visitó al presidente y antes del mediodía del lunes recibió la autorización necesaria para proseguir sus gestiones. Al día siguiente se reunió con Donovan en Washington. Para paliar la crítica del público, se acudió a la Cruz Roja solicitando que la operación se realizase en su nombre. En realidad, naturalmente, los planes y decisiones se tomaron en la Secretaría de Justicia.

Ahora era necesario ponerse en contacto con las compañías farmacéuticas, lo que planteaba un delicado y embarazoso problema a los hermanos Kennedy, cuyas relaciones con la gran industria estaban lejos de ser cordiales.

En ese mismo año de 1962, cuando la industria del acero anunció una elevación de los precios, el presidente Kennedy había

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

hecho un comentario en privado que, por alguna razón, había llegado a oídos de los periodistas. "Mi padre siempre me decía que todos los hombres de negocios eran unos hijos de puta, pero nunca le creí hasta ahora". Intentando disminuir las repercusiones de sus palabras, afirmó en una conferencia de prensa que el comentario de su padre se refería únicamente a los industriales del acero. Pero en privado, según Arthur Schlesinger, el presidente les había dicho a él y a Adlai Stevenson: "Son un hatajo de bastardos —y ésto es de mi propia cosecha, no que mi padre lo haya dicho"[17].

Ahora el presidente y su hermano se veían obligados a apelar al "hatajo de bastardos", para librarles de una de las consecuencias de los errores cometidos en Playa Girón. La industria farmacéutica constituía uno de los sectores económicos que menos aprecio sentía por el gobierno, hallándose resentida por una implacable investigación senatorial llevada a cabo para determinar los orígenes de sus elevados precios.

El 7 de diciembre, Robert Kennedy se reunió con varios funcionarios de la Asociación Médica Farmacéutica. Les dijo que, aunque la invasión de Playa Girón había sido lanzada siguiendo órdenes de su hermano, el plan se había iniciado durante el gobierno de Eisenhower[18]. Los Estados Unidos tenían la obligación moral de libertar a los prisioneros, pero no podían negociar directamente con Castro, ya que ello sería "mal interpretado". Los prisioneros estaban en malas condiciones, y era posible que algunos de ellos estuviesen a punto de morir. Se había recibido la lista de fármacos enumerados por Castro, y la misma no contenía ningún producto que pudiera considerarse de valor estratégico. Dos días más tarde repetía las mismas palabras a un grupo de fabricantes de alimentos para bebés.

Castro había preparado una lista de 327 páginas (mecanografiadas a un espacio), en la que se especificaba la designación de marca, fabricante, calidad y valor en dólares de cada artículo pedido. Se dictaron las correspondientes resoluciones fiscales y antimonopolísticas. La Secretaría de Comercio extendió las licencias de exportación de medicinas y alimentos. El Servicio de Inmigración, la

[17] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 636.

[18] David Wise y Thomas B. Ross. *The Invisible Government* (Nueva York: Random House, 1964), p. 282.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

CIA y la Fuerza Aérea empezaron los preparativos para el recibimiento de los prisioneros en la Florida. Se otorgaron los oportunos permisos de transporte por la Junta de Aeronáutica Civil y la Comisión de Comercio Interestatal a fin de facilitar las contribuciones para el acarreo de los productos hasta la Florida. Cuando algunos miembros del Congreso objetaron las negociaciones con Cuba en un momento en que los Estados Unidos pedían a otros países el cese del comercio con Cuba, la Casa Blanca explicó que Donovan actuaba en calidad de procurador particular por cuenta del Comité de Familias Cubanas, y que sólo se limitaba a mantener informado al presidente. Se negó a decir si se emplearían fondos del gobierno[19].

El objetivo era obtener la liberación de los prisioneros antes de que llegara la Navidad, de la que apenas los separaban tres semanas escasas, y, naturalmente, habría que emplear algunos meses en hacer entrega del rescate. Aunque el primer pago acordado del 20 por ciento se "endulzó" hasta quedar en 500,000 dólares en productos, Castro pedía ahora una garantía bancaria de que el resto de sus extorsiones se pagaría por entero[20]. El subsecretario de Justicia Katzenbach (más tarde subsecretario de Estado), voló a Montreal para gestionar la garantía con el Royal Bank of Canada, el cual insistió en garantías formales de bancos norteamericanos. Katzenbach fue a Nueva York e hizo los preparativos necesarios. La Continental Insurance Company emitió un bono de ejecución por un importe de 53 millones de dólares.

El 21 de diciembre, Donovan y Castro firmaron en La Habana un memorándum de avenencia, pero el dictador impuso nuevas condiciones. Quería que fuese su propia gente quien inspeccionase las medicinas, y tres funcionarios de la Cruz Roja cubana fueron enviados en secreto a Miami para este propósito. Se tomaron todas las precauciones para que la prensa no descubriese su presencia.

¡Pero Castro aún no estaba satisfecho! Después de que cuatro aviones cargados de prisioneros aterrizaran en la Florida el domingo 23 de diciembre, pidió el pago para las tres de la tarde del lunes de los 2.925,000 dólares que se habían comprometido como rescate de 60 prisioneros heridos puestos en libertad el mes de abril anterior[21]. Robert Kennedy fue localizado ese mismo día a las 5

[19] Wise y Ross, p. 280.

[20] Johnson, p. 328, 329, 332.

[21] *Ibid*, p. 338, 339.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de la mañana. Llamó al Cardenal Cushing, arzobispo de Boston, y obtuvo el compromiso de un millón. A continuación llamó al general Lucius Clay, quien, mediante un préstamo personal, obtuvo los restantes 1.925,000 dólares. Castro insistió en tener pruebas de que el efectivo se había depositado en Montreal, y por fin recibió seguridades en ese sentido a última hora de la tarde en la oficina del cónsul canadiense[22]. Todas las peticiones de Castro habían sido satisfechas, y en la Nochebuena de 1962 el último de los prisioneros aterrizaba en la Florida.

Una transacción de estas proporciones no podía ser ocultada por completo, pero algunos aspectos particularmente vulnerables desde el punto de vista político se encubrieron cuidadosamente. Uno de ellos fue la contribución directa del gobierno norteamericano. Así, poco después de la liberación de los prisioneros, cuando la Secretaría de Agricultura comenzó a suministrar leche en polvo y manteca a la Cruz Roja para su envío a Cuba, se necesitaba un pretexto. Dicha Secretaría llegó a contribuir con 35,000 millones de libras de alimentos excedentarios al rescate de los prisioneros —15,000 millones de libras de leche en polvo y 20,000 millones de libras de manteca.

Estos alimentos costaron al gobierno 5.655,000 dólares[23] cuando fueron adquiridos de los productores dentro del programa de sostén de precios agrícolas, y el gobierno normalmente emplea el precio pagado a los productores al calcular el valor de los excedentes alimenticios donados a organizaciones de caridad. En este caso, sin embargo, tratando de menospreciar la dádiva hecha a Castro, se calculó esta contribución en algo menos de dos millones de dólares, precios que los productos hubieran alcanzado en el mercado mundial.

Además, la Secretaría de Agricultura anunció el 8 de enero de 1963 que "la Cruz Roja había indicado que el Comité de Familias Cubanas espera recaudar fondos para reembolsar a la Secretaría"[24]. Estaba indicando que el gobierno recibiría una compensación en efectivo por los excedentes. La verdad es que para esas fechas el Comité estaba inactivo, sin la más mínima probabilidad de recaudar dos millones de dólares; durante los ocho meses de su existencia,

[22] *Ibid*, p. 340.
[23] Wise y Ross, p. 286.
[24] *Ibid*, p. 286.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

como ya se ha señalado, no había sido capaz de reunir 500 mil dólares.

El asunto se solucionó por fin de la forma siguiente: la Union Carbide Company había contribuido al rescate con dos millones de dólares en insecticidas. La Secretaría de Comercio declaró que el insecticida sería de valor estratégico para Castro al ayudar a lograr mejores cosechas. La Cruz Roja aceptó el insecticida y lo hizo pasar a la Agencia para el Desarrollo Internacional, la cual lo envió a la India, Paquistán y Argelia, y la Secretaría de Agricultura aceptó ésto como pago por la leche y la manteca. Estos eran los "fondos" que la Secretaría de Agricultura había anunciado que serían recaudados por el Comité de Familias Cubanas "para reembolsar a la Secretaría".

El presidente Kennedy, como se recordará, había anunciado el 24 de mayo de 1961 que el gobierno no era ni podía ser parte de la negociación, pero no "interferiría" en los esfuerzos humanitarios de los ciudadanos privados. *En realidad, por lo menos catorce dependencias del gobierno norteamericano participaron en el rescate*[25].

Se ha estimado, en términos conservadores, que le costó al gobierno unos 29.793,000 dólares resolver el dilema de los prisioneros, incluyendo una pérdida en impuestos de 20 millones, de acuerdo con la estimación de Mitchell Rogovin, del Servicio de Rentas Interiores.

Las compañías farmacéuticas salieron beneficiadas. Todas sus peticiones fueron satisfechas. No fueron requeridas para declarar sus costes y márgenes comerciales a fin de obtener deducciones fiscales, y en muchos casos los beneficios fiscales otorgados (el 52 por ciento de sus precios al por mayor), eran superiores a los costos de producción, de forma que la transacción acabó rindiendo una ganancia. Y particularmente la industria farmacéutica experimentó la satisfacción de hacer que los hermanos Kennedy acudiesen a ellos implorando ayuda.

Donovan, el experimentado abogado, Alvaro Sánchez y Ernesto Freyre, los negociadores cubanos, se portaron admirablemente. Donovan obtuvo la liberación de más de treinta americanos detenidos en las cárceles de Cuba, entre los cuales había tres hombres de

[25] *Ibid.*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

la CIA. Más de 5,000 miembros de las familias de los prisioneros obtuvieron permisos para partir en los buques de la Cruz Roja. Cuando Donovan insistió, ya el mes de junio de 1963, en que él era "un ciudadano privado actuando por encargo del Comité de Familias Cubanas", actuaba consecuentemente con la postura que había aceptado tomar desde el principio. Los prisioneros que sobrevivieron al desastre de Girón fueron puestos en libertad y pudieron reunirse nuevamente con sus familias, y por esta razón todos los cubanos patriotas se sienten profundamente agradecidos de aquellas gestiones.

Castro salió mucho mejor parado de lo que esperaba al principio. El rescate logrado era más de dos veces superior al que había solicitado en principio. Entre sus amigos ridiculizó a los Estados Unidos a medida que el "Coloso del Norte" iba asintiendo a sus arrogantes exigencias. En junio de 1963 los trece miembros republicanos de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara, reclamaron una investigación, pero los demócratas dominaban la situación dentro de la Comisión y nada sucedió.

Había habido otras alternativas. El 20 de abril de 1961 —tres días después de la invasión de Girón— el presidente Kennedy preguntó a Richard Nixon, a quien había pedido que acudiese a la Casa Blanca: "¿Qué harías ahora en Cuba?" Nixon contestó: "Buscaría un pretexto legal adecuado e intervendría", y citó tres justificaciones legales de tal acción. Añadió que si el presidente actuaba en este sentido, le apoyaría públicamente *"hasta las últimas consecuencias" y animaría a los demás republicanos a que hiciesen lo mismo*[26].

Lo que salió malparado en el rescate de Playa Girón fue el prestigio de los Estados Unidos.

[26] Richard M. Nixon, "Cuba, Castro and John F. Kennedy". *Reader's Digest*, noviembre 1964.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

17

Cohetes en Cuba

El 22 de octubre de 1962, el presidente Kennedy presentó su célebre informe al pueblo norteamericano sobre la introducción de armas nucleares soviéticas en Cuba. Por aquellos días mi esposa y yo nos hallábamos en Madrid. La noche de marras nos encontrábamos con un pequeño grupo de distinguidas personalidades norteamericanas en el apartamento de nuestros buenos amigos, el Sr. Kenneth Crosby y Sra., en el último piso del edificio más alto de la capital española.

Todos guardábamos el más absoluto silencio mientras escuchábamos al presidente hablar de la hipocresía soviética, que había puesto a las naciones de ambas Américas al alcance de los proyectiles nucleares soviéticos. Oímos con aprobación cómo le echaba en cara a Jruschov los hechos que le condenaban y declaraba ante el mundo entero que "en una zona que, como es bien sabido, posee una relación especial e histórica con los Estados Unidos y las naciones del hemisferio occidental . . . esta decisión súbita y subrepticia de colocar armas estratégicas por primera vez fuera del territorio soviético, es un cambio deliberadamente provocador e injustificable en el status quo, que no puede ser aceptado por este país, si es que nuestro valor y nuestros compromisos han de merecer en el futuro la confianza de amigos y enemigos".

Uno de nosotros tomó nota de las medidas que Kennedy dijo haber tomado para contrarrestar la amenaza soviética. Se pondría en práctica una cuarentena de todo el equipo militar ofensivo que se encaminara a Cuba. Se había ya incrementado la vigilancia del auge de la actividad militar en Cuba, y el ejército norteamericano se hallaba listo para intervenir en caso de que prosiguieran los preparativos militares. La Unión Soviética quedaba advertida de que cualquier proyectil lanzado desde Cuba contra cualquier nación

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

17

Cohetes en Cuba

El 22 de octubre de 1962, el presidente Kennedy presentó su célebre informe al pueblo norteamericano sobre la introducción de armas nucleares soviéticas en Cuba. Por aquellos días mi esposa y yo nos hallábamos en Madrid. La noche de marras nos encontrábamos con un pequeño grupo de distinguidas personalidades norteamericanas en el apartamento de nuestros buenos amigos, el Sr. Kenneth Crosby y Sra., en el último piso del edificio más alto de la capital española.

Todos guardábamos el más absoluto silencio mientras escuchábamos al presidente hablar de la hipocresía soviética, que había puesto a las naciones de ambas Américas al alcance de los proyectiles nucleares soviéticos. Oímos con aprobación cómo le echaba en cara a Jruschov los hechos que le condenaban y declaraba ante el mundo entero que "en una zona que, como es bien sabido, posee una relación especial e histórica con los Estados Unidos y las naciones del hemisferio occidental . . . esta decisión súbita y subrepticia de colocar armas estratégicas por primera vez fuera del territorio soviético, es un cambio deliberadamente provocador e injustificable en el status quo, que no puede ser aceptado por este país, si es que nuestro valor y nuestros compromisos han de merecer en el futuro la confianza de amigos y enemigos".

Uno de nosotros tomó nota de las medidas que Kennedy dijo haber tomado para contrarrestar la amenaza soviética. Se pondría en práctica una cuarentena de todo el equipo militar ofensivo que se encaminara a Cuba. Se había ya incrementado la vigilancia del auge de la actividad militar en Cuba, y el ejército norteamericano se hallaba listo para intervenir en caso de que prosiguieran los preparativos militares. La Unión Soviética quedaba advertida de que cualquier proyectil lanzado desde Cuba contra cualquier nación

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

la CIA. Más de 5,000 miembros de las familias de los prisioneros obtuvieron permisos para partir en los buques de la Cruz Roja. Cuando Donovan insistió, ya el mes de junio de 1963, en que él era "un ciudadano privado actuando por encargo del Comité de Familias Cubanas", actuaba consecuentemente con la postura que había aceptado tomar desde el principio. Los prisioneros que sobrevivieron al desastre de Girón fueron puestos en libertad y pudieron reunirse nuevamente con sus familias, y por esta razón todos los cubanos patriotas se sienten profundamente agradecidos de aquellas gestiones.

Castro salió mucho mejor parado de lo que esperaba al principio. El rescate logrado era más de dos veces superior al que había solicitado en principio. Entre sus amigos ridiculizó a los Estados Unidos a medida que el "Coloso del Norte" iba asintiendo a sus arrogantes exigencias. En junio de 1963 los trece miembros republicanos de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara, reclamaron una investigación, pero los demócratas dominaban la situación dentro de la Comisión y nada sucedió.

Había habido otras alternativas. El 20 de abril de 1961 —tres días después de la invasión de Girón— el presidente Kennedy preguntó a Richard Nixon, a quien había pedido que acudiese a la Casa Blanca: "¿Qué harías ahora en Cuba?" Nixon contestó: "Buscaría un pretexto legal adecuado e intervendría", y citó tres justificaciones legales de tal acción. Añadió que si el presidente actuaba en este sentido, le apoyaría públicamente *"hasta las últimas consecuencias" y animaría a los demás republicanos a que hiciesen lo mismo*[26].

Lo que salió malparado en el rescate de Playa Girón fue el prestigio de los Estados Unidos.

[26] Richard M. Nixon, "Cuba, Castro and John F. Kennedy". *Reader's Digest*, noviembre 1964.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

del hemisferio occidental sería considerado como un ataque de la U.R.S.S. que provocaría "una medida total de represalia contra la Unión Soviética." La base naval norteamericana de Guantánamo había sido reforzada y el personal civil evacuado; la Organización de los Estados Americanos había sido puesta en antecedentes para que tomase las oportunas medidas; se había pedido a la ONU que convocase una reunión de urgencia del Consejo de Seguridad; y, finalmente, el presidente hacía un llamamiento personal a Jruschov para que "parase y eliminase esta amenaza clandestina, insensata y provocadora de la paz mundial".

Dirigiéndose al pueblo de Cuba, el presidente afirmó que él y la nación americana habían "contemplado con profunda amargura cómo vuestra revolución nacionalista ha sido traicionada —y cómo vuestra patria ha caído bajo la dominación extranjera". Manifestó la esperanza de que esta situación cambiaría con el tiempo y que los cubanos llegarían a ser "realmente libres". Con respecto a sus compatriotas, el presidente apeló a su valor. Les previno de los graves peligros que se incubaban y les recordó que "el coste de la libertad es siempre elevado", pero añadió que los estadounidenses siempre habían estado dispuestos a pagarlo.

Terminó con esta emotiva peroración:

"Nuestro objetivo no es la victoria por la fuerza, sino la reivindicación del derecho; no la paz a costa de la libertad, sino paz y libertad, aquí, en este hemisferio, y, así lo esperamos, en todo el mundo. Si Dios quiere, este objetivo será alcanzado".

Fueron unas valientes palabras (más tarde supe que el principal autor había sido Ted Sorensen), y al final permanecimos callados mientras sopesábamos las serias consecuencias del mensaje que habíamos escuchado. Recuerdo que yo me sentí aliviado. Este parecía un John F. Kennedy distinto del hombre responsable del fracaso de Playa Girón. Por fin parecía darse cuenta de que la amenaza comunista en Cuba conllevaba una amenaza a todo el hemisferio. En apariencia estaba preparado para eliminar el cáncer. Ciertamente, los soviéticos le habían proporcionado una oportunidad perfecta para hacerlo. Uno de los que no se impresionaron fue Carmen, mi mujer. "Palabras", dijo, "nada más, ya verás".

A medida que pasaron los días y se desarrollaban los acontecimientos, se demostró que tenía razón. Evidentemente, John F. Kennedy no había cambiado en absoluto desde el fracaso de Playa Girón. Aquí demostró nuevamente la misma tendencia lamentable

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

a vacilar y retroceder ante las decisiones difíciles. Una vez más, buscó consejo de aquellos que tan equivocadamente habían procedido en el caso de Playa Girón, fracaso que provocó la nueva crisis. Ciertamente, trabajaba con el mismo equipo, con la notable excepción de Arthur M. Schlesinger, Jr. Una vez más, se decidió por un derrotero opuesto al de los mejores expertos militares del país.

El resultado final de la crisis de los cohetes fue proporcionar al comunismo un refugio sagrado en Cuba, con la garantía del mismo presidente de que no se intentaría desalojarlo de allí. Y no fue esto únicamente la consecuencia de lo que algunos han llamado "la hora más memorable de Kennedy".

Quienes oyeron el histórico discurso de Kennedy del 22 de octubre quedaron con la impresión de que el joven presidente se enfrentaba valientemente con un gigante nuclear capaz de infligir terribles daños y pérdidas de vidas a los Estados Unidos. Tal no era el caso. *En octubre de 1962 el poderío militar de los Estados Unidos era incomparablemente superior al de la Unión Soviética y, tanto Kennedy como Jruschov sabían que esto era cierto.* La ventaja de esta inmensa superioridad se habría perdido o atenuado si Jruschov hubiese estado en condiciones de fanfarronear. Pero no podía hacerlo. Ambos *sabían* que Kennedy *tenía todos los naipes de triunfo en la mano.*

¿Cómo llegaron a adquirir Kennedy y Jruschov información de tan crítica importancia, y por qué, conociendo el enorme desequilibrio militar en favor de los Estados Unidos, trató Jruschov de montar proyectiles nucleares en Cuba?

La extraordinaria historia de cómo la hermética sociedad soviética dejó de serlo para los servicios de información americanos, se remonta en el verano de 1954, cuando uno de los órganos asesores del presidente Eisenhower, el Comité Killian sobre Ataques por Sorpresa, sugirió la construcción de un avión de reconocimiento de tipo U-2. La recomendación motivó la formación de un equipo compuesto de tres brillantes personalidades: Kelly Johnson de Lockheed Aviation, E. H. Land de Polaroid Company, y Richard M. Bissell, Jr. de la CIA[1].

[1] Joseph Alsop. *A Debt is Owed.* The Hartford Courant, diciembre 26, 1963.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El aparato y su extraordinario equipo fotográfico resultaron ser un portento de diseño y de técnica. Transportaba tantos instrumentos científicos que, para no aumentar el peso, carecía de tren de aterrizaje. Se lanzaba desde otro avión y, para aterrizar, se deslizaba sobre el fuselaje reforzado al efecto, con las puntas de las alas dobladas hacia abajo, como un panco de batanga. El ingenio podía volar a altitudes de casi 22 kilómetros y sus cámaras, enfocadas a través de mirillas en la parte inferior del fuselaje, podían fotografiar una zona de la superficie terrestre de 200 kilómetros de ancho por 4,800 de largo. Con unos tres mil litros de combustible podía alcanzar una autonomía de vuelo de 6,400 kilómetros. La precisión de sus fotografías era algo asombroso. Un titular de periódico fotografiado a doce kilómetros de altura era perfectamente legible.

Comenzando en 1956, y hasta que Francis Gary Powers fue derribado sobre los Urales el 1º de mayo de 1960, los aviones de reconocimiento norteamericanos volaron sobre Rusia durante cuatro años[2]. Recogieron datos valiosísimos sobre aeródromos, aviones, proyectiles, pruebas y lanzamientos experimentales de cohetes, almacenamiento de armas especiales, producción de submarinos y armas atómicas, así como distribución de la fuerza aérea. El grupo independiente de U-2 fue puesto bajo el mando de Richard M. Bissell, Jr., subdirector de la CIA.

El éxito del aparato fue tan grande que estimuló la creación del U-3, que se ha convertido en el actual SR-71, y de un satélite de reconocimiento, con lo cual empezó un esfuerzo intensivo y secreto para construir dicho satélite[3]. El primero de estos nuevos espías orbitales se lanzó en agosto de 1960, sólo tres meses después de que el avión de Powers hubiese sido abatido y los U-2 cesasen sus vuelos sobre Rusia. Por consiguiente, sólo hubo un corto lapso en las operaciones aéreas de inspección. Los nuevos ingenios siguieron confirmando que los soviéticos no habían desarrollado ni instalado proyectiles balísticos intercontinentales (ICBMs), que, por otro lado, podían producir perfectamente[4].

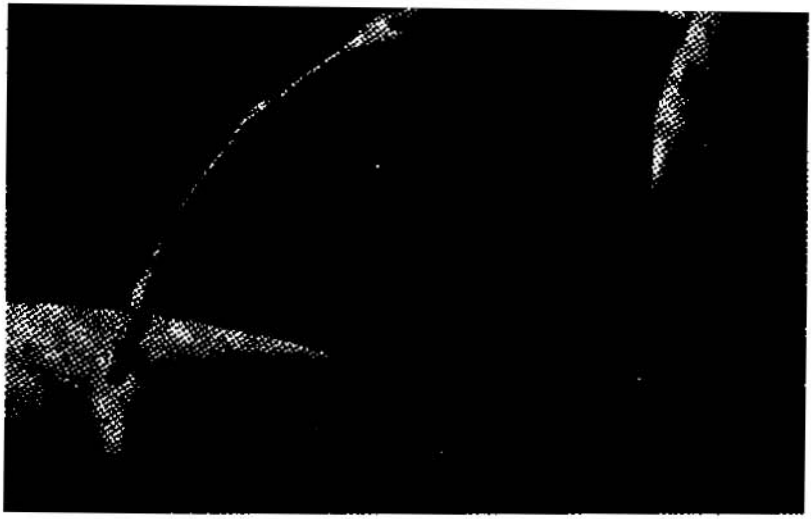
Para enero de 1961 habían comenzado a poner en órbita, a alturas que oscilaban entre ciento sesenta y cuatrocientos ochenta

[2] David Wise y Thomas B. Ross. *The Invisible Government* (Nueva York: Random House, 1964), p. 122.

[3] Alsop, diciembre 26, 1963.

[4] James Burnham, *The War We Are In*, (Nueva York: Arlington House, 1967), p. 21.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Boceto artístico de un satélite-espía norteamericano puesto en órbita.

kilómetros, una serie completa de los satélites de reconocimiento conocidos como SAMOS, anagrama compuesto de las iniciales inglesas de sistema de observación de satélites. Los nuevos satélites-espías tenían una órbita casi perpendicular al ecuador, lo que hace que, con el movimiento de la Tierra, por lo menos una vez al día cada punto de la superficie esté al alcance de sus cámaras. Una de ellas apuntaba hacia la tierra, mientras otra, sincronizadamente, fotografiaba las estrellas, con lo que se podía orientar perfectamente la fotografía obtenida de la Tierra. Algunas de las cámaras apuntaban directamente hacia abajo y otras, oblicuamente, hacia adelante, a fin de proporcionar diferentes aspectos del objetivo. Y otras cámaras también estaban dotadas de movimiento lateral, para poder tomar vistas panorámicas de campos de aviación o ciudades enteras[5].

Los satélites tomaban fotografías cuando así se lo ordenaban desde la tierra. Algunos modelos llevaban un sistema de televisión que permitía a los supervisores ver desde tierra aquellas zonas que requerían una especial atención. En el siguiente pase orbital, podían tomarse ampliaciones con un teleobjetivo más potente. La cápsula conteniendo la película podía ser expulsada, siguiendo también órdenes del suelo, para caer en paracaídas sobre un lugar

[5] *The New York Times Magazine, The Camera Keeps Watch on the World,* abril 3, 1966, p. 27, 54.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

predeterminado del Pacífico, donde aviones equipados con dispositivos especiales la recogerían en el aire. Si una cápsula no era recogida dentro de determinado tiempo, se disolvía un tapón y la cápsula se hundía. La esfera de operación del U-2 era de aproximadamente 24 kilómetros sobre la superficie del planeta; mayor aún era la de los satélites de reconocimiento no tripulados. Este asombroso sistema permitía a los Estados Unidos la identificación de cualquier instalación militar en la tierra, y, repitiendo regularmente las incursiones fotográficas, estar constantemente informados sobre los cambios que iban teniendo lugar.

Un elemento básico de la nueva ciencia de fotografía aérea era el desarrollo y entrenamiento por los servicios militares norteamericanos de expertos en la interpretación de las impresionantes ampliaciones fotográficas. Por ejemplo, un buen intérprete de fotografías podía deducir la situación económica de una familia a partir de una fotografía tomada desde un satélite a ciento sesenta kilómetros de altura. Podía describir la construcción de la casa, la edad relativa de la comunidad, e incluso si disponía de líneas telefónicas.

Durante la crisis de los cohetes en Cuba una fotografía mostró la aleta de un proyectil que sobresalía de la cubierta de lona. Las dimensiones de esta aleta fueron calculadas en relación a la anchura de una vía férrea en la misma fotografía. Como consecuencia, el objeto cubierto por la lona fue identificado como un proyectil balístico soviético de alcance intermedio (IRBM), ya que las medidas de la aleta correspondían a las de otro de ese tipo fotografiado en el suelo durante un desfile del Primero de Mayo en Moscú, y cuyas dimensiones se habían determinado relacionándolas con una regla conocida: los adoquines de la Plaza Roja[6]. En otra ocasión, durante la misma crisis, una fotografía tomada por un U-2 reveló una sombra muy pequeña en el bosque, pero otra tomada pocos segundos más tarde ya no mostraba dicha sombra. Se extrajo correctamente la conclusión de que los árboles ocultaban la antena rotativa de radar de un emplazamiento de proyectiles.

El gran logro del reconocimiento aéreo norteamericano fue la confirmación de los datos que la CIA estaba recibiendo a través de muchas fuentes convencionales de informaciones secretas. Una de

[6] *Ibid*, p. 56.

Escaneado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

estas, por ejemplo, fue el coronel Oleg Penkovskiy, alto funcionario de los servicios de informaciones secretas del Ejército Rojo, graduado en la escuela de Estado Mayor y en la Academia de Proyectiles. Durante varios años Penkovskiy suministró valiosísima información al Occidente. Le unían relaciones muy amistosas con el jefe del servicio de información militar, así como con relevantes generales y dirigentes políticos soviéticos. Hasta su arresto, el 22 de octubre de 1962, seis días antes de que Jruschov acordase desmantelar las bases de proyectiles en Cuba, informó sobre el desarrollo y experimentación de los proyectiles rusos. Mientras Jruschov amenazaba al Occidente con un diluvio de proyectiles, informaba que los de tipo grande estaban aún en las mesas de dibujo. En cuanto a los pequeños, aseguraba, se desviaban centenares de kilómetros en las pruebas y en algunos casos habían caído sobre zonas habitadas. "En resumen, Jruschov se jacta de cosas que no tiene", informaba[7]. Le preocupaba la posibilidad de que los países occidentales pudiesen tomar en serio las baladronadas de Jruschov y pedía a los Estados Unidos que adoptasen una actitud firme. En los días de Playa Girón informó que miembros del Estado Mayor soviético compartían unánimemente la opinión de que Kennedy tenía tanto derecho a ayudar a los patriotas cubanos como los soviéticos cuando "ayudaron" a los húngaros. Esta opinión, decía, era también expresada frecuentemente por los ciudadanos comunes y corrientes en los tranvías de Moscú.

Penkovskiy fue ejecutado el 16 de mayo de 1963. Se cree que fue traicionado por el espía británico Harold A. R. (Kim) Philby, al servicio de los soviéticos durante treinta años. Penkovskiy murió por creer en las tradiciones del mundo occidental.

En otoño de 1961 se tomó en Washington la decisión de dar a conocer a los soviéticos la existencia de esta gran brecha en sus servicios de información[8]. Roswell Gilpatric, subsecretario de Defensa, fue el elegido para la misión. Así lo hizo en una alocución pronunciada en Hot Springs, Virginia, el 21 de octubre de 1961, año anterior al de la crisis. Reveló que, efectivamente, existía una

[7] Oleg Penkovskiy, *The Penkovskiy Papers* (Nueva York: Doubleday & Company, Inc., 1965), p. 323. Hay traducción española.

[8] Roger Hilsman. *To Move a Nation* (Nueva York: Doubleday & Company, Inc., 1967), p. 163.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

enorme distancia entre ambos países en el terreno de los proyectiles, pero *a favor de los Estados Unidos.*

Gilpatric afirmó que los Estados Unidos poseían seiscientos bombarderos pesados intercontinentales, y muchos más de tipo medio que podían alcanzar objetivos soviéticos mediante reabastecimiento en pleno vuelo. Además, tenía "docenas" de proyectiles balísticos intercontinentales (ICBMs), así como seis submarinos Polaris en los océanos, cada uno con una batería de dieciséis proyectiles, con un poder destructivo superior al de todas las bombas arrojadas por ambos bandos durante la segunda guerra mundial. "El número total de nuestros vehículos de transporte atómicos", dijo Gilpatric, "tanto tácticos como estratégicos, se cifra en *decenas de millares* y, naturalmente, disponemos de más de una cabeza nuclear para cada vehículo". (En el argot militar la expresión "vehículos de transporte atómicos" incluye aviones, proyectiles, submarinos y artillería). A continuación el subsecretario de Defensa dijo estas importantes palabras: "Su Telón de Acero no es tan impenetrable como para obligarnos a aceptar por las buenas las fanfarronadas del Kremlin".

Las trascendentales nuevas de la existencia de una brecha en los servicios de informaciones secretas fueron transmitidas a los soviéticos por diferentes medios en las semanas que siguieron. Los Estados Unidos informaron a sus aliados e incluyeron deliberadamente a países que se sabía estaban penetrados por los espías soviéticos[9]. De esta forma los canales de información soviéticos recibieron confirmación del mensaje anunciado públicamente por Gilpatric.

Un año más tarde, en la época de la crisis cubana de los cohetes, la superioridad norteamericana era aún mayor. En lugar de "docenas" de ICBMs, los Estados Unidos tenían casi doscientos[10], así como ocho submarinos Polaris. Aunque los comunistas nunca revelan sus estadísticas militares, se sabe que la U.R.S.S. era aún muy débil. Su incipiente sistema ICBM era "blando", no estaba enterrado profundamente en el suelo y protegido por acero y hormigón, como el de los Estados Unidos. Los soviéticos no tenían capacidad de represalia, ya que los Estados Unidos tenían prácticamente localizadas todas las plataformas de lanzamiento. Jruschov sabía que los Estados Unidos estaban en condiciones de destruir todas

[9] *Ibid,* p. 163.

[10] *Bulletin of the Atomic Scientists,* febrero de 1963, p. 9.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

las instalaciones militares rusas de importancia, así como los centros de población, en dos o tres horas, mientras que su propio potencial nuclear no suponía una amenaza ni remotamente comparable a la que para ellos representaba Norteamérica.

¿Por qué, entonces, el supremo jerarca soviético prosiguió su audaz plan de montar proyectiles en Cuba?

La respuesta es que Jruschov había llegado hacía tiempo a la conclusión de que la falta de experiencia y la tendencia a contemporizar de Kennedy podían ser explotadas sin peligro. Había advertido que el presidente había retrocedido ante la idea de usar su gran potencia para liquidar a Castro, aunque Castro debía ser tan repulsivo para los norteamericanos como el régimen de Nagy en Hungría había sido para los rusos. Sin duda había sacado sus conclusiones de la manera en que Kennedy había permanecido al margen cuando se levantó el muro de Berlín y de su torpe tratamiento de la cuestión de Laos, que concluyó con la pretendida "neutralización" de este país.

Jruschov había tenido una excelente oportunidad de valorar personalmente a Kennedy cuando se reunieron en la conferencia de Viena en junio de 1961. El primer ministro soviético había entonces ridiculizado al presidente americano sobre el fracaso de Playa Girón, acusándole de haber abandonado a la Brigada 2506 en las arenas del sur de Las Villas sin municiones, suministros ni refuerzos, y Kennedy había confesado su personal responsabilidad por el fracaso.

James Reston habló con Kennedy en la embajada norteamericana en Viena diez minutos después de su entrevista con Jruschov y le halló "tembloroso y enojado". El presidente dijo lo bastante para convencer a Reston de que "Jruschov había estudiado los acontecimientos de Bahía de Cochinos; habría comprendido si Kennedy se hubiese desentendido por completo de Castro o le hubiese destruído; pero cuando Kennedy tuvo la precipitación de atacar a Cuba, pero no la valentía de dar cima a la faena emprendida, Jruschov se dio cuenta de que estaba tratando con un joven político inexperto que podía ser intimidado y chantajeado. La decisión comunista de colocar proyectiles ofensivos en Cuba fue la consecuencia última de estas suposiciones"[11].

Pero Reston, quien era entonces director adjunto y es ahora

[11] *The New York Times Magazine*, noviembre 15, 1964.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Junio de 1961: Jruschov y Kennedy se entrevistan en Viena.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

director ejecutivo del *The New York Times*, va aún más lejos. Cree tener la respuesta a la pregunta que tanto intriga a muchos norteamericanos —cómo se vio envuelto su país en una guerra en el sudeste asiático. En un artículo publicado en su periódico en enero de 1966, escribió que Kennedy le había dicho que, en su opinión, Jruschov había llegado a la conclusión de que "cualquiera que fuese lo bastante estúpido para verse envuelto en esa situación (Playa Girón), carecía de madurez, y cualquiera que no fuese capaz de concluir lo empezado era tímido y podía por tanto ser objeto de sus manejos". Según Reston, Kennedy dijo entonces que sería necesario tomar medidas para que el poderío norteamericano fuese "verosímil" para los rusos. De ahí que el presupuesto militar se incrementase, se enviase a Alemania la División Rainbow, y se intensificase la guerra de Vietnam, "no porque la situación en el terreno así lo exigiese", sino porque Kennedy "quería demostrar un argumento diplomático, no militar . . . Aquí es, creo," añade Reston, "donde empezamos a descarriarnos".

Otra razón de la aparente imprudencia de introducir proyectiles soviéticos en Cuba fue indudablemente la convicción de Jruschov, quien así lo dijo al poeta Robert Frost en Moscú, de que las democracias eran "demasiado liberales para luchar".

En cualquier caso, si bien Arthur Schlesinger, Jr., ha descrito al presidente y a su hermano como autores de cuidadosas decisiones "bajo las peores condiciones imaginables de presión y pánico"[12], es evidente que no había razón para hacer concesión alguna de cierta importancia a los comunistas durante la crisis de los cohetes de octubre de 1962. Sin embargo, durante los diez días de la crisis y la consiguiente solución, el presidente Kennedy fue retrocediendo de una posición a otra; no solamente proporcionó a los soviéticos un refugio sagrado en Cuba, sino que también hizo otras concesiones fundamentales, como se verá más adelante.

Al describir los acontecimientos de los próximos dos capítulos, será interesante y significativo observar las reacciones radicalmente distintas de los pocos conservadores que ocupaban posiciones de alto nivel en el gobierno, frente a los numerosos "liberales" que participaron. Los conservadores reclamaban una acción enérgica para eliminar la amenaza que suponía el chantaje nuclear de Jruschov. Los "liberales" se oponían a todo gesto que, en su

[12] *The New York Times*, mayo 8, 1968, p. 33.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

opinión, pudiese provocar o humillar a los soviéticos. Era, en resumen, una repetición de la escena de Washington en los días de las discusiones de Playa Girón, y el diálogo terminó en otra nueva derrota de los Estados Unidos y un golpe anonadante para el pueblo cubano.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

18

El camino hacia la crisis

Las primeras armas soviéticas llegaron a Cuba a principios del verano de 1960, y a finales de octubre Castro se hallaba en condiciones de alardear de una milicia compuesta de 250,000 hombres, equipada con armas suministradas por el bloque comunista. A principios de 1962 pareció que los envíos de armas cedían un tanto, pero se iniciarion nuevamente a mediados del verano, ya que los aviones de reconocimiento norteamericanos descubrieron un flujo constante de buques que se dirigían a Cuba desde los puertos soviéticos del Báltico y el Mar Negro[1].

Gran parte de este tráfico marítimo atracaba en El Mariel, un puerto abrigado y capaz para naves de alto bordo situado en la costa norte, a 56 km. al oeste de La Habana. Los agentes de la CIA dieron cuenta de que los cubanos avecindados en las proximidades del puerto del Mariel habían sido obligados a evacuar sus hogares y que centinelas soviéticos guardaban los muelles, en tanto que otros militares rusos descargaban los barcos. Para ocultar estas actividades, que se llevaban a cabo por la noche, se erigieron altas vallas, al tiempo que convoyes nocturnos transportaban el equipo a remotos parajes boscosos, cuya población había sido igualmente evacuada[2].

En unas declaraciones formuladas el 24 de agosto a los periodistas acreditados ante la Secretaría de Estado, Roger Hilsman, a cargo del servicio secreto de la cancillería norteamericana, explicaba que los buques del bloque soviético que entraban en los puertos cubanos transportaban equipos electrónico y de construcción, que

[1] Roger Hilsman, *To Move A Nation* (Nueva York: Doubleday & Company, Inc., 1967), p. 170.

[2] Elie Abel, *The Missile Crisis* (Nueva York: J. B. Lippincott Company, 1066), p. 16. También Hilsman, p. 165.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

aparentemente se destinaban a defensas costeras y aéreas. Admitió que habían llegado de tres a cinco mil "técnicos" soviéticos, pero aclaró que no estaban organizados en unidades de combate ni uniformados. Suponía que sus funciones serían las de instalar el equipo defensivo en vías de importación y aleccionar a los cubanos en el manejo del mismo[3].

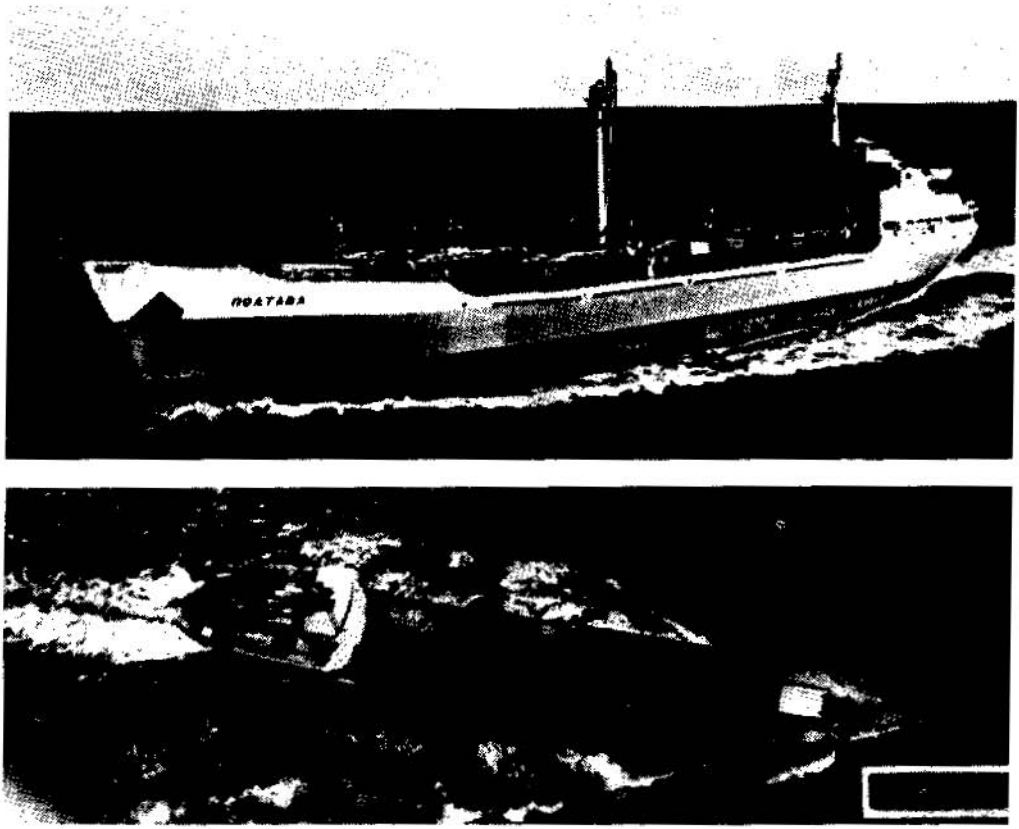
A primeros de septiembre los jefes políticos de la emigración cubana y los grupos anticastristas en los Estados Unidos publicaron anuncios de prensa pagados en los que daban cuenta de la llegada de tropas soviéticas y la construcción de rampas de lanzamiento en la isla de Cuba.

El 12 de septiembre un avezado agente subalterno de la CIA en Cuba pudo observar a uno de los convoyes nocturnos que avanzaba desde El Mariel hacia el oeste. Comprendía remolques excepcionalmente largos que transportaban un objeto tubular de unos dieciocho metros cubierto por lona. El agente hizo un bosquejo de este objeto. Los proyectiles antiaéreos tierra-aire (SAM) tienen una longitud aproximada de unos nueve metros, la mitad de los que había visto el agente de la CIA[4]. A este informe se sucedieron rápidamente otros partes que apuntaban a la existencia de otros proyectiles tierra-tierra en Cuba. Un segundo convoy de largos remolques fue observado marchando rumbo al oeste por otro agente profesional de la CIA el 17 de septiembre[5], y tres días más tarde un refugiado cubano proporcionó una descripción precisa y pormenorizada de los trabajos de edificación que se llevaban a cabo en Remedios, en la provincia central de Las Villas, que él había observado unos días antes. Esta construcción parecía ser evidentemente uno de los edificios que los soviéticos intentaban usar para almacenamiento y lanzamiento de cohetes. Para lanzar los proyectiles balísticos de alcance intermedio (3,200 kilómetros) eran necesarias plataformas de hormigón, en tanto que los de alcance medio (1,600 kilómetros), podían ser disparados desde vehículos.

A finales de septiembre, otro informe de un agente de la CIA afirmaba que el piloto personal de Castro se había jactado de que Cuba ya no tenía por qué temer a los Estados Unidos, puesto que había adquirido proyectiles de largo alcance[6]. Igualmente, los

[3] Hilsman, p. 170.
[4] *Ibid*, p. 174, 186.
[5] *Ibid*, p. 175.
[6] *Ibid*, p. 175.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El navío soviético Naotaba *navegando rumbo a Cuba. Foto oficial de la Armada de los EE. UU.*

aviones de reconocimiento de la Armada norteamericana observaron buques soviéticos con escotillas excepcionalmente largas y con la línea de flotación muy por encima del agua, lo que significaba un cargamento de poco peso y mucho volumen. Estos eran los buques que transportaban los cohetes de dieciocho metros.

Los convoyes nocturnos en las carreteras cubanas fueron observados por millares de cubanos, de modo que no transcurriría mucho tiempo antes de que nuevos partes e informes llegasen a los Estados Unidos. Centenares de cubanos comunicaron a los agentes de la CIA en la Florida que en el mes de septiembre de 1962 habían visto cohetes transportados por las carreteras del interior[7]. Dado que estos informes parecieron suscitar poco interés y ninguna

[7] *Ibid*, p. 174.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

medida de precaución por parte de las autoridades norteamericanas, algunos de los refugiados acudieron directamente a conocidas personalidades del Partido Republicano, entre ellas el senador Kenneth B. Keating, de Nueva York.

En fecha tan temprana como el 2 de octubre, la CIA sabía que 85 cargamentos habían llegado al Mariel y otros puertos cubanos provistos de igual dispositivo de protección; que se habían preparado 15 emplazamientos de SAM, y que por esas fechas había en Cuba alrededor de 4,500 técnicos militares soviéticos[8]. Sin embargo, como ha señalado Roger Hilsman, "a lo largo de septiembre y primeros de octubre existía la determinación (en el Gobierno) de actuar lenta y deliberadamente".

John A. McCone, director de la CIA —un ex hombre de negocios que a su afiliación republicana unía una filosofía política conservadora— no tenía inclinación alguna a actuar "lenta y deliberadamente". Estaba convencido de que la intensa actividad militar soviética en Cuba era la primera fase de un plan para la introducción de proyectiles *ofensivos*, y el 22 de agosto de 1962, poco antes de partir para Seattle (donde iba a contraer matrimonio), presentó sus argumentos al presidente Kennedy y al secretario del Tesoro, Douglas Dillon[9].

La lógica de McCone fue impecable. Arguyó que los soviéticos no podían ser tan ingenuos como para creer que los proyectiles antiaéreos podrían defender a Cuba contra una invasión de los Estados Unidos. Estaba seguro de que los SAM se habían instalado para proteger algo muy distinto: baterías de proyectiles ofensivos que apuntaban a los Estados Unidos[10]. Los soviéticos no habían hecho esto en Polonia o en Hungría, razonó, porque no tenían confianza en los polacos ni en los húngaros, quienes podían haberlos vuelto contra la U.R.S.S. Pero los proyectiles de alcance medio o intermedio en Cuba no podían alcanzar la Unión Soviética.

El presidente Kennedy no se mostró impresionado; aceptaba la versión de la Secretaría de Estado de que los soviéticos jamás tendrían la audacia de introducir proyectiles balísticos en Cuba. Su razonamiento era que siempre habían sido cautos en cuestiones nucleares, nunca habían colocado estas armas fuera de la U.R.S.S. y ciertamente no lo harían en el Caribe.

[8] *Ibid*, p. 176.
[9] Abel, p. 17, 18.
[10] *Ibid*, p. 18.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Estas consoladoras ideas fueron echadas por tierra por el senador Keating en una serie de diez discursos pronunciados entre el 31 de agosto y el 1° de octubre, en los que prevenía al gobierno de Kennedy del peligro de la escalada militar soviética. En una ocasión dijo que había obtenido confirmación de fuentes de absoluta confianza sobre la construcción de seis bases de proyectiles balísticos de alcance intermedio. Más tarde se comprobó que ésto era exacto, salvo que las bases entonces en construcción eran para proyectiles de alcance medio. El plan soviético comprendía igualmente cuatro bases de cohetes de alcance intermedio que habrían de añadirse más tarde.

El gobierno denegó o ridiculizó los informes de Keating, acusándole de fundar sus denuncias en meros rumores de refugiados. Pero la alarma iba cundiendo entre el público. Cuando el senador Barry Goldwater y otros republicanos comenzaron a interpelar al gobierno, y la ansiosa ciudadanía empezó a poner en tela de juicio su política de brazos cruzados, cayó en una trampa semántica, tratando de establecer una distinción entre armas "ofensivas" y "defensivas" en Cuba.

La situación era la opuesta a la de 1960, cuando Kennedy acaudillaba las mesnadas de políticos desplazados. Entonces había atacado ferozmente a Richard Nixon por no adoptar una actitud firme con respecto a Cuba. "Si no puede enfrentarse con Castro, ¿cómo puede esperarse que se enfrente a Jruschov? ", había preguntado en una alocución el 15 de octubre de 1960. "La transformación de Cuba en una base comunista de operaciones, a pocos minutos de nuestras costas por medio de aparato de retropropulsión, proyectil o submarino . . . es una situación increíblemente peligrosa que ha sido consentida por los gobernantes republicanos".

En 1962 era comprensible que Kennedy se mostrase picajoso cada vez que se aludía a Cuba. En un discurso que pronunció durante su campaña política en New Haven, en octubre de ese año, tuvo que soportar la presencia de un manifestante con una pancarta en la que pedía "Más coraje y menos perfil", y, por otra parte, aparecían otros muchos indicios de creciente insatisfacción con su modo de lidiar con la situación en Cuba.

Deseoso de rebatir las molestas acusaciones de debilidad o flaqueza, con las elecciones a sólo unas cuantas semanas de distancia, el gobierno utilizó los diferentes medios a su disposición para

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

asegurar al público que todo estaba en orden. El 3 de octubre, el subsecretario de Estado, George W. Ball, afirmó ante una comisión del Congreso que los aprestos que estaban siendo introducidos en Cuba no tenían posibilidades ofensivas contra los Estados Unidos. "Nuestro servicio de información es muy bueno y riguroso"[11], aseveró.

Once días después, el 14 de octubre, McGeorge Bundy apareció en la televisión, en el programa *Issues and Answers* de la ABC, y negó rotundamente que los rusos tuviesen armas ofensivas en Cuba. Se le preguntó cuál era la interpretación que el gobierno daba a las instalaciones militares "defensivas". ¿No era posible que, prácticamente de la noche a la mañana, fuesen convertidas en instalaciones ofensivas? "Bueno", dijo Bundy, "personalmente no creo que en la actualidad exista el menor indicio de ello —sé que actualmente no existen indicios, y creo que hoy por hoy no hay probabilidad alguna de que los cubanos o el gobierno cubano y el gobierno soviético intenten de común acuerdo instalar un sistema ofensivo de importancia"[12].

¡Y el que hablaba no era otro que el asesor más próximo al presidente! ¡El hombre que tenía la última palabra con Kennedy después de sus conferencias con la CIA y los militares! Además, era el miembro clave de una junta ultrasecreta denominada el "grupo especial", formada además por el secretario de Defensa McNamara, Gilpatric, U. Alexis Johnson (subsecretario de Estado para asuntos políticos), y McCone[13]. Esta junta era el recóndito centro de poder de los servicios de informaciones secretas, y de su existencia sólo tenían noticias un reducidísimo número de individuos. Se reunía alrededor de una vez por semana para tomar decisiones trascendentales demasiado delicadas para ser confiadas al Consejo de Seguridad Nacional (NSC) o a la Junta de Informaciones Secretas de los Estados Unidos (USIB).

El 19 de septiembre la USIB se había reunido en la Secretaría de Estado para examinar la escalada militar soviética en Cuba y preparar lo que se llamó posteriormente la "estimación de septiembre". Estas estimaciones o previsiones constituyen análisis de lo que va a suceder en determinada zona, proyectadas lo más lejos posible en el futuro. Durante los doce días anteriores a la reunión

[11] Hilsman, p. 176.

[12] *Ibid*, p. 180.

[13] David Wise y Thomas B. Ross, *The Invisible Government* (Nueva York: Random House, 1964), ñ p. 260.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

del 19 de septiembre, McCone (entonces en Europa), cablegrafió a su substituto en cuatro ocasiones, poniendo de relieve los serios indicios de que la actividad militar soviética en Cuba presagiaba la introducción de proyectiles balísticos ofensivos. Y cuando se enteró de que la Junta, a pesar de todo, había llegado a la conclusión de que los rusos no introducirían proyectiles ofensivos en Cuba, requirió enérgicamente en otro despacho la reconsideración del asunto[14]. La conducta de la CIA durante este crítico período fue irreprochable.

Al hacer caso omiso de las advertencias de la CIA, el gobierno de Kennedy se apoyaba en gran medida en las seguridades que recibía del Kremlin en el sentido de las buenas intenciones rusas. El 4 de septiembre, el embajador soviético en Washington, Anatoly Dobrynin, había visitado al secretario de Justicia Robert F. Kennedy con un mensaje de Jruschov. El primer ministro soviético quería que el mensaje llegase a manos del presidente por el exclusivo conducto de su hermano. Era la promesa de que los rusos no causarían problemas a los Estados Unidos durante la campaña electoral. Robert Kennedy informó inmediatamente de ello al presidente, y ambos hermanos prepararon una declaración que fue hecha pública el mismo día. "No hay pruebas", se afirmaba, "de ninguna fuerza de combate organizada en Cuba procedente de ningún país del bloque soviético; . . . de bases militares entregadas a Rusia; . . . de la presencia de proyectiles ofensivos tierra-tierra; o de cualquier otro sistema ofensivo de importancia, ya sea en manos de Cuba o bajo dirección soviética. De otro modo se plantearían los más graves problemas"[15].

Cuatro días después el Kremlin presentó un nuevo pliego de descargo. En él se afirmaba que "no hay necesidad de que la Unión Soviética traslade sus armas para repeler agresiones o atacar en represalia a ningún otro país, por ejemplo, Cuba". La declaración oficial aseguraba que las armas nucleares soviéticas eran tan poderosas que la U.R.S.S. no tenían necesidad de disponer de bases fuera de su territorio. En realidad, los soviéticos tenían montados pocos ICBM, posiblemente ninguno de ellos[16].

En su conferencia de prensa del 13 de septiembre, el presidente Kennedy aseguró nuevamente a la nación que los envíos de armas

[14] Abel, p. 23, 24.

[15] *Ibid,* p. 19, 20.

[16] James Burnham, *The War We Are In* (Nueva York: Arlington House, 1967), p. 21.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

a Cuba "no constituyen una grave amenaza para ningún país del hemisferio". Si así fuese, dijo, o si Cuba intentase alguna vez exportar sus propósitos agresivos, "entonces nuestro país hará lo que sea necesario para proteger su propia seguridad y la de sus aliados".

Aunque los aviones U-2 siempre habían operado bajo el control de la CIA, sus programas de vuelo eran determinados por un grupúsculo ultrasecreto dominado por civiles, conocido bajo la denominación de Comité de Reconocimiento Aéreo (COMOR), que normalmente se reunía en el despacho de McGeorge Bundy en la Casa Blanca[17]. Hasta finales de agosto el programa consistía en dos vuelos al mes, pero con el descubrimiento de las primeras instalaciones de SAM los vuelos se incrementaron. Los SAM tenían un radio de acción oblicuo de 25 kilómetros y podían, por tanto, ser empleados eficazmente en contra de aviones que volaran a elevadas altitudes. Entre el 29 de agosto y el 7 de octubre, se enviaron siete U-2 sobre Cuba. Además del vuelo del 29 de agosto, otros tuvieron lugar durante los días 5, 17, 26 y 29 de septiembre, así como el 5 y 7 de octubre. Sin embargo todos, a excepción del vuelo del 5 de septiembre, se limitaron a explorar las regiones cubanas situadas al este de La Habana. La razón de ello era que los principales movimientos de despliegue de SAM ocurrían, como bien sabía el COMOR, al *oeste* de La Habana, y se temía que un U-2 que sobrevolase esta zona podría ser derribado.

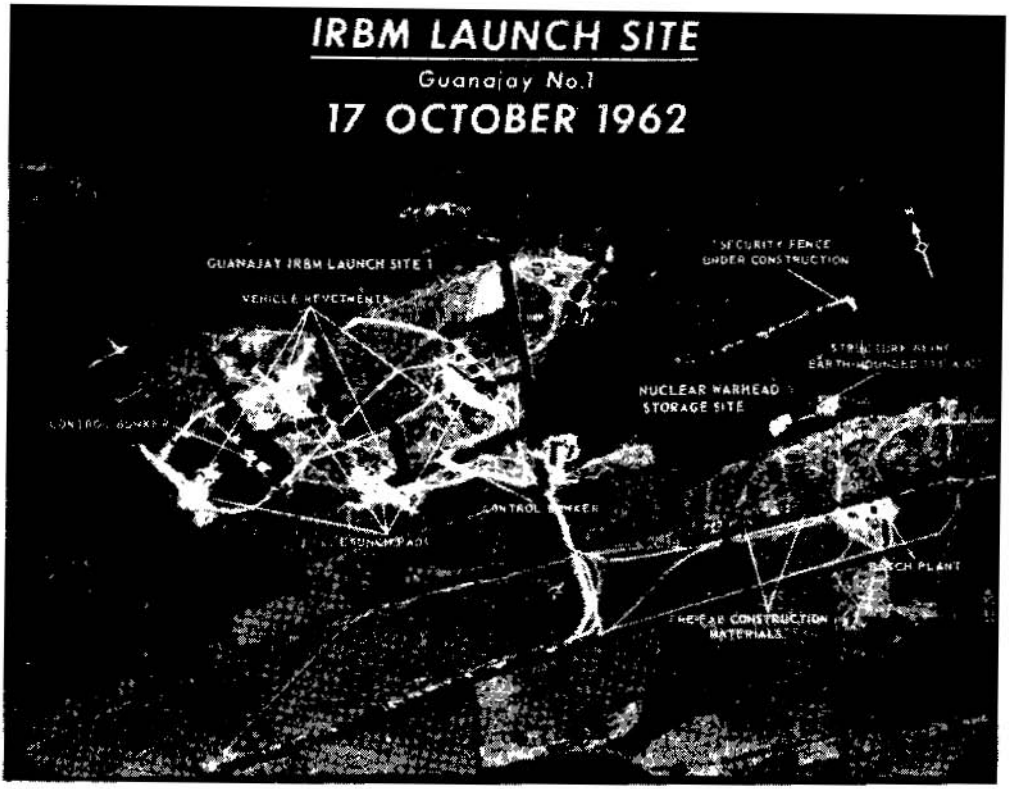
Cuando McCone regresó de Europa, quedó asombrado al comprobar que durante más de un mes no se había volado sobre la región occidental de Cuba, y reaccionó inmediatamente, recomendando que se fotografiase inmediatamente toda la isla, *especialmente* la zona al *oeste* de La Habana. Esta recomendación fue formulada el 4 de octubre, pero transcurrieron aún cinco días antes de que el COMOR aprobase el plan de vuelo definitivo. Hubo otro retraso de cinco días cuando el secretario de Defensa McNamara insistió en que la escuadrilla de U-2 fuese colocada bajo la jurisdicción de la Fuerza Aérea, que se hallaba bajo su control[18].

La CIA se opuso enérgicamente a este cambio, argumentando que la información era asunto suyo, que tenía sus propios pilotos adiestrados, además de la experiencia necesaria y su propio centro de control. Desde el principio la CIA había controlado los vuelos

[17] Abel, p. 25.

[18] *Ibid*, p. 27.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Fotografía de un emplazamiento de cohetes soviéticos de alcance intermedio tomada sobre el territorio cubano por un U-2, y que tuvo la virtud de convencer a los gobernantes de Washington acerca de la duplicidad de los jerarcas del Kremlin.

de la escuadrilla de U-2. La CIA apeló fervientemente a la Casa Blanca para que mantuviese la eficiencia organizativa de las operaciones de U-2. Bundy, no obstante, apoyó a McNamara. Dos comandantes de la Fuerza Aérea regular, Rudolph Anderson, hijo, y Richard S. Heyser, fueron asignados para realizar un rápido vuelo de exploración sobre la parte occidental de Cuba en un U-2, con el que primero hubieron de familiarizarse.

El principal objetivo fotográfico era una instalación próxima al pueblo de San Cristóbal, al oeste de La Habana, donde la CIA había sido informada de que se habían colocado SAM en los ángulos de una construcción trapezoidal análoga a las instalaciones de proyectiles que Gary Powers y otros pilotos habían fotografiado en la Unión Soviética.

El vuelo Anderson-Heyser, efectuado el 14 de octubre, transcurrió sin novedad. No hubo fuego antiaéreo, y cuando su avión se

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

deslizó sobre la pista de aterrizaje con los extremos de las alas dobladas hacia abajo para evitar el derrape, la película fue transferida a un reactor que partió inmediatamente hacia Washington.

El film, una vez revelado, mostraba un claro en el bosque con erectores de proyectiles, soportes de lanzamiento y vehículos de transporte, todo dentro de un cuadrilátero con dos lados paralelos y los otros dos divergentes. En cada ángulo se había instalado un SAM. La distribución era exactamente similar a las bases de proyectiles fotografiadas en la Unión Soviética[19]. Ya no podían ignorarse por más tiempo las advertencias de la CIA. La estimación de septiembre de la USIB tendría que ser descartada, tal como lo había solicitado McCone. Quienes habían detentado la teoría de que los rusos no introducirían proyectiles en Cuba, se convencieron por fin de su error. El gobierno de Kennedy se dio cuenta al fin de que el Kremlin había mentido. La crisis estaba en marcha.

Una trágica apostilla al descubrimiento, el 14 de octubre, por el equipo Anderson-Heyser de los primeros proyectiles colocados por la U.R.S.S. en el hemisferio occidental, fue la muerte del valeroso aviador Anderson dos semanas después de aquel trascendental hecho. El grupo de consejeros presidenciales conocido con ExCom había decidido que si algún U-2 era abatido sobre Cuba, la respuesta norteamericana sería la destrucción de la base SAM responsable del derribo. Si se derribaba un segundo U-2, todas las instalaciones SAM existentes en Cuba serían destruidas. Jruschov había informado a Kennedy de que los proyectiles estaban controlados por oficiales soviéticos, no por militares cubanos. "Por consiguiente, —había dicho— "cualquier empleo accidental de los mismos en detrimento de los Estados Unidos queda excluído".

Aproximadamente a las diez de la mañana del 27 de octubre, el comandante Anderson fue derribado y muerto. Retractándose de lo decidido por el comité ejecutivo, Kennedy ordenó que no se respondería.

A medida que el asunto se acercaba a su clímax, los rusos continuaron extendiendo una cortina de mentiras sobre sus preparativos militares en Cuba. El 13 de octubre, el embajador soviético Dobrynin aseguraba a Robert Kennedy y a Chester Bowles que la Unión Soviética carecía de armas ofensivas en Cuba. Al día

[19] *Ibid*, p. 28, 29. También Hilsman, p. 180.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

siguiente, el mismo día que las bases estaban siendo fotografiadas en Cuba, Jruschov se entrevistó en Moscú con el embajador estadounidense, Foy Kohler, y le aseguró con sus aires más joviales que su pecho no abrigaba más que buena voluntad hacia los Estados Unidos. Solicitó del embajador que le hiciese saber al presidente que, con las elecciones tan cercanas, no tenía la menor intención de causarle problemas. Y el 18 de octubre, cuando las pruebas ya habían sido reunidas, el ministro de Relaciones Exteriores Andrei Gromyko pasó dos horas en la Casa Blanca dando al presidente Kennedy las mismas mendaces seguridades que Jruschov había ofrecido al embajador Kohler cuatro días antes.

Los soviéticos mantuvieron su duplicidad hasta el final, con miras a lograr la sorpresa y explotarla al máximo.

A las 8:30 del 15 de octubre, es decir, el día siguiente a su aparición en TV en la que había asegurado que no se tenían pruebas de que los soviéticos hubiesen colocado armas ofensivas en Cuba, McGeorge Bundy recibió la noticia de que los U-2 habían descubierto los erectores de proyectiles. La noticia debía transmitirse por el conducto jerárquico de Bundy, quien decidió revelarla al presidente a la mañana siguiente. El informe fue impuesto a las 8, y Kennedy dio instrucciones a Bundy para que convocase una reunión a las 11:45 de ese mismo día, dándole los nombres de las personas que deseaba estuvieran presentes: el vicepresidente Johnson; el secretario de Estado, Rusk; McNamara, Robert Kennedy; el general Maxwell Taylor; el general Marshall S. Carter (substituto de McCone, ya que el director de la CIA estaba fuera de Washington); Roswell Gilpatric; George Ball; Edwin Martin, subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos; Sorensen; Douglas Dillon, secretario del Tesoro; Charles Bohlen, que acababa de ser nombrado embajador en Francia; Kenneth O'Donnell, jefe de despacho del presidente, y el mismo Bundy. Este fue el grupo que, con algunas adiciones, posteriormente se denominaría comité ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad (ExCom). Entre las notables omisiones estaban Hilsman, Schlesinger y Adlai Stevenson, aunque este último habría de asistir a alguna de las reuniones.

Aquella misma mañana Stevenson había llegado a Washington procedente de Nueva York, enterándose por vez primera de la existencia de los cohetes por boca del mismo Kennedy. Se alarmó cuando el presidente mencionó que se había sugerido el desenca-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



McGeorge Bundy.

denamiento de un ataque aéreo y le exhortó a que se mantuviera sereno. Pensaba que lo mejor sería acudir a las Naciones Unidas[20]. Dean Acheson se unió después al grupo a petición del presidente y, puesto que Bohlen estaba a punto de partir para su nuevo cargo en París, Llewellyn Thompson, que acababa de regresar de Moscú, ocupó su lugar. Cuando McCone regresó a Washington después de realizar un viaje a la costa del Pacífico, donde había ido a causa del fallecimiento de un allegado suyo, se unió al grupo. Así lo hizo también Paul Nitze, subsecretario de Defensa.

Los "halcones" del ExCom eran McCone, Dillon, los pocos militares que fueron consultados y, cosa curiosa, Acheson. Los jefes del grupo liberal que abogaba por la prudencia eran McNamara, Robert Kennedy, Bundy, Ball y Gilpatric. A medida que las conversaciones se desarrollaban en sucesivas reuniones, aparecieron cinco planes principales, cada uno con diversas variantes. Uno era

[20] Abel, p. 49.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Robert McNamara

la eliminación de los proyectiles mediante un rápido ataque aéreo; el segundo, la invasión por mar y aire; el tercero, el bloqueo; el cuarto, la realización de gestiones por conductos diplomáticos y políticos, preferentemente por medio de las Naciones Unidas. El quinto consistía en no hacer absolutamente nada.

El presidente llamó por teléfono a un amigo republicano radicado en Nueva York, John J. McCloy, quien había prestado servicios con varios presidentes demócratas. McCloy, a punto de partir para Europa en un viaje de negocios, recomendó una acción drástica[21].

Con una sola excepción, todos los consejeros, altos funcionarios y amigos del presidente advertían que el no hacer nada acerca de los proyectiles de Cuba sería con mucho el curso de acción más peligroso. Sorprendentemente, quien disentía era el secretario de Defensa. A pesar de los informes del servicio de información, confirmados plenamente por los satélites de reconocimiento, de que los soviéticos carecían de aptitud para lanzar un ataque con proyectiles desde el territorio soviético, McNamara argumentó que ya poseían ICBM y que, sucediese lo que sucediese, seguirían construyendo más. El único efecto militar de los proyectiles en Cuba sería reducir el tiempo de preaviso con que los Estados Unidos contaban. Rechazó la idea de que los rusos habían introduci-

[21] *Ibid,* p. 45.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

do subrepticiamente los proyectiles en Cuba a fin de reducir su desventaja estratégica con los Estados Unidos. "Un cohete es un cohete", declaró. "No hay diferencia alguna entre resultar muerto por un cohete disparado desde la Unión Soviética o por un misil lanzado desde Cuba". Por increíble que pueda parecer, *la reacción inicial de McNamara de "no hacer nada" fue plenamente confirmada. Era casi el único que defendía esta postura*[22].

Cuando otros objetaron que una política de inacción haría aparecer a Jruschov como triunfador a los ojos de todo el mundo, McNamara mostró abiertamente su desacuerdo. Paul Nitze, uno de los subsecretarios de su departamento, tuvo el valor de oponerse a su superior[23]. Indicó que el tiempo de preaviso de un repentino ataque con cohetes se reduciría de quince minutos a uno o dos y que la mayor parte de la fuerza estratégica de bombarderos norteamericana sería destruida en caso de que se produjese semejante ataque. Pero el secretario de Defensa mantuvo su postura durante varios días, como único abogado de la política de "no hacer nada".

Posteriormente McNamara habría de referirse a la crisis de los cohetes como "el episodio más satisfactorio de mi vida". Sus actitudes durante este episodio proporcionan una idea de los procesos mentales del hombre que durante siete años trascendentales se halló al frente del sistema militar de la nación más poderosa del mundo. Durante este período la U.R.S.S. realizó progresos asombrosos con vista a superar a los Estados Unidos en el campo del armamento balístico. Poco después de que McNamara asumiese su cargo, era normal hablar de la superioridad nuclear norteamericana en términos de cinco a uno. Cuando abandonó su cargo en 1968, sugirió que los Estados Unidos abandonasen el concepto de superioridad y aceptasen la paridad con Rusia, cosa que ciertamente se estaba cumpliendo.

La filosofía político-estratégica que rechaza la superioridad norteamericana en favor de la paridad, ha sido propagada por muchos personajes influyentes dentro y fuera del gobierno norteamericano. Pero su aceptación por parte de McNamara es uno de los elementos que han hecho de él una figura altamente controvertida en la historia reciente de los Estados Unidos. Hanson W. Baldwin, el conocido redactor de asuntos militares del *The New*

[22] Hilsman, p. 195, 197.

[23] Abel, p. 52.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

York Times, ha escrito: "El secretario McNamara es el primero que ha tratado de definir la política y la estrategia del enemigo lo mismo que la nuestra propia. Esta peligrosa arrogancia —peligrosa para los Estados Unidos— es igual a su propensión crónica, que a veces ha sido comparada a los artículos de Walter Lippmann, a razonar, con impecable lógica y total precisión, partiendo de una falsa premisa y llegando a una falsa conclusión".

Dentro de los límites de nuestro relato es interesante anotar que la conducta de McNamara en la crisis de los cohetes le ganó la simpatía de los soviéticos. Cuando hablaban de los "lunáticos" del Pentágono, excluyeron abiertamente al secretario de Defensa; le consideraron un portavoz inteligente y sensible del campo "realista". Al rechazar la aceptación de este concepto, Baldwin disponía del firme respaldo de la mayoría de los expertos militares estadounidenses.

Las reuniones del ExCom tuvieron lugar en la sala de conferencias de George Ball en la Secretaría de Estado. Algunas fueron convocadas para horas precisas, pero por lo general continuaron día y noche, en forma confusa y desorganizada, no siendo raro que los participantes entrasen y saliesen desordenadamente del local de reunión. Normalmente debía haberlas presidido el secretario de Estado, Rusk, pero su actitud de desinterés, al igual que en las primeras discusiones con respecto a Playa Girón, abrió el camino para que Robert Kennedy llevase la voz cantante en las conversaciones[24].

El presidente asistió rara vez a las primeras reuniones, en las que la costumbre de Bobby Kennedy de formular preguntas impertinentes e imponer sus criterios molestó a algunos de los participantes más entrados en años. Casi todos le consideraban como una especie de "presidente auxiliar", y el mismo "hermanísimo" parecía darse ínfulas de tal. Un participante dijo: "Todos sabíamos que el hermanito se hallaba ojo avizor y enumeraba listas acerca de la postura de cada cual". Cuando George Ball habló en contra de un ataque aéreo, Kennedy le apoyó. Habló de Pearl Harbor, afirmando que su hermano no había de ser el Tojo de los años sesenta. Temía que el ataque aéreo tendría que ser complementado con una invasión y que muchas personas inocentes perderían la vida.

[24] *Ibid*, p. 57, 58.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Los incidentes ocurridos entre Dean Acheson y Robert Kennedy en el curso de las discusiones han sido narrados en admirable detalle por el destacado periodista Elie Abel. Sin duda alguna, el anciano estadista había mostrado ciertas debilidades durante los primeros años de su carrera, pero se había convertido, gracias a una larga experiencia y mediante un costo incalculable para el mundo libre, en un "halcón" en relación con el comunismo. Robert Kennedy, treinta y dos años más joven que él, se vio envuelto en un conflicto con Acheson al propugnar una conducta de apaciguamiento.

Acheson mantenía que la comparación de la crisis de los cohetes con Pearl Harbor era evidentemente absurda. Durante muchos años, la doctrina Monroe había constituído una advertencia al mundo de que los Estados Unidos no tolerarían la presencia de una potencia europea agresiva en América. En los términos más categóricos, tanto el Congreso como el presidente habían prevenido específicamente a los soviéticos de que, en caso de que se instalasen armas ofensivas en Cuba, los Estados Unidos tomarían las medidas apropiadas. Acheson recordó concretamente las advertencias presidenciales del 4 y 13 de septiembre y la reciente resolución conjunta del Congreso del 3 de octubre, en la que los Estados Unidos expresaban su determinación "de evitar la creación y uso en Cuba de un sistema militar, protegido externamente, que pusiera en peligro la seguridad de los Estados Unidos. "La seguridad de los Estados Unidos se hallaba ahora en juego, subrayó Acheson, y todo el mundo libre comprendería la necesidad de que el país recurriese a la fuerza para defenderse". Los soviéticos habían proporcionado una buena oportunidad para que los Estados Unidos se librasen de Castro y del comunismo, así como para obligar a que se retirasen los proyectiles. "Teníamos a Jruschov en un puño", Acheson diría más tarde, "y cada día podíamos ir apretando más. En primer término, los rusos no tenían por qué hallarse en Cuba".

Pero Robert Kennedy se enfrentó con Acheson, afirmando que su hermano simplemente no podía ordenar un ataque aéreo. Una vez más, como en las reuniones acerca de Playa Girón, levantó el expectro de la "opinión mundial", y habló de los ideales y convicciones del pueblo norteamericano. Temía que un ataque aéreo dañase de forma irreparable la imagen de Norteamérica ante el mundo.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Fueron estas reuniones las que acuñaron las denominaciones de "halcones" y "palomas". Algunos de los participantes, entre ellos Dean Rusk, fueron descritos como "palomas-halcones" y "halcones-palomas" a causa de su ambigua postura. Era de nuevo la situación de Playa Girón, aunque aquí la presencia de representantes uniformados del sector militar estaba limitada al general Maxwell Taylor, cuya participación en las discusiones no es muy clara. Los conservadores abogaban por una acción militar y los liberales rehuían esta posibilidad. Algunos de ellos navegaban entre dos aguas, en tanto que hubo quien permaneció consecuente con sus convicciones.

Uno de los que permaneció inmutable fue Adlai Stevenson. Puede que haya sido mera casualidad, pero Stevenson y Acheson jamás llegaron a enfrentarse en la sala de reuniones. Y esto fue una gran suerte, ya que, según Elie Abel, se despreciaban mutuamente, puesto que Acheson consideraba a Stevenson como un individuo indeciso, apocado y confuso, mientras que éste tenía a aquel por un belicista.

Durante la noche del jueves 18 de octubre, se llegó a una decisión a favor del bloqueo. Los militares no pudieron aceptar el buen criterio de esta decisión. Al día siguiente, los miembros del Mando Militar Conjunto se reunieron con el presidente y argumentaron durante media hora en favor de un ataque aéreo o de una invasión[25]. Esto molestó al presidente, que debía partir para Cleveland donde pronunciaría un discurso electoral, pero les escuchó hasta el final. Cuando les informó que ya había tomado una decisión, los generales le aseguraron que según la tradición militar, sus órdenes serían ejecutadas lo mejor posible. Cuando el presidente le expresó al almirante George W. Anderson, jefe de operaciones navales, que "esto corresponderá a la Armada", Anderson contestó: "Señor Presidente, la Armada no le dejará en la estacada". El general Curtis LeMay, jefe del estado mayor de la Fuerza Aérea, fue señalado como responsable de las operaciones de reconocimiento.

En la tarde del viernes 19 de octubre, Acheson decidió no seguir participando en las reuniones del ExCom. No pertenecía al gobierno y no deseaba tomar parte en la elaboración de planes destinados a un bloqueo al que se había opuesto. Partió para su finca de Maryland y al día siguiente no se le volvió a ver.

[25] *Ibid*, p. 83.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Esa noche Sorensen comenzó a trabajar en el discurso del presidente. Sin embargo, los conservadores no se sentían satisfechos. Seguían manteniendo que el destino les había proporcionado una ocasión casi milagrosa de acabar con Castro y el comunismo en Cuba. El bloqueo, si era efectivo, evitaría la introducción de nuevos proyectiles, pero ¿qué pasaría con los que ya se encontraban en Cuba? Se sabía que 42 proyectiles de alcance medio estaban siendo aprestados para emplazarlos en posición de tiro, y que se estaban montando bombarderos IL-28[26]. Sorensen abandonó sus tareas de escriba presidencial y se reunió con el comité, protestando de que la decisión ya había sido tomada y que no se debía comenzar nuevamente la discusión. McNamara le apoyó enérgicamente. Entonces, a sugerencia de la Secretaría de Estado, el bloqueo fue llamado "cuarentena defensiva" con la esperanza de que esta denominación no ofendería tanto a los soviéticos[27]. Se discutió si el petróleo sería también objeto de las medidas de bloqueo, pero McNamara se opuso y su idea prevaleció.

En la mañana del sábado 20 de octubre, Kennedy interrumpió su campaña y regresó a Washington bajo el pretexto de que se hallaba aquejado de una ligera infección respiratoria y que manifestaba alguna fiebre. Se reunió con el ExCom en el Salón Ovalado de la Casa Blanca. Resultó ser una sesión enconada. Rusk había preparado un memorándum en el que explicaba las razones de elegir la "cuarentena" en vez del ataque aéreo, siendo la principal que este último sería irreversible[28]. Como era de prever, McNamara le apoyó.

En este momento Adlai Stevenson, que había llegado a última hora de Nueva York, se presentó con varias propuestas increíbles. Aunque la CIA había informado que había veintiocho rampas de lanzamiento en construcción y que los primeros proyectiles de alcance medio —de 1,600 km. de alcance— podían estar listos para ser disparados en unas horas. Stevenson, se manifestaba a favor de un acercamiento *diplomático* a la U.R.S.S. Propuso igualmente que, como parte de un acuerdo con la U.R.S.S. para neutralizar y garantizar la integridad territorial de Cuba, los Estados Unidos

[26] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 815.

[27] Hilsman, p. 205.

[28] Abel, p. 93.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

abandonasen la Estación Naval de Guantanamo. Racionalizando la propuesta, afirmó, que, de todas formas, la base tenía escaso valor.

A continuación introdujo a Turquía en la discusión. Llamando la atención sobre las bases norteamericanas de cohetes "Júpiter" en dicho país, arguyó que la gente se preguntaría por qué los norteamericanos podían tener bases en Turquía y no así los rusos en Cuba. El presidente Kennedy debería tomar en consideración el ofrecimiento de prescindir de las bases Júpiter a cambio de la desaparición de los cohetes de Cuba[29]. McCone y Dillon atacaron a Stevenson enconada y enérgicamente, pero éste se mantuvo firme en su posición. El presidente rechazó las sugerencias, aunque evidentemente la relacionada con la supresión de las bases en Turquía le había impresionado profundamente.

La postura de Stevenson en esta reunión asustó tanto a la mayor parte de los presentes, que incluso los hermanos Kennedy llegaron a la conclusión de que carecía de la reciedumbre necesaria para enfrentarse con los soviéticos en las Naciones Unidas[30]. Por consiguiente, se pidió a John McCloy que regresase de Europa para colaborar y vigilar a Stevenson en las Naciones Unidas. En vez de abandonar la Estación Naval de Guantánamo, se dieron las oportunas órdenes para reforzarla.

No era ningún secreto que Adlai Stevenson había ambicionado ser secretario de Estado y que se hallaba irritado por haberle correspondido en el reparto burocrático una posición diplomática subordinada. Eric Sevareid ha escrito: "En particular, no podía soportar que ciertas personas de la Casa Blanca y de la Secretaría de Estado, a quienes consideraba como meros jovenzuelos, le dijeran lo que tenía que hacer"[31].

La actuación posterior de Stevenson en las Naciones Unidas, con la ayuda de McCloy, fue, sin embargo, meritoria. En una ocasión interrogó bruscamente al embajador soviético, Zorin, sobre la introducción de proyectiles en Cuba, a fin de determinar si el ruso negaba que tales armas habían sido llevadas a la Isla: "¿Sí o no? No espere por la traducción. ¿Sí o no? "

A Jruschov no le gustó esto, y así se lo dijo a Stevenson cuando éste visitó Moscú durante el verano siguiente para la firma del

[29] *Ibid*, p. 94 - 96.

[30] *Ibid*, p. 96.

[31] Eric Sevareid, "The Final Troubled Hours of Adlai Stevenson", *Look*, 30 de noviembre de 1965, p. 86.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tratado de limitación de los ensayos nucleares. "¿Qué le ha sucedido a usted, Stevenson, desde que trabaja para el gobierno norteamericano? No nos gusta que se nos interrogue como si fuésemos criminales sentados en el banquillo". Stevenson relató este incidente algunos meses antes de su muerte, y expresó su sentimiento de que los jerarcas rusos ya no le considerasen "objetivo".

Fue la reunión del 20 de octubre del ExCom la que dio origen a la acusación de que Stevenson "quería que ocurriese otro Munich".

El discurso del presidente estaba anunciado para las 7 de la noche del lunes. Ya durante el domingo la prensa había podido formarse una idea bastante cabal de lo que estaba sucediendo, y el presidente telefoneó a los editores del *Washington Post* y del *The New York Times*, pidiéndoles que no publicasen el reportaje en las ediciones del lunes por la mañana. McNamara apeló de forma similar al editor del *Herald Tribune* de Nueva York. Todos obedecieron, excepto el *Times*, que publicó un artículo el lunes en primera página en el que se decía que existía un ambiente de crisis y tensión en la capital y que el presidente aparecería en televisión al día siguiente para disipar la cortina de secretos. La Armada y la infantería de marina estaban montando una formidable demostración de fuerza, no lejos de Cuba, "escena de una espectacular actividad militar comunista en las últimas semanas". Se especulaba en Washington, informaba el *Times*, sobre la aparición de nuevos factores en Cuba que aún no podían ser revelados.

Se había decidido que los principales aliados de Norteamérica serían informados de antemano acerca de la crisis que se avecinaba y que Dean Acheson era la persona más indicada para imponer de los hechos a De Gaulle. Rusk llamó a su antiguo jefe la noche del sábado 20 de octubre, pidiéndole que volase a París. La decisión final no era la que Acheson había deseado, pero a pesar de ello el presidente deseaba que fuese a París. El domingo Acheson voló a Londres, donde se reunió en el aeropuerto con el embajador Bruce, dejándole un juego de fotografías aéreas, un agente de seguridad y un experto en interpretación fotográfica. Bruce llevaría las pruebas a MacMillan a la mañana siguiente. Acheson continuó rumbo a París, donde aterrizó poco después de la medianoche. En París recibió una llamada de Kennedy pidiéndole que fuese a Alemania después de ver a De Gaulle.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

La entrevista entre Acheson y el presidente francés, que tuvo lugar a última hora de la tarde del lunes 22 de octubre, posee verdadero interés histórico. De Gaulle jamás había olvidado que, durante la época de la ocupación alemana de Francia, Roosevelt y Churchill le habían desconocido y humillado. Desde aquella época, creía que Washington, debido a sus íntimas relaciones con los débiles gobiernos ingleses, había mostrado que no consideraba a De Gaulle como persona digna de su confianza. Ahora De Gaulle pasaba a ser una de las grandes figuras de la época. Había puesto fin a la guerra de Argelia, consolidado el valor del franco, equilibrado el presupuesto, casi duplicado las pensiones de la seguridad social, incrementado grandemente las reservas de oro de su país y, en general, había hecho de Francia un país estable y rico por vez primera en muchos años, con un sentido de orgullo en su futuro. Pero no tenía demasiado afecto a los "anglosajones".

Según Elie Abel, De Gaulle dio inicio a la conversación afirmando que suponía que la ocasión sería importante, ya que Kennedy le había dispensado el honor de enviarle un emisario tan distinguido. Preguntó a Acheson si había venido a consultarle o a informarle. Cuando Acheson dijo que había venido a informar, De Gaulle aprobó, ya que, comentó, convenía que se tomasen decisiones independientes. Cuando Acheson terminó su informe, de Gaulle expresó que Kennedy había hecho exactamente lo que *él* habría hecho, teniendo en cuenta de que no tenía otra alternativa. "Puede decirle a su presidente que Francia le apoyará". Cuando ambos examinaron las pruebas fotográficas, De Gaulle preguntó desde qué altura habían sido tomadas. Desde 22 kilómetros, fue la respuesta. "*C'est formidable*", repitió, "*C'est vraiment formidable*". De Gaulle no había visto jamás fotografías tan admirables. Por medio de una lente de aumento, el viejo soldado distinguió cuatro tipos diferentes de aviones de caza soviéticos en los campos de aviación cubanos[32].

La conversación se centró en torno a las represalias que Jruschov podría adoptar en Berlín, Turquía y otras partes, pero De Gaulle descartó tales posibilidades. "Si hay guerra, Francia estará a su lado. Pero no habrá guerra". Preguntó si la cuarentena sería suficiente, lo cual asimismo habría de inquirir posteriormente Adenauer. Según Elie Abel, De Gaulle le preguntó a Acheson por qué, en su opinión, los rusos habían introducido proyectiles en

[32] Abel, p. 113.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Cuba, y Acheson le expresó que la respuesta *podía no ser muy halagüeña para su propio gobierno.* Los rusos habían sido llevados a creer que podrían ejecutar impunemente su audaz plan. De Gaulle estuvo de acuerdo. Jruschov, naturalmente, no ponía en tela de juicio la fuerza de los Estados Unidos, sino la habilidad de Kennedy para usarla inteligentemente.

El lunes 22 de octubre, el grupo de consejeros presidenciales fue organizado formalmente como comité ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad e instruido para reunirse con el presidente todas las mañanas a las diez en la sala del gabinete. El mismo día el presidente se entrevistó con los jefes del Congreso, a quienes se les había pedido que, sin pérdida de tiempo, se personasen en Washington. Durante la entrevista, uno de los jefes más prestigiosos del partido demócrata, el senador Richard B. Russell, de Georgia, criticó los planes del bloqueo como medida a medias[33]. Incluso el senador Fulbright, de Arkansas, presidente de la comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara Alta, abogaba por una invasión. Explicó más tarde que un bloqueo, que podría significar una confrontación armada con los buques rusos, sería más peligroso —en su opinión— que una invasión, que enfrentaría a los soldados norteamericanos con los cubanos y permitiría que los rusos en Cuba permaneciesen al margen.

La mayor parte de los jefes del Congreso pensaban que el bloqueo no sería eficaz para lograr lo que había de lograrse; añadieron que había llegado el momento de librarse de Castro. La entrevista duró más de una hora, y al término de la misma el presidente quedó en un estado que uno de sus ayudantes describiría como de "furia refrenada"[34].

El presidente consultó también al embajador británico, David Ormsby Gore, actualmente Lord Harlech. Le expuso las diferentes alternativas: ataque aéreo, invasión, bloqueo o gestiones diplomáticas a través de las Naciones Unidas. La recomendación de McNamara de "no hacer nada" había sido descartada. El embajador dijo que la reacción en Inglaterra a un ataque aéreo sería

[33] Años más tarde, en una entrevista en *U. S. News & World Report,* el senador Russell dijo de la crisis de los cohetes: "Es muy lamentable que no siguiésemos adelante entonces y les liquidásemos, a Castro y a los comunistas junto con sus cohetes, todos al mismo tiempo, cuando teníamos una buena razón para hacerlo. Creo que ello habría tenido un efecto saludable en todo el mundo y probablemente hubiese evitado unos cuantos Vietnam en el futuro . . . Pedí al presidente de rodillas que avanzase y acabase con el episodio cubano cuando teníamos una razón para hacerlo".

[34] Abel, p. 119, 120.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

desfavorable; prefería el bloqueo. Complacido, el presidente, sonriendo, dijo al embajador que era eso lo que los Estados Unidos iban precisamente a hacer. Más tarde, el embajador británico haría una sugerencia acerca de la forma de conducir tácticamente el bloqueo, y, estableciendo un precedente histórico, el presidente norteamericano recibiría agradecido los consejos y actuaría de conformidad inmediatamente, a pesar de ser considerado imprudente por el almirante Anderson, jefe de operaciones navales, y el almirante Robert Dennison, comandante en jefe de la flota del Atlántico.

Después de su reunión con el presidente, Ormsby Gore envió un largo informe al primer ministro británico. Si bien el gobierno británico no fue consultado formalmente, no cabe duda de que fue el primero de los aliados norteamericanos en enterarse cabalmente de todos los aspectos de la situación, dando de esta forma autoridad a la opinión de De Gaulle de que, por regla general, Francia quedaba relegada por Washington a una posición de segundo plano.

Estaba ya montado el escenario para la famosa confrontación "cara a cara" con Jruschov. Solamente unos pocos representantes del ejército y de la CIA, junto con dos o tres consejeros civiles presidenciales, habían considerado seriamente el hecho de que el gobierno Kennedy había tenido, por *segunda* vez, una oportunidad dorada de eliminar la cabeza de puente comunista en el hemisferio occidental.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

19

Anticlímax

En esta coyuntura, la debilidad militar de la Unión Soviética con respecto a los Estados Unidos no era conocida del público en general, y tanto la prensa como los demás medios de comunicación se llenaron de pánico ante la perspectiva de una posible confrontación nuclear. En consecuencia, muchos esperaban que Moscú reaccionaría ante el vigoroso discurso pronunciado por el presidente Kennedy el 22 de octubre cortando las comunicaciones de Berlín, bombardeando las bases de proyectiles norteamericanas en Turquía, u ordenando a los submarinos soviéticos que protegiesen a sus barcos para burlar el bloqueo estadounidense.

Pero transcurrieron las horas y el Kremlin no hizo nada. Hubo que esperar hasta la mañana siguiente para obtener las primeras señales de respuesta; éstas se produjeron en forma de un mero despacho oficial de la agencia Tass en el que se calificaba al bloqueo como una "violación de las leyes internacionales" y se repetía la afirmación de que los proyectiles instalados en Cuba poseían únicamente carácter defensivo. En cuanto a Jruschov, su habitual jactancia desapareció para dar paso a síntomas inconfundibles de miedo.

El almirante George W. Anderson, jefe de operaciones navales, fue designado como oficial responsable de la implantación de la "cuarentena"; Anderson señaló como línea de bloqueo un gran arco que se extendía a 800 millas de las costas de Cuba, situado fuera del alcance de los cazas Mig y de los bombarderos IL-28 estacionados en la Isla. Ordenó el cierre de los cinco canales navegables a través de los cuales los barcos podían acercarse a Cuba desde el Atlántico. Asignó una fuerza táctica de diecinueve cruceros y destructores para esta tarea, incluyendo el buque insignia de la Segunda Flota del Mando del Atlántico. Los aviones de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

reconocimiento habían descubierto veinticinco navíos soviéticos que navegaban con rumbo a Cuba. La posición y velocidad de cada uno de ellos fueron marcadas en un gran mapa colgado de la pared del centro de mando de la Armada en el Pentágono, y la Casa Blanca fue informada continuamente.

En la tarde del 23 de octubre, el presidente Kennedy se entrevistó nuevamente en la Casa Blanca con el embajador británico Ormsby Gore, quien expresó preocupación sobre la reacción desfavorable de los periódicos británicos, que calificaban al bloqueo de acto de guerra capaz de conducir a la aniquilación nuclear. El embajador sugirió que las fotografías del U-2 en las que aparecían las bases rusas de proyectiles se publicasen al día siguiente, y la sugerencia se llevó a la práctica[1]. Mientras conversaban, entró en la habitación Robert Kennedy y dijo que acababa de tener una entrevista con Dobrynin. Informó que le había parecido cansado y agitado, y que aún a fuer de herir su susceptibilidad, le había manifestado que, fundándose en sus falsas afirmaciones al presidente, éste había asegurado al pueblo de los Estados Unidos que la situación en Cuba no ofrecía peligro. Dobrynin, según Robert Kennedy, no hacía más que repetir que, según su leal saber y entender, no había proyectiles en Cuba que pudiesen alcanzar a los Estados Unidos.

Fue en esta reunión cuando el embajador británico hizo una recomendación de modificar el plan de bloqueo táctico de la Armada norteamericana: que el arco tendido se acercase mucho más a Cuba, para dar a Jruschov más tiempo para considerar sus planes. Kennedy aceptó inmediatamente y llamó a McNamara, ordenándole dar a la Armada esas instrucciones[2].

También le preocupaba al presidente la posibilidad de que se produjese algún incidente armado, y dio órdenes de que los barcos que se acercasen al arco de intercepción no fuesen abordados, sino simplemente seguidos, manteniéndolos a la vista. Ningún navío había de ser interceptado *sin instrucciones específicas de la Casa Blanca*[3], y esta orden fue transmitida inmediatamente a través de

[1] Elie Abel, *The Missile Crisis* (Nueva York: J. B. Lippincott Company, 1966), p. 138.

[2] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 818.

[3] Abel, p. 154. También Roger Hilsman, *To Move A Nation* (Nueva York: Doubleday & Company, Inc., 1967), p. 215.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

los canales de mando regulares. Sin embargo, a fin de cerciorarse de que las instrucciones habían sido comprendidas, McNamara decidió visitar al almirante Anderson en el Centro de Mando de la Armada en el Pentágono. Acompañado por el subsecretario Gilpatric, se personó en el puesto de mando a eso de las diez de la noche del miércoles 24 de octubre[4].

El almirante Anderson se hallaba preocupado con respecto a la orden de reducir el perímetro de la zona de intercepción. McNamara explicó que las concesiones constituían una decisión política[5] encaminadas a dar a los soviéticos el tiempo necesario que les permitiese determinar su plan de acción, pero Anderson expresó que no veía razón para arriesgar vidas y buques norteamericanos poniéndoles al alcance de los Mig y bombarderos. McNamara se cuidó de comunicarle al almirante que la orden había sido inspirada por los británicos.

Aquellos que escucharon la conversación entre McNamara y Anderson afirman que, en toda la historia de la Secretaría de Defensa norteamericana, es improbable que un titular de la cartera se haya dirigido al oficial superior de la Armada en la forma tan despectiva como insultante que manifestó McNamara con respecto a Anderson. Al observar una marca sobre el mapa, a guisa de indicación de que un buque norteamericano se hallaba a considerable distancia del arco de bloqueo, McNamara quiso saber qué hacía el navío en aquella posición. Anderson no replicó inmediatamente, ya que había unas treinta personas en la sala y la respuesta implicaba información ultrasecreta. Poco después se llevó a McNamara aparte y le comunicó que el buque se hallaba "encima" de un submarino soviético[6]. En aquellos días había seis submarinos rusos en el Atlántico, los cuales habían sido localizados por la Armada.

Si bien en octubre de 1962 la Armada norteamericana aún no disponía del cohete antisubmarino (ASROC), había prestado atención a la guerra antisubmarina, desarrollando y mejorando varios dispositivos de detección y armas que permitían localizar y seguir a los submarinos enemigos, así como obligarles a salir a la superficie, saliendo al aire y avanzando hasta las proximidades del objetivo; a continuación suelta un torpedo o carga de profundidad nuclear mediante paracaídas. Al caer en el agua, la carga de

[4] Abel, p. 154.

[5] *Ibid*, p. 155.

[6] *Ibid*, p. 154, 155.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

profundidad explota, o el torpedo se orienta hacia el blanco de igual modo que los torpedos convencionales[7].

El Servicio de Información Naval norteamericano sabía el momento en que cada submarino soviético zarpaba de un puerto del Báltico o el Mar Negro, y cuándo pasaba por el Mediterráneo rumbo al Atlántico, y la Armada conocía la posición aproximada de cada sumergible soviético en el Atlántico. Las fuerzas antisubmarinas norteamericanas estaban en condiciones de rastrearles y hacerles emerger en caso necesario, y puesto que ningún submarino soviético tenía proyectiles nucleares, no significaban amenaza alguna para los centros de población norteamericanos. Naturalmente, sí constituían una seria amenaza para el tráfico marítimo en el Atlántico.

McNamara preguntó ásperamente a Anderson cómo iba la Armada a interceptar a los barcos en la zona señalada. La respuesta fue que cada navío tenía a bordo un manual de bloqueo cuidadosamente preparado y revisado desde los primeros días de la Armada norteamericana. McNamara insistió en que el caso actual era diferente; se trataba de una confrontación *política* y no militar. El presidente no quería poner a Jruschov entre la espada y la pared, y, por lo tanto, no deseaba que ningún ruso resultase muerto; tampoco quería humillarles. El propósito del bloqueo era persuadir a Jruschov de que retirase los cohetes sin tomar represalias.

El secretario de Defensa pidió toda clase de detalles. Preguntó si cada navío participante en el bloqueo llevaba a bordo un oficial que hablase ruso, y Anderson dijo que no podría contestar a ciencia cierta, pero que se habían dado órdenes en este sentido. "Pues entonces, averígüelo", cortó secamente McNamara[8]. La verdad era que la Armada se había anticipado y había asignado profesores de idiomas de Annapolis a la misión de bloqueo. En otro momento McNamara preguntó a Anderson qué haría si un capitán de barco soviético se negase a responder a las preguntas sobre su cargamento. Anderson replicó que todos esos detalles estaban tratados en el manual de cada navío.

"Me importa un comino lo que habría hecho John Paul Jones", fulminó McNamara, "Quiero saber lo que ustedes van a hacer ahora"[9]. Anderson no había mencionado a John Paul Jones, un

[7] Life Science Library, *Ships, 1965.* Time Inc., p. 133.

[8] Abel, p. 155.

[9] *Ibid,* p. 156.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

famoso almirante norteamericano en la guerra revolucionaria. Hizo esfuerzos por conservar su temple y lo consiguió. La conversación terminó cuando el almirante le dijo risueñamente a McNamara: "Ahora, señor secretario, si usted y el subsecretario quieren volver a sus despachos, la Armada se encargará del bloqueo"[10]. Sin responder, McNamara y Gilpatric salieron de la sala. Sin embargo, éste no fue el final de la cuestión. Se supone que, a instigación de McNamara, y en contra de lo acostumbrado, el almirante Anderson no fue ratificado en su cargo al término de su encomienda bienal, ocurrido en julio de 1963. Y después que hubo testificado bajo juramento ante una Comisión Senatorial que investigaba la concesión del contrato del TFX (F-111), los oficiales de asuntos públicos de la Secretaría de Defensa relataron la historia del "incidente del puesto de mando". Atribuyeron el cese de Anderson al deficiente desempeño de la Armada durante la crisis de los cohetes. En realidad, la actuación de la Armada fue de todo punto excelente.

El presidente no sólo ordenó que no se intentase abordaje alguno sin su específica aprobación, sino que además comprobó personalmente la manera en que el bloqueo se iba desarrollando. El jueves, veintidós horas después de haberse implantado, un buque tanque soviético fue autorizado a proseguir su viaje después de informar por radio que sólo conducía un cargamento de petróleo. Media hora después, un buque de pasajeros de Alemania Oriental fue igualmente autorizado a trasponer el perímetro del bloqueo. Antes de dar por terminada la cuarentena, después de haber estado en vigor durante veintisiete días, 57 buques habían sido autorizados a penetrar en el perímetro del bloqueo. De ellos, 19 eran navíos mercantes soviéticos; 6, barcos de otros países del bloque comunista; 23 estaban registrados en otros países, pero navegaban por cuenta de naciones del bloque comunista; y 7 pertenecían a países amigos de los Estados Unidos[11].

Durante el bloqueo, solamente un buque fue abordado. Kennedy había decidido que, al objeto de ofender lo menos posible a los rusos, el primer buque en ser abordado sería uno de carga seca registrado en país neutral. Resultó ser un buque de tipo "Liberty" construido en los Estados Unidos, el *Marucla*, de propietarios

[10] *Ibid*, p. 156.

[11] *Ibid*, p. 172, 210.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

panameños, pero de registro libanés, fletado por los soviéticos. Fue avistado hacia las 10:30 p. m. del jueves 26 de octubre por un destructor norteamericano, el *John R. Pierce*, que más tarde fue apoyado por un segundo destructor. Ambos destructores siguieron al buque mercante a una distancia de dos millas. Puestos en contacto por radio con su capitán, se comprobó que estaba dispuesto a colaborar.

A las 7 de la mañana del día siguiente, uno de los destructores envió la siguiente señal: "Deténgase inmediatamente". Se arrió un bote al costado del destructor, y el *Marucla* bajó su pasarela. A las 7:50 el capitán del destructor sosegó los nervios de los gobernantes de Washington con este mensaje: "Partida de abordaje a bordo del *Marucla*. Buena cooperación. No se esperan dificultades". Después de examinar los libros del buque y el contenido de una bodega, el *Marucla* fue autorizado a proseguir su viaje. Por pura coincidencia, el destructor que ocupó los titulares de los periódicos que relataron el abordaje del *Marucla* era el *Joseph P. Kennedy, Jr.* un navío así bautizado en honor del difunto hermano del presidente norteamericano.

Entretanto, Nikita S. Jruschov mostraba crecientes señales de temor. Una de las primeras fue la inmediata respuesta de Moscú a una exhortación en pro de la paz formulada por Bertrand Russell, el par británico que no perdía la menor oportunidad de darse por entero a los quehaceres antiguerreristas cuando se hallaban en juego los intereses comunistas. Sir Bertrand había enviado su mensaje a Kennedy y a Jruschov: "La cuestión de la guerra y la paz es tan vital", contestó Moscú el 24 de octubre, "que consideramos conveniente llevar a cabo una conferencia en la cumbre (a fin de) hacer todo (lo posible) por alejar el peligro de desencadenar una guerra termonuclear". La respuesta de Kennedy fue más apropiada. El asunto se estaba discutiendo en las Naciones Unidas y, por otra parte, añadió: "Creo que su atención debería centrarse sobre los ladrones y no en torno a aquellos que han sorprendido a los ladrones".

Otra indicación de la alarma soviética llegó el mismo día de Londres. El doctor Stephen Thomas Ward, un osteópata que más tarde alcanzaría triste notoriedad en el escándalo de Christine Keeler, fue abordado por su amigo, el capitán Evgeni Iványov, agregado naval de la embajada soviética, quien sugirió que los

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

británicos convocasen inmediatamente una conferencia en la cumbre de Londres. El ruso dijo que podía garantizar que una invitación semejante sería aceptada por Jruschov, y añadió que la U.R.S.S. estaba dispuesta a ordenar el regreso de todos los buques que transportaban armas a Cuba, y a discutir la retirada de los proyectiles ya instalados.

Ward tenía muchos amigos influyentes y, ni tardo ni perezoso, puso manos a la obra. En una entrevista que celebró con el secretario general del Foreign Office, le expuso a éste una relación de su conversación con Ivánov, y poco después el funcionario elevó un informe de la misma al subsecretario permanente del Exterior. Posteriormente, al dar cuenta del incidente en la Cámara de los Comunes, el primer ministro MacMillan mencionó una afirmación formulada por Ivánov en una de sus conversaciones con Ward, según la cual "el Gobierno soviético consideraba al Reino Unido como su única esperanza de conciliación".

En el transcurso de aquella misma tarde del 24 de octubre, Jruschov solicitó la presencia de un hombre de negocios norteamericano que se hallaba de visita en Moscú, William Knox, presidente de la Westinghouse International, quien había sido vecino de Dean Rusk cuando éste vivía en un suburbio de Nueva York. Al acudir Knox a la inesperada entrevista, halló a Jruschov en un estado de agotamiento, como si no hubiese dormido aquella noche. El jefe bolchevique se proponía hacer llegar un mensaje al presidente Kennedy a través de un conducto privado, por lo cual no paró mientes en divertir a Knox con chistes y anécdotas palurdas. Los detalles de esta conversación no han sido publicados, pero el sorprendido Knox abandonó Moscú al día siguiente y entregó su mensaje en Washington. Jruschov al mismo tiempo, visitó con gran aparato publicitario al cantante norteamericano Jerome Hines, a raíz del concierto que éste acababa de dar en Moscú. Estos gestos indujeron a Averell Harriman a concluir, según Schlesinger, que la conducta de Jruschov era la propia de un hombre "que clamaba por nuestra ayuda para que lo sacásemos de las calzas prietas" en que se había metido.

Hacia el jueves 25 de octubre, doce de los veinticinco barcos rusos habían dado media vuelta en su camino a Cuba, y los soviéticos no habían tomado represalias en Berlín, Turquía ni en parte alguna. Los buques que viraron en redondo eran seguramente los que transportaban cohetes. El mismo día, el embajador británico

Recuperado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

en Praga informó que los representantes rusos en dicha capital se hallaban "sumamente asustados". Necesitaban encontrar una salida, declaró. Y también ese mismo día el encargado de negocios soviético en Londres, V. A. Loginov, pidió y obtuvo una entrevista con el secretario del Exterior. Expresó la esperanza de que el gobierno de Su Majestad haría todo cuanto estuviese a su alcance para evitar acontecimientos en Cuba que pudieran poner al mundo al borde de una catástrofe nuclear. Entretanto, diversos miembros de la embajada soviética hacían gestiones en las diferentes misiones diplomáticas en Londres, y nuevamente Ward, el versátil osteópata, arregló una entrevista de Ivánov con un miembro del Parlamento dispuesto a colaborar. El ruso repitió la sugerencia de que la Gran Bretaña convocase una conferencia en la cumbre que se celebraría en Londres. Esta conversación fue transmitida al Foreign Office, y más tarde el mismo Ward entregó allí idéntico mensaje.

El día anterior U Thant, secretario general de la ONU, había pedido a los rusos que suspendiesen los embarques de armas a Cuba y a los norteamericanos que revocasen la cuarentena durante dos o tres semanas para abrir el camino de las negociaciones. En su respuesta a Thant, Kennedy aseguró que los Estados Unidos deseaban una solución pacífica y dijo que Stevenson estaba dispuesto a discutir el asunto con él. La contestación de Jruschov ese mismo día fue aún más específica y afirmativa. "Acepto su iniciativa", afirmó. "Declaro que estoy de acuerdo con su propuesta, que concuerda con los intereses de la paz". El viernes, 26 de octubre, V. A. Zorin, embajador soviético ante la ONU, aseguraba a otros diplomáticos que la U.R.S.S. no caería en la "trampa" norteamericana de tomar represalias en Berlín.

Además de estas y otras muchas gestiones realizadas por los rusos con el fin de encontrar una salida a su dilema, hubo diez comunicados entre Moscú y Washington, emitiéndose cinco en cada capital[12]. Algunos de éstos aún no han sido publicados. Uno de ellos, que será descrito más tarde, era una larga y tendida declaración de Jruschov. Se dice que uno de los miembros del ExCom que tuvo ocasión de examinarlo afirmó que Jruschov debía estar "borracho o asustado" cuando lo escribió[13].

Se recordará que una de las sugerencias de Adlai Stevenson en la reunión del ExCom del 20 de octubre fue que los Estados Unidos

[12] *Ibid*, p. 202.

[13] *Ibid*, p. 182.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

renunciasen a sus bases de proyectiles Júpiter en Turquía a cambio de las bases rusas en Cuba. Por una extraña coincidencia, Walter Lippmann tuvo la misma idea y la presentó en una columna que apareció en el *Washington Post* y otros periódicos del país el 25 de octubre. Al igual que Stevenson, arguyó que las bases norteamericanas en Turquía eran anticuadas y las soviéticas en Cuba de escaso valor militar, y que "ambas podían ser desmanteladas sin alterar el equilibrio mundial de poder". La verdad es que las bases norteamericanas en Turquía, Italia e Inglaterra habían entrado recientemente en su fase operativa.

El embajador Dobrynin llegó evidentemente a la conclusión de que aquella sugerencia constituía un globo de prueba lanzado por la Casa Blanca, y el 27 de octubre, dos días después de que la propuesta Stevenson-Lippmann apareciese por escrito, Jruschov pidió formal y oficialmente el desmantelamiento de las bases establecidas en Turquía.

Aunque no se habían vuelto a introducir nuevos proyectiles en Cuba, los rusos seguían dándose afanosamente a la tarea de concluir las instalaciones de los que ya se encontraban en la Isla. Esto se deducía de la continuada vigilancia aérea. Advirtiendo que el tiempo transcurría sin que se hiciese nada, los conservadores pidieron nuevamente un ataque aéreo. Los proyectiles podían estar en condiciones de ser lanzados en cuestión de horas, y el único camino seguro era eliminarlos antes de que pudieran ser disparados contra los Estados Unidos, o que ofreciesen al Kremlin la posibilidad de extorsionar a los Estados Unidos con la amenaza de un ataque. McNamara se opuso enérgicamente a ello y el presidente le secundó. En caso de que se necesitase una acción más severa, dijo McNamara, el paso siguiente sería estrechar aún más el bloqueo, añadiendo quizás el petróleo, aceite y lubricantes a la lista de prohibiciones, cosa que los militares habían demandado desde el primer momento.

Determinados hechos del viernes 26 de octubre, condujeron a un acontecimiento extraordinario, sin precedentes en la historia de la diplomacia norteamericana. El resultado fue la violación del compromiso hecho por Kennedy el 20 de abril de 1961, tres días después de la invasión de Playa Girón, de que los Estados Unidos no abandonarían jamás a Cuba al comunismo. Quedó igualmente en ridículo el mensaje que Kennedy había dirigido a los cubanos

Recuperado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

en su discurso sobre la crisis de los cohetes tan sólo cuatro días antes, cuando dijo que el pueblo norteamericano había visto con profunda tristeza la dominación de su patria por un poder extranjero, expresando la esperanza de que los cubanos llegarían a ser "verdaderamente libres".

Aproximadamente a la 1:30 de la tarde, John Scali, un reportero de la American Broadcasting System asignado a la Secretaría de Estado, recibió una urgente llamada telefónica de un ruso llamado Alexander S. Fomin, uno de los varios consejeros de la embajada soviética. Fomin, que mantenía buenas relaciones con Scali, deseaba reunirse con él para almorzar dentro de diez minutos, asegurándole que el asunto revestía la máxima importancia. Cuando Scali acudió a la cita, Fomin daba señales de gran excitación. Preguntó si la Secretaría de Estado estaría dispuesta a resolver la crisis cubana a condición de que las bases de proyectiles fuesen desmanteladas bajo supervisión de la ONU y los Estados Unidos se comprometiesen a no invadir a Cuba. Explicó que si Stevenson se dirigiese con esta propuesta a Zorin en la ONU, hallaría interés por parte del embajador soviético.

Scali se apresuró a informar de tan asombrosa e informal petición a Roger Hilsman, de la Secretaría de Estado. Hilsman se puso en contacto con Rusk, quien informó del asunto a la Casa Blanca. A continuación Rusk pidio al oficioso gacetillero que acudiese a su despacho, donde le hizo entrega de una hoja de papel donde había escrito de su puño y letra el mensaje que por conducto suyo, había de ser transmitido a los rusos: "Tengo razones para creer que el USG (Gobierno de los Estados Unidos) ve posibilidades reales en ello y supone que los representantes de ambos gobiernos podrían resolver el asunto tanto con U Thant como entre sí. Mi impresión es, sin embargo, que el factor tiempo es de mucha urgencia"[14].

A las 7:30 p. m. Scali se reunió nuevamente con Fomin, esta vez en la cafetería del hotel Statler Hilton, a una cuadra de distancia de la embajada soviética. "¿Está usted absolutamente seguro de que esto procede de las más altas fuentes? ", inquirió Fomin. Cuando Scali le hubo asegurado que así era, salió precipitadamente, diciendo que tenía que ponerse en comunicación con las autoridades supremas de Moscú. Con las prisas, dejó sobre la mesa un billete de cinco dólares para pagar una consumición de 35 centavos. *A las seis horas de someter su extraordinaria propuesta, la*

[14] *Ibid*, p. 177.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

embajada rusa había recibido una respuesta afirmativa procedente de la Casa Blanca.

Un día o dos después, Fomin se vio nuevamente con Scali y le dijo: "Tengo instrucciones de darle las gracias y comunicarle que la información suministrada por usted ha sido muy valiosa para el primer ministro (Jruschov), para ayudarle a tomar una rápida decisión"[15].

Al acopiar datos para documentar esta extraordinaria historia, no he podido descubrir el más leve indicio de que Kennedy, Rusk o cualquier otra personalidad norteamericana tuviese en consideración, discutiese o tan siquiera mencionase el bienestar de Cuba. En ese momento histórico el presidente y sus asesores, preocupados únicamente por los cohetes, asintieron el abandono de más de siete millones de cubanos en manos del comunismo, confiriendo a la Unión Soviética un refugio sagrado a sólo 98 millas de las costas norteamericanas. Esto señalaba, después de 139 años de vigencia, el óbito de la doctrina de Monroe, de la que el presidente Cleveland había afirmado que "no dejaría de estar en vigor en tanto subsista nuestra República".

Aproximadamente dos horas después del episodio Scali-Fomin, el ya mencionado extenso y tendido comunicado de Jruschov se recibió en la Secretaría de Estado con destino al presidente. Nunca ha sido publicado, pero algunos que lo han visto afirman que mostraba indicios de gran alarma. Elie Abel ha escrito que, incluso parafraseándolo, sonaba como "el horrísono alarido de un hombre espantado". Ha llegado el momento, decía el jefe soviético en la carta aún secreta, de detener la marcha hacia la guerra, cuyos horrores describía. Apelaba a Kennedy como "militar" para que comprendiese que los proyectiles eran únicamente medios de exterminio que, de no estar apoyados por las tropas, eran nada más que defensivos. Repitió que los buques que se hallaban encaminados rumbo a Cuba no transportaban las menores armas. Era preciso refrenar las pasiones por ambas partes y normalizar las relaciones. Estaba dispuesto a iniciar las negociaciones propuestas por U Thant. Debían cesar ambos de tirar de los extremos de la soga en la que se había hecho un nudo de guerra. Estaba dispuesto a tomar medidas para deshacer ese nudo.

Jruschov añadía que los cohetes habían sido enviados a Cuba

[15] Hilsman, p. 224.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

para proteger a ese país contra una invasión. Si el presidente daba públicamente seguridades de que los Estados Unidos no atacarían a Cuba *ni permitirían que otros la atacasen*, desaparecería el motivo para tener cohetes en la Isla. Y si Kennedy retirase la flota norteamericana, toda la situación quedaría normalizada.

En la Secretaría de Estado hubo gran júbilo. El secretario Rusk consultó a Acheson, quien no quedó muy impresionado. Acheson afirmó más tarde: "Estábamos demasiado deseosos de llegar a un acuerdo con los rusos".

Puesto que los días habían transcurrido y el gobierno de Kennedy mostraba por sus acciones e inacciones su extremado interés en no provocar a la U.R.S.S., parece ser que la alarma de Jruschov cedió un tanto, pero el sábado 27 de octubre tuvo lugar un incidente que elevó nuevamente la temperatura en Moscú y, sin duda, le indujo a poner fin a la crisis, tal como admitieron más tarde algunos colaboradores íntimos del presidente Kennedy. Pero esta provechosa experiencia fue accidental y, de hecho, pareció asustar a la Casa Blanca en la misma medida que al Kremlin.

Un U-2 norteamericano en un vuelo regular de muestreo atmosférico desde Alaska al Polo Norte escogió una estrella equivocada para orientarse en su camino de retorno y sobrevoló la península de Chokut, en la U.R.S.S. Los aviones soviéticos salieron a su encuentro y los norteamericanos despegaron de Alaska para escoltarle de vuelta. El avión extraviado estaba solicitando instrucciones en claro y no hubo enfrentamiento, pero hay razones para creer que Jruschov pensó que el vuelo podía ser el reconocimiento final previo a un ataque nuclear.

Fue Hilsman, "jadeante y agitado", según su propio relato, quien llevó al presidente la noticia del avión norteamericano que navegaba fuera de rumbo. La reacción de Kennedy fue interesante. Con una risa irónica dijo, "siempre hay algún tal por cual que no se entera del santo y seña"[16], después pidió disculpas a Jruschov, asegurando que "velaría porque se tomasen todas las precauciones a fin de evitar una repetición del incidente".

Un episodio que pudo influir también sobre Jruschov tuvo lugar cuando Lincoln White, portavoz oficial de la Secretaría de Estado, anunció que continuaban las obras en las bases de cohetes en Cuba y se refirió a un discurso presidencial en el que se afirmaba que si

[16] *Ibid*, p. 221.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

estas obras no se detenían "estarían justificadas otras medidas". Kennedy se enfureció, opinando que White se había manifestado en forma innecesariamente provocadora. Llamó al secretario de Estado, al subsecretario para Asuntos Públicos y finalmente al propio White, usando la clase de lenguaje que estaba acostumbrado a emplear en tales ocasiones[17]. Algunos de sus asesores, sin embargo, pensaron que el incidente había sido beneficioso, porque indujo a creer a los soviéticos que el presidente de los Estados Unidos debía ser tomado en serio.

Fue también el 27 de octubre cuando Radio Moscú transmitió otra carta de Jruschov dirigida a Kennedy. Sugería que se evacuasen las bases americanas en Turquía a cambio de la retirada de los proyectiles rusos de Cuba. (Esta propuesta, se recordará, se originó en los Estados Unidos, por conducto de Adlai Stevenson y Walter Lippmann).

Schlesinger oyó hablar por vez primera de la crisis de los cohetes a última hora del viernes 19 de octubre, de boca de Stevenson, quien siempre había admirado la facilidad de expresión de aquél y ahora le pedía su ayuda para redactar el discurso que debería pronunciar a comienzos de la semana siguiente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Al día siguiente, Schlesinger se reunió con el presidente, Rusk, Robert Kennedy y otras personalidades, con el fin de repasar el borrador. El presidente tachó un párrafo que amenazaba con un ataque aéreo norteamericano si continuaba la instalación de cohetes en Cuba. Schlesinger señala un comentario de Robert Kennedy, quien, llevándole aparte, le dijo: "Contamos contigo para observar la situación en Nueva York . . . (es decir, en la ONU). Al final habremos de aceptar una componenda, pero ahora hemos de permanecer absolutamente firmes. Las concesiones vendrán al final de las negociaciones, no al principio"[18].

Cuando el sábado 27 de octubre Radio Moscú difundió el segundo comunicado, los miembros liberales del ExCom comenzaron a discutir ingeniosas formas de retirar los cohetes de Turquía sin dar la impresión de aceptar las condiciones de Jruschov[19].

[17] *Ibid*, p. 213, 214.

[18] Schlesinger, p. 811.

[19] Abel, p. 194.

Rescatado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Pensaban que unos Estados Unidos agradecidos podían pagar un precio considerable si los rusos pusiesen término de inmediato al aumento de su capacidad militar en Cuba; esta nueva concesión podría disfrazarse como una oferta para disminuir las tensiones existentes entre la OTAN y los países del Pacto de Varsovia[20].

Después de la reunión del ExCom, hubo una conversación privada entre el presidente, Rusk y McNamara, y el presidente encargó a Gilpatric que pasara la tarde en la oficina de Bundy en la Casa Blanca, con varios ayudantes militares y de la Secretaría de Estado, escribiendo un "libreto" para la pronta eliminación de todos los proyectiles Júpiter de Turquía, y parece ser que también de Italia e Inglaterra. A juzgar por lo que se ha hecho público de los mensajes entre Washington y Moscú, Jruschov ni siquiera había mencionado estas últimas bases. Evidentemente, se incluyeron en el pacto como gratificación complementaria. El libreto escrito por Gilpatric debería estar preparado para otra sesión del ExCom a las nueve de la noche, y la Casa Blanca hizo por la tarde la siguiente declaración: "En cuanto a las propuestas referentes a la seguridad de naciones situadas fuera de este hemisferio, los Estados Unidos y sus aliados han tomado desde hace tiempo la iniciativa de llevar a cabo limitaciones de armamentos adecuadamente supervisadas por ambas partes. Estos esfuerzos podrán continuar en cuanto cese la presente amenaza provocada por los soviéticos".

En su excelente obra *America is in Danger*[21], el general Curtis E. LeMay, ex-miembro del Estado Mayor Conjunto y primer jefe supremo del Mando Aéreo Estratégico, afirma que los Estados Unidos habían suministrado IRBM a Europa porque los soviéticos disponían por lo menos de 750 proyectiles balísticos nucleares de alcance medio e intermedio, con un radio de acción de 4,000 kilómetros. Los cohetes Thor y Júpiter se instalaron a fuerza de grandes gastos: 60 en Inglaterra, 30 en Italia y 15 en Turquía. "Estos IRBM", escribe el general LeMay, "estaban en condiciones operativas poco antes de la crisis cubana de los cohetes en 1962, pero una vez que la crisis se solucionó, los Estados Unidos desmontaron todo el sistema IRBM en Europa . . . No queda nada del extremadamente costoso complejo de cohetes Thor y Júpiter". La razón dada en su día fue que los proyectiles eran anticuados. "Yo no acepté la explicación de que, en tan corto término de tiempo,

[20] *Ibid*, p. 194.

[21] Curtis E. LeMay, *America Is In Danger* (Nueva York: Funk & Wagnalls, 1968)

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

habían perdido su validez", afirma, "ni tampoco ningún militar que yo conozca". Otro experto militar señaló amargamente que el cemento de las bases de proyectiles norteamericanas en Europa apenas había tenido tiempo de plasmarse cuando los políticos ordenaron desmontarlas[22]. "Esta acción precipitada tenía un marcado olor a componenda", dice LeMay, y, si efectivamente fue una componenda, "a nosotros nos tocó la peor parte en una confrontación que ha sido proclamada como una gran victoria diplomática norteamericana"[23].

En las tres primeras ediciones inglesas de esta obra escribí que la cuestión referente al hecho de que si la decisión tomada en la Casa Blanca el sábado 27 de octubre de 1962 (de retirar los proyectiles norteamericanos que acababan de montarse en Europa) fue transmitida al Kremlin, permanecería en un secreto que solamente podría darse a conocer en futuras revelaciones. Con posterioridad se ha publicado el libro póstumo de Robert Kennedy, *Thirteen days*. En él confirma que la decisión fue comunicada por él mismo al embajador soviético en Washington (págs. 108—109).

La desaparición de los cohetes norteamericanos Júpiter de Turquía e Italia debe ser examinada en el más amplio contexto del equilibrio de poder en el mediterráneo. Desde el siglo XVIII Rusia había estado tratando de extender su influencia al *Mare Nostrum* occidental. Después de la Segunda Guerra Mundial, Stalin trató en vano de adquirir bases navales en las antiguas colonias de la Italia derrotada. Pero hacia 1968 el equilibrio de poder en este mar se hallaba en vías de alteración. La U.R.S.S. en este momento mantiene una flota mediterránea regular de 50 a 60 buques, que usan bases sirias y egipcias y que pronto podrán disponer igualmente de instalaciones en Arabia Saudí y Argelia. De conformidad con una declaración formulada el 8 de octubre de 1969 al autor por Hanson W. Baldwin, renombrada autoridad en materia naval, la Sexta Flota norteamericana en el Mediterráneo oscilaba entonces entre 15 y 60 buques. Era todavía más poderosa que la flota soviética debido a sus portaaviones y submarinos Polaris; pero los rusos iban acortando distancias. Su intrusión no se debía solamente, ni siquiera en su mayor parte, al cierre por los Estados Unidos de sus bases de proyectiles en Turquía e Italia. El mayor paso hacia adelante de los rusos tuvo lugar como consecuencia de la

[22] *Ibid.*

[23] *Ibid*, p. 200.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

guerra árabe-israelí de los seis días en 1967, que selló la dependencia militar, política y económica de los beligerantes árabes con respecto a la Unión Soviética. La nueva amenaza para la Sexta Flota procede del avance soviético hacia los aeródromos de la costa norte de Africa. Haciendo uso de las instalaciones egipcias, sus bombarderos cubren ya el Mediterráneo oriental, y la pérdida por los Estados Unidos de sus instalaciones aéreas en Libia, unido al uso por los soviéticos de aeródromos en Argelia, será un factor fundamental para desplazar el equilibrio de poder contra el Occidente, con consecuencias estratégicas de tremenda importancia. Ahora los rusos piden la expulsión de la Sexta Flota norteamericana del Mediterráneo. Al mismo tiempo, Turquía solicita a cencerros tapados la reducción de la guarnición estadounidense.

¿Quién hubiera dicho que la retirada de las bases norteamericanas de Italia y Turquía siete años antes —sin que el pueblo norteamericano supiese que era parte del acuerdo que siguió a la crisis de los cohetes— habría de señalar el comienzo de la decadencia del Occidente en esta zona crucial?

La aceptación de la propuesta rusa de que los Estados Unidos se comprometiesen a no invadir a Cuba fue redactada por Robert Kennedy con ayuda de Sorensen y enviada a Jruschov a las 10:05 p.m. del sábado 27 de octubre[24]. En la misma se decía que si cesaban las obras en las bases de proyectiles ofensivos en Cuba y el sistema de armamentos se desmontaba "bajo supervisión efectiva de la ONU", los representantes norteamericanos en Nueva York podrían elaborar con U Thant y el representante soviético "el arreglo de una solución *permanente* al problema cubano según las directrices sugeridas en su carta del 26 de octubre". Los Estados Unidos "revocarían las medidas de cuarentena actualmente en vigor y . . . darían seguridades contra una invasión de Cuba". El presidente añadió: "Confío en que otras naciones del hemisferio occidental estén dispuestas a hacer lo mismo". Los Estados Unidos también "se esforzarían por conseguir un arreglo de carácter más general relacionado con otros armamentos, tal como se propuso en su segunda carta hecha pública".

Quienes se hallaban en el intríngulis sabían que la expresión "otros armamentos" incluía las bases de proyectiles en Turquía, y probablemente en Italia e Inglaterra, pero ésto no era de dominio

[24] Abel, p. 197.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

público. El día anterior la Casa Blanca había aceptado ansiosamente la fórmula de "no invasión", incluso antes de que los rusos la hubiesen propuesto formalmente, y ahora venía la aceptación formal —incluyendo la presumida predicción de que "otras naciones del hemisferio occidental" prestarían el mismo compromiso de "no invasión"[25]. *El presidente Kennedy no estaba autorizado a comprometer a otras naciones y, de hecho, ninguna se comprometió nunca a ello.*

A eso de las 9 de la mañana (hora de Washington) del domingo 28 de octubre, Radio Moscú transmitió la respuesta a Kennedy. Anunció que se habían dado órdenes de desmontar las bases de proyectiles. Jruschov añadió: "Considero con respeto y confianza la declaración hecha por usted el 27 de octubre de 1962 de que no habrá ataque ni invasión a Cuba, y no solamente por parte de los Estados Unidos, sino también de otras naciones del hemisferio occidental, como usted afirmó en su mensaje".

¿Acaso los Estados Unidos se comprometieron secretamente a *impedir* la invasión de Cuba en caso de que otras naciones lo intentasen? Esta cuestión ha sido planteada a lo largo de los años y parece justificada por las frases de la respuesta de Jruschov. Pero Washington no ha formulado ninguna respuesta definitiva.

Quedaba, naturalmente, el cardinal problema de organizar la inspección sobre el terreno en Cuba. La CIA y los militares adoptaron la postura de que únicamente una inspección material sobre el terreno proporcionaría la confirmación completa de que la amenaza soviética de los cohetes había terminado, y el presidente Kennedy se decidió a adoptar esta proposición. La primera medida para llevar a cabo una inspección preliminar fue tomada inmediatamente. Se ordenó que aparatos de transporte C-130 fuesen pintados con los colores de la ONU, y Canadá estuvo conforme en suministrar los pilotos. Cuatro funcionarios del gobierno norteamericano, entre los que se incluían representantes de la Casa Blanca, la Secretaría de Estado y la Fuerza Aérea, se trasladaron a Nueva York para entrevistarse con Stevenson. El embajador en la ONU tomó una actitud negativa; no creía que a U Thant se le pudiese inducir a actuar con tanta premura. Dijo que no presionaría a U Thant y, de hecho, éste se negó a emprender acción alguna hasta disponer de lo que consideraba adecuada autoridad[26]. Se

[25] *Ibid*, p. 194-198.

[26] *Ibid*, p. 206.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

entrevistó con Castro y el presidente cubano el 30 y 31 de octubre en La Habana.

Castro, que había permanecido casi totalmente preterido a lo largo de la crisis, acababa de transmitir una arrogante demanda de que se suspendiese el bloqueo y todas las presiones económicas, al igual que los ataques y hostigamiento por parte de grupos de comandos de los exilados. Pidió también la retirada norteamericana de Guantánamo. Cuando U Thant llegó a La Habana, excedió a Jruschov en sus intentos por salvar el amor propio de Castro y restaurar su prestigio. Mi transcripción estenográfica de la conversación muestra que Thant comenzó criticando a los Estados Unidos por haber establecido el bloqueo: "Algo extremadamente insólito, un acto desusado excepto en tiempos de guerra", afirmó. Esto, prosiguió, es lo que él había manifestado ante el Consejo de Seguridad, y su opinión había sido compartida por los cuarenta y cinco países reunidos. Por lo menos en diez ocasiones expresó a Castro que, en su opinión, la inspección de la ONU constituiría una violación de la soberanía cubana.

Cuando Castro aseguró que los Estados Unidos estaban tratando de humillar a Cuba, Thant replicó que él estaba "totalmente de acuerdo . . . en que la acción prevista por la ONU significaba la invasión de los derechos de un estado miembro". A lo largo de la entrevista mantuvo una actitud de servil condescendencia. Dio la impresión de que, en vez de tratar de ejecutar un acuerdo establecido entre la U.R.S.S. y los Estados Unidos, estaba llevando a cabo una misión desagradable por cuenta del gobierno de Washington. Ni una sola vez mencionó a Rusia.

Entonces, y de forma sorprendente, los Estados Unidos aceptaron como emisario a Anastas Mikoyán, el funcionario soviético a quien había correspondido la mayor responsabilidad en los suministros de armas a Cuba. La misión estaba, naturalmente, condenada al fracaso. Como si esto no fuese suficiente, el gobierno de Kennedy hizo aún otra concesión peligrosa para la seguridad de los Estados Unidos. Sin tener en consideración las prevenciones de los peritos de las fuerzas armadas y de los servicios de contraespionaje, aceptó una *inspección aérea a gran altura* en vez de sobre el terreno. Los jefes del servicio de informaciones secretas estadounidense reconocen ahora que los proyectiles tierra-tierra pueden hallarse escondidos en cavernas o en instalaciones subterráneas especialmente construidas para esos efectos.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Así concluyó la crisis de los cohetes de 1962. El pueblo norteamericano había sido inducido a creer que se enfrentaba con un peligro de gigantescas proporciones. El secretario Rusk afirmó que un paso en falso podía haber significado la "incineración del continente norteamericano". Schlesinger describió la actuación de Kennedy como "una combinación de tenacidad y moderación, de voluntad, sangre fría y sentido común, todo ello bajo un dominio tan brillante, una precisión tan incomparable, que asombró al mundo". No hay por qué extrañarse de que el público norteamericano, mal informado, considerase el resultado como una victoria de su país.

¿Pero lo fue realmente?

Los diferentes relatos de la crisis no pusieron claramente de manifiesto que se trataba de una confrontación de *poder*, que el poder de los Estados Unidos era *incomparablemente superior* al de la U.R.S.S., y que *los gobernantes de ambas naciones sabían que esto era así.* Los Estados Unidos, vale la pena repetirlo, podían haber aplastado en dos o tres horas todas las instalaciones de alguna importancia y centros de población en Rusia, mientras que la capacidad de ataque de la U.R.S.S. era insignificante. Aunque Kennedy tenía en sus manos todos los naipes de triunfo, facilitó al imperio comunista un refugio privilegiado en Cuba mediante el compromiso de "no invasión". Los defensores de la Casa Blanca argumentan que el compromiso fue condicional y que las condiciones aún no han sido cumplidas, pero hace ya diez años que el compromiso subsiste —la "solución permanente" garantizada por la Casa Blanca—.

Los soviéticos consideran que el compromiso se halla vigente, y los Estados Unidos actúan como si tal fuese el caso. El 16 de enero de 1964, en la Plaza Roja de Moscú, teniendo a Castro a sus espaldas, Jruschov afirmó: "El acuerdo con el gobierno de los Estados Unidos es aún válido y nosotros hacemos honor a nuestra promesa (de no montar proyectiles), siempre que sea respetado". Y el 11 de julio de 1967, en un programa televisado en los Estados Unidos, recordó: "Retiramos nuestros bombarderos y cohetes, a cambio de la promesa del presidente Kennedy de no invadir a Cuba". Añadió: "Tras la muerte del presidente Kennedy, el presidente Johnson, que le sucedió, nos aseguró que mantendría las promesas hechas por aquél".

¿Y qué decir de los compromisos adicionales suscritos secretamente por los norteamericanos?

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

En una entrevista publicada en diciembre de 1966, Castro expresó que los Estados Unidos habían hecho concesiones "acerca de las cuales no se ha dicho una sola palabra . . . Quizás un día se sabrá que los Estados Unidos hicieron algunas otras concesiones en relación con la crisis de octubre, además de las que se dieron a conocer públicamente. No fue un acuerdo ajustado a las reglas protocolares. Fue un acuerdo que tuvo lugar por intercambio de correspondencia y a través de contactos diplomáticos".

Después de la crisis, la Casa Blanca ordenó el arresto de los combatientes anticastristas radicados en los Estados Unidos y la confiscación de sus armas y embarcaciones, y este ha sido el triste destino que desde entonces han conocido los patriotas cubanos que luchan por la libertad de su tierra. Sorensen lo expresó así: "El presidente pidió que se tomasen precauciones para impedir que los exilados cubanos desbarataran el acuerdo . . ."

¿Por qué los jefes del Congreso no exigieron revelar todos los comunicados intercambiados entre Washington y Moscú en el tiempo de la crisis, así como las promesas hechas por Robert Kennedy al embajador Dobrynin en Washington o por Adlai Stevenson al embajador Zorin en las Naciones Unidas?

Según los columnistas Robert S. Allen y Paul Scott, algunos colaboradores del secretario Rusk han afirmado que el canciller se oponía a la publicación de los intercambios epistolares entre Kennedy y Jruschov, porque su contenido "enfurecería y solivantaría a los grupos anticastristas de este país" y "pondría en apurada situación a los funcionarios que tomaron parte en la correspondencia". Pero sin duda el pueblo norteamericano tiene derecho a conocer hasta qué punto la seguridad de su país ha sido minada, y el pueblo cubano quiere saber qué clase de escritura de traspaso ha otorgado el gobierno de Washington a los jerarcas bolcheviques con respecto al usufructo de la Gran Antilla.

¿Está amenazada la seguridad de los Estados Unidos y de las naciones de la hispanidad americana?

No es difícil imaginar la fascinación con que el Kremlin estudiaría el mapa del Caribe —el Mediterráneo de América—. A causa de los angostos estrechos que separan a Cuba de sus vecinos, la nación que la domine controla asimismo los accesos marítimos al valle del Mississipi, al canal de Panamá, México, América Central y la costa norte de la América del Sur. Dar a los soviéticos un refugio privi-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

legiado en Cuba, equivale a convertir una isla estratégica dentro del perímetro final de defensa de los Estados Unidos en un caballo de Troya. Cuba se ha transformado ya en un reducto de considerable capacidad militar y en una posesión de incalculable valor en los planes de hegemonía marítima de la Unión Soviética.

El programa marítimo de la U.R.S.S. ha acusado una extraordinaria expansión. En los planes de Moscú entra la posesión de la mayor flota mercante del mundo para la próxima década. Mientras los Estados Unidos han ido perdiendo tonelaje mercante, Rusia lo ha aumentado en unas 500,000 toneladas anuales. Posee la segunda Armada del mundo, así como la mayor flota de submarinos. Planea la construcción de portaaviones y el adiestramiento de comandos de marina, esenciales para la guerra convencional a lo largo de las periferias marítimas. Ya posee la mayor y más moderna flota pesquera del mundo, enfocada, al igual que todos los proyectos comunistas, hacia objetivos político-económicos, y equipada con radar, equipos electrónicos, de sonar y de captación de sonido. Los pesqueros soviéticos se hallan siempre al retortero de la Armada norteamericana. En el momento de escribir estas líneas, la U.R.S.S. posee más navíos en el mar Mediterráneo que los Estados Unidos.

Con una avanzada en el Caribe, los barcos rusos pueden dispensarse del largo viaje a la U.R.S.S. para repostar y hacer reparaciones. Docenas de bahías cubanas proporcionan los fondeaderos necesarios. Por no mencionar más que una, la bahía de Nipe es lo suficientemente extensa para servir de puerto a las flotas de todos los países del mundo. Situada en la costa norte de la provincia de Oriente, es superior a la base naval norteamericana de Guantánamo. Con unos 17 km. de este a oeste y 13 km. de largo, su entrada no llega a un kilómetro de anchura y tiene una profundidad de veintiocho brazas. Su forma se asemeja a la del famoso puerto de Sydney, en Nueva Gales del Sur. Al alcance de la vista, en una península cercana, se levanta la gran planta de níquel de la Nicaro, construida con los recursos del contribuyente norteamericano a un coste de más de 100 millones de dólares y que ahora funciona en provecho de los soviéticos.

De manera, pues, que Jruschov sabía lo que hacía cuando sondeó la posibilidad de obtener un compromiso de "no invasión" en octubre de 1962, y el presidente Kennedy, al menos en cierta

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

medida, sabía lo que hacía cuando entregó a Cuba en manos de sus enemigos. Schlesinger pone en boca de él este comentario: "Nos atacarán basándose en que teníamos la oportunidad de librarnos de Castro y, en vez de ello, acabamos dándole una garantía contra la invasión . . . pero los militares están locos . . . Por suerte tenemos allí a McNamara".

El comportamiento de Dean Acheson y sus equívocas opiniones posteriores ofrecen interesantes puntos de reflexión. Una declaración que hubo de formular tres años antes de posesionarse de la cartera de Estado durante el gobierno del presidente Truman, le señaló como individuo condescendiente en relación al comunismo. Era un liberal. He aquí lo que dijo:

> "En el transcurso del tiempo, jamás ha habido lugar alguno del mundo donde los intereses vitales de los pueblos norteamericano y ruso hayan chocado o hayan sido antagónicos. Y no existe razón objetiva para suponer que actualmente o en el futuro existirá tal lugar. Comprendemos y convenimos con ellos en que la existencia de gobiernos amigos a lo largo de sus fronteras es esencial . . . para la paz mundial".

Un mes más tarde el presidente Truman se comunicó con Chiang Kai-shek, quien desde hacía varias décadas ocupaba una de las primeras avanzadas en la lucha contra el comunismo internacional, para solicitar que incluyese comunistas en su gobierno. Los Estados Unidos le suspendieron la ayuda a Chiang hasta tanto éste no se aviniese a formar una coalición con los comunistas chinos. En enero de 1949, el mes que Acheson pasó a ocupar la cartera de Estado, Tientsin y Peiping cayeron en manos de los rojos, quienes ya habían ocupado Mukden y capturado Manchuria. Ese mismo mes el representante a la Cámara John F. Kennedy, en una alocución pronunciada en Salem, Massachusetts, criticó duramente la política norteamericana en Asia. "Ha recogido tempestades", afirmó. Un mes más tarde Acheson sugirió a Truman que los suministros que estaban siendo embarcados en Hawaii y San Francisco para el gobierno de Chiang Kai-shek "fuesen suspendidos inmediatamente, como un paso hacia la paz". Pero seis meses después de que Acheson fuese nombrado secretario de Estado, su departamento publicó un informe oficial en el que se declinaba toda responsabilidad sobre la catástrofe de China.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Cinco meses más tarde, el 12 de enero de 1950, Acheson anunció públicamente que Corea quedaba fuera del perímetro exterior de defensa de los Estados Unidos, y que éstos no darían ayuda a Formosa. Y cinco meses después de esto, el 25 de junio de 1950, como en respuesta a este anuncio, los norcoreanos invadieron Corea del Sur encabezados por 100 tanques rusos y con armamento ruso, iniciando una guerra que, según muchos, no debería haber empezado nunca y en la cual 157,530 norteamericanos perdieron sus vidas o resultaron heridos.

Han pasado más de veinte años desde que Acheson asumiera el cargo de canciller de los Estados Unidos, y sus opiniones llegaron a cambiar. Antes de su reciente fallecimiento, se percató de que los Estados Unidos hoy día se enfrentan en todo el mundo con una potencia despiadada e incompatible ideológicamente, cuyos principios básicos no han cambiado en medio siglo. *Entretanto, China, con un cuarto de la población mundial, se perdió.*

Pero volvamos a la crisis de los cohetes de 1962. Acheson había recomendado enérgicamente al presidente Kennedy que liquidase la avanzadilla comunista en Cuba y, aunque su consejo no fue seguido, ello no obsta para que se le adjudique a su postura el crédito que amerita. Uno se pregunta, sin embargo, las razones de su conducta extraordinariamente equívoca durante el epílogo de la crisis.

El mismo domingo que Radio Moscú anunció la aceptación de la promesa de "no invasión" de Kennedy, Acheson escribió al presidente Kennedy una carta en la que, según palabras de Sorensen, "alababa en términos superlativos su actuación durante la crisis", una carta en la que el mismo Acheson dice alabar a Kennedy por sus "virtudes de mando, firmeza y buen criterio". Y en una carta dirigida a mí y fechada el 1º de febrero de 1968, expresaba "gran respeto" por el comportamiento del presidente durante la crisis.

Pero en el número de febrero de 1969 de la revista *Esquire*, Acheson publicó un artículo en el que ponía de relieve opiniones radicalmente distintas. En él se refiere críticamente al libro póstumo de Robert Kennedy *Thirteen days*. Su título: "La versión de Dean Acheson sobre la versión de Robert Kennedy del asunto de los cohetes cubanos", con el subtítulo: "Homenaje a la humilde chiripa".

Acheson se opone a la pretensión de Robert Kennedy de que

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

una acción militar hubiese sido equivalente a "un Pearl Harbor a la inversa". Dice que ello supone "ofuscar más bien que clarificar" el problema "mediante una analogía . . . totalmente falsa". En la alternativa de destruir los proyectiles o ejercer presión para su eliminación mediante un bloqueo naval, describe lo primero como "el método necesario y únicamente efectivo . . ." En su opinión, el bloqueo creó mayores peligros. Estaba de acuerdo con De Gaulle y Adenauer en que un "bloqueo era un método para impedir la entrada de cosas, pero no para favorecer su salida".

Cuando McNamara pasó de su postura "quietista" a la siguiente en la escala de condescendencia —es decir, el bloqueo— argumentando que "podríamos seguir dominando los acontecimientos", Acheson pensó de otra manera. Creía que "el bloqueo daba el dominio de la situación a nuestros adversarios" y que el argumento del secretario era "indigno" de su "espíritu analítico". La decisión de recurrir a un bloqueo "era una decisión para demorar la solución" mientras las armas nucleares se ponían en condiciones operacionales. Califica a las reuniones del ExCom como "redundantes, faltas de dirección, una pérdida de tiempo", y dice que el 19 de octubre "pedí ser excusado de seguir asistiendo".

Refiriéndose a la declaración de Robert Kennedy de que en una ocasión, cuando existía un acuerdo casi unánime de que los Estados Unidos debían atacar a la mañana siguiente, el presidente había dicho, "no atacaremos mañana; debemos hacer una nueva gestión", Acheson escribe que lo que Kennedy logró con ello fue un nuevo aplazamiento de la acción necesaria, mientras las obras en las bases de proyectiles proseguían. "Fue una jugada rayana en la temeridad, un tiro con probabilidades de uno en cien". De aquí el subtítulo: "Homenaje a la humilde chiripa".

El comentario de Robert Kennedy de que Dean Rusk "tenía otros deberes y responsabilidades durante este período y, por lo tanto, muchas veces no podía asistir a nuestras reuniones", suscita un incisivo comentario. ¿Qué otros deberes y responsabilidades podían, ni remotamente, tener la importancia de aquellos que suplantaban? El ExCom debiera haber estado encabezado por el jefe del gobierno o su secretario de Estado y consejeros militares", según dice Acheson. Pero las principales recomendaciones fueron transmitidas al presidente por su hermano, "provenientes de un grupo sin dirección, muchos de cuyos miembros carecían de conocimientos en los campos militar o diplomático". Y finalmen-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

te: "Esta no es la forma en que el Consejo de Seguridad Nacional funcionaba en la época en que yo pertenecía oficialmente a él; ni creo que sea la forma en que debe funcionar".

Tal es el dictamen final de Acheson sobre la crisis de los cohetes. ¿Cómo explicar su aduladora carta al presidente seis años antes? ¿Puede ser, como algunos han sugerido, que la llegada al poder del partido republicano en enero de 1969 haya sido el catalizador que provocó el cambio?

El bufete de abogados encabezado por Acheson, Covington & Burling, es uno de los mayores, más antiguos y prestigiosos de Washington. Por encargo de ellos les he tramitado algunos asuntos legales relacionados con Cuba y he podido conocerlos a fondo. Ocupa los cuatro pisos superiores de un edificio separado de la Casa Blanca por el parque Lafayette. Representa a empresas, asociaciones mercantiles o particulares ante los órganos administrativos federales tales, como el Servicio de Rentas Internas y las comisiones legislativas. Entre sus clientes característicos se encuentran los fabricantes de tabaco que luchan contra la legislación federal sobre la publicidad de cigarrillos, y el fabricante de un preparado farmacéutico, "Geritol" que ha estado luchando durante diez años con la Comisión Federal de Comercio acerca de su publicidad, a la que se acusa de engañosa. No sorprende, pues, que el bufete de Acheson tratase de establecer relaciones cordiales con la nueva burocracia republicana. Pero sean cuales fueran sus razones para cambiar de criterio, es de agradecer su contribución final al relato histórico.

¿Hubo deserción a los solemnes deberes que imponía el sentido del honor?

El 20 de abril de 1961, tres días después de la invasión de Playa Girón, el presidente Kennedy se dirigió a un grupo de directores de periódicos en la Casa Blanca. Al referirse a los invasores, quienes habían resuelto no abandonar Cuba a los comunistas, afirmó: "Y nosotros tampoco tenemos intención de abandonarla". Pero dieciocho meses más tarde no paró mientes en abandonar a Cuba al comunismo.

En la misma alocución dijo Kennedy: "Si las naciones de este hemisferio no cumpliesen sus compromisos contra la penetración exterior del comunismo —quiero que quede bien claro que este gobierno no vacilaría en cumplir sus obligaciones primordiales,

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

que son la seguridad de nuestra nación—". Dieciocho meses más tarde Kennedy dijo a Jruschov que confiaba en que esas otras naciones del hemisferio se unirían a los Estados Unidos a fin de asegurar que "la penetración exterior del comunismo" no fuese perturbada.

En la misma alocución Kennedy habló del dominio del terror en Cuba, del estado-policía y de su empleo del terror en masa para evitar la libre expresión de las discrepancias. "Debemos construir un hemisferio", dijo, "donde la libertad pueda florecer; y donde cualquier nación libre sometida a un ataque del exterior sepa que todos nuestros recursos están listos para responder a cualquier petición de auxilio". Pero dieciocho meses más tarde consideraba a sus siete millones de vecinos cubanos tan poca cosa que les entregaba en manos de los comunistas.

No, ciertamente el resultado de la crisis de los cohetes no fue el logro grandioso que se ha dicho. No hay fundamento alguno para la creencia, convertida casi en leyenda, de que este fue "el mejor momento de Kennedy". Por el contrario, fue una derrota y una calamidad para los Estados Unidos, Hispanoamérica y, especialmente, el mundo libre.

Uno que en ningún momento incurrió en equívocos o ambigüedades fue Richard Nixon. Dijo con acierto que el mismo grupo de consejeros que detuvieron la mano del presidente en la invasión de Playa Girón le persuadieron a que se abstuviera de adoptar una línea de acción firme durante la crisis de los cohetes. Escribió: "Permitieron que los Estados Unidos cobrasen una derrota de las fauces mismas de la victoria"[27].

Para el pueblo cubano, que siempre ha sido un firme aliado y un auténtico amigo de los Estados Unidos, la componenda constituyó un golpe demoledor[28].

[27] Richard M. Nixon, "Cuba, Castro and John F. Kennedy", Reader's Digest, noviembre de 1964.

[28] En el artículo *Memorias de Jruschov*, publicado el 18 de diciembre de 1970, en la revista *Life*, el jefe soviético dice: Nosotros fuimos tan hábiles como para lograr del presidente Kennedy la promesa de que los Estados Unidos o cualquiera de sus aliados se abstuvieran de invadir a Cuba, o de ayudar siquiera a que fuera invadida. Por tanto, la crisis de los cohetes en el Caribe culminó con una victoria decisiva de la diplomacia soviética y obtuvimos este éxito espectacular sin haber disparado un solo tiro.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

20

El costo

Bajo las banderas de un farisaico "liberalismo", el gobierno norteamericano tomó una serie de opciones políticas que podrían muy bien haberse denominado "decisiones para el desastre". Comenzaron con el deliberado favorecimiento de Fidel Castro en su lucha por el poder supremo. Prosiguió con el sabotaje de la invasión llevada a cabo por los patriotas cubanos emigrados, después de haber sido aprobada, preparada y montada por el mismo gobierno de Washington. El colmo fue ya la solución dada a la crisis de los cohetes, garantizando la existencia de un baluarte político-militar comunista en el Caribe, sin límite de tiempo y sin tener en cuenta los intereses de otras naciones afectadas.

Estas desafortunadas decisiones han entrañado un costo tan enorme, que resulta imposible tratarlo adecuadamente en el limitado ámbito de esta obra. Solamente puedo apuntar su magnitud. Puesto que la tecnología moderna ha acortado radicalmente las distancias y entramado los intereses de los distintos pueblos, los reveses que se experimentan en una zona repercuten más o menos en las demás. Las inquietudes y peligros exacerbados en el continente americano afectan los destinos de toda la humanidad.

Una gran parte del precio de los errores cometidos por los norteamericanos está siendo pagada por las naciones hispanoamericanas, especialmente las de la zona del Caribe. Esos países han tenido que resignarse al hecho de que la garantía de "no invasión" ha permitido a la Rusia soviética y a sus aliados el transformar a Cuba en una base pujante y eficaz para la subversión del hemisferio, sin exceptuar a los Estados Unidos. La rescisión de la doctrina de Monroe está creando temores o dudas en áreas donde antaño imperaba la confianza. En marzo de 1968, por ejemplo, el entonces presidente de la Argentina manifestó ante varios centenares de funcionarios superiores de su gobierno que Hispanoamérica ya no podía confiar en los Estados Unidos para protegerse contra la

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

agresión comunista. Los Estados Unidos, señaló, fracasaron en su intento de oponerse a la penetración roja en Cuba y, a poco más, hubieran resultado derrotados de igual forma en la República Dominicana; Hispanoamérica —afirmó— deberá atenerse a sus propios medios defensivos.

Cuba se ha transformado en un antro internacional para la formación de cabecillas y activistas comunistas: expertos en sabotaje, terrorismo y espionaje; oradores y agitadores, especialistas en el manejo de equipos electrónicos y armamento no convencional. Millares de jóvenes hispanoamericanos han ido a Cuba para ser entrenados como guerrilleros. Imbuídos ya de la mística comunista, se les adoctrina profesionalmente y se les asignan objetivos de sabotaje (principalmente instalaciones de los Estados Unidos); se les comunican los nombres de homosexuales conocidos o presuntos entre los miembros de la policía o las fuerzas armadas, que pudieran ser vulnerables al chantaje para fines de subversión; se les informa acerca de las posibles irregularidades fiscales de determinadas figuras de la industria y de las finanzas realizadas con la supuesta complicidad de los burócratas. A continuación se les devuelve a sus países de origen a bordo de los buques pesqueros de la Cuba Roja.

Su propósito —colaborando con el partido comunista local, apoyado éste por agentes de Cuba y de otros países— es la explotación de los conflictos laborales y estudiantiles, así como de los problemas sociales, y la creación del desorden mediante la violencia. Mediante técnicas de probada eficacia obligan a las autoridades a recurrir a medidas extremas en defensa del orden y la paz pública, a fin de poder motejar al gobierno de "dictatorial" e imputar a las autoridades toda la responsabilidad en el debilitamiento de la estructura democrática.

Cuba, en resumen, se ha transformado en un inmenso foco de propaganda y catequización comunista proyectadas hacia todo el hemisferio. Millones de impresos —revistas, libros y folletos de todas clases en los que se propugna la ideología comunista y se vituperan las instituciones establecidas— se producen anualmente en Cuba; se filman y exportan películas; se organizan festivales y congresos internacionales. El volumen de propaganda radiada a todo el continente en varios idiomas y dialectos se aumenta constantemente, agravando los problemas raciales existentes y fomentando nuevas tensiones; incluso esta labor desempeña cierto papel

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

en la incitación de los disturbios en las ciudades norteamericanas. En todas partes el objetivo consiste en minar los sistemas democráticos y destruir los elementos de estabilidad.

Cuando en octubre de 1962 Jruschov obtuvo el compromiso de "no invasión" del presidente Kennedy, propinó con ello un terrible golpe a los fundamentos de las sociedades americanas. Pero, al menos por ahora, los costos principales de las decisiones para el desastre están siendo pagados por los ocho millones de cubanos sometidos al comunismo, abonado en servidumbre, sufrimientos y muerte. *Su martirio debe pesar como una carga terrible y onerosa sobre la conciencia de Norteamérica.*

Cuba es hoy un estado totalitario, en muchos aspectos tan represivo como lo era la Rusia stalinista. Castro ha convertido a su país en una nación tan mísera, improductiva, muda y aterrada como el más caracterizado de los regímenes stalinistas situados al otro lado del telón de acero. La Habana, que otrora fuera una de las ciudades más hermosas de América, es hoy día una urbe monótona y triste. Los supermercados, droguerías y cafés todavía funcionan en la capital y en otras partes de la Isla, pero están sucios y destartalados, y apenas tienen algo que ofrecer al consumidor. Las calles y carreteras están sembradas de automóviles y autobuses en diversas fases de descompostura, y la gasolina se halla estrictamente racionada. Las maquinarias de las fábricas se averían constantemente, el ausentismo alcanza índices del 30 por ciento, y el régimen se ve forzado a recurrir a diversas formas de trabajos forzosos para mantener un ritmo mediocre de producción.

La conversión del eficiente sistema capitalista de producción en un estéril colectivismo oligárquico impuesto arbitrariamente por un picapleitos arrogante e inexperto, ha producido el caos. De un mes a otro, empeora el abastecimiento de comestibles en ciudades y pueblos, mientras interminables colas de amas de casa se extienden ante las puertas de las tiendas en espera de las mercancías racionadas. Incluso los aliados soviéticos de Castro, que se ven obligados a financiar la incompetencia y los errores del "Líder Máximo", protestan de la forma en que su barbada marioneta ha malbaratado y destruido los recursos de una economía que hace sólo trece años se hallaba en pleno auge y florecimiento.

Sólo hay plétora de dos mercaderías en la Cuba de hoy: la propaganda americanófoba y las promesas de un futuro mejor.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Llevado al poder por la propaganda, Castro continúa explotándola hasta la saciedad. A los cubanos se les exhorta incesantemente a poner mayor ardor en el trabajo, a amar a Fidel y a la nueva Cuba creada por él, y a odiar a los imperialistas yanquis. Pero el pueblo ha perdido su fe en los lemas y se ha desilusionado con los fracasos del régimen. A pesar de los riesgos, cada día aumenta el número de los que se niegan a permanecer callados ante la falta de alimentos y las exigencias de sacrificios cada vez mayores.

Ya Castro no obtiene la clase de reportajes favorables que le proporcionaba Herbert Matthews en *The New York Times.* Se han publicado demasiados crímenes cometidos por la dictadura; demasiados testimonios personales de los horrores del terror castrista han sido relatados por gentes huidas de la isla. Pero el régimen aún obtiene considerable "información objetiva" —eufemismo de los reportajes a favor de Castro— en la prensa extranjera. La dictadura procura reservar el triste privilegio de visitar el país a los periodistas y comentadores "liberales". Al extender los visados, favorece a los periodistas y escritores que manifiesten escasos conocimientos de la Cuba pre-castrista.

La mayor parte de los despachos y muchos de los libros leídos por los hispanoamericanos admiten la existencia de "dificultades" e, incluso, de individuos descontentos, pero proclaman que la gente vive mejor que antes. Parecen decididos a buscar pretextos históricos para justificar la evidente opresión política y los males económicos del presente. La motivación de este tipo de apologética bajo guisa de información es a menudo ideológica, pero principalmente proviene de la simple ignorancia; a veces es una combinación de ambas. La lamentable práctica de comparar a la Cuba de hoy con la Cuba de otros tiempos ha sido observada incluso por James Reston, del *The New York Times.* Un artículo que escribió el 23 de julio de 1967 acerca de un viaje en automóvil desde La Habana a Santiago a través de la Carretera Central, proporciona un ejemplo. Advirtió perfectamente los miserables bohíos de los menesterosos y otras calamidades por el estilo, pero afirmó que la vida era mucho mejor de lo que había sido diez años antes. "Entonces no había carretera pavimentada de La Habana a Santiago, o al menos eso se dice . . ." Pero todo cubano, y centenares de miles de norteamericanos e hispanoamericanos, saben que la Carretera Central fue construída entre 1927 y 1931 y que constituía la espina dorsal de la red de carreteras cubanas treinta años antes del

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

viaje de Reston. Recientemente este caballero se ha referido a las mujeres cubanas en forma, si cabe, más distante aún de la realidad. Castro ha "liberado" a la mujer, ha dicho a sus lectores, añadiendo el insulto gratuito de que antes de Castro las mujeres cubanas eran unas "mentecatas".

La verdad es que Castro ha degradado y humillado a la mujer cubana. Al igual que en la Rusia soviética, las mujeres de la Cuba de hoy se ven obligadas a realizar los más intensos menesteres manuales. En diciembre de 1967, Castro poseía un contingente de 196,000 mujeres que efectuaban trabajos agrícolas en los campos. Ello suponía una "ganancia" de casi 100,000 con respecto a su fuerza de trabajo femenina de 1965, más eso no era todo, pues el "Máximo Líder" abrigaba planes de proseguir con su "liberación". El gobierno ha anunciado que en 1970 contaba con 500,000 mujeres empleadas en faenas agrícolas, y para lograr este objetivo construyó diversos campamentos capaces de alojar entre 300,000 y 500,000 trabajadores de ambos sexos. La selección fue realizada por el G-2 —la Gestapo cubana— basándose en motivos de deslealtad política. Hasta la llegada del castrismo, las mujeres cubanas jamás habían tenido que manejar el machete bajo el sol abrasador y las repentinas lluvias torrenciales que convierten los cañaverales en mares de barro.

Esta clase de liberación está compensada por la forma en que Castro ha "liberado" a las mujeres cubanas de las rígidas sujeciones de orden moral. El propio régimen admite que las tasas de nacimientos ilegítimos, abortos y divorcios han aumentado astronómicamente.

Una referencia reveladora de la corrupción moral bajo el régimen de Castro aparece sorprendentemente en *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, un ditirambo bibliográfico engendrado por Lee Lockwood, un rendido admirador del tirano. El autor había llevado consigo un magnetófono y una cámara, y pasó varios días y noches tomando fotografías de Castro y grabando sus palabras. Al terminar estas sesiones, ya que juzgaba que los afectos de Lockwood estaban bien encaminados, Castro le autorizó a visitar algunos de los campos de prisioneros. En el transcurso de la interminable entrevista, Lockwood abordó el tema de la prostitución. Castro le explicó que se estaban produciendo cambios en las relaciones sexuales, pero que ello presentaba ciertos problemas, debido a "determinadas ideas heredadas de la tradición española, más estrictas en ese

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

aspecto que, por ejemplo, las costumbres anglosajonas".

En opinión del fotógrafo-gacetillero, Castro, sin embargo, estaba acometiendo el problema valientemente y aniquilando, de paso, esas tradiciones religiosas y morales. Un sistema abracadabrante es la cadena de posadas administradas por el gobierno, "donde las parejas van a ayuntarse, sin que nadie les frunza el ceño", como dijo el propio Lockwood. El negocio es floreciente; Lockwood pudo señalar que solamente en La Habana había de dos a tres docenas de posadas. A causa de los ahorros que es posible hacer bajo el comunismo, el Gobierno Revolucionario arrienda las habitaciones por sólo 2.65 pesos (alrededor de 66 centavos en moneda norteamericana) por las primeras tres horas y 50 centavos (12 centavos de dólar) por cada hora consecutiva. Tan popular es este esparcimiento nacionalizado que, según Lockwood, algunas noches "hay largas colas frente a algunas de las posadas, extendiéndose a veces a lo largo de una o dos cuadras". Ni que decir tiene que esta clase de escena jamás llegó a contemplarse durante la "atroz" era precastrista. Por supuesto, existían posadas, pero esas actividades se realizaban en forma discreta y clandestina.

En cuanto a la economía de la nación, la imagen es sombría y se entenebrece a medida que transcurre el tiempo. Una y otra vez Castro ha proclamado la realización de grandiosos planes económicos, siempre con gran aparato propagandístico, pero indefectiblemente sus ideas se han traducido en ruidosos fracasos. Los cubanos no pueden escarnecer públicamente su actuación, pero la mayoría de la población le considera hoy día como un charlatán. Sólo los más crédulos continúan tomando en serio sus planes y promesas.

El fracaso más resonante fue probablemente el de sus planes de industrialización del país. Se dio a este empeño a mediados de 1961, cuando proclamó a los cuatro vientos que era marxista-leninista y que Cuba constituía un estado socialista. Declarando que los Estados Unidos eran el enemigo del país, afirmó la necesidad de liberar a Cuba del yugo capitalista, de forma que la industria y la agricultura nacionales tuviesen libertad para alcanzar sus elevados niveles de desarrollo. En la realización de este programa contó con la ayuda del difunto Ernesto "Che" Guevara, quien, indiscutiblemente, se hallaba más avanzado que Castro en la comprensión

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de los rudimentos de la ciencia económica. Ambos obtuvieron el apoyo entusiasta de varias naciones comunistas.

Los soviéticos prometieron 100 millones de dólares para una siderurgia, centrales eléctricas y una refinería de petróleo. Checoslovaquia prometió una fábrica de automóviles, y China aseguró que suministraría 60 millones de dólares para otras veintidós fábricas. De Rumania, Bulgaria, Polonia y Alemania Oriental llegaron ofertas de cuarenta y dos fábricas más. Ante la perspectiva de todas esas instalaciones, se lanzó una campaña para preparar al público para la ruptura de los tradicionales vínculos comerciales con los Estados Unidos[1].

Los planes de industrialización resultaron ser productos de un desvarío pueril. Se anunciaron objetivos totalmente faltos de realismo y con gran aparato publicitario. Se pregonaba que para 1965 Cuba sería el país más industrializado de Hispanoamérica, a la cabeza de todos los demás en la producción de energía eléctrica, acero, cemento, tractores y petróleo refinado. Guevara declaró que, dentro de nueve o diez años, Cuba tendría el nivel de vida más elevado de Hispanoamérica, y Castro, por su parte, predijo que la economía crecería a un ritmo del 10 al 14 por ciento entre 1962 y 1965.

En lugar de ello, acusó un acelerado declive a un ritmo del 15 al 20 por ciento anual. La productividad por obrero industrial se redujo en un 23 por ciento en un solo año (1962—63), y a mediados de 1963 la economía estaba totalmente en ruinas. Había muchas razones para ello. Las maquinarias expropiadas no daban el mismo rendimiento que bajo sus antiguos dueños, quienes habían tenido que trabajar, ahorrar y sacrificarse para adquirirlas. Muchas de las nuevas máquinas producidas en los países comunistas no podían funcionar debido a la carencia de instalaciones, a la falta de técnicos y a la carestía de piezas de repuesto. En el clima húmedo, los equipos se oxidaban en los muelles. Además, Castro y Guevara habían pasado por alto el simple hecho de que para elaborar un producto terminado es preciso disponer de materias primas. Y cuando trataron de adquirirlas, advirtieron que en muchos casos costaba casi tanto como los productos terminados importados anteriormente de los Estados Unidos.

[1] Ernesto "Che" Guevara, *Cuba Socialista*, marzo de 1962, p. 30. También Theodore Draper, *Castroism: Theory and Practice* (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1965), p. 143.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Se produjo una crisis en la balanza de pagos cuando el bloque soviético exigió una contabilidad. Moscú se quejó de la desorganización, despilfarro y desidia de los cubanos. Guevara reconoció por fin "dos errores fundamentales", a saber, "la declaración de guerra al azúcar" y la decisión de construir fábricas "sin pensar en las materias primas necesarias"[2]. Castro comenzó a criticar a sus compatriotas, llamándoles "vagos" y "parásitos". A finales de 1964 reconoció públicamente que la maquinaria recibida estaba funcionando solamente al 50 por ciento de su capacidad.

Entretanto, dado que la economía cubana se hallaba anteriormente acoplada a la norteamericana, y que las piezas de repuesto norteamericanas ya no podían conseguirse, gran parte de los propios equipos industriales cubanos habían dejado de funcionar. Apareció un mercado negro en el que unos cuantos especuladores clandestinos, aprovechándose de la carestía y del caos, hicieron fortunas exportando piezas de repuesto norteamericanas obtenidas por medio de intermediarios europeos. Estas mercancías se exportaban a Cuba por intermedio de Casablanca, Rostock o Singapur —un proceso lento y costoso—. Un juego de aros de pistón usados costaba 90 pesos (unos 22 dólares en el mercado negro).

¿Y qué sucedió con el sector agrícola?

Durante 150 años los cultivos de caña de azúcar se habían propagado por todo el país, ya que la naturaleza ha dotado a la Isla de las condiciones ideales de pluviosidad y luz solar, además de la extraordinaria calidad de sus suelos, para permitirle erigirse en el área de producción azucarera más barata del mundo. Pero contrariamente a la leyenda creada por la propaganda adversa, la Cuba precastrista estaba lejos de ser un país de monocultivo. Desde mucho antes se tendía a la diversificación; cada día se dedicaba menos tierra al azúcar y más a otros cultivos. Ya en 1953, según una publicación de la Secretaría de Comercio de los EE. UU., Cuba había acusado un superávit en la exportación de maíz, legumbres y hortalizas de invierno, cítricos, café y otros productos, y se autoabastecía en carnes de res y de cerdo, aves de corral, leche fresca, leche en polvo y condensada, queso y mantequilla. El arroz y los frijoles habían registrado incrementos sustanciales. En mayo de 1962 otra publicación del gobierno norteamericano,

[2]Guevara, *Revolución*, 21 de agosto de 1963.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Agricultural and Food Situation in Cuba, afirmaba: "Cuando el actual gobierno (de Castro) asumió el poder, *los cubanos se contaban entre los pueblos mejor alimentados del mundo*".

Castro decidió hacer de la industria del azúcar su principal objetivo, "declarándole la guerra", como lo expresó Guevara. En largas arengas la describía como la encarnación de todos los horrores del capitalismo y un medio de explotación de los trabajadores cubanos por los Estados Unidos. Como arma contra tal "explotación", invocaba la diversificación de los cultivos y la reducción de las superficies dedicada al azúcar.

He indicado que, ya antes de Castro, la industria azucarera acusaba una poderosa tendencia hacia el dominio absoluto del capital cubano en la misma. Durante los diecinueve años anteriores a 1958, el azúcar elaborada por los centrales de propiedad cubana había aumentado en un 300 por ciento y constituía con mucho la mayor parte del total. Además, en 1958 Cuba era el país americano con menor extensión media de las fincas: 56 hectáreas.

Castro confiscó primeramente las grandes haciendas, pero cuando los pequeños agricultores intentaron vender sus productos a los precios del mercado en vez de entregarlos al gobierno a los precios oficiales, se apoderó también de sus tierras. Siguiendo el precedente de la agricultura soviética en los tiempos de Stalin, los agricultores contestaron con su mejor arma: produjeron sólo lo suficiente para cubrir sus propias necesidades. En 1962 las "cooperativas" de reciente formación, en las que los campesinos debían recibir una participación en los beneficios, fueron absorbidas por las granjas del pueblo, en las que los campesinos recibían únicamente un jornal muy reducido.

La producción acusó una caída vertical. La última zafra no restringida por el gobierno en la época anterior a Castro había sido la de 1952, en la que Cuba había producido casi ocho millones de toneladas. Bajo Castro las zafras no experimentaron restricción alguna, pero en 1962, cuatro años después de asumir el poder, la cosecha descendió a 4,8 millones de toneladas. Antes del período castrista, los Estados Unidos compraban el azúcar cubano pagando un precio mejor del que Cuba hubiese podido lograr en el mercado mundial. Pero la Rusia soviética hace las cosas de otra manera. Compra el azúcar, pero no con dinero contante y sonante, sino con bienes y servicios, a precios fijados por ella misma y acusadamente inclinados a su favor.

Rollo del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Al volver de un viaje a Moscú en mayo de 1963, Castro anunció una nueva reforma agraria. Su "guerra" al azúcar quedaba revocada: a partir de entonces Cuba se podría dedicar a producir aquello para lo que la naturaleza la había dotado especialmente. En 1970 —predijo— el país produciría 10 millones de toneladas anuales. Ordenó la vuelta al "monocultivo". *Había sido necesaria una revolución comunista para restaurar al azúcar en el lugar que había tenido en los infelices tiempos de la dominación yanqui.*

Al año siguiente, 1964, cuando los precios del azúcar en el mercado mundial alcanzaron los 13,2 centavos la libra, el más alto en los últimos cuarenta y tres años, la cosecha cubana decayó aún más, descendiendo a 3,8 millones de toneladas. Desde entonces el régimen comunista ha mantenido en secreto las cifras de producción, y aunque ha trasladado grandes sectores de la población a los campos de caña en condiciones de esclavitud, las zafras han experimentado pocas mejorías.

Los planes para la zafra de 1970 indicaron la desesperada situación en que Castro se encuentra hoy día. Bajo propiedad privada, los ingenios azucareros comenzaban a moler a finales de diciembre o primeros de enero de cada año, porque el contenido de sacarosa de la caña es mayor en febrero y marzo (casi el 13 por ciento del peso de la caña). Sin embargo, la zafra de 1970 comenzó a recogerse prematuramente a mediados de 1969, cuando el contenido de sacarosa desciende hasta el 9 por ciento. Obligado por las circunstancias, Castro envió a los campos de azúcar una mano de obra compuesta por milicianos, con un salario mensual de 7 pesos, es decir, menos de dos dólares. Sí, por inconcebible que parezca: *menos de 50 centavos de dólar semanales.* También trabajaban en los campos millares de prisioneros políticos que no devengaban el menor jornal o remuneración; millares de obreros industriales, que recibían jornales agrícolas muy inferiores a la paga de la industria, y enormes batallones de "voluntarios" reclutados en todo el país. Entre éstos últimos se contaban varios centenares de miles de mujeres "liberadas".

A estas alturas Castro ha llegado a reconocer que en la época en que asumió el poder no estaba bien informado sobre el comercio exterior de Cuba. Desgraciadamente para Cuba y los cubanos, fueron precisos cuatro años calamitosos para enseñarle que el país depende de las exportaciones, principalmente las de azúcar, para

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

pagar la mayor parte de los productos que consume; que el azúcar ha sido siempre la cosecha productora de divisas; y que Cuba no puede obtener algo a cambio de nada, incluso bajo el imperio de la "fraternidad" internacional comunista. Como ha señalado Theodore Draper, sin duda alguna fue éste el curso de economía elemental más caro que jamás se haya impartido.

Durante los años de Castro la producción de arroz ha descendido en un 18 por ciento, de maíz en un 40 por ciento, y de sorgo en un 50 por ciento. La calidad del tabaco ha empeorado catastróficamente, y la producción de leche fresca ha descendido de forma espectacular.

En estos momentos los suministros de alimentos disponibles varían de un mes a otro. En ocasiones aumentan con importaciones de los países comunistas. Pero la tendencia general es descendente. Hacia finales de 1967 ya no había mantequilla disponible, ni podían adquirirse pollos o pescado. Excepto para los niños y ancianos, la leche solamente podía comprarse con receta médica. El café estaba restringido a 50 gramos por semana, y el arroz, fundamental en la dieta cubana, a 1,200 gramos, es decir, a doce tazas por mes y persona. La carne se asigna con extremada parquedad: algo más de 100 gramos a la semana —lo que los norteamericanos consumen en una sola hamburguesa. La ración semanal de frijoles es de 200 gramos, y cada persona recibe medio kilo de papas a la semana. Incluso la vulgar *malanga*, parecida a la papa, y que en un tiempo se daba de ñapa, está ahora racionada. A primeros de 1968 el régimen comenzó a racionar el pan. Las colas empezaban a formarse ante las tiendas de comestibles a las 4 de la madrugada, horas antes de la apertura, y frecuentemente las existencias se agotaban antes de la hora de cerrar, a las seis de la tarde.

La miseria económica es solamente una de las muchas causas de descontento, casi de desesperación. En Cuba existe actualmente una especie de guerra civil pasiva entre los gobernantes y el pueblo. Se refleja en las huelgas de brazos caídos, baja productividad, escasa calidad de los productos industriales y agrícolas —y en la arena que frecuentemente se encuentra en los mecanismos de transmisión—. Se refleja igualmente en los sueños de huída que obsesionan a tantos cubanos. A pesar de todos los obstáculos, han salido del país 800,000 hombres y mujeres, abandonando todos sus bienes, salvo las ropas que les cubren. Esto, proporcionalmen-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

te, en los EE. UU. equivaldría a que 20.000,000 de personas abandonaran el país. Entre otras cosas, ha privado a la isla de un porcentaje sustancial de sus profesionales y técnicos.

La proporción de los cubanos opuestos al régimen ha sido calculada por fuentes anticastristas dignas de crédito entre el 85 y el 90 por ciento de la población. Es evidente que este no es el tipo de fenómeno que pueda ser "probado" o medido. Pero habiendo estudiado todos los datos disponibles y entrevistado a los exilados mejor informados, sólo puedo confirmar que los descontentos constituyen la inmensa mayoría de la población[3].

Sin lugar a duda, los trabajadores carecen de motivos para estarles agradecidos a los castristas. En esto también se observa un parelelismo con lo que ha sucedido en los países comunistas europeos. Los sindicatos se han convertido en poco menos que una rama del gobierno totalitario. Todas las grandes ventajas logradas por el trabajador antes del advenimiento del comunismo se perdieron durante los primeros años de Castro en el poder. A finales de 1963 se apretaron las clavijas a los trabajadores con la imposición de "escalas de salarios y normas de trabajo". Los salarios fueron fijados de acuerdo con ocho categorías. Las tres cuartas partes de los trabajadores debían ganar de 85 a 115 pesos al mes (alrededor de 21 a 30 dólares de acuerdo con el actual tipo de cambio en el mercado negro). Los salarios dependían del cumplimiento de "normas" o niveles de producción, una práctica habitual de los soviéticos. Si un trabajador no llegaba a alcanzar su norma, su

[3] En noviembre de 1969 recibimos esta lista de supervivientes de la expedición del *Granma* (diciembre de 1956) que se encuentran en el exilio o en prisión en Cuba:

Chanes, Mario. Guarda prisión desde 1965.

Díaz Torres, Raúl. Comandante del Ejército Revolucionario. Se asiló en la embajada del Ecuador en La Habana en marzo de 1962.

Gómez Calzadilla, Jesús. Comandante del Ejército Revolucionario. Se asiló en octubre de 1963.

Gómez Hernández, César. Subsecretario del Trabajo en el Gobierno Revolucionario. Se asiló en la embajada de Venezuela en La Habana en 1961.

Rodríguez Moya, Armando. Se asiló cuando se hallaba en México en una misión oficial.

Sánchez Amaya, Fernando. Funcionario del ministerio del Trabajo del Gobierno Revolucionario. Delegado en 1959 a la Conferencia Internacional de la O. I. T. Guarda prisión desde fines de 1959.

Santana Reyes, Rolando. Encargado de negocios del Gobierno Revolucionario en Varsovia en 1960 y en Montevideo en 1963. Se asiló en 1963.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

salario era reducido en el porcentaje en que no cumplimentase la norma. Si superaba la norma, el salario se aumentaba solamente en la mitad del porcentaje de exceso. De esta forma, el castigo era el doble de la recompensa.

A pesar de su rudeza, el sistema no ha funcionado de conformidad con lo previsto. El 30 de octubre de 1964 Fidel Castro admitió en un discurso que los cubanos trabajaban más y mejor antes de la revolución. Lo atribuía al "rigor" del sistema capitalista; el propietario privado, dijo, no "tiraba su dinero o llevaba mal su negocio"[4].

El 3 de octubre de 1964 se publicó la "ley de justicia laboral". Los delitos susceptibles de castigo comprendían falta de puntualidad, ausentismo, delincuencia, falta de respeto a los superiores, fraude y daños al material. Las penas iban desde deducciones en los salarios, comenzando por el 15 por ciento durante períodos de hasta cuatro meses, hasta la privación permanente del derecho a todo empleo remunerado. Se establecieron "consejos laborales" para aplicar estas reglas draconianas. Los miembros de dichos consejos se elegían por períodos de tres años en todo centro laboral que contara con más de veinticinco empleados. Para ser candidato al cargo era preciso mostrar "una buena actitud socialista con respecto al trabajo". De esta forma, los funcionarios sindicales eran obligados a castigar a los trabajadores en vez de defender sus intereses. El ministro del Trabajo justificó la medida por razones de "disciplina en el trabajo, que se ha debilitado extraordinariamente, mientras que el ausentismo ha alcanzado proporciones inmensas"[5]. Seis días después de la elección de los consejos laborales, el ministro atentó contra su propia vida.

Al igual que en los demás países comunistas, Cuba considera a la religión como enemiga del socialismo, y dado que Cuba es esencialmente un país católico, la Iglesia ha sufrido lastimosamente. Todas las instituciones educativas católicas, los hospitales, asilos y centros sociales han sido confiscados. Por ejemplo, la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, en Marianao, ha sido cerrada durante nueve años y actualmente se usa como almacén. La gran capilla del Colegio de Belén se emplea para actividades seculares, funcionando ocasionalmente como cabaret. Los servi-

[4] Draper, p. 184.

[5] *Ibid*, p. 185.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

cios religiosos han sido interrumpidos frecuentemente; los miembros de la jerarquía católica han sido vilipendiados y algunos de ellos han sufrido prisión. El cardenal-arzobispo de La Habana, Su Eminencia Manuel Cardenal Arteaga, pidió asilo en la embajada argentina y murió en la Nunciatura Apostólica. Antes de Castro había en Cuba 1,000 sacerdotes y 2,700 monjas. Ahora hay menos de 125 sacerdotes y unas 100 monjas.

Castro se había manifestado en contra del servicio militar obligatorio. "No estableceremos el servicio militar, porque no hay que obligar a nadie a que se haga soldado"[6]. Pero el 27 de julio de 1963 exigió el servicio militar obligatorio para luchar "contra los parásitos, los *lumpen* (vagos) potenciales del mañana". En realidad, su propósito era la creación de un cuerpo de trabajadores militarizados a bajo costo; los reclutas cortan caña y realizan otras faenas penosas por unos pocos centavos al día. A la cabeza de estos batallones de modernos esclavos se halla Raúl Castro, el ministro de las fuerzas armadas.

Una de las más tristes consecuencias de Playa Girón y de la crisis de los cohetes es que la nueva generación en Cuba está siendo adoctrinada sistemáticamente en la idea de que los Estados Unidos constituyen la encarnación de todos los males y deben ser destruidos. La juventud cubana aprende el odio y la violencia. Toda la vida del país está saturada de propaganda antiyanqui, y esto se hace con la clásica minuciosidad comunista. La prensa oficial, las tres estaciones de televisión y cinco emisoras de radio de La Habana, vierten a todas horas del día verdades a medias y embustes íntegros en los hogares cubanos. La invariable tónica comunista convoca a la lucha contra los demonios yanquis y sus naciones "títeres" de Hispanoamérica. Los libros de texto, incluso los que se utilizan en los jardines de infancia, y particularmente los libros de historia, han sido revisados y distorsionados para conformarse con las "verdades" autorizadas, otro nombre de las mentiras oficiales. La censura total de todo material impreso constituye una sangrienta mofa de toda mejora que haya podido ocurrir en los niveles de alfabetización

Para propagar el odio a los Estados Unidos a través de Hispanoamérica y fomentar guerras de "liberación nacional", Castro ha

[6] *Revolución*, 14 de enero de 1959.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

puesto recientemente en funcionamiento una estación de radio de 150 mil vatios, tres veces más potente que cualquier emisora de los Estados Unidos. Situada en la provincia de Oriente, y construida bajo la dirección de ingenieros checos, es capaz de extender sus tentáculos radiofónicos a través de toda Hispanoamérica y de interferir los programas de más de 70 emisoras estadounidenses. Se están construyendo otras cinco estaciones de este tipo. Es evidente que estas instalaciones, además de las 134 emisoras nacionales, son enormemente costosas para un país que experimenta serias dificultades económicas, pero el comunismo no escatima gastos cuando se hallan en juego sus campañas de subversión política.

Uno de los más grandes problemas de Cuba es el de la vivienda. La escasez de casas y apartamentos es tan aguda que las parejas de novios tienen que esperar frecuentemente dos o tres años para poder casarse. La construcción de los hogares necesarios requeriría, entre otras cosas, gran cantidad de cemento, y la mayor parte de las existencias se aplican a la construcción de vastas instalaciones subterráneas, almacenes y túneles de enlace.

El aspecto más sombrío de la Cuba comunista es el dominio de la vida cotidiana del individuo por el CDR, "Comité de Defensa de la Revolución". Este sistema de espionaje afecta por entero la vida de cada cual y está integrado en el sistema judicial del país; proporciona una fuente constante de víctimas para los paredones de ejecución, prisiones, campos de prisioneros y batallones de trabajadores forzados.

El CDR opera en cada cuadra de todas las ciudades, villas y pueblos del país. Distribuye libretas de racionamiento, la leche de los niños, y recluta a los nuevos jóvenes necesarios para el servicio de milicias. Su función más importante es espiar a todo el mundo y asegurarse de que todos cuantos albergan sentimientos "contrarrevolucionarios" sean denunciados sin pérdida de tiempo. Los motivos para incurrir en el castigo de las autoridades son, naturalmente, ilimitados. No se puede cambiar de domicilio ni trasladar una pieza de mobilario a un nuevo piso sin informar y obtener el consentimiento del CDR. El soplón, instrumento indefectible de la tiranía, es la base principal del CDR, y los cubanos, al igual que los rusos y los chinos, han llegado a conocer la angustia de ser denunciados por amigos íntimos, familiares e, incluso, por

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

sus hijos. Saben que sus conversaciones más triviales, su correspondencia y teléfono pueden ser intervenidos y provocar el terror de una llamada a la puerta a medianoche.

Los desgraciados que caen en manos del G-2, tienen que vérselas con un sistema legal que constituye un brutal aparato de castigo. Una ley promulgada el 13 de marzo de 1963 prescribe penas de prisión entre veinte a treinta años por robos de cien pesos, y la pena de muerte si el acusado vestía uniforme. Los tribunales revolucionarios, compuestos por comunistas convictos y confesos, están obligados a dictar sentencia dentro de las setenta y dos horas del comienzo de la vista.

La implacable eficacia de estos tribunales puede juzgarse por la forma en que han abarrotado las prisiones y campos de prisioneros con hombres y mujeres cuyo único crimen ha sido el de no poder o no querer ajustarse a la forma de vida comunista. Nadie conoce a ciencia cierta el número de prisioneros políticos existentes en Cuba, y Castro no ha permitido a la Cruz Roja Internacional ni a ninguna otra organización la inspección de sus prisiones y campos de trabajo. El cálculo más bajo es el de Lee Lockwood. En su libro, revisado y corregido por el propio Castro, afirma que éste le expresó que había aproximadamente 20,000 prisioneros políticos y que el número iba en aumento. Sin duda alguna esta cifra carece de veracidad; los cálculos de exilados con conocimiento de causa son varias veces mayores. Algunos refugiados insisten en que los internados en cárceles y campos de prisioneros ascienden a centenares de miles.

Tengo en mi poder una lista oficial del número de prisioneros políticos existentes en abril de 1967, la cual fue substraida de los archivos del ministerio de Gobernación y traída a los Estados Unidos. Este documento indica la presencia de 69,315 prisioneros políticos en más de 100 prisiones y campos de concentración. Lockwood comenta que los 20,000 prisioneros políticos reconocidos por Castro "equivaldrían a tener a 600,000 personas en la cárcel por motivos políticos en los Estados Unidos". Pero sobre la base de las cifras gubernamentales de 69,315, el equivalente norteamericano sería de 2 millones de personas en prisión por motivos políticos.

Los campos de concentración de Cuba Roja tienen todas las características de los de otros países totalitarios, incluyendo las alambradas y barracones infectos. Los castigos físicos están a la

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

orden del día, al igual que el ultraje espiritual del adoctrinamiento comunista. Es significativo que, como señala Lockwood, "la mayoría de los internados no son, como podría suponerse, personas del medio urbano, sino campesinos de las montañas y remotas zonas rurales". Continúa diciendo que un gran porcentaje de los prisioneros ha sido encarcelados por "errores" triviales, y que muchos parecen ser víctimas de tribunales revolucionarios excesivamente celosos que, como secuela de la invasión de Playa Girón, administraron justicia con una crueldad vindicativa que evoca el reinado del terror en Francia.

El rancho carcelario consiste en café aguado, pan, arroz y frijoles, y como comida principal sopa y macarrones. La disentería y hepatitis campean por sus respetos. Al cabo de unas pocas semanas de internamiento los prisioneros se hallan famélicos y macilentos. No se les permite hacer ejercicio; no reciben correo, paquetes ni visitas. En los campos de trabajo las condiciones son mejores. Naturalmente, los prisioneros viven rodeados de alambradas, se levantan a las cinco de la madrugada, de lunes a viernes tienen que someterse a no menos de tres horas diarias de adoctrinamiento, y pasan el resto del tiempo trabajando como forzados en el campo, pero al menos se les permite visitar a sus familias una vez cada cuarenta y cinco días. Estas condiciones son un hecho conocido en toda Cuba.

Todo esto se refiere a los vivos. Pero los muertos también deben ser contados como parte del costo de la fracasada invasión de abril de 1961 y del compromiso de no invasión dado por el presidente Kennedy dieciocho meses más tarde.

En el otoño de 1967 tuve una conversación con un viejo amigo que acababa de salir de Cuba. Siempre había sido hombre de pocas palabras, con tendencia a restarle importancia a las cosas, pero me informó de que la creencia general en La Habana era que, hacia mediados de 1967, más de 20,000 personas habían sido asesinadas por el régimen[7]. Durante los siete años del último gobierno de

[7]Dos años más tarde, en abril de 1969, Jaime Caldevilla, Consejero de Información de la embajada de España en Cuba, al terminar su misión en La Habana, dio a conocer los siguientes datos:

Presos políticos en Cuba	45,350
Fusilados o muertos a consecuencia de torturas	22,480
Abandonaron la Isla	774,300
Cubanos que han sufrido prisión preventiva	630,000

Está reconocido que, de todas las embajadas de países no comunistas en La Habana, la de España es la mejor informada.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Batista, menos de 1,000 individuos perdieron la vida como consecuencia del terror revolucionario, la represión gubernamental y las acciones de guerra.

Batista ha sido criticado por muchos hechos de su gobierno, y parte de estas críticas se hallan justificadas. Pero incluso las llamadas "dictaduras" son relativas en sus opresiones. ¿Quién podría defender a Hitler sobre la base de que el último Kaiser era un tirano? Ningún experto que se respete a sí mismo en el campo de la historia rusa podrá dejar de advertir que el absolutismo zarista, pese a todas sus faltas, era un régimen benigno en comparación con el estado-gendarme soviético.

No para defender a Batista, sino para defender la verdad histórica, es preciso reconocer que su mandato fue benevolente y paternalista comparado con el terror castrista. Hoy no existen libertades políticas ni de ninguna otra clase en Cuba, si no es en los términos dictados por Castro. Sea cual fuere la base de comparación, el pasado precastrista era infinitamente más ameno que el presente comunista. Si no hubiese sido interrumpido por la tragedia, el progreso gradual y constante en la industria y la agricultura, la ciencia y la educación, habría colocado a Cuba en posición mucho más aventajada de la que se encontraba en 1958 y, por supuesto, en situación mucho mejor de lo que hoy está. Y la población se habría ahorrado las miserias y la degradación física y espiritual que resultan compañeras inseparables del comunismo en la práctica. Se habrían ahorrado los miles de vidas segadas por Castro, las torturas en las prisiones, las infamias de los campos de trabajos forzados.

Cuando leemos algo acerca de los muertos de la Cuba Roja, pensamos en los hombres acribillados por los pelotones de ejecución. Pero ha habido una constante pérdida de vidas humanas, miles en conjunto, de entre los hombres, mujeres y niños que trataron de escapar de la isla-prisión. El prestigioso columnista y antiguo embajador norteamericano en Suiza, Henry J. Taylor, ofreció recientemente una visión escalofriante de esta calamidad. En una columna titulada "Matanza a lo largo de Cayo Hueso", escribió entre otras cosas:

> Cada día, el Servicio de Guardacostas despacha a las aguas patrulladas por los buques de guerra de Castro dos aviones Albatross y al menos un escampavía. Con estos escasos

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

recursos, han rescatado más de 800 embarcaciones pequeñas que intentan escapar de Cuba. Más, con harta frecuencia, encuentran botes patéticamente pequeños que transportan los cadáveres de hombres, mujeres y niños acribillados por balas de ametralladora . . .

Los registros del Centro de Refugiados Cubanos de Miami (perteneciente a la Secretaría de Salud, Educación y Bienestar), muestran 10,000 llegados en 1,002 botes pequeños desde junio de 1961, una cifra que se convierte casi en 12,000 incluyendo las que no están registradas en el Centro. Se ha calculado que por cada uno que logra la libertad mueren tres. Cuarenta mil hombres, mujeres y niños: 12,000 vivos, 35,000 muertos. Esta es la horrible aritmética en la vecina isla que los Estados Unidos juraron defender.



Desde una pequeña isla de las Bahamas, estos refugiados saludan entusiasmados al ser descubiertos por un helicóptero guardacostas de los EE. UU. El Servicio de Guardacostas dice que las privaciones sufridas "sobrepasan la credibilidad" y que muchos de los botes están "tan sobrecargados que sólo de milagro se mantienen a flote". Foto oficial del Servicio de Guardacostas.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Exodo de Cuba Roja. Después de estar cuatro días a la deriva, los divisó un helicóptero norteamericano. Cuando el oleaje del mar era fuerte, las cámaras de automóvil servían para mantener el bote a flote. Foto oficial del Servicio de Guardacostas.

Algunos escritorzuelos liberales norteamericanos tratan de convencerse a sí mismos y a sus lectores de que Cuba ha ganado en dignidad nacional, argumentando que ya no depende del capital extranjero, que ya no es un territorio "semicolonial". Se las componen para disimular el hecho evidente de que Cuba depende completamente, tanto económica como políticamente, de las naciones extranjeras —principalmente las del bloque comunista—.

En cualquier caso, el epíteto "colonial" no viene al caso. Todas las sociedades industriales incipientes han aprovechado el capital y la ayuda técnica de sociedades avanzadas. Los Estados Unidos, durante el pasado siglo, se apoyaron grandemente en el capital extranjero, sobre todo de Gran Bretaña. Norteamérica y otras naciones industrializadas, incluyendo la U.R.S.S., se enorgullecen hoy de suministrar capital y conocimientos técnicos a naciones nuevas y subdesarrolladas, y estos países agradecen la ayuda. Ahora y siempre, las naciones económicamente jóvenes han emplea-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

do beneficios fiscales y otros incentivos para atraer a las inversiones de capital extranjero. La jerga comunista relativa a la explotación colonial y semicolonial no debe oscurecer nuestras mentes sobre las realidades del tema.

En ocasiones he sido reprobrado por no saber encontrar "algo bueno" que decir en favor de Castro. Sólo puedo responder, con toda honradez, que he sido incapaz de descubrir alguna virtud o logro que justifique un sistema culpable de tantos y tan grandes pecados. Sufro profundamente por el triste destino del país y del pueblo que aprendí a amar y a admirar durante cuatro décadas de laboriosa existencia en Cuba.

Incluso las cosas que normalmente consideramos buenas han sido pervertidas para malos propósitos. La educación ha sido empleada por Castro para diseminar mentiras e inyectar odio contra los Estados Unidos; para preparar a sus seguidores, especialmente los jóvenes, en la tarea de subvertir la democracia norteamericana y las sociedades de los países hispanoamericanos. Ha sido empleada para sembrar el odio a la religión y el desprecio de los valores humanos y espirituales, así como de las tradiciones.

No hay cubano que apoye al régimen castrista, si no es sobre la base del propio interés, las ilusiones juveniles, la inercia —o el miedo—. No puede basarse en la fe auténtica, porque incluso aquellos que no tienen nada que perder han aprendido que "cero más cero" sigue siendo cero. En el conjunto de la población existen millares de focos de odio inextinguible hacia el hombre que ha vertido tanta sangre y deshonrado sus propias promesas al tiempo que destrozaba la trama económica del país.

Tal es, pues, el escenario cubano amparado por la promesa de no invasión formulada por Kennedy, y que, a no dudarlo, empeorará con el paso del tiempo.

Los gobiernos de Kennedy y de Johnson se negaron, naturalmente, a admitir su parte de responsabilidad en la degradación de sus vecinos cubanos. La Secretaría de Estado alega que la promesa de no invasión estaba sujeta a la inspección sobre el terreno para asegurarse de que los proyectiles habían sido retirados. La negativa a consentir esa inspección —afirma la Cancillería— anula el compromiso de Kennedy y *The New York Times* defiende este argumento en sus editoriales.

Rescatado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

La respuesta soviética a este razonamiento *de jure* es que los Estados Unidos aceptaron una modificación del acuerdo al asentir a una inspección aérea a gran altitud a cambio de la promesa de que los aviones no serían derribados. Como consecuencia, dice Moscú, cuando los proyectiles tierra-aire fueron entregados a los cubanos, se obtuvo la promesa de Castro de no atacar a los U-2 norteamericanos. Y Jruschov añadió que cuando Johnson asumió el poder, reconoció la validez del compromiso hecho por Kennedy.

Es indiscutible que, de hecho, existe un acuerdo, y que las realidades de la situación son los únicos aspectos que interesan a quienes sufren y mueren en Cuba. Castro ha confirmado que el acuerdo de no invadir "existe de hecho", añadiendo: Y puedo decir que, además, existen otros acuerdos, acerca de los cuales no se ha dicho una palabra".

Estos acuerdos secretos pueden muy bien referirse al trato a dar a los exilados cubanos. Durante la campaña presidencial de 1960, John F. Kennedy criticó a los republicanos por no prestar más ayuda a los combatientes cubanos anticastristas, pero inmediatamente después de la crisis de los cohetes ordenó que fuesen arrestados, y sus barcos y armas confiscadas, haciendo ver que sus actividades eran ineficaces. Cualquiera que haya vivido en Cuba conoce la importancia que reviste cualquier acción que simbolice el espíritu de la contrarrevolución, y sabe de los sacrificos que los cubanos en el exilio están dispuestos a hacer por su país. La orden de Kennedy produjo desánimo en los corazones de los patriotas cubanos. Para ellos no significaba una política de neutralidad, sino una *intervención norteamericana para proteger a Castro y las fuerzas soviéticas en Cuba.*

Detrás del escudo protector de la promesa de no invasión, los mejores cerebros del imperio comunista se reúnen para conspirar y planear la destrucción de la democracia en el hemisferio occidental. En enero de 1966, alrededor de quinientos delegados de setenta y nueve partidos comunistas y "frentes de liberación" en Hispanoamérica, Africa y Asia se reunieron en La Habana. Conocida como Conferencia Tricontinental, estuvo dominada por la delegación soviética, de treinta y cuatro personas, cuyo jefe, Sharaf R. Rashidov, anunció que "había acudido a esta conferencia para promover de todos los modos posibles . . . nuestra lucha contra el imperialismo". Se organizó un "Comité permanente de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

asistencia a los movimientos de guerra con el imperialismo", con sede en La Habana, siendo su finalidad la de promover y sincronizar la revolución armada a través de Hispanoamérica. La Conferencia se comprometió a prestar apoyo moral, político y material en la consecución de este objetivo. El secretario de Estado, Dean Rusk, señaló que, al término de la Conferencia, los delegados hispanoamericanos "habían abandonado La Habana con sus carteras repletas de dinero para la intensificación de los movimientos subversivos".

El fracaso de los Estados Unidos en reaccionar ante esta tremenda amenaza en sus mismos umbrales es parte del costo de la crisis de los cohetes y de los sucesos de Playa Girón. Cuatro años antes Kennedy había anunciado en una conferencia de prensa que "si Cuba intentase exportar sus propósitos agresivos por la fuerza o amenaza de fuerza contra cualquier nación del hemisferio . . . este país hará cuanto haya que hacer para proteger su propia seguridad y la de sus aliados". La declaración resultó carente de sentido. La escribió en el hielo.

Las terribles pérdidas, derrotas y retiradas continúan incesantemente a pesar de que la experiencia ha enseñado que el apaciguamiento de un agresor en potencia sólo sirve para fomentar las guerras que se trata de evitar. Los sucesos de Playa Girón y la crisis de los cohetes demostraron que los dictadores consideran el pacifismo como una debilidad moral. Asumen mayores riesgos y aumentan sus agresiones. Winston Churchill expresó esta idea cuando al término de la Segunda Guerra Mundial escribió estas líneas:

> Pero si no lucháis por vuestros derechos cuando se puede vencer fácilmente sin derramamiento de sangre, si no lucháis cuando la victoria puede ser segura y poco costosa, puede llegar el momento en que habréis de luchar con todas las probabilidades en contra vuestra y solamente una precaria oportunidad de supervivencia. Puede haber un caso aún peor. Quizás tendréis que luchar sin esperanzas de victoria, porque es mejor perecer que vivir como esclavos.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

21

Las raíces de la tragedia

Si mi relato hubiese de acabar aquí, sería poco más que una relación de los principales acontecimientos de la década trágica de Cuba. No habríamos identificado la causa de los desastres. No basta con nombrar a los principales responsables y motejarles de "liberales", "progresistas", "reformistas", "radicales" o "individuos de tendencias izquierdistas". Casi todos ellos, por otra parte, son hombres inteligentes y bien intencionados.

¿Cuáles eran sus motivos? ¿Cómo justificar sus acciones?

Son estas preguntas sobre las cuales he meditado desde mi huída de Cuba. Si fuera posible obtener respuestas lógicas y convincentes, habríamos logrado algo de importancia —determinar las causas de la tragedia—.

No tardé en darme cuenta de que mi búsqueda de estas respuestas se complicaba por el hecho de que el liberal contemporáneo difiere radicalmente del viejo liberal, a quien yo conocía tan bien y con el que me había identificado hace cincuenta años. Los liberales de mi juventud, cuando vivía y trabajaba en los Estados Unidos, eran nacionalistas y patriotas. Entre ellos había pocos pacifistas o semipacifistas. Entonces, como ahora, aspiraban a que su país se hallase del lado de la razón. Pero en toda coyuntura crítica, anteponían el interés patrio a cualquier otra consideración, aunque pensasen que la causa nacional pudiese ser injusta. *Aspiraban, en suma, a que los Estados Unidos saliesen triunfadores.*

Aquella actitud ha pasado a mejor vida. La mayoría de los liberales contemporáneos prefieren la derrota de su país si ésta entraña el triunfo de lo que consideran justo. No hay duda de que, para bien o para mal, el liberal de nuestros días es más internacionalista, menos patriótico y más inclinado al pacifismo que el de hace algunas décadas. Probablemente considerará más importante la supervivencia de la humanidad que la supervivencia de la civilización americana o incluso de los Estados Unidos. En lo esencial ha renunciado al patriotismo en favor de la ideología.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Una ideología, tal como yo la entiendo, constituye un modo de pensar y opinar, tan arraigado y compulsivo, que funciona independientemente de la realidad. Implica una entrega tan absoluta a una doctrina que, si la verdad empírica entra en conflicto con el dogma, no se paran mientes en deformar la realidad.

Un ejemplo sorprendente de hasta qué punto el pensamiento doctrinario es capaz de obscurecer la realidad, se halla grabado indeleblemente en mi memoria. Fue una conversación que tuve en 1965 con el doctor Milton Eisenhower, el prestigioso ex-rector de la Universidad de Johns Hopkins, cuya fama y dedicación a las más nobles causas jamás han sido puestas en entredicho.

El libro del Dr. Eisenhower, *The Wine is Bitter*, publicado en 1963, contenía algunos graves errores sobre las condiciones que imperaban en Cuba bajo el gobierno de Batista. En mi opinión, es posible que sea el peor libro que se haya publicado sobre Hispanoamérica en el último cuarto de siglo. Escribió, por ejemplo: "Toda persona que tenga necesidad de un permiso de exportación o cualquier extranjero que adquiera una propiedad en Cuba . . . tiene que pagar una dádiva". Mi bufete obtuvo permisos de exportación de productos cubanos por valor de muchos millones de dólares y supervisó la compra de propiedades en Cuba por grandes importes. En ningún caso se pagó dádivas ni sobornos.

Asombrado de tales afirmaciones formuladas por un hombre de la reputación del Dr. Eisenhower, pedí y obtuve una entrevista con él. Para iniciar la conversación, le pregunté cuándo había estado en Cuba por última vez. *Nunca había estado allí*, replicó el Dr. Eisenhower. *Ni siquiera hablaba nuestro idioma.*

Un día o dos antes de nuestro encuentro, el presidente Johnson había despachado a los infantes de Marina a la República Dominicana, y nuestra conversación se centró inmediatamente en torno a este acontecimiento. La intervención le había horrorizado, afirmó el Dr. Eisenhower. Podía haber estado justificada para salvar vidas, pero nunca por un propósito "político", como creía que era el caso. Habría revueltas y manifestaciones antiyanquis en toda Hispanoamérica. El presidente había violado la "sagrada" política de no intervención en el hemisferio, y esto solamente podía servir a la causa del comunismo.

Hay muchas gentes, entre ellas algunos altos funcionarios de la Secretaría de Estado, que consideran al Dr. Eisenhower como uno

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de los principales responsables de la subida de Castro al poder; como consejero presidencial para asuntos de Hispanoamérica, fue el hombre por mediación del cual Wieland y Rubottom obtuvieron rápido acceso a la Casa Blanca. *La intervención política norteamericana había entregado Cuba al comunismo.* Ahora, seis años más tarde, a pesar de que conocidos comunistas jugaban un papel preponderante en la rebelión dominicana, el Dr. Eisenhower seguía aferrado a la convicción de que la mejor esperanza para resolver los males políticos de Hispanoamérica consistía en lo que él denominaba "grupos centrales democráticos", o lo que otros liberales llaman la "izquierda democrática no comunista". La experiencia cubana no le había enseñado nada. Al entrar en pugna con la doctrina liberal, la realidad objetiva había quedado mal parada.

Los acontecimientos posteriores demostraron que el Dr. Eisenhower se hallaba errado en todos los respectos. Los cancilleres de la Organización de los Estados Americanos votaron en favor de la intervención en la República Dominicana. No se produjeron manifestaciones antiyanquis dignas de mención en Hispanoamérica. Brasil, Paraguay, Honduras, Nicaragua y Costa Rica enviaron contingentes militares a Santo Domingo; un general brasileño asumió el mando de las fuerzas interamericanas. Se restauró el orden y se celebraron elecciones honradas. Los dominicanos rechazaron por una inmensa mayoría las aspiraciones presidenciales del izquierdista antiyanqui Juan Bosch. Castro y los comunistas sufrieron un revés y el presidente Johnson resultó vindicado.

Si el Dr. Eisenhower hubiese sido tan influyente en 1965 como lo fue en 1958, es muy posible que actualmente tuviésemos *tres* países del Caribe en el campo comunista, pues Haití, que ocupa la porción occidental de la antigua Española, indudablemente habría caído también.

Dentro del contexto de este libro no es necesario ni posible intentar un análisis de la ideología liberal contemporánea en su conjunto, pero para comprender las motivaciones de los gobernantes de Washington que más que nadie han sido los principales responsables de las tragedias cubanas, es indispensable señalar algunas características fundamentales del pensamiento liberal en cuanto afecta los problemas cubanos e hispanoamericanos.

1. *Todos los liberales concuerdan en la creencia de que su*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

principal enemigo se halla a la derecha, jamás a la izquierda. Pas d'ennemi à gauche.

Para derrocar un régimen derechista, los liberales exigen la implantación de boicots, embargos, el cese del turismo y de los contactos culturales, y el apoyo a la oposición revolucionaria. Denuncian la ayuda o el compromiso con los reaccionarios —para ellos fascistas— calificándolos de apaciguamiento deshonroso. En muchos casos llegan a justificar la misma guerra, si ésta representase un medio necesario para aniquilar al régimen "fascista".

Pero su actitud ante los regímenes izquierdistas y comunistas es más benigna. En estos casos abogan por un *incremento* de los intercambios culturales, una expansión del comercio y el turismo, y una búsqueda de zonas de intereses comunes. Así, pues, no puede haber diálogo con el generalísimo Franco, porque Franco es un hombre de derechas. Al mariscal Tito, sin embargo, se le dota abundantemente de dinero, mercancías y alimentos, porque Tito es un hombre de izquierdas. *Durante un período de quince años (1945—1960), los Estados Unidos prestaron más ayuda a la Yugoslavia comunista de Tito*, con una población de unos 19 millones de personas, que a todos los países de la hispanidad americana, con una población que entonces alcanzaba unos 200 millones de almas[1]. La "ayuda extranjera" no es tal "ayuda", sino un instrumento *político*.

Para los funcionarios liberales de Washington y la prensa liberal estadounidense, el enemigo abroquelado en Cuba era Fulgencio Batista; había que abatirlo, pese a sus pronunciamientos y actitudes pro-norteamericanas, al hecho de que siempre había votado en las Naciones Unidas del lado de Estados Unidos, de que había prestado al Pentágono toda la cooperación militar necesaria, y de que había acogido y amparado los intereses económicos de los Estados Unidos. Castro, por otra parte, a pesar de que se sabía que era un terrorista radical y antiyanqui sometido a la influencia de los comunistas, fue considerado por los liberales como un sujeto digno de apoyo, alguien con quien se podía cooperar, y a quien había que perdonar generosamente su natural violento y su odio hacia los Estados Unidos. Castro era un hombre de izquierdas. En

[1] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 172.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

hartas ocasiones, el enemigo de los liberales no es el comunista, sino el anticomunista. No un Brechnief o un Mao, sino un Chiang Kai-shek; no un Castro, sino un Garrastazú Médici.

Nueve meses después de que Castro hubiese proclamado su marxismo-leninismo, el *ADA World*, órgano oficial de los ultraliberales *Americans for Democratic Action*, se opuso enérgicamente a cualquier acción armada que se tomase contra él o a posibles sanciones económicas unilaterales contra su régimen[2]. Al mismo tiempo abogaba por la aplicación de sanciones económicas y políticas contra Sudáfrica y Portugal[3]. Semejante fariseísmo constituye la norma corriente de esos agregados liberales. Invariablemente, la opinión liberal ha favorecido las etapas primarias de todas las revoluciones que durante el siglo actual han parecido provenir de la izquierda e ir dirigidas contra la derecha, incluyendo las revoluciones comunistas de Rusia y de China[4].

A lo largo de los años, los *Americans for Democratic Action* han condenado al régimen español y apoyado a la oposición antifranquista. Su programa, adoptado en las convenciones anuales de la ADA, jamás ha invocado ayuda para las luchas de liberación de los pueblos esclavizados por el comunismo, ya se trate de Rusia, China, Europa Oriental o Cuba[5]. Ha recomendado el reconocimiento diplomático y la participación en las Naciones Unidas de Mao Tse-tung y la ruptura de relaciones con el gobierno de Chiang Kai-shek. Aboga por una actitud de "reconocimiento de las legítimas aspiraciones" de la Unión Soviética e incita al gobierno de Washington a continuar la política de negociación y conciliación con el estado totalitario soviético[6].

2. *El liberalismo moderno favorece invariablemente la discusión, negociación y componenda, como la única forma racional y aceptable de resolver las disputas. Rechaza el empleo de la coerción y la fuerza.*

La mayoría de los liberales son pacifistas moderados o absolutos, y, por consiguiente, se manifiestan en contra de la guerra y de

[2] James Burnham, *Suicide of the West* (Nueva York: The John Day Company, 1964), p. 211.

[3] *Ibid*, p. 211.

[4] *Ibid*, p. 211.

[5] *Ibid*, p. 209.

[6] *Ibid*, p. 209.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

los militares, excepto cuando se trata de eliminar a la extrema derecha. Les resulta difícil avenirse a aceptar el uso de la fuerza o emplearla con arreglo a la realidad. Entre otras cosas, los liberales norteamericanos se hallan dominados por un miedo obsesivo de que el uso del poderío de su nación ofenda a la opinión mundial.

Mas, siendo la naturaleza humana como es, existen antagonismos que no pueden ser resueltos por medio de la discusión y el compromiso. La fuerza jamás ha dejado de ser un ingrediente normal y natural de toda sociedad humana —para el mantenimiento del orden interno y el amparo contra las amenazas del exterior— y este axioma mantendrá su vigencia mientras el hombre perdure. Pero como esto constituye una visión pesimista de las cosas humanas, no se armoniza con las aspiraciones de la mayor parte de los liberales. Rehuyen hasta lo imposible la aplicación de la fuerza y, cuando su empleo les resulta imperativo, lo planean pésimamente y la administran a tontas y a locas.

Su tendencia es a emplear la fuerza como instrumento de disuasión, a modo de fintas o baladronadas. Un ejemplo de esto, si creemos al pie de la letra la versión dada por James Reston, del *The New York Times*, de una conversación que sostuvo con el presidente Kennedy, es la forma en que los Estados Unidos se decidieron a intervenir militarmente en el Sudeste Asiático. Kennedy, según Reston, afirmó que era necesario que los rusos no dudasen de la determinación de los EE. UU. a recurrir al uso de la fuerza si las circunstancias así lo impusiesen, de forma que se intensificó la guerra de Vietnam, "no porque la situación en el terreno así lo exigiese", sino porque el presidente "quería substanciar una cuestión diplomática, no una cuestión militar"[7].

En el plano interno nacional, cuando los grupos minoritarios recurren a la violencia para alcanzar sus objetivos, los liberales evitan por todos los medios el empleo de la represión. Y cuando el proceder de una facción minoritaria rebasa los límites extremos y suscita la aplicación de medidas represivas, resultando heridos algunos revoltosos, son la policía y las autoridades los agresores. En las relaciones exteriores, de forma similar, los liberales rara vez aplican la fuerza adecuada en el momento oportuno.

El clásico ejemplo de todo esto es, naturalmente, Cuba. La forma en que los Estados Unidos malbarataron en Playa Girón el formidable poderío que tenían a su disposición, es algo de todo

[7] *The New York Times*, 18 de enero de 1966.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

punto incomprensible. El presidente Kennedy, sometido a la perniciosa influencia de sus mentores liberales, *empleó el grado de fuerza que, inevitablemente, desde cualquier punto de vista, estaba llamado a obtener los peores resultados posibles.* No es necesario añadir que los hombres que comprenden la fuerza y la mecánica de ésta, habrían recurrido a la violencia necesaria para garantizar la victoria.

El Dr. Milton Eisenhower se ha referido al desastre de Playa Girón en estos términos: "En la larga historia de los Estados Unidos, ésta ha sido nuestra operación peor planeada, más caprichosamente ejecutada —y nuestra derrota más humillante—". En eso se equivocaba el Dr. Eisenhower. La acción fue planeada idóneamente por militares de carrera, pero la intervención de un increíble corrillo de diletantes liberales dejó el proyecto más roto que un San Lázaro. Además, jamás se habría tenido que planear el desembarco de Girón, si la Secretaría de Estado (bajo la influencia del Dr. Eisenhower), no hubiese provocado la renuncia de Batista y desbrozado la senda victoriosa de Castro.

Durante la crisis de los cohetes de 1962, la fuerza norteamericana volvió a emplearse disparatadamente. Las fuerzas armadas recibieron la orden de rehuir toda confrontación marítima o terrestre. Los comunistas lograron invalidar el acuerdo, de vital importancia, referente a la inspección *in situ*. Las tropas y técnicos soviéticos permanecieron en la Isla. La tiranía castrista resultó *consolidada* por el compromiso de no invasión. Todos los IRBM desplegados por los Estados Unidos en Europa y el Asia Menor contra los ejércitos soviéticos (en Inglaterra, Italia y Turquía) fueron retirados. Se trató de embaucar a la opinión pública norteamericana, haciéndole creer que dichos proyectiles habían perdido su eficacia militar, pero nada menos que una autoridad como el general Curtis LeMay reveló no hace mucho que acababan de entrar en fase operacional. "Debían haberse dejado en sus emplazamientos", afirma[8].

La verdad es que, pese a disponer de una enorme superioridad militar, los Estados Unidos no fueron siquiera capaces de mantener el *status quo ante*. En su alocución del 22 de octubre de 1962, el presidente Kennedy manifestó que el gran riesgo radicaba en el quietismo —que una acción enérgica suponía el *menor riesgo*—.

[8]Curtis E. LeMay, *America Is In Danger* (Nueva York: Funk & Wagnalls, 1968), p. 140.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Pero en los días subsiguientes, su línea de acción fue la de evitar riesgos. A los ojos del adversario, esta actitud sugería miedo, debilidad e ineptitud. En el propio país, la misma aumentó el vacío existente entre la palabra y la obra, y al final debilitó a todo el hemisferio, afianzando la tiranía de Castro.

Durante el gobierno de Kennedy, la influencia de los liberales en la conducción de los negocios internacionales del país alcanzó una importancia que jamás habían logrado hasta entonces. Ni que decir tiene que su influencia fue decisiva en la elaboración de las directrices diplomáticas aplicables a Cuba. Invariablemente, sus consejos produjeron decisiones desastrosas.

3. *La ideología liberal propugna la "democracia" universal y perpetua, y es incapaz de reconocer la posibilidad de que algún otro tipo de régimen pueda ser apropiado para una nación en vías de desarrollo, a no ser que se trate de alguna forma de totalitarismo de izquierda.*

El liberalismo manifiesta una verdadera manía por las innovaciones y reformas políticas y sociales, y si los cambios no se producen con la celeridad apetecida, fomenta la revolución para provocarlos. El liberal estadounidense no oculta su aversión por el tradicional caudillo hispanomericano.

En mi opinión, todo político de Washington que mantenga estas opiniones carece de la capacidad necesaria para tratar los asuntos hispanoamericanos. Como se ha subrayado en el preámbulo de este libro, la estructura política de Hispanoamérica se halla enraizada en un pasado que se remonta a poco menos de cinco siglos y que no se presta a súbitas innovaciones. Se remonta a los primeros días de los grandes descubrimientos, cuando Colón estableció el primer régimen colonial de las Indias Occidentales y asumió el título de gobernador, nombrando dignatarios y efectuando repartimientos y encomiendas entre sus compatriotas.

Durante este largo período se desarrolló una sociedad tradicional compuesta por cuatro elementos principales: un jefe de estado fuerte; el sistema militar; la Iglesia, y la clase educada, entre los que se cuentan los llamados "oligarcas". *Si alguno de estos cuatro ingredientes básicos de la sociedad se destruye o debilita, el resultado se traduce en graves desórdenes sociales* y, a no ser que alguna personalidad fuerte —por regla general un militar o caudillo—

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

intervenga para recoger los fragmentos, los comunistas asumirán el poder imponiendo su dictadura, ya que su dispositivo siempre se halla presto para llenar un vacío de poder[9].

De la clase culta y los "oligarcas" proceden los maestros y técnicos, los dirigentes políticos, las grandes figuras de la industria y el comercio, los empresarios. Desean que sus países progresen, pero consideran que la transición a una vida mejor para las masas debe ser ordenada, no caótica, y que el mantenimiento de la estabilidad política es la condición indispensable para alcanzarla.

La mayor parte de los millones de hombres y mujeres que ambicionan y se esfuerzan por lograr el progreso social, económico y político de sus países aspiran a establecer la "democracia", pero saben que solamente ésta puede ser alcanzada desde *dentro*, que su logro es esencialmente un problema personal y espiritual, problema que el pueblo de cada país debe resolver afanosamente por sí mismo.

El problema fundamental, por consiguiente, no consiste en que un gobierno sea democrático y representativo, o, por el contrario, dictatorial y autoritario. Consiste en que un gobierno, siempre que no sea totalitario, *sea capaz de mantener el suficiente grado de cohesión social que permita la paulatina transición a una vida mejor para las masas*[10].

Un ejemplo de la manía liberal por las reformas económicas, políticas y sociales en Hispanoamérica, engranada a la teoría en vez de las consideraciones de índole práctica, es la Alianza para el Progreso, la respuesta de Washington a la amenaza castrista en 1961. Bajo este plan, los Estados Unidos se ofrecieron a contribuir con veinte mil millones de dólares si los hispanoamericanos aportaban ochenta mil millones —y trastocaban concomitantemente su sistema tradicional de valores. Aunque el programa era abiertamente hostil a las clases propietarias y a los militares, quienes regían por entonces a la mayor parte de los países de Hispanoamérica, se esperaba que serían leales perdedores y aceptarían el concepto norteamericano de reforma, cuya magnitud y ritmo eran tales que solamente habrían podido lograrse mediante sangrientas

[9]Esta convicción es reiterada lúcidamente por James Burnham en *Suicide of the West* p. 282.

[10]John Paton Davies, Jr., *Foreign and Other Affairs* (Nueva York: W. W. Norton & Company, Inc., 1964), p. 57.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

revoluciones sociales y con gran riesgo de que los comunistas se adueñasen del poder. En algunos países las reformas solicitadas por Washington equivalían a una incitación a la revuelta, por lo que atemorizaban al capital privado en el que la Alianza había confiado para contribuir al proceso de desarrollo.

El resultado final fue que la marejada reformista apenas afectó al continente. Tal como se había concebido en sus inicios, el programa hubiese suscitado la oposición, violenta en caso necesario, de "los intereses creados" de cada país. Kennedy y sus asesores quedaron perplejos al comprobar que los hispanoamericanos persistían en permanecer fieles a su propia imagen, decididos a defender a su manera su forma de vida amenazada por el comunismo. Con el transcurso del tiempo, Washington se percató de que la Alianza —tan consecuente en su concepción original con las teorías liberales— presentaba un grave defecto: *no podía funcionar.* Se dio cuenta también de que el plan, por su carácter paternalista, era mal recibido. Si ha aprendido o no estas lecciones —dándose cuenta de que no hay nadie en Washington, por sabio que sea, que pueda manipular a las sociedades tradicionales situadas al sur del río Bravo— es algo que está por ver.

Los gobernantes hispanoamericanos actuaron correctamente al rechazar esta propuesta extranjera ingenua, pretenciosa y errada, que apuntaba al debilitamiento o destrucción de sus sociedades. Reconocieron que, de llevarse a cabo, era probable que cualquier programa a corto plazo de este tipo *aceleraría* la dominación comunista de Hispanoamérica. ¿Quién pondrá en tela de juicio que los gobernantes hispanoamericanos conocen, mejor que nadie, a su propia gente?

Han pasado más de diez años desde aquellos días en que aguardara mi fin a manos de un piquete de ejecución castrista. Pero dado que la invasión de Girón ya estaba en marcha, y que los Estados Unidos supervisaban la empresa, confiaba en que la empresa libertadora tendría éxito. Daba por supuesto que mi muerte inminente constituía una ínfima porción del precio que tendríamos que pagar por la liberación de nuestro país.

Todo resultó de forma diferente. Yo me libré de la muerte —pero Cuba siguió encadenada. Hice el voto de dedicar los años que me quedasen de vida a descubrir *por qué* fracasó la empresa de Playa Girón. Para realizar esta investigación tenía ciertas ventajas. En mayor medida que la mayor parte de los exilados, tenía con-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tactos personales con figuras importantes de la vida política, social y económica, tanto cubanos como norteamericanos, y en su mayor parte les he hallado dispuestos e incluso deseosos de proporcionarme la verdad de los hechos. Necesariamente, mis indagaciones me obligaron a rebasar el contexto inmediato de los sucesos de Girón, llevándome a explorar los períodos anterior y posterior a aquella infausta coyuntura: el desastre primordial, fuente de los demás, representado por el ascenso de Castro al poder absoluto, así como la crisis de los cohetes y demás acontecimientos que han tenido lugar desde 1961.

Este libro constituye el cumplimiento de aquella remota promesa. Sus conclusiones serán rechazadas de plano por los liberales doctrinarios cuyas opiniones se derivan de ideas fijas: normalmente son inmunes a los hechos. No hay argumentos, por convincentes que sean, que tengan la virtud de desalojar sus firmes opciones teóricas. Pero incluso los liberales recalcitrantes deben enfrentarse a veces con algunas verdades que no son ni mucho menos teóricas, aunque sólo sea para descartarlas. No pueden ignorar por completo el hecho de la decadencia radical del prestigio estadounidense en el hemisferio occidental consecutivo a la catástrofe de Girón y el retroceso de la crisis de los cohetes, o los evidentes peligros derivados de la existencia de un bastión comunista a corta distancia de las costas de la Florida.

Cuba, en el momento de escribir estas cuartillas, se halla aparentemente quieta y sosegada, pero nadie podrá negar que la Isla constituye el ámbito de confrontación más decisivo y peligroso entre los intereses soviéticos y americanos. Cuba no se halla amenazada por el enemigo, como es el caso de Vietnam del Sur. *Está en manos del enemigo.* No está en las antípodas, *sino en el perímetro final de defensa norteamericano.* ¿Qué es más importante para la seguridad de los Estados Unidos, Vietnam o Cuba? ¿Y cuál de los dos problemas podría solucionarse con mayor facilidad, *si existiese voluntad de hacerlo*?

Las cuevas, las instalaciones subterráneas, los aeródromos y los puertos de Cuba plantean una amenaza militar de ignota gravedad a los países vecinos, incluyendo los Estados Unidos. Por otra parte, Cuba sigue constituyendo un foco de infección política para todo el continénte, contagio que se traduce en actos de violencia y

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de desacato a la ley y el orden. *La mera supervivencia del régimen de Castro constituye un elemento de incalculable importancia en el equilibrio mundial.* Su triunfal desafío a los Estados Unidos a las puertas mismas de las tres Américas, proyecta la imagen de un comunismo invencible y de una Norteamérica débil, lo que a su vez incita a nuevas campañas antiyanquis.

No podemos pronunciarnos categóricamente sobre la existencia de proyectiles nucleares ocultos en el subsuelo de Cuba, pero lo que sí es evidente es la presencia multitudinaria de militares soviéticos en la isla. La continua tolerancia de Washington, su fracaso en eliminar la amenaza e inmunizar el foco de la infección, plantea cuestiones de importancia acerca de los fundamentos de la política norteamericana.

¿Es que, simple y llanamente, los Estados Unidos carecen de un plan general para librar del comunismo al mediterráneo americano? ¿Es que van a la deriva, improvisando toda suerte de maniobras en este mar turbulento? ¿Se ha reconocido a Cuba como un bastión permanente del comunismo —parte del "área de pacificación" cerrada a la "interferencia" norteamericana, mientras que la "zona de guerra" (el mundo libre), queda abierta a las falsas "guerras de liberación"? Al pueblo de Cuba le basta con saber que durante los gobiernos de Kennedy y Johnson los Estados Unidos, lejos de afirmar su posición en Cuba, la suavizaron, aligerando las restricciones a los viajes y, lo que es peor aún, emplearon su poderío para *impedir* las actividades anticastristas.

Otra cuestión que se plantea inevitablemente: ¿Será que en el acuerdo consecutivo a la crisis de los cohetes Jruschov extrajo del presidente Kennedy compromisos acerca de los cuales, según Castro, "no se ha dicho ni una palabra"? La Secretaría de Estado niega la existencia de tales compromisos. Para que las denegaciones sean verosímiles será preciso dar alguna explicación.

¿Por qué no se han dado a conocer las diez comunicaciones intercambiadas entre Kennedy y Jruschov? ¿Es acaso porque, como han escrito dos responsables periodistas norteamericanos, se tema que "su contenido ponga en aprietos a los funcionarios que participaron en la correspondencia" o "enfurezca y acalore a los grupos anticastristas del país"? Es evidente que la única forma de disipar las dudas y aprensiones que no cesan de acumularse en

Rescatado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

torno al tema consiste en publicar todas y cada una de las cartas intercambiadas.

Si los Estados Unidos se comprometieran a permitir que Cuba se liberara por el esfuerzo de sus propios hijos —sin interferencia por parte de los Estados Unidos ni de Rusia— todo el clima político del Caribe cambiaría de la noche a la mañana. Y la eliminación del gobierno de Castro reduciría al menos en un 90 por ciento las presiones que los comunistas y otros elementos subversivos ejercen en Hispanoamérica. Si los Estados Unidos se vieran enfrentados a la alternativa de salirles al paso a los rusos en algún área de confrontación, Cuba es, en todo sentido, el lugar más indicado para llevarlo a cabo. Es en la Isla, donde la U.R.S.S. y los EE. UU. se enfrentan de forma más abierta y amenazadora y, hoy por hoy, éste resulta ser el frente más débil del Kremlin y el más fuerte de Norteamérica.

Sin embargo, aparte de algunos vuelos de U-2 y de un boicot económico que sólo funciona a medias, Washington se resiste a emplear los diversos medios de que dispone para restaurar y fomentar la paz en el Caribe.

Una política de firmeza exigiría la reafirmación de la doctrina de Monroe, unida a la determinación de obtener el reembarque de las tropas y "técnicos" soviéticos. Valiéndose de todos los conductos posibles, los Estados Unidos deberían ayudar y armar al movimiento de resistencia dentro de Cuba y a los combatientes cubanos de la emigración, estimulando el sabotaje, los asaltos y el establecimiento de bases para los rebeldes cubanos en otros países del área del Caribe. Deberían imponer la prohibición rigurosa de que se introdujesen nuevas armas en la Isla, aunque se las definiesen como "defensivas", y contra los envíos de petróleo. Las sanciones norteamericanas en materia de tráfico marítimo con el enemigo se aplicarían a todos los buques de cualquier línea que utilizare aunque fuese un solo navío para el comercio con Cuba. Los Estados Unidos deberían respaldar públicamente el establecimiento de una Radio Cuba Libre y lanzar otras iniciativas propagandísticas. Finalmente, podrían propender a la creación de una Organización Militar de Defensa Recíproca (OMDR), al margen de la OEA, compuesta por las naciones dispuestas a juntar una fuerza de choque análoga a la de la OTAN. La OMDR podría entonces constituir sus propias fuerzas para ser empleadas en caso preciso en apoyo de un movimiento de liberación interno cubano.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Sostengo que, comparadas con lo que los soviéticos harían si las circunstancias fueran las opuestas, éstas son opciones moderadas y razonables; no hay que tener mucha imaginación para figurarse qué harían los soviéticos si los Estados Unidos hubiesen establecido un baluarte militar en el mar Negro, el mediterráneo ruso, a pocos minutos de vuelo de las costas de Crimea. No abrigo la menor duda de que en cuestión de horas, los soviéticos habrían eliminado la amenaza. A los jerarcas del Kremlin jamás les detiene la "opinión mundial", sino que actúan calculando racionalmente sus probabilidades de éxito.

La posición actual de los Estados Unidos con respecto a Cuba es aún *más negativa* que la política de quietismo absoluto. Emplea su fuerza para *impedir* la organización de movimientos y actividades anticastristas en el Caribe. Theodore Sorensen ha escrito que inmediatamente después de la crisis de los cohetes el presidente Kennedy ordenó que se tomasen precauciones para impedir que los exilados cubanos desbaratasen el "acuerdo"[11]. (¿Qué acuerdo? ¿El acuerdo de retirar los proyectiles y levantar el bloqueo? ¿Cómo podrían los exilados desbaratar este acuerdo? ¿O acaso se refería a un acuerdo secreto para proteger al régimen comunista de Cuba?)

Uno de los que conocían las respuestas a estas inquietantes preguntas era Robert F. Kennedy, pero aún quedan algunos más. Sin duda, ya ha llegado el momento de que estos últimos hagan partícipes de su secreto al pueblo norteamericano y a sus tradicionales amigos los cubanos.

Sobre este trasfondo de dudas y vacilaciones, los jefes de estado y dirigentes más influyentes de Hispanoamérica han observado la conducta de los Estados Unidos en el Caribe con gesto cada vez más preocupado. Hace algún tiempo, el general Onganía, que por aquel entonces gobernaba la Argentina, informó a su gabinete y a un grupo de dirigentes que, en vista de lo que había sucedido en el Caribe, su país no podía seguir considerando a los Estados Unidos como pilar fundamental de la lucha contra el comunismo. Y no es ningún secreto que Onganía y el ex-presidente Costa e Silva del Brasil planeaban rescatar a los países vecinos, si éstos sucumbiesen ante la amenaza del comunismo, mediante una acción militar

[11] Theodore C. Sorensen, *Kennedy* (Nueva York: Harper & Row, 1965), p. 717.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

conjunta independiente de la participación norteamericana y sin informar necesariamente a Washington por adelantado. Estos son síntomas de un sentimiento existente en el continente, que no puede ser ignorado en el contexto de la amenaza comunista, ni echado de lado por la nación más poderosa del mundo.

¿Hacia dónde va Cuba?

No existe el menor margen de duda de que algún día Cuba volverá a ser libre. La política washingtoniana apresurará o retrasará su liberación, pero no podrá evitarla. Sin importarles los entendimientos secretos entre Washington y Moscú, los cubanos se aprestan "a hacer honor al limpio linaje de su casta, tornando de nuevo las voces poderosas y el ademán resuelto del dardo o de la espada"*. Los cubanos, en suma, destruirán "la hoz que siega y el martillo que aplasta".

Muchas razones me llevan a abrigar esta firme convicción, algunas de las cuales no pueden ponerse por escrito. Pero la razón básica y global es que los cubanos aman a su país con un amor profundo, un amor de la buena tierra y de su forma de vida tradicional. Nosotros, los exilados, damos infinitas gracias al pueblo norteamericano por su generosa hospitalidad. Aquí hemos hallado puertas, manos y corazones abiertos. Pero ningún cubano puede olvidar que está unido por lazos del más profundo afecto a su patria grande, y no pasa un solo día sin que el recuerdo de Cuba no invada sus pensamientos.

Algún día, tal vez bajo los rayos del sol del mediodía, en una plaza atestada de gente, Castro será liquidado de un balazo, una cuchillada o la explosión de una bomba. O quizás, como en el caso de Hungría, la gente simplemente se lance a la calle.

Debido a que la revolución húngara de 1956 fue aplastada por una invasión soviética, por regla general las gentes no se percatan del hecho de que los insurrectos alcanzaron un triunfo total en el ámbito nacional. Hasta el momento del levantamiento, los periodistas y diplomáticos occidentales habían creído que el régimen había eliminado los diversos factores capaces de generar una revuelta. El ejército había sido adoctrinado concienzudamente, y una gran proporción de sus oficiales eran miembros del partido comunista. La antigua clase media había dejado de existir, y la juventud

*Poema al hermano de Cuba, por Agustín de Foxá.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

había sido inoculada con las doctrinas marxistas-leninistas. Aparentemente, el orden más absoluto reinaba en el país y, para colmo de garantías, había tropas rusas estacionadas en su territorio.

La explosión que se produjo a despecho de las predicciones, fue inesperada y espontánea, carente de planes y jerarquías. Sin embargo ha habido pocos precedentes modernos de una revolución que haya triunfado en forma tan fulminante como total. En tres días el poder había pasado al pueblo. Los trabajadores y campesinos, los restos de la clase media, e incluso las fuerzas armadas, se unieron casi inmediatamente a la rebelión. Un considerable segmento del partido hizo causa común con los alzados. La Unión Soviética, incapaz de confiar en las fuerzas militares que mantenía en el país, tuvo que retirarlas y sustituirlas por otras unidades más leales. La revolución fue aplastada, pero desde el exterior, por un invasor extranjero.

Hungría demostró la posibilidad de que, por medio de la revolución, se puede aniquilar un estado totalitario. Mientras más numéricos sean el ejército y la milicia, mayores serán sus vínculos con el pueblo, participando mancomunadamente en sus sufrimientos y aspiraciones. La magnitud de las fuerzas de Castro no ha de salvar a su dictadura y puede, en cambio, jugar un papel decisivo en su derrocamiento.

Muchos cubanos bien informados están acordes en que la liquidación de Castro será seguida de un acelerado proceso de degeneración y derrumbe del régimen. Pero la erupción podría también producirse antes de su eliminación. Si así sucede, todo el mundo dirá que lo que parecía "imposible" era, en verdad, "inevitable". Los dirigentes del mañana saldrán entonces de la inagotable cantera de las prisiones y la emigración.

Dado que el pueblo ha sufrido tanto y tan horrendamente bajo el colectivismo oligárguico de Castro, el péndulo de la historia cubana habrá de oscilar seguramente en la dirección opuesta: hacia las instituciones libres y la tradicional cooperación con los países vecinos. La Isla podrá incorporarse de nuevo a la gran familia de las naciones libres, para convertirse en uno de los países más hermosos, prósperos y seguros del continente.

Entonces el pueblo cubano se dará a la tarea de reanudar su histórica amistad con el pueblo norteamericano. Una vez restablecida, deberá ser una amistad fundada en el respeto recíproco, y el pueblo cubano sólo podrá alimentar sentimientos de respeto hacia

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

los Estados Unidos cuando este país esté dirigido por estadistas que sean capaces de actuar firme y valerosamente en defensa de los elevados intereses de su propio país, que, en la mayoría de los casos, promueven el interés general.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Fotos

El Generalísimo Máximo Gómez 35
El Lugarteniente General Antonio Maceo 36
El General Valeriano Weyler 36
El Acorazado Maine 38
Los restos del Acorazado Maine 38
El Sargento Batista, el Dr. Ramón Grau San Martín y el General Blas Hernández 49
El Central Preston 54
El corte de la caña de azúcar 54
Carga de la caña de azúcar 54
Descarga de la caña de azúcar 55
Campamento de Columbia: Hospital y Cuarteles 58
El Presidente Batista en New York 69
José M. ("Pepín") Bosch 74
Eduardo ("Eddy") Chibás 76
El General Batista se apodera del Gobierno; 10 de marzo de 1952 80
Panorama urbano de La Habana 92
Instituto Tecnológico "José Martí" 96
Colegio de Belén 98
Palacio del Centro Gallego de La Habana 99
Hogar de Angel Castro 105
Lina Ruz González y Angel Castro 106
Dr. Federico Laredo Brú, Coronel Batista y Raúl Castro Ruz 108
Fidel Castro prisionero 112
El Cuartel Moncada 112
Raúl Castro, Juan Almeida, Fidel Castro, Ramiro Valdés y Ciro Redondo 114
Herbert L. Matthews 118
La Sierra Maestra 129

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El Embajador Earl E. T. Smith 135
William Arthur Wieland 136
El General Dwight D. Eisenhower y el Embajador William D. Pawley con el Presidente del Brasil, Enrico Gaspar Dutra 164
Pelotón de Ejecución 184
Fidel Castro y el Vice-Presidente Richard M. Nixon..... 188
El Embajador Robert C. Hill 190
Otto F. Otepka 203
Fidel Castro y William A. Wieland 205
Fidel Castro 209
Anastas Mikoyán 217
The New York Times 234
Ernesto ("Che") Guevara y de la Serna 250
Arthur M. Schlesinger, Jr. 259
Mapa señalando el campo de entrenamiento en Nicaragua, "Happy Valley" 268
Mapa con los planes de bombardeo 269
Richard M. Bissell, Jr. 277
J. William Fulbright 278
Raúl Roa 288
Adlai Stevenson 289
El barco Río Escondido 296
Ernedio Oliva 299
Almirante Arleigh Burke 300
Robert F. Kennedy 307
Oliva, Artime y San Román 323
Manuel Artime 325
El juicio a la Brigada 327
Satélite-espía norteamericano puesto en órbita 342
Jruschov y Kennedy 347
Navío Soviético Naotaba 352
Emplazamiento de cohetes soviéticos 358
Mc George Bundy 361
Robert Mc Namara 362
Refugiados en una pequeña isla 417
Refugiados a la deriva 418

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Indice Clasificado

Abel, Elie, 365, 366, 370, 383
Acheson, Dean, 163, 164, 361, 365, 366, 369, 370, 384, 394-397
Ada, 259, 426
ADA World, 426
Adenauer, Konrad, 370, 396.
Agencia Central de Inteligencia, *ver:* CIA.
Agencia para el Desarrollo Internacional, 336
Agramonte, Roberto, 70, 175
agricultura en Cuba, la, 53-56, 87-90, 406-408
Agricultural and Food Situation in Cuba, 407
Alianza para el Progreso, 179, 427
Almeida, Juan, 232
Americans for Democratic Action, ver: ADA.
Anderson, George W., 366, 372, 373, 375-377
antiyanquismo, 50, 71, 110, 181, 182, 412, 413
árabes en España, los, 11, 12
Arbenz Guzmán, Jacobo, 247
Argentina, 41, 244, 399, 435
Argeta, María, 105
Arteaga, Cardenal Manuel, 412
Artime, Manuel, 325
Arroyo del Infierno, combate del, 121n
Arroyo, Nicolás, 125-127
Asamblea Constituyente de 1900, 40, 41

Bacardí, Compañía Ron, 73
Bahía de Cochinos, *ver:* Playa Girón,
Baldwin, Hanson W., 290, 363, 387
Banco de Exportación e Importación, 188
Banco Internacional de Reconstrucción, Informe del, 86
Banco Mundial, 188
Baralt, Luis, 225
Barrientos, René, 253
Batista, Fulgencio, 31, 42, 44, 45, 46-62, 63, 65, 66, 67-69, 79-83, 84, 90, 108, 113, 114, 118, 120, 123, 125-127, 131-134, 143, 144, 150-179, 180, 183, 186, 210, 221, 238, 239, 242, 243, 246, 249, 271, 416, 425
Barletta, Amadeo, 219
Barletta, Amadeo, Jr., 219
Beaulac, Willard D., 137, 139
Beauvoir, Simone de, 125
Belt, Guillermo, 140
Bethel, Paul D., 211n
bienes inmuebles en Cuba, 91
Birán, 103-105
Bissell, Richard M., Jr., 268, 277-279, 291, 299, 303, 311, 340
Bogotá, 136-143, 166, 191, 241
bogotazo, 136-143, 164, 176, 237
Bolivia, 182, 252-255
Bonsal, Philip W., 189, 191, 192, 198, 200, 206, 207, 210, 211, 214, 220, 223, 229, 230, 242, 246
Bosch, José M. (Pepín), 73, 74
Bosch, Juan, 189, 424
Braddock, Daniel M., 206, 207, 229
Braden, Spruille, 68-70, 77, 78
Brasil, 16, 41, 328, 424
Brigada 2506, 270-272, 280, 292, 314, 346
Brigada de Asalto, *ver:* Brigada 2506,
Brú, Federico Laredo, 59, 62
Buckley, William F., 264
Bundy, McGeorge, 259, 276, 289, 290, 299, 313, 355-361, 386
Burke, Arleigh, 276, 295, 298, 303

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Cabo Cruz, 115
Caffery, Jefferson, 45, 51, 52, 60, 61
Casilda, 263, 268, 272
Castro, Angel, 102-107
Castro, Fidel, 9, 16, 21-24, 31-33, 35, 40, 42, 45, 46, 63, 64, 71, 82-86, 102-114, 116-129, 130-149, 150-179, 180-211, 212-236, 260, 268, 272-279, 286, 288, 293, 297, 303-305, 317-337, 346, 350, 371, 390-392, 399, 401-420, 424, 429, 433, 436, 437
Castro, Juanita, 105n.
Castro, Raúl, 93, 105, 106, 108-114, 121, 183, 201, 244, 246, 401
Casuso, Teresa, 225
caudillo, 16, 59, 425, 426
Cayo Confites, expedición de, 71
CDR, 409-410
Céspedes, Carlos Manuel de, 47, 48
CIA, 31, 133, 143, 145, 146, 165, 167, 213, 235, 238, 242, 246-255, 258, 261, 263, 265-268, 276-279, 283-285, 288, 290, 298, 300, 303, 304, 310, 314, 316, 332, 337, 350-353, 356-360, 389
Ciénaga de Zapata, 273, 298
Cienfuegos, 269, 287, 298
Coello, Casiano, 61
cohetes, crisis de los, 230, 260, 331, 338-398, 399, 428
Colegio de Abogados de La Habana, 186
Colegio de Belén, 109, 411
Colegio Dolores, 102, 109
Colón, Cristóbal, 429
Colombia, 137-143, 182, 246
Columbia Broadcasting System (CBS), 124
Comité de Defensa de la Revolución, *ver:* CDR,
Comisiones de Relaciones Exteriores del Congreso de los EE. UU., 339, 337
comunistas en Cuba, 63, 66, 71, 82, 121, 122, 127, 128, 166, 190, 196-198, 208-211, 237-255, 399-421
Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), 71, 87, 161, 221
confiscaciones de propiedades norteamericanas, 192-194, 223-226, 237
conquistadores, 13, 14
Consejo Nacional de Seguridad de los EE. UU., 355, 397
Constitución de 1901, 40, 41, 63, 80
Constitución de 1940, 63-65, 80, 97n, 159, 238, 239, 323
Convención Constituyente de 1939, 59, 63, 65
Costa e Silva, Presidente Arthur da, 435
Crowder, Enoch, 44
Cruz Roja, 335-337, 414
Cuban Telephone Co., 196
Cubas, Jorge E. de, *ver* también: Lazo y Cubas, 10, 11, 60, 127, 145, 174-177, 212
Cuervo Navarro, Pelayo, 132, 133, 326
Cushing, Cardenal Richard, 330, 335

Chiang Kai-shek, 163, 394, 426
Chibás, Eduardo R., 75-78
China Roja, 190, 214, 215, 236, 264, 405
Churchill, Winston, 370, 421
Comité de Familias Cubanas, 328-332

Daily News, diario, 158, 260
Daniel, Jean, 84, 85, 88
Desvernine, Eugenio, 26, 27, 30
Diario de la Marina, 195
Díaz Balart, Mirta, 109
Díaz Lanz, Pedro Luis, 197, 198, 208, 249
Dillon, Douglas, 165, 166, 276, 353, 360, 361, 368

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Directorio Estudiantil, 48
Directorio Revolucionario, 132, 157
Dobrynin, Anatoly, 356, 359, 374, 381, 392
Dominicana, República, 71, 155, 169, 173, 189, 400, 423, 424
Donnelly, Walter J., 60
Donovan, James, 329-337
Dorticós Torrado, Osvaldo, 199
Draper, Theodore, 409
Dubois, Jules, 220
Dulles, Allen, 143, 166, 244, 246, 276, 311, 314
Dulles, John Foster, 140, 215

Echevarría, José Antonio, 132
educación, *ver* también: instrucción pública, 57-59, 95-97, 419
Eisenhower, Dwight D., 141, 143, 165, 166-169, 197, 223, 246, 261-263
Eisenhower, Milton, 141, 148, 200, 318-322, 423, 424, 428
ejecuciones, *ver* también: paredón, 183-187
El Encanto, tienda, 31, 236, 275
El Mundo, diario, 219
El Salvador, reunión de, 191
El Uvero, combate de, 131
embajada argentina, 199, 412
Escambray, montañas del, 157, 262, 311
Escuadrilla Aérea Cubana Libre, 270, 272-275, 280, 281-301
España, 11-17
Espín, Vilma, 244
Estados Americanos, IX Conferencia Internacional de los, 136-143, 164
Estrada Palma, don Tomás, 43, 68, 172
expropiaciones, 192-194, 223-226, 237

FBI, 25, 77, 145, 235, 245
Felipe II, 41
fiebre amarilla, 43
Finlay, Carlos J., 43
Fomin, Alexander S., 381-383
Francia, 213, 317, 370, 372
Franco, generalísimo Francisco, 60, 164, 425
Freyre, Ernesto, 330
Fulbright, J. William, 276, 278, 282, 310, 371

G-2, 19, 25, 27, 30, 233, 403
Gadea, Hilda, 248, 249
Gaitán, Jorge Eliécer, 137, 138
Gaulle, Charles de, 369-372, 396
Gilpatric, Roswell, 344, 345, 355, 375, 386
Girón, *ver:* Playa Girón,
Goldwater, Barry, 313, 319, 354
Gómez, generalísimo Máximo, 35, 36, 42
Gómez, Miguel Mariano, 57, 59
González Corzo, Rogelio, 303
Goodwin, Richard N., 276, 283, 320
granjas del pueblo, 407
Granma, yate, 113, 114, 116, 248, 254
Grau San Martín, Ramón, 48-52, 63-65, 68, 70-72, 83, 96, 160, 162
Gromyko, Andrei, 360
Guantánamo, Estación Naval de, 53, 257, 339, 368, 390, 393
Guatemala, 76, 235, 248, 262, 265, 280, 303
Güell, Gonzalo, 168
guerra árabe israelí, 388
guerra civil española, 117, 248
guerra de Corea, 395
guerra hispano-cubano-americana, 34-39
Guerra de Independencia, 34-39
guerra de Indochina, 348, 423-424, 428-429
Guevara, Ernesto "Che", 114, 120, 131, 172, 189, 210, 215, 216, 223, 237, 244, 247-255, 404-406
Guggenheim, Harry F., 125-127, 147, 148

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Haití, 424
Happy Valley, 280, 285-287, 292
Harriman, Averell, 379
Herrera, Gonzalo, 300, 301
Herter, Christian A., 168, 187, 204
Hevia, Carlos, 52, 66, 79
Hill, Robert C., 178, 189-192, 200-202
Hilsman, Roger, 312, 313, 350-353, 360, 382
Hispanoamérica, colonización de, 13-18
Historia me absolverá, La, 111, 238
Holland, Henry, 167
Hotel Habana Hilton, 93, 175, 222
Hruska, Roman L., 178
Hungría, 344, 346, 353, 436, 437

ICBMs (cohetes balísticos intercontinentales), 342, 345, 356, 362
Iglesia Católica, 56, 159, 169, 170, 196, 243, 411, 412
Imprenta Nacional, 214
industria azucarera, 44, 53-56, 88-90, 100, 222, 223, 403-405
industria en Cuba, 91-93, 100, 101
Inglaterra, 14-18, 29, 371, 374, 386, 388, 428
INRA, 193, 250
Instituto Nacional de Reforma Agraria, *ver:* INRA,
Instrucción pública, 57-59, 95-97, 419
invasión, *ver:* Playa Girón,
IRBM (cohetes balísticos de alcance intermedio), 343, 354, 386, 428
Isla de Pinos, presidio de, 238, 325
Italia, 30, 386-389, 428
Ivanov, Evgeni, 78, 79

Jefferson, Thomas, 317
Johnson, Lyndon B., 264, 299, 360, 391, 419, 420, 423, 424
Johnson, U. Alexis, 355
Jones, John Paul, 376
Jruschov, Nikita S., 223, 224, 240, 338-349, 356, 359, 360, 365, 368, 371, 372, 373-391, 398, 401, 420, 426, 433
Júpiter, bases de cohetes, *ver:* Inglaterra; Italia; Turquía,

Katzenbach, Nicholas de B., 334
Keating, Kenneth B., 149, 178, 353, 354
Kennedy, Edward M., 204
Kennedy, John F., 32, 42, 84, 85, 87, 110, 202, 204, 224, 230, 231, 233, 256-398, 401, 419, 420, 427, 428, 431, 433, 435
Kennedy, Robert F., 306-308, 315, 328-337, 350-394, 435
Kohler, Foy, 360
Kourí, Julio, 225
Krock, Arthur, 315
Kruschev, Nikita S., *ver:* Jruschov,

La Cabaña, fortaleza de, 21, 61, 79, 185
La Coubre, 218
Lafayette, marqués de, 34
Laos, 346
La Plata, combate de, 121n.
Laredo Brú, Federico, 59
Lazo, Carmen, 19, 25-33, 177, 216, 230, 231, 243, 276, 322
Lazo y Cubas, 10, 67, 68, 174-177, 226, 227-229
LeMay, Curtis, 366, 386, 387, 428
Lemnitzer, Lyman, 276, 299, 303
Lenin, Vladímir I. Uliánov, 257
Ley de Coordinación Azucarera de 1937, 89
Ley de Justicia Laboral, 411
Ley Logan, 319, 330
liberal, pensamiento, 70, 213, 246, 399, 422-438
Lockwood, Lee, 403, 404, 414
Loginov, V. A., 380
López Castro, Amadeo, 66
López Fresquet, Rufo, 200, 219, 220

Maceo, lugarteniente general Antonio, 36

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Maceo, Marcos, 36
MacMillan, Harold, 369, 372, 379
Machado, Gerardo, 44, 47, 127
Magoon, Charles E., 43
Maine, acorazado, 37, 38
Manifiesto de la Sierra Maestra, 239
Manila, batalla de la bahía de, 39
Mann, Thomas, 276
Mao Tse-tung, 164, 215, 426
March, Aleida, 249
Mariel, puerto del, 350-352
Marks, Herman, 185
Márquez Sterling, Carlos, 63, 132, 133, 152, 159, 160
Marrero, Leví, 225
Marshall, George C., 137, 140, 163
Martínez Sánchez, Augusto, 186, 326, 327
Matanzas, 19, 21-23, 27, 30, 91, 183, 273
Matos, Húber, 208, 209
Matthews, Herbert L., 46, 111, 113, 121-135, 138, 148, 157, 161, 166, 169, 177, 178, 181, 197-199, 209, 218, 220, 229, 243, 253, 316, 402
McCone, John A., 353, 356, 357, 361, 368
McKinley, William, 36
McNamara, Robert, 299, 355-372, 367-394
Mendieta, Carlos, 52, 56, 57
Mestre, hermanos, 77
México, 39, 82, 113, 114, 119, 189-191, 200, 215, 248, 254
Miami Herald, The, diario, 204
Mikoyán, Anastas, 215-217, 390
Ministerio de Educación, 97n.
Miró Cardona, José, 175
Moncada, cuartel, 110-113, 238, 241
Monroe, Doctrina de, 29, 41, 365, 383, 434
moros en España, los, 11-13
Morro, castillo del, 40
Movimiento 14 de Junio, 189
Movimiento Revolucionario 26 de Julio, 110, 122, 130, 146, 243
MRBMs (cohetes balísticos de alcance mediano), 351, 367, 386
Mujal Barniol, Eusebio, 161
mujer en Cuba, la, 403

Naciones Unidas, 155, 160, 224, 287, 290, 306, 309, 339, 361, 368, 369, 382, 385, 388
National Broadcasting Company (NBC), 124, 185
negros en Hispanoamérica, los, 14, 106
New York Times, The, diario, 46, 85, 114, 115-129, 148, 153, 159, 161, 178, 197-199, 204, 207, 217, 220, 235, 243, 265, 290, 346, 363, 364, 369, 403, 419
Nicaragua, 268, 269, 270, 280, 300, 301, 306, 424
Nicaro Nickel Co., planta de la, 191, 193, 226, 227, 393
Nitze, Paul, 276, 361, 363
Nixon, Richard M., 126, 200, 231, 232, 268, 313, 337, 354, 398
"no intervención", 160, 179
"no invasión", promesa de, 382-384, 388, 389, 391-393, 397, 398, 419, 420

Obreros, 86-89, 220, 221, 410, 411, 414, 415
Oliva Erneido, 299
OEA, *ver:* Organización de los Estados Americanos,
ONU, *ver:* Naciones Unidas,
Operación Pluto, 268, 270, 276, 278, 287, 291, 299
Organización de los Estados Americanos (OEA), 127, 160, 170, 191, 192, 339, 424
Organización Internacional del Trabajo (OIT), 87
Ormsby Gore, David (Lord Harlech), 371, 374
Ortodoxo, Partido, 72, 78, 82
Ospina Pérez, Mariano, 137, 139, 140

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Otepka, Otto F., 203-205
Ovares Herrera, Enrique, 137-139

Paar, Jack, 124
País, Frank, 130
Palacio Presidencial, asalto al, 131-133
Panamá, 262, 303
Panamá, expedición contra, 189
paredón, 24
Partido Comunista de Cuba (PCC), *ver*, además: comunistas en Cuba y Partido Socialista Popular (PSP), 66, 67, 238
Partido Socialista Popular, 63, 66, 82, 150, 240
Pawley, William D., 139, 162-169, 246
Pearl Harbor, 66, 364, 365, 396
Penkovskiy, Oleg, 344
Pérez Serantes, monseñor Enrique, 111
Perón, Juan Domingo, 244, 247
Perú, 235, 236
Philby, Harold R. (Kim), 344
Phillips, Ruby Hart, 118, 217
Pino, Rafael del, 137-140
Plan de Desarrollo Económico y Social, 90-93
Platt, Enmienda, 40-43, 56
Platt, Orville H., 40
Playa Girón, 256-316, 431
Portell Vilá, Herminio, 78
Portugal, 15-17, 426
Prensa Latina, 214, 249
Prensa Libre, diario, 195
presos, 317-337, 414, 415
Príncipe, castillo del, 324
Prío Socarrás, Carlos, 65, 72-77, 113, 132, 151, 152, 155, 156, 174, 241
Programa de Asistencia para la Defensa Militar, 155, 156
prostitución, 94, 403
Puerto Cabezas, Nicaragua, 268, 280
Puerto Rico, 39, 222

Radio Cuba Libre, 434
Radio Moscú, 385, 389, 395
Rashilov, Sharaf R., 416
reconcentrados, 37
Recuerdos de la Guerra Revolucionaria Cubana, 121n.
Reforma Agraria, 88, 89, 90, 192-194, 199, 232, 239
Reforma Urbana, 227, 228, 232
rescate de los prisioneros, 317-337
Reston, James, 218, 346-348, 402
Rivero Agüero, Andrés, 162, 170
Rivero, Felipe, 323
Rivero, José Ignacio, 195
Roa García, Raúl, 265, 287-289
Rodríguez, Carlos Rafael, 241
Rojas Pinilla, Gustavo, 182
Roosevelt, Eleanor, 85, 212-214
Roosevelt, Franklin, D., 42, 44, 52
Rostow, Walt W., 299
Rubottom, Roy, 130, 135, 139, 140-143, 147, 148, 151, 156, 157, 160-163, 166-169, 181, 192
Rusk, Dean, 204, 276, 279, 282, 283, 285, 290-292, 294-299, 312, 313, 360, 364, 367, 369, 379-386, 301, 392, 396, 421
Ruz González, Lina, 105-108

Saladrigas y Zayas, Carlos, 68
Salinger, Pierre, 266
SAM (cohetes tierra-aire), 351, 353, 357-359
SAMOS (Sistema de Observación con Satélites y Misiles), 342
San Antonio de los Baños, base aérea de, 67, 72, 286, 298, 306
Sánchez, Alvaro, 328, 336
San Román, José P., 326, 327
San Román, Roberto P., 308
Santa Clara, 248, 249
Santiago de Cuba, 34, 39, 105, 109-113, 130, 173, 186, 244, 286
Santo Domingo, 264
Scali, John, 381
Schlesinger, Arthur M., Jr., 42, 94, 253, 258-260, 268, 276, 282-285 290, 299, 310, 313, 333, 340, 348, 360, 379, 385, 391, 394

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Secretaría de Comercio de los EE. UU., 86-89, 93, 333, 336, 406
Secretaría de Estado de los EE. UU., 77, 127, 130, 134-137, 141-143, 145, 147-151, 153-156, 158-160, 162, 165-171, 177-182, 192, 201, 202, 204, 205, 207, 215, 223, 228, 229, 242, 249, 262-264, 282-284, 288, 292, 312, 328, 353, 367, 382, 419, 433
Servicio de Inteligencia Militar, *ver:* SIM,
Sierra Maestra, 113, 115-120, 121n. 124, 143, 237
SIM, 32
Smith, Earl E. T., 42, 127, 133, 134, 140, 143, 146, 147, 151, 165, 169-175, 177, 178, 242-246
Soler, Eugenio, 225
Sorensen, Theodore C., 258, 259, 268, 310, 311, 313, 339, 360, 367, 388, 392, 395, 435
Sorí Marín, Humberto, 303, 304
Stalin, José V., 387
Stevenson, Adlai, 285, 288-290, 297, 309, 310, 333, 360, 366, 367-369, 380, 381, 385, 389, 392
Subcomisión Senatorial de Seguridad Interna, 141, 142, 178, 180, 197, 202, 241n.
Suicide of the West, 243, 426n.

Taber, Robert, 124
Taft, William Howard, 43
TASS, agencia, 214, 373
Taylor, Maxwell D., 308, 360, 366
Tito, 425
Thirteen days, 387, 395
Thompson, Llewellyn, 361
Tratado de París, 39
Tratado de Reciprocidad, 57
Tribunal de Urgencia, 111
Tricontinental, Conferencia, 120
Trinidad, ciudad de, 262, 263, 267
Trujillo Molina, Rafael Leónidas, 71, 167, 189
Truman, Harry S., 164, 313, 394
Turquía, bases de cohetes en, 368, 370, 373, 379, 380, 381, 385

U-2, aviones de reconocimiento, 278, 340-342, 357-359, 384, 420
Unión Soviética, *ver:* U. R. S. S.,
United Fruit Co., 53-56, 103-105
Universidad de La Habana, 28, 71, 110, 132, 157, 240
Urrutia Lleó, Manuel, 181, 196, 198
U.R.S.S., 32, 82, 89, 140, 190, 215-218, 221, 224, 225, 242, 264, 277, 338-341, 345, 350-372, 378-398, 407, 418, 426
U Thant, 380, 382, 388, 390

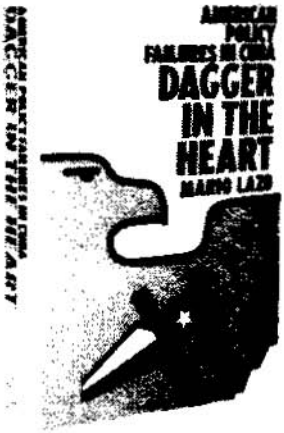
Varadero, 19, 28, 145, 185, 219
Vargas Gómez, Andrés, 225
Viena, conferencia de 1961, 346-348
Voz de América, La, 23

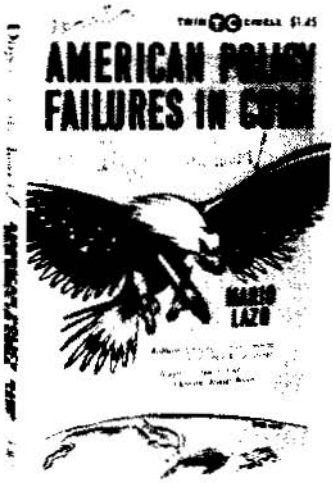
Ward, Stephen Thomas, 378, 379
Washington Post, The, diario, 198, 369, 381
Welles, Sumner, 44, 47, 48, 50, 51
Weyler, Valeriano, 36
Why England Slept, 314, 315
Wieland, William, 130, 135-149, 150-151, 154, 156, 157, 165-169, 180, 181, 192, 200-205, 424
Willauer, embajador, 192
Wine is Bitter, The, 423
Wood, Leonard, 40, 42
Wright, J. Butler, 61

Yorktown, batalla de, 26, 258
Yugoslavia, 425

Zaldo, Ernesto de, 26, 27, 30
Zapata, *ver:* Ciénaga de Zapata, 262, 272, 273
Zorin, Valerian A., 368, 380, 382

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm





Las ediciones en inglés pueden adquirirse por medio de las distintas librerías, o bien dirigiéndose a:

- (Para la edición encuadernada en tela): Funk and Wagnalls Publishing Company. 201 Park Avenue South, New York, N. Y. 10003, al precio de US$ 5.95 c/u.
- (Para la edición en rústica): Twin Circle Publishing Company. 86 Riverside Drive, New York, N. Y. 10024, al precio de US$ 1.45 c/u.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

4

Hacia la democracia

La popularidad de Batista aumentó considerablemente al decidirse a convocar elecciones para una Convención Constituyente en noviembre de 1939. Por primera vez todas las formaciones políticas, incluso la Unión Revolucionaria Comunista, recientemente legalizada, podrían debatir públicamente los medios necesarios para remediar los abusos políticos acumulados durante casi cuarenta años de vida republicana. Uno de los principales objetivos de la Constituyente sería el de limitar la preponderancia que la Constitución de 1901 concedía al poder ejecutivo, lo cual respondía a una imposición norteamericana. El principal partido de la oposición, dirigido por Grau San Martín, estaría ampliamente representado en una asamblea que iba a tomar decisiones de suma importancia. Los delegados trabajarían en una atmósfera de idealismo, exentos de toda presión extraña. Los hombres más capaces del país dedicarían todos sus esfuerzos a crear una sociedad más justa.

El Dr. Grau San Martín presidió las primeras sesiones de la asamblea, y después de él mi primo, el Dr. Carlos Márquez Sterling; ambos se oponían políticamente a Batista. Acabadas las deliberaciones, tras un período de varios meses, se promulgó la hoy famosa Constitución de 1940, que Castro prometió respetar en los días en que se hallaba en las montañas (1956—1958). Su importancia radica en que, una vez que se desplome el régimen comunista, el primer gobierno que le suceda habrá de restaurarla, ya que esta ley fundamental es muy estimada por el pueblo cubano.

La Constitucion de 1940 prevé un sistema de gobierno semiparlamentario, y adopta, en parte, la forma de un conjunto de declaraciones sobre los objetivos nacionales, que requieren la consiguiente implantación legislativa. Se ordena la creación de un Tribunal Superior Electoral autónomo con autoridad suprema para zanjar las querellas electorales y facultades para impartir instrucciones al

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ejército y a la policía durante las elecciones. Un Consejo de la Administración Pública regularía los empleos del Estado, definiendo y delimitando cuidadosamente la Constitución los tipos de cargos que pueden considerarse "políticos" y, por tanto, excluidos del sistema burocrático de ascensos por méritos. Un tercer organismo autónomo sería el Tribunal de Cuentas, competente en la revisión de las cuentas del gobierno, con el fin de eliminar la malversación de los fondos públicos. La Constitución exigía también la organización de un banco nacional de emisión y redescuento. La extensión de los latifundios, pertenecientes tanto a los cubanos como a los extranjeros, sería reducida y limitada por ley.

De los 286 artículos, 61 tratan de materias sociales y económicas, incluyendo las obligaciones del gobierno de proporcionar instrucción obligatoria y gratuita, y de terminar con el analfabetismo. El capítulo sobre el trabajo incorpora gran parte de la avanzada legislación promulgada durante el período de 1933 a 1940, entre ellas la de salarios mínimos, jornada máxima laboral de ocho horas diarias o cuarenta y cuatro semanales, y obligación de las empresas de conceder un mes anual de vacaciones pagadas. Al dar empleo, el patrono está obligado a dar preferencia al trabajador cubano sobre el extranjero, y, en caso de despido, debe separar primero al extranjero. No se puede despedir libremente a los trabajadores; para hacerlo debe recurrirse al llamado "expediente de despido", sujeto a revisión por parte del Ministerio del Trabajo y los tribunales, y el despido sólo puede fundamentarse en limitado número de causas señaladas en la Ley. Esta disposición creó un problema a los patronos, que llegó a ser conocida por el nombre de *"inamovilidad"*. En 1959 el régimen de Castro excedió el marco de estas disposiciones, prohibiendo en absoluto toda clase de despidos y confiscando las empresas que proyectaban la reducción de sus plantillas. (Sin embargo, una vez que las empresas quedaban confiscadas, las autoridades disponían el despido de parte del personal y reducían los salarios a su libre criterio).

La división de poderes —legislativo, ejecutivo y judicial— no difiere fundamentalmente de lo enunciado en la Constitución de 1901, pero se añaden algunas medidas encaminadas a garantizar la independencia del poder judicial. El poder ejecutivo recae en el presidente, elegido para un período de cuatro años y sólo reelegible para un segundo mandato tras un intervalo de ocho años. Para limitar las atribuciones del ejecutivo, el gabinete es responsable ante el Congreso.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Los derechos individuales garantizados por la Constitución, tales como la libertad de expresión y de reunión, son semejantes a los otorgados en 1901, pero se dictan algunas normas muy concretas con la finalidad de evitar los anteriores abusos. En especial, el articulado constitucional protege al ciudadano de la acción arbitraria de la policía; toda persona arrestada ha de ser presentada a las autoridades judiciales dentro de las setenta y dos horas siguientes a su arresto, facultando el incumplimiento de esta norma la presentación de un escrito de *habeas corpus* en su defensa. Por regla general los tribunales ordenaban que tales personas fuesen puestas en libertad; en períodos de turbulencia política, en que, valiéndose de este medio, los terroristas recobraban su libertad de acción, la autoridad del poder ejecutivo quedaba bastante debilitada.

Una de las disposiciones más importantes es la que limita la facultad del presidente de suspender estas garantías constitucionales; sólo lo puede hacer en caso de invasión armada o de grave alteración del orden público, y por un período no mayor de cuarenta y cinco días, debiendo convocar al Congreso antes de las cuarenta y ocho horas para que apruebe o rechace la suspensión. Se prohibe la confiscación de bienes sin previa compensación fijada por la autoridad judicial. La pena de muerte se reserva para los casos de traición a la patria o como sanción para determinados delitos cometidos dentro del ámbito de la jurisdicción militar.

La Constitución de 1940, uno de los documentos más avanzados en su género, era un gran paso que daba Cuba en el camino de la democracia, aun cuando en la práctica nunca se aplicó plenamente. Las funciones del Estado conservaron un alto grado de centralización; la concesión de empleos públicos por motivos políticos constituía una de las principales fuentes de corrupción. Continuaba habiendo grandes dificultades para obtener un empleo de funcionario público, maestro o policía sin el padrinazgo de algún político. Los tres presidentes que hubo entre 1940 y 1952 (Batista, Grau San Martín y Prío Socarrás) violaron las normas constitucionales. Grau (1944—1948) manifestó públicamente su desacuerdo con las restricciones que le imponía la Constitución. El gobierno que mejor observó la ley fundamental fue el de Carlos Prío Socarrás, que estableció los cuatro organismos autónomos exigidos por ella.

Las siguientes elecciones se celebraron en julio de 1940. Se presentaron como candidatos Batista y Grau San Martín. Ambos realizaron una intensa campaña, recorriendo el país y arengando a

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

las multitudes de los pueblos y ciudades. Se elaboraron lemas electorales, se compusieron tonadillas publicitarias, y en todas las calles del país se fijaron pasquines de propaganda. La noche anterior a las elecciones fueron acuarteladas las tropas, y la policía se encargo de mantener el orden. La votación se llevó a cabo ordenadamente. Los observadores juzgaron que la elección había sido imparcial, y que no se había recurrido a la acostumbrada práctica de comprar votos. El coronel Batista obtuvo un triunfo arrollador, ya que la coalición de partidos que le apoyaban obtuvo además la mayoría de escaños en el Senado y la Cámara de Representantes. Por fin veía cumplido su deseo de gobernar al país como presidente constitucional.

Dos días después del ataque contra Pearl Harbor, el Congreso cubano, a petición de Batista, aprobó la alianza con los Estados Unidos a pesar de las manifestaciones de los comunistas. Diez días después, como medida de urgencia propia de los tiempos de guerra, el Congreso delegó en el presidente sus poderes, confiriéndole autoridad para crear nuevos impuestos, regular el comercio, la industria y el trabajo, y concluir pactos militares con los Estados Unidos y sus aliados. De este modo Batista pasó a ser el presidente dotado de más influencia y poder de toda la historia de Cuba. A los pocos días elevó el nivel de todos los impuestos existentes y creó otros nuevos, entre ellos el impuesto sobre la renta.

Toda la zafra azucarera del año 1942, excepto el volumen que se necesitaba para el consumo nacional, fue vendida al gobierno estadounidense a un precio mucho más bajo que el del mercado internacional. Carlos Hevia, un político de reconocida honradez y rectitud, que más adelante llegaría a desempeñar la cartera de Estado, recibió la encomienda de regular los precios y abastecimientos. Un ex-ministro de Agricultura, Amadeo López Castro, a quien todos respetaban por su probidad, fue nombrado coordinador con la embajada norteamericana de todos los asuntos relacionados con el azúcar.

A raíz de la firma del pacto germano-soviético, los comunistas cubanos atacaron a los Estados Unidos y a sus aliados, mas cuando en junio de 1941 Alemania invadió a Rusia, cambiaron su modo de obrar y moderaron sus críticas a los Estados Unidos. Batista les permitió actuar públicamente, en el entendimiento de que se abstendrían de utilizar tácticas violentas. En enero de 1943 los comunistas adoptaron la denominación de Partido Socialista Popular

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

(PSP), y en abril de ese mismo año el gobierno de Batista estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, aliada de los Estados Unidos.

Durante su primer mandato hablé a menudo con Batista. Por entonces mi bufete entablaba negociaciones con el gobierno para obtener los correspondientes permisos relacionados con unos proyectos de guerra del gobierno norteamericano, entre ellos la construcción de la base aérea de San Antonio de los Baños, al sur de La Habana, a un coste total de unos 15 millones de dólares. Los bombarderos pesados harían vuelos de entrenamiento desde el noroeste de los Estados Unidos hasta esta base antes de tomar parte en las operaciones del Pacífico. Para hacer frente a los submarinos alemanes, que habían hundido centenares de barcos aliados en aguas muy cercanas a la costa de Cuba, era preciso ampliar los aeropuertos y construir otros nuevos, para que desde ellos los bombarderos norteamericanos pudiesen contrarrestar la ofensiva de la *Kriegsmarine*. Además, el gobierno de los Estados Unidos había decidido construir una planta de concentración de níquel en la zona de Lengua de Pájaro, Oriente.

Para que sin demora alguna pudiesen llevarse a cabo tales proyectos, era indispensable que, con la anuencia de los mismos trabajadores, se suprimiesen las restricciones relativas a la jornada laboral y se obtuviese rápidamente la multitud de permisos y licencias gubernamentales necesarias. Le pedí a Batista que designase a personas competentes y dotadas de autoridad suficiente para solucionarnos lo antes posible los cientos de problemas que planteaba la participación del gobierno. Y así se hizo en efecto.

Le pedimos asimismo exenciones tributarias, que suponían un gran ahorro para los Estados Unidos y una pérdida para Cuba; también nos las concedió. Cuando surgió el problema de la propiedad de la península sobre la que iba a ser construida la gran planta de la Nicaro, Batista aceptó inmediatamente mi propuesta: la propiedad sería adquirida por una sociedad anónima cubana, cuyas acciones pertenecerían a un organismo del gobierno de Washington. En todo momento recibimos la cooperación inmediata y cordial del presidente.

Durante este período comenzaron a imputársele actos dictatoriales, precisamente cuando, en sus conversaciones conmigo, denotaba un gran interés por el ideal democrático. En una ocasión, al

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ser tachado de tal por un periódico "progresista" de Norteamérica, comentó risueñamente que, al menos, trataba de ser un "dictador democrático pro-norteamericano". Más tarde, en 1958, me acordé de esta acusación cuando los políticos "progresistas" (liberales) de Washington decidieron expulsar del poder a un Batista conservador y pro-norteamericano y sustituirlo por un Fidel Castro.

De conformidad con las prescripciones constitucionales, el presidente no podía ser reelegido antes de que transcurrieran ocho años del término de expiración de su anterior mandato, por lo cual Batista no se presentó a las elecciones de 1944. Respaldó la candidatura del Dr. Carlos Saladrigas, un abogado dotado de una amable personalidad y de ideas políticas conservadoras, pero carente del talento necesario para atraer a las masas. Su adversario era el viejo enemigo político de Batista, el Dr. Grau San Martín. En la campaña electoral, Grau prometió la redistribución de la riqueza y la restauración de la autoridad civil. Mi esposa votó por Grau, confiando en que sería honrado y cumpliría sus promesas; mi socio y yo apoyamos a Saladrigas y colaboramos intensamente con él. La elección se llevó a cabo con orden y sin ninguna clase de abusos, ganando el izquierdista Grau por una amplia mayoría. En toda América se comentó el hecho de que Batista hubiese permitido que su adversario político asumiera el poder. Era la primera vez que en la historia de Cuba había sido derrotado el candidato apoyado por el gobierno. Batista abandonó la presidencia en medio de los elogios y el reconocimiento de la inmensa mayoría del pueblo.

Si se exceptúa el cuatrienio del gobierno de Estrada Palma, considerado como la edad de oro de la administración pública de Cuba, el país se ha caracterizado siempre por la corrupción de su vida política. Los primeros años de Batista no fueron ninguna excepción. Paradójicamente, sin embargo, mientras que en los proyectos de guerra que nos ocupaban y que suponían un desembolso de más de 125 millones de dólares no hubo ningún abuso durante la presidencia de Batista, en Washington la corrupción había llegado hasta la Casa Blanca, precisamente en relación con uno de estos proyectos, si bien es verdad que el presidente norteamericano no estaba personalmente implicado en el asunto[1].

En mayo de 1942 entró en escena el embajador Spruille Braden.

[1] Herbert Solow, *"Who's Going to Clean up Nicaro?"* *Fortune.* Junio de 1953, p. 108.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El presidente Batista (con el dedo en el labio), durante el curso de una visita que realizó a Nueva York en 1942, por invitación del alcalde de esta ciudad, Fiorello La Guardia. Al centro, el embajador Spruille Braden.

Vigoroso, enérgico, de una franqueza rayana en la brusquedad y hombre de elevadísimos principios, daba la impresión de ser la antítesis de su predecesor. Desde el principio manifestó claramente que no permitiría manejos dudosos u ocultos que afectasen a los intereses de los Estados Unidos. Cuando se acercaban las elecciones de 1944, advirtió públicamente y con severas palabras a sus compatriotas que no se mezclasen en los asuntos políticos cubanos ni colaborasen en la campaña electoral. Aunque no faltaron situaciones de pugna entre Batista y Braden, las relaciones entre ambos se desarrollaron sobre un plano de mutuo respeto.

A Spruille Braden corresponde el honor de haber sido el primer diplomático norteamericano que advirtió a las autoridades de Washington acerca de la tormenta que se gestaba en el Caribe. En 1957, cuando ya se había marchado de Cuba, declaró públicamen-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

te que la política norteamericana basada en la actitud de hacerse la vista gorda con respecto a los envíos clandestinos de armas norteamericanas a los rebeldes castristas de la Sierra Maestra, mientras al mismo tiempo prohibía los embarques de armamentos al gobierno cubano, adquiridos y pagados por éste a instancias de las autoridades militares estadounidenses, estaba llamada a provocar un desastre. Afirmó Braden que esta conducta convencería al pueblo cubano de que el gobierno de Washington se oponía a Batista, y que la misma acarrearía el caos y el comunismo en el país. En octubre de 1957, por mediación de un alto funcionario de la Secretaría de Estado (Terry Sanders), le formuló la misma advertencia al entonces secretario de Estado, John Foster Dulles. Un mes después, ante una rueda de periodistas, Dulles manifestó que "en este Hemisferio el comunismo no constituye un peligro! ! !". Pero volvamos a la Cuba de 1944 . . .

El ascenso de Grau al poder generó un gran renuevo de esperanzas, pero a los pocos meses cundió la desilusión. Con la excepción del régimen de Castro, que despojó arbitrariamente de sus bienes a la gran mayoría de los propietarios del país, el gobierno del doctor Grau (1944—1948) es considerado por todos los cubanos como el más incompetente y corrupto de toda la historia del país.

Esto —y aquí conviene hacer una digresión— podría haber constituido una magnífica lección para los políticos que en Washington defienden la teoría de que la llamada "izquierda democrática no comunista" es el remedio para los males políticos de Hispanoamérica. La lección fue pasada por alto. Cualquier catedrático izquierdista que en Hispanoamérica pase de la cátedra a la presidencia de una nación, sea o no un hombre competente, recibirá el apoyo de la Secretaría de Estado norteamericana y la ayuda económica de los organismos financieros dependientes del gobierno de los Estados Unidos. En cambio, con respecto a las juntas militares de derecha, sin importar lo competentes que puedan ser, y que por lo general actúan para salvar al país del extremismo comunistoide, la actitud de la prensa liberal norteamericana y de la Secretaría de Estado es contraria. Las califican de dictatoriales, y cuando ya la prensa liberal ha acumulado en contra de ellas un océano de ataques y acusaciones, termina a veces reconociéndolas. Esa confianza en el izquierdismo como la mejor política contra el comunismo, es la que la ha llevado a darle apoyo a Sukarno, Nasser, Nkrumah, Bosch . . . y Castro.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Casi de inmediato Grau acometió una depuración del ejército, destituyendo al jefe de la guarnición de Columbia y a numerosos jefes militares en todo el país, especialmente a los que habían sido adictos a Batista. En pocos meses la mayor parte de los oficiales que habían apoyado a Batista fueron dados de baja de las fuerzas armadas. Grau explotó a fondo los formidables recursos fiscales y burocráticos que tenía a su disposición. Entregó 750,000 pesos a la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), dirigida por los comunistas, para que se construyera el Palacio de los Trabajadores. Los grupos revolucionarios, que hasta entonces habían funcionado como organizaciones clandestinas, emergieron entonces a la luz pública, e incluso muchos de sus miembros obtuvieron empleos en el gobierno. La inquietud dentro del campo laboral se vio intensificada por las luchas entre los dirigentes comunistas y sus adversarios por el dominio de los sindicatos, y el orden público resultó amenazado.

Los comunistas comenzaron a apoderarse de la dirección de las asociaciones magisteriales, utilizándolas como medios para difundir más ampliamente sus doctrinas. Cuba se convirtió en un foco de propaganda comunista en el hemisferio occidental. Aunque había pocos rusos residentes en Cuba, y Rusia apenas tenía intereses comerciales en el país, los soviéticos destacaron en La Habana un excesivo número de agentes diplomáticos, instalando su misión en una lujosa mansión, en la que se vivía con despilfarro y donde se reunían los emisarios de Moscú con los líderes comunistas de Hispanoamérica. Al terminar la Segunda Guerra Mundial en 1945, Grau toleró el desencadenamiento de una intensa propaganda antinorteamericana, que, bajo el lema de "la cubanidad en marcha", adoptó una definida postura nacionalista.

Bajo la presidencia de Grau, el Ministerio de Educación se transformó en una importante fuente de latrocinio y malversación; el ministro José Manuel Alemán, se hizo multimillonario. Fue durante esta administración que tuvo lugar la fracasada expedición izquierdista de Cayo Confites contra Trujillo y la República Dominicana, en la cual participó Fidel Castro, que por aquel entonces cursaba estudios de Derecho en la Universidad de La Habana.

Una vez frustrada aquella expedición, el Senado cubano aprobó una moción de desconfianza contra el ministro Alemán, que por aquel entonces se hallaba en Miami. Se le acusó de haber sustraído de las arcas del Tesoro unos 60 millones de dólares en billetes de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

banco. Al preguntársele cómo había llevado el dinero a los Estados Unidos respondió que "en maletas". Alemán murió pocos años después, dejando una gran fortuna invertida en terrenos y construcciones en Miami. También a Grau se le imputó más tarde la malversación de 174 millones de pesos pertenecientes a los fondos del gobierno. El 4 de julio de 1949, gobernando el país Carlos Prío Socarrás (que había sido elegido con el apoyo de Grau), un grupo de hombres armados invadió el recinto del juzgado y se llevó todas las actas relacionadas con la causa incoada contra el ex-presidente. El proceso quedó paralizado; nadie fue detenido, y los documentos jamás aparecieron. Grau murió en La Habana en julio de 1969. A su entierro apenas asistieron cien personas.

Conocí a Prío por vez primera una tarde en que llegó en mangas de camisa a nuestro bufete, representando en calidad de abogado a un grupo de obreros que había trabajado durante los años 1942 y 1943 en la base aérea de San Antonio de los Baños. Prío, que por entonces contaba treinta y nueve o cuarenta años, me pareció simpático e inteligente, y, si mal no recuerdo, presentaba su caso cortésmente, pero con energía. Resultaba interesante conversar con él. Había pasado varios años de presidio como resultado de sus actividades revolucionarias contra Machado, y había sido delegado a la Convención Constituyente de 1939. Luego de estudiar detenidamente el caso, decidimos rechazar su demanda, y así se lo hicimos saber en nuestra segunda entrevista con él.

El 30 de abril de 1947 el presidente Grau nombró a Prío Socarrás ministro del Trabajo, no tardando éste en acometer la tarea de desalojar a los comunistas de las posiciones claves que ocupaban en las organizaciones sindicales. Ordenó la expulsión de éstos del Palacio de los Trabajadores, fundándose en el argumento de que el edificio pertenecía a la Confederación de Trabajadores de Cuba. Algún tiempo después apoyaría sus aspiraciones presidenciales en la afirmación de haber destruido la influencia de los comunistas en la política nacional. "Hay que desenmascararlos y denunciar sus planes de dominación mundial", manifestó.

La desilusión del pueblo cubano ante la obra del gobierno de Grau se vió compensada con la aparición de un nuevo líder, el senador Eduardo R. Chibás, quien en 1946 organizó una nueva formación política, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). Su extraordinaria popularidad provenía en gran parte de la charla

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

dominical que ofrecía por la radio, y en la que denunciaba virulentamente la corrupción administrativa imperante en el país. En la campaña política de 1948, Chibás utilizó como emblema electoral una escoba; desarrolló un gran esfuerzo de propaganda y agitación en todo el país, llegando a obtener el 16 por ciento de la votación, casi el doble de lo calculado. Pero Carlos Prío Socarrás obtuvo la victoria, tomando posesión de la primera magistratura el 10 de octubre de 1948. Batista fue elegido senador en ausencia, ya que, por aquel entonces vivía en Daytona Beach, Estados Unidos.

Fulgencio Batista volvió a Cuba el 20 de noviembre de 1948, y en unión de su familia fijó su residencia en la finca "Kuquine", una propiedad campestre situada a corta distancia de la capital, y que las veinticuatro horas del día contaba con la vigilancia de un destacamento de soldados. Desde aquella hermosa finca Batista aspiraría de nuevo a la presidencia de la República y en ella urdiría los pormenores del golpe de estado que le agenciaría una vez más el dominio de la isla.

Durante el gobierno constitucional de Carlos Prío Socarrás (1948—1952) se consolidaron la moneda y la banca, base del desarrollo económico del país. Se aprobaron diversas leyes complementarias de la Constitución, que, con otras redactadas y sancionadas a iniciativas del gobierno, produjeron salutíferos efectos en todos los sectores sociales de la nación. Las leyes del Banco de Fomento Agrícola e Industrial, la Contabilidad y principalmente la del Tribunal de Cuentas fueron de evidente repercusión en el progreso del país.

En lo educacional, se prestó especial atención a la instrucción pública, alcanzando la dotación del Ministerio de Educación más del 20% del presupuesto general de la nación. También se crearon dos nuevas universidades estatales: la de Oriente en Santiago de Cuba, y la Central de las Villas, en Santa Clara.

El período más brillante del gobierno de Prío corresponde a lo que se denominó "Los Nuevos Rumbos", que coincidió con la designación de José M. (Pepín) Bosch, para la cartera de Hacienda, la de Luis Casero, como ministro de Obras Públicas y la de Juan Antonio Rubio Padilla como ministro de Salubridad. Bosch, uno de los más renombrados industriales del país había presidido la famosa Compañía Bacardí. Su fama de hombre íntegro era tal, que cuando exhortó a sus compatriotas a que pagasen sus impuestos total y puntualmente, la reacción favorable fue extraordinaria.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

CUBA

An Honest Man

The best Finance Minister Cuba ever had resigned last week. José ("Pepin") Bosch, 54, Lehigh-educated millionaire businessman (Bacardi rum and Hatuey beer), had entered the cabinet of President Carlos Prío, his old friend from revolutionary days, in order to help the government out of the fiscal red. He did the job in 14 prodigious months.



Henry Wallace

PEPIN BOSCH
He stopped the gravy train.

When Finance Minister Bosch took office, there was a deficit of $18 million; as he stepped out, Cuba had its largest surplus on record—more than $15 million. The secret of Bosch's success was uncommon ministerial honesty and unswerving drive to collect taxes uncollected by lax predecessors. "Everyone will pay," he announced, "without exception or privilege. I'll send them bills."

"Reproducido bajo autorización de TIME, The Weekly Newsmagazine; © Time Inc., 1951".

Artículo aparecido en el semanario norteamericano "Time", en el que se ponen de relieve los logros alcanzados por el ministro de Hacienda del gobierno cubano, José M. (Pepín) Bosch.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Cuando Bosch renunció en marzo de 1951, le sucedió en el cargo el Dr. José Alvarez Díaz, respetado profesor de la Facultad de Ciencias Comerciales de la Universidad de La Habana.

Durante este período el jefe de la misión diplomática norteamericana en Cuba era un caballero que acaso haya sido el peor embajador que los Estados Unidos hayan jamás enviado a cualquier país del mundo. Puesto que ya murió, corramos un caritativo velo sobre su triste recuerdo. Digamos, no obstante, que su nombramiento pone de manifiesto una de las deficiencias del servicio exterior norteamericano: el hecho de que una tercera parte de los cargos de embajadores estén ocupados por personas ajenas a la carrera diplomática.

El diplomático *dilettante* se desenvuelve en un ambiente que le es extraño, obligado a adaptarse y emplear medios, usos, técnicas y costumbres enteramente nuevas para él. Por el contrario, el diplomático de carrera desarrolla un sexto sentido y una habilidad que sólo se adquiere con la experiencia. La mayoría de los problemas que surgen en el curso de la carrera de un diplomático son de naturaleza semejante a los que se han conocido y resuelto a través de la historia de las relaciones internacionales. Los nombramientos *políticos* se suelen hacer en beneficio del designado. En cambio, salvo raras excepciones, los nombramientos de los diplomáticos de carrera se hacen en provecho de los Estados Unidos.

En los últimos días del mes de julio de 1951, recibí en mi casa la visita de Eduardo Chibás, a quien todo el pueblo conocía familiarmente con el sobrenombre de "Eddie", y que era, por aquel entonces, la figura política más popular del país. Su charla de los domingos por la noche atraía mayor número de oyentes que cualquier otro programa radial del país. Eddie había nacido en el seno de una familia rica; sin embargo, ya hombre, poco a poco había ido repartiendo su patrimonio entre sus amigos necesitados. Esta generosidad le había valido la simpatía de las masas. Su valor y elocuencia enardecían a la clase trabajadora. Todos los domingos, a las ocho de la noche, millares de cubanos se reunían en torno a la radio en ciudades, pueblos y fincas aisladas de todo el país para escuchar la voz familiar que denunciaba la corrupción de la administración pública. Las gentes acaudaladas y conservadoras consideraban a Chibás como un demagogo. Algunos le tenían por un perturbado mental, teniendo en cuenta el hecho de que había

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Eduardo ("Eddie") Chibás, durante el curso de una de sus alocuciones radiales dominicales.

"despilfarrado" su fortuna. A mediados de 1951 todo el mundo convenía en que Chibás ganaría las elecciones presidenciales de 1952. Yo le admiraba por su incorruptibilidad y por su inexorable cruzada de adecentamiento de la administración pública.

Poco antes de venir a verme, Eddie había acusado públicamente al ministro de Educación del gobierno de Prío de haber invertido en Guatemala varios millones de pesos malversados, y se había comprometido a presentar las pruebas de su acusación. Dos días antes, durante su arenga semanal, había anunciado que el próximo domingo exhibiría los documentos que sustentaban aquellos cargos. Entonces, enterado de que yo poseía informaciones acerca de un viaje secreto del presidente Prío a Guatemala a bordo de un avión militar, sin el consentimiento que, de acuerdo con la Constitución, debía recabar del Senado cubano, vino a verme para obtener aquel importantísimo testimonio.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Una sonrisa amable se dibujó en su cansado rostro cuando aquella noche nos sentamos a solas en la sala de recibo de mi casa. De tez rosada, bajo de estatura y algo fornido, tenía cierto aire de intelectual. Llevaba gafas de gruesos lentes. Tenía el aspecto de un profesor universitario. Comenzó diciéndome que en Cuba sólo había dos maneras de llegar a la presidencia. La primera consistía en disponer de grandes caudales para asegurarse el apoyo de la prensa y organizar una maquinaria política eficaz en todas las ciudades y pueblos del país. Pero él carecía de dinero; sus partidarios eran las gentes humildes y menesterosas. Ni siquiera había podido abonar el costo del espacio radial que tenía los domingos en la CMQ; los hermanos Mestre, dignos del más alto respeto y propietarios de la emisora de radio, jamás le habían apremiado a pagar el adeudo. El segundo medio para llegar al palacio presidencial era, según él, la demagogia, y este era el que había elegido. Sin embargo, me aseguró que, si alcanzaba la presidencia, seguiría una política moderada y pro-norteamericana. Nunca había ocultado su antipatía hacia el comunismo. "Háble me del viaje de Prío a Guatemala", me dijo luego, y, haciendo un gesto con el que imitaba la entrega de un fajo de billetes, añadió: "Si tuviese un millón de dólares, Lazo, se lo daría a cambio de esa información. Me encuentro en uno de los momentos más difíciles de mi vida".

La información de Eddie era correcta. Prío había realizado un viaje secreto a Guatemala sin disponer de la correspondiente autorización, pero el mismo no se hallaba relacionado con los fondos que, según Chibás, habían sido malversados por su ministro de Educación. El FBI había observado su llegada al aerõpuerto de Ciudad de Guatemala e informado a la Secretaría de Estado de Washington de que se había entrevistado a puertas cerradas con el presidente guatemalteco. Le dije a Eddie que yo no podía hablar sobre este asunto sin violar el secreto profesional y que él mismo desaprobaría que yo lo hiciese. Bajó la cabeza desanimado, hizo una señal afirmativa, y dijo: "Sí, tiene razón, tiene razón".

Yo también sabía que Prío había sido visto en Guatemala por personas a quien Braden no había vacilado en calificar de "testigos intachables", y que el propio ex-embajador había comunicado esta noticia a uno de mis vecinos. Me ofrecí a Eddie para acompañarle a casa de aquel vecino; serían las tres de la madrugada cuando salimos de mi residencia.

Cuando llegamos, mi vecino, un respetado industrial norteame-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ricano, nos recibió en su terraza. Había sido uno de los amigos íntimos del embajador Braden y determinó llamarle por teléfono a Nueva York. Al día siguiente me telefoneó para decirme que Braden le enviaría una carta a uno de los colaboradores políticos de Chibás, cuyo párrafo final estaría concebido en los siguientes términos: "Le diré de paso que he hablado con unos amigos de Guatemala que vieron al presidente cubano en esa ciudad", añadiendo la fecha y el lugar exacto del hecho.

Cuando informé de todo ello a Eddie, se llenó de júbilo. Estaba convencido de que el testimonio de un ex-embajador estadounidense sería suficiente para acusar a Prío ante el Senado. Mi interés iba en aumento a medida que se acercaba la hora de la próxima charla dominical. Al dar inicio a la transmisión, sin embargo, el tono de su voz era evidentemente muy distinto del de otras veces. No aludió a ningún caso de corrupción. Eddie habló con calma, refiriéndose a generalidades y exhortando al pueblo cubano a que siguiera exigiendo la observación de un elevado código moral de conducta política. Nada dijo sobre Prío. Y terminó diciendo: "Esta es mi última llamada al pueblo cubano; éste es mi último aldabonazo en la puerta de las reformas que hacen falta". Y en ese mismo momento se disparó un tiro en el abdomen.

Toda la nación quedó sumida en el más profundo pesar. Eddie permaneció durante varios días en estado de agonía, mientras centenares de personas rezaban en la calle, delante de la ventana de la habitación que ocupaba en el hospital. Murió el 16 de agosto de 1951, y su entierro fue una de las mayores manifestaciones de duelo que el pueblo cubano haya jamás tributado a persona alguna.

A este relato tantas veces repetido yo puedo añadir un detalle poco conocido. La carta que tan desesperadamente esperaba Eddie de Braden había sido enviada al Dr. Herminio Portell Vilá, amigo íntimo y colaborador de Chibás. Desgraciadamente, iba dirigida a la Asociación Cultural Cubano-Americana, que recientemente había trasladado sus oficinas a una nueva dirección, y no llegó a su destino. Si Portell Vilá la hubiese recibido, apenas cabe duda de que en 1952 Eddie Chibás habría llegado a ser presidente de Cuba, en cuyo caso jamás hubiésemos oído hablar de Castro. Este había pertenecido al Partido Ortodoxo de Chibás, pero nunca halló en él un ambiente propicio a sus actividades, ya que el propio Chibás le tenía por un pistolero sometido a la influencia comunista y en quien no se podía confiar.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Se acercaban las elecciones de 1952. La nueva Constitución iba a cumplir los doce años de existencia. Muchas de las instituciones destinadas a cumplimentar las obligaciones del gobierno se habían ido creando durante aquellos períodos, y, gracias al conflicto coreano, Cuba atravesaba por un momento de prosperidad. La política del gobierno en pro de los trabajadores había recibido el apoyo del pueblo. Los puntos vulnerables de Prío eran el pistolerismo y la violencia, vicios todos ellos que se habían generalizado considerablemente. Tres eran los candidatos a la presidencia de la República: Carlos Hevia, ex-presidente provisional del país, postulado por el partido de Prío; Roberto Agramonte, que había sucedido a Eddie Chibás como líder de los ortodoxos y Fulgencio Batista. Agramonte era el favorito y Batista el que menos probabilidades tenía de vencer.

El 10 de marzo de 1952, fecha importante en la historia de Cuba, Batista, convencido de que iba a perder las elecciones, llevó a cabo un victorioso y casi incruento golpe de estado. Con la ayuda de un puñado de conjurados, que debían mantener el más absoluto sigilo bajo pena de muerte, y con el apoyo del ejército, se apoderó del Campamento de Columbia. Uno de los complotados se presentó en la Fortaleza de la Cabaña, allende el canal de entrada del puerto de La Habana, e inmediatamente asumió la jefatura del regimiento de artillería. En el interior del país, los oficiales de menor graduación se posesionaron de los diversos mandos. Prío se vio precisado a renunciar y abandonó el país sin que sus partidarios opusieran mayor resistencia. Dos horas después, Batista se había posesionado del poder. Dando pruebas de su característica habilidad política, se hizo eco del agudo descontento creado por el pistolerismo y la corrupción administrativa, prometiendo un gobierno provisional que garantizaría el orden y la honradez en los manejos de los negocios del Estado hasta que se celebraran las elecciones en cuanto fuese posible. Suspendió temporalmente las garantías constitucionales, disolvió los partidos políticos y el Congreso, prohibió las huelgas, aumentó las pagas de los militares y garantizó el abono de los sueldos de los senadores y representantes.

La noticia del golpe de estado me la comunicó la esposa de uno de mis abogados a las cuatro de la madrugada, escasamente una hora después de haberse producido. Deprimido y desanimado, recuerdo que dije: "Este es un día funesto para Cuba. Batista está invalidando la Constitución que él mismo ayudó a crear, y

Copiado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El 10 de marzo de 1952 el general Batista se apoderó del gobierno.

algún día tendrá que arrepentirse de su acción". Aunque el balance de la obra de Grau era negativo, me parecía trágico interrumpir en aquel momento el proceso democrático de la nación.

Mirando hacia atrás, era evidente que en 1952 Cuba no había logrado plasmar aún los ideales democráticos. El sistema no había funcionado satisfactoriamente en ninguna de sus modalidades: ni bajo la Constitución de 1901, de corte estadounidense, ni bajo los doce años de régimen semiparlamentario previsto por la ley fundamental de 1940. Para ser elegido senador durante los gobiernos de Grau o de Prío, el candidato debía gastarse unos 250,000 pesos, y el sueldo percibido durante el período de su mandato sumaba en total 96,000 pesos. Un acta de representante conllevaba un desembolso de 125,000 pesos, y el sueldo correspondiente a los cuatro años de mandato ascendía a 48,000 pesos. La diferencia tenía que venir de alguna parte, y, como los miembros del Congreso gozaban de inmunidad parlamentaria, no había temor a ninguna investigación. Con las honrosas excepciones de rigor, prevalecía la idea de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

que la política era un sistema de premiar servicios de partido con la concesión de empleos públicos.

Debe, sin embargo, recordarse que en 1952 Cuba era una nación con sólo dieciocho años de plena soberanía. En el pueblo donde actualmente vivimos mi mujer y yo existe una casa que sirvió de morada a Mark Twain. En cierta ocasión escribió unas páginas acerca de un grupo de políticos típicamente norteamericanos surgidos *ochenta años* después de la promulgación de la Ley Fundamental de la nación. Al referirse a Tammany Hall (la organización política que dominaba los negocios oficiales de la municipalidad neoyorquina), afirmó: "No tenía sino un principio, una regla, un móvil: la avaricia, el afán de lucro. Con tal de obtener dinero, no paraba mientes en recurrir a los peores medios y procedimientos con tal de que alcanzasen ese fin. Siempre se hallaba dispuesta a mentir, falsificar, traicionar, robar, estafar, engañar y pillar; y ninguna promesa, ningún compromiso, contrato o tratado formulado o suscrito por el gamonal valía el papel en que había sido asentado o el pútrido aliento que lo había expresado". Repito, caro lector, que tal situación se producía en los Estados Unidos a los ochenta años de haberse proclamado la independencia del país.

Uno de mis mejores amigos, Robert L. James, que actualmente representa al Banco de América en Washington, y que con anterioridad fue cliente nuestro en Cuba, me escribía no hace mucho para comparar la situación de Cuba con la del Chicago de tiempos atrás —conocía muy bien aquella ciudad porque había vivido en ella— y me decía: "Mis compatriotas deben hacerse cargo de que existe una sorprendente analogía en la manera en que Batista gobernaba a Cuba y la manera en que, por espacio de muchas décadas, los gamonales políticos administraron la ciudad de Chicago. La gente decente de Chicago toleraba la existencia de un gobierno corrupto, del mismo modo que el pueblo cubano aceptaba el gobierno de Batista. En ambos casos, nadie interfería en sus vidas privadas ni en el manejo de sus negocios. Los únicos cubanos que entraron en pugna con el gobierno de Batista fueron los terroristas . . . Los que vivíamos y trabajábamos en la Cuba de 1958 no nos sentíamos oprimidos, y jamás escuché queja alguna de esta naturaleza por parte de los cubanos".

Muchos cubanos llegaron a considerar que la democracia era una forma de gobierno ineficaz y onerosa, un sistema que no conducía inevitablemente a la estabilidad y al progreso. Mientras habían

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

quienes se esforzaban por hacer prosperar la idea de una democracia auténtica, otros abogaban por un incremento de las facultades del Ejecutivo, alegando que tal era el mejor medio de plasmar las necesarias reformas socioeconómicas. Según ellos, la centralización del poder era un factor esencial para lograr la estabilidad y elaborar una estructura que permitiera algún día el funcionamiento de la democracia. Algunos sostenían que México había elaborado la mejor forma de gobierno de toda Hispanoamérica, una suerte de término medio entre la democracia y la dictadura. En la práctica, el presidente de México es elegido mediante el sistema del partido único, y durante seis años gobierna como un dictador, sin que haya lugar a una posible reelección. Mientras desempeña su cargo, es, de hecho, amo absoluto del poder. Por supuesto, el gran partido único contiene algunos elementos democráticos.

Sea como fuere, lo cierto es que el 10 de marzo de 1952 una gran mayoría de la población vio con beneplácito la vuelta de Batista al poder. También fue visto con agrado su anuncio de que, si los Estados Unidos entraban en guerra con la U.R.S.S., Cuba lucharía del lado de los norteamericanos. El comercio y la industria se vieron alentados por su promesa de restablecer el orden y por su insinuación de que accedería a su principal demanda: la modificación del régimen laboral en el sentido de autorizar el libre despido de los obreros con la indemnización correspondiente, cambio que nunca llegó a consumarse por la oposición de las organizaciones sindicales. Aquellos que resultaron más amargamente contrariados por la ejecución del golpe de estado fueron, como es natural, los candidatos del Partido Ortodoxo, entre los que figuraba el joven radical Fidel Castro Ruz, aspirante a un acta de representante a la Cámara por la provincia de La Habana.

El 27 de marzo de 1952, poco más de dos semanas después del golpe de estado, los Estados Unidos reconocieron al régimen de Batista. Una semana antes, dos diplomáticos soviéticos llegados a Cuba se habían visto sometidos a la inspección aduanera de sus equipajes; la Unión Soviética, en señal de protesta, rompió las relaciones diplomáticas con Cuba. Durante los años 1952 y 1953 Batista desarrolló una política de oposición gradual al Partido Socialista Popular (Comunista), y el 21 de octubre de 1953 decretó su ilegalidad. La mayoría de los dirigentes comunistas conocidos fueron arrestados o tomaron el camino del exilio. El PSP, integra-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

do por unos 150,000 afiliados, recibió órdenes de Moscú de contraer sus fuerzas a sus cuadros de militantes, lanzarse a la clandestinidad y aguardar futuras instrucciones[2].

Entre los principales logros del segundo mandato de Batista figuran la construcción de un adecuado sistema de abastecimiento de agua para La Habana (algo que todos los líderes políticos habían prometido al pueblo en sus campañas electorales) y otras obras públicas. Creó el Fondo de Estabilización Azucarera, cuyo fin era evitar el derrumbe de los precios del azúcar al terminar la guerra de Corea. Los primeros años de la década de 1950—1960 fueron de relativa prosperidad y en 1954 Batista intentó legalizar su situación convocando a elecciones populares. Grau San Martín fue una vez más el candidato de la oposición, pero se retiró antes de que se celebrasen las elecciones, pretextando que Batista impediría la regularidad de los comicios. En estas circunstancias Batista fue reelegido para un segundo mandato constitucional. Inauguró su nuevo período presidencial el 24 de febrero de 1955, ante una gran congregación de diplomáticos, parlamentarios, funcionarios del gobierno y altas autoridades militares, en tanto que, frente a la terraza norte de Palacio, una muchedumbre alborozada daba vítores y aplausos.

En mayo de 1955 Batista se sintió con fuerzas suficientes para decretar una amnistía de presos políticos, dejando en libertad a sus enemigos, en tanto que otros, entre ellos Prío Socarrás, volvían de la emigración. Entre los presos amnistiados se encontraban Fidel y Raúl Castro.

[2] R. Hart Phillips, *Cuba: Island of Paradox* (Nueva York: McDowell, Obolensky, Inc., 1964), p. 263.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

5

Realidades y falacias

La víspera del día en que el presidente Kennedy fue asesinado, Fidel Castro concedió una entrevista de varias horas al periodista francés Jean Daniel en una habitación de un hotel de La Habana. Sin embargo, no se trataba de una de tantas entrevista. Menos de un mes antes, Daniel había conversado con Kennedy en Washington y el presidente le había dado un mensaje "extraoficial" para Castro. A ello se refería la mayor parte de la conversación del hotel.

"Creo —había dicho el presidente en provecho de Castro— que no existe un solo país en el mundo, incluyendo todas las regiones de Africa y cualquier territorio bajo dominación colonial, cuya colonización económica, humillación y explotación hayan sido peores que en Cuba, en parte como resultado de la política de mi país, durante el régimen de Batista. Creo que, sin saberlo, engendramos, construimos y fabricamos enteramente el movimiento de Castro. Creo que la acumulación de tales errores ha puesto en peligro a toda Latinoamérica . . . Le diré algo más: en cierto sentido, es como si Batista fuera la encarnación de algunos de los pecados cometidos por los Estados Unidos. Ahora debemos pagar por ellos . . ."[1]. Castro escuchó esta afirmación entre inquieto y asombrado. Daniel refiere que se retorcía las barbas, tiraba de la boina y no dejaba de ajustarse la chaqueta mientras escuchaba la lectura. Luego, incrédulo, pidió al periodista que volviera a leerle el mensaje y de nuevo le dijo que lo hiciera por tercera vez. En el curso de la entrevista Castro rindió un entusiasta tributo al presidente Kennedy: "Aún podría llegar a ser el mejor presidente de los Estados Unidos"[2].

[1] *The New York Times,* 11 de diciembre de 1963, p. 16. Sustancialmente el mismo relato del mensaje del presidente Kennedy a Jean Daniel apareció en *Eye on Cuba,* por Edwin Tetlow (Nueva York: Harcourt, Brace & World, Inc., 1966), p. 199 y 200.

[2] *The New York Times,* 11 de diciembre de 1963, p. 16.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Después de la tragedia de Dallas, Jean Daniel juzgó que la muerte del presidente anulaba el carácter confidencial de su entrevista con él en la Casa Blanca. El 11 de diciembre de 1963 *The New York Times* publicó una información acerca del mensaje privado y el 14 de ese mismo mes apareció una relación detallada en *The New Republic*. Así se supo que el presidente había sostenido la sorprendente opinión de que la Cuba anterior a Castro había sido víctima de la explotación colonial más despiadada de toda la historia y de que los Estados Unidos eran los culpables de aquella situación y debían expiar sus "pecados".

Esta asombrosa revelación nos recordó una vez más a mí y a otras personas vinculadas a los asuntos cubanos la absoluta ignorancia de los Estados Unidos con respecto a Cuba, aún en los círculos oficiales más altos.

En 1960 el nuevo régimen de Cuba confiscó propiedades norteamericanas por valor de casi mil millones de dólares. Oí o leí todos los pronunciamientos de Castro tratando de justificar este atropello. Sus invectivas no fueron más violentas que el mensaje confidencial que le dirigió el presidente Kennedy en 1963. Poco puede sorprender que, al oírlo, Castro expresara su viva satisfacción, afirmando que Kennedy podía llegar a ser "un presidente aún más grande que Lincoln"[3] y que "cualquier otro sería peor" —para Castro, por supuesto.

Quizás los puntos de vista del presidente Kennedy acerca de los supuestos pecados norteamericanos en relación con Cuba fueran más equívocos que los de la mayoría de sus compatriotas. Desgraciadamente, sin embargo, he comprobado que estos vituperables conceptos erróneos sobre las condiciones sociales y económicas de la isla antes del advenimiento de Castro y la responsabilidad norteamericana por tales males, se hallan muy generalizados, sobre todo en los círculos "liberales", donde la Cuba anterior a Castro es representada con las más sombrías tonalidades, algo menos que un país en el que un puñado de ricachones explotaban a las masas analfabetas y depauperadas; donde los latifundios eran cada vez mayores y el pequeño campesino tendía a desaparecer; donde las corporaciones norteamericanas contribuían a sangrar la economía que ellas dominaban en beneficio de los accionistas de su país, y donde un dictador bestial regía este sistema de injusticia social.

Cierta vez en que hablaba con Eleanor Roosevelt advertí en ella

[3] *Ibid.*, p. 16.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

este mismo concepto estereotipado acerca de Cuba: en su opinión, los cubanos se hallaban tan irremisiblemente hundidos en la miseria que "quizás un gobierno socialista sería la mejor solución para ellos". Tras visitar a Cuba en 1959—60, el catedrático "progresista" de la Universidad de Columbia, C. Wright Mills, llegó a la conclusión de que la revolución había constituido una "insurrección campesina" provocada por una miseria y desesperación intolerables en un país atrozmente subdesarrollado.

Ni qué decir tiene que desde el ascenso de Castro al poder los mitos de este tipo han sido sólidamente fortalecidos por el aparato de propaganda del régimen de La Habana y aceptados como verdades palmarias por algunos pretendidos expertos y periodistas que deberían estar mejor informados. Tales mitos se explotan hasta el punto de poner a los norteamericanos psicológicamente a la defensiva.

¿Cuáles son las realidades ocultas tras esos mitos? Aunque Cuba vivió bajo el dominio colonial español setenta y seis años más que cualquier otro país de Hispanoamérica, hacia la década de 1950—60, en el lapso increíblemente corto de medio siglo, el país *había alcanzado el nivel de vida más alto de todos los países semitropicales o tropicales del mundo, a excepción posiblemente de Venezuela.* Según informe de la Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, en 1956 el ingreso nacional cubano había alcanzado cifras que proporcionaban al pueblo "uno de los niveles de vida más altos de Latinoamérica"[4]. La Misión Económica y Técnica del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo afirmaba en su informe sobre Cuba de 1951: "La impresión general de los miembros de la Misión, extraída de sus observaciones realizadas en un viaje a través de toda Cuba, es que los niveles de vida de los campesinos, trabajadores agrícolas, obreros industriales, pequeños comerciantes e individuos de otras categorías, son todos ellos más elevados que los de los grupos similares de otros países tropicales y de casi todos los demás países de Latinoamérica. Ello no significa, por supuesto, que no exista una cierta pobreza en el país, sino simplemente que, en términos relativos, Cuba se halla por lo general en mejor situación que los pueblos de esas otras zonas". Este informe, confeccionado en 1951, es igualmente aplicable a la

[4] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, *Investment in Cuba* (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1956), p. 184.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

situación de 1956[5]. El sistema de transportes y los mercados nacionales de Cuba eran los más desarrollados de Hispanoamérica[6]. En 1956 Cuba poseía tres veces más líneas de ferrocarriles por kilómetro cuadrado que los Estados Unidos[7].

En 1958 incluso los trabajadores no calificados percibían hasta seis o siete dólares por día. Las leyes laborales cubanas, aplicadas con todo rigor, eran más avanzadas en casi todos los aspectos que las que regían en los Estados Unidos. Comprendían, por ejemplo, un mes de vacaciones pagadas para todos los trabajadores, salarios mínimos, jornada laboral de ocho horas y una tarifa de hora y media por cada hora suplementaria, semana de cuarenta y cuatro horas con cuarenta y ocho de salario, beneficios de seguridad social, maternidad y accidentes, y la disposición de que ningún trabador podía ser despedido, excepto por un limitado número de causas demostradas. Según un informe de la Sindical norteamericana, la CIO, la Confederación de Trabajadores de Cuba, había alcanzado un grado numérico de organización en proporción a la población mucho más alto que el del movimiento laboral de los Estados Unidos[8].

También los trabajadores agrícolas se hallaban bien retribuidos. Según las estadísticas publicadas en 1960 por la Organización Internacional del Trabajo de Ginebra, en 1958 el salario medio por jornada de ocho horas era de 3 dólares. Una vez ajustado para compensar las diferencias de poder adquisitivo, equivalía a 2,70 en Bélgica, 2,86 en Dinamarca, 1,74 en Francia, 2,73 en Alemania Occidental y 4,06 en los Estados Unidos. Las mismas estadísticas de la OIT mostraban que los trabajadores cubanos percibían un 66,6% del producto nacional bruto, comparado con el 57,2% en la Argentina, el 47,9% en el Brasil y el 70,1% en los Estados Unidos.

Durante la campaña presidencial de 1960, el senador John F. Kennedy afirmó en un discurso que pronunció en Cincinnati que las compañías norteamericanas dominaban la economía cubana.

[5] *Ibid*, p. 184.

[6] Wyatt MacGaffey y Clifford R. Barnett, *Twentieth Century Cuba*, preparado bajo los auspicios de *The American University* (Nueva York: Doubleday and Company, Inc., 1965), p. 101, 103.

[7] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, *Investment in Cuba*, p. 22.

[8] Ernest Schwartz, "Some Observations on Labor Organization in the Caribbean" en *The Caribbean: Its Economy* (Gainesville, Florida: University of Florida Press, 1954), p. 167. En 1954 Ernest Schwartz era el Secretario Ejecutivo de la Comisión de Asuntos Latinoamericanos de la CIO.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Tanto aquí como en su ulterior entrevista con Daniel estaba reiterando un concepto erróneo muy generalizado. El hecho es que en 1958 sólo el 5% del capital invertido en Cuba era norteamericano[9] y, de una fuerza de trabajo de aproximadamente dos millones de individuos, sólo poco más de setenta mil eran obreros y empleados permanentes de empresas norteamericanas[10].

¿Y qué decir respecto a la común creencia de que Cuba era un país de inmensos latifundios y los terratenientes una clase privilegiada virtualmente por encima de la ley?

En primer lugar, en buena lógica la reforma agraria debe vincularse al problema de la producción de alimentos, especialmente en regiones tales como Hispanoamérica, que están experimentando uno de los incrementos demográficos más elevados del mundo. La producción de alimentos es, evidentemente, una actividad de primordial importancia para cualquier país. Si las fincas pequeñas producen más, las leyes deben tender a la fragmentación de los latifundios. Pero no siempre es así. Esto se ha demostrado, por ejemplo, en el Congo Belga, donde los indígenas se apoderaron de espléndidas haciendas fomentadas pacientemente, tras muchos años de duro bregar, gracias a los conocimientos y el capital de los europeos, y las dividieron en parcelas arbitrariamente deslindadas, con el mero fin de cultivar ñame, producto que escasamente resulta apto para asegurar la subsistencia humana.

En los Estados Unidos la producción agrícola tiende actualmente a la explotación de fincas mayores y más mecanizadas. En cambio, la mayoría de los cubanos consideraban preferibles las parcelas menores y las leyes favorecían celosamente al pequeño colono azucarero. Aunque esta clase de estadísticas puede inducir a error, apuntemos que la Secretaría de Comercio de los Estados Unidos informó que en 1946 la superficie media de las fincas cubanas era de 56,65 hectáreas[11], frente a 78,91 hectáreas en los Estados Unidos en 1945[12]. Aunque entre 1931 y 1946 las dimensiones medias de las fincas cubanas descendieron de 76,08 hectáreas a 56,6 hec-

[9] José R. Alvarez Díaz, *Trayectoria de Castro: encumbramiento y derrumbe* (Miami: Editorial A. I. P., 1964), p. 11.

[10] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, *U.S. Investments in the Latin American Economy* (Washington, D. C. Government Printing Office, 1957), p. 75.

[11] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, *Investment in Cuba*, p. 32.

[12] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, *Statistical Abstract of the United States, 1962* (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1962), p. 610.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

táreas, es decir, en un 25,5%[13], durante el período de 1940 a 1959 *aumentaron* en los Estados Unidos en un 73,5%[14] Al mismo tiempo se manifestó en Cuba una marcada tendencia hacia el predominio del capital cubano en la propiedad de los centrales azucareros. En 1958, por ejemplo, los centrales pertenecientes a cubanos producían aproximadamente el 62% de la zafra azucarera, en comparación con sólo el 22% en 1939[15]. El control estadounidense de la industria azucarera cubana descendió de un 70% aproximadamente, en 1928, al 35% en 1958[16].

La mayor parte de la caña era cultivada en Cuba por colonos, individuos que alquilaban tierras pertenecientes a los centrales o dependían de ellos, para la venta de su caña. El resto, llamado "caña de administración", era producida por el propio central con mano de obra contratada. En 1944 sólo el 10% de la zafra provenía de cañas de administración. Esta baja proporción resultaba de una ley de coordinación azucarera promulgada en 1937, que asignaba mayores cuotas a los colonos, favoreciendo al pequeño campesino. Muchos centrales dejaron de producir caña y arrendaron sus tierras a los colonos a rentas módicas, fijadas por la ley, la cuantía de cuyas rentas se hacía depender de los precios del azúcar.

La labor de tumbar la caña durante la zafra se realiza totalmente a mano. Se ha intentado emplear maquinaria, pero ningún artefacto resulta tan eficiente como el trabajo manual. Las máquinas experimentales construidas por la U.R.S.S. para el régimen de Castro han constituido un fracaso.

La Ley de Coordinación Azucarera de 1937, que se mantuvo en vigor hasta 1958, establecía salarios mínimos, cuotas de producción, precios de molienda y, como ya se ha explicado, rentas módicas con límites máximos basados en el valor del azúcar. Las cuotas otorgadas a los pequeños colonos procedían de los grandes y se concedió garantía a aquellos contra el desalojo de sus tierras siempre que produjeran su cuota asignada. La Constitución de 1940 contenía medidas de mayor alcance, exigiendo la fragmentación de los restantes latifundios y la eliminación de la influencia extranjera en la economía agrícola del país.

[13] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, *Investment in Cuba*, p. 32.

[14] *Statistical Abstract of the United States, 1962.*

[15] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, *Investment in Cuba*, p. 37.

[16] Theodore Draper, *Castroism: Theory and Practice* (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1965), p. 109.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El último período gubernamental de Batista duró casi siete años, desde el 10 de marzo de 1952 hasta el 31 de diciembre de 1958. Los cinco primeros transcurrieron con tranquilidad y en el sexto se conoció una paz relativa. Hubo años de expansión que alcanzaron su mayor auge en 1957, el más próspero de la historia de Cuba. Hacia finales de 1958, al crecer la marea insurreccional, la economía decayó considerablemente, y Batista contribuyó a menoscabarla al no lograr convencer al país de que se habían celebrado elecciones libres y honradas en 1958.

En el aspecto positivo de su gobierno, sin embargo, hay que destacar que en 1954 Batista instituyó un Plan de Desarrollo Económico y Social de gran alcance, el más importante de todos los que se han realizado en Cuba. Preveía un gasto de 350 millones de dólares en un período de cuatro años. En el sector agrícola se programaron mejoras inmediatas de las instalaciones de almacenamiento y refrigeración, una mayor mecanización, fertilización e irrigación, y una investigación intensificada mediante estaciones experimentales agrícolas.

Para reducir aún más los peligros de una economía basada en el monocultivo, proponía un aumento de la producción de carne, leche, aves, huevos, pescado, arroz, frijoles, frutas, verduras y café. En el ámbito social el programa preveía la reforma agraria, incluyendo ayuda técnica y económica a los pequeños campesinos mediante cooperativas agrícolas y organizaciones de comercio y crédito. Este ambicioso programa agrícola tenía sus equivalentes en los planos industrial y comercial, ofreciendo incentivos fiscales y créditos a los inversionistas privados. Aunque nunca hubo oportunidad de aplicarlo por completo, pues muchas de sus medidas eran a largo plazo y la rebelión de Castro interrumpió su ejecución, los primeros resultados fueron espectaculares.

Las cifras del ingreso per cápita, aunque considerablemente más bajas que las de los Estados Unidos, ascendieron gradualmente hasta ocupar en 1957 el segundo lugar en Hispanoamérica[17]. El conjunto de la pequeña burguesía se amplió hasta pasar a ser uno de los mayores de Hispanoamérica, calculándose su número entre un tercio y un quinto de la población, lo que constituye un logro notable[18]. Entre mediados de 1952 y 1957 el ahorro y depósitos a plazo fijo de los bancos se elevaron de 140 a 385,5 millones de dólares[19].

[17] *Ibid*, p. 98.

[18] *Ibid*, p. 78.

[19] MacGaffey y Barnett, *Twentieth Century Cuba*, p. 225.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Los bienes raíces siempre habían sido la forma preferida de inversión en Cuba y en 1953 tuvo lugar un vasto y asombroso auge de la construcción, que poco después se extendió por el resto de la isla. En La Habana, nuevos hoteles e innumerables edificios de apartamentos transformaron la fisonomía urbana. Se pavimentaron nuevas calles, se repararon las ya existentes y todos los restaurantes famosos de la ciudad fueron decorados de nuevo y dotados de aire acondicionado. En la Plaza Cívica, que rodea el monumento de José Martí, se terminó un enorme conjunto de edificios públicos, dentro del marco de un proyecto concebido e iniciado por el gobierno de Prío Socarrás. Cuando en 1952 Batista tomó el poder, la construcción privada sumaba 53 millones de dólares anuales y la pública 76 millones. En 1957 las cifras correspondientes eran 77 y 195 millones[20]. Se construyó un túnel bajo la entrada del puerto de La Habana que conducía a la magnífica autopista de Matanzas, a lo largo de un tramo de la costa norte.

La expansión del sector industrial durante este período fue asombrosa. Se construyeron tres nuevas refinerías para la transformación del petróleo bruto importado, que por primera vez proporcionaron a Cuba un saldo exportador de gasolina. Dos nuevas fábricas de neumáticos y la expansión de una tercera elevaron la producción de gomas en 1956 a más del doble de la de diez años antes. También se construyó una nueva fábrica de conductores eléctricos de cobre, cuya producción casi cubría las necesidades del país. Una nueva fábrica de tuberías centrifugadas de hierro puso a Cuba en condiciones de exportar este producto. En 1957 cinco nuevas fábricas de papel y cartón de bagazo (un subproducto de la caña de azúcar) se hallaban en vías de construcción o en la etapa de planificación. Owens-Illinois construyó una planta con capacidad suficiente para cubrir las necesidades del consumo nacional de botellas y otros envases de vidrio. Reynolds Aluminum edificó una planta para producir papel y envases de aluminio. Se construyeron numerosos acueductos, carreteras y autopistas y se efectuaron prospecciones petrolíferas.

Durante este período mi bufete se encargó de llevar a cabo toda la labor legal y de mantener los contactos oficiales necesarios para la construcción de una segunda planta de níquel y cobalto en la provincia oriental de Cuba. Una vez terminada, el país pasaría a

[20] *Ibid.* p. 100.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ser el mayor productor de níquel del mundo libre y el principal productor de cobalto del hemisferio occidental. El proyecto representaba una inversión de 115 millones de dólares. Cuando Castro tomó el poder, la planta fue desmantelada, privándosela de muchas de sus piezas y maquinarias. Al igual que en el caso de la planta de Nicaro Nickel, propiedad del gobierno de los Estados Unidos, los trabajos de construcción de esta gran usina habían avanzado hasta un punto próximo a su terminación, sin que las autoridades cubanas exigiesen ni obtuviesen un solo centavo a título de soborno o comisión.

Hemos señalado tan sólo algunos de los más importantes proyectos de construcción que se llevaban a cabo en el país, los cuales proporcionaban empleos a millares y millares de trabajadores durante el período de gran auge económico de 1954—57. Cuando en 1959 Castro tomó el poder, la industria de la construcción se vino abajo de la noche a la mañana: todos los obreros de la construcción quedaron sin empleo.

Los fondos para ejecutar el Plan de Desarrollo Económico y Social del gobierno de Batista procedían de fuentes cubanas privadas, de varios bancos del gobierno y de intereses privados norteamericanos. Las inversiones estadounidenses habían constituido el principal factor de la conversión de la industria cubana en la más capitalizada (en relación con la población) de Hispanoamérica. De 1938 a 1958 el servicio de la deuda cubana al extranjero revelaba una ejecución de todo punto impecable y en 1950 la moneda nacional había pasado a ser una de las más sólidas del mundo[21].

Según la Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, los ingresos del gobierno cubano durante el año fiscal que terminó el 30 de junio de 1957 alcanzaron la cifra récord de 370,8 millones de dólares, presentando un superávit presupuestario de 12,9 millones. En el año fiscal que terminó el 30 de junio de 1958, según la misma fuente, aunque los ingresos descendieron a 359,9 millones, el superávit presupuestario ascendió a 29,8.

Durante muchos años creí que el desarrollo de la industria turística cubana beneficiaría al país en todos los aspectos. De hecho, mi socio y yo intervinimos decisivamente en el proyecto de construcción del Hotel Habana Hilton, con treinta y dos pisos y una inversión de 24 millones de dólares, que fue por entonces la mejor

[21] *Ibid*, p. 228.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

edificación hotelera de toda Hispanoamérica. Posteriormente cambié de opinión al respecto. Aunque el turismo contribuía hasta cierto punto a mantener una balanza de pagos favorable, de modo directo sólo benefició a un sector infinitamente minúsculo de la población: empleados de hoteles y restaurantes, taxistas y artistas. En cambio, perjudicó a Cuba en casi todos los demás aspectos. Las empresas de carácter turístico no eran de un tipo sano y recreativo, tales como playas públicas y campos de golf, que atraen al visitante más conveniente; algunas no eran más que "trampas" para cazar turistas.

Muy pocos de nuestros visitantes llegaron a conocer la verdadera Cuba. Aún los que contaban con amigos en el país raras veces vieron el interior de un hogar cubano, porque las costumbres relativas a las visitas sociales se limitan fundamentalmente a los parientes y amigos íntimos. Estoy seguro que a muchos no se les ocurrió que, como hubo de advertir en *Emblems of a Season of Fury* el monje trapense Thomas Merton, pudiéramos tener una vida, un espíritu y una cultura propias, algo irreemplazable que no puede comprarse con dinero. Probablemente imaginaron —decía Merton— que todos los hispanoamericanos viven para la siesta y se pasan el día y la noche tocando la guitarra y haciendo el amor. "¿Cómo podían saber —se preguntaba— que Hispanoamérica posee una cultura muy superior a la de los Estados Unidos, no sólo si pensamos en la minoría opulenta que ha asimilado la mayor parte de los refinamientos de Europa, sino también en las paupérrimas culturas indígenas (las de los incas y los mayas), algunas de las cuales hunden sus raíces en un pasado que jamás se ha superado en este continente?"

El turista corriente tenía escasos contactos con las gentes de la isla. Llegaba con su cámara, su exposímetro y sus gafas ahumadas y miraba a los cuatro rumbos sin ver lo que había. *En algunos casos veía lo que no había.* ¿Puede haber algo más falso que el cosmopolitismo del Dr. Arthur M. Schlesinger, Jr., que tras una breve visita que efectuó en 1950, salió de La Habana con la descabellada noción de que la ciudad "iba por el camino de transformarse en un inmenso casino y burdel para los hombres de negocios norteamericanos que llegaban desde Miami a pasar un morrocotudo fin de semana?"[22]

[22] Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1965), p. 173.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Una vez más, ¿cuáles son los hechos?

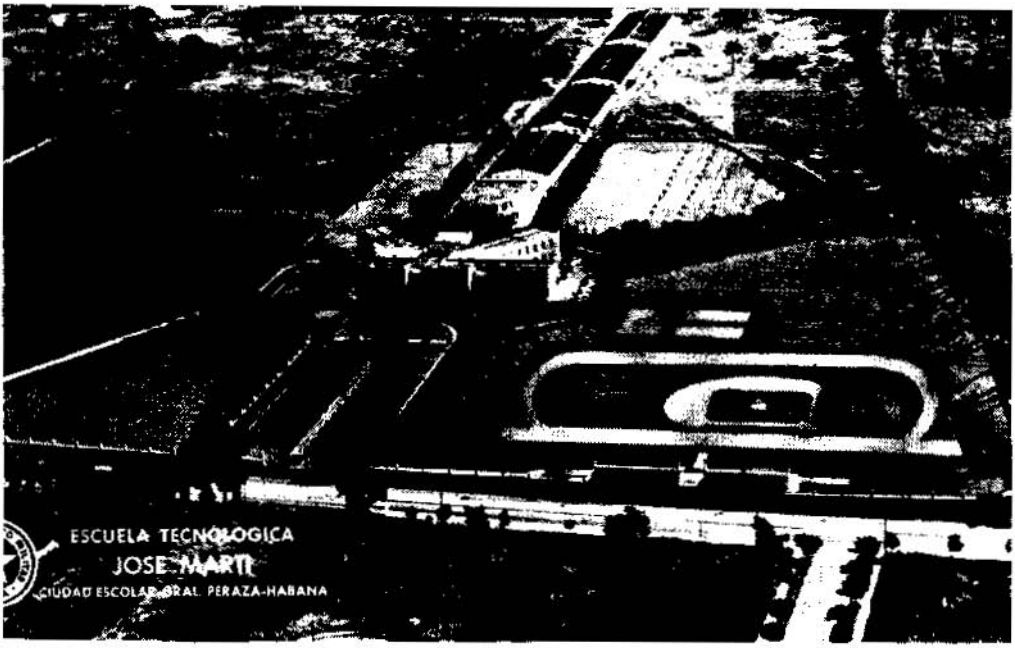
En 1950 La Habana, con una población de casi un millón de habitantes, tenía tres casinos de juego, que eran dependencias de restaurantes con salón de baile y atracciones artísticas. Cuando a finales de los años cincuenta, durante el gran auge de la construcción, se edificaron los nuevos hoteles turísticos, se autorizaron cuatro o cinco casinos más. Pocos de los cubanos que concurrían a los hoteles o cabarets entraban en los salones de juego. En las pocas ocasiones en que, acompañando a alguno que otro turista norteamericano, entré en los casinos de juego, no recuerdo haberme encontrado con ningún miembro del numeroso personal de mi bufete. Los casinos constituían una institución norteamericana, ajena a la vida cubana, dirigidos por norteamericanos para satisfacer las aficiones de una clientela foránea. Y, desde luego, no había más prostitución en La Habana que en cualquier ciudad norteamericana de población comparable.

Aunque la instrucción universal había sido una de las bases programáticas de los caudillos de la Guerra de Independencia, y el principio de la educación gratuita y obligatoria se estableció ya en la Constitución de 1901, en 1933, a raíz de la "sublevación de los sargentos", el número de personas de más de diez años que sabían leer y escribir sólo era ligeramente superior al setenta por ciento[23]. El porcentaje era inferior en las zonas rurales y superior en las urbanas. El primer programa educativo de Batista preveía el empleo del ejército para hacer llegar la instrucción a las zonas rurales más apartadas, donde se construyeron escuelas y se dio a los maestros el grado de sargento. Por entonces había pocas escuelas vocacionales del Estado, pero su número aumentó enormemente a mediados de siglo, especialmente el de las escuelas politécnicas, que proporcionaban enseñanza, alojamiento, manutención y vestido gratuito a los alumnos[24]. El número de institutos de segunda enseñanza aumentó a más del triple durante la era de Batista. Existían escuelas de agricultura en cada una de las seis provincias, las cuales poseían su propio ganado y sus propias tierras de cultivo, y se hallaban adecuadamente equipadas. El ingreso a las mismas se hacía por oposición, aunque limitándosela a los hijos de los

[23] MacGaffey y Barnett, *Twentieth Century Cuba*, p. 190.

[24] *Ibid.*, p. 193.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El Instituto Tecnológico "José Martí", en la provincia de La Habana.

guajiros[25]. Tras tres años de estudios se obtenía el título de Maestro Campesino.

En la época de la "sublevación de los sargentos", en 1933, los más decididos partidarios de la reforma educativa eran los estudiantes e intelectuales adictos a Grau San Martín; pero poco después de que Grau asumiera la presidencia en 1944, el Ministerio de Educación se transformó en un gigantesco antro de malversadores, que, al final de su mandato, constituía un verdadero escándalo nacional. Durante el gobierno de Grau, la venta de plazas magisteriales constituyó moneda corriente, y los maestros, que eran empleados estatales amparados por la ley de inamovilidad administrativa, cobraban sus haberes aunque no desempeñaran sus cargos.

Sin embargo, a mediados de 1950, estas condiciones se hallaban virtualmente eliminadas. Había 25,000 maestros en las escuelas públicas y 3,500 en unos 900 colegios privados legalmente reconocidos. Las tres universidades estatales totalizaban unos veinte mil alumnos. Los centros privados de enseñanza, incluyendo tres universidades, tenían más de cien mil alumnos. *Desde el punto de*

[25] *Ibid,* p. 194.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

vista de la instrucción y del porcentaje de personas que sabían leer y escribir, Cuba figuraba en el primer lugar, o casi en el primer lugar de los países hispanoamericanos. Era el primero en cuanto al porcentaje del ingreso nacional invertido en instrucción[26]. Los expertos norteamericanos y cubanos en el campo de la instrucción coinciden en afirmar que era menos oneroso y más fácil obtener un título universitario en Cuba que en los Estados Unidos.

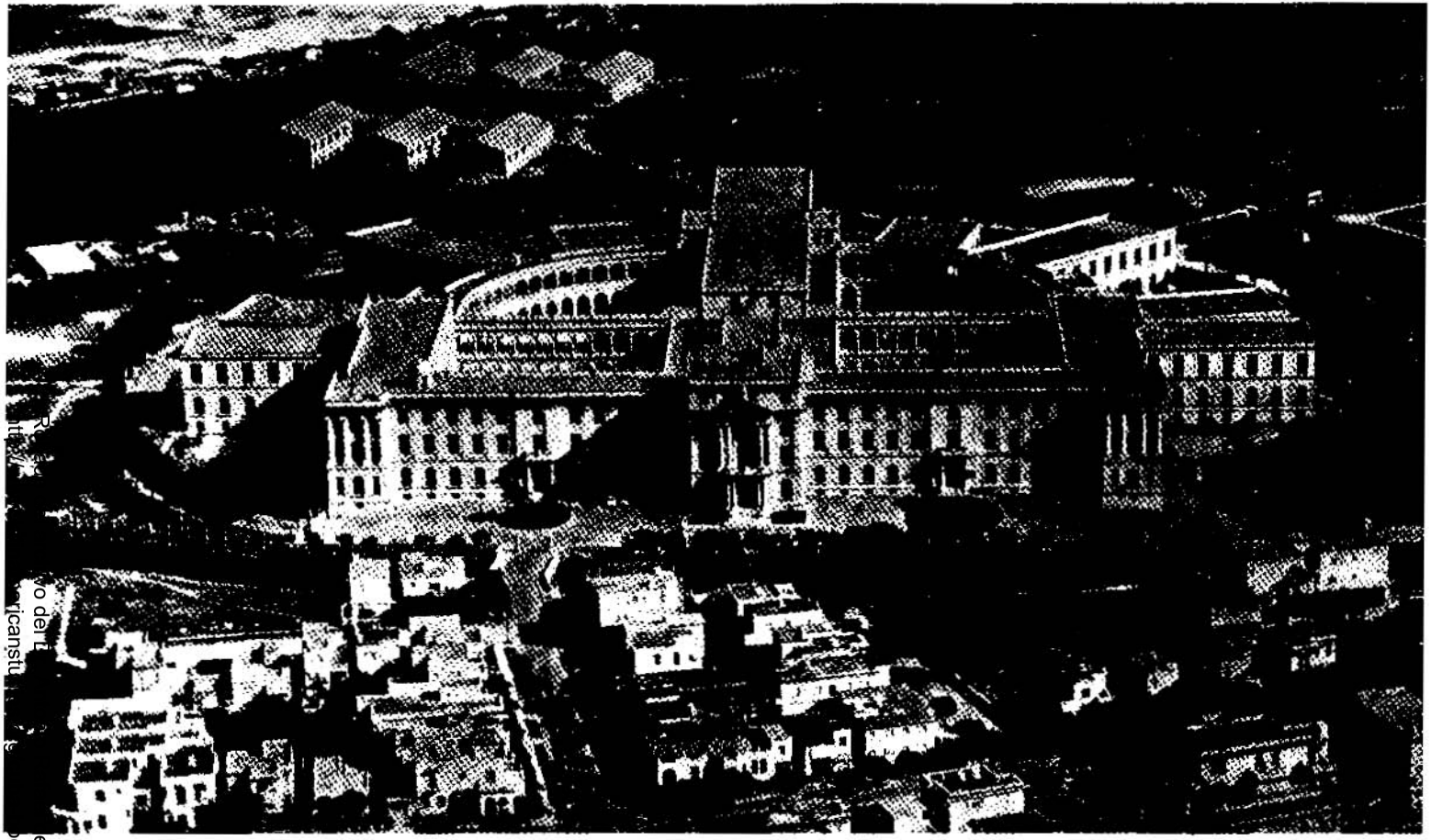
En el campo de la asistencia privada y social Cuba era un país notablemente avanzado. Poseía enormes *centros regionales*, que contaban de 10,000 a 90,000 miembros; éstos disponían de escuelas, asilos para ancianos y algunos de los mejores hospitales del país. Por una cuota mensual de tres dólares, un miembro tenía derecho a asistencia médica gratuita para él y su familia, así como al disfrute de los servicios recreativos y educativos de los centros. Además, existía un gran número y diversidad de fondos de pensiones y jubilaciones (seguridad social) que proporcionaban protección para la vejez y la invalidez. En 1950 los mismos amparaban aproximadamente a la mitad de la población activa. Además de los beneficios para los asegurados, solían concederse pensiones a las viudas, hijas solteras y menores dependientes de los fallecidos. Estos fondos eran financiados por los asegurados, los patronos y el Estado. Sin embargo, durante la administración de Grau muchos de los fondos de jubilación sufrieron dificultades financieras y tuvieron que reducir las asignaciones y pensiones cuando el gobierno "tomó prestadas" diversas sumas sin reconocer públicamente el hecho ni obtener el consentimiento de los administradores.

En el campo de la sanidad pública Cuba superaba a los Estados Unidos en algunos aspectos. Tenía casi el doble de médicos y cirujanos en relación con la población (y el doble de maestros)[27] y una tasa de mortalidad infantil y general inferior a la de los Estados Unidos. La tasa de mortalidad anual, de sólo el 15 por 1,000, era excepcionalmente baja. Antes del ascenso de Castro al poder, las disponibilidades de alimentos eran abundantes. Un informe del

[26] El Artículo 52 de la Constitución de 1940 muestra la importancia dada a la instrucción popular. Disponía que el presupuesto del Ministerio de Educación no debía ser menor que el ordinario de cualquier otro ministerio y el sueldo mensual de un maestro no menor de una millonésima parte del presupuesto nacional.

[27] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, *Investment in Cuba*, p. 183.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El Colegio de Belén, tradicional establecimiento de enseñanza privada entre cuyos educandos figuró Fidel Castro Ruz.



Palacio del Benemérito Centro Gallego de La Habana.

la Cova
oks.htm

gobierno de los Estados Unidos describía a los cubanos como "uno de los pueblos mejor alimentados del mundo"[28]. El país se hallaba relativamente exento de enfermedades. El paludismo, por ejemplo, había descendido a 2,1 casos por cada 100,000 habitantes, y no había habido epidemias de ninguna clase desde un brote de influenza ocurrido durante la Primera Guerra Mundial. Cuba tenía una proporción de médicos y dentistas —entre ellos algunos de los mejores del mundo— más elevada que la de ningún otro país de la zona del Caribe.

Hasta la toma del poder por los castristas, el pueblo de Cuba colmaba todas sus necesidades vitales y accedía al disfrute de gastos superfluos cada vez mayores. Había un aparato de radio por cada cinco habitantes, un televisor por cada veinte, un automóvil por cada ventisiete y un teléfono por cada ventiocho.

Irónicamente un elemento de la antigua prosperidad de Cuba heredado por Castro le ayudó a mantener su dominio sobre el pueblo. Ninguna otra nación, a excepción de los Estados Unidos, tenía tantos televisores per cápita como Cuba. En comparación, la Rusia Soviética tiene uno por cada mil habitantes y China sólo uno por cada diez mil. Para un individuo dotado de los talentos histriónicos y oratorios que se le conocen a Castro, era un medio ideal para hacer avanzar sus planes, y hay que admitir que supo explotarlo a conciencia.

Tal fue el extraordinario progreso que tuvo lugar en Cuba durante la era anterior a Kennedy y Castro. Lejos de haber sido "explotada" y "humillada" por los Estados Unidos, ocurrió todo lo contrario. A raíz de la terminación de la guerra entre España y los Estados Unidos, éstos rechazaron la sugerencia española de anexionarse la isla. Durante muchos años compraron el azúcar cubano a precios considerablemente superiores a los del mercado mundial. Y, lo que es más importante, aparte de la inteligencia nata y el espíritu industrioso del propio pueblo cubano, el capital privado y la experiencia norteamericanos fueron los principales factores que contribuyeron a hacer de Cuba el país más industrializado de Hispanoamérica en proporción a su población y a elevar su nivel de vida hasta un grado privilegiado.

[28] Servicio de Investigación Económica de la Secretaría de Agricultura de los Estados Unidos, *Agriculture and Food Situation in Cuba* (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1926), p. 2.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Creo que me hallo tan calificado como el que más para evaluar la obra de los financieros e industriales norteamericanos en Cuba, pues mi bufete tenía a su cargo la protección legal de casi un tercio de las inversiones estadounidenses en el país. Salvo muy raras excepciones, la participación norteamericana fue benévola y beneficiosa. Durante mis últimos diez años de residencia en la isla conseguí trabajos para más de mil cubanos y prácticamente en todos los casos el solicitante buscaba empleo en una compañía norteamericana. ¿Por qué? Porque los norteamericanos trataban justa y generosamente a sus empleados, se atenían a las rígidas leyes laborales y sociales, pagaban sus impuestos y no escatimaban gastos. La contribución del capital privado estadounidense a la economía cubana fue enorme.

No sé de ningún "pecado" que pueda atribuirse a los Estados Unidos con respecto a la Cuba anterior a 1958. Pero sé de graves pecados que vinieron después, especialmente durante los mil días de la administración de Kennedy, en que se destruyó todo el progreso de los sesenta años anteriores.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

6

Los primeros días de Castro

El Código Civil de Napoleón, que es en su esencia el vigente en Cuba, expresa que los hijos están obligados a respetar y ayudar a sus padres, y éstos, a su vez, deben mantener y educar a sus hijos, aunque no estuvieran casados en el momento de la concepción. Todas las familias cubanas se apegan a estas normas como cosa natural. La familia es, con mucho, la institución más importante en Cuba, y estas obligaciones mutuas han arraigado profundamente en el carácter de los pueblos hispánicos a través de los siglos.

Tan grande es el grado de devoción filial y paternal, que a veces se convierte en una debilidad. Hay padres indignos que conservan el cariño de sus hijos, y muchos de éstos, a su vez, son tratados con mimos y regalos. Pero, en general, la intensa unidad y constancia familiares aportan un calor a la vida cubana raras veces igualado en los países anglosajones.

Los Castro no constituían una excepción a esta regla fundamental. Distaban mucho de ser una familia ideal, pero estaban estrechamente unidos y se llevaban bastante bien, aunque se han publicado muchos rumores que afirman lo contrario. Algunas de las anécdotas que pretenden describir las relaciones entre Fidel Castro y su padre rayan en lo fantástico. Hablan de un odio reprimido entre ellos, que en ocasiones estallaba en actos de violencia. Según un relato, cuando Fidel apenas tenía nueve o diez años incendió uno de los cañaverales de la familia y su padre le amenazó con descerrajarle un tiro. Se afirma que su madre intervino y lo apartó del peligro enviándole al Colegio Dolores, de los padres jesuitas, en Santiago de Cuba. Según otra relación, en una oportunidad denunció públicamente a su padre por emplear haitianos en el corte de la caña y nuevamente éste amenazó con matar al muchacho.

Estas anécdotas carecen de veracidad. Otras, relativas a Angel Castro y Argiz, el padre de Fidel, son igualmente falsas. Se ha afirmado que don Angel llegó a Cuba con el ejército español en

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

1898 o poco antes, y llegó a concebir un odio implacable contra los norteamericanos en los días en que se enfrentó a ellos y a las tropas del Ejército Libertador en los campos de batalla. Se ha dicho que sus violentas diatribas inculcaron en Fidel el odio que ulteriormente manifestaría contra los Estados Unidos. Es lo cierto que Angel Castro llegó a Cuba a finales de siglo, y que, al igual que la mayor parte de los peninsulares de aquellos tiempos, es muy posible que no sintiera el menor afecto por los norteamericanos, pero algunos amigos míos que le conocieron se ríen de la idea de que hubiera participado en la lucha. Comoquiera que sea, no cabe duda de que don Angel estaba lejos de ser admirable, afirmación corroborada por el hecho de que el propio Fidel es fruto de un ayuntamiento ilegítimo, venido al mundo en el hogar paterno, en Birán, provincia de Oriente, el 13 de agosto de 1926. El cubano le atribuye poca importancia al concubinato, pero condena el amancebamiento con escándalo, y Fidel era producto de *ex damnato coito* entre don Angel y una fámula al servicio de la familia.

Angel Castro era un labriego galaico, tosco e ignorante. Llegó a Cuba en la inopia y en 1956, cuando murió a la edad de ochenta y seis años, dejó una finca que valía más de medio millón de dólares. Constituyó la base de esta fortuna con bastante honradez, trabajando desde 1904 hasta 1918 en las propiedades de mi cliente, la United Fruit Company. Trabajó primero en una cuadrilla de peones asignados a la construcción de vías férreas y posteriormente cavando zanjas de desagüe en los cañaverales. Por último, estuvo empleado en la construcción de pequeños puentes en aquella zona. Era un hombre recio y robusto, y, como la mayoría de los gallegos, era parco en el gastar. Andaba generalmente descalzo, y, cuando no, gastaba alpargatas.

Una de las patrañas relativas a don Angel, propagada a los cuatro vientos por un columnista norteamericano, afirma que la United Fruit Company lo había echado a cajas destempladas por substraerle azúcar por espacio de varios años[1]. Según este relato, la compañía le incoó un proceso, pero la acusación fue retirada por falta de testigos. Tal es la razón, afirma el columnista, de que Fidel sintiera tal fobia por los norteamericanos. Lo cierto es que la United Fruit Company jamás tuvo la menor dificultad con don Angel. El y los mayorales de la compañía solían cazar juntos gallinas de Guinea y

[1] Drew Pearson, "Washington Merry-Go-Round", 28 de febrero de 1961.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

otras piezas, y a veces se llevaban con ellos a Fidel para que les cargara las aves.

Es cierto, por el contrario, que Angel Castro tuvo graves dificultades con otra empresa, y que acaso las mismas sean el origen de la versión distorsionada del referido columnista. A mediados de la década de los veinte, don Angel inició un negocio de tiro de cañas en Alto Cedro, donde se hallaban los almacenes de la West Indies Sugar Company. En contubernio con uno de los serenos, concibió un plan para substraer sacos de azúcar de los almacenes, acarreándolos día tras día a su finca de Birán por medio de uno de sus carreteros, un sujeto llamado Francisco Calderín, alias "Virulilla". La compañía se enteró de los robos, y "Virulilla" fue descubierto, cargando con la culpa. Se le condenó a varios años de prisión. Angel Castro empleó una buena suma de dinero en la defensa de "Virulilla" y cuando su cómplice había cumplido parte de su condena, consiguió que lo indultaran.

Este episodio constituye un testimonio aleccionador sobre la conducta del viejo Castro. Los cubanos que le conocieron lo tenían por bribón, siempre dispuesto a burlar la ley con tal de salirse con las suyas. Sus balanzas siempre estaban desniveladas a su favor. En más de una ocasión extendió ilícitamente los límites de su propiedad en perjuicio de sus vecinos, y no era raro el caso en que el ganado y otros bienes de éstos fueran a parar del lado de la cerca perteneciente a don Angel —si el viejo consideraba improbable que le descubrieran—.

No cabe duda de que estas abruptas prácticas contribuyeron a amasar la fortuna que dejó al morir, pero, en honor de la verdad, hay que apuntar que el grueso de su fortuna lo ganó legítimamente. Con lo que había ganado como peón de la United Fruit Company levantó algunos bohíos y compró una fonda en el poblado de Guaro, vendiéndolos en 1920 a la compañía por 5,000 dólares. La Compañía también le compraba leña a don Angel: ésta provenía de la tala de los montes cercanos y se destinaba al uso de las locomotoras de la UFCO, pero la empresa determinó cesar estas compras al enterarse de que Castro se dedicaba a la tala ilegal de los bosques del estado contiguos a su finca.

Angel Castro no era más que uno de los millares de individuos al servicio de los centrales azucareros de la zona de Mayarí, y, por lo tanto, es difícil obtener una relación precisa de sus actividades en el transcurso de los años. Sin embargo, se sabe que el grueso de su

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Hogar de Angel Castro en Birán, Oriente.

fortuna lo ganó cultivando caña de azúcar durante una época en que se pagaba a precios muy crecidos. Hacia 1907 don Angel contrajo matrimonio con María Argeta, una ex-maestra oriunda de Banes. María, que era mulata, le dio dos hijos, Pedro Emilio y Lidia. Al prosperar los negocios, los Castro emplearon a una joven sirvienta llamada Lina Ruz González, que no tardaría en ser seducida por don Angel. Este hecho dio al traste con el matrimonio; Angel y María se separaron y ella se fue a vivir con sus dos hijos a Santiago. La última vez que me hablaron de ella me aseguraron que, a sus ochenta y tantos años, vivía en un apartamento situado en el barrio habanero de Nuevo Vedado, no lejos de las casas de sus dos hijos.

Lina Ruz dio a Angel siete hijos: Angela, Ramón, Fidel, Raúl, Juana[2], Emma y Agustina. La mayor, Angela, cuenta actualmente con poco más de cincuenta años. Fidel fue el tercero y Raúl el cuarto. En algún momento entre 1940 y 1942, después de haber nacido todos sus hijos, y a instancias de un vecino y amigo íntimo, un tal Fidel del Pino, Angel se divorció de María y se casó con Lina.

Un mayoral norteamericano de la finca de la United Fruit en

[2]Juanita Castro más tarde desertó y se fue a Estados Unidos, donde denunció al régimen de su hermano.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Lina Ruz González y Angel Castro.

Birán, contigua a la de Castro, llegó a intimar con don Angel y su familia. En su opinión, además de otras mezclas raciales, Lina Ruz tenía ascendencia china. Esto, según él, no sólo se traslucía en sus rasgos faciales, sino en los de algunos de sus hijos, especialmente Raúl, que tiene características inconfundiblemente mongoloides. Una de ellas, su faz imberbe, era motivo de chacota entre sus compañeros pogonatos de la sierra. Puesto que no podía criar barba, optó por dejarse crecer las melenas, llevándolas recogidas en la nuca, destacando así su aspecto feminoide. Más tarde, picado por las burlas, se las cortó, adoptando el estilo capilar de cualquier hijo de vecino.

Cuba jamás experimentó problemas raciales de gravedad hasta que el propio Fidel Castro atizó la cuestión al apoderarse del gobierno. Se considera que cerca del 21 por ciento de la población cubana deriva en mayor o menor grado del tronco africano, pero, a diferencia de la actitud predominante en los Estados Unidos, a los octavones, por ejemplo, no se les tiene por negros. Durante los largos años de mi residencia en Cuba jamás oí hablar de la cuestión racial como tal. Los mejores hoteles de La Habana, así como algunas playas, cabarets y restaurantes, contaban con una asistencia casi exclusivamente blanca, pero este hecho derivaba por lo general de razones de tipo económico. Algunos de los clubs eran exclusivamente para blancos y otros exclusivamente para negros.

Tras el revés de Playa Girón, oí a Castro preguntarle a un prisionero negro si no era cierto que había sido excluido de los clubs para oficiales blancos en el ejército de Batista. Su respuesta fue:

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

"No lo sé, comandante, nunca se me ocurrió averiguar". Durante el gobierno de Machado, a finales de los años veinte, cuando mi bufete llevaba a cabo los trámites preliminares para el establecimiento de la Pan American Airways en Cuba, traté casi exclusivamente el asunto con el secretario de Comunicaciones, un negro de pura raza que resultó ser un funcionario honorable y competente. La pigmentación de su piel carecía de la menor importancia para nosotros y jamás aludimos a ese particular.

El ambiente en que se crió Castro no era en modo alguno característico de Cuba, donde los hogares más humildes se mantienen aseados. El hogar de los Castro era una construcción de madera, grande e irregular, elevada sobre pilares a dos metros y medio del suelo; debajo se ataban y cobijaban los caballos.

El pueblo cubano, junto con el japonés, es uno de los que observa con mayor escrupulosidad las reglas del aseo, pero los hijos varones de don Angel constituían una excepción a este respecto. Los vecinos enterados de las intimidades del hogar de los Castro afirman que en los primeros años se hallaba en un estado de indescriptible suciedad. Aunque no lejos de la casa pasaba un arroyo, eran contadas las veces que se lavaban o bañaban. Durante la mocedad de Fidel, la casa carecía de agua corriente y retretes, aunque éstas se instalaron posteriormente. Algunos visitantes refirieron que los pollos andaban a su antojo por todas las piezas de la vivienda y a veces dormían trepados en las barandillas de las camas.

Uno de mis amigos íntimos, Gustavo Hevia, relata que, en una visita que le hizo a los Castro en una ocasión, le instalaron una regadera en el rincón de un retrete contiguo a su habitación para que la usara como ducha. Tenía una cuerda atada al surtidor para inclinarla hacia abajo. El artefacto hacía las delicias de todo el clan de los Castro. La única cama de la casa que tenía sábanas y almohada era la suya. La familia Hevia poseía propiedades contiguas a la finca de los Castro y llevaba a cabo numerosas transacciones comerciales con don Angel.

Los Castro hacían escasa vida familiar. En las familias campesinas las mujeres solían servir la comida a los hombres, pero no comían con ellos. Los Castro raras veces se congregaban juntos en torno a la mesa. El que se sintiera con hambre iba a la cocina, y allí mismo satisfacía su apetito o se llevaba algo para comer en su cuarto o en la sala.

La madre de Fidel, la ex-cocinera y criada de la familia, era avara

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Archivo de Virgilio Ferrer Gutiérrez



Allá por 1938, Raúl Castro Ruz asistía a la Escuela Cívico-Rural Núm. 107 de su pueblo, Birán, en la provincia de Oriente. Sus compañeros le apodaban "Pulguita". . . Con motivo de un aniversario del natalicio del Apóstol Martí, se reunieron en el Instituto Tecnológico de Ceiba del Agua (La Habana), representantes de todas las escuelas campesinas. En la foto aparece Raúl Castro en brazos del creador de tales centros educacionales y entonces jefe del Ejército, coronel Batista, ante la mirada del presidente de la República, Dr. Federico Laredo Brú.

y mañosa como su marido. Cuando la familia adquirió una tienda, fue ella quien se encargó de dirigirla. Llevaba, por lo general, pistola al cinto, lo mismo en la casa que fuera de ella. Era la fuerza dominante de la familia. Aunque en la casa no habían libros y don Angel apenas si podía firmar, Lina era partidaria de darle instrucción a su prole.

Muchos de los observadores del escenario político cubano que han indagado el origen de la actitud antisocial de Fidel Castro mencionan su estigma de ilegitimidad. En algunas zonas rurales el concubinato era casi tan frecuente como el matrimonio civil y determinaba las mismas obligaciones legales que éste. Sin embargo, se establecía una clara distinción entre el amancebamiento con escándalo y el concubinato, y el nacimiento de Fidel derivaba de un ayuntamiento "dañado y punible". El amancebamiento de persona casada ha sido siempre penado por las leyes vigentes en Cuba en los casos en que el hombre casado tenía manceba *dentro*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de la casa conyugal, en cuyo caso se le consideraba como reo de adulterio. A Castro se le puede calificar, en strictu senso, de *hijo adulterino*. Otros atribuyen sus sentimientos antisociales al hecho de que, cuando ingresó en el Colegio Dolores de Santiago de Cuba, era tal su carencia de aseo personal que pronto adquirió el apodo de "bola de churre". El remoquete lo persiguió hasta el excelente Colegio de Belén, en La Habana, regenteado también por los padres jesuitas.

Todos los que conocieron a Castro en su juventud coinciden en destacar dos rasgos de su carácter: su tendencia a la autodramatización y su insaciable ansia de conversación, que invariablemente terminaba en un monólogo. Acaso esto haya convencido a Lina Ruz de que Fidel se hallaba destinado a la abogacía, la carrera que escogió para su hijo. El afán de Lina por darle educación a todos sus vástagos no era totalmente compartido por su tacaño marido, quien frecuentemente protestaba por tener que ganarse el dinero sudando como un esclavo, mientras sus hijos lo derrochaban estudiando en Santiago o en La Habana.

Entre las anécdotas que pretenden explicar el odio patológico de Fidel Castro hacia los Estados Unidos hay una que posee cierta aura romántica. Se afirma que empezó a cortejar a una bella muchacha de Banes, una tal Mirta Díaz Balart. Mirta era allí la gran favorita de los cubanos y norteamericanos, pero "bola de churre" no fue aceptado por la colonia estadounidense. Hasta qué punto influyó este rechazo en su actitud hacia los Estados Unidos es materia de pura conjetura. El padre de Mirta, un respetado y honorable abogado rural, representaba a nuestra firma en la zona de Banes. Fidel se casó con Mirta, pero al poco tiempo el matrimonio acabó en divorcio.

El intento de determinar el origen del antiyanquismo de Castro es una tarea fascinante y he empleado bastante tiempo en tratar de discernirlo. Es algo que me resulta de todo punto interesante, porque es probable que en ningún país del mundo se haya tenido a los norteamericanos en tan alta estima como en Cuba, en parte por razones históricas, pero especialmente debido a la conducta de la gran colonia norteamericana consagrada al comercio y a la industria. Se afirma que el antiyanquismo que existía se encontraba en algunos círculos intelectuales, donde las tendencias comunistas también surgían de vez en cuando, pero nunca fue evidente ni para mí ni para mi socio. El personal del bufete llegó a estar constituido

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

por casi ochenta hombres y mujeres, todos ellos cubanos, y, sin embargo, no recuerdo haberles oído en ninguna ocasión algún comentario censurando a los norteamericanos o a los Estados Unidos, que la gran mayoría de los cubanos consideraban como su segundo país.

Según todas las indicaciones, el antiyanquismo de Fidel Castro se originó durante sus años de formación en la Universidad de La Habana. Aspiraba infructuosamente a acaudillar los grupúsculos estudiantiles de tendencias radicales o izquierdizantes, que, junto con los comunistas, esgrimían el antiyanquismo como consigna. Sus condiscípulos le consideraban como un matasietes, un terrorista, un "caballero del gatillo alegre" y fueron los primeros en percatarse de sus sentimientos antiyanquis. Perteneció a la Unión Insurrecional Revolucionaria que tenía orientaciones *trotskistas.*

Sigue pareciendo increíble que Castro estuviera convencido de las monstruosas acusaciones que lanzó contra los Estados Unidos a poco de adueñarse del poder. Pero es probable que, al caer bajo el influjo creciente de los comunistas y reiterar las mismas acusaciones una y otra vez, acabará creyendo parte de lo que decía. Este proceso de engañarse a sí mismo debe haberse acelerado al enterarse de que sus acusaciones hallaban eco favorable en el sector "liberal" de la población norteamericana e incluso en el propio presidente Kennedy, que creía que el pueblo de Cuba se había hallado sometido a una explotación y humillación sin precedentes por parte de los Estados Unidos.

El 26 de julio de 1953 un grave incidente proyectó sobre Castro la atención pública. Su movimiento político tomó más tarde este nombre (Movimiento 26 de julio); en Hispanoamérica se acostumbra dar a un movimiento político el nombre de una fecha histórica.

Esta fue la primera de varias ocasiones en que Castro juzgaría erróneamente la índole del pueblo cubano. Con ciento cincuenta partidarios, entre ellos dos muchachas, atacó el Cuartel Moncada de Santiago de Cuba, defendido por una guarnición de mil hombres. Castro esperaba que la guarnición no luchara y se pasara a su lado, y que el ataque provocara un levantamiento general en Santiago. Cogida por sorpresa, la guarnición rindió un ala del cuartel y por unos momentos los atacantes ocuparon y defendieron el Palacio de Justicia, situado no lejos del cuartel. Luego las tropas se recobraron. Al cabo de una hora, el combate había prácticamente terminado. La mayoría de los rebeldes huyeron a las montañas

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

próximas a Santiago y fueron capturados. No se dieron cifras oficiales de muertos y heridos, pero el cálculo más verídico arroja un centenar de muertos por ambos bandos.

Los rumores del combate del Moncada llegaron a La Habana al día siguiente, pero, a pesar de la censura que se impuso a las pocas horas, pronto resultó evidente que las tropas del gobierno habían salido victoriosas. A los pocos días el episodio dejó de ser tema de conversación.

Los relatos pormenorizados del incidente del Moncada varían según sus diversas fuentes. La versión de Castro, referida posteriormente por Herbert L. Matthews, destaca la crueldad del ejército cubano. Matthews afirma que sólo diez de los adeptos de Castro cayeron en el ataque: los demás fueron asesinados a sangre fría después de que se habían entregado, algunos tras habérseles sometido a tortura. Se impartieron órdenes, según Matthews, de matar a Castro donde lo encontraran, pero el teniente que lo tomó prisionero desobedeció sus instrucciones y lo condujo a Santiago[3].

Los detractores de Castro ofrecen un relato bastante distinto. Aseguran que los hermanos Fidel y Raúl actuaron cobardemente y que ninguno de los dos participó en la lucha.

La versión que llegó a ser aceptada por el pueblo cubano, obtenida de los participantes por ambos bandos, es que al calor del combate hubo algunas crueldades por parte de atacantes y defensores. Según esta versión, el arzobispo de Santiago, Enrique Pérez Servantes, preparó la rendición de los rebeldes que se habían refugiado en las montañas o se hallaban escondidos en Santiago, entre ellos Fidel Castro. Los hombres se rindieron bajo la protección del arzobispo, asegurándoseles que no serían maltratados y que serían procesados con arreglo a la ley. En todo caso, el 16 de octubre de 1953 Castro compareció ante el Tribunal de Urgencia de Santiago. Los representantes de la prensa se hallaban presentes, y algún reportero tomó estenográficamente su apasionada defensa, la que tiempo después, tras haber sido corregida y aumentada, se convirtió en uno de los principales documentos del movimiento revolucionario castrista, con sus palabras finales como título: "La Historia me absolverá".

Los hermanos Castro y algunos otros sobrevivientes fueron condenados a quince años de prisión y enviados a la Isla de Pinos. En

[3]Herbert L. Matthews, *The Cuban Story* (Nueva York: George Braziller, 1962), p. 145.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Prisioneros del asalto al cuartel Moncada. A la izquierda, Fidel Castro.

El cuartel Moncada después del ataque del 26 de julio de 1953



mayo de 1955 Batista decretó una amnistía para todos los presos políticos, incluyendo a los Castro. Sus apologistas, empeñados siempre en presentar a Batista como un dictador y un asesino, sostienen que este acto carecía de todo espíritu de compasión. Matthews escribió que afirmar que Batista era "más civilizado y clemente" que Castro porque perdonó la vida de éste, constituía "un curioso método de razonamiento"[4].

En noviembre de 1956 ya Castro se encontraba en México; desde allí puso en marcha su segunda aventura militar: la "invasión" de Cuba en una lancha de 82 pies de eslora, el *Granma*. Adquirió la embarcación con fondos proporcionados por el expresidente Prío. Esta vieja lancha destartalada, que normalmente podría acomodar de doce a quince personas, tardó siete días en cruzar el Golfo de México hasta la zona de desembarco en la costa sudoriental de Cuba. Toda la operación estaba pésimamente planeada y desde el principio todo salió mal. Ochenta y tres rebeldes se apiñaron en el *Granma* y su partida tuvo que adelantarse por el hecho de que las autoridades mexicanas se disponían a arrestarlos. Todos los miembros del grupo, a excepción de seis o siete, sufrieron de intensa cinetosis durante la travesía.[5]

El plan era coordinar un desembarco cerca de Niquero con un alzamiento en Santiago. Una vez en la provincia de Oriente, donde se esperaban refuerzos, el grupo pensaba atacar Niquero y luego avanzar hacia el Norte para asaltar una ciudad importante: Manzanillo. Nuevamente, Castro juzgó erróneamente al pueblo cubano. Pensó que la rebelión y el sabotaje cundirían por todo el país, culminándose el proceso con una huelga general. No se le ocurrió pensar que quizás tendría que refugiarse en la Sierra Maestra y no había realizado ningún estudio topográfico de la región. Antes de partir de México, Castro había proclamado a los cuatro vientos que antes de fines de año estaría de vuelta en su patria y el ejército cubano había sido puesto en estado de alerta para conjurar su amenaza. La tripulación del *Granma*, temiendo haber sido descubiertos, hizo un precipitado desembarco en una zona pantanosa donde los hombres desembarcaron indemnes, pero perdieron virtualmente todo su equipo. A medida que aumentaba el cerco de las tropas del gobierno, todos los rebeldes, con excepción de doce,

[4] *Ibid*, p. 145.

[5] Ernesto "Che" Guevara. *Reminiscences of the Cuban Revolutionary War* (Nueva York: The Monthly Review Press, 1968), p. 40.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Raúl Castro, Juan Almeida, Fidel Castro, Ramiro Valdés y Ciro Redondo.

fueron cayendo muertos ò prisioneros. Los doce supervivientes consiguieron llegar a las montañas. Entre ellos estaban los dos hermanos Castro y el agitador argentino Ernesto "Che" Guevara, que se había incorporado al grupo en México.

La expedición había desembarcado el 2 de diciembre de 1956. Al día siguiente, cuando la noticia de la aventura llegó a La Habana, apenas causó un escaso interés. Castro seguía siendo un personaje desconocido para los cubanos, que siguieron acudiendo como siempre a sus quehaceres cotidianos. Se expidió un parte oficial afirmando que la expedición había sido aniquilada por la Fuerza Aérea del Ejército y que Fidel Castro había perdido la vida. El alzamiento de Santiago, tres días antes del desembarco, había sido dominado inmediatamente; la programación fue deficiente, pues en esos instantes Castro seguía en el *Granma*, lejos de la costa. Así fue como Castro y un puñado de supervivientes se dieron a la tarea de organizar una operación de guerrillas con la que no habían contado y para la que no estaban preparados. Durante unos tres meses, no volvió a oírse nada de ellos. Mientras tanto, Edmund Chester, el propagandista de Batista, manifestó a la Embajada Americana su completa seguridad de que Castro estaba muerto. Cualquiera que hubiera visto a Castro —dijo— habría tenido que inclinarse.

La oficina de la United Press en La Habana también informó que Castro estaba muerto, y *The New York Times* publicó la noticia en primera plana.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

7

Bombos y platillos

Bordeando la costa meridional de la provincia oriental de Cuba, desde el valle de Guantánamo hasta el Cabo Cruz, extendiéndose sobre una superficie de unos 225 kms. de largo, se alza la majestuosa cordillera de la Sierra Maestra, el grupo montañoso más elevado de la Isla. Su línea de crestas, situadas entre diez y quince kilómetros de la costa, tiene una elevación media de 1,000 metros, pero el Pico Turquino, el más alto de Cuba, tiene unos 2,200 de altura. El panorama que en los días claros se divisa desde su cúspide es grandioso, pudiendo distinguirse la silueta de Jamaica, a unos 150 kilómetros de distancia, a través de millares de millas cuadradas de las glaucas aguas del Caribe. Al norte se extienden las llanuras tachonadas de palmas reales. Desde la cresta de la cordillera discurren multitud de pequeños ríos hasta los valles de la ondulada línea de la costa recortada por pequeñas bahías. Las estribaciones de la sierra están constituidos en su mayor parte por bosques vírgenes, y toda la región se halla cubierta de pinos y numerosas especies típicas de la flora cubana; abundan los loros y otras aves de exótico plumaje.

A finales de los años veinte, cuando me hallaba negociando la adquisición de tierras para las pistas de aterrizaje de la Pan American, sobrevolé muchas veces la Sierra Maestra. A menudo se presenta parcialmente velada por una bruma azulada, pero en las laderas de los picos de vez en cuando se divisan desde el aire algunos bohíos.

En la zona de la Sierra Maestra, que abarca una superficie de poco menos de 11,000 kilómetros cuadrados, vivían unos cincuenta mil campesinos, sin duda los más pobres de Cuba, muchos de ellos aparceros y precaristas. Para nadie era un secreto que constituían la colectividad guajira más ignorante y atrasada del país,

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ajena a los adelantos de la sociedad. No tenían radios, ni periódicos, ni electricidad, ni medios de transporte, a excepción de mulas. No había más caminos que aquellos que pasaban por las primeras estribaciones de la sierra, donde vivían la mayoría.

Fue en esta región donde Castro y once secuaces, el lamentable remanente de los ochenta y tres individuos que habían "invadido" a Cuba el 2 de diciembre de 1956, hallaron refugio. El estado mayor general del ejército había informado a Batista de que el grupo había sido barrido o abandonado la lucha. Las unidades del ejército no intenfaron emprender la inútil tarea de perseguir a los posibles supervivientes de la pequeña fuerza "invasora" por las montañas. Sin embargo, algunos aviones militares sobrevolaron la zona, instándoles por altavoz a rendirse y prometiéndoles garantizarles su libertad si lo hacían, pero la medida no obtuvo ningún resultado. El gobierno puso aviones a disposición de los periodistas que, acompañados por oficiales del ejército, realizaron un amplio reconocimiento de la Sierra, sin descubrir la menor traza de los rebeldes. Poco después las tropas se retiraron de la zona.

Durante el primer mes y medio después de que los doce hombres que desembarcaron del *Granma* llegaron a las montañas, unos cuantos campesinos se les incorporaron, fingiendo lealtad para protegerse, mas no tardaron en desertar. Uno de los doce miembros del grupo original desertó también. Las veintenas de montunos a los que se dirigieron con grandes precauciones se mostraron hostiles o totalmente indiferentes. Sólo deseaban seguir viviendo su vida a su manera. En resumen, tras siete semanas de actividad el grupo sólo contaba con seis miembros más, con lo que a finales de enero de 1957 el "Ejército Rebelde" de Castro se componía en total de dieciocho hombres. Así, como posteriormente escribió Herbert L. Matthews en *The New York Times*, "falto del auxilio de la prensa, Fidel Castro no era más que un forajido perseguido por la justicia, acaudillando una pequeña gavilla de mozalbetes en una remota región en selvas orientales de Cuba, solitario e impotente"[1]. Debe haberse dicho a sí mismo —añadió Matthews— que "faltos del apoyo de la prensa no iremos a ninguna parte"[2].

En efecto, tal era exactamente la conclusión a que había llegado Castro al cabo de seis semanas de reclutamiento casi inútil. A

[1]Herbert L. Matthews, *The Cuban Story*, (Nueva York: George Braziller, 1962), p. 16.

[2]*Ibid*, p. 18.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

mediados de enero de 1957 tomó la decisión más inteligente de su vida. Envió a La Habana a uno de sus hombres de confianza para tratar de concertar una entrevista con un periodista —y sólo con un extranjero, pues ningún periodista cubano, aún entre los muchos que le eran hostiles a Batista, iba a tragarse la audaz mentira que pensaba formular: ¡nada menos que toda la Sierra Maestra había caído en su poder! [3] Era imposible no ya encontrar, sino incluso imaginar a un periodista cubano tan crédulo y mal informado que creyera a ciegas semejante embuste. Un reportero cubano podía tomarle fotografías que demostraran que aún se hallaba en el mundo de los vivos, pero habría de envilecer su profesión para hacer la clase de artículo que Castro tenía en mente. Además, el público al que Castro esperaba dirigirse en su estrategia para obtener la atención de la prensa no era otro que el compuesto por los lectores norteamericanos.

Probablemente la coyuntura más afortunada en toda la carrera de Castro fue la circunstancia de que el periodista elegido por el destino para realizar la trascendental entrevista fuera el especialista en asuntos hispanoamericanos del *The New York Times*, Herbert L. Matthews.

Matthews, que por entonces tenía 57 años de edad, llevaba 35 en la plantilla del *Times*. Sus ideas, simpatías y prejuicios eran marcadamente "liberales".* En repetidas ocasiones se había mostrado sumamente sensible a los contactos e influencias personales de los sectores "revolucionarios". En sus artículos sobre la Guerra Civil Española se reveló como un decidido partidario de las fuerzas leales al gobierno, infiltradas de comunistas, desdeñando los conceptos de objetividad hasta el punto de hacer aparecer la situación del bando republicano mucho más brillante de lo que en realidad

[3] *Ibid*, p. 31.

* El término "liberal" es el que se utiliza en la versión original inglesa de esta obra, y estimo oportuno explicar por qué lo empleo también en la presente versión castellana. Desde el punto de vista de la semántica, el calificativo de "liberal" debería ser substituído en esta versión por el de "reformista", "progresista", "radical" o "de tendencias izquierdistas". Pero he preferido no hacerlo así, porque tanto en la referida versión original como en esta versión española, el término se aplica con referencia a los pretendidos "liberales" de los Estados Unidos de América y, por lo tanto, con el significado y el alcance que el vocablo posee dentro del marco de la terminología política de ese país. Estimo que el empleo de otros términos podría inducir a errores que, aun a costa de sacrificar los venerables derechos de la semántica, prefiero evitar.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Herbert L. Matthews

era y agenciándose una amonestación por parte del director del *Times* por este motivo[4].

Cada vez que Matthews recorría los países hispanoamericanos, entre ellos Cuba, los elementos más conservadores y las clases vivas de las distintas Repúblicas —conocedores de su historial periodístico— eran presas de la inquietud. Antibatistiano acérrimo y desembozado, no paraba mientes en referirse a los "miles de cubanos asesinados, con frecuencia después de ser torturados"[5]. Obstinado hasta la arrogancia, políticamente ingenuo y presunto experto en hispanoamérica, se hallaba perfectamente condicionado para desempeñar el desastroso papel que habría de representar.

Cuando el emisario de Castro llegó a La Habana, se dirigió a mi amiga y cliente, Ruby Hart Phillips, corresponsal permanente de *The New York Times*. Como a Castro se le daba por muerto, inmediatamente se percató de que la información constituiría un noticiazo. Sabiendo que Matthews se aprestaba a realizar uno de sus periódicos viajes a La Habana, Phillips le sugirió que partiera sin pérdida de tiempo.

Poco después, a mediados de febrero, tuvo lugar la entrevista entre Castro y Matthews. El viaje a las montañas, según lo describió el enviado del *Times*, constituía una aventura en extremo peligrosa. Las vidas de varios cubanos se hallaba en sus manos

[4] *Time*, 27 de julio de 1959, p. 48.

[5] Matthews, p. 166, 292.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

—escribió— y, debido a la "brutalidad y crueldad" de Batista, los que tomaron parte en la misma se exponían a perder la vida después de sufrir el tormento.

En realidad, no existía el menor peligro. Todo el mundo, desde Batista hasta el último ciudadano, creían que Castro estaba muerto. Ningún cubano hubiera tomado en serio la afirmación de que Matthews se encaminaba a ver a Castro.

Acompañado de tres jóvenes cubanos, Matthews y su esposa se trasladaron en automóvil desde La Habana hasta Manzanillo, a unos 950 kilómetros de distancia de la capital, por la Carretera Central. La temporada turística se hallaba en pleno apogeo, de modo que, en caso de que los detuvieran, pensaban manifestar que Matthews era un acaudalado norteamericano que se dirigía a Oriente para inspeccionar una colonia cañera que pensaba comprar. Sin embargo, no fueron detenidos; los escasos soldados que encontraron en el camino se limitaron a mirarles en la forma amistosa a que todos los norteamericanos estaban acostumbrados. Al atravesar Santa Clara poco después de despuntar el alba, dieron varias vueltas por el centro de la ciudad, pasando repetidas veces ante un policía apostado en una esquina y preguntándole finalmente dónde podían parar para tomar café y el camino para salir de la villa. La esposa de Matthews afirmaría tiempo después que fue tal el número de veces que se detuvieron a tomar café "que una retahila de individuos tuvieron ocasión de examinarnos minuciosamente"[6]. Ella se quedó en Manzanillo, un puerto situado en el golfo de Guacanayabo, con un grupo de gentes "que en nada fiedrían de cualquier tertulia de cubanos"[7], mientras su marido y los acompañantes de éste prosiguieron su viaje a bordo de un *jeep* y posteriormente a pie.

Podemos perdonar a Matthews por dramatizar la entrevista que, como diría más tarde, "alteraría el rumbo de la historia de Cuba". Habló de "dos silbidos bajos, suaves, casi imperceptibles", con los que sus acompañantes se pusieron en contacto con el emisario de Castro. Todas las conversaciones, según su relato, se habían llevado a cabo en "el más bajo susurro posible". En realidad, era de todo punto improbable que hubiera un solo soldado cubano en un radio de varios kilómetros.

[6] Sra. de Herbert L. Matthews, en la publicación interna de *The New York Times, Times Talk*, marzo de 1957.

[7] *Ibid*, p. 25, 26.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Sin embargo, lo que no se le puede perdonar a Matthews es su exagerado reportaje "interpretativo" y, sobre todo, ciertas afirmaciones —no expresadas por Castro, sino de propia minerva— a todas luces falsas. Los tres artículos resultantes de la entrevista entre Castro y Matthews representan, en mi opinión, el más censurable hecho periodístico que se le haya podido imputar a un diario respetable en todos los días de mi vida. Los engendros de Matthews salieron a la luz en la marea menguante de una inundación que iba a sumir a Cuba en el comunismo. Contenían —y de ello se jactaba el propio Matthews— "todos los elementos a partir de los cuales la insurrección fue creciendo hasta alcanzar el triunfo final"[8]. En efecto, un periodista a quien se le había asignado un encargo informativo, había asumido la actitud de un insurrecto. (Guevara, que no se hallaba presente en la corta entrevista, afirmó después que, según le había contado Castro, Matthews "hacía preguntas concretas, ninguna de ellas capciosa", y que, "evidentemente, simpatizaba con la Revolución")[9].

Aunque hasta entonces apenas había ocurrido alguna que otra escaramuza, Matthews escribió que "Castro estaba luchando con ahinco y buenos resultados" y que "a menudo ocurrían encuentros en los que las tropas del gobierno sufrían fuertes pérdidas". La flor y nata del ejército de Batista había "venido librando una campaña en la que hasta entonces le había tocado la peor parte", en tanto que Castro "*dominaba la Sierra Maestra*". (Cursivas del autor). Pese a que en realidad los rebeldes sólo poseían nueve fusiles de mira telescópica, Matthews escribió que "al parecer, estos hombres tienen algo más de cincuenta fusiles de esta clase"[10].

Respecto a la magnitud de las fuerzas insurrectas, Matthews escribió que había visto unos veinticinco rebeldes y que "sabía" que había más por las inmediaciones —quizás cuarenta en total—. Castro le aseguró, y él lo asentó en sus artículos, que las tropas de Batista maniobraban en columnas de doscientos hombres, en tanto que él operaba en partidas de diez a cuarenta guerrilleros. Dos años después, en abril de 1959, en el Hotel Astor de Nueva York, Castro

[8] Matthews, p. 39.

[9] Ernesto "Che" Guevara, *Reminiscences of the Cuban Revolutionary War* (Nueva York: Monthly Review Press, Inc., 1968), p. 78.

[10] *The New York Times*, 24 de febrero de 1957, primero de los tres artículos de Matthews, encabezado en la primera plana.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

escarneció a Matthews por haber creído a pie juntillas que la minúscula banda de dieciocho sujetos era en realidad un poderoso ejército guerrillero[11].

Una de las preguntas que formuló Matthews durante la entrevista se refería al carácter antiimperialista del Movimiento. Castro le respondió: "Puede tener la certidumbre de que no abrigamos la menor animosidad contra los Estados Unidos o contra el pueblo norteamericano". Rememoré estas palabras cuando Castro, después de tomar el poder, calificó a los Estados Unidos, de "buitre que devora a la humanidad".

Matthews escribió que el programa de Castro "equivale a la aplicación de los principios rooseveltianos en el ámbito cubano, una nueva política radical, democrática y, por consiguiente, anticomunista". Caracterizó a Castro como "un idealista", animado de "firmes convicciones acerca de la libertad, la democracia, la justicia social y la necesidad de restablecer la Constitución y celebrar elecciones"[12]. Obsérvese que no es que Castro profesara esas ideas, ¡sino que las tenía!

Para Raúl Castro, el perverso hermano menor de Fidel y una de las figuras más siniestras de la Revolución, tuvo expresiones benévolas, afirmando que era "delicado y ameno"[13]. (Poco después del entronizamiento del nuevo régimen, y antes de que se crearan los tribunales revolucionarios, Raúl Castro ordenó que se ametrallara a setenta y cinco personas colocadas al borde de una zanja). Su bestialidad no tiene paralelo con las peores atrocidades atribuidas a Batista por sus más encarnizados enemigos.

Sobre la cuestión del comunismo Matthews tranquilizó enfáticamente a sus lectores. Aunque existían en Cuba comunistas recal-

[11] Antes de la entrevista de Matthews los secuaces de Castro habían ejecutado dos acciones intrascendentes y fugaces que entrañaban poco riesgo y de las que salieron ilesos todos sus miembros. El 17 de enero cayeron sobre un pequeño destacamento del ejército y sorprendieron a diez guardias que se hallaban dormidos. El resultado fue que, como Guevara escribió posteriormente en *Recuerdos de la Guerra Revolucionaria Cubana*, "los soldados, casi indefensos, fueron hechos pedazos". Murieron cinco y los demás se rindieron. Los rebeldes escapàron rápidamente con las armas tomadas. Esta acción pasó a la historia revolucionaria con el nombre de "Batalla de La Plata".

La segunda aventura ocurrió cinco días después y también careció de todo elemento de valentía o gloria. Desde prudente distancia los rebeldes tendieron una emboscada y mataron con rifles telescópicos a cinco miembros de una patrulla del ejército. En el revoltijo subsiguiente sólo recogieron un rifle Garand. Castro describió luego esta escaramuza como "La Batalla del Arroyo del Infierno". Tras estas acciones el ejército retiró sus pequeñas unidades de las montañas.

[12] *The New York Times*, 24 de febrero de 1957, primero de los tres artículos de Matthews.

[13] *Ibid.*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

citrantes y disciplinados, siempre prestos a perturbar la vida nacional, afirmó que "no habían trazas de comunismo en el movimiento fidelista del 26 de julio"[14]. Es más, el programa de Castro era "anticomunista"[15].

Matthews dio cuenta de que, al terminar la entrevista, Castro le aseguró: "Yo estoy siempre en el puesto de mayor peligro" y los demás confirmaron este hecho. Luego, cuando el grupo se levantó para despedirse: "Usted ha corrido un gran riesgo al venir aquí, pero toda la zona se halla bajo nuestra protección y lo sacaremos de aquí sano y salvo"[16]. Castro jamás se hubiera atrevido a formular semejante afirmación ante un periodista cubano, ni en realidad a ningún cubano mayor de diez años, y esperar que la aceptaran a ciegas.

El aspecto más nocivo e incendiario del reportaje de Matthews se halla representado por su testimonio personal acerca del pujante y victorioso "Ejército Rebelde".

The New York Times destacó los tres artículos de Matthews de un modo destinado a obtener el máximo de publicidad. Bien anunciados con antelación, comenzaron a aparecer en la primera plana de la edición dominical del periódico, el 24 de febrero de 1957, ya que la circulación de ese día es el doble de la de los restantes de la semana.

Matthews ha descrito al *Times* como "el instrumento periodístico más poderoso que jamás se haya forjado en el mundo libre"[17]. Sus editorialistas, redactores y corresponsales —dice— "utilizan armas, que, metafóricamente hablando, equivalen a bombas nucleares"[18]. En este caso no exageró. El *Times* es, sin duda, el periódico más influyente del mundo. Ejerce un poderoso ascendiente sobre los políticos, educadores, escritores y los demás diarios. Dispone de impar acceso a las galerías y despachos del mundo oficial de Washington. Es lectura obligada en otras salas de redacción y, por consiguiente, las informaciones del *Times* poseen un efecto acumulativo. Los maestros y catedráticos lo leen, repiten sus textos y lo recomiendan a sus alumnos. Si se impone redactar un

[14] *The New York Times*, 25 de febrero de 1957, segundo de los tres artículos de Matthews.

[15] *The New York Times*, 24 de febrero de 1957, primer artículo de Matthews.

[16] *Ibid.*

[17] Matthews, p. 308.

[18] *Ibid*, p. 308.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ensayo, una revista o un libro, la tarea de documentación se orienta invariablemente a través del *Indice del The New York Times*, que posee un monopolio de hecho en este campo.

El *Times* dispone de otra palanca capaz de ejercer una formidable presión sobre la opinión pública. Su *Servicio de Noticias* transmite a los cuatro vientos la mayoría de los despachos de sus corresponsales, así como la composición de su primera plana para indicar a los directores de los diarios afiliados a su servicio qué noticias deben destacar. Al final de 1965 el *Times News Service* tenía 154 periódicos suscritos a su servicio en los Estados Unidos y 55 en el extranjero.

Cualquier carencia de responsabilidad periodística es, como en este caso, mucho más insostenible cuando la fuerza ejercida "equivale a bombas nucleares". Sin duda, los artículos de Matthews acerca de Castro produjeron un impacto fulminante en los Estados Unidos, provocando una reacción en cadena en todo el continente.

Al aparecer el primer artículo, la censura periodística se hallaba vigente en La Habana, de modo que mi ejemplar del *Times* carecía del mismo. Sin embargo, los turistas aportaron algunos ejemplares y la noticia comenzó a circular. A los cubanos les encanta charlar; no conozco ningún otro país en el que las noticias circulen con mayor rapidez que en Cuba. La serie del *Times*, pasó a ser el principal tema de conversación de los cubanos. En pocos días no menos de diez de mis amigos norteamericanos me la enviaron. Desde mis años universitarios, allá por 1914, he sido un voraz lector del *Times*. Abrigaba un profundo respeto hacia ese diario, de modo que quedé estupefacto ante el contenido y el carácter político de los artículos de Matthews.

Batista reaccionó inmediatamente. Su ministro de Defensa anunció que el gobierno "ignora si Fidel Castro se halla vivo o muerto, pero asume toda la responsabilidad al afirmar que no existen fuerzas insurgentes de la magnitud de las descritas por Matthews". Luego cometió la primera de sus pifias más graves: aseveró que, "con la misma responsabilidad, el gobierno reitera que en ningún momento sostuvo el corresponsal una entrevista con el hombre a quien atribuye tantas fuerzas y tantas profesiones de fe inexistentes". Tal torpeza le hizo el caldo gordo a Matthews; al día siguiente, el *Times* publicó una foto de él y Castro en las montañas. Poco después Batista revocó la censura de prensa y los periódicos cubanos publicaron el texto completo de la traducción

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de los tres artículos del enviado del *Times*.

Todavía nos quedaba mucho por ver. El fomento de la causa castrista realizada por el *Times* fue sólo la primera andanada de un barraje de publicidad sin precedentes. Una continua afluencia de periodistas, muchos de ellos izquierdistas convictos y confesos, se encauzó hacia la Sierra Maestra. El primero en seguir los pasos de Matthews fue un subdirector de noticias de la Columbia Broadcasting System, Robert Taber, acompañado de un colega llamado Wendell Hoffman. Aunque llevaban consigo un pesado equipo fotográfico y acústico, no tuvieron la menor dificultad en llegar a las montañas. La entrevista filmada y grabada de Taber con Castro fue televisada por la CBS a toda la nación norteamericana el 17 de mayo de 1957, y posteriormente se transmitió por las redes de televisión de varios países extranjeros.

Casi cinco años después, una subcomisión del Senado de Washington reveló el pasado de Taber. Este había sido arrestado en varias ocasiones y había cumplido una condena de casi cuatro años en el Reformatorio del Estado de Ohio por los delitos de secuestro, robo a mano armada y robo de automóviles[19]. Tras su entrevista con Castro, Taber fue nombrado Secretario Ejecutivo del "Comité pro Justo Trato a Cuba" financiado por Castro, y viajó a varios países del Telón de Acero con agentes de éste.

Más tarde, los principales programas de televisión ofrecieron a sus televidentes diversas representaciones de Fidel Castro, transmitiéndose éstas durante las horas de máxima audiencia. Edward R. Murrow, un conocido gestor de causas "liberales", le facilitó un foro nacional, seguido de una entrevista con Ed Sullivan, filmada en Cuba. Más tarde Jack Paar, el popular anfitrión de la T.V. norteamericana, conoció a Castro, cayó bajo su hechizo y expresó su entusiasmo por el caudillo barbado en una serie de transmisiones televisadas de la NBC.

Al adquirir impulso la campaña lanzada y sostenida por *The New York Times* a favor de Castro, llegó un momento en que en las montañas cubanas se encontraban al mismo tiempo varios periodistas norteamericanos, todos ellos machacando el tema de la romántica historia de Fidel. De hecho, cuando la CIA se decidió por fin a hacer averiguaciones sobre el Movimiento de Castro (mo-

[19] Subcomisión del Senado de la Comisión del Poder Judicial, Tercera parte, 10 de abril de 1962, p. 180.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tivadas por la apremiante insistencia del embajador de los Estados Unidos en Cuba, Earl E. T. Smith), despachó a uno de sus agentes a las montañas haciéndole pasar por periodista. Luego siguió una marejada de libros y artículos procastristas redactados por catedráticos y escritores izquierdistas, tales como C. Wright Mills, de la Universidad de Columbia, Kyle Haselden, Carleton Beals, Norman Bailey, Samuel Schapiro, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Waldo Frank; todos ellos contribuyeron a condicionar la opinión pública y a preparar la senda que habrían de seguir Castro y sus secuaces comunistas. Waldo Frank, que usufructuaba la munificencia de Castro, le calificó de "genio" "con menos de político que de poeta y amante"[20]. El libro del Dr. Mills *¡Escucha Yanqui!* constituyó un elemento de propaganda singularmente eficaz, pues exponía franca y descarnadamente la línea de Castro.

Durante el verano de 1957 se produjo un incremento del terrorismo en el país, si bien los incidentes seguían ocurriendo esporádicamente. De vez en cuando estallaban bombas, se cortaban los cables del tendido eléctrico, se interrumpían las comunicaciones y se provocaban incendios. No obstante, Cuba atravesaba por un período de prosperidad; los negocios marchaban bien y la temporada turística de principios de año se había mantenido a la altura de las previsiones.

A finales de agosto, con la campaña de prensa procastrista en pleno apogeo, discutí con mi socio la idea de ir a Nueva York a entrevistarme con mi amigo Harry F. Guggenheim en un intento por hallar el medio de convencer a *The New York Times* para que desistiera de instigar la rebelión en Cuba. Sabía que Harry era un viejo amigo de Arthur Sulzberger, editor del *Times*, y su hermana, la señora de Roger Strauss, una de las amigas más íntimas de la señora de Sulzberger. Jorge y yo llegamos a la conclusión de que me hallaba en situación tan ventajosa como el que más para llevar felizmente a cabo esta misión.

Al llegar a Nueva York me enteré de que uno de los miembros del gabinete de Batista, Nicolás Arroyo, el joven e idóneo ministro de Obras Públicas, se hallaba también en la ciudad en compañía de uno de sus colaboradores. Sabedor de que había pocos norteamericanos tan bien calificados como Guggenheim para aconsejar a un

[20]Waldo Frank, *Cuba: Prophetic Island* (Nueva York: Marzani & Munsell, 1961), p. 141.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Jefe de Estado hispanoamericano agobiado con los problemas que afectaban a Batista, le telefoneé a Harry y le pregunté si podía llevar conmigo a Arroyo, su inteligente esposa Gabriela, notable también como arquitecto, y a su colaborador Eugenio Albarrán. Mi amigo invitó a que así lo hiciese.

Almorzamos todos en la quinta de Guggenheim en Sands Point, Long Island, y la señora Strauss se trasladó desde Greenwich, Connecticut, para participar de aquella coyuntura. Después del almuerzo los hombres pasamos a la sala de trofeos de Harry y nos sentamos a discutir los problemas de Cuba. Dije: "Harry, *The New York Times* continúa incitando a la rebelión en nuestro país y me gustaría saber si hay algún medio de poner fin a la campaña lanzada por Herbert Matthews".

Guggenheim explicó que Arthur Sulzberger se hallaba muy enfermo, que ya había sufrido varios accidentes cardiovasculares y que sería imposible que alguno de nosotros le viera. Añadió que Sulzberger siempre había sido muy leal con sus colaboradores y que, en su opinión, no había ninguna posibilidad de inducirle a él o a cualquier otro directivo del *Times* a llamar a capítulo a Matthews. Pregunté si tal criterio también podía aplicarse a Louis Loeb, representante legal del *Times*. El Dr. Loeb era socio de un bufete que nosotros representábamos en Cuba y no me hubiera sido difícil ponerme en contacto con él. Harry me contestó afirmativamente, agregando que, en cualquier caso, la actitud de Matthews cuadraba con el esquema ideológico "liberal" del *Times*. Recuerdo que Harry Guggenheim se mostraba mucho más consciente del peligro representado por Castro que sus propios invitados cubanos. En determinado momento me dijo: "Mario, si ese hombre llega a tomar el poder, confiscará las propiedades de todos tus clientes e introducirá una cabeza de playa comunista en nuestro hemisferio". Mucho más tarde supe que Guggenheim había advertido al entonces vicepresidente Richard Nixon y a otros miembros del gobierno norteamericano de la peligrosa situación que se encubaba en la Gran Antilla.

Nuestra conversación recayó en el tema de Batista. Dirigiéndose a Arroyo, Guggenheim, con su suave tono de voz y benigna expresión, expuso su criterio de que Batista aún poseía la solución del problema. Según él, sin pérdida de tiempo debía fijar la fecha de unas nuevas elecciones generales. No bastaba con que las elecciones fuesen honradas: tendría que convencer al pueblo cubano y a

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

los norteamericanos de que se realizarían con todas las garantías de la ley. Esto —dijo— podría conseguirse invitando a las Naciones Unidas, la OEA o la American Bar Association a enviar una delegación a Cuba, para presenciar el desarrollo de las elecciones, y Batista lo anunciaría así con suficiente antelación.

Dirigiéndose a Arroyo, dijo: "Mario puede ayudarle en sus tratos con la American Bar Association, si es que a ello se deciden ustedes. Si su jefe lo hace, podría pasar a la historia como uno de los grandes presidentes de Cuba. En una ocasión celebró unas elecciones honradas y ganó su adversario. Esto podría muy bien volver a ocurrir; pero si ocurre, Batista puede irse a Europa unos meses y luego volver a Cuba como un ciudadano respetado, conservar y disfrutar sus propiedades y educar a sus hijos en su país. Esto mismo le recomendé a Machado en mis días de embajador en La Habana, pero él no lo veía así. Si Batista no sigue esta conducta, es casi seguro que será depuesto, perdiendo el respeto de su pueblo. Le ruego que le lleve este mensaje de un hombre que es amigo de Cuba y le desea su bien".

Pocos días después, en La Habana, Arroyo me refirió que a su regreso le había informado a Batista de los más mínimos pormenores de su conversación con Guggenheim. La esposa de Batista, Martha, se había hallado presente. Ninguno de los dos parecieron impresionados. Mi misión en los Estados Unidos se había saldado en un fracaso.

Lo que más temíamos el Dr. Cubas y yo a finales de 1957 era que la campaña de prensa norteamericana en favor de Castro llegara a repercutir violentamente en el Congreso y ulteriormente en la Secretaría de Estado. Debo admitir que no tuvimos la presciencia de Harry Guggenheim y Earl Smith al prever que el régimen de Castro significaría el advenimiento del comunismo. Además, aún confiábamos en que la Secretaría de Estado norteamericana coadyuvaría en la creación del gobierno honrado y responsable que tanto anhelaba el pueblo cubano.

No podemos prescindir aún de Matthews, ya que continuó desempeñando un papel de capital importancia en la trama comunista. Debemos dejar sentado que, cuando Castro se quitó la máscara del "revolucionario humanista", Matthews careció del señorío necesario para enmendar sus primitivos errores. Por el contrario, reprobó a sus colegas de la prensa por impeler a Castro a lanzarse

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

con mayor rapidez e intensidad al campo comunista. En octubre de 1961, cuando ya no era más que un paladín solitario en defensa de Castro, Matthews escribió: "Tengo buen ojo para la buena labor periodística, pero también sé determinar los trabajos deficientes". La descripción de la situación cubana por parte de la prensa estadounidense —dijo— era "distorsionada, injusta, mal informada e intensamente emocional". Carecía de "equilibrio y objetividad". Y confirmó su "simpatía y, en muchos aspectos, admiración por Fidel Castro". Si los Estados Unidos ganaran la guerra fría —dijo— la revolución cubana habrá representado no obstante "un papel admirable y meritorio". No podía decidirse a "condenarla ni a condenar abiertamente a Fidel Castro por lo que ha hecho, y especialmente por lo que ha tratado de hacer"[21].

Incluso después de que Castro anunció al mundo que era marxista-leninista y lo sería "hasta el último día de mi vida", Matthews afirmó en una reunión del Overseas Press Club de Nueva York que no le creía, ya que la etiqueta no le iba. "Acaso Castro crea actualmente que es comunista —dijo— pero tal vez mañana crea algo distinto". El *New York Herald Tribune* publicó estas observaciones el 7 de diciembre de 1961. El *Times* guardó silencio.

A partir de entonces los artículos de Matthews desaparecieron del *The New York Times*, pero no el propio Matthews. Calladamente fue ascendido al consejo de redacción del periódico, donde sus opiniones se convirtieron en la expresión anónima de las de los editores. Salvo en aquellas oportunidades en que se encontraba fuera de Nueva York o de vacaciones, escribía virtualmente todos los editoriales referentes a Hispanoamérica, sin excluir a Cuba[22]. Cuando se reunía el consejo de redacción, Matthews era el experto que aconsejaba sobre la política editorial en cuanto a los asuntos hispanoamericanos. Como portavoz de un gran periódico, Matthews solicitaba paciencia, comprensión y coexistencia con el régimen comunista de Castro.

Cinco años después de su famosa serie de artículos sobre Cuba, Herbert L. Matthews pareció enfrentarse a la calamidad que había contribuido a crear. En la segunda edición de su libro *The Cuban Story*, publicada en marzo de 1962, escribió que, si Fidel Castro representa un régimen "dotado de una función activa junto al bloque chino-soviético en contra de los Estados Unidos, dedicado

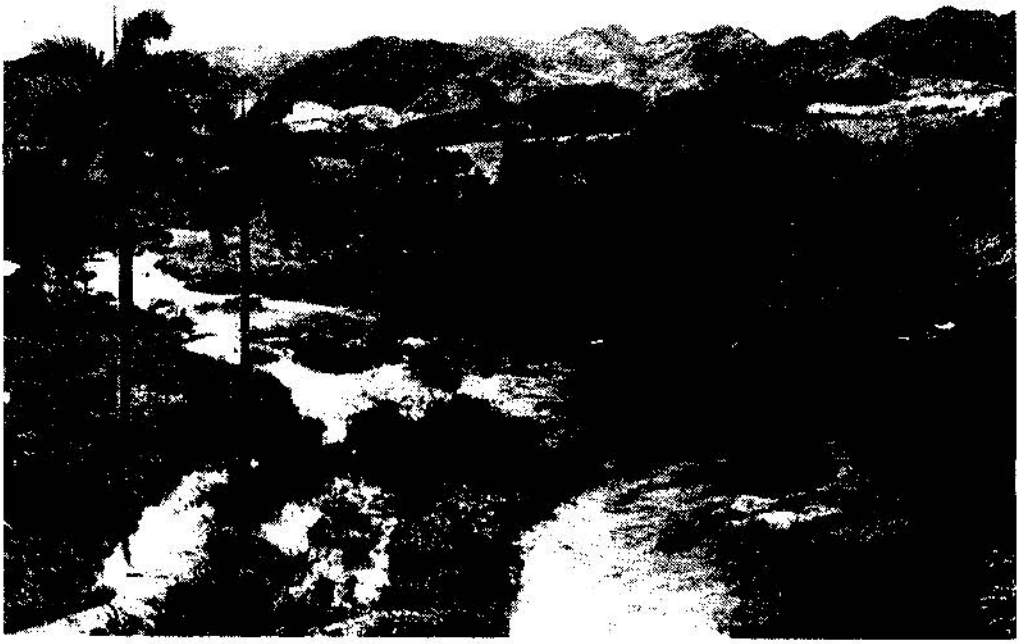
[21] Matthews, p. 277, 284, 299.

[22] *Ibid*, p. 115, 206.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

a subvertir y provocar revoluciones izquierdistas y antiamericanas en Latinoamérica . . ., él y su régimen habrán de ser destruidos". Añadió: "La poca o mucha simpatía que un norteamericano sienta por Fidel Castro no puede llevarle a ninguna otra decisión"[23].

Desde entonces han desaparecido todos los supuestos de la ecuación. Pero el Sr. Matthews ha brillado por su ausencia entre las pléyades de norteamericanos dedicados a la destrucción del régimen de Castro.



Río en Oriente. Al fondo la Sierra Maestra.

[23] *Ibid*, p. 276.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

8

Cuba en la encrucijada

La glorificación de Castro por parte de la prensa estadounidense tuvo un efecto profundamente desmoralizador en los grupos más moderados de la oposición. El proceso avanzó tan rápidamente, que a finales de 1957, diez meses después de que aparecieran los artículos de Matthews, pese a que Castro sólo había podido reclutar unos cien hombres, éste se sentía con confianza suficiente para rechazar con desdén una invitación a unirse a otras seis organizaciones antibatistianas en un esfuerzo común por derrocar al presidente.

Su carta del 14 de diciembre de 1957 a estos seis grupos de oposición constituye una prueba incontestable de la obsesión autoritaria que dominaba su pensamiento. En ella se proclamaba como fuente de la ley, con facultades para designar al Jefe del Estado de un nuevo gobierno, abolir la legislatura y el poder judicial y disolver los partidos políticos, a excepción de su Movimiento 26 de Julio. En resumen, dejó bien clara su intención de crear un régimen totalitario. El texto íntegro de esta singular carta se hallaba en poder de la embajada americana en La Habana y de Roy Rubottom y William Wieland, en la Secretaría de Estado de Washington, el 1º ó 2 de enero de 1958.

A pesar de los elogios que se le tributaban en los Estados Unidos, hasta entonces las actividades de Castro habían resultado prácticamente nulas. A medida que se le incorporaban nuevos hombres, otros desertaban, y el hambriento grupúsculo vagaba sin rumbo por las montañas. A sangre fría ejecutaban a cualquier campesino sospechoso de delación. El 16 de marzo de 1957 un contingente de unos cincuenta hombres, treinta de ellos armados, llegó de Santiago bajo el mando de Frank País, un adepto de Castro. Con su "ejército" así aumentado hasta unos ochenta efectivos, Castro se preparó para emprender su aventura militar más importante.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

A finales de mayo los rebeldes descendieron de las montañas y atacaron un pequeño y aislado aserrío próximo a la costa, consistente en dos edificios de madera y tres pequeños puestos de guardia, cada uno con cabida de 3 ó 4 soldados. En total había cincuenta y tres hombres en el campamento, casi todos trabajadores desarmados.

Como de costumbre, Castro dio la señal de ataque disparando su fusil de mirilla telescópica desde una loma distante. En la lucha que se entabló, los pocos soldados combatieron encarnizadamente, matando a seis de los rebeldes e hiriendo a nueve. Del grupo del campamento hubo catorce muertos, diecinueve heridos, seis huyeron y catorce fueron hechos prisioneros. (Este es el recuento de la Batalla de Uvero, rememorado con toda franqueza por el Che Guevara[1]. Posteriormente Castro la calificó de batalla "de extraordinaria importancia"). Los atacantes se retiraron rápidamente a las montañas y a fines del siguiente mes más de cuarenta de ellos habían desertado, "a veces con nuestro consentimiento, otras sin él" —escribió Guevara. A finales de junio de 1957, la tropa se componía de menos de treinta combatientes[2].

Sin embargo, en otros puntos del país se produjeron algunos estallidos revolucionarios organizados por distintos grupos insurreccionales, siendo sofocados rápidamente. El más grave de todos fue el que tuvo lugar el 13 de marzo de 1957 con la finalidad de asesinar al presidente Batista. Dos días antes el general se había enterado de que se estaba tramando una conspiración y decidió valerse de algunos emisarios en un intento por disuadir a los supuestos cabecillas. Alertó a la guardia presidencial e hizo salir de la escuela a sus hijos mayores. Su esposa, que se hallaba encinta, y su hijo menor enfermo se quedaron con él en Palacio.

Aproximadamente a las tres de la tarde un grupo de conspiradores desembocaron de un camión e irrumpieron por la arcada trasera del Palacio en los momentos en que la mayor parte de la guarnición se hallaba almorzando, barriendo a la posta de la entrada. Llegaron hasta el segundo piso, donde les detuvo una puerta enrejada de hierro. El presidente, su esposa y su hijo se hallaban en el tercer piso. Si los atacantes hubieran utilizado un lanzacohetes o cargas explosivas para derribar la puerta, su empresa podría haber tenido

[1] Ernesto "Ché" Guevara, *Reminiscences of the Cuban Revolutionary War* (Nueva York: Monthly Review Press, Inc., 1968), p. 111 a 119.

[2] *Ibid*, p. 126.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

éxito. Murieron cuarenta de los atacantes y varios guardias del Palacio. Simultáneamente, un grupo de estudiantes acaudillados por un corpulento y apuesto joven llamado José Antonio Echevarría tomaron la emisora de radio CMQ y anunciaron que el presidente había muerto y que el gobierno había sido derribado. Al abandonar la emisora, Echevarría fue muerto a tiros por la policía.

El asalto, mal planeado pero audaz, había sido efectuado sin el conocimiento de Castro por partidarios del ex-presidente Prío y por miembros del Directorio Estudiantil Revolucionario de la Universidad de La Habana.

Aquella misma noche el Servicio de Inteligencia Militar de Batista, conocido como SIM, inició una redada de los jefes de la oposición. Trataron de detener a mi primo, Carlos Márquez Sterling, uno de los principales adversarios políticos de Batista, pero Carlos se encerró en su casa. El incidente creó tal alboroto en la vecindad que la policía partió sin consumar la detención. Carlos no estaba implicado en el asalto al Palacio.

El SIM detuvo al Dr. Pelayo Cuervo Navarro, un ilustre abogado que me honraba con su amistad, y quien había consagrado sus mejores años a combatir la corrupción administrativa. Pelayo fue conducido a un pequeño lago situado a unas cuatro cuadras de distancia de nuestra casa en el reparto Country Club y ultimado de un tiro en la nuca. Su cadáver fue arrojado al borde del lago, donde lo encontraron a la mañana siguiente. Pelayo era un hombre de gran integridad. Con escaso respaldo financiero, había sido elegido senador de la República por una de las mayorías de votos más aplastantes de toda la historia de Cuba. Mi socio y yo siempre le habíamos apoyado en la medida de nuestras posibilidades. Solía venir a nuestro bufete una vez al mes a discutir la situación política, y nuestras charlas versaban sobre las actitudes y planes de acción de Washington con respecto a Cuba. Todo en él le caracterizaba como un abogado conservador, y su asesinato, que nos dejó profundamente consternados, agitó a todo el país.

Batista no dejó nunca de hacer hincapié en que este crimen había sido cometido sin su conocimiento, en los momentos de exhaltación consecutivas al asalto al Palacio, como venganza por la muerte de los muchos soldados y policías que habían caído durante el mismo. Se afirmó que se había encontrado una nota en poder de Echevarría en la que se mencionaba a Pelayo como el artífice de la conspiración.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Naturalmente, hubo otras versiones. Márquez Sterling, que sin duda se hallaba tan enterado de los intríngulis de la situación como el más avisado de los políticos cubanos del momento, cree que el asesinato no fue ordenado desde el Palacio. "Batista tendrá sus defectos, pero no es hombre que mande a matar" —me dijo. Por otra parte, creía que Pelayo había tomado parte en la conspiración del 13 de marzo. Lo cierto es que el asesinato de Pelayo dejó un ominoso estigma en el historial de Batista, pues jamás se capturó o castigó a sus perpetradores.

Ningún cubano ignora que la manida acusación formulada por Castro contra Batista, inculpando a éste de la muerte de veinte mil cubanos, constituye una cínica falsedad. Los dictámenes más dignos de crédito que he podido recoger, cifran el total de muertes en *no más de novecientas, tanto del bando del gobierno como del antigubernamental, incluyendo las ocurridas como resultado de las actividades revolucionarias que tuvieron lugar en 1957—58.* Cuando Castro tomó el poder, el semanario *Bohemia*, órgano marcadamente antibatistiano, publicó una lista de los supuestos muertos por ambos bandos durante el último gobierno de Batista: en total sumaban 869. Uno de mis amigos mejor informados de la CIA, que prestaba sus servicios en Cuba durante los últimos años del gobierno de Batista y los primeros meses del régimen de Castro, calculaba que, sin lugar a dudas, la cifra total no excedía del millar. El hispanoamericano es dado a la exageración en cuestiones que le afectan emocionalmente. Sin embargo, creo que apenas habrá un cubano que no admita hoy día que la aceptación general en el extranjero de la grotesca acusación de Castro en el sentido de que Batista era responsable de veinte mil muertes fue uno de sus mayores logros propagandísticos.

Cuando en mayo de 1957 se anunció en Washington el nombramiento de Earl E. T. Smith como nuevo embajador de los Estados Unidos en Cuba, recibí una carta de Charles Hallenborg, de Nueva York, un amigo íntimo a quien tenía en alta estima. En ella decía que había conocido a Smith en los tiempos en que trabajaron juntos en el War Production Board y le describía como un hombre adinerado, de gran relieve en los círculos sociales, conservador e inteligente. "No sé hasta qué punto está enterado de las cosas de Cuba —escribió Hallenborg—, pero puedes estar convencido de que nadie le va a tomar el pelo".

Earl Smith llegó a La Habana a mediados de julio. Nuestra casa

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

se hallaba enclavada frente a la residencia del embajador, pero antes de que pudiéramos efectuar la consabida visita de buena vecindad, el embajador me telefoneó y almorzamos juntos en la ciudad. Nuestra primera entrevista fue estrictamente de carácter social, sin la menor alusión a la situación política. Smith era un hombre de elevada estatura, quizás de un metro noventa, de ojos azules, y dotado de una energía juvenil. Mostraba todas las señales distintivas de una educación refinada y un aire de confianza en sí mismo. Sin duda alguna, no había nada de tortuoso en su personalidad; expresaba sus criterios con la mayor franqueza. Desde unos dos meses antes de que se formalizara su nombramiento Florence y Earl Smith se habían dado al estudio intensivo del español y tenían el propósito de proseguirlo. Los *hobbies* de Earl eran el golf y el bridge y, aunque nunca jugué con él, me enteré de que sobresalía en la práctica de ambos. Le pregunté si era cierto que en 1926, mientras estudiaba en Yale, había conquistado el campeonato interuniversitario de boxeo. No, me contestó, esta exageración deriva del hecho de que cuando era campeón de los pesos pesados de Yale, había puesto fuera de combate al campeón de Annápolis en 1924.

Recuerdo que le dije al embajador que tenía la suerte de contar con un personal competente, algunos de cuyos miembros eran íntimos amigos míos. Lo sabía, me dijo, pero nos consultaría a mi socio y a mí para enterarse del punto de vista estrictamente cubano de los problemas existentes.

Desde el punto de vista social, nuestras relaciones no fueron cordiales ni frías. Florence Smith jamás invitó a mi esposa a participar en las obras de caridad que ella regentaba. Aunque éramos vecinos, durante el año y medio que los Smith permanecieron en La Habana sólo dos veces cenaron con nosotros.

Como en nuestra primera reunión no habíamos discutido asuntos relacionados con la política cubana, pasó algún tiempo antes de que me percatara de las facetas más importantes de las entrevistas informativas que había llevado a cabo en la Secretaría de Estado antes de posesionarse de su cargo en La Habana. Una era la sugerencia de que se pusiera en contacto con ¡Herbert L. Matthews! En esta entrevista, que duró varias horas, Matthews afirmó que, como periodista bien enterado de las cosas de Cuba e Hispanoamérica, creía que lo mejor para Cuba y los Estados Unidos era que Batista fuera destituido de su cargo[3]. Otro aspecto aún más inte-

[3]Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, "Testimonio de Earl E. T. Smith", 30 de agosto de 1960, p. 683.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El embajador Earl E. T. Smith.

resante era el hecho de que en las seis semanas que duraron las entrevistas informativas en la Secretaría de Estado, ni William A. Wieland, director de la Oficina de Asuntos Centroamericanos, ni Roy Rubottom, Jr., subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, mencionaron los disturbios comunistas ocurridos nueve años antes en Bogotá, en los que Castro tomó parte activa y durante los cuales estos dos funcionarios de carrera del Servicio Exterior norteamericano se hallaban presentes[4].

Conocíamos muy bien el historial de Wieland. Desde 1928 hasta 1937 había vivido en La Habana prestando servicios a uno de nuestros clientes: *The Havana Post*, el mejor diario de lengua inglesa de Cuba. Su editora, Clara Park de Pessino, que gozaba de gran aprecio y estimación, se había visto obligada a despedirlo. Aunque su sueldo no excedía de 35 pesos semanales, Clara juzgaba que era un dinero malgastado. Su aprendizaje académico, harto irregular, comprendía un año en el colegio de Villanova. Mucho después supe que el 4 de junio de 1941 dejó un empleo de 3,120 dólares al año en la Associated Press para asumir un cargo en la Secretaría de Estado con un sueldo anual de 7,000 dólares. Con el tiempo su sueldo gubernamental llegó a ascender a 25,890 dólares. Wieland obtuvo su nombramiento en la Secretaría de Estado

[4] Earl E. T. Smith, *The Fourth Floor* (Nueva York: Random House, 1962), p. 68.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



William Arthur Wieland.

sin sometérsele previamente a investigación por parte de los órganos de seguridad. Adulteró su solicitud omitiendo detalles fundamentales, así como su cuestionario biográfico, en el que introdujo patentes falsedades[5].

Cuando yo y muchos cubanos que le conocíamos nos enteramos que había pasado a ser uno de los expertos en asuntos hispanoamericanos y cubanos de la Secretaría de Estado, en posesión de un cargo que le permitía ejercer gran influencia sobre sus superiores y sobre la política exterior norteamericana, nos quedamos atónitos. Desde el punto de vista técnico, era el superior del embajador Smith. Opinamos que su nombramiento sólo podía explicarse por el hecho de que dominaba el castellano.

Para comprender a Wieland y el papel que iba a desempeñar en el advenimiento de Castro, es necesario enterarse de la insurrección comunista de Bogotá de abril de 1948, conocida vulgarmente por el "bogotazo".

El bogotazo tuvo lugar con ocasión de la Novena Conferencia

[5] Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *The Case of William Wieland*, 1962, p. 3.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Internacional de los Estados Americanos. Por aquellos días el embajador de los Estados Unidos en Bogotá era Willard D. Beaulac, un diplomático de carrera conocido por su idoneidad, que anteriormente había desempeñado igual cargo en La Habana. En 1948 Rubottom y Wieland formaban parte del personal de su embajada, ambos con la categoría de Secretarios de Segunda Clase. Wieland tenía a su cargo el departamento político. La delegación norteamericana enviada a Bogotá para participar en la conferencia se hallaba dirigida por el secretario de Estado George C. Marshall.

Colombia es un país pródigo en tradiciones democráticas. Al igual que los Estados Unidos, sólo posee dos partidos políticos dignos de este nombre, el conservador y el liberal. El presidente de la República, don Mariano Ospina Pérez, pertenecía al conservador. El "líder único" del partido liberal era Jorge Eliécer Gaitán, un demagogo dinámico y emprendedor que había venido formulando graves e infamatorias acusaciones contra Ospina. Las pasiones políticas se hallaban al rojo vivo.

A medida que se acercaba la fecha de inauguración de la Conferencia empezaron a circular numerosos rumores de que los comunistas proyectaban interrumpir el desarrollo de la reunión. Wieland era el funcionario encargado de acopiar esa información y auxiliar al embajador en la redacción del correspondiente despacho con destino a Washington. El 22 de marzo, ocho días antes de la fecha de celebración de la primera sesión, Beaulac cablegrafió a la Secretaría de Estado una recapitulación de los actos de violencia que ya habían ocurrido y dio cuenta de diversas señales inequívocas de que los comunistas se proponían impedir la celebración del cónclave interamericano.

En los últimos días de marzo llegaron a Bogotá procedentes de La Habana cuatro estudiantes cubanos con la finalidad de asistir a un congreso estudiantil "antiimperialista" convocado para aquellas fechas para que coincidieran con la celebración de la Conferencia de la Organización de los Estados Americanos. Dos de ellos, Fidel Castro y Rafael del Pino, se hospedaron en el Hotel Claridge. Los otros dos, Enrique Ovares Herrera y Alfredo Guevara (que carecía de parentesco con el "Che" Guevara) se trasladaron a una pensión. Guevara era un militante comunista algo ducho en la organización de células secretas y en la labor de propaganda y agitación; Ovares había sido uno de los fundadores de la Unión Estudiantil Antiimperialista creada en Praga en 1946.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El 3 de abril, poco después de su llegada, Castro y del Pino fueron al Teatro Colón y desde la galería lanzaron proclamas antiamericanas sobre la platea en medio de la representación. Cuando la policía registró sus habitaciones en el hotel, halló gran cantidad de propaganda comunista y antiyanqui.

En la mañana del 9 de abril de 1948, Ovares y Guevara visitaron las redacciones de los periódicos en busca de publicidad para su próximo congreso estudiantil, en tanto que Castro y del Pino proyectaban entrevistarse con el izquierdista Gaitán con el propósito de invitarle a hablar en la sesión inaugural de su congreso antinorteamericano. Herbert Matthews ofrece una explicación más indulgente. "Fidel sentía una admiración infantil por Gaitán" —escribió[6]. Castro, que por aquel entonces tenía veintiún años, había pertenecido a la organización terrorista Unión Insurreccional Revolucionaria, siendo arrestado, aunque nunca condenado, en relación con un asesinato perpetrado por el grupo.

Se convino en que, si Ovares y Guevara terminaban a tiempo, se reunirían con los otros en un café al aire libre situado a una cuadra de distancia de la oficina de Gaitán. Cuando llegaron, ya Castro y del Pino se encontraban en el lugar. Se sentaron todos en el café y charlaron por espacio de una hora. De repente, a eso de la 1:20 de la tarde, se oyeron disparos como a una cuadra de distancia. En los momentos en que salía de su oficina, Eliécer Gaitán había sido abatido a tiros por un vagabundo llamado Juan Roa Sierra, antiguo recluso de un manicomio. Los testigos del asesinato la emprendieron a golpes contra Roa Sierra y, después de matarle, arrastraron su cadáver por las calles pasando con el lamentable guiñapo sanguinolento ante el café, donde los cuatro cubanos inquirieron ansiosamente de la muchedumbre lo que había ocurrido.

El asesinato de Gaitán desencadenó frenéticas matanzas, incendios y saqueos, que virtualmente aislaron a Bogotá del resto del mundo durante dos días y costaron la vida a más de mil personas. Antes de que terminaran los disturbios, ciento cincuenta edificios habían sido destruidos por gavillas de incendiarios perfectamente encuadrados y provistos de rociadores llenos de gasolina. Al frente de cada grupo había un cabecilla con listas de los edificios que debían ser incendiados.

Ovares y Guevara determinaron ponerse a salvo del peligro que

[6] Herbert L. Matthews, *The Cuban Story* (Nueva York: George Braziller, Inc., 1962), p. 142.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

cundía por las calles y volver a su pensión. Castro y del Pino se dirigieron a una emisora de radio. Hacia las cuatro de la tarde una turba pasó ante la pensión dando voces de: "¡A palacio!". Entre los manifestantes se hallaba Castro, portando un fusil y gritando frenéticamente que se aprestaban a matar al presidente. Se detuvo un instante y trató de persuadir a Ovares y Guevara de que lo acompañasen. Estos se negaron.

Mientras tanto, el secretario de la embajada Rubottom se había reunido con el embajador norteamericano en la residencia de éste, situada en un suburbio de la capital, en tanto que Wieland permanecía con un numeroso grupo en las oficinas de la embajada, en el centro de la ciudad. Cuando Beaulac y Rubottom se hallaban a punto de salir de la residencia de la embajada en dirección a la cancillería, entraron en el jardín dos sacerdotes que acompañaban al hijo menor del presidente Ospina, quienes solicitaron y obtuvieron asilo.

Anteriormente, a las 2:15 de la tarde aproximadamente, William D. Pawley, embajador de los Estados Unidos en el Brasil y delegado a la conferencia, viajaba en un auto oficial cuando oyó (y lo "recuerda como si fuera ayer", según me escribió) el siguiente mensaje por radio:

> Les habla el cubano Fidel Castro. Esto es una revolución de carácter comunista. El presidente ha sido muerto. Todos los cuarteles y puestos militares se hallan en nuestro poder. La marina de guerra ha capitulado y la revolución ha triunfado.

En abril del 1948 el nombre de Fidel Castro no significaba nada para él, pero le llamó la atención por el hecho de haber vivido en Cuba muchos años y por conservar además una foto de su familia, tomada en La Habana, que ostentaba la firma del fotógrafo: Castro. Estas circunstancias grabaron el nombre en su mente en forma indeleble y lo recordó con toda claridad cuando las actividades del cabecilla insurgente cubano comenzaron a destacarse en la prensa extranjera en los años de 1957 y 1958.

Durante la primera noche de la revuelta, los incendios que estallaron en la inmediata vecindad de las oficinas de la embajada aumentaron en violencia hasta que se propagaron a la planta baja del propio edificio. Las llamas del exterior llegaban al tercer piso, donde comenzaban las oficinas de la cancillería. Dado que los

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

voceros comunistas no cesaban de vociferar por la radio que los Estados Unidos eran responsables del asesinato de Gaitán y que el ministro de Relaciones Exteriores de Colombia se había refugiado en la embajada americana, el asediado grupo se hallaba en grave peligro. Fue casi un milagro que la embajada se librara de las llamas, pues una tienda de pinturas situada en la esquina de la misma cuadra se vio también indemne al incendio. A las 11 de la mañana del siguiente día llegaron por fin camiones del ejército colombiano. Pero habrían de pasar dos semanas hasta que fueran eliminados los últimos francotiradores.

Durante la primera noche de la revuelta Castro y Del Pino volvieron al Hotel Claridge cargados de gran cantidad de armas y se pasaron muchas horas hablando por teléfono. Permanecieron recluidos allí hasta el 13 de abril, fecha en que, sospechando que la policía colombiana se disponía a aprehenderlos, determinaron asilarse en la embajada de Cuba. El jefe de la delegación cubana ante la conferencia, Guillermo Belt, preparó la fuga de Castro y sus compinches a bordo de un avión de carga cubano.

Tanto el secretario Marshall como el presidente Ospina Pérez culparon enteramente del alzamiento a los comunistas. Antes de clausurar sus sesiones, la Conferencia de los Estados Americanos aprobó una resolución anticomunista por votación unánime. Pocas semanas despues, Colombia rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Fue el Dr. Belt quien nueve años más tarde informó al embajador norteamericano Earl E. T. Smith, poco después de la llegada de éste a La Habana en julio de 1957, de la participación de Castro en la matanza de Bogotá. Naturalmente, a Smith le sorprendió sobremanera que en el curso de las entrevistas celebradas en Washington con Rubottom y Wieland, éstos no le hubieran suministrado un dato tan esencial. En vista de la creciente notoriedad de Castro, Smith instó al Dr. Belt a que informara personalmente de los hechos al secretario de Estado, John Foster Dulles, y le ofreció el avión de la Embajada para que volara a Washington. Por razones que no ha querido o no ha podido revelarme, el Dr. Belt se negó a acceder a la sugerencia de Smith.

¿Y qué diremos de Wieland y Rubottom en relación con lo sucedido en Bogotá?

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Por una sorprendente coincidencia, diez años después del bogotazo el destino de Cuba se hallaba en gran medida en manos de estos hombres. La Oficina de Asuntos Centroamericanos, importante unidad de la Secretaría de Estado, de la que Wieland fue nombrado director el 19 de mayo de 1957, pasó a ser la Oficina de Asuntos Mexicanos y del Caribe, en tanto que Rubottom era designado subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos. El cargo de Wieland le permitía crear, entablar y recomendar planes de acción acerca de la política exterior estadounidense. Sus puntos de vista eran muy tenidos en cuenta, pues, debido a un singular arreglo jerárquico, llegaban a la Casa Blanca por el conducto exclusivo de dos individuos que, tanto el uno como el otro, simpatizaban con sus ideas. El primero era Rubottom, la máxima autoridad burocrática especializada en los asuntos hispanoamericanos. El otro era el Dr. Milton Eisenhower, asesor presidencial en materia de asuntos hispanoamericanos. El Dr. Eisenhower, que jamás había puesto los pies en Cuba, describió a Rubottom como "uno de los hombres más idóneos y rectos que he conocido"[7]. Y el presidente Eisenhower llamó a su hermano Milton "el más inteligente de la familia". Así, aunque Rubottom ocupaba el cuarto escalón en la jerarquía de la Secretaría de Estado y Wieland el sexto (el adjunto de Rubottom desempeñaba un papel insignificante), ambos disponían de un procedimiento abreviado para hacerse escuchar en la Casa Blanca.

Aun cuando Milton Eisenhower no hubiera figurado en el asunto, poco habrían importado los superiores de Rubottom en lo tocante a las cuestiones cubanas. Inexpertos en los asuntos hispanoamericanos e intensamente preocupados por los problemas concernientes a otras zonas del mundo, era improbable que se opusieran a las recomendaciones de Wieland-Rubottom. La presencia del hermano del presidente lo hacía aún más improbable.

En 1961—62 una Subcomisión Senatorial sobre Seguridad Interna celebró una serie de audiencias que, entre otras cosas, ahondaron en los acontecimientos relativos al bogotazo. Al ser interrogado bajo juramento, Wieland se mostró evasivo. Al preguntársele si sabía que durante el bogotazo numerosos informes relativos a Castro, en los cuales se le identificaba como comunista,

[7]Milton Eisenhower, *The Wine Is Bitter* (Nueva York: Doubleday & Co., Inc., 1963), p. 204.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

habían sido tramitados por su conducto, respondió que no podía recordarlo[8].

P.: ¿Quiere decir que conocía la existencia de tales informes, pero que no los recuerda?

R.: Existían tales informes, pero ahora no los recuerdo.

P.: ¿Vió usted en aquella ocasión algún informe acerca de los entronques de Fidel Castro con el comunismo?

R.: Posteriormente me enteré de que existían tales informes.

P.: Hallándose en Bogotá, ¿elevó usted, señor Wieland, algún informe o informes a la Secretaría de Estado en relación con la conferencia de la juventud que se celebró en Bogotá en abril de 1948?

R.: Supongo que sí, señor, pero no lo recuerdo.

P.: ¿Mencionó usted a Fidel Castro entre los estudiantes cubanos que asistieron a la conferencia?

R.: Es posible, señor, pero tampoco lo recuerdo[9]

El 2 de febrero de 1962, Wieland hizo la siguiente declaración:

Señor, sabía que Castro había estado en Bogotá; sí, señor, sabía que había ido como miembro de un grupo de estudiantes cubanos que se proponían participar en cierta reunión de estudiantes convocada en esa ciudad y que, según tengo entendido, se hallaba dominada o alentada por los comunistas. Sabía que se había reportado su participación, en una forma u otra, en los desórdenes que se habían producido por aquellos días en Bogotá, pero no creo que supiera hasta qué punto estaba complicado.

Wieland y Rubottom, por supuesto, ignoraban en 1948 todos los pormenores de la participación de Castro en el bogotazo. Pero posteriormente se enteraron de ellos por medio de numerosas fuentes de informaciones secretas. Un historial completo del bogotazo, de Castro y de los comunistas que le rodeaban, preparado por el contraespionaje del ejército cubano, fue llevado a Washington en

[8] Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, Parte 5, Testimonio de William Wieland, 9 de enero, 8 de febrero de 1961; 2 de febrero de 1962, p. 638.

[9] *Ibid*, p. 638, 639.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

1957 y entregado personalmente a Allen Dulles, jefe de la CIA. Aunque Wieland aseguraba que jamás había leído este informe específico, admitió bajo juramento que había visto muchas comunicaciones secretas referentes a los entronques comunistas de Castro. *Y, sin embargo, la comisión investigadora no pudo documentar un solo caso en que Wieland elevara a sus superiores uno de estos informes secretos incontrovertibles, o los mencionara, atribuyéndoles cierta verosimilitud, en algún informe o comunicación oficiales*[10].

Al estrecharse nuestra amistad, el embajador Earl E. T. Smith me comentó un día que, durante las seis semanas de informaciones preliminares que había pasado en Washington, jamás había escuchado una sola palabra favorable a Batista o desfavorable a Castro por parte de los funcionarios de la Secretaría de Estado. La observación más favorable al primero procedía del presidente Eisenhower, quien hubo de formularla en los momentos en que Smith se despedía de él para tomar posesión de su cargo como jefe de la misión diplomática en La Habana. El presidente le pidió a Smith que, al presentar sus credenciales, saludara al presidente cubano en su nombre, y le aseguró que, pese a lo que en la Secretaría de Estado le hubiesen podido decir en contrario, hallaría en Batista a una persona agradable, comprensiva y simpática.

Pero volvamos al escenario cubano de 1957. Aquel mismo año recibí la encomienda de negociar la venta de la mayor propiedad rural cubana poseída por un solo individuo. Conocida por el nombre de "Hacienda Sevilla", comprendía una superficie de más de 1,000 kilómetros cuadrados abarcando una zona de la Sierra Maestra donde Castro y sus escasas partidas de insurgentes habían permanecido ocultos por espacio de año y medio. Esta inmensa finca se hallaba mal administrada como consecuencia del ausentismo de su propietario y ocupada por millares de precaristas. Tasamos su valor en cerca de un millón de dólares y tal fue el precio que fijamos.

Un día recibí la visita de uno de los hombres más temidos de Cuba, un pandillero con fama de matón empedernido. Corría la voz de que poseía un pequeño ejército privado en la región oriental

[10] Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *The Case of William Wieland*, 1962, p. 3.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

del país. Cuando Batista se adueñó del poder, este individuo le brindó su amistad y apoyo, pero sus repetidas transgresiones ponían en aprietos al presidente, no tardando en provocar una situación pugnaz entre ambos. Hasta entonces no había tenido ocasión de vérmelas con mi inesperado visitante.

Aquel individuo irrumpió en nuestro bufete sin haberse tomado la molestia de concertar una cita. Apostó a dos guardaespaldas junto a la puerta de entrada, pasó por alto a las recepcionistas y atravesó el largo corredor hasta mi despacho con otros dos guardaespaldas, dejándoles en la antecámara. Entró en mi despacho sin siquiera tocar la puerta. Sacando una pistola de su funda y colocándola sobre el brazo de la gran butaca de cuero en que se había repantigado, declaró que deseaba adquirir la "Hacienda Sevilla". Según me dijo, pensaba dividir la tierra en parcelas y entregárselas a los aparceros y precaristas que la ocupaban a cambio de la cooperación de éstos para acabar con Castro. Tenía entendido que pedíamos por ella un millón de dólares. Le pregunté si estaba hablando en nombre de Batista y me dijo que no.

A mi edad —dije a mi visitante—, sea como fuere, ya no me quedan muchos años de vida, así es que, antes de comenzar cualquier conversación, le agradecería que volviera a colocar la pistola en su funda. Lo hizo, explicándome, con una sonrisa, que la había sacado para estar más cómodo en su asiento.

Me propuso recargar el precio de la propiedad y fijar una suma a título de comisión. Si mal no recuerdo, la cifra mencionada fue 1.400,000 dólares, de los cuales retendríamos el millón que habíamos pedido. Le respondí que, puesto que no éramos santos, la sugerencia no me ofendía, pero que debido a la índole de nuestra clientela, que comprendía los gobiernos de los Estados Unidos y Canadá, considerábamos que era un buen negocio mantener nuestros asuntos en un plano rigurosamente ético. Le aseguré que no íbamos a desviarnos de esa línea de conducta. En los meses subsiguientes hubo entrevistas y llamadas telefónicas, pero, a causa del factor representado por la "comisión", la transacción no llegó a consumarse. Naturalmente, la primera visita de ese individuo causó un gran revuelo en nuestro bufete y, por supuesto, informé de la conversación a nuestros principales abogados y a nuestros dos administradores.

En más de una ocasión he meditado sobre este incidente. Políticamente el plan tenía sentido y es probable que hubiera puesto

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

término a las actividades de Castro. Era prácticamente imposible para el ejército de Batista seguir el rastro del diminuto grupo rebelde en la inmensa extensión de montañas y bosques. Con la ayuda de miles de montunos animados por un interés personal en la empresa, indudablemente se habría podido acorralar a Castro. Pero la venalidad del pistolero nos cerró esa puerta.

Sin embargo, de haberse aceptado el plan y resultar luego en un fracaso, no cabe duda de que mis días habrían terminado ante un pelotón de fusilamiento de Castro. Aunque nuestro bufete tenía prohibido que sus empleados participaran en actividades políticas, dos miembros de nuestro personal trabajaban clandestinamente para Castro y se enteraron de la propuesta de mi visitante.

A pesar de la intermitente violencia revolucionaria, 1957 fue el año cumbre de la economía cubana. A fines del mismo La Habana rebosaba de actividad, alegría y optimismo. Nuestro bufete trabajaba a pleno rendimiento. Las fiestas de Navidad en los círculos de recreación y en los hogares de todo el país se caracterizaban por el buen humor de que tenían fama los cubanos de la era precastrista. La única nube en el horizonte era la campaña de prensa procastrisque tenía lugar en los Estados Unidos.

Tenía plena conciencia de esta situación —y el efecto que estaba produciendo en la Secretaría de Estado— pues algunos funcionarios del Servicio Exterior norteamericano y representantes del FBI y de la CIA a veces pasaban los fines de semana en nuestra casa de la playa de Varadero. Probablemente no había ningún cubano con contactos tan íntimos y cordiales con la embajada americana que mi socio, Jorge de Cubas, y yo. Nos fuimos dando cuenta de la grave división que iba en aumento entre los numerosos miembros del personal de la embajada.

La mayoría eran partidarios de Castro y su movimiento. Otros, y especialmente el propio embajador, desconfiaban de Castro y le temían. El personal asesor estaba dividido, según los principios tradicionales, en conservadores y liberales. El consejero de la embajada y los agregados militar, naval, de aeronáutica y comercial se hallaban del lado del embajador. Los funcionarios de la sección política y de la CIA, así como la mayor parte del personal de menor categoría parecían favorables a Castro. Es natural que tanto el agregado comercial como su adjunto reflejaran la actitud de las clases vivas, que anhelaban la continuación de la prosperidad

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

cubana bajo un gobierno que mantuviera a raya las corrientes subversivas.

Uno de los diplomáticos norteamericanos me dijo en una ocasión que se había topado con el jefe de la sección política y el representante de la CIA en los momentos en que éstos salían del despacho del embajador, oyéndole decir a uno de ellos, pálido de ira: "¡Es la primera vez que me tildan de comunista en mi propia presencia!". El embajador Smith se burlaba a veces de los miembros procastristas de su séquito, preguntándoles en broma si pertenecían al Movimiento 26 de Julio. Algunos de estos individuos se quejaban de que a veces se mostraba áspero, incluso rudo, y que ello los sacaba de quicio.

Rememorando aquellos días, no me cabe duda de que la división se basaba más en talantes y temperamentos que en los hechos y la lógica. Para sus adeptos "gringos" en La Habana y en Washington, Castro encarnaba más bien un símbolo que una individualidad. En sus mentes, por un extraño proceso, la realidad cubana se transformó en un drama de moralidad, en el que Batista representaba el Mal y Castro el Bien. En el alineamiento político de la embajada obtuve una impresión preliminar del "liberalismo" norteamericano, tan singularmente difundido en todas las esferas de la vida del país, que ulteriormente habría de conocer mucho mejor al calor de mi experiencia directa con estos diez últimos años de residencia en los Estados Unidos.

En enero de 1958 ocurrió algo que nos preocupó a mi socio y a mí como un presagio de lo que había de venir.

William Wieland llegó a La Habana. Un funcionario de la embajada me refirió que había aportado con él un informe en el que se describía a la economía cubana en un estado de empeoramiento, se predecía que Batista sería depuesto en breve plazo y se recomendaba que los Estados Unidos ejercieran presión sobre su gobierno para acelerar su fin. El objetivo primordial de su visita consistía en obtener un informe análogo de la embajada que sustentara sus puntos de vista. De hecho, tanto él como el jefe de la sección política, cuyas simpatías hacia el movimiento de Castro eran conocidas de todos, ya habían redactado un borrador del informe, describiendo la economía de la isla en los tonos más sombríos y prediciendo la rápida caída del gobierno[11].

[11] Smith, p. 58–59.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Nos sentimos algo aliviados al enterarnos de que el embajador Smith se había negado a permitir la tramitación de semejante informe, y que, por el contrario, había resuelto contrarrestar las actividades de Wieland en favor de Castro y trasladarse a Washington para presentar un informe exacto de la situación. Cuando Smith telefoneó a Rubottom, expresándole que deseaba informarle personalmente sobre la situación económica y política de la isla, le dijeron que la Secretaría carecía de fondos para sufragar el viaje. Smith respondió con una oferta de asumir personalmente los gastos, expidiéndose así las necesarias órdenes de viaje.

Al hablar con Earl Smith a su regreso a La Habana, me dio la impresión de que había perdido la confianza que le tenía a Wieland y que se hallaba preocupado por la difusión de la leyenda de Castro en las altas esferas del gobierno. Algún tiempo después de su dimisión me refirió que, en una oportunidad en que se hallaba anotando los particulares de una entrevista que celebraba en Washington, Wieland le había dicho que más importante que atenerse a los hechos era esforzarse porque las frases "sonaran bien en el futuro".

Lo que ignorábamos entonces —y probablemente ni el mismo embajador se había percatado de ello— es que Earl E. T. Smith se las tenía que ver con unas fuerzas insuperables en la Secretaría de Estado. Pero lo que sí averiguamos un año antes de la caída de Batista es que un funcionario de la Secretaría de Estado, en posesión de un cargo fundamental en relación con los asuntos cubanos, había presionado a la embajada en La Habana para que informara que la economía cubana se estaba desmoronando —en un momento de excepcional prosperidad en el país— en apoyo de su predicción de que el régimen pronto se vendría abajo. Ello indica que este individuo habría sido capaz de valerse de cualquier recurso que le permitiera cumplir su profecía.

El ex embajador Harry F. Guggenheim, recientemente fallecido, siguió observando e interpretando sagazmente hasta el último momento de su vida los asuntos cubanos e hispanoamericanos. En cierta ocasión aludió al hecho de que, por lo general, el presidente de los Estados Unidos, el secretario de Estado y los distintos subsecretarios carecen del tiempo necesario para examinar los problemas de Hispanoamérica. Si surge una crisis, es el subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos el único que observa su desarrollo y emite los juicios necesarios.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Y, sin embargo, afirmó Guggenheim, Hispanoamérica es comparable a un gran teatro de guerra y merece que se le asigne un diplomático con rango equivalente al de un capitán general a cargo del mando supremo de las operaciones. Este debe ser un estadista de talla internacional, con dominio de las finanzas y la economía y una vasta experiencia derivada de una vida consagrada a los asuntos de ese gran teatro de operaciones. Debe contar con el respeto de los embajadores de los Estados Unidos en los países hispanoamericanos y poseer el buen criterio y el prestigio necesarios para respaldarlos. Finalmente, debe ser un decidido partidario del sistema de libre empresa, la gran característica distintiva de la democracia norteamericana, para que esté dispuesto a proteger el capital privado de los Estados Unidos invertido en la región. Desgraciadamente —y sigo parafraseando al desaparecido embajador— la Secretaría de Estado jamás ha dispuesto de un funcionario a cargo de los asuntos hispanoamericanos que reuniera estas apremiantes condiciones.

No cabe duda de que cuando la crisis de 1958 iba alcanzando su punto álgido, Roy R. Rubottom, Jr. estaba lejos de ser aquel funcionario ideal. Y, lo que es peor aún, Rubottom disponía de Wieland como auxiliar suyo a cargo de los asuntos cubanos, empleo de enorme responsabilidad para el cual había sido designado atendiendo primordialmente al hecho de que había vivido en Cuba y que hablaba español. Por si esto fuera poco, figuraba, además, el Dr. Milton Eisenhower, un teórico y reformador "liberal" que actuaba como embajador especial en Hispanoamérica y gozaba del privilegio inherente a ser hermano del presidente. La Secretaría, sumergida en otros problemas, abandonó la supervisión de los trascendentales acontecimientos cubanos enteramente en manos de estos tres hombres. Fueron ellos quienes fijaron las directrices políticas primordialmente responsables de las decisiones que contribuyeron a llevar a Castro al poder.

Comenté anteriormente que Castro tuvo la suerte de debutar ante la opinión pública norteamericana en un escenario preparado por Matthews, el articulista de *The New York Times*. Esa suerte siguió acompañándole con los hombres elegidos por el destino para defender su causa en el Gobierno de los Estados Unidos. No pongo en tela de juicio la sinceridad o el patriotismo de esos hombres. Cada uno, a su manera, trataba de orientar los aconteci-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

mientos de acuerdo con sus soberanas preferencias. Pero, como escribió el ex-senador Kenneth B. Keating, "el infortunado pueblo cubano es víctima de los trágicos errores de la Secretaría de Estado"[12].

El hecho de que tales errores se deban a intenciones honradas no los hace menos calamitosos.

[12] Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *The Case of William Wieland*, 1962, p. 202.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

9

La intervención norteamericana

El 17 de marzo de 1958, desde su refugio en las montañas, Fidel Castro lanzó un manifiesto rimbombante. Aunque tenía menos de doscientos hombres a su mando, declaró la "guerra total" contra el gobierno de Batista. Advirtió a los oficiales, clases y soldados del ejército que si no se daban de baja de las filas antes del 5 de abril, perderían su derecho a permanecer en las fuerzas armadas. Ordenó a los jueces de todos los tribunales de Cuba que dimitieran inmediatamente, y convocó a una "huelga general revolucionaria", que debería empezar el 9 de abril y ser apoyada por acciones militares.

Este manifiesto nos pareció una absurda muestra de arrogancia, y los sucesos subsiguientes corroborarían nuestra impresión. La huelga fracasó por completo. Los trabajadores y la clase media, cuya situación económica había mejorado bajo el gobierno de Batista, se negaron a apoyarla. Si dimitió algún juez u oficial, nadie se enteró. Incluso el partido comunista (PSP) rechazó y criticó el documento de la Sierra Maestra, calificándolo de "llamamiento unilateral".

La ausencia de toda reacción popular parecía un revés para Castro, pero las consecuencias del mismo pronto habrían de borrarse. El 14 de marzo, tres días antes de que el manifiesto viera la luz, los Estados Unidos habían adoptado la primera medida deliberada, que le ayudaría a desbrozar el camino hacia la dictadura. En aquella fecha, por recomendación de William A. Wieland[1], la Secretaría de Estado implantó un embargo de armas contra Batista, suspendiendo el embarque de 1.950 fusiles Garand que el gobierno cubano había comprado y pagado y que se hallaban en los muelles listos para ser embarcados. Posteriormente se pudo determinar que el agente de Castro en Washington, con quien el cabecilla insurgente se hallaba en constante comunicación, no perdió un

[1] Informe de la Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *The Case of William Wieland* (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1962), p. 97.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

minuto en radiarle esta información a su jefe. Con toda probabilidad, este manifiesto indicio de las intenciones norteamericanas ofrecía la razón del ultimátum de Castro y su aparente insensatez.

Para comprender la trascendencia del embargo de armas es necesario retrotraernos a comienzos de aquel año. En los primeros días de enero, el embajador Earl E. T. Smith, con la aprobación de Rubottom y Wieland, informó a Batista de que si restablecía las garantías constitucionales y suprimía la censura de prensa, los Estados Unidos le despacharían veinte carros blindados que habían sido ordenados nueve meses antes. Batista tenía mucho interés en obtenerlos, puesto que, aparte de que los necesitaba, su entrega entrañaría un gesto amistoso por parte de Norteamérica.

Sin embargo, la oferta de la Secretaría de Estado le planteaba un grave problema. Su aceptación confería importantes ventajas a los terroristas. En caso de aprehendérseles, habría que presentarlos antes de las setenta y dos horas ante la autoridad judicial competente y con toda probabilidad serían puestos en libertad. Los saboteadores y terroristas podrían allegarse libremente para conspirar contra él. La supresión de la censura de prensa exageraría la importancia de las actividades terroristas, dándoles publicidad a nivel nacional. Todo cubano y extranjero familiarizado con los problemas de Cuba sabía que el restablecimiento de tales derechos en aquella delicada coyuntura daría lugar a una nueva ola de violencias.

Por consiguiente, Batista formuló una contraproposición. Se hallaba muy preocupado por los suministros de material bélico lanzados sobre la Sierra Maestra por avionetas piratas, y no abrigaba la menor duda de que el ex-presidente Prío, quien por entonces residía en los Estados Unidos, era quien organizaba y financiaba el tráfico clandestino. Por ello solicitó que, además de despachar los vehículos blindados, los Estados Unidos restringieran las actividades de Prío, aplicándole sus leyes de neutralidad.

Con respecto a esto, el embajador Smith solicitó de la Secretaría de Estado que gestionara el envío de William F. Tompkins, subsecretario de Justicia de los Estados Unidos, en una visita a La Habana. Smith y Tompkins se entrevistaron con Batista en su casa de campo, la finca Kuquine. Aunque el embajador dejó sentado en esta reunión que no habría un arreglo *oficial* quid pro quo, se llegó a un acuerdo que, aunque carecía de valor oficial, obligaba moralmente a ambas partes.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Batista cumplió su parte del compromiso, restableciendo las garantías constitucionales el 25 de enero de 1958, pero por el lado norteamericano sólo hubo un gesto carente de contenido. A mediados de enero, la Secretaría de Justicia obtuvo de un Gran Jurado un auto de procesamiento contra Prío. Sin embargo, el ex-presidente no tardó en ser puesto en libertad bajo fianza, desistiéndose en la demanda judicial interpuesta contra él, en tanto que proseguía el contrabando bélico en favor de Castro. Como remate de este proceso, Rubottom y Wieland faltaron a la palabra empeñada: los vehículos blindados jamas fueron despachados a Cuba.

Según lo previsto por Batista, se recrudecieron las actividades terroristas. En las semanas siguientes estallaron bombas en teatros, tiendas y calles, matando y mutilando a docenas de inocentes. En el campo, la negrura de la noche se desvanecía ante el incendio de los cañaverales, inflamados con trapos empapados en gasolina y atados a la cola de ratas que eran soltadas entre la seca vegetación. Ocurrieron actos de piratería aérea y se secuestró a uno de los ases de una carrera automovilística internacional a fin de obtener publicidad para el movimiento antibatistiano.

Esta carrera, programada para febrero de aquel año dentro del marco de la promoción turística, había reunido a muchos corredores de fama mundial. La noche anterior al acontecimiento, Juan Manuel Fangio, el célebre volante argentino que en cinco ocasiones había conquistado el campeonato mundial, fue secuestrado a punta de pistola por los revolucionarios. Al día siguiente, sano y salvo, le dejaron en libertad, pero el audaz golpe de mano fue destacado en la primera plana de los periódicos de todo el mundo. Aún más embarazoso para las autoridades fue un accidente provocado al ser rociada de aceite una curva de una avenida atestada de espectadores; un coche patinó y arrolló a la multitud, matando a seis personas e hiriendo a unas cincuenta. El "mérito" fue atribuido a Castro.

Estos incidentes provocaron las represalias del gobierno y, al aumentar el terror, resultaba patente que Batista no tenía más remedio que volver a suspender las garantías constitucionales. Incluso el Dr. Márquez Sterling, su más formidable adversario político, informó en ese sentido al embajador norteamericano en mi presencia.

El intervalo de siete semanas entre el restablecimiento de los derechos constitucionales y su suspensión —esto es, el período

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

que media entre el 25 de enero y el 12 de marzo— había dado tiempo más que suficiente para permitir el envío de los vehículos blindados. Si los Estados Unidos hubieran cumplido su compromiso, la suspensión podría haberse evitado o pospuesto. En todo caso, la decisión de Batista proporcionó una excusa *post-factum* para retener el equipo y, como reacción aún más enérgica, el 14 de marzo la Secretaría de Estado suspendió el embarque de los fusiles Garand.

La Secretaría dio instrucciones al embajador Smith de que expresara al gobierno cubano que esta medida no suponía un cambio en la política fundamental de los Estados Unidos, sino que se había tomado ante los apremios de la prensa y el Congreso. Smith cumplimentó las instrucciones de la Secretaría, aunque en su fuero interno sabía que la explicación carecía de veracidad. "Sabía que después del 12 de marzo la situación había cambiado" —ha escrito[2]. Y, de hecho, el 17 de marzo reunió a los miembros del personal de la embajada y les expresó que, al parecer, se había producido un cambio en la política de los Estados Unidos con respecto a Cuba.

El embargo de armas constituyó el segundo de los grandes hechos que condujeron a Castro al poder, en tanto que el primero había sido la serie de artículos escritos por Matthews en *The New York Times*. Naturalmente, el gobierno cubano se percató de la enorme trascendencia del embargo. El armamento de su ejército, que comprendía fusiles fabricados en 1903 y armas norteamericanas sobrantes de la Primera Guerra Mundial, era ciertamente anticuado. Batista se hallaba preparando una campaña contra los rebeldes castristas y, como dijo uno de los miembros de su gabinete al embajador, "nuestras tropas no pueden combatir con palillos de dientes". El propio Batista manifestó al embajador que su gobierno se hallaba enfrascado en una lucha a vida o muerte contra los revolucionarios comunistas. Apenas pasaba un día sin que los efectos demoledores del embargo de armas tuvieran que señalársele[3].

Earl Smith instó firmemente a Washington a que no diera publicidad a la suspensión de los envíos de armas. Sostenía que, si Batista caía a consecuencia de ello, se culparía a los Estados Uni-

[2] Earl E. T. Smith. *The Fourth Floor* (Nueva York: Random House, 1962), p. 88.
[3] *Ibid*, p. 107.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

dos de cualquier estado de cosas desfavorables que sobreviniera. "*Y los únicos que se beneficiarán* —cablegrafió— *serán los comunistas*"[4].

No obstante, el 29 de marzo la noticia acerca del embargo de armas apareció publicada en *The New York Times*. Wieland asegura que, aunque habitualmente "filtraba" información a la prensa, especialmente al *Times*, el origen de aquella noticia no se le puede atribuir. En todo caso, el efecto de la misma fue devastador y su significación no escapó a la vista de muchas personas bien informadas de los Estados Unidos. "La cancelación en marzo de 1958" —escribió Betty Kirk en *The Nation*—, "del envío de suministros militares a Batista . . . era una señal, comprendida por todos, de que el dictador llevaba las de perder y Castro las de ganar"[5]. El propio Wieland declaró posteriormente bajo juramento que, cuando se supo en Cuba que los Estados Unidos se negaban a enviar armas al país, el gobierno de Batista se hallaba "en sus últimos momentos"[6].

Además de los vehículos blindados y los fusiles Garand, el gobierno cubano había adquirido y pagado de antemano algunos aviones de entrenamiento carentes de dispositivos de ataque, y formulado un pedido de piezas de repuesto para sus aeroplanos de combate. El embajador Smith gestionó incansablemente la autorización para el envío de los aviones, que ya habían llegado a Fort Lauderdale, Florida. Finalmente, con la oposición de Wieland, que sostenía que serían armados y utilizados contra los rebeldes, obtuvo permiso para notificar a Batista de que se le enviarían. Debido a sus implicaciones políticas, Batista acogió la noticia con gran satisfacción. Sin embargo, aunque se le presentó al gobierno cubano una factura por el almacenaje y mantenimiento de los aviones, ni éstos ni las piezas de repuesto se llegaron a enviar.

Durante el resto del año Smith recomendó repetidas veces que se reanudara el envío de armas, recordando a la Secretaría de Estado sus constantes solicitudes de protección de las propiedades norteamericanas por parte de las autoridades cubanas. Pormenorizó estas instancias, enumerando las fábricas estadounidenses

[4] *Ibid*, p. 91.

[5] Informe de la Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *The Case of William Wieland*, p. 140.

[6] Audiencias ante la Subcomisión mencionada, *Testimony of William Wieland*, Parte 5, 1962, p. 659.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

dañadas por los partidarios de Castro. En una ocasión, cuando solicitó de Batista el despacho de tropas a dos grandes plantas de níquel norteamericanas, éste le respondió jocosamente que con gusto asignaría mil hombres a cada una de ellas si los Estados Unidos le enviaran sus fusiles. No obstante, se mandaron tropas suficientes para proteger las fábricas. Batista continuó cooperando de otros modos; siempre que el embajador pedía al presidente el voto de Cuba en las Naciones Unidas, se le concedía de buen grado.

Finalmente, para salvar las apariencias y, como él dijo, para evitarle nuevas situaciones embarazosas al gobierno de Washington, Batista canceló todos los pedidos que había formulado a los Estados Unidos y trató de conseguir armas en otros países. Pero cuando los gobiernos a los que se dirigió hicieron averiguaciones en la Secretaría de Estado, se les notificó claramente que los Estados Unidos no verían con buenos ojos la venta de armas al gobierno de Cuba. Batista consideró esta actitud —y en ello le asistía toda la razón— como una intervención en favor de Castro[7].

Tras algunas dilaciones, Cuba consiguió comprar material de guerra en la República Dominicana y otros países, pero el resultado fue un acopio de armas heterogéneas, de mediocre calidad y carentes de uniformidad, cuya adquisión es probable que haya ido en detrimento de los intereses del gobierno. Concretamente, destacaron la impotencia del país para obtener las tradicionales armas estadounidenses que siempre había utilizado.

La Secretaría de Estado prosiguió su hostigamiento amparándose en un tecnicismo del Programa de Asistencia para la Defensa Militar (MDAP). En virtud de este programa los Estados Unidos proporcionan ayuda militar a los países hispanoamericanos, sobre todo en forma de armamento anticuado que va descartándose gradualmente para permitir la adopción de los últimos modelos. El mejor armamento militar de Cuba se había obtenido en virtud del acuerdo del MDAP con los Estados Unidos firmado en 1952, durante el gobierno de Prío.

Los acuerdos del MDAP con los países hispanoamericanos contenían cláusulas inaplicables e ilusorias, teóricamente concebidas para impedir el uso de las armas en conflictos civiles. Una de las mismas especificaba que el equipo sólo debía emplearse para la defensa hemisférica. Otra, que los Estados Unidos tenían que

[7]Smith, p. 100.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

acceder a tal uso. Wieland y Rubottom vieron en esas cláusulas otra oportunidad de debilitar al gobierno de Cuba.

De pronto, la Secretaría de Estado comenzó a inquirir de Batista determinados pormenores acerca del uso que estaba haciendo de las armas del MDAP. Aquella iniciativa constituyó una absoluta sorpresa para Batista, que hizo discretas averiguaciones entre los miembros de su personal asesor. Algunos rumores referentes al motivo de tal indagación se filtraron en los rangos del ejército con la velocidad de un dardo emponzoñado, corroborando acaso las predicciones de los instigadores de la encuesta, provocando efectos devastadores en la moral militar.

Batista respondió que las armas se habían repartido entre las distintas unidades del ejército, pero la Secretaría de Estado llegó a enterarse de que el mejor batallón de la infantería cubana se hallaba equipado con ellas. Washington llamó la atención del gobierno de La Habana sobre este hecho, señalando que las armas del MDAP sólo podían usarse para la defensa hemisférica. Batista respondió que eso era precisamente lo que se estaba haciendo con ellas: luchar contra la intromisión comunista en el hemisferio.

Repetidas veces, tanto a través de la embajada cubana en Washington como de la estadounidense en La Habana, la Secretaría de Estado continuó formulando sus pretendidas violaciones del acuerdo. Intensificó su política de hostigamiento, exigiéndole a Batista que retirara de la lucha contra Castro a todo el personal equipado con armas del MDAP. Le exigía que disolviera y retirara del servicio activo en la zona de combate al batallón de choque de infantería que, según afirmaba, había sido totalmente equipado con armas del MDAP. Finalmente presentó una nota oficial al gobierno cubano, llamando su atención sobre este asunto y recabando un informe. Como Batista difería la respuesta, se dio instrucciones al embajador Smith para que indagara cuándo habría de recibirse. Hay que decir en favor de Batista que no se plegó a las exigencias norteamericanas. No obstante, las presiones de Washington agudizaron el proceso de desmoralización del ejército cubano.

Aquellas, sin embargo, no fueron las únicas medidas que adoptó la Secretaría de Estado para derrocar al gobierno de Cuba. La cancillería norteamericana solicitó de la Secretaría de Justicia y del Servicio de Inmigración que se mostraran comprensivos con los adeptos o aliados de Castro en los Estados Unidos, quienes por

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

aquellos días se dedicaban a reunir fondos, hacer propaganda y proporcionar armas y hombres para la causa. El jefe de estas actividades, el ex-presidente Prío, se le había permitido la entrada en los Estados Unidos bajo el régimen de caución juratoria; si infringía las leyes de neutralidad norteamericanas, se le revocaría automáticamente su permiso de estancia. Y, sin embargo, Prío obraba con impunidad; el auto de acusación dictado contra él en febrero de aquel año quedó en suspenso. Las solicitudes de residencia formuladas por los emigrados castristas para permanecer en los Estados Unidos se resolvían favorablemente[8].

Rubottom y Wieland mantenían cordiales relaciones con los representantes de Castro, entre ellos su principal portavoz, Ernesto Betancourt, que en una oportunidad había trabajado como oficinista en mi bufete. Mantenían un contacto casi diario con Herbert Matthews, que continuaba utilizando las influyentes columnas de su periódico para desacreditar a un gobierno amigo y apoyar la sedición encabezada por Castro. A pesar de todas estas presiones, Batista lograba seguir manteniendo el gobierno del país.

A primera vista, no parecían confrontar dificultades insuperables. Durante la mayor parte de 1958 el pueblo cubano, a excepción de los habitantes de Oriente, desenvolvía su existencia y atendía a sus ocupaciones de un modo casi totalmente normal. Los incidentes de verdadera envergadura sólo ocurrían esporádicamente. Los centrales azucareros, de los que la economía cubana depende fundamentalmente, realizaron normalmente la molienda durante los primeros meses del año y la zafra no corrió peligro. En La Habana los negocios marchaban bien. Nuestro bufete tramitaba varios proyectos industriales de importancia, en vías de ejecución; muchos de nuestros abogados acudían al bufete los sábados y los domingos para poner su trabajo al día.

Naturalmente, circulaban muchos rumores. Nos enteramos de que las fuerzas castristas se iban engrosando, y que muchos jóvenes de diversas partes del país tomaban el camino de la Sierra. Pero más tarde supimos, por boca del propio Castro, que aquello era falso: que en abril de 1958 sólo tenía 180 hombres bajo su mando. También supimos que un grupo del Directorio Revolucionario de la Universidad de La Habana había abierto un "segundo frente" en las montañas del Escambray, en la provincia de Las Villas, operando independientemente de Castro. El gobierno declaró que no

[8] *Ibid*, p. 117.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

constituían ninguna amenaza y los informes de sus actividades atrajeron escasa atención.

Castro, que permanecía en la Sierra con sus partidas de secuaces, pasó a ser objeto de crecientes conjeturas. En ningún momento había desafiado hasta entonces a las fuerzas del gobierno, pero las entrevistas de los periodistas norteamericanos seguían glorificándole. Los representantes de la prensa estadounidense que hacían breves visitas a Cuba eran implacables en sus condenas contra Batista y se mostraban desenfrenados en sus elogios a Castro. Por lo general, trataban de eludir todo contacto con la embajada norteamericana, pues sabían que los puntos de vista del embajador Smith se hallaban en pugna con sus propios prejuicios. Tenían la mente cerrada. Era más cómodo seguir la corriente y ridiculizar a Smith sin parar mientes en sus criterios. Uno de ellos escribió que la Secretaría de Estado debería ordenar a sus embajadores que se pusieran en contacto con los corresponsales norteamericanos para sacar el provecho necesario de su experiencia humana . . . Posteriormente, después de que Smith abandonara Cuba, sólo un periodista, que yo sepa, admitió públicamente su propio yerro. Observando en el *Daily News* de Nueva York que Smith no había sido felicitado por su análisis de Castro "por ninguno de los que entonces le atacamos", Ed Sullivan escribió: "Pero Smith tenía razón y todos los demás estábamos equivocados"[9].

Aunque a comienzos de 1958 el ritmo de la vida cubana parecía normal, la noticia del embargo de armas producía un impacto profundo y acumulativo. El sentir popular comenzó a tornarse contra Batista. Uno de sus ministros me instó a ir a Washington a tratar de convencer al gobierno norteamericano de que alterara su política. Sabiendo que el embajador Smith había fracasado, era evidente que mi misión no tenía posibilidades de éxito y, por lo tanto, no acepté la sugerencia. Pero pocos de nosotros considerábamos la situación totalmente desesperada y nos esforzábamos por hallarle una solución.

Aún impera en los Estados Unidos el erróneo concepto de que en 1957—58 los cubanos sólo podían optar entre Batista y Castro —que no existían alternativas razonables y prácticas. Nada más lejos de la verdad. Durante 1957 y 1958 se presentaron a Washington no menos de seis planes encaminados a llegar a una solución

[9] *Daily News*, Nueva York, 12 de enero de 1959.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

política que ofreciera alternativas entre Batista y Castro[10].

La Iglesia católica elaboró un plan que preveía un "Gobierno de Unidad" durante un período de provisionalidad. El nuncio apostólico celebró reuniones con el embajador con la esperanza de obtener el "apoyo moral" de Washington antes de ponerse en contacto con Batista y Castro. A pesar del prestigioso patrocinio, la Secretaría de Estado rehusó incluso esta cooperación simbólica.

Batista fue elegido por última vez en 1954 y tomó posesión de su cargo el 25 de febrero de 1955. En 1958 los cuatro años de su mandato tocaban a su fin y se fijaron elecciones para el 1° de junio. A tenor de lo dispuesto en la Constitución de 1940, Batista no podía ser reelegido. El Dr. Carlos Márquez Sterling era el principal candidato a la presidencia por los sectores de la oposición. Todos creían que si las elecciones fuesen libres y se celebrasen en circunstancias normales, obtendría el respaldo de una gran mayoría de los electores. "Carlitos", como se le llamaba afectuosamente en la isla, gozaba de popularidad y aprecio en todas las capas de la sociedad cubana. A principios de marzo de 1958 me dijo que le gustaría conocer al embajador norteamericano, quien accedió inmediatamente a la entrevista.

En nuestra reunión le dijimos a Smith que considerábamos necesario que el gobierno suspendiera de nuevo las garantías constitucionales en interés de la estabilidad y a fin de preparar un clima apropiado para la celebración de elecciones. Además, creíamos que las mismas debían aplazarse hasta noviembre. Recuerdo que Márquez Sterling le dijo al embajador: "Conozco a Castro como a la palma de mi mano y puedo asegurarle que, a pesar de lo mucho que desconfío de Batista, él sería cien veces peor". El embajador preguntó si podía citarle la frase a su gobierno, y Márquez Sterling respondio: "Por supuesto".

Discutimos el plan elaborado por la Iglesia católica. Márquez Sterling afirmó que si la Iglesia obtenía el apoyo de las organizaciones cívicas cubanas y era capaz de inducir al gobierno a crear una atmósfera favorable a unas elecciones libres, había grandes posibilidades de que el plan constituyera una solución; pero era indispensable que Washington favoreciera el programa. Sin duda, Castro se opondría a la celebración de elecciones libres, pues sabía que, aunque el candidato de Batista saliese derrotado, el poder pasaría a otro, en detrimento de sus propias ambiciones. Su estrategia era

[10] Smith, p. 175.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

impedir las elecciones. El Dr. Márquez Sterling aclaró al embajador que no tenía ambiciones personales y que retiraría de buen grado su candidatura si la oposición política se decidía por algún otro.

También discutimos un plan según el cual Batista abandonaría el país tras nombrar un gobierno provisional que representara a todos los sectores políticos, entre ellos el movimiento de Castro, celebrándose elecciones bajo la supervisión de las Naciones Unidas o la American Bar Association. Lo más notable del mismo era que los Estados Unidos anunciarían su disposición a reanudar los envíos de armas una vez que Batista abandonase el poder y su intención de reconocer a cualquier gobierno producto de unas elecciones libres y honradas. El embajador expresó sus dudas de que Washington aceptara cualquier plan de este tipo y posteriormente manifestó que nuestras diversas sugerencias habían sido rechazadas en razón del principio de la "no intervención", así, por mi experiencia personal, me parecía evidente, nueve meses antes de la caída de Batista, que la Secretaría de Estado estaba decidida a impedir cualquier acción que pudiera obstruir el ascenso de Castro al poder.

Siempre que se presentaba un plan era bien poco lo que se solicitaba de la Secretaría de Estado. Su actuación debía limitarse estrictamente a formular una declaración indicando su conocimiento del plan y su esperanza de que tuviera éxito. En cada uno de los casos el embajador Smith recabó una respuesta afirmativa, haciendo hincapié en la amenaza del comunismo: una y otra vez se le negó el apoyo mínimo que se necesitaba. Siempre llegaba un cable negativo firmado por Rubottom, invocando el principio de la "no intervención". La excusa era claramente fraudulenta. La cancillería ya había intervenido al gestionar e imponer el embargo de armas y seguía interviniendo al tolerar las actividades procastristas en los Estados Unidos.

Como las próximas elecciones eran cruciales, el embajador Smith sugirió a Batista que invitara a representantes de la prensa mundial y a observadores de las Naciones Unidas y de la Organización de los Estados Americanos a presenciarlas. Por entonces los dos candidatos de la oposición eran el ex presidente Grau San Martín y el Dr. Márquez Sterling. Batista aceptó la sugerencia, pidiendo sólo que Grau y Márquez Sterling se sumaran a la petición. Ambos accedieron, más no sin mostrar alguna reticencia, ya que consideraban que la supervisión exterior atentaba contra la soberanía nacional. Tras larga demora se pidió observadores a las Naciones

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Unidas; pero ya era demasiado tarde y nunca llegó a formalizarse.

Después del ejército, el factor político más importante del país lo formaban las organizaciones sindicales que apoyaban firmemente a Batista debido a su política favorable a sus intereses. En marzo de 1958 mi socio recibió la visita de uno de los dirigentes sindicales más poderosos del país, Eusebio Mujal Barniol, secretario general de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC). Mujal, evidentemente preocupado, quería saber si los Estados Unidos habían adoptado una nueva actitud con respecto a Batista. De ser así, dijo, anunciaría la retirada del apoyo de los trabajadores a su gobierno y abandonaría el país. En ese caso, Batista caería inmediatamente.

Aunque ya por entonces sabíamos que se había producido un cambio de política, decidimos consultar al embajador antes de darle una respuesta a Mujal. Earl Smith consideró que lo mejor sería decirle que la actitud de su gobierno no había cambiado —"que los Estados Unidos no alteraban sus relaciones con un gobierno amigo por el solo hecho de que se hallara enfrentándose a una grave crisis"[11]. Era una respuesta socarrona, pero ése fue el mensaje que se dio a Mujal y Batista continuó contando con el apoyo de los trabajadores cubanos.

Ese mismo mes el embajador Smith recibió dos veces la visita de Herbert Matthews. El periodista del *Times* sostuvo que los Estados Unidos ya habían intervenido en los asuntos internos de Cuba al tratar de imponer la celebración de elecciones libres y honradas. No comprendía cómo a esas horas Batista no había caído, y expresó su preocupación a este respecto[12].

Aplazadas desde el primero de junio, las elecciones generales se celebraron el 3 de noviembre de 1958, en condiciones que distaban mucho de ser normales. Desde las montañas Castro incitó al asesinato de los candidatos, tanto del gobierno como de la oposición. Las personas que acudieran a las urnas el día de las elecciones, amenazó, serían ametralladas. No obstante, los comicios resultaron extraordinariamente tranquilos. Había pocas personas en las calles y el tráfico era escaso.

[11] *Ibid*, p. 101.
[12] *Ibid*, p. 93, 94.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El candidato apoyado por el gobierno era el Dr. Andrés Rivero Agüero. Antes de la media noche el gobierno anunció que había obtenido una aplastante victoria. Los candidatos de la oposición, los Dres. Grau San Martín y Márquez Sterling, aseguraron que Batista había amañado las elecciones por medio de la compra de votos y la coacción de los electores. Afirmaron que los sargentos políticos del gobierno habían ofrecido cargos gubernamentales a los desempleados, amenazando con cesantear a los empleados públicos que no votaran por Rivero Agüero, y que había habido fraude electoral en escala nacional. Batista y sus partidarios lo negaron. El presidente había asegurado repetidas veces al embajador Smith que las elecciones se llevarían a cabo honradamente. Algunos creían que la combinación de una pequeña proporción del voto popular y la participación masiva de los empleados del gobierno hacían innecesaria toda farsa electoral.

En Cuba los adversarios de Batista denominaron a las elecciones de 1958 el *cambiazo*. Pero, fueran honradas o fraudulentas, fue entonces cuando cientos de miles de cubanos ilusionados volvieron sus ojos, llenos de esperanzas, hacia la figura del extraño rebelde que campeaba por sus respetos en las montañas de Oriente.

A finales de noviembre mi socio y yo supimos por una fuente fidedigna y confidencial en los Estados Unidos que William D. Pawley, ex-embajador en Perú y Brasil y amigo personal del presidente Eisenhower, iba a ser enviado como emisario secreto para negociar con Batista. Según nuestro informante, se le autorizaría para ofrecer a éste una oportunidad de vivir con su familia en Daytona Beach, Florida, si nombraba un "gobierno provisional" integrado por cinco de sus adversarios políticos. Ello representaba un vuelco radical de la política preconizada hasta entonces por Rubottom y Wieland, de conformidad con la cual todas las fórmulas de solución habían sido descartadas arbitrariamente. Era un informe sorprendente, pero alentador.

También supimos que la Secretaría de Estado se proponía convocar a Smith a Washington sin prevenirle del plan, y discutimos si debíamos o no imponerlo de los antecedentes del mismo. Como habíamos llegado a aquilatar en todo su valor el temple del embajador, impresionados por su denuedo y perseverancia en la ímproba tarea de tratar de hallar soluciones razonables a la problemática cubana, decidimos ponerlo al corriente de lo que se tramaba.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El Día de Acción de Gracias de 1958, en el Country Club de La Habana, le informé de la decisión de enviar un emisario secreto a Cuba para negociar con Batista. También le facilité los nombres de las personas que iban a sugerirse para la constitución del gobierno provisional.

Earl Smith quedó sorprendido ante la noticia, pero no podía hacer ningún comentario. El 4 de diciembre fue llamado a Washington "para una consulta" y seis días después fue informado por el subsecretario Robert Murphy de que el 9 de aquel mes se habían efectuado contactos con Batista. No se le comunicó el nombre del emisario ni el resultado de la entrevista. Cuando Smith reveló a Rubottom la información pormenorizada que yo le había transmitido, preguntándole si podía confirmarla, éste guardó silencio[13]. Al regreso de Smith a La Habana y antes de celebrar una entrevista que había solicitado con Batista, le cablegrafió a Rubottom para preguntarle nuevamente si en el curso de las discusiones secretas con aquél se había tratado el punto de su dimisión. No obtuvo respuesta.

Pawley era el emisario ideal para enviar a La Habana. Con sesenta y cuatro años de edad, había vivido y trabajado en Hispanoamérica la mayor parte de su vida y residido en Cuba durante casi treinta años. Conocía bien a Batista y gozaba de su respeto. Pawley se había destacado en el mundo de los negocios. Organizó la primera empresa cubana de aeronáutica, construyó en China tres fábricas de aviones que producían el noventa por ciento de la aviación utilizada por el gobierno nacionalista en su lucha contra el régimen comunista, y otra, la primera y única, en la India, con quince mil mecánicos. Tres años después edificó la primera planta de sulfato amónico de la India. Posteriormente organizó un sistema de autobuses en La Habana que permitió al gobierno cubano embellecer la ciudad eliminando los tranvías, sus rieles, postes y cables de las calles. En el momento de escribir este libro es presidente de una importante compañía azucarera de la Florida.

En la esfera política también había tenido una carrera notable. Organizó en China los legendarios "Tigres Voladores", tuvo tratos con los más altos jerarcas políticos del país, entre ellos Chiang Kai-shek, y fungió como Adjunto Especial del secretario de Estado Dean Acheson y del general Marshall. Fue nombrado embajador de los Estados Unidos en el Perú y posteriormente en el Brasil,

[13] *Ibid*, p. 168.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



El general Dwight D. Eisenhower y el embajador William D. Pawley. Foto tomada en agosto de 1946, en el Brasil. Al centro, el presidente de ese país, Enrico Gaspar Dutra.

donde entre los miembros de su personal figuraba William Wieland, de quien desconfiaba. A petición del presidente Truman organizó la Novena Conferencia Panamericana de Bogotá, que estuvo a punto de fracasar por el sangriento bogotazo de inspiración comunista. Posteriormente había logrado llevar a cabo importantes misiones en Europa, entre ellas la obtención del consentimiento del generalísimo Franco para el establecimiento de bases militares norteamericanas en España.

Conservador e inteligente, Pawley fue uno de los primeros norteamericanos eminentes en percatarse de la amenaza comunista, tanto en China como en Hispanoamérica. Se opuso enérgicamente a los planes de acción de Dean Acheson y su grupo asesor — Lattimore, Vincent, Service, Davies y otros— que consideraban a los comunistas chinos de Mao Tse-tung como "reformistas agrarios". Sin embargo, dado que su nombramiento era producto de un compromiso político, muchos miembros del esotérico conjunto

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de diplomáticos de carrera de la Secretaría de Estado le consideraban como un intruso. Además, les ofendía la franqueza con que expresaba sus convicciones.

Como contrapeso, Pawley tenía la ventaja de su amistad personal con el presidente Eisenhower. El Jefe del Estado le propuso nombrarle subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, un nuevo cargo creado para destacar la importancia de la región, pero retiró su oferta ante la intensa oposición de los funcionarios de carrera de la Secretaría[14].

A finales de 1958 Pawley vivía en su residencia de Miami Beach, observando con creciente alarma la perspectiva de un gobierno castrocomunista en Cuba. En la intensa campaña propagandística que intentaba presentar a Castro como un demócrata y un "reformista agrario", veía una repetición de las técnicas empleadas para imponer el comunismo en China. Sabía que de los aerodromos y puertos de la Florida salían numerosos aviones y barcos cargados de armas para los rebeldes de Castro, mientras los agentes federales se hacían la vista gorda ante el tráfico clandestino. Sus puntos de vista eran idénticos a los del embajador Smith en La Habana, pero mientras Smith se veía obligado a utilizar los conductos jerárquicos o ser separado de su cargo, Pawley decidió tratar directamente con la suprema autoridad. *Ambos tropezaron con los mismos obstáculos.*

Pawley me escribió una carta en la que me hacía saber que en cuatro o cinco oportunidades se reunió con el presidente Eisenhower en un intento por convencerle de que Castro era comunista y no debía permitirse que llegara al poder. Por aquellas mismas fechas la CIA llegó finalmente a la conclusión de que la victoria de Castro podía resultar en perjuicio de los Estados Unidos. Allen Dulles, director de la CIA, informó al presidente de que los comunistas habían infiltrado el movimiento de Castro y que "si Castro llega al poder, probablemente participarán en el gobierno"[15].

El presidente siempre había convenido con los puntos de vista de Pawley y en cada caso había concertado entrevistas entre él y algunos funcionarios de la Secretaría de Estado. Pawley habló con Rubottom, Wieland, Douglas Dillon y otros, y alguna que otra

[14] El ex-embajador Pawley ha certificado que todas las referencias a él de este capítulo son exactas. También se presentó a la oficina del presidente Dwight D. Eisenhower en Gettysburg, Pennsylvania, y se aprobaron las referencias al presidente.

[15] Dwight D. Eisenhower, *The White House Years: Waging Peace* (Nueva York: Doubleday & Co., Inc., 1965), p. 521.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

vez con Allen Dulles. Recordó a Rubottom y Wieland que todos ellos habían estado presentes en Bogotá durante el intento comunista de tomar el poder en 1948, en el que Castro participó, y que, sin cuidado de las actuales afirmaciones de Castro, sería extremadamente peligroso permitirle hacerse del poder. No les habló en favor de Batista, pues sabía que sería una tarea inútil. Pero sí les dijo que, como su mandato iba a expirar en unas semanas, nada se perdía con esperar a que entrara un nuevo gobierno, abriendo la puerta a una posible negociación política satisfactoria. Apuntando a Wieland con el índice, Pawley afirmó: "*Si permite que Castro llegue al poder, va a tener las dificultades más graves de toda su vida*"[16].

Según Pawley, tanto Rubottom como Wieland se aferraron al mito de que Castro era un reformista agrario y, en su opinión, ajeno a la ideología comunista. Tras haber librado una lucha ardua, aunque infructuosa, contra tales "reformistas agrarios" en China, Pawley no estaba dispuesto a permitir que su país cometiera por segunda vez el mismo error. Se hallaba profundamente convencido de que Cuba iba a caer en manos de los comunistas por obra de las actividades de Rubottom, Wieland, Matthews y otros individuos de la misma laya, de igual modo que, en su opinión, China había sido entregada a Mao Tse-tung por sujetos perturbados o animados de motivaciones ideológicas, que ostentaban posiciones claves en la Secretaría de Estado.

Juzgó que había llegado el momento de no andar por las ramas y llegar hasta la raíz del problema cubano. La solución, creía, era despojar a Wieland de su jurisdicción sobre los problemas del Caribe. Por consiguiente, volvió a hablar con el presidente Eisenhower, informándole que sus esfuerzos habían fracasado y pidiéndole que concertara una entrevista entre él y el subsecretario de Estado, Douglas Dillon. Temiendo que la conversación fuera incorrectamente recogida por la Secretaría de Estado, pidió a Eisenhower que le permitiera invitar al senador George Smathers, de la Florida, a que participara en la plática. El presidente accedió.

Al llegar al local de la reunión, Pawley y Smathers encontraron allí al embajador Leslie Mallory, subalterno inmediato de Rubottom y superior jerárquico de Wieland. Pawley presentó al subsecretario Dillon la copiosa información que poseía sobre los antecedentes de

[16] Informe de la Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *The Case of William Wieland*, 1962, p. 109.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Wieland. Smathers aportó en abono de su tesis un episodio personal en que estuvo involucrado Wieland. Pawley sugirió que se le relevara de sus funciones en la oficina del Caribe y se le sustituyera por alguien que mostrara menos prejuicios procastristas.

El subsecretario Dillon respondió que no abrigaba el menor temor con respecto a Castro y que, por el contrario, el verdadero problema era el dictador Trujillo, a quien se disponían a ajustarle cuentas. Ya habría tiempo para preocuparse por Castro, dijo. Mallory no ocultó su enojo ante lo que él calificó de "presión ajena", agregando que, en caso de que hubiera tenido en mente formular alguna modificación, semejante ingerencia le obligaría a recomendar que se dejasen las cosas como estaban. Pawley abandonó la reunión totalmente convencido de que el curso de acción preconizado por Rubottom y Wieland en el sentido de respaldar a ultranza los intereses de Castro contaba con el apoyo pleno de la Secretaría de Estado. Desalentado y abatido, volvió a Miami y le dijo a su esposa que se acercaba el día en que Cuba caería en manos del comunismo.

Sin embargo Pawley no se dio por vencido. Poco después organizó una reunión en su propia casa con algunos altos funcionarios del Negociado de Asuntos Latinoamericanos de la Secretaría de Estado, además del ex-subsecretario de Estado, Henry Holland. También se hallaba presente un representante de la CIA y se discutió la situación hasta altas horas de la noche. Teniéndose en cuenta la estrecha amistad existente entre Pawley y el presidente Eisenhower, se decidió que volviera a Washington y recabara la autorización del presidente para ir a La Habana y tratar de convencer a Batista de que hiciera entrega del poder a un gobierno provisional equidistante tanto de él como de Castro. Eisenhower accedió y dio instrucciones a la Secretaría de Estado de que elaborara un programa que ofreciera incentivos a fin de que la propuesta resultara atractiva a Batista.

Durante varios días Pawley trabajó con los funcionarios de la Secretaría en la confección de un plan que comprendía la venta de armamentos al gobierno provisional por valor de diez millones de dólares apenas resultase constituido. Batista, su familia y sus colaboradores íntimos podrían residir en la Florida. El nuevo gobierno no tomaría represalias contra los adeptos de Batista y las elecciones tendrían lugar al cabo de dieciocho meses. Tras la celebración de elecciones, los tribunales podrían encausar a todo aquel

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

que estuviese involucrado en malversaciones de fondos públicos u otros actos punibles cometidos durante el régimen de Batista.

El aspecto clave del plan era que Pawley estaba autorizado para hablar en nombre del presidente Eisenhower. Esto lo excluiría de la categoría de "sugerencias", que Batista estaba recibiendo continuamente, y le daría el carácter de una propuesta emanada de la más importante fuente.

Rubottom exigió que, antes de salir hacia Cuba, Pawley conferenciara con él una vez más. En esta última entrevista, que se celebró en presencia de un numeroso grupo de funcionarios, entre ellos Wieland, se le dijo que se había producido una "modificación". *No debía revelar a Batista que estaba hablando en nombre del presidente.* Debía presentar el plan como si fuera idea suya, manifestando que, si Batista lo consideraba aceptable, trataría de obtener el respaldo de su gobierno.

Rubottom afirmó que las nuevas instrucciones habían sido aprobadas por el secretario de Estado, Herter, y Pawley sabía por experiencia que el presidente no desautorizaría una decisión de aquél. Se percató inmediatamente de que este cambio le privaba de su argumento más convincente. Ahora sólo sería uno de los numerosos amigos personales que constantemente ofrecían consejos a Batista. Criticó con cierta vehemencia la enmienda. Pero Rubottom insistió en que el cambio era fundamental e irrevocable, puesto que se trataba de una decisión del secretario de Estado. Profundamente descorazonado una vez más, Pawley deliberó en su fuero interno si debía hacerse cargo de la misión, pero al final decidió proseguir en su noble empeño.

En La Habana discutió primeramente la propuesta en el curso de una entrevista de cuatro horas que celebró con el altamente respetado Gonzalo Güell, ministro de Estado cubano, pidiéndole su apoyo. Luego se entrevistó con Batista. Su conversación con el presidente cubano duró tres horas. Batista afirmó que había perdido toda su fe en los funcionarios de la Secretaría de Estado norteamericano, y estaba seguro de que no aprobarían ningún plan constructivo. Imploró a Pawley que hiciera todo lo posible por convencerles de que dejaran de inmiscuirse en los asuntos cubanos y permitieran la toma de posesión del presidente electo. A partir de entonces dijo, podría obtenerse cualquier cambio que los norteamericanos desearan. Pawley volvió a Washington e informó al presidente de que su misión había fracasado.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Al cabo de un mes Batista había capitulado y abandonado Cuba. Telefoneó a Pawley desde la República Dominicana, invitándole a visitarle. Cuando se enteró de que su reciente entrevista había sido autorizada por el presidente Eisenhower, dijo tristemente que si lo hubiera sabido, sin duda alguna habría aceptado el programa. "Creo" —me escribió Pawley posteriormente— "que el deliberado derrocamiento de Batista por Wieland y Matthews, ayudados por Rubottom, es una tragedia casi tan grande como la rendición de China a los comunistas, hace quince o dieciséis años, por un conjunto análogo de funcionarios de la Secretaría de Estado, y no veremos el fin del coste en vidas y recursos norteamericanos de estos trágicos errores".

El plan de Pawley era el último de una serie de seis o siete presentados a la Secretaría de Estado. Los programas elaborados por la Iglesia católica, organizaciones cívicas y otros grupos de intereses, encaminados a una solución política que eliminara tanto a Batista como a Castro, habían sido rechazados. Castro no era la única alternativa con respecto a Batista. Sin embargo, en cada caso la Secretaría negó su apoyo basándose en el principio de la "no intervención".

Y, sin embargo, el 14 de diciembre de 1958 la Secretaría de Estado intervino oficialmente para eliminar a Batista y colocar a Castro. Cursó instrucciones al embajador Smith de que comunicara al presidente que ya no contaba con el apoyo de los Estados Unidos y que debía abandonar Cuba[17].

Las instrucciones que Rubottom impartió al embajador eran totalmente inequívocas. Despojadas de su vana retórica, se reducían a significarle tajantemente al presidente que se aprestase a abandonar el país. Los Estados Unidos apreciaban la anterior amistad y cooperación suya y eran conscientes de sus numerosas contribuciones a la historia cubana, pero muy a su pesar, habían decidido, por razones humanitarias, retirarle su apoyo. El embajador debía mantener la ficción de que los Estados Unidos no estaban interviniendo en los asuntos internos de Cuba, aunque aconsejaban que Batista se marchara. Estas instrucciones no fueron enviadas a través de cauces normales, sino por radio y en clave, probablemente para no dejar rastro en la Secretaría.

La suerte había sido echada y Smith dio a conocer inmediata-

[17] Smith, p. 169 174.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

mente la decisión al ministro de Estado, solicitándole una cita con el presidente.

La dramática entrevista tuvo lugar durante la noche del 17 de diciembre de 1958. Smith ha escrito que Batista aún rezumaba un aire de pujanza mientras permanecía sentado en un extremo de su despacho sin dar la menor muestra de emoción, sin apartar sus penetrantes ojos oscuros del rostro del embajador. Preguntó si podía trasladarse con su familia a su casa de Daytona Beach, y se le dijo que primero debía pasar algún tiempo en España o cualquier otro país extranjero. Preguntó de cuánto tiempo disponía y se le respondió que no debía retrasar su marcha innecesariamente. Habló de la posibilidad de constituir una junta militar y se le dijo que era demasiado tarde. Batista repitió lo que había dicho anteriormente. Pero esta vez dijo que *Cuando* —no *si*— Castro tomara el poder, los Estados Unidos tendrían que enfrentarse al comunismo en Cuba: "Su país ha intervenido en favor de los Castro"[18].

Esta entrevista produjo la caída del gobierno de Batista, hecho que Castro jamás habría podido lograr militarmente si no hubiera contado con el apoyo de la Secretaría de Estado de los EE. UU.

En su reseña de la conversación a la Secretaría de Estado, Smith expresó su convicción de que Batista aceptaría cualquier solución. Añadió que la Iglesia católica estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para conseguir la paz y pidió autorización para ponerse en contacto con el nuncio apostólico. Recomendó que se gestionara el respaldo de la mediación de la Iglesia por parte de la Organización de los Estados Americanos, reiterando una vez más su convencimiento de que si los Estados Unidos permitían que Castro se hiciera cargo del gobierno en Cuba, los únicos beneficiarios serían los comunistas. La Secretaría de Estado se mantuvo inexorable.

Durante los días subsiguientes se recibieron en la embajada varias propuestas de solución procedentes del gobierno cubano, que fueron elevadas a Washington. Una consistía en que, al siguiente día de tomar posesión de su cargo, el presidente electo, Dr. Rivero Agüero, convocaría a nuevas elecciones generales, las cuales tendrían lugar dentro de cuatro o seis meses, para ocupar todos los cargos electivos, entre ellos la presidencia de la República. Se invitaría a observadores de las Naciones Unidas y la OEA, así como a la prensa mundial, para garantizar una votación libre y honesta.

[18] *Ibid*, p. 174.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El gobierno cubano sólo recababa que los Estados Unidos empezaran a despachar inmediatamente el armamento y material que había comprado y pagado, a fin de poder enfrentarse a Castro y los amagos del comunismo. Este plan fue presentado a Washington por el embajador Smith, con una firme recomendación de que se aceptara. Sin embargo, fue rechazado. La postura de la Secretaría de Estado era inequívoca: no podía haber solución alguna mientras Batista permaneciera en Cuba[19].

Según Smith, "no se me permitió hacerle entrever la menor posibilidad de obtener el correspondiente respaldo norteamericano para cualquier solución sinceramente apoyada por el pueblo de su país . . . Le había asestado un golpe mortal . . . Yo sabía que era demasiado tarde para formar un gobierno sin el concurso de Castro . . . si no se contaba con el apoyo de los Estados Unidos. Durante los doce meses anteriores al naufragio de la nave del Estado, hubo ocasiones de poder solucionar el problema cubano. Recuerdo el punto de vista unánime expresado por los representantes de los intereses económicos norteamericanos en La Habana . . . cuando me pidieron que dijera a la Secretaría de Estado que el movimiento de Castro estaba inspirado y dominado por los comunistas. "Era inconcebible" —afirmaron— "que los Estados Unidos pudieran ayudar a Castro cruzándose calladamente de brazos y permitiéndole triunfar". Los Estados Unidos hicieron más que cruzarse de brazos. Diplomática, pero terminantemente *dijeron al presidente de la República que debía ausentarse de su país*[20].

Batista abandonó Cuba a las dos de la madrugada del 1° de enero de 1959. Su empeño en conservar el poder hasta dar salida a las situaciones antes descritas había contribuido a su caída. Y, sin embargo, no era el dictador inmisericorde que la prensa norteamericana había presentado bajo los tintes más sombríos.

Durante las últimas semanas y días de 1958 las actividades de los rebeldes en las regiones oriental y central de Cuba se habían desarrollado enormemente. El ejército de Batista había perdido todo espíritu de lucha. El terrorismo y el sabotaje estaban a la orden del día. Desde el interior, entre treinta y cuarenta inspectores de ferrocarriles informaban diariamente de la situación a nuestro cliente, la Consolidated Railways, cuya oficina de La Habana

[19] *Ibid*, p. 181.

[20] *Ibid*, p. 173 – 176.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

se hallaba situada en el piso inmediatamente inferior al nuestro. De este modo estábamos muy al corriente del rápido derrumbe de las fuerzas gubernamentales. Cada día preparábamos un parte de los puentes ferroviarios saboteados o destruidos y de otros actos de terrorismo referidos por los inspectores y los entregábamos a la embajada norteamericana, que a su vez los transmitía a Washington.

A pesar de todos estos acontecimientos, siempre he mantenido el criterio de que, cuando Batista dejó la isla el 1° de enero de 1959, el más sorprendido de todos los cubanos fue el propio Castro. Guevara expresó más tarde que la noticia era "asombrosa"[21]. Castro no había adoptado las menores providencias para tomar el poder y sus críticos afirman que en los primeros días ni siquiera se atrevía a entrar en La Habana. Sus defensores aseguran que la lenta marcha a la capital fue un episodio deliberadamente teatral.

En La Habana las multitudes se lanzaron a la calle y hubo algunos actos de pillaje, pero mucho menos de lo que se esperaba. Pronto los *barbudos*, como se aludía a los adeptos de Castro, llegaron de Oriente y empezaron a restablecer el orden. La disciplina de los combatientes rebeldes y la conducta de aquellos jóvenes veteranos sorprendió mucho a la gente. Se abstenían de ingerir bebidas alcohólicas. Los barbudos sólo aceptaban café y refrescos, y hablaban con cortesía y en un tono tranquilamente amistoso. Empezaron a hacerse cargo de los cuarteles de la policía y el ejército y de las emisoras de radio, que constantemente instaban al pueblo a mantener el orden. Castro había enviado a sus hombres más prestigiosos a hacerse cargo de los puestos de mando de La Habana, mientras él avanzaba lentamente a través de la isla hacia el oeste. Durante toda la ruta fue entusiásticamente aclamado y, cuando llegó a La Habana, el 8 de enero de 1959, el recibimiento que se le tributó fue uno de los más extraordinarios de la historia de Cuba.

Una de las peculiaridades de la dinámica política cubana ha sido siempre el hecho de que los nuevos jefes de Estado toman posesión de su cargo en medio de un ambiente de jubiloso fervor, que pronto desaparece para dar paso a un estado de emotiva aversión. Característica de este fenómeno fue la experiencia de Estrada Palma, un hombre de intachable entereza. Los altibajos de su popula-

[21] Ernesto "Ché" Guevara, *Reminiscences of the Cuban Revolutionary War* (Nueva York: Monthly Review Press, Inc., 1968), p. 253.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ridad guardan curiosas analogías con los que, cincuenta y siete años después, afectarían la de Castro. Cuando en 1902 Estrada Palma regresó a Santiago de Cuba procedente de la emigración, fue recibido con manifestaciones delirantes. Un corresponsal del *New York Tribune* que acompañaba al prócer bayamés escribió: "En mi larga vida de periodista, jamás he presenciado una escena que me conmoviera tan profundamente". De Santiago marchó a La Habana, dispensándosele una triunfal acogida en todos los pueblos y ciudades a lo largo del recorrido, hasta que, al llegar a la capital, fue objeto de un apoteósico recibimiento. Sin embargo, cuatro años después, frente a un estado de franca rebelión, el primer presidente de Cuba se vio obligado a deponer su investidura.

Aunque algunos de mis amigos cubanos discrepan de esta opinión, siempre he mantenido el criterio de que esos dramáticos trastrueques de popularidad derivan en gran parte de la circunstancia de que en Cuba el gobierno siempre ha sido una de las mayores fuentes de trabajo del país, especialmente para las personas instruidas; la desilusión de los que no logran conseguir un cargo gubernamental se desvanece ante las esperanzas provocadas por el advenimiento de un nuevo dirigente. Como cada destino burocrático es codiciado por varios individuos, los que están fuera del poder superan con mucho a los que usufructúan los cargos y son, por definición, antigubernamentales. En 1958 Batista había mantenido el poder político durante poco menos que diecisiete años en sus dos épocas.

En enero de 1959, pocos días después de que Batista había sido depuesto por los Estados Unidos, un amigo mío habló con el expresidente en la República Dominicana. Se dirigió a él en los siguientes términos: "Señor presidente, la última vez que le vi fue en Camagüey, hace dos años. Al pasar por la calle principal las mujeres alzaban a sus hijos por encima de la multitud para que pudieran verle. Para el pueblo, usted era un dios. ¿Qué ha ocurrido?". Batista respondió: "Lo que ha ocurrido es que Castro ha ganado y yo he perdido; ahora todos siguen la corriente, como siempre ocurre con un cambio de gobierno. Me ocurrió a mí en 1940".

Así, en los primeros días de enero de 1959, los rebeldes llegaron a La Habana en tanques, *jeeps* y camiones, siendo aclamados en todas partes por la histérica multitud. Una nueva era había comen-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

zado en Cuba, pensaban, y los cesantes, desocupados y desposeídos detentaban ahora el gobierno. La toma del poder fue mucho más ordenada de lo que habíamos previsto y nuestra aprensión disminuyó considerablemente durante los primeros días del nuevo régimen.

En la tarde del 8 de enero de 1959, el embajador Smith llamó al Dr. Cubas a nuestro bufete (yo me hallaba en los Estados Unidos) pidiéndole que fuera a verle. Quería saber si en vista del cambio de gobierno, considerábamos que debía dimitir como embajador en Cuba.

Hacía poco menos de un año que Wieland, sin contar con el consentimiento del embajador, le había organizado una entrevista con los periodistas en la Secretaría de Estado. En el curso de la misma se le preguntó extraoficialmente si creía que el gobierno norteamericano podría entenderse con Castro. Después de especificar que su respuesta tendría carácter extraoficial, contestó que no lo creía: no pensaba que el gobierno de Castro fuera a cumplir con sus obligaciones internacionales. A los dos días Castro y sus secuaces recibieron un mensaje en el que se les informaba que el embajador Smith le había tachado de "comunista"[22], y desde entonces emprendieron una feroz campaña contra el embajador, acusándole incluso de manejos ocultos y corruptos con Batista.

Castro y sus partidarios, entre ellos el ex-presidente Prío, le acusaron de haber hecho en una ocasión un trato espúreo con Batista, ofreciéndole su apoyo a cambio de exenciones fiscales en favor de una compañía norteamericana. Era una mentira inicua. El hecho es que mi bufete obtuvo las exenciones fiscales por medio de un procedimiento normal a tenor de lo dispuesto en la Ley de Estimulación Industrial, sin el conocimiento de Batista y antes de que Smith hubiera llegado siquiera a La Habana para hacerse cargo de sus obligaciones. Posteriormente, después de que Castro asumiera el poder, cuando empezamos a explicar estas circunstancias al presidente Prío en La Habana, nos interrumpió diciendo que los castristas sabían perfectamente que la acusación carecía de fundamento. "Recurríamos a cualquier arma para desacreditar al embajador" —dijo— "porque se oponía a Castro".

Semejantes acusaciones calumniosas, repetidas una y otra vez en diversas formas, mostraban a las claras que Smith no podría tratar con el nuevo régimen en términos cordiales. Mi socio le dijo

[22] Smith, p. 59 – 61.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

francamente que en su opinión ése era el caso. Smith había llegado a la misma conclusión, después de consultar con los miembros de su séquito. Pidió al Dr. Cubas que informara de ello al nuevo primer ministro, Dr. José Miró Cardona, probablemente para eliminar la posibilidad de que el régimen de Castro le declarara *persona non grata* y pidiera su retirada.

A la mañana siguiente Cubas explicó la cuestión al primer ministro, pero de un modo ligeramente diferente. Sugirió que, si el nuevo gobierno consideraba que podía tratar más eficazmente con otro embajador, probablemente el asunto podría resolverse. El primer ministro habló por teléfono con el nuevo ministro de Estado, Dr. Roberto Agramonte, y a continuación le dijo a Cubas que la dimisión debía producirse dentro de las venticuatro horas, pues Agramonte tenía el propósito de declararle *persona non grata.*

Cubas se trasladó inmediatamente a la embajada, enterándose de que el embajador ya había dado los pasos necesarios para formular su renuncia, que debía hacerse pública el día siguiente a las cinco de la tarde. Esa misma tarde mi socio informó de la situación al primer ministro, instándole a que no presentara la solicitud de retiro. A la mañana del día siguiente, 9 de enero, Cubas se entrevistó a solas con Fidel Castro en el Hotel Habana Hilton, donde el último había pasado la noche anterior. Le explicó la situación. La dimisión se anunciaría en pocas horas y sería un error, sugirió, que el nuevo gobierno tomara en esos momentos cualquier medida que contrariara los intereses de los Estados Unidos.

Castro respondió exactamente con estas palabras: "Dr. Cubas, estoy totalmente de acuerdo con usted. ¿Por qué adoptar una medida hostil cuando no hay necesidad de hacerlo? Que el señor Smith dimita y que venga un nuevo embajador; esto asegurará mejores relaciones entre los dos gobiernos, aparte de que, con el tiempo, podríamos necesitar ayuda económica de los Estados Unidos".

Mi socio le dijo a Castro que se alegraba de oirle expresarse de ese modo, pero que estaba preocupado por la hostilidad del ministro de Estado, Dr. Agramonte. Castro afirmó: "Pierda todo cuidado, Dr. Cubas. Deje el asunto en mis manos". Al partir Cubas, Castro tomó el teléfono, probablemente para llamar al Ministerio de Estado, y mi socio bajó al vestíbulo y telefoneó al embajador.

Relato esta anécdota en atención a su posible significado histórico. Es posible, por supuesto, que ya Castro hubiera iniciado su

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

carrera de gran simulador, pero por entonces, a principios de enero de 1959, creíamos que hablaba sinceramente y que no abrigaba la intención de romper relaciones con los Estados Unidos.

Durante la misma entrevista, mi socio tuvo la franqueza de reconocer que ni él ni yo habíamos cooperado en lo más mínimo en la rebelión castrista. Castro sonrió. Se alegraba de oir a alguien decir la verdad —dijo— pues constantemente tenía la impresión de que todos los cubanos habían sido miembros del Movimiento 26 de Julio desde su fundación. "Conozco la reputación de su bufete" —manifestó— "y les pediré ayuda al organizar el nuevo gobierno". Poco después, recibí peticiones de diversos ministerios para que les facilitásemos abogados de nuestro personal, principalmente para revisar los expedientes de las plantillas, y eliminar del cuerpo de funcionarios a todo individuo que hubiera incurrido en los delitos de prebenda y malversación. Durante un período de varios meses, cinco de nuestros abogados colaboraron en estas tareas.

Puesto que Castro detentaba el poder, Cubas y yo discutimos la situación con considerable amplitud para establecer la política de nuestro bufete. El noventa por ciento de nuestra clientela estaba constituida por mercantiles, y ello exigía que mantuviésemos buenas relaciones con los miembros del Consejo de Ministros. No se trataba de obtener favores a los que nuestros clientes no tuvieran derecho, sino simplemente de acelerar el curso normal de los asuntos legales, que, en el mejor de los casos, puede ser un procedimiento lento y tedioso. Como es lógico, todo individuo radicado en una actividad profesional o mercantil que pudiese ser afectado por las medidas administrativas, trataba de mantener buenas relaciones con el gobierno de turno, ya fuese o no de su agrado. Bajo un régimen comunista esta actitud se convierte en una cuestión de propia conservación o incluso de supervivencia.

En vista de la aparente actitud razonable adoptada por Castro durante la entrevista, especialmente el hecho de que solicitara nuestra colaboración, parecía factible influir hasta cierto punto en sus planes de acción y fomentar una relación amistosa con los Estados Unidos. Conocíamos su participación en el bogotazo, pero no teníamos ninguna prueba definitiva de que fuera comunista o decididamente procomunista. Aún no sabíamos que los informes de los servicios secretos norteamericanos indicaban que era un instrumento voluntario de la política comunista. El hecho de que fuera un extremista de izquierda y que abrigara intensos sentimientos

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

antiamericanos habría sido motivo suficiente para que nos opusiéramos a él. Llegados aquellos momentos, dedujimos que la Secretaría de Estado, con acceso a los informes de inteligencia procedentes de todo el mundo, debía saber lo que se traía entre manos cuando obstruyó las demás alternativas a fin de llevar a este hombre al poder.

Castro había formulado varias declaraciones en las que prometía la realización de una política económica justa aunada a un gobierno honrado y la celebración de elecciones libres; su acceso al poder se produjo con escasa disensión y casi sin violencia, y hasta entonces sus partidarios habían causado una buena impresión por su cordura y seriedad. En el momento de su victoria, Castro creó una impresión favorable. Su juventud y severidad, su espléndida figura y notable elocuencia constituían un poderoso polo de atracción para los elementos románticos del temperamento latino. Cubas y yo restamos mayor importancia al influjo mágico de su personalidad, pero empezamos a preguntarnos si el juicio del embajador Smith no habría sido demasiado exagerado. Para el hombre de la calle, que carecía de antecedentes sobre el antiyanquismo de Castro, el barbado caudillo de la Sierra era, a todas luces, un libertador. No es de extrañar, pues, que desde el Cabo San Antonio hasta la punta de Maisí, las grandes mayorías nacionales le tributaran el homenaje debido a un héroe.

Mientras tanto, se producían mutaciones en el frente diplomático. Earl Smith había dimitido de sus funciones de embajador. El día antes de su salida de Cuba, Carmen y yo invitamos a él y a su esposa a cenar en nuestra casa. También convidamos al corresponsal de la United Press International y a su esposa. Hasta las cuatro de la madrugada estuvimos reunidos, discutiendo los recientes acontecimientos. Florence Smith expresó un gran disgusto por los ataques que la prensa cubana y norteamericana dirigían contra su marido. Recuerdo que dije algo así: "Earl, si Castro resulta ser un comunista, esta amarga experiencia suya le resultará beneficiosa a la postre. Sus más acerbos censores se verán obligados a reconocer que usted fue una de las pocas personas que justipreciaron en toda su magnitud la amenaza del comunismo en Cuba. Si eso ocurre, los desacreditados habrán de ser los izquierdistas: Matthews, Wieland y Rubottom". Con estas palabras nos despedimos.

Smith salió de Cuba el 19 de enero de 1959 y con él se esfumó la última esperanza de impedir el advenimiento del comunismo en

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

la isla. Herbert Matthews se regocijó de su triunfo en *The New York Times.*

¿A quién corresponde la culpa de este desastre?

Robert C. Hill, antiguo embajador de los Estados Unidos en México, dio tajante respuesta a este interrogante al declarar bajo juramento: "Algunos individuos de la Secretaría de Estado y de *The New York Times* colocaron a Castro en el poder"[23].

Una Subcomisión del Senado investigó a Wieland y el mantenimiento y protección del sigilo diplomático en la Secretaría de Estado en 1961—1962. Después de la vista algunos de sus miembros creían saber quién era el culpable. El senador Roman L. Hruska, de Nebraska, escribió: "La verdad, monda y lironda, es que la Secretaría de Estado fue el principal factor que contribuyó a crear el vacío que ocupó Fidel Castro . . . Nuestro embajador, cumpliendo instrucciones, manifestó a Batista que los Estados Unidos habían perdido su confianza en él y que debía partir. En la vista ha quedado demostrado . . . que en la Secretaría de Estado había individuos adeptos de Castro, y que éstos eliminaban o retenían en su poder, incumpliendo la obligación de elevarlos a sus superiores, partes secretos que indicaban los entronques de Castro con los comunistas. Trocar una dictadura no comunista por una dictadura comunista no ofrece la menor ventaja"[24].

El senador Kenneth B. Keating, de Nueva York, declaró: "Los hechos . . . indican que una paralización en el proceso de transmisión de informes secretos de capital importancia a los jerarcas supremos de la Secretaría de Estado ha contribuido a la comisión de errores graves al juzgar la índole y las intenciones de Castro. *El infortunado pueblo cubano es víctima de estos trágicos errores*"[25].

No obstante, en una declaración fechada el 18 de julio de 1965 —cuya publicación se hizo coincidir con la aparición del informe de la Subcomisión del Senado en que se censuraba duramente la

[23] Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *Communist Threat to the United States Through the Carribbean* (Washington D. C.: Government Printing Office, 12 de junio de 1961), Parte 12, p. 821.

[24] Informe de la Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *The Case of William Wieland,* p. 200.

[25] *Ibid,* p. 202.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

actuación de Wieland— la Secretaría de Estado reveló que le había exonerado de toda culpa, reitegrándosele al servicio activo. Se le concedió el importante cargo de cónsul general inspector en Australia[26].

Por sí misma, la intervención en los asuntos internos de otra nación no constituye un acto perjudicial. A veces la no intervención constituye una actitud aún más perniciosa. Hoy en día la no intervención en Cuba significa aceptar la intervención unilateral de la Unión Soviética. Es indiscutible que los Estados Unidos no pueden evitar verse envueltos en los asuntos internos de otros países. El gran poder que detentan en virtud de su prestigio, riqueza y fuerza hace necesaria la intervención. Al conceder ayuda económica, está realizando un acto de intervención. Cuando retira su ayuda, como en el caso del embargo de armas al gobierno de Batista, también interviene. La Alianza para el Progreso es una forma de intervencion. La cuestión, por consiguiente, no es si debe o no intervenir, *sino si una intervención determinada es deseable.*

En 1958 los Estados Unidos aun cuando no abrigaban malas intenciones, intervinieron en Cuba con consecuencias absolutamente desastrosas. Negativa e indirectamente al principio, directa y desembozadamente después, intervinieron para llevar al poder a Fidel Castro, un cabecilla antiyanqui a quienes algunos funcionarios del gobierno de Washington tenían por un terrorista influido por los comunistas.

Fue la primera, y desgraciadamente no la última, de las decisiones norteamericanas que provocaron el desastre de Cuba.

[26] *The New York Times,* 19 de julio de 1965.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

10

El primer año de Castro

El 1º de enero de 1959 el pueblo norteamericano no podía siquiera barruntar —y la inmensa mayoría permanece aún en esa situación— las circunstancias que rodearon el ascenso de Castro al poder. Incluso hoy día se cuentan muy pocos cubanos conscientes de la causa fundamental de la desgracia por la que atraviesa su país. Este manto de ignorancia se debe en parte al hecho de que las maniobras diplomáticas se realizan normalmente en un ambiente de sigilo. Poco de lo que he contado en los capítulos anteriores trascendió al dominio público mientras estaba ocurriendo. Tanto el pueblo norteamericano como el cubano contemplaron el drama en el escenario de los acontecimientos, pero no tuvieron ni la más remota idea de las confabulaciones y presiones que se desarrollaban entre bastidores.

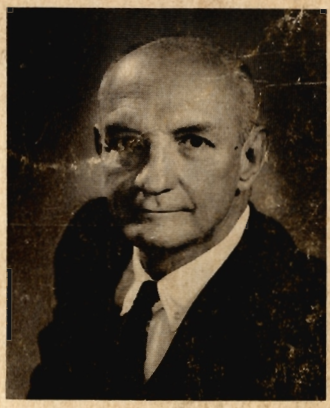
Más de dos años habrían de pasar antes de que, como resultado de una investigación de la Subcomisión de Seguridad Interna del Senado de los EE. UU., empezaron a aflorar las verdades fundamentales. Sin embargo, incluso cuando se descorrieron las cortinas del secreto, la identidad de algunas de las figuras determinantes del triunfo de Castro aparecía difuminada entre celajes de dolo y superchería. Efectivamente, los propios senadores recibieron informes erróneos por parte de los mismos funcionarios de la Secretaría de Estado que, por nobles que fueran sus motivos, se habían confabulado para provocar la catástrofe.

Al presentarse en 1961 ante la Subcomisión Senatorial, William Wieland, que había desempeñado el importante cargo de director de la Oficina de Asuntos Mexicanos y del Caribe, testificó que, ya en 1957, opinaba que, "de triunfar Castro, sería mucho peor que Batista para Cuba y un peligro para los Estados Unidos"[1]. *Pero se*

[1] Subcomisión de la Comisión Senatorial del Poder Judicial, *Testimony of William Wieland*, (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1962), Parte 5, p. 553.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

DAGA EN EL CORAZON es un libro en el que se relata fidedignamente la retahila de yerros diplomáticos que desembocaron en la entrega de Cuba a la Unión Soviética, descorriéndose por vez primera el espeso velo con que se ha querido ocultar la incapacidad de muchos y la perversidad de algunos que, después de aupar a Castro, ahora pretenden seguir amparándolo.



Mario Lazo

La desconcertante historia de los esfuerzos conjugados de la cancillería de Washington, del diario *The New York Times,* y de otros sectores públicos de los Estados Unidos para entronizar a Fidel Castro . . . El sorprendente relato del proceso que culminó en la promesa de "no invasión" dada por el presidente Kennedy al régimen de Castro, garantizando así la existencia de un foco de subversión en pleno mediterráneo americano.

Esta extraordinaria obra ha sido calificada por cinco ex-embajadores que representaron a los Estados Unidos en Cuba y otros países hispanoamericanos, como la crónica fehaciente de la era castrista. Uno de ellos, Walter J. Donnelly, que fue Alto Comisario de los Estados Unidos en Alemania y Austria, y que por espacio de dieciocho años prestó servicios en las embajadas norteamericanas en La Habana y otras capitales de Hispanoamérica, escribió: "Lazo ha prestado a nuestro país y a toda la América —e incluso al mundo entero— un admirable servicio, revelando por vez primera la verdad escueta que explica la pérdida de Cuba a manos del comunismo".

El autor ha contado con la colaboración de diez ex-embajadores estadounidenses, de dos ex-directores y dos ex-subdirectores de la CIA, así como de catorce almirantes y generales de los Estados Unidos. Con más de 200,000 ejemplares de la edición inglesa ya en circulación, *ni una sola de sus sensacionales afirmaciones ha podido ser desmentida.*

En su obra *Khrushchev Remembers,* el jerarca bolchevique confirmó en todas y cada una de sus partes la relación de Lazo acerca de la Crisis de los Cohetes de 1962.

1226-1269

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm